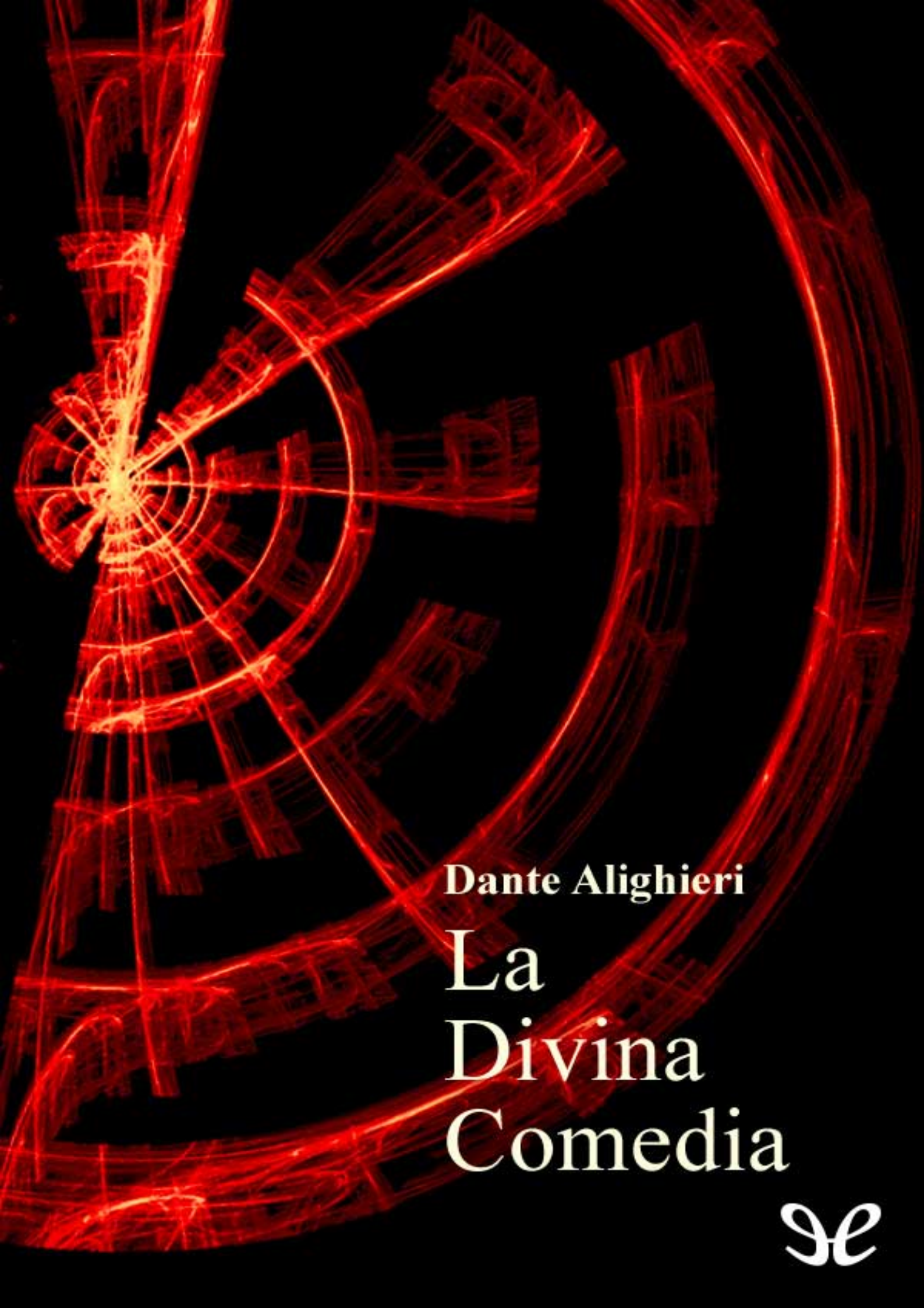


Dante Alighieri

La Divina Comedia

La Divina Comedia es un poema donde se mezcla la vida real con la sobrenatural, muestra la lucha entre la nada y la inmortalidad, una lucha donde se superponen tres reinos, tres mundos, logrando una suma de múltiples visuales que nunca se contradicen o se anulan. Los tres mundos infierno, purgatorio y paraíso reflejan tres modos de ser de la humanidad, en ellos se reflejan el vicio, el pasaje del vicio a la virtud y la condición de los hombres perfectos. Es entonces a través de los viciosos, penitentes y buenos que se revela la vida en todas sus formas, sus miserias y hazañas, pero también se muestra la vida que no es, la muerte, que tiene su propia vida, todo como una mezcla agraciada planteada por Dante, que se vuelve arquitecto de lo universal y de lo sublime.

Dante Alighieri

La divina comedia

ePub r1.0

Banshee 07.10.13

Título original: *Divina Commedia*

Dante Alighieri, 1321

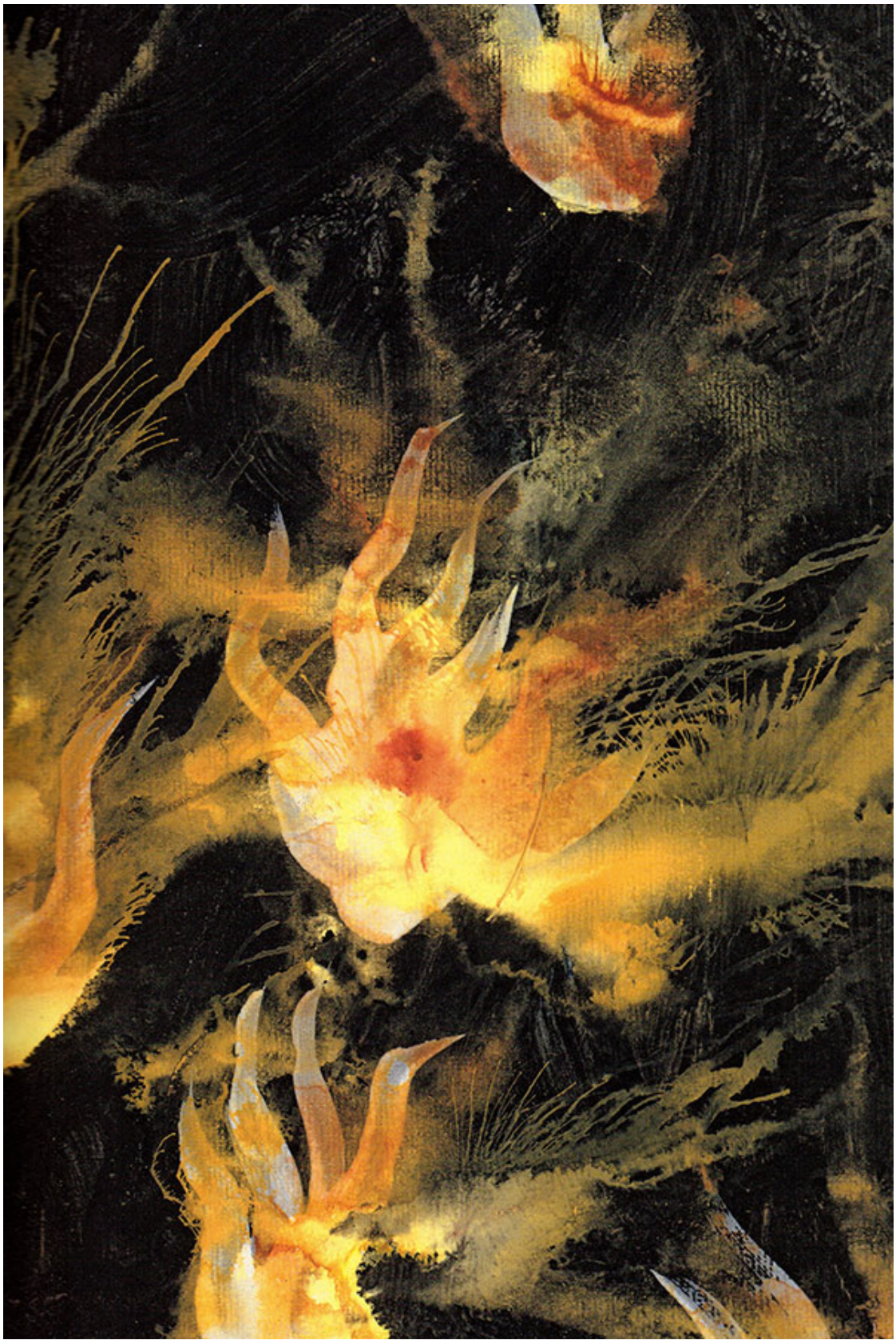
Traducción: Ángel Crespo

Ilustraciones: Miquel Barceló

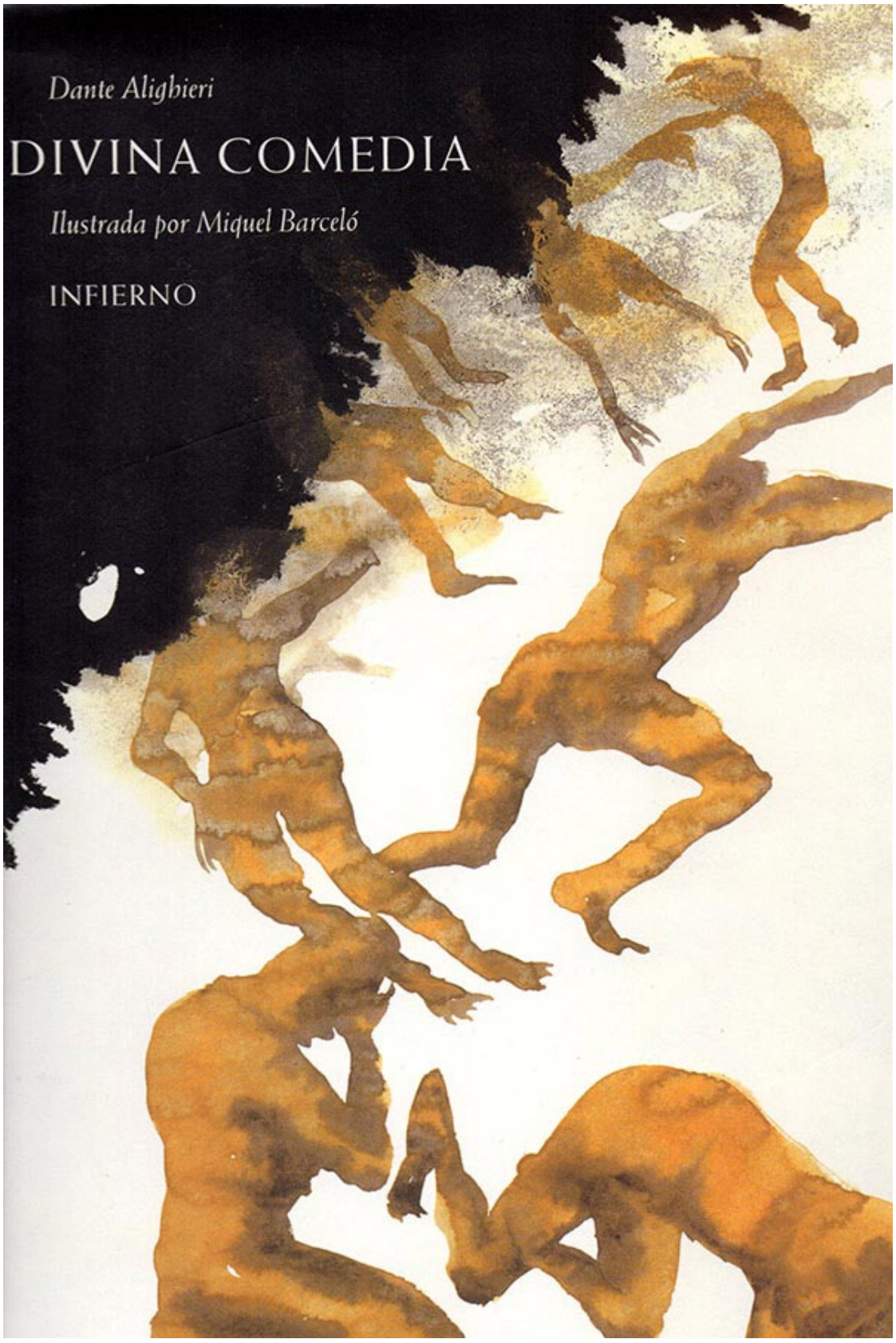
Diseño de portada: rosmar71

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0



Infierno


Dante Alighieri
DIVINA COMEDIA
Ilustrada por Miquel Barceló
INFIERNO

CANTO I

SELVA OSCURA

El leopardo, el león y la loba.

Virgilio.

A mitad del camino de la vida
yo me encontraba en una selva oscura,
con la senda derecha ya perdida.[1]
¡Ah, pues decir cuál era es cosa dura
esta selva salvaje, áspera y fuerte
que en el pensar renueva la pavura!
Es tan amarga que algo más es muerte,
mas por tratar del bien que allí encontré
diré de cuanto allá me cupo en suerte.
Repetir no sabría cómo entré,
pues me vencía el sueño el mismo día
en que el veraz camino abandoné.[2]
Mas tras llegar al cerro[3] que subía
allí donde aquel valle terminaba
que con pavor a mi alma confundía,
al mirar a la cumbre, vi que estaba
vestida de los rayos del planeta[4]
Que el buen camino a todos señalaba.
Quedóse la aprensión un poco quieta
que de mi corazón adolorido
en el lago duró la noche inquieta.

Y como aquel que con aliento ardido,
del piélago salido a la ribera,
mira al agua que casi le ha perdido,
mi alma, que fugitiva entonces era,
volvióse a contemplar de nuevo el paso
que no atraviesa nadie sin que muera.[5]
Tras reposar un poco el cuerpo laso,
mi camino seguí por tal desierto,
más bajo siempre el pie que no da el paso.
Y, apenas el camino me hube abierto,
un leopardo[6] liviano allí surgía,
de piel manchada todo recubierto;
parado frente a mí, frente me hacía
cortando de ese modo mi camino,
y yo, para volver, ya me volvía.
Era el tiempo primero matutino
y se elevaba el sol con las estrellas
que estuvieron con él cuando el divino
amor movía aquellas cosas bellas[7],
y esperar bien podía, y con razón,
aunque a la fiera moteada viese,
la hora del alba y la dulce estación;
mas no sin que temor me produjese
la imagen, que vi entonces, de un león[8].
Me pareció que contra mí viniese,
alta la testa y con hambrientos ojos,

que parecía que el aire le temiese.
Y una loba[9], que todos los antojos
alojar semejaba en su magrura
y a muchos procuró duelo y enojos,
me llenó de inquietud con la bravura
que veía lucir en su mirada
y perdí la esperanza de la altura.
Y, como a aquel que goza en la jornada
de la ganancia y, cuando llega el día
de perder, llora su alma contristada,
así al bestia, que hacia mí venía,
me empujaba sin tregua, lentamente,
al lugar en que al sol no se le oía.[10]
Mientras me deslizaba en la pendiente,
ya mi mirada había descubierto
a quien por mudo di, por lo silente.
Cuando le contemplé en el gran desierto,
«¡Apiádate —yo le grité— de mí,
ya seas sombra o seas hombre cierto!».
Respondióme: «Hombre no, que hombre ya fui,
y por padres lombardos engendrado,
de la mantuana patria. Yo nací
bajo Julio, aunque tarde, y he morado
en la Roma regida por Augusto,
la que a falsas deidades ha adorado.
Poeta fui, canté entonces al justo

hijo de Anquises[11], que de Troya vino
cuando el soberbio Ilión quedó combusto.
¿Mas por qué vuelves tú al amargo sino,
por qué no vas al monte complaciente
que de todos los goces es camino?».
«¿Eres tú aquel Virgilio[12] y esa fuente
de quien brota el caudal de la elocuencia?
—le respondí con vergonzosa frente—.
De los poetas el honor y ciencia,
válgame el largo estudio y gran amor
con que busqué en tu libro la sapiencia.
Mira tú mi maestro, tú mi autor:
eres tú solo aquel del que he tomado
el bello estilo que me diera honor.
Mira la bestia que hacia atrás me ha echado,
sabio famoso, y ahorrándome su ultraje;
por ella pulso y venas me han temblado.»
«Te conviene emprender distinto viaje
—me respondió mirando que lloraba—
para dejar este lugar salvaje:
que ésta, por la que gritas, bestia brava
no cede a nadie el paso por su vía
y con la vida del que intenta acaba;
y es su naturaleza tan impía
que nunca sacia su codicia odiosa
y, tras comer, tiene hambre todavía.

Con muchos animales se desposa
y muchos más serán hasta el momento
en que le dé el Lebrel muerte espantosa.[13]
No serán tierra y oro su alimento,
sino amor y sapiencia reunidas;
tendrá entre fieltro y fieltro nacimiento.[14]
Verá Italia sus fuerzas resurgidas
por quien, virgen, Camila halló la muerte
y Eurídalo, Turno y Niso, con heridas.[15]
De un pueblo y de otro la echará, de suerte
que habrá de dar con ella en el Infierno,
del que la envidia prima la divierte.
De donde, por tu bien, pienso y discierno
que me sigas y yo seré tu guía,
y he de llevarte hasta el lugar eterno
donde oirás espantosa gritería,
verás almas antiguas dolorosas:
segunda muerte lloran a porfía;
verás gentes también que son dichosas
en el fuego, que esperan convivir
un día con las almas venturosas.
A las cuales, si aspiras a subir,
más que la mía existe un alma pura[16]:
con ella, al irme yo, te veré ir;
que aquel emperador que hay en la altura,
puesto que fui rebelde a su doctrina,

que yo no llegue a su ciudad procura.[17]
A todo desde allí rige y domina,
allá están su ciudad y su alta sede;
¡feliz aquel a quien allí destina!».
Y dije yo: «Poeta, pues lo puede
aquel Dios que tú nunca has conocido,
de este mal libre, y de otro mayor, quede;
llévame donde ahora has prometido,
y a las puertas de Pedro vea un día
y a los de ánimo triste y afligido».
Él echó a andar, y yo detrás seguía.

CANTO II

SELVA OSCURA

Invocación. Virgilio disipa los temores de Dante.

Íbase el día, el aire empardecido
libraba a los vivientes de la tierra
de sus fatigas, mientras decidido
yo solo estaba a sostener la guerra,
ya del camino, ya de la piedad,
que evocará la mente que no yerra.
¡Oh Musas[18], oh alto ingenio, aquí ayudad!
Oh mente que lo que he visto escribías,
veráse aquí tu noble calidad.
Yo comencé: «Poeta que me guías,
mira bien si mi fuerza es suficiente
antes de la alta empresa que me fías.
Tú dices que Silvio el aún viviente
y corruptible padre[19] al inmortal
siglo anduvo[20], y que fue sensiblemente.
Pero si el que es contrario a todo mal
fue tan cortés, por la alta consecuencia
que seguiría —y por el qué y el cuál—,
no repugna a una clara inteligencia;
pues de Roma y su imperio había sido
padre electo en la empírea residencia,

la cual y el cual así fue establecido,
a decir la verdad, por lugar santo
donde mora el que a Pedro ha sucedido.[21]
En ese viaje que le alabas tanto,
oyó cosas que fueron la razón
de su victoria, y aun del papal manto.
Fue allí después el Vaso de elección[22]
para fundar en sólido cimiento
la fe que senda es de salvación.
¿Quién me manda ir? ¿Con qué merecimiento?
Porque Eneas ni Pablo yo no soy:
de ello indigno él me sabe y yo me siento.
Pues, si a este viaje me abandono y voy,
Temo que loca sea mi salida:
Sabio, ve las razones que mal doy».
Y cual aquel que cambia, y la querida
cosa no piensa ya seguir queriendo
y altera por completo la partida,
tal en la oscura cuesta estaba haciendo,
porque dudando consumé la empresa
que acepté tan de prisa, no debiendo.
«Si entiendo bien lo que tu lengua expresa
—la sombra del magnánimo repuso—,
la cobardía sobre tu alma pesa;
la cual al hombre muchas veces puso
de espaldas al deber que le cabía,

como a la bestia su mirar confuso.
Para ahuyentar de ti la cobardía,
te diré por qué vine y qué he oído
y por qué tu desdicha me dolía.
Yo me hallaba entre el pueblo suspendido[23]
y una mujer llamóme, santa y bella,
y yo que me mandase le he pedido.
Brillaban más sus ojos que la estrella[24];
con angélica voz, muy dulce y llana,
así empezó a decirme su querella:
"Alma caballerosa mantuana,
cuya fama en el mundo aún perdura
y, habiendo mundo, permanece y gana,
el que es mi amigo, y no de la ventura,
en la desierta selva ve impedido
su camino, y se vuelve con pavura,
y temo que se sienta tan rendido
que tarde a socorrerle sea llegada,
por cuanto allá en el cielo de él he oído.
Ve, pues, y con palabra mesurada
y cuanto a su salud sea menester,
dale ayuda, y yo sea consolada.
Es Beatriz[25] la que te viene a ver
desde donde volver espera ansiosa.
Amor me mueve y me hace responder.
Será de ti mi lengua alabanciosa

cuando ante mi señor esté presente”.
Calló y le dije: “Dama virtuosa, 75
por quien la humana especie al continente
del cielo que el menor círculo[26] ostenta
excede, y es por ti tan solamente: 78
tanto tu mandamiento me contenta
que, de haberlo cumplido, tardaría;
no me repitas lo que en tu alma alienta. 81
Mas saber la razón me agradaría
que sin dudar te trajo hasta este centro
desde el lugar que tu deseo ansía”. 84
“Ya que llegar pretendes tan adentro
—me respondió—, diréte brevemente
por qué venir no temo hasta aquí dentro. 87
Aquello ha de temerse solamente
que para hacernos daño es poderoso;
lo demás no merece que se miente. 90
Al crearme, fue Dios tan generoso
que no me alcanzan vuestro triste duelo
ni llamas de este incendio pavoroso. 93
Una dulce mujer[27] hay en el cielo
que de este impedimento se ha apiadado
y quiebra el duro juicio con su celo. 96
A Lucía[28] llamar hizo a su lado
y le dijo: ‘Tu fiel te necesita
y yo lo recomiendo a tu cuidado’. 99

Lucía, que al dolor sus armas quita,
fuese al lugar en el que yo me era,
junto a Raquel[29] sentada, la israelita.
Dijo: ‘Beatriz, de Dios delicia vera,
¿por qué no ayudas al que amóte tanto
y huyó por ti de la vulgar esfera?
¿No escuchas ya la angustia de su llanto?
¿No estás viendo la muerte que le acosa
sobre un torrente que es del mar espanto?’.
No hubo en el mundo gente tan celosa
de su provecho y de evitar su mal
como yo, que he bajado presurosa
desde mi beatífico sitial
a confiarme a tu discurso honesto
que de ti y quien de escucha honra es cabal.”
Después que me hubo dicho todo esto,
volvió su rostro en lágrimas bañado
y así me hizo caminar más presto;
como ella quiso, encuéntrome a tu lado;
de la terrible fiera te libré
que el paso al bello monte te ha cortado.
¿Qué ocurre, pues? ¿Por qué dudas, por qué?
¿Por qué tu corazón con miedo agitas?
¿Por qué no tienes valentía y fe,
si en la corte del cielo hay tres benditas
mujeres que de ti se están cuidando

y te prometo el bien que necesitas?»
Como las florecillas se alzan cuando
las enjalbega el sol, tras el nocturno
hielo que las cerró y las fue inclinando.
tal hice con mi espíritu soturno,
y un ardor tan feliz me recorría
que dije así, cuando llegó mi turno:
«¡Oh piadosa mujer la que te envía,
y tú, cortés, que obedeciste presto
a quien santas palabras te decía!
El entusiasmo en mi interior has puesto
y al inicial propósito me inclino
con cuanto tus palabras me ha propuesto.
Ve, pues, que nos hermana igual destino,
tú, mi maestro, mi señor y guía».
Así le dije, y púsose en camino.
Le seguí por la agreste y alta vía.

CANTO III

VESTÍBULO: INDIFERENTES

Caronte. Paso del Aqueronte.

Celestino V (?).

POR MÍ SE VA A LA CIUDAD DOLIENTE,

POR MÍ SE VA AL ETERNO DOLOR,

POR MÍ SE VA CON LA PERDIDA GENTE. 3

FUE LA JUSTICIA QUIEN MOVIÓ A MI AUTOR.

EL DIVINO PODER SE UNIÓ AL CREARME

CON EL SUMO SABER Y EL PRIMO AMOR[30]. 6

EN EDAD SÓLO PUEDE AVENTAJARME

LO ETERNO, MAS ETERNAMENTE DURO.

PERDED TODA ESPERANZA AL TRASPASARME. 9

Estas palabras de color oscuro

vi escritas en lo alto de una puerta.

Dije: «Maestro, su sentido es duro». 12

y él respondió como persona alerta:

«Es bueno que el temor sea aquí dejado

y aquí la cobardía quede muerta. 15

Al lugar que te dije hemos llegado

donde verás las gentes dolorosas

que sin el bien del alma se han quedado». 18

Tomó mi mano, y con sus animosas

miradas y su voz me conforté

y él me introdujo en las secretas cosas.
Llantos, suspiros y ayes escuché
resonando en el aire sin estrellas
y por eso a llorar allí empecé.
Distintas lenguas, hórridas querellas,
palabras de dolor, de airado acento,
voces altas y roncas y, con ellas,
un manotear, formaban un violento
tumulto, en aquel céfiro manchado,
como de arena que levanta el viento.
yo, que de horror sentíame embargado,
dije: «Maestro, ¿cuál es este ruido?
¿Qué gente, qué dolor la ha golpeado?».
Y él a mí: «De las almas que han vivido
de modo que ni el bien ni el mal hicieron
brota este triste y mísero alarido.
Con la compaña, aquí, se confundieron
de ángeles ni rebeldes ni leales
a Dios: que de sí mismos sólo fueron.
Ciérranseles las puertas celestiales
y el infierno, pues gloria habrían dado,
aunque poca, a las almas criminales».
Y yo: «Maestro, ¿qué les ha causado
tan gran dolor y llanto así de fuerte?».
Respondió: «Lo diré en breve dictado:
no tienen la esperanza de su muerte

y esa vida tan ciega y tan rastrera
envidiosos los torna de otra suerte. 48
Su fama el mundo ya no considera;
la piedad, la justicia, los desdeña;
no hablemos, mira y sigue tu carrera». 51
Y yo, al mirar de nuevo, vi una enseña
que daba raudas vueltas; yo diría
que, indigna de reposo, así se empeña. 54
Tan enorme pandilla la seguía
que yo jamás hubiese presumido
que jamás tanta gente muerto había. 57
Después que algunos hube conocido,
reconocí a su sombra y paré mientes
en quien la gran renuncia ha cometido.[31] 60
Al punto comprendí que aquellas gentes
componían la secta de malvados
a Dios y a sus contrarios repelentes. 63
Estos nunca vivientes desgraciados
iban desnudos, y los azuzaban
avispas y moscones obstinados. 66
El rostro con su sangre les surcaban
y caía a sus pies, mezclada al llanto,
do molestos gusanos la chupaban. 69
Yo más allá miraba mientras tanto
y vi gente a la orilla de un gran río;
dije entonces: «¿Por qué se obstina tanto, 72

y en virtud de qué ley, ese gentío
en ir al otro lado, cual se advierte
entre la escasa luz, maestro mío?».
Y él a mí: «Contestado habrás de verte
cuando del Aqueronte en la ribera
hayas, al par que yo, de detenerte».
Temiendo que mi voz molesta fuera,
abatí avergonzado la mirada
y, hasta llegar al río, mudo era.
Contemplamos de un bote la arribada,
con un viejo de antiguo y blanco pelo,
vociferando: «Ay, gente depravada,
no esperéis nunca más mirar al cielo;
vengo para pasaros diligente
a las tinieblas del calor y el hielo.
Y tú que estás aquí, alma viviente,
aléjate de entre estos que están muertos».
Mas yo no me moví, y él, impaciente:
«Por distinto camino y otros puertos
debes ir; por aquí no pasarás:
barcos más leves te serán abiertos».
Y mi guía: «Carón[32], no grites más;
así se quiere allí donde es posible
lo que se quiere; y no preguntarás».
Se serenó la faz del irascible
piloto de aquel lívido paular

cuyos ojos circunda un fuego horrible.
Mas las almas desnudas, a temblar
y a perder los colores empezaron,
aquel duro discurso al escuchar.
Contra Dios y sus padres blasfemaron,
contra su especie y tiempo y la simiente.
que los sembró, y el sitio en que alentaron.
Después, con grandes llantos, esa gente
se reunió en la orilla por do pasa
todo aquel que temor de Dios no siente.
Carón, demonio que al mirar abrasa,
llamándolos, a todos recogía;
da con el remo a aquel que se retrasa.
Como las hojas, cuando ya la fría
estación se aproxima, van cayendo
y la rama su fronda al suelo fría,
de Adán las malas siembras van subiendo
desde aquellas arenas, una a una,
cual aves que al reclamo van cediendo.
Así se alejan sobre la onda bruna
y en el lado de allá no se han bajado
sin que acá nuevo grupo se reúna.
Dijo el maestro afable: «¡Oh hijo amado!,
de todas las naciones llegan gentes
que murieron teniendo a Dios airado,
todos pasan el río diligentes,

pues los empuja la eterna justicia
que en ardor cambia el miedo de sus mentes.
Jamás llega aquí un alma sin malicia;
y si Caronte contra ti se ensaña,
con sus palabras tu saber inicia».
Esto dijo, y la lóbrega campaña
tembló con tan atroz sacudimiento
que aún, de espanto, el sudor mi mente baña.
De la tierra llorosa sopló un viento
que produjo un relámpago granate
que me privó de todo sentimiento;
y caí como aquel que el sueño abate.

CANTO IV

CÍRCULO I: JUSTOS NO BAUTIZADOS

Virgilio, Homero, Horacio, Ovidio, Lucano. Castillo: Electra, Héctor, Eneas, César, Pentesilea, Camila, Latino, Lavinia, Bruto, Tarquino, Lucrecia, Cornelia, Marcia, Emilia, Saladino, Aristóteles, Sócrates, Platón, Demócrito, Anaxágoras, Tales, Empédocles, Heráclito, Zenón, Dioscórides, Orfeo, Tulio, Lino, Séneca, Euclides, Tolomeo, Hipócrates, Galeno, Avicena, Averroes.

Quebrantó el alto sueño de mi mente
un grave trueno, y vime recobrado
como aquel que despiertan bruscamente;
volvíme en torno con mirar pausado
y, puesto en pie, con la mirada atenta,
quise saber adónde había llegado.
De que estaba en la proa me di cuenta
del valle del abismo doloroso
que de quejas acoge la tormenta.
Oscuro y hondo era, y nebuloso,
tanto que, aunque miraba a lo profundo
nada distinguir pude en aquel foso.
«Hora es ya de bajar al ciego mundo
—el poeta empezó, descolorido—:
el primero he de ser, y tú el segundo.»
Yo, que su palidez había advertido,

dije: «¿Cómo he de ir, cuando el color
pierdes tú, que mi apoyo y guía has sido?». *18*
Y él a mí: «De esas gentes el dolor
causa es de que en mi faz esté pintada
la compasión que tomas por temor. *21*
Y vamos ya, que es larga la jornada».
Así dijo y así me hizo entrar
al círculo primero, que abrazada[33] *24*
a aquella sima tiene. Allí escuchar
pude suspiros, pero no así llanto,
que a aquel eterno aire hacían temblar. *27*
Un dolor sin martirio es el quebranto
de aquellas grandes turbas de mujeres
y de hombres y de infantes. Mientras tanto, *30*
me dijo el buen maestro: «¿Es que no quieres
saber qué almas son estas que estás viendo?
Antes que nada, bueno es que te enteres *33*
de que nunca pecaron: y, teniendo
méritos, no les bastan sin bautismo,
que es puerta de tu fe, según entiendo. *36*
Pues quien fue antes de ser el cristianismo,
a Dios debidamente no ha adorado:
y de estos que te digo soy yo mismo. *39*
Por tal falta, en ausencia de pecado,
nos perdimos y, así, es nuestra condena
vivir sin esperanza de lo amado». *42*

Yo sentí al escucharle grave pena,
pues conocí que gentes de valor
sufrían de aquel limbo la cadena.
«Dime, maestro mío, di, señor
—comencé, pues quería estar seguro
de aquella fe que vence a todo error—:
¿franqueó por su mérito este muro,
o por el de otro, alguno y se ha salvado?».
Y él, que entendió mi preguntar oscuro,
repuso: «Yo era nuevo en este estado
cuando aquí vi venir a un poderoso[34]
con signo de victoria coronado.
Sacó al padre primero de este foso
y a las sombras de Abel y de Noé
y a Moisés, de las leyes tan celoso;
el patriarca Abraham con él se fue;
David, rey; Israel, sus allegados
y Raquel, y otros más que no conté
y que fueron así glorificados.
Antes que ellos, ninguno más logró
verse entre los espíritus salvados».
No dejamos de andar mientras me habló,
que íbamos por la selva todavía,
selva, digo, que de almas se formó.
Aún no era muy larga nuestra vía
de acá del sueño, cuando vi un fulgor

que al hemisferio lóbrego vencía.
De lejos me llegaba el resplandor,
mas no tanto que yo no viera parte
de aquellos que merecen alto honor.
«¡Oh, tú —exclamé—, que ilustras ciencia y arte!,
¿quiénes son los que allá se hallan honrados,
que de los otros los contemplo aparte?».
Y él a mí: «La preclara nombradía
que gozan en tu mundo ha conseguido
gracia ante la celeste jerarquía».
Mientras tanto, una voz llegó a mi oído:
«Honremos al altísimo poeta:
vuelve su sombra tras haber partido».
Después que aquella voz quedóse quieta,
a cuatro grandes hombres vi venir
cuya expresión[35] no era feliz ni inquieta.
El buen maestro comenzó a decir:
«Mira a aquel que se acerca espada en mano
y a los otros parece presidir:
es Homero, poeta soberano;
el satírico Horacio[36] luego avanza;
detrás, Ovidio; el último, Lucano.
Y aunque a cada uno de ellos les alcanza
el nombre que en la voz que oíste vuela,
hacen bien si me rinden alabanza».
Vi convocada, así, la bella escuela

de aquel señor del elevado canto:
águila que a las otras sobrevuela.
Después de conversar entre sí un tanto,
con amistad el rostro a mí volvieron
y mi maestro sonrió entretanto:
y muchos más honores me rindieron,
pues el sexto fui yo en la compañía
de los sabios, que allí se reunieron.
Hacia la luz con ellos me movía,
hablando cosas que callar es arte,
como lo fue decirlas aquel día.
Llegamos a un castillo, alto baluarte
de muros siete veces rodeado,[37]
que defiende un arroyo. A la otra parte
fuimos, como si tierra fuese el vado.
Con los sabios entré por siete entradas:
llegamos al frescor de un verde prado.
Gente de graves gestos y miradas,
de gran autoridad en los semblantes,
conversaban con voces sosegadas.
Nos hicimos a un lado unos instantes,
a un lugar alto, abierto y luminoso,
de donde pude ver los circunstantes.
De pie, sobre aquel verde tan lustroso,
tan magna gente fueme allí mostrada
que haberla visto considero honroso.

A Electra pude ver, acompañada
de Héctor y Eneas; se encontraba allí
César armado, de rapaz mirada.
Y vi a Pentesilea, y también vi,
a otro lado, a Camila[38]; al rey Latino
y a su hija Lavinia conocí.
Y vi a aquel Bruto que expulsó a Tarquino,
a Lucrecia, Cornelia, Marcia, Emilia;[39]
y, aparte, pude ver a Saladino.
Tras ojos alzar, vi a quien concilia
todo saber en sí: sentado estaba[40]
entre la filosófica familia.
De sabios un concilio allí le honraba:
Sócrates era, con el gran Platón,
el que más al maestro se acercaba;
Demócrito, que al mundo cree ilusión,
Diógenes, Anaxágoras y Tales,
Empédocles, Heráclito y Zenón;
y el que estudió substancias vegetales,
Dioscórides[41], digo; allí vi a Orfeo,
a Tulio[42], Lino y Séneca morales;
el geómetra Euclides, Tolomeo;
Hipócrates, Galeno y Avicena;
y Averroes, cuyo gran *Comento* leo.[43]
Y aquí paro, que el tema me encadena
con su extensión, y sé que, en ocasiones,

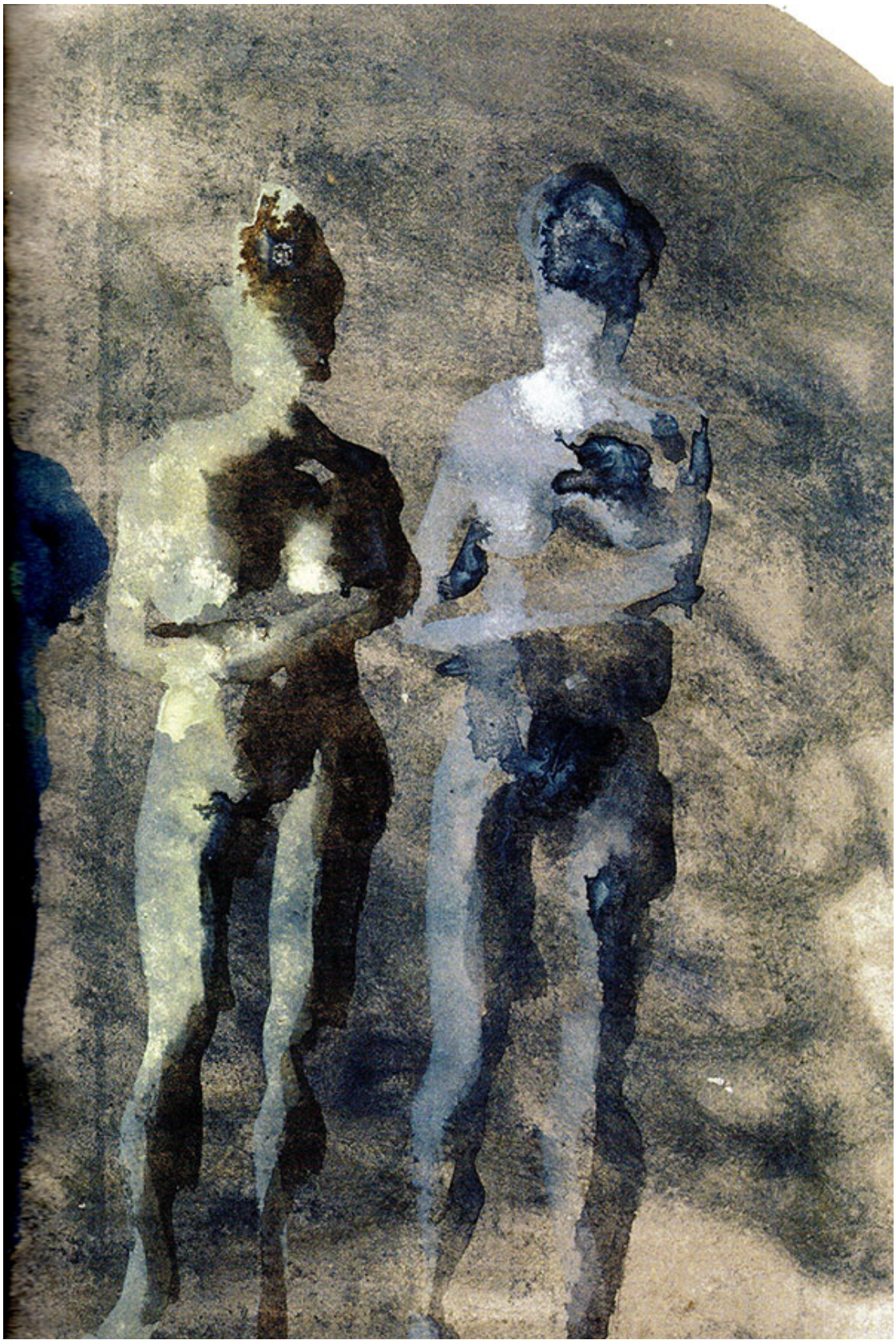
lo visto con palabras no se llena. *147*

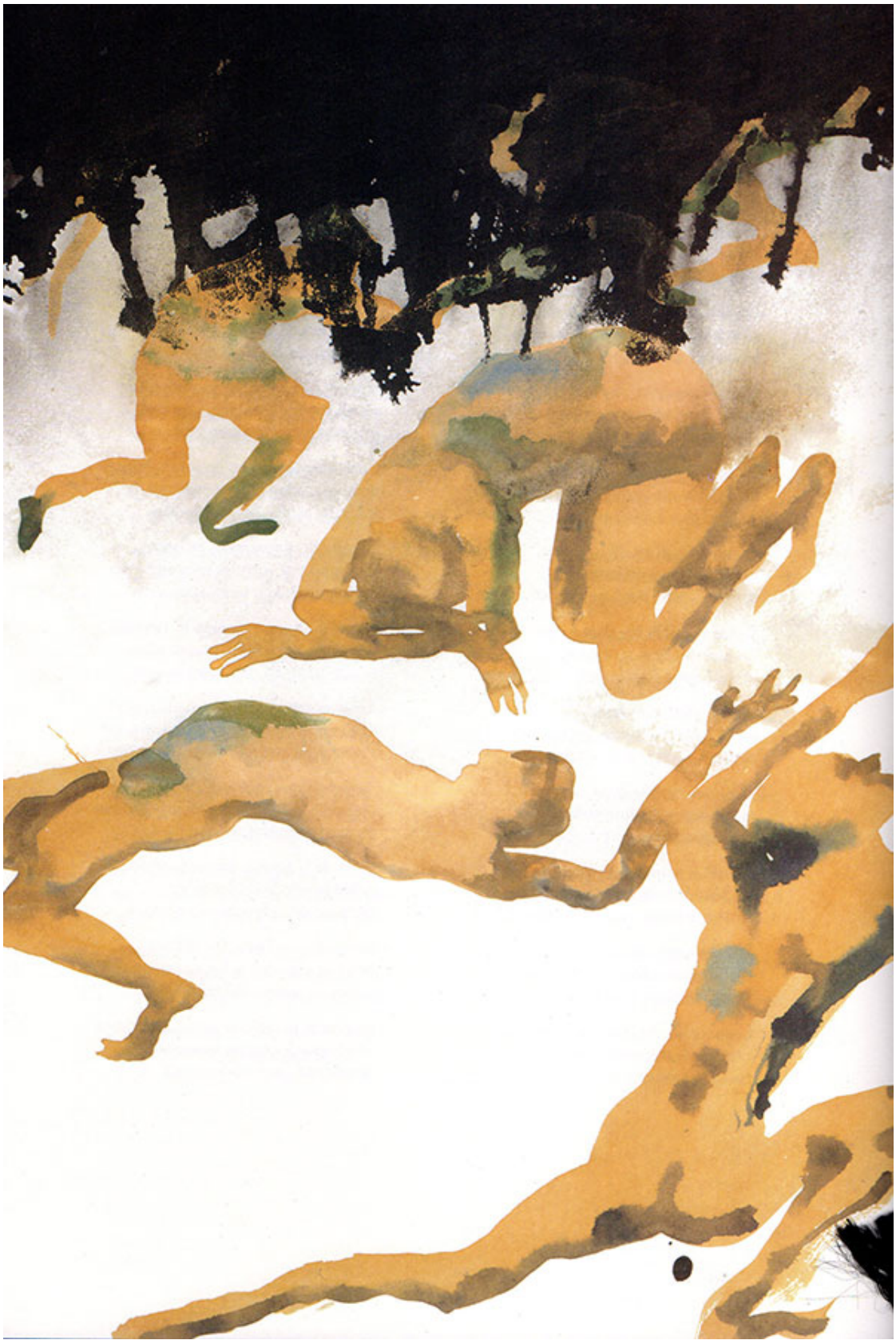
Se partió mi compaña en dos fracciones,

fuera de allí llevóme el sabio guía:

a donde el aire agitan convulsiones. *150*

Llegué al lugar en el que luz no había.





CANTO V

CÍRCULO II: LUJURIOSOS

Minos, Borrasca infernal.

Semíramis, Dido, Cleopatra, Helena, Aquiles, Paris, Tristán, Francesca da Rimini, Paolo Malatesta.

Bajé desde el primero hasta el segundo
círculo, que menor trecho ceñía,[44]
más dolor, que me apiada, más profundo.
Minos[45] horriblemente allí gruñía:
examina las culpas a la entrada
y juzga y manda al tiempo que se lía.
Digo que cuando el alma malhadada
llega ante él, confiesa de inmediato,
y él, que tiene del mal ciencia acabada,
ve el lugar infernal de su reato;
tantas veces el rabo al cuerpo envuelve
cual grados bajará por su mandato.
Allí multitud de almas se revuelve;
una tras otra a juicio van pasando;
dicen y oyen, y abajo las devuelve.
«¡Oh tú que al triste hospicio estás llegando
—dijo al fijarse en la presencia mía,
el importante oficio abandonado—,
ve cómo entras y en quién tu alma confía;
no te engañe la anchura de la entrada…!»

«¿Por qué así gritas? —replicó mi guía—;
no impedir quieras su fatal jornada:
así se quiso allá donde es posible
lo que se quiere, y no preguntes nada.»
Ahora empieza mi oído a ser sensible
a las dolientes notas, ahora llego
donde me alcanza un llanto incontenible.
En lugar de luz mudo me vi luego,
que mugía cual mar tempestuosa
a la que un viento adverso embiste ciego.
La borrasca infernal, que no reposa,
rapazmente a las almas encamina:
volviendo y golpeando las acosa.
Cuando llegan delante de la ruina,[46]
son los gritos, el llanto y el lamento;
allí maldicen la virtud divina.
Entendí que merecen tal tormento
aquellos pecadores que, carnales,
someten la razón al sentimiento.
Cual estorninos, que en los invernales
tiempos vuelan unidos en bandada,
acá, allá, acullá, por vendavales
la turba de almas malas es llevada,
sin esperanza —que les preste aliento—
de descanso o de pena aminorada.
Y cual grullas que cantan su lamento,

formando por los aires larga hilera,
se acercaron así, con triste acento; 48
sombras que aquel castigo allí trajera;
dije entonces: «Maestro, ¿quiénes son
víctimas de este viento?». «La primera 51
de estas almas, que ves, de perdición
—me respondió—, la emperatriz ha sido
de muchas hablas de distinto son. 54
Presa de la lujuria, ha confundido
la libido y lo lícito en su ley
por huir del reproche merecido:[47] 57
Semíramis[48] se llama; fue del rey
Nino la sucesora, y fue su esposa,
donde se asienta del sultán la grey. 60
La otra al suicidio se entregó amorosa
y las siqueas cenizas traicionó;[49]
detrás va Cleopatra lujuriosa; 63
mira a Helena, que al tiempo convocó
de la desgracia; a Aquiles esforzad,
que por amor, al cabo, combatió.[50] 66
Ve a Paris, a Tristán.» Y así ha nombrado
de aquellas almas un millar corrido,
que amor de nuestra vida se ha separado. 69
Una vez que hube a mi doctor oído
nombrar damas y antiguos caballeros,
apiadado, perdí casi el sentido. 72

Yo comencé: «Poeta, con sinceros
deseos a esos dos hablar quisiera
que parecen al viento tan ligeros».
Y él: «A que estén más próximos espera
y, en nombre del amor que así los guía,
llámalos, que vendrán a nuestra vera».
Cuando el viento ya cerca los traía,
moví la voz: «¡Oh, almas afanadas,
venid a hablarnos, si otro no os desvía!».
Como palomas del deseo llamadas
que, alta el ala y parada, al dulce nido
caer se dejan por amor llevadas,
así salieron del tropel de Dido
y a nuestro lado fueron descendiendo;
tan fuerte el grito amable había sido.
«¡Oh animal que benévolo estás siendo
al acercarte por el aire adverso
a los que al mundo en sangre iban tiñendo,
si fuese amigo el rey del universo,
por tu paz le podríamos rogar,
ya que te apiada nuestro mal perverso!
Todo cuando queráis oír o hablar
por nosotros serás hablado y oído
mientras el viento aún quiera callar.
Tiene asiento la tierra en que he nacido
sobre la costa a la que el Po desciende

a buscar paz allí con su partido.[51]
Amor, que en nobles corazones prende,
a éste obligó a que amase a la persona
que perdí de manera que aún me ofende.
Amor, que a nadie amado amar perdona,
por él infundió en mí placer tan fuerte
que, como ves, ya nunca me abandona.
Amor nos procuró la misma muerte:
Caína[52] al matador está esperando.»
Ambos me respondieron de esta suerte.
Al oír sus agravios, fui inclinando
el rostro; y el poeta, al verme así,
por fin me preguntó: «¿Qué estás pensando?».
Al responderle comencé: «Ay de mí,
cuánto deseo y dulce pensamiento
a estas dolientes almas trajo aquí!».
A ellas después encaminé mi acento
y comencé: «Francesca[53], tus torturas
me hacen llorar con triste sentimiento.
Mas di: en el tiempo aquél de las venturas
¿cómo y por qué te concedió el amor
conocer las pasiones aún oscuras?».
Y ella me dijo: «No hay dolor mayor
que recordar el tiempo de la dicha
en desgracia; y lo sabe tu doctor.
Pero si de este amor y esta desdicha

conocer quieres la raíz primera,
con palabras y llanto será dicha.
Cómo el amor a Lanzarote[54] hiriera,
por deleite, leíamos un día;
soledad sin sospechas la nuestra era.
Palidecimos, y nos suspendía
nuestra lectura, a veces, la mirada;
y un pasaje, por fin, nos vencería.
Al leer que la risa deseada
besada fue por el fogoso amante,
éste, de quien jamás seré apartada,
la boca me besó todo anhelante.
Galeoto[55] fue el libro y quien lo hiciera:
no leímos ya más desde ese instante».
Mientras un alma hablaba, la otra era
presa del llanto; entonces, apiadado,
lo mismo me sentí que si muriera;
y caí como cuerpo inanimado.

CANTO VI

CÍRCULO III: GLOTONES

Cerbero. Lluvia fría.

Ciacco (¿dell'Anguillaia?).

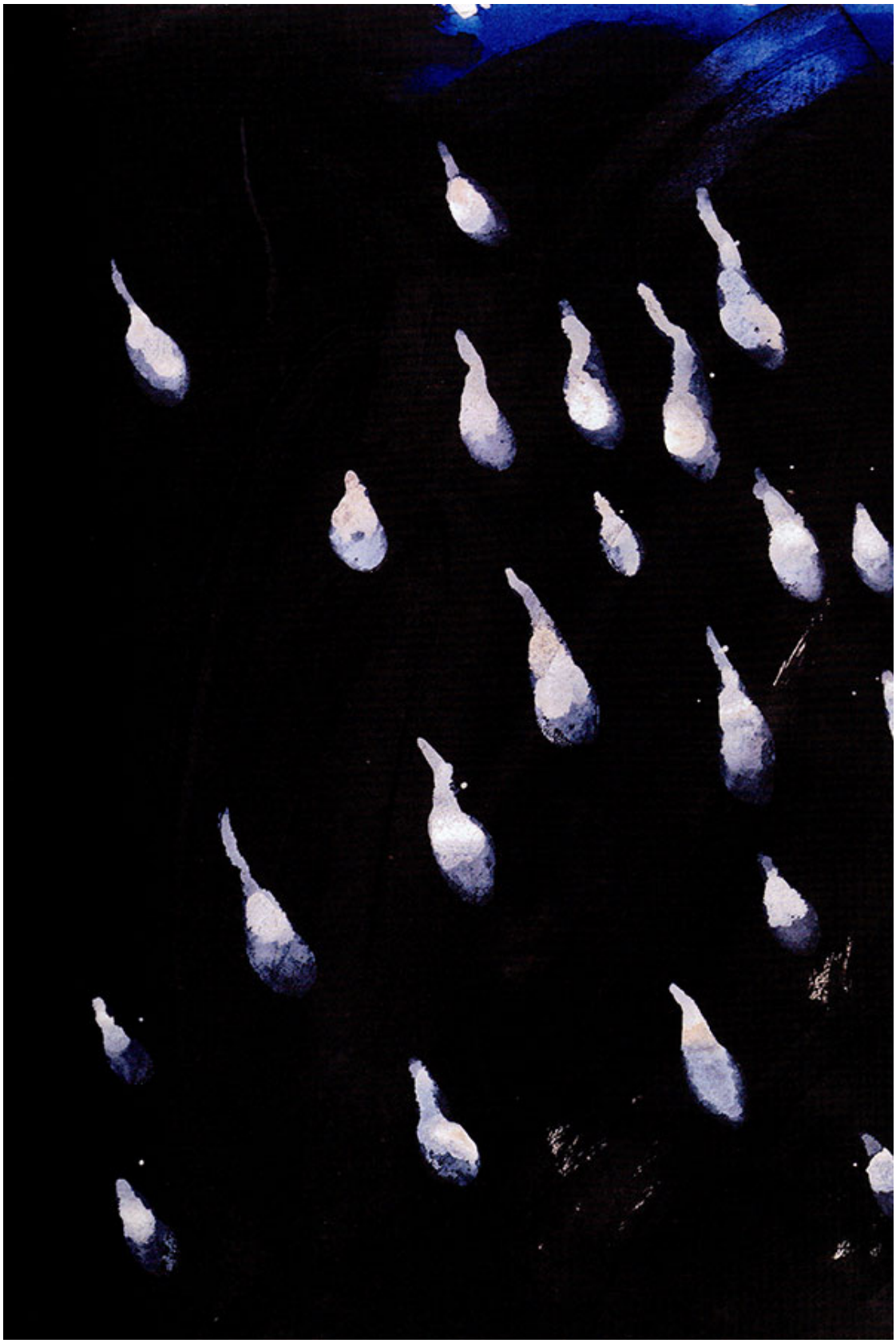
Cuando se abrió mi mente, que cerraron
los piadosos y tristes sentimientos
con que los dos cuñados me agobiaron,
nuevos atormentados y tormentos
vi en torno a mí, conforme me volvía,
y en torno a mi mirada y movimientos.
Vi el círculo tercero, el de la fría
lluvia eterna, maldita y despiadada;
de ritmo y calidad jamás varía.
Nieve, agua sucia y gruesa granizada
caen por el aire tenebrosamente:
hiede la tierra que es así regada.
Cerbero[56], fiera cruel y diferente,
caninamente ladra con tres voces
por sobre aquella sumergida gente.
Graso y negro es su pelo; ojos atroces;
su vientre es ancho y sus uñosas manos
al desollar las almas son feroces.
Aullar las hace el agua como alanos:
de un lado hacen del otro parapeto;
se revuelven los míseros profanos.

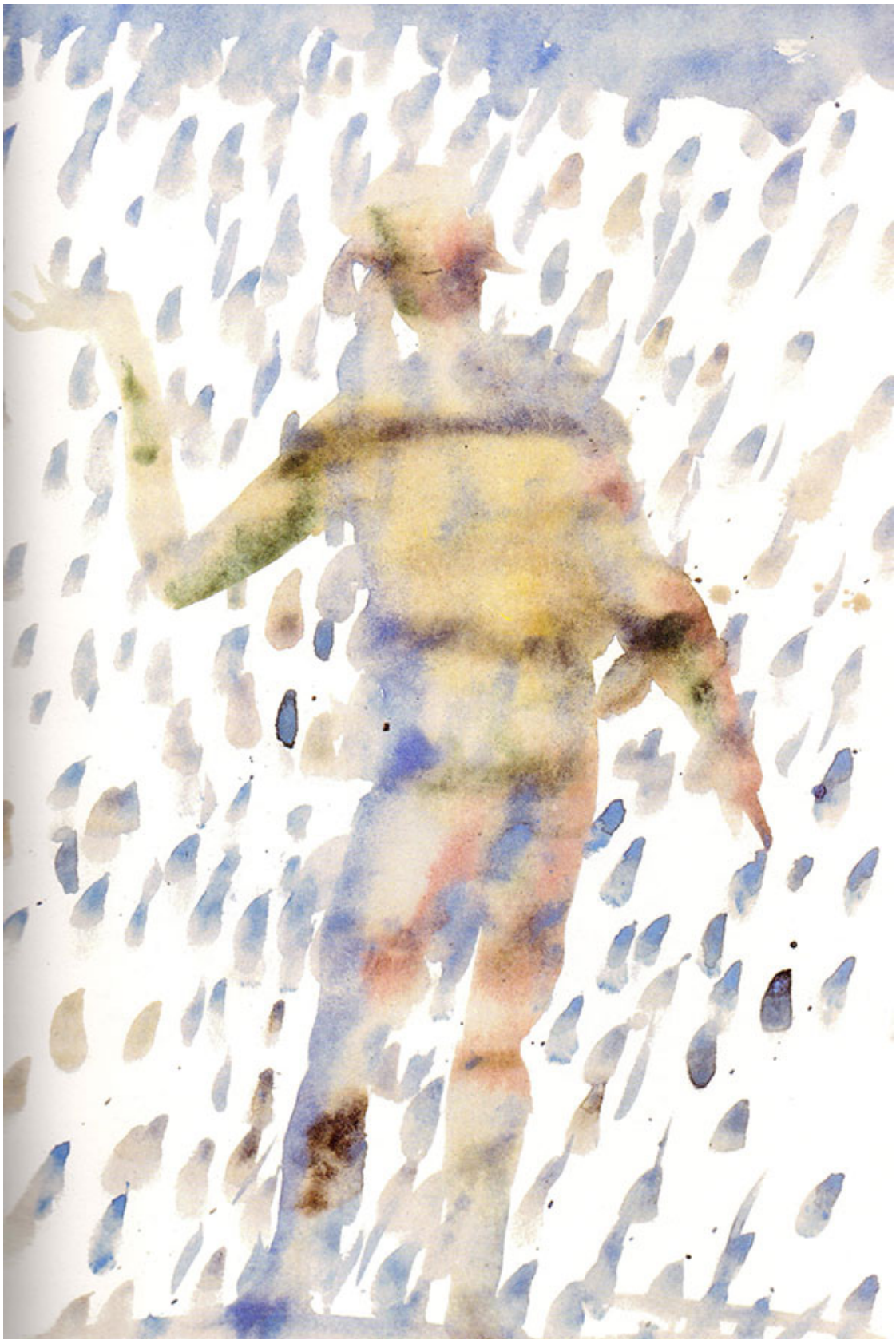
Cerbero, aquel gusano, como un reto,
sus colmillos al vernos nos mostró;
no había miembro que tuviese quieto.
Mi maestro ambas palmas extendió
y, tomando de tierra dos puñados,
a las ávidas fauces los lanzó.
Como canes que quedan amansados
cuando muerden el cebo que pedían
y que luego devoran afanados,
las caras enlodadas tal hacían
del demonio Cerbero, que ensordece
a las almas, que ser sordas querrían.
Íbamos sobre aquellos que entumece
la lluvia pertinaz, los pies posados
en su ilusión, que al cuerpo se parece.
Todos en tierra hallábanse postrados,
menos uno que alzó del suelo el pecho
y se sentó cuando nos vio parados.
«¡Oh tú, que vas por este infernal trecho
—así me habló—, de recordarme trata:
tú fuiste, antes que yo deshecho, hecho!»
«La angustia —dije yo— que te maltrata
aleja a tu recuerdo de mi mente
y tal vez mi memoria desbarata.
Mas di, quién eres tú, que en tan doliente
lugar estás y sufres esta pena,

que si otra mayor hay, no es tan hiriente.»
«Tu ciudad —él me dijo—, que tan llena
de envidia está que el vaso ha rebosado,
me acogió en otra vida más serena.
Ciacco[57] los ciudadanos me han llamado:
por ceder de la guía al mal dañoso
me veo por la lluvia maltratado.
No está solo mi espíritu lloroso,
que igual culpa a castigo igual condena
a éstos.» Y me miraba silencioso.
Yo le repuse: «Ciacco, de tu pena
siento un pesar que al llanto me convida;
mas di, si sabes, lo que el hado ordena
que debe ser de la ciudad partida;
si hay algún justo en ella, y las razones
por que es por la discordia acometida».
Y él a mí: «Tras de muchas turbaciones,
se verterá la sangre, y el partido
salvaje[58] echará al otro entre baldones.
Después, conviene que éste sea vencido
cuando pasen tres soles, y se encumbre
el otro, por quien duda sostenido.[59]
Por largo tiempo seguirá en la cumbre
y mantendrá a los otros humillados,
causándoles enojo y pesadumbre.
Hay dos justos, y no son escuchados:

soberbia, envidia y avaricia son
las llamas de los ánimos airados». 75
Puso aquí fin al lacrimoso son;
yo le dije: «Más quiero que me cuentes,
si de decirme más me haces el don. 78
Farinata y Tegghiaio, dignas gentes,
Iácopo Rusticucci, Mosca, Arrigo[60]
y otros en obrar bien tan diligentes, 81
di dónde están, y muéstrate así amigo,
pues me apremia el deseo de saber
si tienen cielo o infernal castigo». 84
Y él: «Fueron por sus culpas a caer,
con las almas más negras, en lo hondo:
si tanto bajas, tú los podrás ver. 87
Descubre a los demás dónde me escondo
cuando en el dulce mundo estés viviendo;
más no te hablo y más no te respondo». 90
Luego, los ojos fijos fue torciendo;
miróme un poco e inclinó la frente:
entre los otros ciegos fue cayendo. 93
Dijo mi guía: «Aquí estará, yacente,
hasta que angelical trompetería
dé paso al enemigo omnipotente. 96
Cada cual a su tumba irá ese día,
recogerá su carne y su figura,
oirá al que eternamente el trueno envía». 99

Traspasamos así la mezcla impura
de sombras y de lluvia, a pasos lentos,
tocando un poco la vida futura;
por lo que hablé: «Maestro, estos tormentos
¿han de crecer tras de la gran sentencia,
menores han de ser o tan violentos?».
Y él a mí: «Recordar debes tu ciencia[61],
que quiere que cuando es perfecto el ser
más sienta el bien y sienta la dolencia.
Y aunque esta odiosa gente se ha de ver
privada de excelencia verdadera,
más de allá que de acá vendrán a ser».[62]
Seguimos en redondo la carrera,
hablando mucho más que ya no digo,
hasta el punto en que baja la ladera.
Pluto[63] se hallaba allí, nuestro enemigo.





Naufragio di Otranto, liberi i tre scafisti
Il gip: non perseguibili
IL PERSONAGGIO
Solo titoli e azioni
SCUDO FISCALE
DETENUTE ALL'ESTERO
ESPERTI FISCALI
STUDIO UCKMAR.
DOMANI IN

CRONACHE
DIAMOCI
UNA SVEGLIA
grande ri
Stimoli cerebr diversi

CANTO VII

CÍRCULO IV: AVAROS Y PRÓDIGOS

Pluto. Empujan pesos y chocan entre ellos. Papas y cardenales.

Pluto, con ronca voz, «¡Papé Satán,
papé Satán, aleppe!»[64], empezó al vernos.
«No más te angustie el miedo: no podrán
los poderes que tiene detenernos
—dijo el gentil que en todo sabio fuera—,
ni al bajar esta escarpa ha de ofendernos.»
Volvióse luego a aquella boca fiera
y dijo: «¡Cállate, lobo maldito,
de tu rabia consúmete en la hoguera!
Nuestro viaje a lo oscuro ya está escrito:
se quiere allí donde Miguel un día
de la soberbia vindicó el delito».
Como las velas que la brisa henchía
revueltas caen si cae la arboladura,
así en tierra cayó la fiera impía.

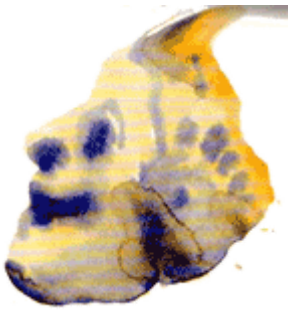
Calando más en la doliente hondura
en donde todo el mal está encerrado,
bajamos a la cuarta escarpadura. 18
¡Ah, justicia de Dios!, ¿quién ha juntado
tanto trabajo y penas renovadas?
¿Por qué nos triza así nuestro pecado? 21
Igual que las olas que quedan destrozadas
cuando al escollo de Caribdis llegan,
así son estas gentes zarandeadas. 24
Más almas en tal sitio se congregan
que en los demás, y allí las vi afanarse:
empujan pesos, con el pecho bregan 27
y chocan entre sí y, al encontrarse,
«¿Por qué aprietas? —se gritan—, ¿por qué sueltas?,»
para volverse luego y separarse. 30
Por el tétrico círculo, devueltas
—cada una por su mano— son enfrente,
donde en igual pendencia vense envueltas. 33
Cada una recorre nuevamente
su medio cerco, para igual torneo.
Yo, con el corazón desfalleciente, 36
dije: «Maestro, conocer deseo
qué gente es ésta, y si esos tonsurados
clérigos son, que a nuestra izquierda veo». 39
Y él a mí: «Todos fueron muy menguados,
en su primera vida, de la mente

y en gastar nunca fueron mesurados.
Su propia voz lo ladra claramente
al llegar de los dos puntos opuestos
adonde van por culpa diferente.
Eclesiásticos fueron todos estos
que están sin pelo —papas, cardenales—
bajo el poder de la avaricia puestos».
Y yo: «Maestro, di si de entre tales
reconocer a algunos yo podría
que inmundos fueron de tamaños males».
Y él me dijo: «Imposible te sería:
si del no conocer fueron viciados,
no se conoce ya su faz sombría.
Eternos han de ser sus altercados.
al surgir del sepulcro, cerrarán
éstos el puño, irán ésos pelados.
Por tener y dar mal, no gozarán
del bello mundo, y seguirán riñendo:
no es preciso que te hable de su afán
El corto aliento, hijo, aquí estás viendo
del bien que se confía a la Fortuna,
por el que están los hombres compitiendo;
que todo el oro que hay bajo la luna,
y hubo ya, de tanta alma fatigada
reposo no podría darle a una».
«Maestro —dije yo—, de la mentada

Fortuna dime más: ¿cómo su mano?
a los bienes del mundo está aferrada?» *69*
«¡Oh criaturas —dijo él— de juicio vano,
cuán grande es la ignorancia que os ofende!
Lleva a tu boca mi consejo sano. *72*
Aquel cuyo saber todo trasciende
hizo los cielos e hizo a quien los guía
y así de parte a parte todo esplende, *75*
puesto que por igual la luz envía:
les señaló también a los humanos
fastos su general suministra y guía *78*
que permuta a su tiempo bienes vanos
de gente a gente y de uno a otro linaje,
sin que entendáis sus juicios soberanos; *81*
hace así que uno suba y otro baje,
siguiendo el juicio de quien, cual serpiente,
se oculta entre la hierba y el follaje. *84*
Nunca podrá entenderla vuestra mente:
como diosa que es, en su reinado
ella provee, juzga y es regente. *87*
En sus cambios jamás ha reposado,
necesidad la obliga a ser ligera,
puesto que el turno a muchos ha tocado. *90*
A ésta la crucifica quien debiera
alabarla, en lugar de torpemente
difamarla con voz no justiciera; *93*

pero, como es dichosa, nada siente:
feliz con las primeras criaturas,
da vueltas a su esfera, diligente. *96*
Mas vamos donde aumentan las torturas,
pues mucho estar aquí me está vedado
y las estrellas caen de sus alturas.» *99*
Atravesamos hasta el otro lado,
junto a una fuente hirviente que vacía
en el canal que junto a sí ha cavado. *102*
El agua, más que negra, era sombría,
y bajamos los dos otro camino
de su oleaje gris en compañía. *105*
Es la laguna Estigia[65] su destino,
triste arroyuelo, cuando al fin se acaba
junto a la playa gris de pravo sino. *108*
Y yo, que atentamente allí miraba,
fangosa gente vi en aquel pantano,
de airado rostro, que desnuda estaba. *111*
No sólo se golpeaban con la mano,
sino con pecho y pies y la cabeza;
los destrozaba su morderse insano. *114*
«Mira, hijo mío —el buen maestro empieza—,
almas de los vencidos por la ira;
y aun deseo que tengas la certeza *117*
que bajo el agua hay gente que suspira:
hierven por eso el agua y estos limos,

como el ojo te dice, doquier gira.
Dentro del barro dicen: “Tristes fuimos
al aire dulce que del sol se alegra
con el humo acidioso que tuvimos:
tristes estamos en la charca negra”.
Este himno borbotea su garganta,
pues su palabra el limo desintegra.»
Rodeamos después bazofia tanta
andando un arco grande por la playa,
viendo a quienes el fango así atraganta,
y llegamos al pie de una atalaya.



CANTO VIII

CÍRCULO V: IRACUNDOS

Flegias. Sumergidos en el cieno.

Filippo Argenti.

Y digo, prosiguiendo, que mucho antes
de que al pie de la alta torre nos hallásemos,
dos llamitas que vimos centelleantes
hicieron que su cima contemplásemos;
señales desde lejos otra hacía,
casi invisible aunque su luz mirásemos.
Volvíme al mar de la sabiduría
y dije: «¿Qué dice éste y qué responde
el otro foco, y quién el fuego avía?».
«Sobre las sucias ondas —dijo— es donde
puedes ya vislumbrar lo que se espera,
si el humo del pantano no lo esconde.»
Nunca lanzó la cuerda tan ligera
flecha al aire, tan rauda voladora,
como la navecilla que yo viera
venir hacia nosotros en tal hora;
la iba un solo galeote gobernando
y gritaba: «¡Llegaste, alma traidora!».
«Flegias, Flegias[66], en vano estás gritando
—le dijo mi señor—, pues solamente
nos guardarás mientras nos vas pasando.»

Como aquel que un engaño grande siente
que ha sufrido, y el alma siente airada,
así hizo Flegias con su ira ardiente.
Inició hacia la barca la bajada
mi guía, y detrás de él me hizo que entrase,
y sólo entonces pareció cargada.
Después que con mi guía me embarcase,
la antigua proa más al agua hendía
que si a otros a bordo transportase.
Mientras las muertas aguas recorría,
alzóse un enlodado y preguntó:
«¿Quién eres que aquí estás sin ser tu día?».
«Si vengo, no me quedo —dije yo—,
pero ¿quién eres tú, tan enfangado?»
«Uno que llora soy», me respondió.
Y yo a él: «Con tu luto y apenado
quédate aquí, oh espíritu maldito,
que te conozco aun viéndote embarrado.»
Ambas manos tendió al leño el precito,
Pero el maestro lo espantó prudente:
«¡Ve con los otros perros!», fue su grito.
Me echó al cuello los brazos, y en la frente
besóme y dijo «¡Oh alma desdeñosa,
bendita quien dio abrigo a tu simiente!
Esa alma en el mundo fue orgullosa,
mas no hay bondad que ensalce su memoria,

y ahora su sombra vese aquí furiosa. 48
¡Cuántos viven allí fingiendo gloria
que, cual cerdos, vendrán al cieno feo
dejando tras de sí su mala historia!». 51
«Maestro —dije—, con ardor deseo,
antes de que dejemos este lago,
ver cómo en estos bodrios, se hunde el reo.» 54
Y él a mí: «De tu anhelo serás pago
antes de que ver puedas la otra orilla;
y te conviene semejante halago». 57
A poco, vi el destrozo y la mancilla
que hacían de él los que en el cieno estaban;
gracias le doy a Dios, que así le huilla. 60
«¡A por Filippo Argenti[67]!», le gritaban;
y al florentino espíritu altanero
sus dientes, y no ajenos, desgarraban. 63
Allí quedó: contar más de él no quiero;
mas un lamento golpeó mi oído
y hacia delante me volví ligero. 66
Díjome el buen maestro: «Hijo querido,
ya la ciudad de Dite[68] con su gente
grave se ve, y su ejército aguerrido.» 69
Yo contesté: «Maestro, claramente
sus bermejas mezquitas ya discierno,
allá en el valle, cual de hoguera ardiente 72
salidas». Y él me dijo: «El fuego eterno

que las sofoca así las enrojece,
y así las ves en este bajo infierno». 75
Llegamos hasta el foso que aparece
defendiendo a esa tierra desgraciada:
su muralla de hierro hecha parece. 78
Después que una gran vuelta fuera dada,
paramos do, con fuerza, el timonel
«Descended —nos gritó—, que aquí es la entrada». 81
De más de mil había allí un tropel
de llovidos del cielo[69], y fieramente
decían: «Si no ha muerto, ¿quién es él, 84
que anda en el reino de la muerta gente?».
Una seña les hizo el sabio mío
de quererles hablara secretamente. 87
Depusieron un tanto el desafío
y dijeron: «Ven solo, y retroceda
quien a este reino entró con tanto brío. 90
Sólo se vuelva por su audaz vereda:
pruebe, si sabe; tú te quedarás,
que haces que al mundo oscuro venir pueda». 93
Lector, si tuve miedo juzgarás
las palabras malditas escuchando,
que me creí no retornar jamás. 96
«Oh, maestro querido, tú que, cuando
—ya más de siete veces— me veía
en peligro, me has ido de él librando, 99

no me dejes perdido —le decía—,
y, si ir más adelante está vedado,
volvamos ya hacia atrás en compañía.» *102*
Y aquel señor que allí me había llevado
me dijo: «Ten valor, que nadie puede
impedirnos el paso; tal lo ha dado. *105*
Espera aquí; tu espíritu se quede
ya confortado y de esperanza lleno:
no he de dejarte en esta baja sede». *108*
Fuese y abandonóme el padre bueno,
y yo con un quizás allí me estaba,
que el sí y el no reñían en mi seno. *111*
No podía escuchar qué les hablaba
ni estuvo conversando largamente,
que cada uno de prisa reculaba. *114*
Cerró las puertas la adversaria gente
a mi señor, que se quedó allí fuera
y se vino hacia mí muy lentamente. *117*
Ojos en tierra, su entrecejo era
nada firme, y decía suspirando:
«¡Quién me niega la casa lastimera!». *120*
Y a mí: «Tú, aunque me veas protestando,
no tiembles, la victoria será mía,
por mucho que allí dentro están tramando. *123*
No es nueva su orgullosa altanería;
ya la han usado ante más franca puerta

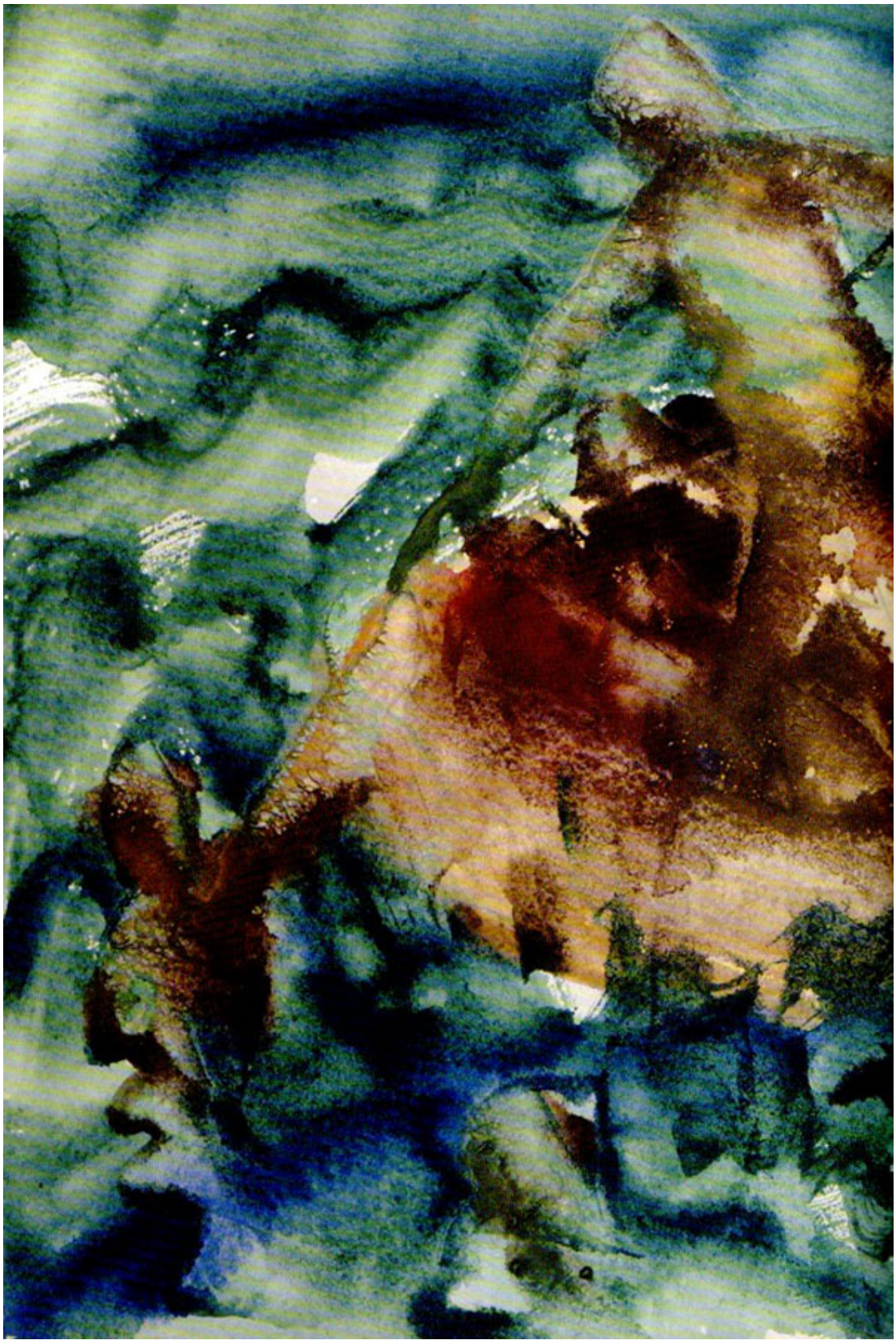
que sigue sin cerrojos todavía;[70] *126*

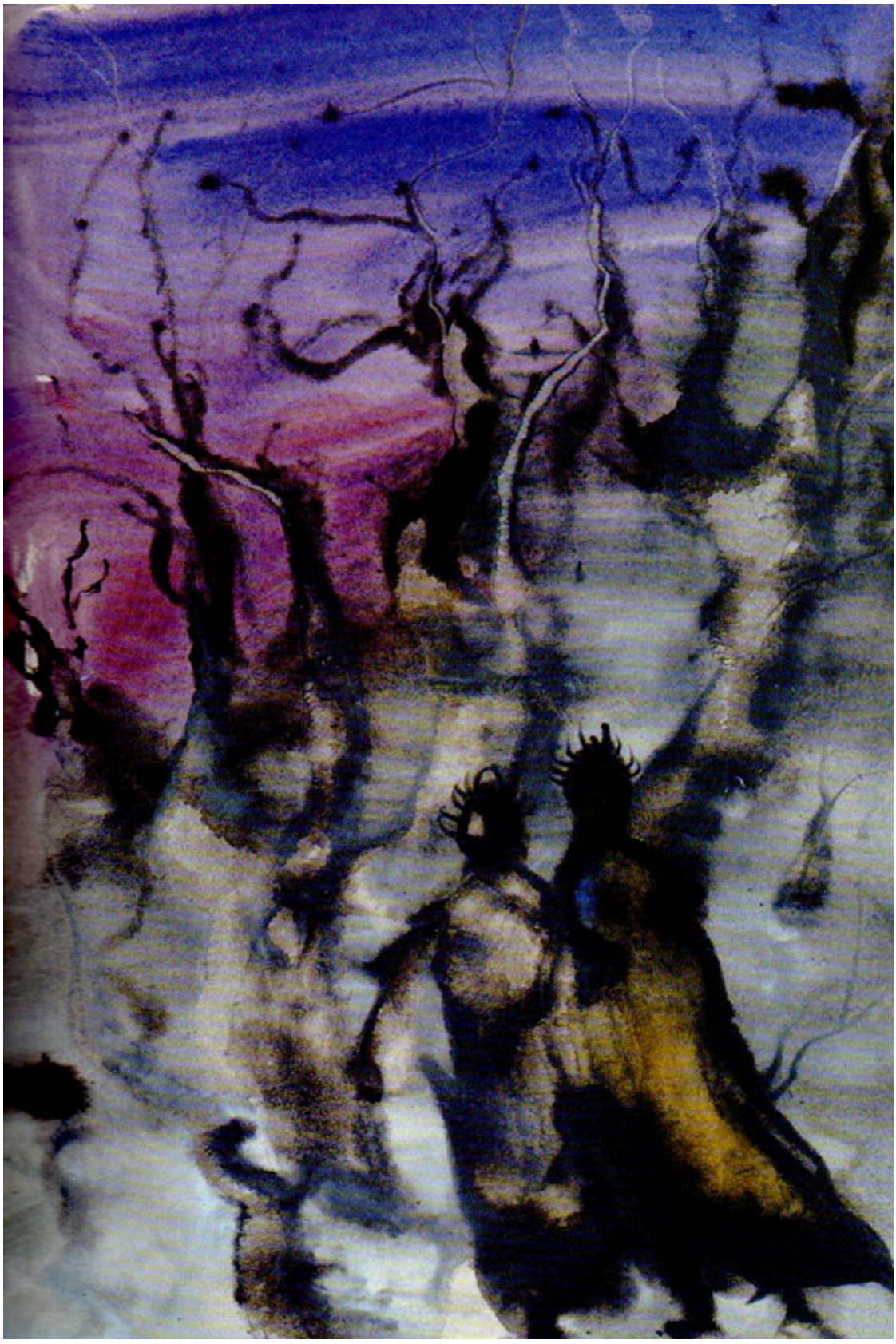
sobre ella viste tú la inscripción muerta:

desde allí baja la infernal pendiente

y sin escolta ver su senda abierta *129*

quien ha de abrirnos la ciudad doliente.»





CANTO IX

MURALLAS DE LA CIUDAD DE DITE

Las Furias, Megera, Alecto y Tesifo.

Enviado celestial.

El color que el temor me empujó afuera
cuando a mi guía vi la vuelta dando,
al suyo nuevo hizo que adentro huyera.
Atento se paró como escuchando,
que conducirle lejos no podía
la vista, entre aire negro y humeando.
«Nos convendrá vencer esta porfía
—empezó—, que si no… Lo ha prometido.
¡Oh, cuánto tarda el otro todavía!»
Bien advertí que dio por escondido
el comenzar con lo que atrás le puso,
que otro tenor tenía lo añadido.
Mas no a perder el miedo me dispuso,
pues yo le daba a aquella frase trunca
peor sentido del que tuvo incluso.
«¿Del círculo primero a esta espelunca
alguno, cuya sola pena ha sido
la esperanza perder, no bajó nunca?»
Esto le pregunté, y «Ha sucedido
raramente —repuso— que otro hiciera,
de nosotros, mi mismo recorrido.

Otra vez bajé aquí, por la hechicera
Ericto, de alma cruda, conjurado
que sombras a sus cuerpos devolviera.
Hube apenas mi carne desnudado
cuando ella me hizo entrar tras ese muro
para traer de Judea a un condenado.
Es el lugar más bajo y más oscuro
y más lejos del cielo por quien gira
todo: ven tú también y está seguro.
Este pantano que este hedor transpira
ciñe en redondo a la ciudad doliente
donde entrar no podemos ya sin ira».
Y dijo más que ya no está en mi mente,
pues mis ojos entonces me llevaron
de la alta torre hasta la cima ardiente;
por donde, de improviso, se asomaron
tres Furias[71] que de sangre iban teñidas:
cuerpos de hembras, y ademán, mostraron.
Iban de hidras verdísimas ceñidas:
cerastes y culebras su crin era,
que orlábales las frentes desabridas.
Y aquél, que a las esclavas conociera
de la reina del llanto eterno, «Dado
te ha sido ver —me dijo— la faz fiera
de las Erinias[72]. Al siniestro lado,
Megera; a la derecha, Alecto llora;

Tesifo, en medio». Y se quedó callado.
Con las uñas cada una se encocora
el pecho; se palmean, gritan alto:
fuime al poeta igual que quien se azora.
«¡Venga Medusa[73] y vuélvalo basalto!
—mirando abajo aullaban—. Malo ha sido
no vengar de Teseo[74] el loco asalto.»
«Dales pronto la espalda y escondido
el rostro ten: tu vuelta puedes dar,
si a Gorgona[75] contemplas, al olvido.»
Así dijo el maestro, y a girar
me obligó, sin fiarse de mis manos,
pues con las suyas me hubo de ocultar.
¡Oh los que de la mente os sentís sanos,
mirad bien la doctrina que velada
se encuentra de mi verso en los arcanos![76]
Sobre las olas, ya, de agua enturbiada
venía el son de un ruido temeroso:
toda la orilla se sintió agitada;
no de otro modo el viento impetuoso
que, enemigos, provocan dos ardores,
a la floresta hiere e, imperioso,
ramas rompe y abata, y sus furores
lleva adelante altivo y polvoriento
y hace huir a las fieras y pastores.
Me descubrió los ojos y «Está atento

—me dijo— a las antiguas y espumosas
aguas, donde se espesa más su aliento».
Como las ranas huyen presurosas
de la enemiga sierpe y, sumergidas,
a la tierra se pegan temerosas,
vi yo a más de mil almas destruidas
huir así de aquel que atravesaba
a pie enjuto la Estigia. Las tupidas
humaredas del rostro se apartaba
con la mano siniestra, y parecía
que sólo aquel fastidio le enojaba.
Advertí que del cielo descendía
y me volví al maestro; me hizo seña
de estar quieto y rendirle pleitesía.
iba como quien todo lo desdeña
Fue a la puerta y la abrió con su varita,
pues no se alzó contra él ninguna enseña.
«Oh expulsados del cielo, horda maldita
—exclamó en el umbral espeluznante—,
a tan torpe arrogancia ¿qué os incita?
¿Por qué vuestra actitud recalcitrante
contra la voluntad de quien no muda
y aumenta vuestra pena en adelante?
¿Cocear contra el hado en algo ayuda?
Bien se acuerda Cerbero[77]: todavía
su garganta de pelo está desnuda.»

Por la fangosa senda se volvía
y no nos saludó, pues su semblante
era de quien urgido se sentía
y no por quien estaba allí delante.
Nos dirigimos a la triste tierra,
seguros de la voz santificante.
Dentro pasamos, pero ya sin guerra,
y yo, que ver entonces deseaba
lo que tan fuerte fortaleza encierra,
apenas dentro estuve, contemplaba
una campaña a uno y otro lado:
llena de duelo y de tormento estaba.
Como en Arlés —ya el Ródano estancado—
o en Pola, donde el Cuárnaro fluyente
le pone a Italia un límite mojado,
al lugar los sepulcros diferente
aspecto prestan, tal de parte a parte
hacían los de allí, mas cruelmente:
el fuego entre las tumbas se reparte
y así están todas ellas encendidas,
que al hierro no caldea más el arte.
Se encontraban las losas removidas
y se escuchaba un lamentar hiriente
que parecía de almas ofendidas.
Y yo: «Maestro, ¿quién es esa gente
que en las tumbas está? ¿Por qué pecado

a un suspirar se entrega tan doliente?». *126*
Y él: «Son los heresiarcas y el errado
pueblo de cada secta: en fuego envuelto
más número se ve del que has pensado. *129*
El igual con su igual yace revuelto
y en más o menos fuego ardiendo se halla».
Y cuando a la derecha se hubo vuelto *132*
pasamos entre el llanto y la muralla.

CANTO X

HEREJES

Tumbas de fuego.

Farinata degli Uberti, Cavalcante dei Cavalcanti, Federico II, Ottaviano degli Ubaldini.

Íbase por secreta vía,
entre aquella muralla y aquel duelo,
mi maestro, a su espalda, le seguía.
«Oh virtud suma, que por este suelo
impío me conduces cual te place,
háblame y satisfaz así mi anhelo.
¿La gente —dije— que en las tumbas yace
podría ver? Están ya destapados
los túmulos y nadie guardia hace.»
Y él me dijo: «Serán todos cerrados
cuando, al volver de Josafat, la puerta
dejen atrás sus cuerpos recobrados.
Tienen su fosa en esta parte abierta,
con Epicuro, todos sus secuaces
que al alma con el cuerpo dan por muerta.
Pero a esta demanda que me haces
aquí mismo has de verte contestado,
y no más tus deseos me disfraces.»
Y yo: «Buen guía, nunca te he ocultado
mi corazón, si no es por ser prudente,

y a ello, y no ahora, tú me has enseñado».[78]
«Oh toscano que, vivo, por la ardiente
ciudad discurres con hablar honesto,
deténte si ser quieres complaciente.
Tus palabras te hacen manifiesto
hijo de aquella patria generosa
a la que yo quizá fui muy molesto.»
Salió súbitamente de una fosa
este sonido, y yo me acerqué más
a mi guía, con alma temerosa.
Y él me dijo: «¿Por qué vuelves atrás?
Mira allí a Farinata[79] levantado:
de la cintura arriba le verás».
Yo en sus ojos mi vista había clavado
y él su pecho y la frente levantaba
como aquel que al infierno ha despreciado.
La mano de mi guía me empujaba
entre sepulcros, firme y diligente,
«Con mesura hablarás», me aconsejaba.
Cuando llegué a la tumba, brevemente
miróme y dijo, casi desdeñoso:
«¿Quién fueron tus mayores?», y obediente
fui, pues de serlo estaba deseoso.
Mis palabras ante él me descubrieron
y, tras alzar las cejas, con reposo
me dijo: «Fieramente se opusieron

a mis padres y a mí y a mi partido:
por mí dos veces desterrados fueron». 48
«Si fueron alejados, han sabido
ambas veces volver —le respondí—,
y tal arte tu gente no ha aprendido.» 51
Entonces a una sombra surgir vi
hasta la barba, al pie de la primer;
que estaba de rodillas comprendí. 54
En torno a mí miró, cual si quisiera
ver si conmigo alguno más venía,
y al ver que su sospecha vana era, 57
llorando dijo: «Si por esta impía
cárcel tu noble ingenio te ha guiado,
¿por qué mi hijo no te hace compañía?». 60
Respondí: «Por mí mismo no he llegado,
que el que me espera allí me guía ahora:
tal vez fue por tu Guido[80] desdeñado». 63
El modo de su pena, al punto y hora[81]
me leyeron su nombre, y lo que le dijo;
le respondí por eso sin demora. 66
De súbito se alzó y miróme fijo,
gritando: «¿Has dicho fue? ¿Ya está sin vida?
¿La dulce luz no alumbra ya a mi hijo?». 69
Al advertir que no era respondida
su pregunta por mí sin más espera,
cayó de espaldas; no hizo otra salida. 72

Pero el otro magnánimo, a la vera
del cual permanecí, siguió impasible
sin dejar que su frente se abatiera.
«Que tal arte aprender les sea imposible
—dijo, continuando— me atormenta
más que este lecho, y es más insufrible.
Su faz no habrá encendido otras cincuenta
veces la que aquí abajo es soberana
sin que el peso de ese arte tu alma sienta.[82]
Y, así en el dulce mundo estés mañana,
di: ¿por qué con sus leyes así humilla
esa gente a los míos, inhumana?».
«El estrago mortal y la mancilla
—le repliqué— que al Arbia ha enrojecido,[83]
rezar nos hace así en nuestra capilla.»
Luego que, suspirando, hubo movido
la testa, «No fui solo, ni por cierto
sin razón con los otros hubiera ido;
mas fui yo solo —dijo— el que a cubierto
tuvo a Florencia al verla amenazada,
y lo hice con el rostro descubierto».
«Así pueda vivir pacificada
vuestra semilla —dije—, desatad
el nudo que a mi mente tiene atada.
Si bien oigo, aquí veis con claridad,
y anticipado, lo que el tiempo envía,

mas para el hoy sois de otra calidad.» 99
«Vemos como el que en vista escasa fía
—me respondió—, tan sólo lo lejano,
y en esto esplende aún el sumo guía; 102
si se acerca o si es, sentido vano
es el nuestro: sin que otro nos advierta,
nada sabemos del estado humano. 105
Y comprender podrás que quede muerta
nuestra sabiduría en el momento
en que al futuro cerrará la puerta.» 108
Como entonces sentí arrepentimiento,
dije: «Podéis decirle a aquel caído
que entre los vivos a su hijo cuento, 111
y que si al preguntar no he respondido,
decidle que ello fue porque pensaba
en la duda que habéis esclarecido». 114
Y ya el maestro mío me llamaba,
por lo que a aquel espíritu rogué
que me dijese quién con él estaba. 117
«Más de mil yacen —su respuesta fue—:
Federico Segundo está en el fuego,
el Cardenal[84], y más que callaré.» 120
Se ocultó, y yo mis pasos volví luego
hacia el poeta antiguo, repensando
las palabras que traen desasosiego. 123
Él echó a andar, y mientras iba andando

me dijo: «¿Por qué estás tan abatido?»,
y yo fui su pregunta contestando.
«Que tu mente retenga lo que oído
has contra ti —mandóme el sabio guía
y, alzando el dedo—: Atiende: cuando herido
seas del dulce rayo que te envía
aquella a la que nada se le veda,[85]
de ella sabrás la que ha de ser tu vía.»
Dejando la muralla, una vereda
a la izquierda tomó, con paso presto,
para ir al valle que en el centro queda,
cuyo hedor allí arriba era molesto.

CANTO XI

PASO DE LA RIBA DE PEDRUSCOS

Anastasio II. Virgilio explica la disposición del Infierno.

Y por la extremidad de una alta riba
circular, de pedruscos quebrantados,
fuimos a dar en más cruel estiba;
y allí, por los vapores redoblados
del hedor del abismo, tras tremenda
losa un poco estuvimos refugiados;
en ella pude ver esta leyenda:
«Guardo al papa Anastasio, al que Fotino
hizo apartarse de la buena senda».[86]
«Para que al triste olor un paulatino
hábito vaya haciendo que olvidemos,
bueno es bajar despacio este camino.»
Así el maestro; y dije: «Compensemos
como te plazca el tiempo, y que no sea
perdido»; y él: «Pensaba en qué hablaremos.
Hijo, este roto pedregal rodea
tres círculos que están escalonados:
por los que has visto ya, te haces idea.
Todos llenos están de condenados,
mas para que después baste tu vista,
sabe cómo y por qué son obligados.[87]

Toda maldad, que el odio se conquista
del cielo, está a la injuria encaminada:
con fuerza o fraude a los demás contrista.
Mas siendo el fraude cosa más odiada
por Dios, por eso están los fraudulentos
más abajo, con pena redoblada.
El círculo primero es de violentos;
mas como a tres violencia puede hacerse,
tres recintos sostiene sus cimientos.
Dios, uno mismo, u otro, puede verse
forzado, ya en sí mismo, ya en sus cosas,
como, en buena razón, puede exponerse.
Muerte violenta, heridas dolorosas,
al prójimo se causan; destrucciones
e incendios, y rapiñas muy dañosas;
y por ello a homicidas y ladrones,
y a incendiarios de bienes atormenta
el recinto primero, y a sayones.
Puede el hombre poner mano violenta
en sus bienes o en sí, y en el segundo
recinto es justo, pues, que se arrepienta
todo el que se privó de vuestro mundo,
jugóse o disipó su propiedad
o lloró donde ser debió jocundo.
También puede hacer fuerza a la deidad,
negándola en su pecho o blasfemando

o burlando a natura y su bondad:
el recinto menor va señalando
a Cahors[88] con su signo, y a Sodoma,
y a los que hablan a Dios menospreciando.
Se puede el fraude usar —que donde asoma
muerde a toda conciencia— en el que fía
y en quien fiducia que embolsar no toma.
Que destruye este modo se diría
el vínculo de amor que ata natura;
y el círculo segundo a hipocresía
aloja, y al que adula y al que augura,
simoníacos, rufianes y tramposos,
rapiña y falsedad, y tal basura.
Hace el otro olvidar los amorosos
vínculos de natura, y al que, junto
con ellos, crea lazos amistosos;
y al círculo menor, donde está el punto
del universo, y es de Dite sede,
va todo el que traiciona a ser consunto».
Y yo: «Maestro, con rigor procede
tu razón, y del pueblo que este foso
encierra, claramente hablarme puede.
Mas dime: aquellos del paular fangoso,
los que el viento se lleva, los que enoja
la lluvia y chocan con hablar furioso,
¿por qué no están aquí, en la ciudad roja,

castigados, si a Dios causaron ira?,
¿y si no, por qué sufren tal congoja?».
Me respondió: «¿Por qué tanto delira
tu ingenio, de este modo desusado?
¿O es que tu mente hacia otra parte mira?
¿Las palabras quizás has olvidado
con que tu misma *Ética*[89] tratara
los tres genios que el cielo ha rechazado:
malicia, incontinencia, y aun la ignara
bestialidad? ¿Y cómo incontinencia,
que odia Dios menos, menos mal depara?
Si miras con cuidado esta sentencia
y quiénes son preguntas a tu mente
los que allá arriba sufren penitencia,
verás por qué de esta malvada gente
son apartados, y algo más templada
la divina justicia allí se siente».
«Oh sol que sanas la visión turbada
de tal modo contentas respondiendo
que, tanto cual saber, dudar me agrada.
Un poco más atrás vete volviendo:
donde has dicho que usura a Dios ofende,
—le dije—, y esta duda ve absolviendo.»
«Filosofía —dijo—, a quien la entiende,
advierte, y no tan sólo en una parte,
cómo natura en su discurso atiende

al divino intelecto y a su arte;
y tras no muchas hojas repasar
de tu *Física*[90], cuenta habrás de darte
de que vuestro arte estriba en imitar
a aquél, como al maestro su dicente,
y por nieto de Dios puede pasar.
Con los dos, si ahora pones en tu mente,
desde el principio, el Génesis, conviene
regir su vida y progresar la gente;
y porque el usurero otro arte tiene,
a natura y al arte que asesora
desprecia y en estima no las tiene.
Pero quiero avanzar, sígueme ahora;
que ya en el horizonte a Piscis veo
y el Carro sobre el Coro está a esta hora,[91]
y allí acaba la riba, según creo.»

CANTO XII

CÍRCULO VII. RECINTO I: EL MINOTAURO. LOS CENTAUROS. TIRANOS

Anastasio II. Virgilio explica la disposición del Infierno.

Era alpestre el lugar en que la riba
bajamos, y a cualquier mirada le era,
por aquel que allí estaba, muy esquiva.
Como en aquella ruina, en la ladera
de acá de Trento, que el Adigio azota,
por terremoto o que el sostén cediera,
desde lo alto del monte, hendida y rota
vino al llano a caer, y, aunque empinada
que podría subirla el pie denota,
de aquel pedregal era la bajada;
y al borde de la abrupta escarpadura
a la infamia de Creta[92] vi tumbada,
la que en la vaca falsa tuvo hechura;
cuando nos vio, a sí propio se mordía
cual domando de su ira la bravura.
Mi guía le gritó: «¿Crees —le decía—
que quizás está aquí el duque de Atenas[93]
que en el mundo segó tu vida impía?
Aparta, bestia: que éste con las buenas
instrucciones no viene de tu hermana,

sino a ver en su viaje vuestras penas.»
Como el toro desátase y se afana
cuando el golpe mortal ha recibido,
que irse no sabe y salta en danza vana,
tal vi yo al Minotauro y, advertido,
«¡Corre hacia el paso! —me gritó mi guía—,
baja mientras se siente enfurecido».
Así hacia abajo nos abrimos vía
por el derrumbadero, y más de una
piedra bajo mi peso se movía.
Yo iba pensando; él dijo: «¿Por fortuna
piensas en esa ruina que es guardada
por la ira bruta que domé? Ninguna
de estas rocas estaba quebrantada
—debes saberlo— en este bajo infierno
cuando me trajo a él mi otra bajada.
Pero un poco antes, si es que bien discierno,
de que viniese el que el botín glorioso
llevó a Dite del círculo superno,[94]
de forma tal tembló el valle apestoso
que yo llegué a pensar que el universo
sintiese amor, y estuve temeroso
de ver al mundo en nuevo caos converso;[95]
y fue entonces, aquí y en otro lado,
cuando quebróse el risco ahora disperso.
Mas mira bien al valle, que allegado

se halla el río de sangre, en la que hirviendo
están los que a su prójimo han forzado». 48
¡Ira y ciega codicia, que impeliendo
nos vais por medio de la vida escasa
y en la eterna tan mal nos vais sumiendo! 51
Un gran foso arqueado vi, que pasa
cual si un abrazo a aquel recinto diera,
como dijo mi guía. Entre la basa 54
de la riba y aquél, vi que una hilera
de Centauros[96] corría, bien armados,
igual que si en el mundo a cazar fuera. 57
Al vernos ir, quedáronse parados,
mas avanzaron tres de los que digo,
de arcos y de saetas pertrechados; 60
de lejos, gritó uno: «¿A qué castigo
venís los que bajando estáis la cuesta?
Decidlo, o a flechazos os persigo». 63
Mi maestro le dijo: «La respuesta
daremos a Quirón[97] cuando lleguemos:
siempre tu voluntad ha sido presta». 66
Tocóme y dijo: «Allí a Neso[98] tenemos,
que murió por la bella Deyanira
y él mismo se vengó; y aquel que vemos 69

en medio, que a su propio pecho mira,
es Quirón, que maestro fue de Aquiles,
y el otro es Folo[99], siempre ardiendo en ira.
Junto al foso, asaeteando van, a miles,
a quien ven de la sangre destacando
más que consienten sus acciones viles».
Ya a las veloces fieras arribando,
Quirón tomó una flecha y fue con ella
sus barbas hacia atrás del rostro echando.
Descubierta la boca, dijo a aquella
compañía: «¿Os habéis apercibido
de que el de atrás remueve lo que huella?
Nunca los pies de un muerto así han venido».
Paróse ante su pecho mi maestro,
donde sus dos esencias se han unido,
y dijo: «Está bien vivo, y a él le muestro
solamente este valle tenebroso:
por conveniencia, y no placer, le adiestro.
Alguien dejó su canto jubiloso
para encargarme de este oficio nuevo:
no es ladrón, ni yo espíritu doloso.

Mas por esa virtud por la que muevo
mis pasos por camino tan salvaje,
consiente, si a uno tuyo ahora me llevo
para que al vado nos conduzca y baje
y éste vaya a su grupa caballero,
que alma no es que por el aire viaje».
Quirón volvió a la diestra el pecho fiero
y dijo a Neso: «Vuelve a éstos guía;
y que evitéis más escuadrones quiero».
Nos fuimos en tan buena compañía
por la ribera del ardor bermejo
donde la gente hervida alto gemía;
a gente hundida vi hasta el entrecejo;
y el gran Centauro dijo: «Son tiranos
y sangre y robo fueron su consejo;
llorando están sus hechos inhumanos;
junto a Alejandro está Dionisio, fiera[100]
que tanto mal causó a los sicilianos.
La frente de la negra cabellera
es Azzolino[101]; el otro, rubicundo,
Obezzo del Este, quien, sin duda, fuera
muerto por su bastardo, allá en el mundo».
Yo me volví al poeta, y él me dijo:
«Éste sea el primero, y yo el segundo».
A poco, se quedó el Centauro fijo
en unos, que advertí sobresaliendo

hasta el gaznate del hervor prolijo.
Una sombra mostróme, así diciendo:
«De Dios en el regazo, abrió la herida
que hacia el Támesis hoy sigue corriendo».[102]
A gente vi en el río sumergida
hasta la testa, y con el pecho fuera,
y mucha fue por mí reconocida.
Poco a poco, más bajo el nivel era
de la sangre, y cocía allí los pies,
y ése era el paso de una a otra ribera.
«Igual que de este lado, como ves,
el hervidero siempre va bajando
—dijo el Centauro—, por el otro es
poco a poco mayor, y va aumentando
su fondo hasta que, al fin, el sitio alcanza
donde la tiranía está llorando.
Allí es de la justicia la venganza
contra Atila, flagelo de la tierra,
y Pirro y Sexto; al llanto eterno lanza
a Rinier de Corneto, al que allí encierra
con Rinier Pazzo[103], por haber llevado
antes a los caminos tanta guerra.»
Volvióse luego, y repasó aquel vado.

CANTO XIII

CÍRCULO VII. RECINTO II: SUICIDAS

Arpías. Condenados convertidos en árboles donde posan las Arpías.

Pier della Vina, Ercolano Maconi, Giacomo da Sant'Andrea, Rocco dei Mozzi (?).

No estaba Neso aún al otro lado
cuando entramos de un bosque en la espesura,
do no había sendero señalado.
No fronda verde: de color oscura,
no esbeltas ramas: tuertas y nudosas;
no frutas: púas con letal untura:
no tienen tan ariscas y boscosas
matas las fieras que odian las aradas
entre Corneto y Cécina. Asquerosas,
las Arpías[104] están allí anidadas,
por quien fueron expulsos los troyanos
de Estrófades, con cuitas presagiadas.
Latas alas, y cuello y rostro humanos
tienen; garras, y plumas en los vientres;
ayes dan en los árboles malsanos.
El buen maestro «Sin que más te adentres,
sabe —me dijo— que estarás pisando
el recinto segundo hasta que encuentres
el arenal horrible; y ve mirando

atentamente, y ver podrás las cosas
que, por guardar tu fe, me estoy callando».
Me rodeaban voces dolorosas
y no veía a nadie que las diese;
me detuve con ansias temerosas.
Yo creo que él creyó que yo creyese
que una gente exhalaba los lamentos
que, al vernos, tras los troncos se escondiese;
y prosiguió: «Si de estos macilentos
vegetales un ramo tronchar quieres,
se quebrarán también tus pensamientos.
Adelanta la mano y más no esperes».
Yo tronché una ramita de un endrino
y el tronco me gritó: «¿Por qué me hieres?».
Bañado en un oscuro humor sanguino,
volvió a gritar: «¿Por qué me estás rompiendo?
¿No hay piedad en tu espíritu mezquino?
Hombres fuimos y leña estamos siendo;[105]
tu mano debió ser más bondadosa
aun con almas de sierpes contendiendo».
Como una astilla verde que, ardorosa
por un extremo, humor echa y chirría
por el otro, si el viento al fuego acosa,
así a la vez de aquella otra salía
palabra y sangre; y yo, sobrecogido,
dejé caer la que tronchado había.

«Si él pudiera al principio haber creído
—le respondió mi sabio—, ánima lesa,
aquello que en mis versos ha leído,
no moviera su mano tan apriesa;
pero obligóme la increíble cosa
a aconsejarle lo que ya me pesa.
Mas dile quién has sido, y gananciosa
saldrá en cambio tu fama, y renovada,
pues él vuelve a la tierra luminosa.»
Y el tronco: «Tu palabra es dulce, y nada,
ya apaciguado, callaré; no graves
os sean mi historia y mi habla dilatada.
Yo soy aquel que manejó ambas llaves
del corazón de Federico[106], y di
al abrir y cerrar vueltas tan suaves
que su secreto a todos escondí:
fui tan leal a tan glorioso oficio
que el sueño y el latido en él perdí.
La meretriz[107] que nunca del hospicio
de César quita su mirada avara,
muerte común y de las cortes vicio,
contra mí tantos pechos inflamara
que aquella inflamación inflamó a Augusto
y luto fue el honor que me halagara.
Mi ánimo, entonces, con amargo gusto,
creyendo huir del desdeñoso empeño,

contra mí se hizo injusto, siendo justo.
Por las nuevas raíces de este leño
os juro que jamás he traicionado
al que fue digno de honra y fue mi dueño.
Y si uno de vosotros es llamado
de nuevo al mundo, quiero que levante
mi memoria, que envidia ha derribado».
El poeta esperó luego un instante
y me dijo: «Pues calla, sin demora
le debes preguntar a tu talante».
Yo respondí: «Pregúntale tú ahora
lo que a mi gusto creas conveniente;
yo no podría, la piedad me azora».
Y él prosiguió: «Para que libremente
pueda cumplir aquello que has pedido,
muéstrate, alma reclusa, complaciente:
dile de qué manera se han unido
a los troncos las almas, si es de suerte
que alguna de ellas se haya desunido».
El tronco, entonces, resoplando fuerte,
convirtió el aire aquél en esta voz:
«En forma breve voy a responderte.
Cuando se aparta el ánima feroz
del cuerpo, por sí misma desunida,
la manda Minos a la séptima hoz.
Cae en la selva, en parte no escogida;

mas do la ballestea el ciego sino
germina como espelta y, ya crecida,
de junco, pasa a ser silvestre endrino.
Las Arpías, paciendo de su hoja,
dolor le dan, y a su dolor camino.
Y aunque sus restos, cual las otras, coja
cada una, jamás los vestiremos,
que no es justo tener lo que se arroja.
A este bosque arrastrando los traeremos
y aquí serán los cuerpos suspendidos:
a nuestra sombra hostil los colgaremos».
Aún al tronco prestábamos oídos,
creyendo que algo más decir quisiera,
cuando de un ruido fuimos sorprendidos
como el que escucharía quien sintiera
aproximarse al puerco y la jauría:
que oye crujir las matas, y a la fiera.
Y del lado siniestro a dos veía,
desnudos y arañados, ir huyendo,
que ante ellos todo obstáculo cedía.
«¡Ven, muerte!», el de delante iba diciendo,
y el otro, que mostraba lenta guisa,
gritaba: «Lano, no ibas tú corriendo
de Toppo en el encuentro tan de prisa!».[108]
Y cuando ya el aliento le faltaba,
a un arbusto abrazó el alma remisa.

Detrás de ellos, la selva llena estaba
de hambrientas perras negras, y rugientes,
cual jauría soltada de su traba.
En el que se ocultó, los fieros dientes
clavaron, sin dejarle miembro sano,
y sus trozos lleváronse, dolientes.
Mi escolta, entonces, me tomó la mano
y acercóme al arbusto que gemía
por los sangrantes rotos, aunque en vano.
«¡Giacomo Sant'Andrea[109]! —así decía—,
¿qué te ha valido hacer de mí barrera?
¿Qué culpa tengo de tu vida impía?»
Cuando el maestro se encontró a su vera,
dijo: «¿Quién fuiste, que por tanta herida
sangre exhalas con tu habla lastimera?».
«Ánimas que venís —con afligida
voz nos dijo— a mirar el vergonzoso
estrago de mi fronda así esparcida,
recogedla del césped enojoso.
Yo fui de la ciudad que hizo al Bautista
su patrono, en lugar del que, celoso,[110]
ahora y siempre con su arte la contrista;
y a no ser porque de Arno sobre el puente
alguna parte suya está a la vista,
al fundarla de nuevo aquella gente
la hubiera edificado toda en falso

donde Atila dejó ceniza ardiente.[111]

Yo levanté en mi casa mi cadalso.»[112]

CANTO XIV

CÍRCULO VII. RECINTO III: IMPÍOS.
RÍOS INFERNALES

Lluvia de fuego.

Capaneo.

Por amor al lugar en que he nacido,
toda la fronda que yacía aparte
la devolví al que había enmudecido.
Llegamos hasta el límite que parte
el recinto segundo y el tercero,
do vi de la justicia el cruel arte.
Para mostrar lo nuevo, decir quiero
que hasta un llano llegamos, temeroso,
que rechaza a las plantas de su albero.
Su guirnalda es el bosque doloroso
—e hicimos en su borde una parada—
como de aquélla lo es el triste foso.
Árida arena era, y apretada,
aquel terreno, y no de otra manera
que el que oprimió Catón con su pisada.[113]
¡Oh venganza de Dios, cuánto debiera
temerte todo aquel que lea un día
cuanto a mis ojos manifiesto era!
Muchos rebaños por allí veía
llorar, de almas desnudas, tristemente:

cada uno ley distinta padecía.
Bocarriba yacía alguna gente;
otra, encogida, en tierra se sentaba
y andaban otros incesantemente.
Era más abundante la que andaba;
menos, la que yacía en el tormento
y el dolor más la lengua le soltaba.
Sobre aquel arenal, con caer lento,
llovían grandes lenguas inflamadas
como nieve en los Alpes, si no hay viento.
Como Alejandro vio, en las caldeadas
regiones de la India, a sus legiones,
por llamas que caían, asediadas.
y proveyó que al suelo pisotones
dieran sus filas, porque aquel vapor
cedía más aislando sus porciones,
tal descendía el eternal ardor;
la arena se encendía, como yesca
con eslabón, doblando el gran dolor.
Reposo no lograba hallar la gresca
de las míseras manos, repeliendo,
acá o aquí, la quema siempre fresca.
«Maestro —dije—, que has ido venciendo
todo salvo, en la puerta, aquella dura
legión de diablos que nos fue saliendo,
¿quién es aquel tan grande que no cura

del incendio y, altivo, está tumbado,
que el fuego, al parecer, no le madura?» 48
Y él mismo, que se dio por enterado
de que a él se refería aquella frase,
gritó: «De vivo a muerto no he cambiado. 51
Y si Jove a su herrero fatigase,
al que, airado, quitó la chispa aguda
con que hizo que mi vida terminase; 54
o a los otros cansara, en forja ruda,
en la de Mongibelo fragua negra,
clamando: "¡Buen Vulcano, ayuda, ayuda!", 57
tal como en la batalla hizo de Flegra[114],
no podría —aunque así me fulminara—
decir que ésta es venganza que le alegra». 60
Mi guía, airado, habló con fuerte y clara
voz —que nunca le oí tan enojado—:
«Capaneo[115], tu soberbia te depara, 63
a no ceder, castigo duplicado:
tu rabia es tu martirio más tremendo
y a tu furor dolor es adecuado». 66
Con mejor labia, me miró diciendo:
«Un rey es de los siete que a la guerra
de Tebas fueron; desdeñó, viviendo, 69
a Dios, y a su desprecio aquí se aferra;
pero a su pecho adorna dignamente
todo el despecho que consigo encierra. 72

Mas ven detrás de mí, y en esa ardiente
arena no aventures tu pisada:
camina por el borde solamente».
Llegamos en silencio do apartada
es de la selva el agua de un riachuelo
cuyo rojo matiz siempre me enfada.
Como de Bulicame el arroyuelo,
que usan las pecadoras, se desvía,
así iba aquél al arenoso suelo.
El fondo y las pendientes se advertía
que eran de piedra y, de uno y de otro lado,
la margen, que la marcha permitía.
«De entre las cosas mil que has encontrado
desde que entramos por aquella puerta
cuyo umbral a ninguno le es negado,
ninguna otra te ha sido descubierta
tan digna de mención como este río
sobre el que toda llama queda muerta.»
Palabras fueron del maestro mío;
yo le pedí que me acreciese el pasto
con que dio a mi deseo tanto brío.
«Un país devastado hay en el vasto
mar —el poeta dijo— que es llamado
Creta, con cuyo rey fue el mundo casto.[116]
Un monte se alza allí, que fue alegrado
por agua y frondas, que Ida se decía:

cual cosa antigua, se halla despoblado.
La cuna de su hijo allí escondía
Rea[117], quien, por celarlo, dio el consejo
de que no gritase quien llorar le oía.
Se alza en el monte, colosal, un viejo
que a Damiata[118] la espalda tiene dada
y está mirando a Roma, que es su espejo.
De oro fino su testa está formada,
de plata pura son brazos y pecho
y, hasta la horcajadura, obra es forjada
en cobre; y lo demás, en hierro hecho,
menos el diestro pie, que es terracota
y en él, más que en el otro, está derecho.
Excepto el oro, cada parte rota
se halla de una hendidura, y aquel monte
horada el llanto que por ella brota.[114]
Se vierte en este valle, y a Aqueronte
forma y, antes que tome esta almenara,
forma también la Estigia y Flegetonte;
va a donde de bajar, al fin, ya para:
forma el Cocito; mas su estancamiento
tú lo verás, que aquí no se declara.»
Y yo le dije: «Estando el nacimiento
de este arroyo en el mundo, ¿aquí, tan hondo,
cómo puede encontrar emplazamiento?».
Me respondió: «Tú sabes que es redondo

este lugar y, aunque hayas caminado
mucho a la izquierda, descendieron al fondo,
toda la vuelta al círculo no has dado;
por lo que si algo nuevo sigues viendo
no te debes mostrar maravillado».
«Flegetonte y Leteo —seguí diciendo—,
¿dónde están, que de aquél no dices nada
y de este que con lluvia se está haciendo?»
«Cuanto preguntas, en verdad, me agrada
—repuso—, mas debió la sangre hirviente[120]
una pregunta dar por contestada.
Hallarás de Leteo, la corriente
fuera del valle[121], donde va a lavarse
todo el que de su culpa es penitente.»
Dijo después: «Ya es hora de apartarse
del bosque; sigue ahora mis pisadas:
la margen, pues no quema, puede andarse
y en ella son las llamas apagadas».

CANTO XV

CÍRCULO VII. RECINTO III:
SODOMITAS

Brunetto Latino, Prisciano, Francesco
d'Accorso, Andrea dei Mozzi.

La dura margen nos conduce ahora;
y el río opone al fuego su humeante
niebla, de agua y ribazos protectora.
Como hacen los flamencos, entre Gante
y Brujas —por temor a la violenta
marea—, un muro que a la mar aguante;
y como los paduanos junto al Brenta,
por defender sus fuertes y poblados
antes que Chiarentana el calor sienta;
así fueron aquéllos fabricados,
no tan altos y gruesos, quienquier fuera
el maestro que alzólos. Alejados
íbamos de la selva, de manera
que yo no habría visto donde estaba
por mucho que a mirarla me volviera,
y un grupo de almas vimos que pasaba
siguiendo el muro que descrito dejo,
y cada una de aquéllas nos miraba
como se miran dos —el entrecejo
frunciendo— si la luz lunar no brilla,
o como enhebra el hilo un sastre viejo.

Siendo escrutado así por tal pandilla,
uno me conoció y, al punto, asido
a mi mano, exclamó: «¡Qué maravilla!».
Y yo, que vi su brazo a mí tendido,
miré al rostro cocido por completo,
sin ser por sus ampollas impedido
de conocer al punto a aquel sujeto;
e, inclinando la mía hacia su frente,
repuse: «¿Estáis aquí, señor Brunetto[122]?».
Y él: «Hijo mío, muéstrame indulgente
si Brunetto Latino va contigo
un poco, y avanzar deja a esta gente».
Y yo le dije: «Con el alma os digo
que lo hagáis; si queréis que nos sentemos,
lo haré, si place al que en mi viaje sigo».
«Hijo —repuso—, un punto no podemos
parar sin que cien años, derribados,
sin defendernos de la quema estemos.
Mas sigamos andando emparejados
y luego volveré con mi mesnada
que eternamente llora sus pecados.»
Yo no osaba bajarme de la estrada
para andar junto a él, mas de contino
mi frente, reverente, iba inclinada.
«¿Qué fortuna —me dijo— o qué destino
te trae aquí sin ser tu último día?

¿Quién es el que mostrando va el camino?» 48
«De la vida serena por la vía
—repuse— en una selva me perdí
antes que culminase la edad mía. 51
La espalda ayer mañana le volví:
éste se presentó, al volver a ella,
y a mi casa me lleva por aquí.» 54
Y él respondió: «Si tú sigues tu estrella,
has de llegar hasta el glorioso puerto,
si es que recuerdo aún la vida bella; 57
y si tan pronto yo no hubiera muerto,
viendo que te era el cielo tan benigno,
que te habría ayudado ten por cierto. 60
Mas el pueblo, que ingrato es y maligno,
que se formó de Fiésole al abrigo
y aún del monte y la peña lleva el signo,[123] 63
se hará, por ser tú bueno, tu enemigo:
y es natural que entre ásperos serbales
no deba madurar el dulce higo. 66
La fama llama locos a esos tales:
gente avara, soberbia y envidiosa,
con sus costumbres tú no te señales. 69
La suerte que te aguarda es tan honrosa
que ambas partes de ti querrán hartura,
mas no alcance las uvas la raposa. 72
Las bestias fiesolanas su basura

hagan de sí, mas no toquen la planta
si alguna nace aún en su aradura
en que reviva la simiente santa
de la romana gente fundadora
del que hoy es nido de malicia tanta».
Contesté: «No estaríais vos ahora,
de haberse mi deseo consumado,
lejos de los humanos; y aún os llora
mi memoria, que siempre ha conservado
vuestra buena y paterna imagen cara,
cuando me habéis cien veces enseñado
cómo a lo eterno el hombre se prepara;
mientras viva, mi lengua pregonera
será de la lealtad que ahora os declara.
Escribo lo que habláis de mi carrera,
y lo habrá de glosar con otro texto
—si a ella llego— la dama que me espera.
Y me place que os sea manifiesto,
con tal que mi conciencia esté callada,
que ante cualquier fortuna estoy dispuesto.
Ya me ha sido esta especie anticipada:
a su rueda Fortuna en movimiento
puede poner, y el labrador su azada».
Mi maestro volvió en aquel momento
la cabeza hacia atrás, así exclamando,
tras mirarme: «¡Bien oye el que está atento!».

Mas yo seguí con seor Brunetto hablando,
y de los más notorios y eminentes
quise saber, que estaban en su bando.
Y él respondióme: «Bueno es parar mientes
en algunos, que tiempo no tendría
para poderte hablar de tantas gentes.
Sabe, en suma, que fueron clerecía
y escritores de fama celebrada
a los que igual pecado envilecía.
Va Prisciano[124] en la turba atormentada,
y Francesco d'Accorso[125]; y contemplado
habrías, si tu mente preocupada
por tal tiña estuviese, al que llevado
fue por el papa de Arno a Bacchiglión,
do su cuerpo dejó, mal inclinado.[126]
Más diría, mas no puede el sermón,
ni el paseo, durar, que ya estoy viendo
surgir un humo nuevo del sablón.
Gente que evitar debo está viniendo;
como en él estoy vivo todavía,
mi Tesoro, no más, te recomiendo».
Alejóse, y de aquellos parecía
que corren en Verona en lienzo verde[127]
por la campaña, y, de ellos, se diría
aquel que gana, pero no el que pierde.

CANTO XVI

CÍRCULO VII. RECINTO III:
SODOMITAS. PASO DE LA CASCADA

Paso junto a la cascada.

Guido Guerra, Teggbiaio Aldobrandi,
Iacopo Rusticucci, Guiglielmo Borsiere.

Yo estaba donde oía el rimbombar
del agua al otro círculo cayendo,
semejante al que forma un colmenar,
y vi tres sombras juntas que corriendo
partieron de otro grupo que pasaba
bajo la lluvia del martirio horrendo.
Se acercaban, y cada una gritaba:
«Para tú, que, a juzgar por tu vestido,
pareces ser de nuestra tierra prava».
¡Ay de mí, cuánto miembro vi ofendido
por quemaduras viejas y recientes!
Me siento al recordarlos dolorido.
Mi doctor en sus gritos paró mientes,
se detuvo, miróme y dijo: «Espera:
conviene ser cortés con estas gentes;
y si al ser del lugar así no hiriera
este fuego, tú irías a su lado,
que a ti esa prisa más te conviniera».
Al pararnos nosotros, renovado
su antiguo verso oí; y, al acercarse,

por ellos tres un corro fue formado:
cual suelen los campeones acecharse
—ya desnudos y ungidos— calculando
su ventaja un poco antes de enzarzarse,
mientras giraban me iban contemplando,
y el rostro atrás volvían de manera
que en contra de sus pies iba viajando.
«Si este mísero suelo causa fuera
de que oigas nuestros ruegos con desprecio
y a nuestra tinta faz el fuego altera,
tu ánimo —uno empezó— tenga en aprecio
la antigua fama, y di por qué tus pies
por el infierno van pisando recio.
Éste al que hollar las huellas hoy me ves,
aunque desnudo y con la piel pelada,
más importante fue de lo que crees,
pues nieto fue de la gentil Gualdrada,
Guido Guerra[128] llamóse, y en la vida
fue bueno en el consejo y con la espada.
El que arena tras mí pisa, encendida,
es Tegghiaio Albdobrandi[129], y debió ser
en el mundo su voz agradecida.
Yo, a quien en igual cruz ves padecer,
Iácopo Rusticucci[130] me he llamado:
víctima fui de mi feroz mujer.»
Si a cubierto del fuego hubiese estado,

bajado habría al punto hasta su vera,
pues mi doctor lo hubiera soportado; 48
mas, como me quemara y me cociera
de hacerlo, mi pavor venció al violento
deseo de abrazarlos que sintiera. 51
«No es desprecio, mas pena, el sentimiento
—repuse— que me embarga al contemplaros
—y no se ha de extinguir en un momento— 54
desde que mi señor, al señalaros
de tal modo me habló que yo al instante
miré en vosotros a varones claros. 57
De vuestra tierra soy, y con constante
devoción vuestros nombres he escuchado
y siempre honré vuestra obra relevante. 60
Dejo la hiel y voy hacia el granado
fruto que me promete mi fiel guía;
que baje al mismo centro está mandado.» 63
«Así tu alma y tu cuerpo larga vía
anden juntos y fama halagadora
goces después —me dijo todavía—, 66
dinos si cortesía y valor mora
allá en nuestra ciudad, como ha solido,
o si arrojado de ella vese ahora; 69
que a Guiglielmo Borsiere[131], que ha venido
hace poco a sufrir nuestros tormentos,
palabras de aflicción hemos oído.» 72

«Gentes nuevas y súbitos aumentos
de riqueza, y orgullo y desmesura,
provocan, oh Florencia, tus lamentos.» *75*
Así grité, mirando hacia la altura;
se miraron los tres, con tal respuesta,
como quien la verdad temida apura. *78*
«Si responder con rapidez te cuesta
siempre tan poco —me dijeron luego—,
¡feliz quien como tú se manifiesta! *81*
Mas, si te libras de este lugar ciego
y las estrellas bellas ves un día,
cuando "Allí estuve" digas, cumple el ruego *84*
de hablar de nuestra antigua nombradía.»
Vilos irse, deshecha ya la rueda:
y cada pierna un ala parecía. *87*
Antes de que un amén decirse pueda,
los tres habían desaparecido;
y el maestro tomó nuestra vereda. *90*
Yo le seguí y, a poco, escuché un ruido
de agua, que parecía tan vecino
que hablar allí no habría consentido. *93*
Como del río que hace su camino,
primero desde el Veso hacia levante,
por la vertiente izquierda de Apenino, *96*
y se llama Aguaquieta más delante,
antes de haber cumplido su bajada,

y a este nombre en Forlí deja vacante, 99
en San Benito de Alpes, en cascada,
rimbomba el agua al ir por la pendiente,
que allí por mil sería despeñada; 102
así en una roqueda, de repente,
vimos sonar aquella linfa oscura
que ofende a los oídos gravemente. 105
Yo llevaba una cuerda a la cintura
con la que alguna vez pensado había
la pantera cazar y atar segura.[132] 108
Cuando ya desceñida la tenía,
obedeciendo a lo que había mandado,
bien enrollada se la di a mi guía. 111
Entonces se volvió hacia el diestro lado
y, del borde teniéndola apartada,
la hizo bajar aquel foso escarpado. 114
«Alguna novedad es esperada
—me dice— que responda al argumento,
porque el maestro aguza la mirada.» 117
¡Ay, tenemos que obrar con mucho tiento
con los que no ven sólo lo exterior,
sino que entran también al pensamiento! 120
«Pronto vendrá —me dijo mi doctor—
lo que espero y tu mente busca inquieta;
pronto has de ser de todo sabedor.» 123
Conviene que la lengua se esté quieta

cuando parece la verdad mentira
y en deshonor del que habla se interpreta,
mas no puedo callar, y por mi lira
y esta comedia, yo, lector, te juro
—y así se juzgue al estro que me inspira—
que por el aire aquél, denso y oscuro,
una figura, arriba, vi nadando
—que asustaría a un ánimo seguro—
como el que por el agua va bajando
a desprender el ancla, sin tardanza,
que algún oculto escollo está trabando,
y, al encoger los pies, su cuerpo avanza.

CANTO XVII

CÍRCULO VII. RECINTO III: USUREROS. SALTO A LOMOS DE GERIÓN

(¿Catello di Rosso?) Gianfigliazzi, (¿Ciapo?) Obriachi, (¿Reginaldo?) Scrovegni. Salto a lomos de Gerión hasta el Círculo VIII.

La fiera de la cola aguda es ésta,
que ha montes, muros y armas traspasado;
¡ésta es la que a la tierra toda apesta!»
Así me habló mi guía; y al cortado
borde le señaló que descendiera
del mármol por nosotros paseado.
Y del fraude[133] la fétida quimera
vino, y posó en la orilla testa y busto
sin dejar que la cola se le viera.
Su faz era la faz de un hombre justo,
tan benignos sus cueros parecían,
mas era de reptil el resto adusto:
pelos en ambas garras le nacían,

y su pecho, su espalda y sus costados
pintados nudos, círculos lucían.
Con más color sus telas y bordados
los tártaros y turcos nunca hicieron,
ni han sido por Aracne[134] imaginados.
Como las barcas tantas veces fueron
dejadas parte en agua y parte en tierra,
o como los tudescos, ebrios vieron
al castor preparado a hacer su guerra,[135]
así la fiera pésima se estaba
en la orla que el ardiente arenal cierra.
La cola en el vacío meneaba
agitando su horquilla venenosa
que a guisa de escorpión la punta armaba.
Dijo el maestro: «De la bestia odiosa
bueno es que desviemos nuestra vía
para llegar al sitio en que se posa».
Del costado derecho, con mi guía,
diez pasos di hacia el borde, así evitando
a la arena y al fuego que caía.
Y cuando a ella ya estábamos llegando,
gente sentada vi sobre la arena
cerca de donde el suelo iba faltando.
Y aquí el maestro dijo: «Porque plena
idea del recinto adquieras luego,
ve a contemplar el modo de su pena.

Mas habla poco allí, mientras me llego,
entretanto, hasta ésa y las razones
de que en su espalda nos conduzca alego».
Así recorrí solo los bastiones
de aquel círculo séptimo, y sentados
vi a los que allí sufrían aflicciones.
Vi en sus ojos sus daños reflejados,
de acá y de allá sus manos apartaban
ardiente arena o copos inflamados.
Lo mismo que los perros se portaban,
que con pata y hocico, al ser mordidos,
con tábanos y pulgas guerra traban.
Tras mirar varios rostros renegridos
por las hirientes llamas que caían,
no advertí que me fuesen conocidos,
mas unas bolsas vi que les pendían
del cuello, con insignias coloreadas,
y en mirarlas tal vez se complacían.
Como en ellas posase mis miradas,
vi en una gualda un signo azul marino
con facha y testa del león copiadas.[136]
Siguiendo de mis ojos el camino,
otra vi de apariencia sanguinosa
con una oca más blanca que albo lino.[137]
Una cerda preñada y azulosa
en el saquito blanco se veía[138]

del que me dijo: «¿Qué haces tú en la fosa?
Vete; y ya que estás vivo todavía
sabe que mi vecino Vitaliano[139]
vendrá a sentarse a la siniestra mía.

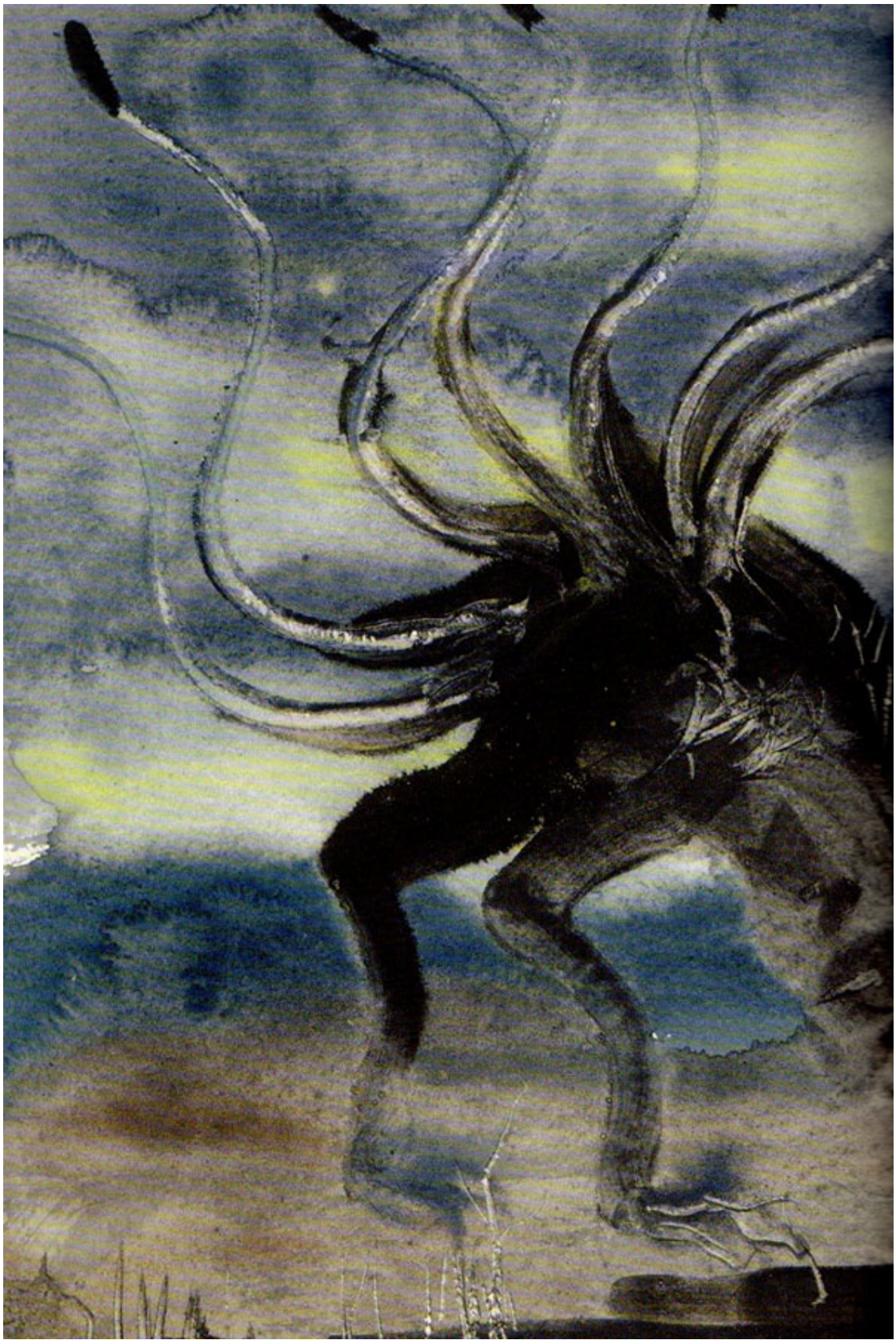
Entre estos florentinos soy paduano:
y me atruenan en muchas ocasiones
gritando: "¡Venta el noble soberano
que en su bolsa traerá los tres cabrones!"».[140]
Sacó la lengua, el labio retorciendo
cual buey que da a su belfo lametones.
Como temí que estaba ya ofendiendo
al que estar poco allí me había pedido,
le dejé con los otros padeciendo.
Llegué junto a mi guía, quien subido
estaba ya a la grupa de la fiera
y me dijo: «Sé fuerte y decidido,
que ésta será, al bajar, nuestra escalera:

ve delante, que en medio he de viajar
para que con la cola no te hiera».
Como el que a la cuartana ve llegar
—ya pálidas las uñas— y temblando
está de sólo el fresco contemplar,
tal quedé sus palabras escuchando;
mas sentí la vergüenza que amenaza
al siervo que a buen amo está acatando.
De aquel monstruo sentéme en al espaldaza;
decir quise, y la voz no me salía
como esperaba: «Mi cintura abraza».
Mas el que tantas veces me acudía
en el peligro, apenas cabalgué,
con sus brazos mi cuerpo sostenía
y «Gerión —le dijo—, muévete;
en amplios giros, baja suavemente;
en tu insólita carga fíjate».
Como sale la barca lentamente
de popa, de la orilla se alejaba
y, cuando navegaba libremente,
de sitio cola y pecho intercambiaba;
y, tiesa cual anguila, se movía
y al aire con las garras abrazaba.
Pienso que Faetón[141] no sentiría
cuando perdió las riendas tal pavura,
viendo que el cielo alrededor ardía;

ni el pobre Ícaro[142] viendo su cintura
desplumarse, al fundírsele la cera,
y oyendo al padre: «¡Mal final se augura!», *111*
como la que sentí, pues por doquiera
vi que el aire no más me rodeaba
y sólo ver podía a aquella fiera. *114*
Ésta, lenta, muy lenta navegaba:
giró y bajaba; y yo noté que el viento
en el rostro y por bajo me azotaba. *117*
Sentía a mi derecha el violento
ruido que abajo hacía la cascada
y hacia abajo miré en aquel momento. *120*
Entonces, cogí miedo a la bajada,
pues fuego pude ver y oí quejidos
y me encogí con alma acongojada. *123*
Y vi males terribles —que escondidos
tuve mientras bajábamos girando—
en lugares distintos repartidos. *126*
Como el halcón que asaz está volando
y pájaros no ha visto ni el señuelo
y hace al dueño gritar: «¡Ya estás bajando!», *129*
desciende lento, tras su raudo vuelo,
cien vueltas dando y, luego, despegado
y airado contra el amo, llega al suelo, *132*
así a Gerión en lo hondo vi posado
al mismo pie de la pared rocosa;

y, habiendo a ambas personas descargado,

se alejó como flecha presurosa.



CANTO XVIII

CÍRCULO VII. BOLSA I: RUFIANES Y SEDUCTORES. BOLSA II: ADULADORES

Gerión. Bolsa I: rufianes y seductores. Azotados por demonios.

Venedico Caccianemico, Jasón.

Bolsa II: aduladores. Sumergidos en excrementos.

Alessio Interminei, Tais.

En el infierno hay un lugar llamado
Malasbolsas, de piedra ferrrugienta,
igual que el cerco en el que está encerrado.
En medio de esta zona violenta
ábrese un pozo dilatado y hondo
del que al debido tiempo daré cuenta.
Es un espacio igualmente redondo
el que hay del pozo a la alta escarpadura
y en diez valles divídese su fondo.
Semejante al castillo que procura
con fosos y más fosos defenderse
del lugar en el que estoy es la figura
y bajo tal imagen puede verse;
y como en los lugares defendidos
suelen desde el umbral puentes tenderse,
así desde la roca son movidos,
a márgenes y fosos dividiendo,

escollos que en el pozo vense unidos. 18
En tal sitio, al bajarnos del horrendo
Gerión, nos encontramos; y a mi guía,
que tomó hacia la izquierda, fui siguiendo. 21
A mi diestra otra lástima veía:
nuevos tormentos y fustigadores
que la primera fosa contenía. 24
Llenábanla desnudos pecadores
que de en medio hacia acá venían de frente,
y hacia allá a nuestro andar, mas con mayores 27
pasos, igual que en Roma va la gente,
cuando el jubileo, caminando
en dos sentidos, al cruzar el puente: 30
pues la que va a San Pedro va mirando
al castillo, y mirar al monte toca
a la que al otro lado va pasando. 33
De acá, de allá, sobre la oscura roca,
unos diablos cornudos flagelaban
sus espaldas con furia y saña loca. 36
¡Cómo los calcañares levantaban
al primer latigazo!, que a ninguno
segundos ni terceros alcanzaban. 39
Mientras andaba, mi mirada en uno
vino a topar, y yo pensé al momento:
«De haberle visto ya no estoy ayuno». 42
Los pies fijé para mirarle atento

y conmigo paróse el dulce guía,
y de ir atrás me dio consentimiento.
Celarse el azotado pretendía
bajando el rostro, mas se vio frustrado,
pues le dije: «Aunque mires, a fe mía,
al suelo, si tu rostro no es prestado,
Venedico eres tú Caccianemigo;[143]
mas ¿qué te trajo a caldo tan salado?».
Y él: «De muy mala gana te lo digo,
mas me induce tu lengua sonorosa
que un recuerdo del mundo trae consigo.
Aquel he sido que a Ghisola hermosa
a hacer el gusto del Marqués llevó,
cuenten cual gusten la noticia odiosa.
De Bolonia aquí solo no estoy yo,
que de su gente está el lugar tan lleno
que nadie a tantas lenguas escuchó
decir *sipa* entre el Sávena y el Reno;[144]
y si una prueba de ello estás buscando,
acuérdate de nuestro avaro seno».
Un diablo le azotó cuando iba hablando
y le dijo: «¡Rufián, sigue tu vía,
que aquí no hay nadie en hembras negociando!».
En seguida volví a la escolta mía;
y poco más allá un escollo vimos
que de la escarpadura procedía.

En él con ligereza nos subimos
y, yendo a la derecha lentamente,
del eterno girar nos despedimos.
Llegados a donde un vano forma el puente
bajo el cual va la turba fustigada,
dijo el poeta: «Escúchame y deténte;
hazte ver de esta gente desgraciada
a la que antes no viste las facciones
porque la espalda nos tenían dada».
Desde el puente miré a los pelotones
que veía llegar del otro lado
bajo el látigo cruel de sus sayones;
y el maestro, sin haberle preguntado,
«Ve a aquel grande que avanza —me decía—,
al que llanto el dolor no ha provocado.
¡Qué real aspecto tiene todavía!
Es Jasón, que a la Cólquida robó
con astucia el vellón, y valentía.[145]
A la isla de Lemnos arribó
después que a manos de hembras despiadadas
a todos sus varones muertos vio;
con artificio y frases adornadas
a Hipsipila engañó, joven doncella
que antes a las demás dejó burladas.
Grávida y sola allí dejó a la bella
y a este suplicio trájole su maña,

que la venganza de Medea sella. *96*

Quien como él ha engañado le acompaña:

y esto del primer valle es suficiente

saber, y de la gente en quien se ensaña». *99*

Llegamos caminando estrechamente

donde el segundo muro se cruzaba

y sujetaba otro arco de aquel puente. *102*

Allí sentimos gente que lloraba

en la otra bolsa, dando resoplidos,

y con sus propias manos se golpeaba. *105*

De un sarro están los muros guarnecidos

que trae de abajo un hálito asqueroso

por el que ojo y nariz son ofendidos. *108*

Tan oscuro es el fondo de este foso

que sólo puede verlo el que ha llegado

donde el arco se eleva más airoso. *111*

Allí fuimos; y luego he contemplado

gente hundida en estiércol: se diría

en letrinas humanas cosechado. *114*

Mientras mi vista el fondo recorría,

vi a uno con tanta mierda en la cabeza

que ni laico ni fraile parecía. *117*

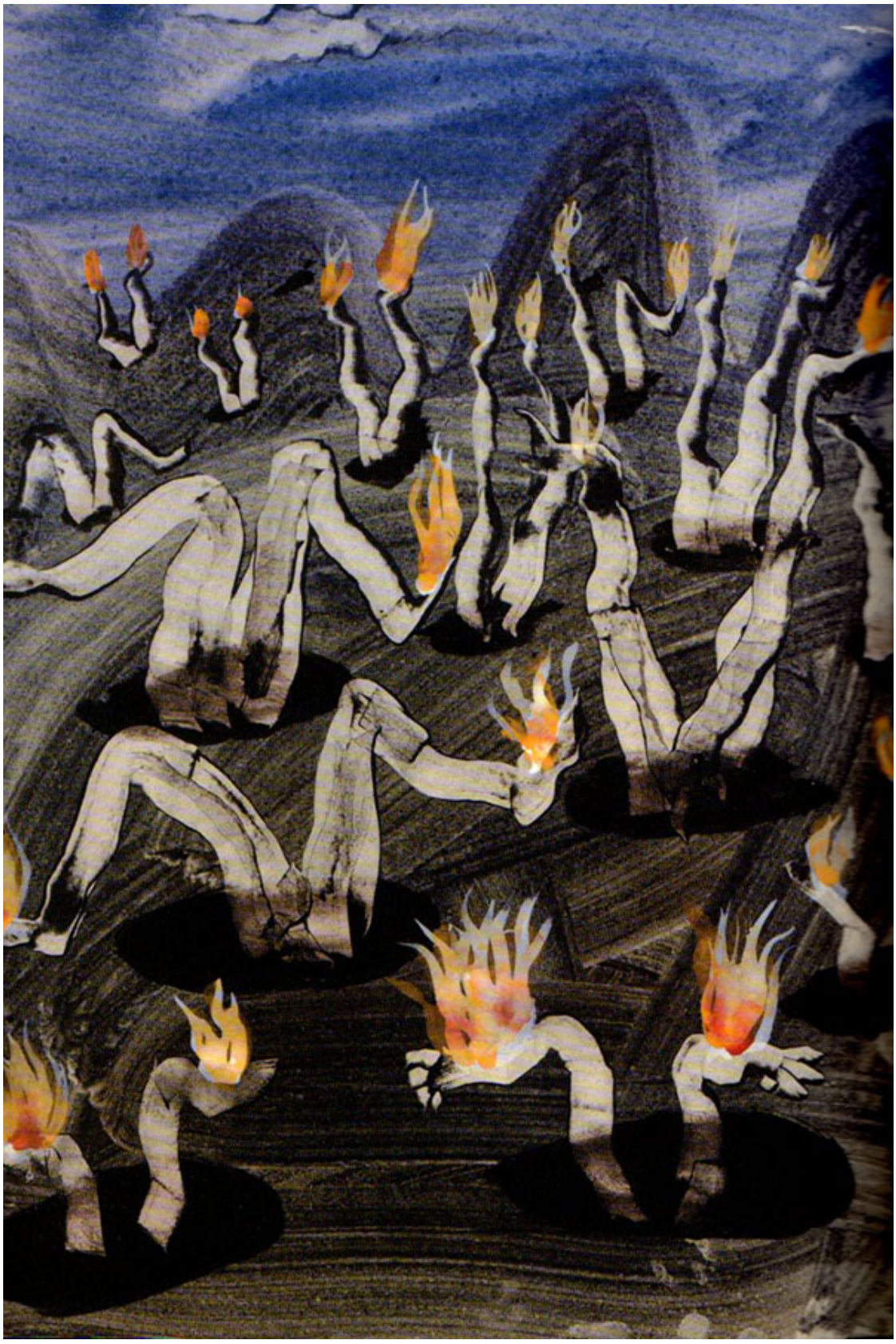
«¿Por qué tanto te gusta —al verme empieza—

mirarme más que a la otra sucia gente?»

«Porque si mi memoria no tropieza *120*

te he visto con el pelo reluciente

y Alessio Interminei[146], de Luca, eras:
por eso te miré más fijamente.»
Y él, dando en su testuz puñadas fieras:
«Aquí me hundió mi lengua malhadada
nunca harta de palabras lisonjeras».
Después: «Haz que penetre tu mirada
avante —dijo el guía— y tenla atenta
hasta que por tus ojos sea alcanzada
la desgreñada meretriz mugrienta
que rascándose está con las merdosas
uñas, y se alza, agáchase o se sienta.
Ésa es la puta Tais[147] a quien "¿Hermosas
prendas hallas en mí?" dijo su amante,
y respondió: "¡Más bien maravillosas!".
Mas basta ya, y sigamos adelante».



CANTO XIX

CÍRCULO VIII. BOLSA III:
SIMONÍACOS

Metidos en un hoyo boca abajo con los pies ardiendo.

Nicolás III.

Oh Simón Mago[148] y míseros secuaces,
que a las cosas de Dios, que separadas
de bondad no han de ser, tenéis, rapaces,
por el oro y la plata adulteradas,
que os salude mi trompa es conveniente,
almas al tercer valle condenadas.
Ya la tumba mirábamos siguiente,
subidos al escollo que en tal parte
pasa sobre su centro exactamente.
¡Oh supremo saber, cuánto es tu arte
en la tierra, en el cielo y el mal mundo;
con qué justicia tu virtud reparte!
Yo por la orilla vi, y en lo profundo,
por doquier de la piedra en los livores,
hoyos cuyo brocal era rotundo.
No eran ni menos amplios ni mayores
que aquellos que en el bello San Juan[149] mío
sirven de pila a los bautizadores;
uno no ha mucho que rompí con brío
por salvar al que dentro de él se ahogaba:

y en que esto desengañe a muchos fío.
Cada una de las bocas ver dejaba
las piernas y los pies de un condenado
hasta lo grueso, y lo otro dentro estaba.
Ardían los pies con fuego duplicado,
y eran presa de tales convulsiones
que habrían sogas y cuerdas destrozado.
Como al caer la grasa en los tizones
los recorre la llama que alta crece,
así iba de la punta a los talones.
«¿quién, maestro, es aquel que se enfurece
y más que sus consortes los pies mueve,
—dije—, y la llama en él más se enrojece?»
Y él me dijo: «Si quieres que te lleve
donde la riba va perdiendo altura,
por él sabrás de su conducta aleve».
«En tu gusto —le dije— hallo dulzura:
tú eres señor, y yo nunca me aparto
de quien a mi silencio voz procura.»
Nos acercamos, pues, al borde cuarto:
por la izquierda bajamos su ladera
hasta aquel fondo agujereado y harto
estrecho. Y el maestro en la cadera
me cargó y me condujo al agujero
de aquel cuyo pernear el llanto era.
«Oh alma triste clavada cual madero,

con lo de arriba abajo —yo le hablaba—,
dime, si puedes, que a tu lado espero.» 48
Yo como fraile que confiesa estaba
al pérfido asesino[150] que confía
la muerte retrasar, y le recaba. 51
Y él, gritando: «¿Ya estás aquí? —decía—,
ya estás tú, Bonifacio[151], aquí plantado?
En poco me mintió la profecía. 54
¿Tan pronto las riquezas te han saciado,
por las que no temías a la hermosa
dama engañar, y así la has deshonrado?». 57
Yo quedé al escuchar la voz llorosa,
cuyo sentido no era manifiesto,
callado y con la mente cavilosa. 60
Virgilio dijo entonces: «Dile presto:
"No soy aquel que estás imaginando"»;
y yo repuse cual me fue propuesto. 63

Torció el alma los pies y, suspirando,
con su llorosa voz dijo al momento:
«¿Qué, en ese caso, estás de mí esperando? 66

Si por saber quién soy tanto contento
esperas que el escollo has recorrido,
sabe que fue el gran manto mi ornamento;[152] 69
e hijo de la osa[153] en realidad he sido
y de engordar oseznos tan celoso
que allá y acá en la bolsa me he metido. 72
Sobre otros traicioneros aquí poso
que fueron antes, ay, simoneando
y apretados están en este foso. 75
Allí he de desplomarme también cuando
venga el que antes creía que tú eras,
cuando te hablé de súbito y errando. 78
Pero es más tiempo el que estas llamas fieras
aquí arriba mis pies están cociendo
que él en los pies tendrá sendas hogueras: 81
pues, sucio de un pecado más tremendo,
vendrá un pastor sin ley desde el Poniente
que a los dos hundirá en el hoyo horrendo.[154] 84
Será nuevo Jasón[155] y, blandamente,
como el que en Macabeos al rey sedujo,
seducirá al que en Francia es hoy regente». 87
Locamente tal vez, mi voz produjo
estos versos que fueron mi respuesta:
«Ah, dime: ¿qué tesoro y cuánto lujo 90
pide a Pedro el Señor cuando le presta
las llaves y a su guarda las confía?

“Ven tras de mí”, su petición es ésta.
A Matías, ni a él ni a otros, le pedía
oro ni plata, cuando fue elegido
al lugar que ha perdido a tu alma impía.
Mas sigue ahí, que bien lo has merecido;
guarda la mal ganada, vil moneda
que te hizo contra Carlos tan ardido.[156]
Y, pues la reverencia me lo veda,
ya que tuviste las supremas llaves
cuando estabas allá, en la vida leda,
no he de decir palabras aún más graves.
Oh avaricia en que el mundo se contrista:
hundir al bueno, alzar al mano sabes.
De vosotros habló el Evangelista
cuando la sobre el agua entronizada
con los reyes puteaba ante su vista:[157]
la que con siete testas fue engendrada
y encontró en los diez cuernos argumento,
pues su virtud fue del esposo amada.[158]
A Dios hicisteis ya de oro y de argento:
¿no sois peor que idólatras ahora,
pues adoráis, no a uno, sino a ciento?
Ay, Constantino, madre fue traidora,
no ya tu conversión: la dote impía
que al primer padre enriqueciera otrora».[159]
Mientras cantaba yo esta melodía,

porque ira o la conciencia le mordiera,
fuertemente ambos pies al par movía. *120*
Yo creo que a mi guía grato le era,
pues con la faz complacida lo escuchaba,
el son de mi palabra verdadera. *123*
Mas ya con los dos brazos me tomaba
y cuando al pecho túvome abrazado
por donde me bajó me remontaba; *126*
no se cansó al llevarme así estrechado
y me subió hasta el arco por el que era
del cuarto el quinto valle separado. *129*
Suavemente su carga en la escollera
depositó, pues su pendiente hacía
que mala trocha, aun para cabras, fuera. *132*
Y desde allí otro valle se veía.

CANTO XX

CÍRCULO VIII. BOLSA IV: ADIVINOS

Sus cabezas miran a espaldas.

Anfiarao, Tiresias, Aronte, Manto,
Eurípilo, Miguel Escoto, Guido Bonatti,
Asdente.

De nueva pena debo escribir versos
y dar materia a este veinteno canto
de mi primer cantar, que es de submersos.
Yo me hallaba dispuesto mientra tanto
y el descubierto foso contemplaba
que era bañado de angustioso llanto;
por el redondo valle caminaba,
cual de una procesión al paso lento,
gente que iba llorando y se callaba.
Cuando bajé la vista, vi al momento
vueltos estar maravillosamente
desde do el cuello tiene nacimiento;
a su espalda miraba aquella gente
y marchar hacia atrás les convenía,
pues no podían caminar de frente.
Acaso, padeciendo perlesía,
torcido de tal forma alguno quede,
pero nunca lo vi, ni lo creería.
Si Dios que saques fruto te concede,
lector, de tu lectura, ve pensando

si rostro alguno seco quedar puede
a nuestra propia imagen contemplando
torcida, cual la vi: que les bañaba
el llanto, entre ambas nalgas resbalando.
Llorando, sí, en las rocas me apoyaba
del duro escollo, y díjome mi guía:
«Que fueras otro necio no pensaba.
Mate aquí a la piedad el alma pía:
¿quién es más criminal que aquel que siente
el castigo que al malo Dios envía?
Contempla ahora, tras alzar la frente,
al que se hundió ante Tebas en la tierra;
gritaban los tebanos: "¡Oh, deténte
Anfiarao[160]! ¿Por qué dejas esta guerra?".
Pero éste sin parar siguió cayendo
hasta Minos, que a todos los aferra.
Considera a su pecho espalda siendo:
porque demás mirar quiso adelante,
mira hacia atrás y va retrocediendo.
Mira a Tiresias[161], que mudó el semblante
cuando de macho en hembra se cambiara
y no conservó miembro semejante;
y otra vez de golpear con una vara
hubo a las dos serpientes: convenía
para que su viril plumaje hallara.
Tras de su vientre Aronte[162] anda su vía,

el que en los montes Lunios, que trabajo
brindan al Carrarés, morado había
del mármol blanco en cavernoso tajo;
desde allí dirigía sus miradas
al cielo, y contemplaba el mar debajo.
Ve cómo, con las trenzas destrenzadas,
sus tetas cubre aquella pecadora,
que ambas de espeso vello están pobladas.
Manto fue, y muchas tierras corrió otrora[163]
hasta quedarse en la que yo he nacido:
por eso que me escuches quiero ahora.
Tras el padre caer y haber sufrido
de Baco[164] la ciudad el yugo aciago,
vagabunda en el mundo la hija ha sido.
En la alta Italia bella yace un lago,
al pie del Alpe que a Alemania cierra,
sobre el Tirol, y llámase Benago.
De mil fuentes bañado va a la sierra
—por Camónica y Garda— de Apenino
el agua que, al final, el lago encierra.
Hay en medio un lugar al que el trentino
pastor —y el de Verona y el bresciano—
bien puede bendecir, si hace el camino.
Se halla Pesquiera, arnés bello y lozano
contra bresciana y bergamasca gente,
a la ribera baja muy cercano.

El caudal que el Benago no consiente
en su seno, conviértese allí en río
que entre pastos desliza su corriente. 75
Tan pronto como el agua cobra brío,
con el nombre de Mencio es designada
hasta Governo, donde su albedrío 78
rinde al Po. En su principio, una llanada
en vasta charca a la corriente muda,
que se halla en el verano desecada. 81
Pasando por allí la virgen cruda,
una tierra vio en medio del pantano
de cultivos y rústicos desnuda. 84
Allí, para evitar el trato humano,
con sus siervos quedóse y con sus artes,
y allí moró y dejó su cuerpo vano. 87
Las gentes que ocupaban esas partes
se acogieron a aquel refugio fuerte
cuyos pantanos eran los baluartes. 90
Sobre el despojo que dejó su muerte
fundaron la ciudad y la llamaron
Mantua, por ella, sin augurio o suerte. 93
Más gentes al principio la poblaron,
y después Casalodi y su locura
de Pinamonte el fraude provocaron.[165] 96
De esto te advierto; y tú siempre procura,
si de otro modo escuchas este cuento,

que a la verdad no haga el embrollo oscura». 99
Y yo: «Maestro, tu razonamiento
tan cierto es para mí que otras razones
serían como pelos en el viento. 102
Mas di si en estas tristes procesiones
a alguno ves pasar digno de nota
—que en eso pienso yo— por sus acciones». 105
«Ese —me dijo— cuya barba flota
junto al moreno dorso, cuando estaba
sin hombres Grecia, en época remota,[166] 108
que apenas sí en las cunas los hallaba
en Áulide fue augur y, con Calcanto[167],
cuándo soltar la amarra declaraba. 111
Fue Eurípilo[168] su nombre: así lo canto
de mi excelsa tragedia en algún trecho;
lo sabes tú, que la conoces tanto. 114
Ese otro cuyo flanco es tan estrecho
Miguel Escoto[169] fue, quien ciertamente
mágicos fraudes cuando vivo ha hecho. 117
Mira a Guido Bonatti; mira a Asdente,[170]
que ahora querría el cuero y el bramante
manejar, pero tarde se arrepiente. 120
Mira a la gente que dejó vacante,
cambiándolas por hierbas, la canilla
y la aguja y tornóse nigromante. 123
Mas ven, que con sus zarzas Caín brilla

entre ambos hemisferios y la onda
toca algo más abajo de Sevilla,
y ya la luna ayer era redonda:[171]
bien lo has de recordar, porque nefando
su brillo no te fue en la selva honda.»
Me hablaba mientras íbamos andando.

CANTO XXI

CÍRCULO VIII. BOLSA V: MALASGARRAS

Malasgarras: Malacola, Desgreñao, Alirrot, Piesfríos, Perrazo, Barbacrespa, Putañero, Veneno de Serpiente, Muerdecirios, Ganchofiero, Trampa y Sarampión. Sumergidos en pez hirviendo.

Anciano de Lucca.

Así, de puente en puente, conversando
de lo que esta comedia no se cura,
fuimos; y en lo alto nos paramos cuando
pretendimos ver bien la nueva hondura
de Malasbolsas y otros llantos vanos;
y la encontré admirablemente oscura.
Como, en el arsenal, los venecianos
hierven la tenaz pez en la invernada
y embrean los bajeles que no sanos
están para la mar; y es fabricada
nueva nave por unos o, afanosos,
calafatean otros la averiada,
y proa y popa arreglan industriosos,
o entre remos y cuerdas se reparte
su afán, y alzan trinquetes poderosos;
tal, por el fuego no, con divina arte,
hirviendo estaba abajo pez pringosa
que impregnaba el hondón de parte a parte.

Yo la miré, mas no observé otra cosa
que las burbujas que el hervor alzaba:
se inflaba y desinflaba, pegajosa.
Mientras atentamente la miraba,
mi maestro gritó: «¡Fíjate, aguarda!»,
y me llevó del sitio donde estaba.
Entonces me volví como quien tarda
en ver aquello de que huir debiera
y al que un temor, de pronto, le acobarda:
que, por mirar, no emprende la carrera;
y un diablo negro vi que velozmente,
venía recorriendo la escollera.
¡Era fiero su aspecto, e imponente!
Y, con sus alas y sus pies ligeros,
¡qué horrible parecióme de repente!
En los hombros agudos y altaneros
por las ancas cargaba a un condenado
y agarraba sus pies con dedos fieros.
«¡Malasgarras[172] —gritaba a nuestro lado—,
un anciano va ahí de Santa Zita[173]!
Hundidle bien, que vuelvo disparado
a esa tierra que da copia infinita:
todo hombre allí es rufián, salvo Bonturo;[174]
del *no*, por vil metal, hacen un *ita*.»[175]
Lo tiró y, por el alto escollo duro,
se alejó tan veloz que no tan presto

pone el can al ladrón en un apuro.
Se hundió aquél y afloró, de espaldas puesto,
mas los diablos que al puente se acogían,
«El Santo Rostro no se halla aquí expuesto
ni esto es baño en el Serquio —le decían—.[176]
Si no quieres probar nuestros harpones,
no salgas de la pez». Luego le herían
cruelmente con más de cien rejones,
diciendo: «Has de bailar bajo techado
y tramar a escondidas tus traiciones».
No de otro modo el marmitón, armado
de tridente, hunde presto en la caldera
la carne que en el guiso sale a nado.
El buen maestro, «Tal vez mejor fuera
que no te adviertan: puedes esconderte
—dijo— tras un peñón de la escollera;
y aunque me ofendan nada has de temerte,
que de estas cosas ya soy noticioso
y otras zambras he visto de esta suerte».
A la orilla pasó del sexto foso,
lo más alto del puente atravesando,
y lo hizo con espíritu animoso.
Con el ciego furor con que, ladrando,
atacan los mastines al mendigo
que de pronto se para suplicando,
salieron de debajo del abrigo

con los garfios en alto, amenazantes,
y él gritó: «¡Nadie sea felón conmigo!
Si me queréis pinchar con los trinchantes
que esgrimís, lléguese uno hasta mi lado
y, tras oírme, aconsejaos bien antes».
«¡Que vaya Malacola!», así han gritado.
Se paran todos y uno solo avanza
diciendo con desdén: «¿Te crees salvado?».
«¿Y crees tú, Malacola, que si alcanza
mi ánimo a estar aquí —dijo el maestro—,
libre de vuestro hierro y asechanza,
no es por querer divino y hado diestro?
Dejadme andar, que el cielo lo ha querido,
mientras este camino a otro le muestro.»
Entonces fue su orgullo tan vencido
que dejó caer al suelo su tridente
y a los otros mandó: «¡No sea herido!
—Y el guía a mí—: ¡Oh tú, que tras el puente
y las rocas estás agazapado:
puesto que a salvo estás, conmigo vente!».
Por lo que, sin tardar, volé a su lado
y los diablos se echaron adelante:
temí que no cumplieran lo pactado.
Así he visto temer a mucho infante
que huía, bajo pacto, de Caprona,[177]
viendo a tanto enemigo vigilante.

Yo me arrimé con toda mi persona
a mi guía, y los ojos no quitaba
de aquella gente tova y peleona.
Inclinaban los garfios y uno aullaba:
«¿Queréis que le dé un tiento en el trastero?».
Y otro: «¡Métele mano!», contestaba.
Peor el demonio que le habló primero
a mi guía, volvióse presuroso
y «¡Quieto, Desgreñao! —dijo severo.
Y a nosotros—: Volver aquí es forzoso
porque la vía aquí se halla cortada,
que el arco sexto, al fondo, está ruinoso.
Mas si os place seguir vuestra jornada,
andad por estas rocas sin demora
hasta otro escollo que es senda adecuada.
Cinco horas más tarde de esta hora,
hizo ayer mil doscientos y sesenta
y seis años que hundióse.[178] Mando ahora
a un grupo de éstos porque tomen cuenta
de si alguno a secar se está poniendo:
id con mi gente; no será violenta.
Alirroto, Piesfríos —fue diciendo—,
y tú, Perrazo, dad un paso al frente;
ve a los diez, Barbacrespa, dirigiendo.
Putañero, Veneno de Serpiente,
Muerdecirios dentón y Ganchofiero

vayan, y el Trampa y Sarampión demente.
Id dándole la vuelta al hervidero;
que éstos lleguen a salvo al otro lado,
hasta el escollo que se encuentra entero».
«¡Oh maestro, ay de mí! —dije aterrado—.
¿Qué es esto? Vamos solos sin compaña,
si sabes ir, que no la he reclamado.
Si, como sueles, tienes tanta maña,
¿no ves que rechinando están los dientes
y se guiñan los ojos con gran saña?»
Y él a mí: «Tu temor quiero que ahuyentes:
déjalos que rechinen a porfía,
que es cosa que hacen por las pobres gentes».
Por el escollo izquierdo hicimos vía;
mas, sacando la lengua, una burleta
antes de andar hicieron a su guía,
y él usó el culo a modo de trompeta.

CANTO XXII

CÍRCULO VIII. BOLSA V: BARATEROS

Ciampolo, fray Gomita, Michele Zanche.

Yo he visto alzar el campo a caballeros,
comenzar un asalto, hacer paradas;
y salvarse por pies los vi ligeros;
por vuestra tierra vi bandas armadas,
oh aretinos, y he visto jugadores,
chocar los escuadrones, y algaradas;
ya al son de trompas, ya con atambores,
con campanas o señas de una hoguera,
con cosas nuestras y otras exteriores;
mas con tal caramillo nunca vierta
moverse caballeros ni pendones
ni, viendo estrella o tierra, la galera.
Íbamos con los diez diablos follones,
¡compañía feroz!: mas con el clero
en misa, y con el hampa en los figones.
De la pez contemplaba el hervidero
por saber de la bolsa el contenido
y ver a quién cocía aquel caldero.
Igual que hace el delfín cuando, advertido
por el arco del lomo, el navegante
está a salvar su leño prevenido,[179]

para aliviar sus penas un instante,
asomaba la espalda un condenado,
mas se hundía cual rayo fulminante.
Y como en el pantano o el bañado
tienen las ranas el hocico fuera
y el resto de su cuerpo está celado,
tal de los reos la postura era;
mas cuando Barbacrespa se aproxima
a hundirse en el hervor ninguno espera.
A uno vi —recordarlo me da grima—
que, cual sucede, no saltó primero
y, como rana tarda, quedó en cima.
Del pelo pegajoso, Ganchofiero
le agarró, pues a mano le tenía:
parecía una nutria aquel matrero.
Yo el nombre de los diablos conocía,
que escuché cuando fueron elegidos,
y cuando se llamaban atendía.
«Desuella, Sarampión, con tus buidos
dedos su espalda, y hazle que reviente»,
decían a la vez, enfurencidos.
Y yo: «Maestro mío, cautamente
averigua quién es el desdichado
que en manos se halla de enemiga gente».
Luego mi guía se llegó a su lado
y, cortés, preguntó: «Dinos quién eres».

«Fui de Navarra —respondió el cuitado—.
Me dedicó a servirles menesteres
mi madre, que me tuvo de un ribaldo
destructor de sí mismo y sus haberes.
Después fui familiar del rey Tebaldo[180]:
allí me puse a hacer baratería
y por eso me encuentro en este caldo.»[181]
Y Muerdecirios, a quien le salía
de cada comisura un gran colmillo,
con uno le hizo ver de qué servía.
Entre gatos estaba el ratoncillo;
y Barbacrespa le agarró, rugiendo:
«¡Quietos, mientras espeto yo a este pillo!
—Y volviendo al maestro el rostro horrendo—:
Pregunta —dijo— más, si es tu deseo,
antes de que le demos fin tremendo».
El guía, entonces: «Dime si algún reo
conoces por aquí que sea latino
y esté bajo la pez». Y el otro: «Creo
que uno hay aquí de algún país vecino:
mejor con él me viera en ese cazo
que entre ganchos y garras, ay mezquino».
Y Putañero echóle el garfio a un brazo
y diciendo: «¡De más te hemos sufrido!»,
lo desgarró y se le llevó un pedazo
Veneno de Serpiente, decidido,

a una pierna amagóle; mas miraba
el decurión con gesto desabrido.
Cuando se apaciguó la gente brava,
al otro, que mirábase la herida,
preguntó sin tardar quien me guiaba:
«¿Del lado de quién sientes la partida,
según decías, por ganar altura?».
«De fray Gomita[182] —contestó en seguida—,
vaso de engaños que era de Gallura.
Su dueño a gente hostil puso en su mano
pero ellos le alabaron con hartura.
Cogió el dinero y absolvió de plano,
como él dice; y en todo obró por oro,
pues fue doloroso sumo, y no mediano.
Aquí trata el señor de Logodoro,
Miguel Zanque[183]; y, tratando de Cerdeña,
las lenguas de los dos hablan a coro.
Pero, ay de mí, los dientes ése enseña:
más os diría, pero estoy temiendo
que la tiña me rasque, si se empeña.»
Y el gran preboste, al diablo Trampa viendo,
que entornaba los ojos para herir,
«Pajarraco —exclamó—, ¡ya te estás yendo!».
«Si por ventura ver queréis u oír
toscanos o lombardos —proseguía
el prisionero—, los haré venir,

si los malos están en cesantía
y no se hallan dispuestos a vengarse,
yo, sentándome aquí, los llamaría,
conmigo siete más han de juntarse
en cuanto silbe, que estoy hacemos cuando
es posible subir para orearse.»
Mas Perrazo, el hocico levantado,
sacudió la cabeza y dijo: «Buena
malicia para huir está inventando».
Y él, que tenía la cabeza llena
de trucos, «¿Malicioso —le repuso—,
cuando a los míos busco mayor pena?».
No se aguantó Alirroto, que se opuso
a los demás, y «Si tirarte quieres,
no galopando —retador propuso—,
sino volando, por detrás me esperes:
subamos y que sea escudo la riba;
vamos a ver si el más listo tú eres».
Deja, lector, que el juego te describa:
todos miraron hacia el otro lado,
y el primero el que más reacio iba.
Calculó el tiempo bien el condenado:
los pies afirmó en tierra y, al instante,
saltó, dejando al otro chasqueado.
Culpables se sintieron del desplante
todos, mas quien tramó la travesura

se movió y le gritó: «¡Ya te echo el guante!».
Pero no le valió, pues la pavura
pudo más que las alas; fuese al fondo
y el otro el pecho alzó ganando altura:
no de otro modo vase el pato a lo hondo
cuando el halcón, veloz, casi le alcanza
mas, derrotado al fin, vira en redondo.
Enojado Piesfríos por la chanza,
echó a volar detrás, pues deseaba
que se escapase, porque hubiese danza.
Y como ya el navarro se esfumaba,
con las uñas agarra al compañero
y sobre el foso la pelea traba.
Mas era el otro gavilán entero
y le engarfió con fuerza, de manera
que ambos fueron a dar al hervidero.
El calor dirimió la pelotera,
mas, teniendo las alas impregnadas,
no podían del foso echarse fuera.
Barbacrespa, con voces indignadas,
mandó a cuatro volar al lado opuesto
con las cuatro garrochas preparadas:
a donde les mandó bajaron presto,
y el gancho echaban ya a los atrapados
que a hervir bajo la piel se habían puesto;
los dejamos allí medio apurados.

CANTO XXIII

CÍRCULO VIII. BOLSA VI:
HIPÓCRITAS

Bajo un manto de plomo. Catalano dei
Malavolti, Loderingo degli Andald.
Crucificados en el suelo.

Caifás, Anás, el Sanedrín.

Callados, solos, ya sin compañía,
fuimos uno en pos de otro caminando
como frailes menores por su vía.
En la riña pasada iba pensando
y de Esopo la fábula —aquel cuento
de la rata y la rana— recordando.
Y, si al principio y fin miras atento,
verás que el parecido tan grande era
cual decir «al instante» y «al momento».
Y, como un pensamiento a otro genera,
así nació de aquél uno en seguida
que redoblaba mi aprensión primera.
Pues yo pensaba así: «Si escarnecida
por culpa nuestra fue la gente prava,
yo creo que estará muy resentida.

Si la ira a la maldad vuelve más brava,
se nos vendrán encima más airados
que el perro que a la libre el diente clava». *18*
Ya sentía los pelos erizados
de miedo, y a la zaga estaba atento,
cuando dije: «Maestro, si celados *21*
no haces que estemos dentro de un momento,
tomo a los Malasgarras: ya mi mente
los ve, ya están llegando, ya los siento». *24*
«Si azogado cristal resplandeciente
fuese yo, tu exterior no reflejara
—dijo— cual tu interior, tan prontamente. *27*
Un consejo tan sólo nos depara
de nuestros pensamientos el abrazo,
pues tienen igual gesto e igual cara. *30*
Si hacia el lado derecho hay un ribazo
que a otra bolsa nos baje, a la temida
cacería daremos esquinazo.» *33*
Esta opinión apenas emitida,
los vi venir dispuestos a la caza,

y no muy lejos ya, de ala tendida.
El poeta de súbito me abraza
cual la madre que al ruido se despierta
y siente de las llamas la amenaza;
que toma al hijo y a escapar acierta
sin pararse, y de sí ya no se cura,
pues con una camisa va cubierta;
y desde el borde de la riba dura
dejóse resbalar por la pendiente
que a la bolsa siguiente allí clausura.
Nunca el agua correr tan raudamente
hacia la rueda ha visto el molinero,
cuando ya de las palas está enfrente,
como el guía bajó el resbaladero,
contra el pecho llevándome apretado
igual que a un hijo, y no que a un compañero.
Apenas con el pie hubimos tocado
el fondo, en el alcor los descubrían
nuestros ojos, el miedo ya pasado:
pues de la providencia recibían
sus ministerios en la quinta fosa,
mas salir de la misma no podían.
Gente pintada vimos y llorosa
que en torno iba, despacio caminando,
con la cara cansada y pesarosa.
Una capa cada uno iba arrastrando

cuyo capucho ante los ojos baja
los cluniacenses mantos imitando. 63
Brillan por fuera cual dorada alhaja,
mas dentro son de plomo y pesan tanto
que Federico las ponía de paja.[184] 66
¡Oh sempiterno y fatigoso manto!
La procesión seguimos, que marchaba
hacia la izquierda, oyendo el triste llanto; 69
mas tanto el peso aquel los agobiaba
e iban tan lentos, que al mover los huesos
mi compañía siempre renovaba. 72
Y yo dije al maestro: «Ve si entre esos
hay alguno de nombre conocido:
mueve la vista, andando, entre los presos». 75
Y uno, que hablar toscano había oído,
nos gritó por detrás: «¡Alto un momento,
los que hasta el aire fosco habéis venido! 78
Quizá os pueda dar yo contentamiento».
Y el guía se volvió y me dijo: «Para
y anda luego con él a paso lento». 81
Me detuve, y a dos les vi en la cara
que por llegar tenían mucha prisa,
si el manto que llevaban no pesara. 84
Cuando están cerca, de torcida guisa
se miran, no me dicen ni una sola
palabra, pero el uno al otro avisa: 87

«Que éste está vivo veo por su gola;
y si muertos están, ¿qué privilegio
los libra de llevar la grave estola?
—Y luego a mí: ¡Oh toscano, hasta el colegio
de los tristes hipócritas venido,
querríamos saber tu nombre egregio!».
«Yo nací —les repuse— y he crecido
al pie del Arno bello, en la gran villa,[185]
y el cuerpo que me veis siempre he tenido.
Mas ¿quién sois? ¿Por qué os baña la mejilla
destilado dolor constantemente?
¿Y por qué vuestra pena tanto brilla?»
Y uno dijo: «La capa reluciente
es de plomo por dentro, y, ay, crujimos
cual balanza que al peso se resiente.
Frailes gozosos[186] de Bolonia fuimos;
Catalano[187] yo fui, y este otro era
Loderingo[188]; en tu tierra ya estuvimos,
aunque elegir a uno el uso fuera,[189]
para guardar la paz, y el resultado
en torno del Gardingo[190] persevera».
Yo empecé: «Vuestros males…», mas callado
de repente quedé, que en tierra estaba,
con tres palos y en cruz, uno clavado.
Se torció cuando a él me aproximaba,
y su barba agitaba con su aliento;

y el fraile Catalano, que observaba,
me dijo: «Ése que miras tan atento
dijo que, por el pueblo, convenía
que a un hombre condujesen al tormento.[191]
Desnudo, atravesado en esta vía,
como le ves, encima el peso siente
de cuantos van en esta compañía.
De igual martirio el suegro[192] se resiente
en esta fosa, así como el concilio
que en Judea sembró mala simiente».
Entonces sorprenderse vi a Virgilio
por el que en cruz hallábase clavado
de forma vil, en el eterno exilio.
Después le dijo al fraile condenado:
«No dejes, si es que puedes, de decirnos
si hay una hoz hacia el derecho lado
por la que ambos de aquí podamos irnos,
que a los ángeles negros no quisiera
obligar a bajar para subirnos».
«Antes de lo que crees, una escollera
—le contestó— se encuentra que, tendida,
avanza sobre cada fosa fiera,
salvo ésta, que aquí se halla derruida,
pero podéis subir por la pendiente
de la piedra que al lado está caída.»
El poeta inclinó un punto la frente

y dijo luego: «Fue mal consejero
el que a los reos clava allí el tridente».
Y el fraile: «Mucho vicio y desafuero
del diablo oí en Bolonia, y ya sabía
que es padre del embuste y trapacero».
A grandes pasos caminó mi guía,
con el rostro de ira algo turbado:
yo dejé a la cargada compañía
para seguir tras de su rastro amado.

CANTO XXIV

CÍRCULO VIII. BOLSA VII: LADRONES

Mordidos por serpientes y metamorfoseados.

Vanni Fucci.

En la parte del año jovenzuelo
en que el sol en Acuario su crin templa
y va la noche a repartirse el cielo,[193]
cuando al mirar la escarcha se contempla
la copia que hace de su hermana blanca,
pero pronto su pluma se destempla,[194]
el villano su puerta desatranca
y, viendo su escasez, y la campaña
blanquear, se da golpes en el anca;
vuelve a casa y laméntase con saña,
pues no sabe qué hacer el desgraciado;
sale otra vez y ve que ya no baña
la escarcha al mundo, y todo está cambiado,
y de sus ovejuelas el rebaño
saca a pastar, y empuña su cayado;
diome el maestro, así, susto tamaño
cuando nublada contemplé su frente,
pero la medicina siguió al daño;
pues, al llegar al arruinado puente,
volviendo el rostro, comenzó a mirarme

igual que al pie del monte, dulcemente.
Meditó un poco y se acercó a abrazarme
y luego, tras mirar bien a la ruina,
en vilo me tomó para empinarme.
Como aquel que a pensar y hacer atina
al mismo tiempo, tal que preparado
parece para todo, así me empina
sobre un risco y, mirando a otro rajado,
«Agárrate bien a ése —dice el guía—,
y si te aguanta prueba con cuidado».
Para gente con capa no era vía,
pues siendo yo ayudado y él sin peso,
de sostén en sostén mal se subía.
Y si de aquel recinto el muro espeso
no tuviese una cuesta menos dura,
que me venciera —y a él no sé— confieso.
Mas Malasbolsas hacia la abertura
del bajísimo pozo toda prende:
por eso en una pate gana altura
y por la opuesta hacia el brocal desciende;
llegamos hasta el punto más alzado,
donde al lajedo último se extiende.
Mi aliento estaba ya tan ordeñado,
al verme arriba, y mi fatiga tanta
era, que me senté no más llegado.
«Pues te conviene, tu pereza espanta

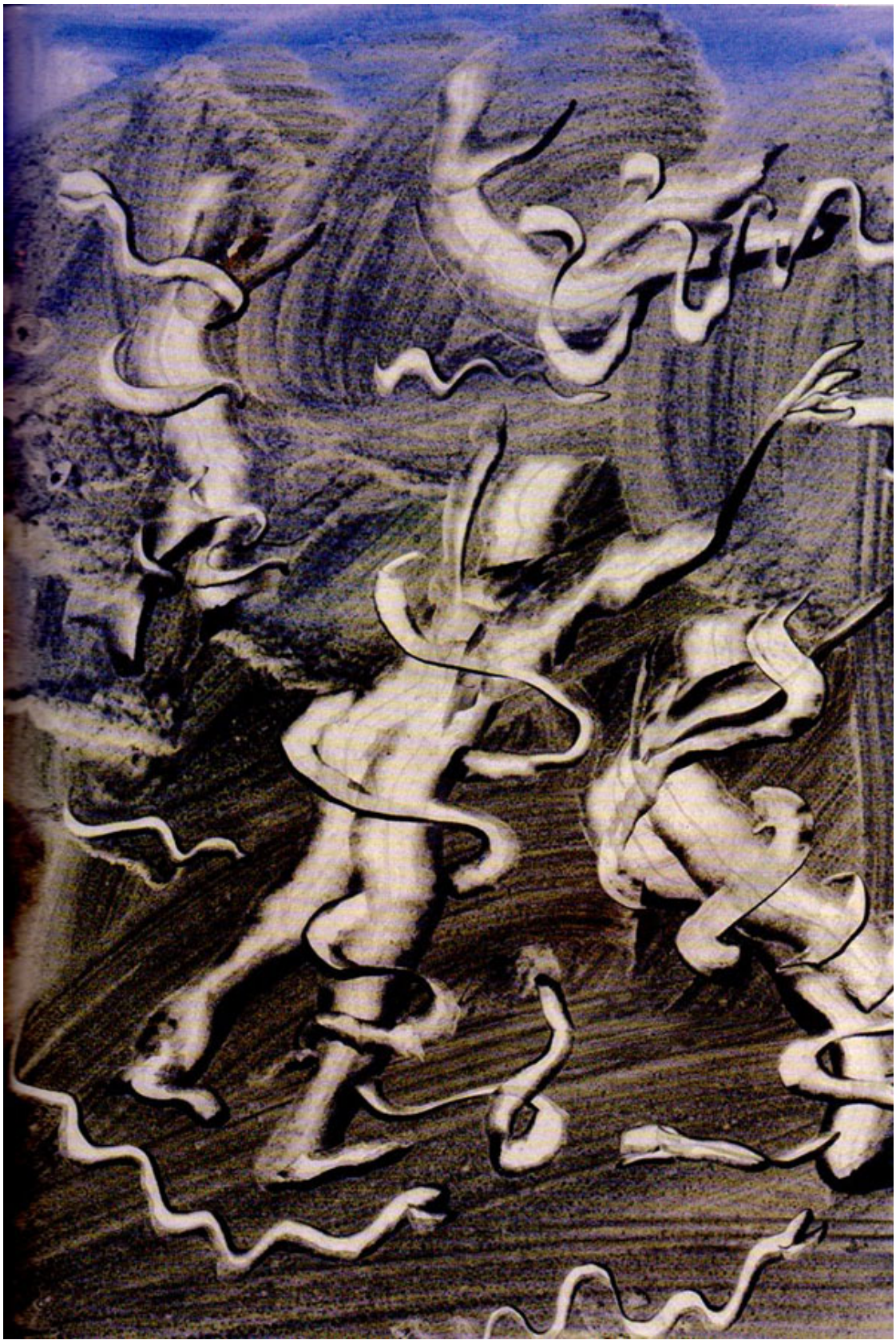
—dijo el maestro—, que en la blanda pluma
fama no has de ganar, ni so la manta: 48
quien sin ganarla su vivir consuma
igual vestigio dejará en la tierra
que humo en el aire y en el agua espuma. 51
Levántate, de ti el sopor destierra,
pues siempre vence el animoso pecho
si por culpa del cuerpo no la yerra. 54
Aún de escalera queda un largo trecho,
pues de entre ésos no basta haber salido;
sírvate, si me entiendes, de provecho.» 57
En pie me puse, y más abastecido
de aliento me mostré que me sentía.
«Vamos —dije—, soy fuerte y decidido.» 60
Por el escollo aquel abrimos vía,
que áspero, estrecho y bravo se mostraba
y al de antes en declives excedía. 63
Fingiendo fuerzas, al nadar hablaba,
cuando una voz salió del otro foso
que a formar las palabras no acertaba. 66
Y aunque estaba en el puente que al medoroso
valle atraviesa, yo no entendí nada;
pero era aquélla el habla de un furioso. 69
Me volví, más de un vivo la mirada
llegar no puede al fondo por lo oscuro.
«Maestro —dije—, busca la bajada 72

Y apeémonos pronto de este muro,
que igual que oigo una voz y nada entiendo,
miro hacia abajo y nada me figuro.» *75*
«Mi respuesta es que ya lo estoy haciendo
—me contestó—, pues la demanda honesta
se cumple de palabras prescindiendo.» *78*
Del puente descendimos do se acuesta
a la muralla de la octava riba
y allí me fue la bolsa manifiesta, *81*
contemplé en su interior terrible estiba
de serpientes, tan varia y numerosa
que el recordarla del color me priva. *84*
No más se alabe Libia la arenosa
de sus yáculos, faras y ceneras,
quelidros y anfisbenas: tan odiosa *87*
copia no muestra de apestosas fieras,
ni aun sumándole toda Etiopía
y de todo el Mar Rojo las riberas. *90*
Entre tan cruel y triste fauna había
gentes corriendo, en cueros y espantadas,
sin refugio esperar, ni heliotropía[195]; *93*
sus manos por detrás iban atadas
con sierpes que, apretando la cintura,
cola y cabeza tienen anudadas. *96*
Y he aquí que, a nuestro lado, se apresura
una sierpe a saltar y a uno atraviesa

de los hombros y el cuello en la juntura.
La *o* y la *i* no se hacen tan apriesa
cual, por furioso fuego consumido,
cayó al suelo, volviéndose pavesa;
y, tras yacer en tierra destruido,
alzóse la ceniza sin tardanza
y su aspecto le fue restituido.
Cuentan los sabios dignos de confianza
que el ave Fénix muere así, y renace,
cuando el medio milenio casi alcanza;
ni hierba ni cebada jamás pace,
sino incienso y el llanto del amomo,
y con nardo y con mirra el nido hace.
Y como aquel que cae sin saber cómo
porque fuerza diabólica lo tira
o de otra opilación sufre el asomo,
al levantarse en torno de sí mira,
por la pasada angustia conturbado,
y varias veces, al mirar, suspira,
así hizo el pecador recién alzado.
¡Oh potencia de Dios, eres severa
al vengarte de modo tan airado!
Luego le preguntó el guía quién era
y él respondió: «Llovido he de Toscana,
poco tiempo hace, en esta bolsa fiera.
Vida de bestia preferí a la humana,

cual bastardo que fui; yo soy el bruto
Vanni Fucci[196], de cuadra pistoyana».
Y yo a mi guía: «Ténmelo un minuto
y pregunta qué culpa aquí le ha hundido,
que hombre le he visto que ha sembrado el luto».
No fingió el pecador no haberme oído,
mas, su ánimo y su rostro a mí volviendo,
se mostró de vergüenza enrojecido;
y dijo: «Más me duele que estés viendo
esta mi condición tan miserable
que los dolores que sentí muriendo;
y, puesto que es preciso que te hable,
digo que yo robé en la sacristía
los bellos ornamentos: soy culpable
aunque a otro se cargó la culpa mía.
Y porque no te alegre mi tormento,
si de lo oscuro sales algún día,
lo que voy a decir escucha atento:
escaseará en Pistoya el Negro bando
y cambiará Florencia su argumento.[197]
De Val de Magra, Marte irá arrojando
el túrbido vapor enfurecido
y una agria tempestad vendrá tronando
sobre el Campo Piceno combatido;[198]
y, de repente, al despejarse el cielo,
todo el que sea Blanco será herido.

¡Y esto lo digo por causarte duelo!».



CANTO XXV

CÍRCULO VIII. BOLSA VII:
LADRONES

Caco, Cianfa Donati, Agnolo
Brunelleschi, Buoso Donati (?), Puccio
Sciancato, Francesco di Cavalcanti.

El ladrón, su discurso terminado,
levantó en ambas manos sendas higas
y gritó: «¡Toma, Dios, yo te las mando!».
Las serpientes me fueron luego amigas,
puesto que una enroscóse a su garganta,
cual diciendo: «No quiero que prosigas».
Otra a atarle los brazos se adelanta,
cíñese sobre el pecho fuertemente
y todo movimiento, así, le aguanta.
¡Ay, Pistoya, por qué en hoguera ardiente
no te incineras con tus hijos duros,
pues eres más cruel que tu simiente!
Del infierno en los círculos oscuros
a ninguno ante Dios vi tan superbo,
ni al que cayó ante los tebanos muros.[199]
Huyó al instante sin decir un verbo
y vi a un Centauro airado que llegaba,
gritando: «¿Dónde, dónde está el acerbo?».
Maremma[200], según creo, no se alaba
de tener tantas bichas cual tenía

de la grupa a do humano se tornaba.
De alas abiertas, un dragón yacía
tras la nuca, en los hombros, que abrasado
dejaba al que delante se ponía.
«Ése es Caco[201] —me dijo el guía amado—,
que so la roca, al pie del Aventino,
muchos lagos de sangre ha derramado.
De sus hermanos no sigue el camino
por el hurto que hiciera fraudulento
en la hermosa boyada del vecino.
Con ello se buscó fin violento
bajo la maza de Hércules, que acaso
no sintió diez aunque le diera ciento.»
Mientras me hablaba y, avivando el paso,
se fue el otro, tres ánimas surgieron
de las que yo ni el guía hicimos caso
hasta que «¿Quiénes sois?» al fin dijeron,
con lo que se acabó nuestro relato
y hacia ellas nuestros ojos se volvieron.
Yo no los conocí, mas, de inmediato,
nombrar a un compañero ha convenido
a uno, como sucede a cada rato,
diciendo: «Cianfa[202], ¿dónde te has metido?»;
y yo al maestro que estuve atento,
con el dedo en los labios, le he pedido.
Si eres, lector, para creer muy lento

lo que voy a decir, me lo temía:
yo lo he visto, y apenas sí consiento.
Hacia los tres la vista dirigía,
y una serpiente con seis pies se lanza
sobre uno y a su cuerpo el suyo lía.
Los pies de en medio apriétanle la panza,
con los primeros ambos brazos prende,
con los dientes los pómulos le alcanza,
hacia los muslos los de atrás extiende,
pasa la cola entre ambos y, en seguida,
lo traba y por el dorso se la tiende.
Nunca la hiedra estuvo tan unida
al árbol como estaba aquella fiera
con él, miembro por miembro, confundida.
Se fundieron después como la cera
caliente, y se mezclaron sus colores;
ninguno parecía el que antes era.
De igual manera cambian los ardores
al papel, cuando toma un color bruno
que avanza, sin ser negro, entre blancores.
Mirábanle los dos y, de consuno,
gritaban: «¡Ay, Agnel[203], cómo has cambiado!
¡No eres en este instante dos ni uno!».
Ambas testas habíanse mezclado,
y aparecieron dos figuras mixtas
en una faz, de dos el resultado.

A dos brazos formaron cuatro listas;
vientre, piernas y muslos engendraron
—y el torso— extremidades nunca vistas.
Los primeros aspectos se quebraron
y la imagen perversa parecía
dos y ninguno, y ambos se alejaron.
Como el lagarto, bajo la ardentía
del sol canicular, de seto a seto
cual una exhalación cruza la vía,
tal semejaba, al dirigirse inquieto
contra los otros dos, un encendido
lívido ofidio, cual pimienta prieto;
el lugar por donde hemos recibido
el primer alimento a uno vulnera
y cae ante él y quédase extendido.
Calló y miróle el que atacado fuera
y, sin andar un paso, bostezaba
como si sueño o fiebre le invadiera.
A él la serpiente y él a ella, miraba;
él por la llaga y ella por la boca
humo echaban, y el humo se mezclaba.
Calle el mismo Lucano, cuando toca
de Sabelo el suceso y de Nasidio,[204]
y escuche atento lo que aquí se evoca.
Calle de Cadmo y de Aretusa Ovidio;[205]
que si aquél en serpiente y a ella en fuente

convierte cuando escribe, no le envidio; 99
que a dos naturalezas, frente a frente,
no transmutó de modo que ambas hormas
cambiasen sus materias de repente. 102
A la vez respondieron a las normas,
y la sierpe la cola en horca hendía
y él juntó en uno de los pies las formas. 105
Las piernas y los muslos oprimía
tanto, que al poco tiempo la juntura
quedó borrada y ya no se veía. 108
Tomó la cola hendida la figura
que se perdía en él, y vi ablandarse
la piel aquí, y allí ponerse dura. 111
Los brazos por la axila vi adentrarse
y vi las cortas patas de la fiera,
al acortarse aquéllos, alargarse. 114
Las de detrás torció para que fuera
formado el miembro que el humo cela,
y el del mísero ya dos patas era. 117
Mientras el humo a uno y otro vela
de un color nuevo, y pelo le va dando
a una parte, y a la otra en tanto pela, 120
uno se alzó y otro se fue agachando,
sin desviar la luminaria impía
bajo la que el hocico iban cambiando. 123
El que se enderezó lo retraía

hacia las sienes, y con lo sobrante
orejas en lo liso producía;
de la materia que quedó delante
hízose la nariz, y se formaba
la boca y su grosor en un instante.
El que yacía, el rostro se adelantaba,
sumiendo las orejas en la testa:
del caracol los cuernos imitaba;
la lengua, que tenía unida y presta
antes a hablar, hendióse, mas la hendida
del otro se cerró, y el humo resta.
El alma aquélla en fiera convertida
silbando huyó por el oscuro foso,
y la otra le escupía enfurecida.
Volvió su espalda nueva, y el acoso
interrumpió y le dijo al condenado:
«¡Quiero que como yo se arrastre Buoso!».[206]
En la séptima zahorra he contemplado
mutarse y transmutarse; y ya me excuso
por lo nuevo, si de ello he abusado.
Y, aun siendo mi mirar algo confuso
y el ánimo teniendo entristecido,
no pudieron huir sin que al recluso
Puccio Sciancato[207] hubiera conocido;
de aquellos tres él solo, a fin de cuentas,
lo mismo se marchó que había venido;

del otro tú, Gaville, te lamentas.[208]

CANTO XXVI

CÍRCULO VIII. BOLSA VIII: MALOS CONSEJEROS

Envueltos en llamas.

Ulises, Diomedes.

¡Alégrate, Florencia, de ser grande,
pues tanto vuela ya tu nombre honroso
que por mar, tierra y báratro se expande!
Avergonzado descubrí en el foso
cinco hijos tuyos, nobles y ladrones;
y tu honor no salía ganancioso.
Si del sueño del alba las ficciones
son verdad, sentirás sin mucha espera
de Prato y los demás las predicciones.[209]
No sería temprano si ya fuera:
¡ojalá fuese ya lo prevenido!,
que, siendo viejo, más me entristeciera.
Por la misma escalera hemos seguido
que antes como bajada nos servía;

detrás de mi maestro la he subido.
Y al recorrer la solitaria vía
por el escollo de quebrado suelo,
sin las manos el pie no se valía.
Entonces me dolí y ahora me duelo
cuando aquello que vi traigo a la mente,
y refreno el ingenio más que suelo
porque sin la virtud ya nada intente,
para que si mi estrella, o mejor cosa,
me ha dado el bien, después no lo lamente.
Cuantos el campesino que reposa
en el alcor, cuando el que al mundo aclara
menos quiere ocultar su faz radiosa,
mientras danza el mosquito y ya se para
la mosca, gusanitos de luz viendo
está, en el valle do vendimia y ara.
con tantas llamas vi resplandeciendo
la octava bolsa; y pronto se mostraron
conforme el fondo oscuro iba surgiendo.
Como vio el que los osos vindicaron[210]
a Elías en su carro, que partía
con los caballos que al azul volaron,
y seguirle su visita no podía,
pues tan sólo la llama contemplaba
que al subir una nube parecía;[211]
tal cada llama abajo circulaba

sin que quedase el hurto manifiesto,
pues cada una a un pecador robaba. 42
A mirar desde el puente me había puesto,
bien asido a una roca que allí pende,
pues de otro modo resbalara presto, 45
y el guía, que a mi atento rostro atiende:
«El alma va en el fuego, de manera
que la venda lo mismo que la enciende». 48
«Maestro mío —dije—, por certera
tengo ya mi opinión, pues tú has venido
a confirmarla, mas saber quisiera 51
quién va dentro del fuego en dos partido
por cima, que recuerda al de la pira
que a Eteocles[212] y a su hermano ha consumido.» 54
«Dentro de ella —me dijo— arde y suspira
Ulises, con Diomedes, juntamente
sufren, pues compartieron igual ira; 57
se gime en esa llama la infidente
argucia del caballo que fue puerta
por do salió de Roma la simiente.[213] 60
Llórase dentro el arte por que, muerta,
Deidamía a Aquiles todavía llora
y el Paladio que a Troya dejó abierta.»[214] 63
«Si pueden desde el fuego hablar ahora,
maestro —dije—, mil veces te pido,
y una vez y otra mi deseo implora 66

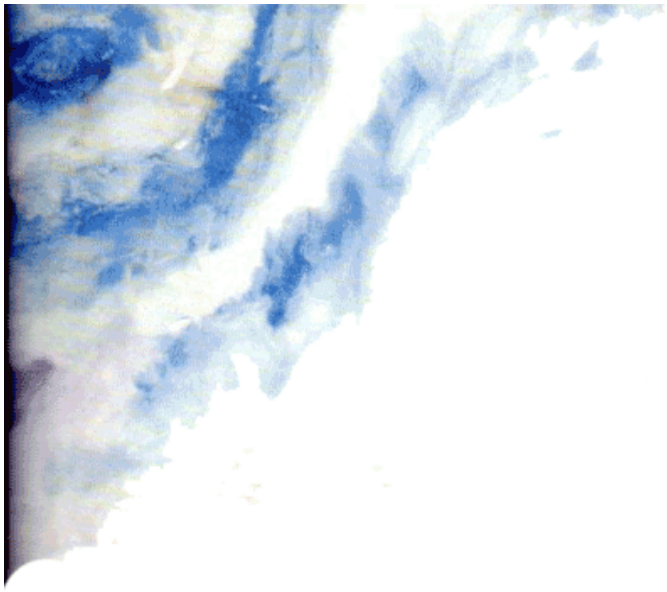
que esperarle me sea concedido
hasta que la cornuda llama venga,
pues hacia ella me siento compelido.» 69
Y él me dijo: «Juicioso es que me avenga
a tu súplica digna de alabanza;
pero haz porque tu lengua se contenga. 72

Déjame hablar a mí, pues se me alcanza
lo que deseas, y esa griega gente
quizás oiga tu estilo sin templanza». 75
Cuando tuvimos a la llama enfrente
y el guía comprendió que tiempo era
de hablar, así les dijo gentilmente: 78
«Oh los que compartís la misma hoguera,
si merecí en el tiempo en que vivía
ante vosotros, aunque poco fuera, 81
cuando mis altos versos escribía,
un paso más no deis; y que uno cuente
dónde a morir antaño se perdía». 84
Y de la antigua llama el más saliente
de los cuernos torcióse murmurando

cual llama que del viento se resiente;
luego se fue la punta meneando
como si fuese lengua y así hablara
y echó fuera la voz y dijo: «Cuando
de Circe me alejé, que me guardara
por más de un año cerca de Gaeta,
antes de que así Eneas la llamara,
ni el halago de un hijo, ni la inquieta
piedad de un padre viejo, ni el amor
que debía a Penélope discreta,
dentro de mí vencieron el ardor
de conocer el mundo y enterarme
de los vicios humanos, y el valor;
quise por altamar aventurarme
con sólo un leño y con la fiel compaña
que jamás consintió en abandonarme.
Una costa y la otra vi hasta España
y Marruecos, y la isla de los Sardos
y otras que el mismo mar rodea y baña.
Cuando estábamos ya viejos y tardos,
al estrecho llegamos donde había
Hércules elevado los resguardos
que al navegante niegan la franquía.[215]
Sevilla a mi derecha se quedaba
y Ceuta al otro lado se veía.
"Oh hermanos, que llegáis —yo les hablaba—

tras de cien mil peligros a Occidente,
cuando de los sentidos ya se acaba
la vigilia, y es poco el remanente,
negaros no queráis a la experiencia
de ir tras el sol por ese mar sin gente.
Considerad —seguí— vuestra ascendencia:
para vida animal no habéis nacido
sino para adquirir virtud y ciencia.”
A mis hombres de tal suerte he movido,
con mi corta oración, a la jornada
que no podría haberlos contenido;
le volvimos la popa a la alborada,
del relleno hicimos ala al loco vuelo
y a la izquierda la nave fue guiada.
Del otro polo ya veía el cielo
por la noche, y el nuestro había bajado
y no se alzaba del marino suelo.
Cinco veces se había iluminado
y apagado la esfera de la luna
después del noble rumbo haber tomado.
cuando mostróse una montaña, bruna
por la distancia; y se elevaba tanto
que tan alta no vi jamás ninguna.
Nuestra alegría se convierte en llanto,
pues de la nueva tierra un viento nace
que del leño sacude el primer canto;

con las aguas tres veces girar le hace
y a la cuarta la popa es elevada,
se hunde la proa —que a otro así le place—
y nos cubre por fin la mar airada».



CANTO XXVII

CÍRCULO VII. BOLSA VIII: MALOS CONSEJEROS

Guido de Montefeltro.

Derecha se quedó la llama, y quieta,

para no decir más, y ya partía

con la licencia del gentil poeta.

cuando otra llama que detrás venía

nos hizo que mirásemos su cima,

pues un rumor confuso producía.

Como el buey siciliano, que la prima

vez mugió con el llanto —y justo ha sido—

de quien supo labrarlo con su lima,
mugía con la voz del afligido,
de modo que aunque aquél de cobre fuera
de dolor parecía estar transido,[216]
así, no hallando vía ni tronera
al principio en el fuego, en su lenguaje
convirtió a la palabra lastimera.
Mas cuando pudo proseguir su viaje
por la punta, al vibrar le dio el acento
que le imprime la lengua a su pasaje,
y «Oh tú —escuchamos—, a quien va el acento
de mi voz y que hablabas cual lombardo
diciendo "Puedes irte" hace un momento,
porque en llegar he sido un poco tardo
no te pese pararte a hablar conmigo:
¡mira que no me pesa, a mí que ardo!
Si en este mundo ciego y enemigo
ha poco te arrojó la dulce tierra
latina, en que he ganado mi castigo,
di si Romaña se halla en paz o en guerra,
que yo fui de los montes, entre Urbino
y el horcajo que al Tíber desencierra.»
Yo me inclinaba desde el margen pino
cuando mi guía me tocó el costado
diciendo: «Háblale tú, que éste es latino».
Y yo, que la respuesta había pensado,

a hablarle empecé así sin más demora:
«Oh, espíritu que abajo está celado,
nunca Romaña estuvo, ni está ahora,
sin guerra en la intención de sus tiranos,[217]
pero ninguna, de momento, llora.
Rávena sigue so las mismas manos:
de los Polenta el águila allí anida
y con sus alas cubre a los cervianos.
La tierra a la larga prueba sometida,[218]
que hizo de francos un montón sangrante,
por verdes garras hállase oprimida;
Verrucchio, el mastín viejo, y el infante,[219]
que dieron a Montaña mal gobierno,
tornan sus dientes berbiquí punzante,
las villas del Lamone y del Santerno[220]
rige el joven león del campo blanco,
que la ley cambia de verano a invierno.
y aquella a la que el Savio baña el flanco,[221]
tal como está entre el llano y la alta sierra,
vive entre sumisión y estado franco.
Y ahora dinos a quién tu llama encierra
y no seas más duro que otro ha sido,
así tu nombre ensalcen en la tierra».
Y el fuego, entonces, tras haber crujido
a su modo, moviendo la cimera
para acá y para allá, dio un resoplido.

«Si que estoy respondiendo me creyera
a alguien que al mundo vuelve de lo hondo,
esta llama, sin más, quieta estuviera;
pero ya que jamás desde este fondo
—si oí verdad— escapa un ser humano,
sin temor a la infamia te respondo.
Tras ser guerrero, he sido franciscano,[222]
creyendo hacer enmienda así ceñido;
y el conseguirlo ya tenía a mano
si el gran preste[223] —¡que sea confundido!—
no de nuevo al pecado me volviera;
y al cómo, por qué y cuándo presta oído.
Mientras la carne y huesos que me diera
mi madre disfruté, cada obra mía
no de león, sino de zorra era.
Todos los disimulos me sabía
y a escondidas obré con tanto tino
que ya mi fama el mundo recorría.
Cuando al punto llegué de mi camino
en el que el hombre debe estar dispuesto
a atar los cables y abatir el lino,
lo que antes me gustó me fue molesto
y, ay de mí, confesé y tuve deseos
de enmendarme, en la buena senda puesto.
El señor de los nuevos fariseos,
que luchaba en los campos lateranos,[224]

con sarracenos no, ni con hebreos, 87
sino enemigo sólo de cristianos
que a la conquista de Acre nunca han ido
ni a comerciar en puertos mahometanos, 90
la potestad y el orden recibido
no respetó, ni en mí el cordón sagrado
que hace más magro a aquel que lo ha ceñido. 93
Mas, igual que Silvestre fue llamado
a curarle la lepra, allá en Sorate,[225]
por Constantino, aquél me ha reclamado 96
porque su fiebre de soberbia trate:
me pedía consejo y yo callaba,
pues hablaba lo mismo que un orate. 99
"Tu corazón no tema —así me instaba—,
te absuelvo de antemano, y dime cedo
cómo abatir a Palestrina brava. 102
Abrir los cielos y cerrarlos puedo,
como sabes: pues fueron dos las llaves
que mi predecesor no amó por miedo."[226] 105
Me hicieron fuerza las razones graves,
y viendo que callar peor sería,
"Padre —le dije—, pues lavarme sabes 108
del pecado que no he hecho todavía,
te tomarás la plaza ten por cierto
si ofreces mucho y cumples con falsía". 111
Francisco me buscó cuando hube muerto,[227]

mas uno de los negros querubines
“¡No has de hacerme —le dijo— tal entuerto!
Venirse desde abajo con los ruines,
que el fraude aconsejó deslealmente
y por eso le tengo por las crines;
no se absuelve al que bien no se arrepiente
ni se arrepiente y quiérese el pecado,
pues la contradicción no lo consiente”.
¡Ay mísero de mí!, cómo he temblado
cuando me echaba mano y me decía:
“¡Qué buen lógico soy no has barruntado!”.
A Minos me llevó, y éste ceñía
ocho veces la cola a su cadera
y, en tanto que rabioso se mordía,
dijo: “Éste es reo de la llama fiera”;
por lo que donde ves estoy perdido
y, así vestido, sigo mi carrera».
Cuando hubo sus palabras concluido,
alejóse la llama sollozando,
torciendo y retorciendo el cuerno erguido.
Yo y mi guía seguimos caminando
por la escollera hasta el vecino puente,
que salva el foso donde están pagando
los que siembran discordia entre la gente.

CANTO XXVIII

CÍRCULO VIII. BOLSA IX:
DISCORDIADORES

Mahoma, Alí, Pier da Medicina,
Curión, Mosca dei Lamberti, Bertrán de
Born.

¿Quién lograría, aun con palabras sueltas,
hablar de tanta sangre y tanta herida,
aunque diese al discurso muchas vueltas?
Toda lengua veríase impedida
por el idioma nuestro y por la mente
que entienden mal las cosas sin medida.
Aunque se reuniese cuanta gente,
tiempos atrás, en su azarosa tierra
de Apulia, de su sangre fue doliente
por los romanos y la larga guerra
que dio de anillos presa valiosa,
según escribe Livio, que no yerra,[228]
con la que el golpe recibió llorosa
porque se opuso y resistió a Guiscardo,[229]
y aquella cuya osambre ahora reposa
en Ceperano[230], donde fue bastardo
todo apulés, y aquella que vencido
vio a Tagliacozzo por el viejo Alardo[231];
y mostrase cada una el miembro herido
o cortado, serían mal remedo

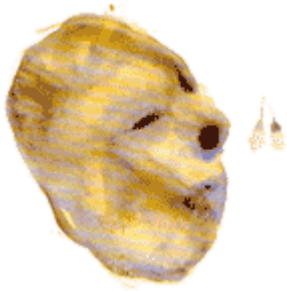
de aquel noveno foso enmugrecido.
Más deshecho a uno vi que pensar puedo
una cuba sin duelas: roto estaba
del mentón al lugar que suelta el pedo.
El mondongo hasta el suelo le colgaba:
mostraba el triste saco, y la asadura,
que lo engullido en mierda transformaba.
Mientras yo contemplaba su figura,
me miró y con las manos se abrió el pecho,
«¡Ve a Mahoma —diciendo—, cuál procura
separarse[232], y contémplale maltrecho!
Delante de mí, Alí se va llorando,
de la barbilla hasta el tupé deshecho.
Y todos los que aquí estás contemplando
de escándalo y de cisma sembradores
fueron, vivos, y hendidos van penando.
Un demonio nos hace estos primores
tan cruelmente, al tajo de la espada
remitiendo a la resma de infractores,
tras dar la vuelta a la doliente estrada;
pues antes se nos cierran las lesiones
de estar de nuevo en su presencia odiada.
Pero ¿quién eres tú, que así te pones
a fisgar desde arriba, y qeu la pena
retrasas que merecen tus acciones?».
«Ni muerto está ni culpa le condena

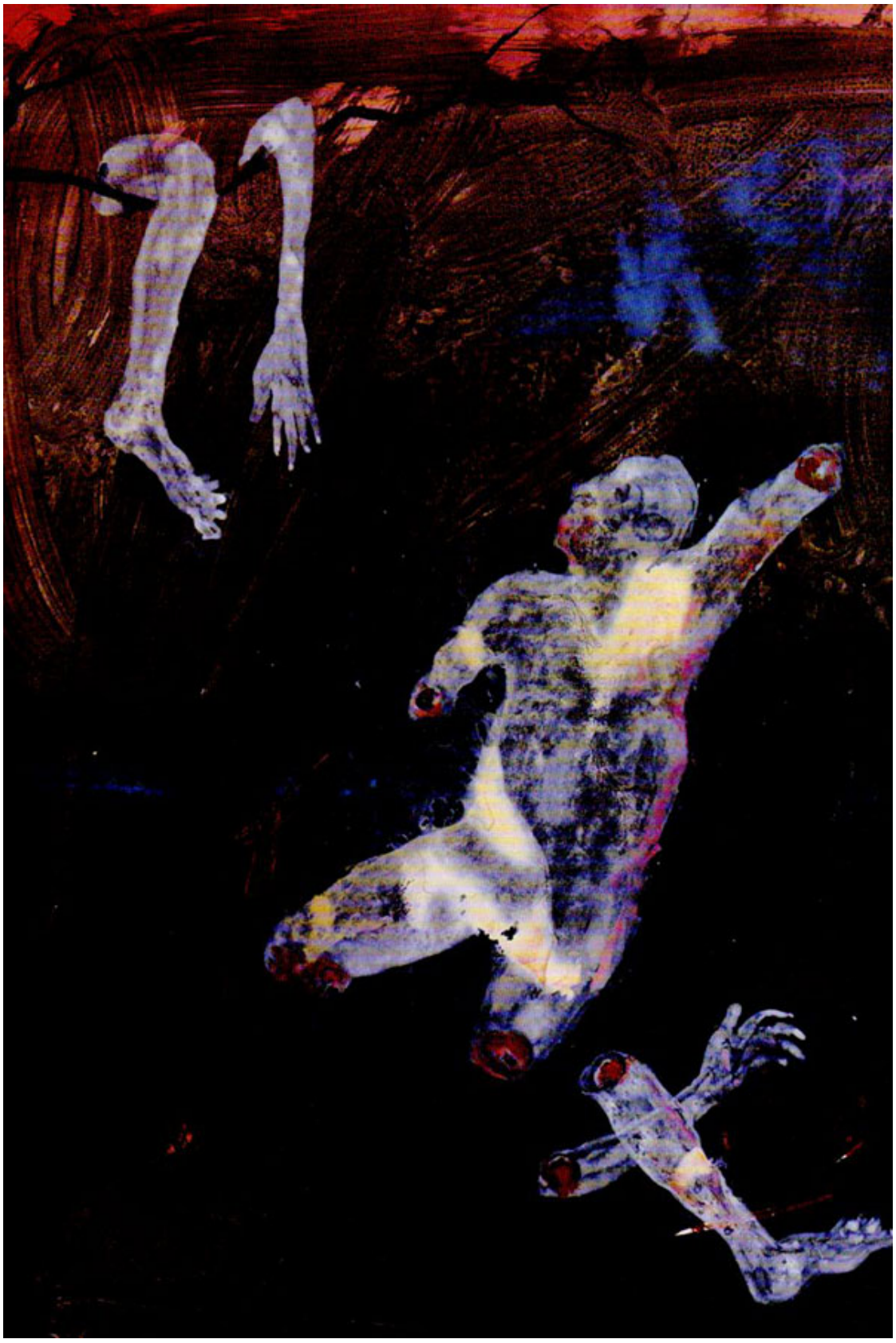
—dijo el maestro— a ser atormentado;
mas, porque tenga una experiencia plena, 48
por mí, que muerto estoy, se ve guiado
por el Orco, que así lo dispusieron:
y esto es tan cierto como que he hablado.» 51
Más de cien, al oírle, detuvieron
sus pasos en el foso por mirarme
y sus martirios al olvido dieron. 54
«Pues dile a fray Dolcín[233] que corra y se arme,
tú que quizá verás el sol en breve,
si no quiere aquí pronto acompañarme, 57
de víveres, que, urgido por la nieve,
no por el novarés[234] sea vencido;
que, si no, no ha de ser el triunfo leve.» 60
Cuando una planta había suspendido,
Mahoma así me habló; luego asentóla
en el suelo, a marcharse decidido. 63
Otro, con un boquete por la gola
y la nariz partida hasta la ceja,
en cuya testa vi una oreja sola, 66
me miraba con cara tan perpleja
como los otros, pero abrió la caña,
que por fuera mostrábase bermeja, 69
y dijo: «¡Oh tú, feliz, al que no daña
la culpa, y al que vi en tierra latina,
si el mucho parecido no me engaña, 72

acuérdate de Pier da Medicina[235],
si a ver vuelves un día el dulce llano
que de Vercelli a Marcabó declina,
y diles a los dos buenos de Fano,
a Angiolello y también a micer Guido,[236]
que, si el profetizar aquí no es vano,
su cuerpo será atado y luego hundido
desde su barco, cerca de Católica,
por traición de un tirano fementido.
Jamás estratagema tan diabólica
entre Chipre y Mallorca vio Neptuno,
no de piratas, ni de gente argólica.
Ese traidor que sólo ve con uno,
y gobierna la tierra que contento
de no poderla ver hay aquí alguno,
los llamará consigo a un parlamento
y luego hará que al viento de Focara
no le confíen ruego ni lamento».[237]
los llamará consigo a un parlamento
y luego hará que al viento de Focara
no le confíen ruego ni lamento».
Y él la barba cogió de un penitente
y abriéndole la boca me gritaba:
«Éste es ése, y su voz ya no se siente.
Éste, en destierro, el dubitar sembraba
en César, al decir que el avisado

siempre sufría daños si esperaba».
¡Qué aspecto allí tenía de aterrado,
la lengua del gaznate arrebañada,
Curión[238], que en el decir fue tan osado!
Con una y otra mano retajada,
los muñones alzando al aura fosca
y mostrando la faz ensangrentada,
uno gritó: «Te acordarás de Mosca[239],
que "Acabar lo iniciado es conveniente"
—gritó—, y el mal sembró en la raza tosca».
Y yo añadí: «Y la muerte de tu gente»;
por lo que, duelo al duelo acumulando,
se separó de allí como un demente.
Mas la fila quedéme yo mirando
y vi una cosa que me da pavura,
sin poderla probar, seguir contando;
mas mi propia conciencia me asegura,
buena amiga, del hombre alentadora
a condición de que se sienta pura.
Yo he visto, es cierto, y creo ver ahora
un busto sin cabeza que marchaba
entre los otros de la grey que llora;
la testa por los pelos sujetaba
transportándola a modo de linterna
y «¡Ay de mí!», repetía, y me miraba.
A sí mismo se hacía de lucerna

y, uno en dos, dos en uno a un tiempo era:
cómo es posible, sabe el que gobierna. *126*
Cuando ya estaba al pie de la escollera,
el brazo levantó y con él la testa,
acercando su voz de esta manera, *129*
y dijo: «Ve qué pena me molesta,
tú, que estás entre muertos respirando,
y mira si hay alguna mayor que ésta. *132*
Porque cuentes de mí te estoy hablando:
yo soy Bertrán de Born[240], el que solía
hacer mal al rey joven confortando. *135*
Yo sembré entre hijo y padre rebeldía:
que a David y Absalón más mal no ha hecho
Aquitofel[241] con su inducción impía. *138*
Pues una unión tan íntima he deshecho,
ay, separado mi cerebro porto
de su origen, que sigue en este pecho. *141*
¡Así la contrapena yo soporto!».





CANTO XXIX

CÍRCULO VIII. BOLSA IX: DISCORDIADORES

BOLSA X: FALSEADORES

Geri del Bello. Bolsa X: falseadores. Cubiertos de llagas. Griffolino d'Arezzo, Capocchio da Siena.

La mucha gente y llagas numerosas
tenían a mis luces embriagadas
y de llorar estaban deseosas;
dijo Virgilio: «¿Dó van tus miradas?
¿Por qué tu vista se pasea lenta
entre las tristes sombras destrozadas?
No fue en las otras bolsas tan atenta:
piensa, si es que contarlas crees posible,
que millas veintidós el valle cuenta.
La luna a nuestros pies es ya visible
y para ver lo que aún visto no ha sido
es ya muy poco el tiempo disponible».
«Si hubieras —sin tardar he respondido—
sabido la razón por que miraba,
quizá seguir me habrías concedido.»
Mientras se iba, y yo detrás andaba
del guía, le iba dando la respuesta,
y añadiéndole: «Creo que en la cava
donde tenía la mirada puesta

un alma de mi sangre está pagando
la culpa que allí abajo tanto cuesta».
Dijo el maestro entonces: «No amargando
estés tu pensamiento con tal duelo:
quede allá, y otra cosa ve pensando;
que yo le he visto al pie del pontezuelo
amenazarte con el dedo erguido,
y nombrarle escuché Geri del Bello[242].
Entonces te encontrabas absorbido
por el que otrora protegió a Altafuerte[243]
y no miraste allá; después, se ha ido».
«Oh guía mío, la violenta muerte
—dije—, que sin venganza sigue hoy día
por los consortes de su odiosa suerte
le vuelve desdeñoso; y él se iría
por eso sin hablarme: así lo infiero
y más le compadezco todavía.»
Fuimos hablando hasta el lugar primero
que muestra el otro hondón desde la altura,
si más luz allí hubiese, todo entero.
Cuando alcanzamos la postrer clausura
de Malasbolsas, donde ya podían
sus conversos mostrarnos la figura,
cual ballestas los ayes me embestían
con duros dardos de piedad ferrados
y a mi oído mis manos obstruían.

Cual el dolor que habría al ser juntados
de Valdiquiana[244], allí, los hospitales,
que de julio a septiembre están colmados,
y el de Maremma[245] con los sardos males,
tal era aquél; llegaban hasta arriba,
de miembros mustios, hálitos fecales.
Descendíamos ya la última riba,
hacia la izquierda, de la pétrea ristra;
mi vista se sintió entonces más viva
allí en el fondo, donde la ministra
del alto Sir, justicia sin errores,
castiga al falseador que aquí registra.
No creo que tristezas vio mayores
todo el pueblo de Egina contagiado
cuando el aire llenóse de vapores:[246]
ni el ínfimo gusano fue salvado;
cascaron todos, y la antigua gente
—los poetas lo creen y lo han contado—
de hormigas restauróse en la simiente;
que era de ver en el oscuro tajo,
en montones, tanta alma esmoreciente.
Unos de espaldas y otros bocabajo,
unos encima de otros, tal había
que se arrastraba a gatas con trabajo.
Sin hablar, paso a paso, me movía
mirando y escuchando a los postrados,

gente que levantarse no podía.
A dos vi apuntalarse, allí sentados,
como, al cocer, se apoya teja en teja,
de costras totalmente maculados;
la almohaza con tal prisa no maneja
el mozo que al señor está esperando
ni el que una guardia mal sufrida deja,
cual cada una se estaba adentellando
con las uñas, a causa del rabioso
picor, oro socorro no esperando;
con las uñas se hurgaban lo sarnoso
cual escama el cuchillo las lubinas
u otro pescado aún más escamoso.
«Oh tú que con los dedos te empecinas
—a uno de ellos le dijo mi señor—
y que a hacer de tenazas los destinas.
di si aquí algún latino es morador,
así te sean las uñas de provecho
eternamente, en su eternal labor.»
«Latino soy, y es éste, tan maltrecho
como yo —contestóle uno gimiendo—;
¿quién eres tú que tal pregunta has hecho?»
Y el guía: «Yo soy uno que desciendo
con este vivo, de uno en otro grado,
y el Infierno le vengo descubriendo».
El apoyo común quedó quebrado:

temblando, a mí cada uno se volvía,
y otros más que le habían escuchado. 99
El buen maestro a mí se dirigía,
diciendo: «Diles ahora lo que quieras».
Y yo empecé, pues él lo permitía: 102
«Así en el mundo sean duraderas
vuestras memorias; en la humana mente;
y estén vivas al sol de muchas eras, 105
decidme quiénes sois y de qué gente:
vuestra asquerosa y aflictiva pena
al punto de no hablar no os amedrente». 108
«Yo fui de Arezzo, y Álbero de Siena[247]
—uno dijo— me puso sobre el fuego,
mas esa muerte aquí no me condena. 111
Verdad es que yo dije, hablando en juego:
"Por el aire elevarme yo sabría",
y él, muy curioso y de talento lego, 114
quiso de mí aprender dicha maestría
y, al no hacerle yo un Dédalo, a la hoguera
me llevó quien por hijo le tenía. 117
Mas a la bolsa décima y postrera
me mandó por la alquimia que he ejercido
Minos, que no erraría aunque quisiera.» 120
Y yo dije al poeta: «¿Habrá existido
pueblo cual el de Siena pretencioso?
¡Ni el francés, que por tal es conocido!». 123

Y como me escuchó el otro leproso,
me respondió: «Que saques quiero a Stricca,
que en los gastos ha sido cuidadoso,[248]
y a Niccolò, que la costumbre rica
del clavo antes que nadie se ha encontrado
en el mismo terreno en que radica,
y saca a la pandilla en que ha gastado
Caccia de Ascián la viña y la gran fronda
y Abbagliato buen juicio ha demostrado.
Y porque el nombre más no se te esconda
de quien contra el sienés te está siguiendo,
mírame y que mi rostro te responda:
de Capocchio[249] a la sombra estás oyendo,
que imitó los metales con la alquimia;
ya sabes, si te estoy reconociendo,
que a natura imité como una simia».

CANTO XXIX

CÍRCULO VIII. BOLSA X:
FALSEADORES

Gianni Schicchi dei Cavalcanti, Mirra,
maese Adamo, la mujer de Putifar,
Sinón.

Cuando Juno sentíase iritada
por Semele contra el solar tebano,
según mostró de forma reiterada,
Atamante volvióse tan insano
que, a su mujer mirando, que venía
con sus hijos, cada uno de una mano,
«Cazaré a la leona con su cría,
poniendo —aulló— por su camino lazos»,
y después extendió la garra impía
y asió a Learco y diole de porrazos
contra una roca; y ella, que se aterra,
ahógase con el otro entre los brazos.[250]
Y cuando la fortuna echó por tierra
de los troyanos la bravura altiva
—que al rey y al reino destrozó la guerra—,
Hécuba triste, mísera y cautiva,
después de ver a Polixena muerta
y a Polidoro ver sobre la riba
del mar, doliente llaga sintió abierta,
e igual que un can ladró desesperada:

de tal modo el dolor la desconcierta.[251]
Mas en Tebas ni en Troya, tan airada
fue la furia jamás, ni fue tan fiera,
ni con hombres o bestias tan sobrada,
como en dos almas vi, que a la carrera
iban —desnudas, pálidas— mordiendo
cual cerdos al dejar la cochiquera.
A Capocchio una de ellas dio un tremendo
mordisco so la nuca y, arrastrando,
el vientre contra el suelo le fue hiriendo.
Y el aretino se quedó temblando
y dijo: «Gianni Schicchi[252] el loco ha sido:
que a los demás, rabioso, va atacando».
«Así el otro no te hinque —he respondido—
los dientes en la espalda, dime ahora
cuál es su nombre, antes que se haya ido.»
«Ésa es el alma antigua y pecadora
—me contestó— de Mirra[253], que la amante
pervertida del padre fuera otrora.
Su anhelo de pecar llevó adelante
con el aspecto de otra disfrazada,
como aquel que se va, su acompañante,
que por ganar la flor de la yeguada
Buoso Donati[254] se fingió, doloso,
y testó de la forma decretada.»
Cuando se hubo alejado el par rabioso,

el ojo que en los dos puesto tenía
fue de otros malnacidos cuidadoso. 48
A uno vi que un laúd parecería
al separar el resto de su forma
de donde el tronco en horca se desvía. 51
La grave hidropesía, que deforma
los miembros con humor que no convierte
y al rostro con el vientre no conforma, 54
le hacía abrir los labios de igual suerte
que el hético, que hallándose sediento
uno sube; que el otro cuelga inerte. 57
«Oh los que andáis y no sufrís tormento,
no sé por qué, en el mundo lacerado,
parad —dijo— y mirad sólo un momento 60
de maese Adamo[255] el miserable estado:
yo tuve cuanto quise, y ahora ansío
sólo una gota de agua, ¡desgraciado! 63
Los arroyos que bajan hacia el río
Arno, por las colinas verdecientes
de Casentín, y el cauce húmedo y frío, 66
no en vano en mi memoria están presentes,
pues su imagen me seca más que el triste
mal que chupa mis pómulos dolientes. 69
La rígida justicia que me asiste
toma razón del sitio en que pequé,
y el pecho a suspirar no se resiste. 72

Allí Romena está, do falseé
del Bautista[256] la liga sigilada:
y mi cuerpo quemado allí dejé.
Mas si aquí viese al alma atormentada
de Guido o de Alejandro o de su hermano,[257]
por Fuente Branda[258] no daría nada.
Uno aquí dentro está, si no habla en vano
de sombras el rebaño lastimero;
mas si impedido estoy, ¿por qué me afano?
Si siquiera estuviese tan ligero
que una pulgada en un sigilo pudiera
avanzar, ya estaría en el sendero
y entre esta gente informe le siguiera
aunque once millas esta fosa cuente
y al menos media de una a otra ladera.
Por su culpa me encuentro entre esta gente:
pues me indujeron a acuñar florines
con tres quilates de oro solamente.»
Yo le dije: «¿Quién son esos dos ruines
que cual manos mojadas en invierno
humean, de tu diestra en los confines?».
«Los encontré cuando caí al Infierno
—repuso—, y desde entonces no han bullido,
pues su quietismo creo sempiterno.
Una es la falsa que a José ha vendido;[259]
Sinón falso[260], el de Troya, el otro era,

y por la fiebre huelen a podrido.» *99*
Y uno, porque quizá se resintiera
de ser nombrado en forma denigrante
diole en la tripa una puñada fiera. *102*
Cual tambor sonó el vientre exorbitante,
y con brazo no menos esforzado
maese Adamo le cruzó el semblante, *105*
diciéndole: «Aunque me ha inmovilizado
la pesadumbre de mis miembros, mira
que el brazo suelto está para un mandado». *108*
Y el otro respondió: «Cuando a la pira
te llevaban no andaba así de presto,
mas sí haciendo florines de mentira». *111*
Y Adamo: «La verdad dices con esto;
mas en Troya no ha sido verdadero
tu testimonio, a la ciudad funesto». *114*
«Si fui falso, fue falso tu dinero
—dijo Sinón—, y aquí estoy por un fallo
y tú por más que el diablo más artero.» *117*
«¡Acuérdate, perjuro, del caballo
y duélate que es cosa divulgada
—el de la tripa dijo— y no la callo!» *120*
«Duélate a ti la lengua agrietada
—dijo el griego—, y la tripa que, aguanosa,
oculta como un seto a tu mirada.» *123*
Y el monedero, entonces: «Tu asquerosa

boca se abre también y te molesta,
que si me inflo y si la sed me acosa,
tú tienes fiebre y duélete la testa:
de Narciso el espejo lengüeteando[261]
te vieras a la mínima propuesta».
Atentamente estaba yo escuchando,
y el maestro me dijo: «¡Escucha y mira,
que contigo me estoy ya disgustando!».
Cuando oí que me hablaba con tal ira,
con tal vergüenza hacia él me fui volviendo
que todavía en mi memoria gira.
Como el que un sueño malo está teniendo,
que, soñando, soñar desearía
lo que no cree que es, y ya está siendo,
no pudiendo yo hablar, tal me ocurría,
que quería excusarme, y me excusaba
en realidad, y no me lo creía.
«Mayor culpa menor vergüenza lava
—dijo el maestro— que la que has mostrado;
y por ello de estar tan triste acaba.
Y haz cuenta de que estoy siempre a tu lado
si con gentes un día te tropiezas
que un pleito de éstos tengan entablado:
que es vil deseo oír tales torpezas.»

CANTO XXXI

POZO DE LOS GIGANTES

Encadenados: Nemrod, Efialte, Briareo,
Anteo, Ticio, Tifo.

Esa lengua, al principio mordedora,
que a mis mejillas de rubor teñía,
me dio la medicina salvadora:
así he oído que la lanza hería
de Aquiles y su padre, que igualmente
mala, al principio, y buena ofrenda hacía.[262]
Dimos la espalda a aquel valle doliente,
que cruzamos subiendo la escollera
que le rodea, silenciosamente.
Menos que día y menos que noche era;
poco me adelantaba mi mirada
y un alto cuerno oí, que a un trueno hiciera
parecer, al sonar, cosa menguada;
su ruta en contra de él iba buscando,
en un punto mi vista concentrada.
Tras una derrota dolorosa, cuando
Carlomagno perdió la santa gesta,
no sonó tan terriblemente Orlando.
A poco de volver allá la testa,
creí estar viendo muchas altas torres
y «Maestro —exclamé—, ¿qué tierra es ésta?».

Y él a mí: «Natural —ya que recorres
con la vista lo que hállase alejado—
es que la imagen que percibes borres.
Ya verás, cuando llegues a su lado,
lo que te engaña y ahora ves borroso;
debes, por ello, andar más apurado».
Mi mano tomó luego cariñoso
y «Antes —dijo— que mucho te adelantes,
no te sorprenda el hecho prodigioso,
porque torres no son, que son Gigantes,
y del ombligo abajo están hundidos
del pozo en los escollos circundantes».
Como al ser los vapores esparcidos,
cuando hay niebla, se aclara la figura
que velaban estando reunidos,
de ese modo, horadando el aura oscura,
del borde, poco a poco, me vi cerca
y huyó mi error y vino mi pavura,
pues cual Montereggion[263], con una cerca
se defiende, de torres coronada,
la margen que al profundo pozo cerca
está por medios cuerpos torreada
de Gigantes horribles; todavía
les conmina de Jove la tronada.[264]
La faz de uno de aquéllos distinguía;
de espalda, pecho y vientre una gran parte,

y los brazos caídos, le veía.
Que natura olvidara pronto el arte
de hacer tales vivientes fue obra buena,
pues tales auxiliares quitó a Marte;
y si del elefante y la ballena
no se arrepiente, visto sutilmente
su discreción excluye la condena,
que donde el argumento de la mente
se unen el mal querer y fuerza fiera
ningún reparo puede hacer la gente.
Grande su faz como la piña era
de San Pedro de Roma[265], y adecuado
cada hueso a la enorme calavera;
y, aunque por el ribazo enmandilado
de en medio a abajo, tanto se mostraba
por cima, que si hubieran alcanzado
tres frisios[266] su melena, cosa brava
fuera, pues yo veía treinta palmos
de abajo a donde el hombre el manto traba.
«Raphel maí amech zabí aalmos»,[267]
a gritar comenzó la fiera boca,
en la que no encajaban otros salmos.
Y mi guía le dijo: «¡Ánima loca,
coge el cuerno y tocándolo desfoga
la furia o la pasión que así te toca!

Búscate el cuello y hallarás la soga
con que está atado, oh ánima confusa,
y que a tu enorme pecho casi ahoga».
Después me dijo: «A sí mismo se acusa:
éste es Nemrod[268], por cuya idea insana
en el mundo un lenguaje no se usa.
Déjale, porque hablarle es cosa vana:
que, igual que nadie entiende su lenguaje,
no comprende ninguna lengua humana».
A un tiro de ballesta —nuestro viaje
nos conducía hacia el cantil siniestro—
otro hallamos mayor y más salvaje.
No sé decir el nombre del maestro
que le trabó tan bien, pero le ataba
—delante el otro, atrás el brazo diestro—
una fuerte cadena, que bajaba
del cuello, y lo que estaba descubierto
hasta con cinco vueltas rodeaba.
«Este soberbio quiso en campo abierto

contra Jove luchar —dijo mi guía—,
y este premio ganó su desacierto.
Efialte[269] es éste, que la prueba hacía
con los otros que al cielo han asustado:
ya no mueve los brazos con que hería.».
«¿Es posible —al maestro he preguntado—
de Briareo[270] ver la desmesura
y adquirir experiencia de su estado?»
«Verás de Anteo[271] —dijo— la figura:
que ha de bajarnos hasta el fondo impío,
pues habla y está libre de atadura.
El otro está muy lejos, hijo mío,
y está atado como éste y tan furioso,
salvo que tiene un rostro más bravío.»
No puede un terremoto impetuoso
sacudir a una torre de la suerte
que Efialte al removerse presuroso.
Más que nunca temí entonces la muerte,
y mi temor no más fuera bastante
si no le viera la cadena fuerte.
Hacia Anteo seguimos adelante;
y más de doce brazas hacia fuera,
sin la testa, salía aquel Gigante.
«¡Oh tú que en la comarca placentera
donde Escipión de gloria fue heredero
cuando Aníbal la espalda le volviera,[272]

mil leones cazaste, y si guerrero
hubieras sido en la sublime guerra
de los tuyos, se da por verdadero
que vencieran los hijos de la Tierra;
ponnos abajo —no te sea molesto—,
donde al Cocito la frialdad encierra.
No hagas que a Ticio o Tifo[273] pida esto,
que éste te puede dar lo que aquí se ama;
inclínate y no tuerzas más el gesto.
Aún en el mundo puede darte fama,
que vive y aún espera larga vida,
si la Gracia a su lado no le llama.»
Así dijo el maestro, y en seguida
tendió la mano, y agarró a mi guía,
con la que a Hércules diera la embestida.[274]
Virgilio, que cogido se sentía,
«Ven acá, que te coja», me ha llamado;
y un haz su cuerpo con el mío hacía.
Como el que a Garisenda[275] ha contemplado,
por do se inclina, al tiempo que pasaba
una nube, y que cae se ha figurado,
tal parecióme Anteo, pues estaba
mirándole inclinarse, y en tal hora
un camino distinto deseaba.
Suavemente, en el foso que devora
a Lucifer y Judas nos posó;

y, enderezado luego sin demora,
cual mástil de una nave se elevó.

CANTO XXXII

CÍRCULO IX. TRAIDORES. CAÍNA. ANTENORA

Lago helado. Caína: traidores a los familiares, Alejandro y Napoleón degli Alberti, Mordrec, Focaccia, Sassolo Mascheroni, Camicion dei Pazzi. Antenora: traidores a la patria. Bocca degli Abati, Buoso di Dovera, Tesauro dei Beccaria, Gianni dei Soldanieri, Ganelón, Tebaldello dei Zambrasi.

Si yo tuviese rimas berroqueñas
y ásperas, cual merece el triste huraco
que es apoyo del resto de las peñas,
más jugo sacaría del que saco
a mi concepto; y, dada mi pobreza,
no sin sentir temor el tema ataco;
que no se ha de tomar con ligereza
el fondo describir el universo,
ni es de lengua que «papa» y «mama» reza:
mas aquéllas ayuden a mi verso
con las que Anfión a Tebas erigiera,[276]
y del hecho el decir no sea diverso.
¡Plebe que para mal creada fuera,
que estás donde decir resulta duro,
cabras u ovejas ser más os valiera!
Cuando estuvimos en el pozo oscuro,
de los pies del Gigante ya alejados,

y yo miraba aún el alto muro,
oí decirme: «Sean mesurados
tus pasos, y tu planta no quebrante
las testas de estos míseros cuitados»;
por lo que me volví y hallé delante
y a mis plantas un lago, cuyo hielo
tenía de vidrio, y no de agua, el semblante.
No hace a su cauce tan espeso velo,
en invierno, el Danubio en Osterlic[277]
ni, allá, el Tanais[278] bajo su frío cielo,
como el de allí: si el monte Tambernic[279]
cayera encima de él, o Pietra Apuana[280],
no habría, con el golpe de hacer *cric*.
Lo mismo que croando está la rana
con el hocico al aire, cuando sueña
que se encuentra espigando la villana,
lívidos, hasta el sitio que no enseña
la vergüenza metidos, los dolientes
castañeteaban notas de cigüeña.
Hacia el hielo inclinábanse sus frentes:
con los ojos, sus tristes corazones,
y el frío confirmaban con los dientes.
Cuando en torno a mí vi tales visiones,
miré a mis pies y vi a dos tan unidos
que sus pelos mezclaban los mechones.
«Decid, los de los pechos adheridos

—dije—, ¿quién sois?», y el cuello enderezaron;
y, con los rostros frente al mío erguidos,
lágrimas de los ojos derramaron
sobre los labios, donde, congeladas
por el frío que hacía, los cerraron.
Nunca fueron dos tablas tan pegadas
con grapas; y los dos, con ira brava,
cual dos chivos se dieron topetadas.
Uno que sin orejas se encontraba
por el frío, no alzando el rostro yerto,
«¿Por qué miras así? —me preguntaba—.
Por mí será su origen descubierto:
el valle do el Bisenzo el cauce inclina
fue de los dos y de su padre, Alberto.[281]
Los hizo un vientre: toda la Caína[282]
puedes andar y no hallarás quien sea
más digno de ser puesto en gelatina;
ni aquel a quien Artur la sombra rea
y el pecho destrozó de una lanzada;[283]
ni Focaccia[284], ni el que ahora me sombrea
con la cabeza, y no distingo nada:
Sassolo Mascheroni[285] fue llamado;
si eres toscano, el comentario enfada.
Y porque el preguntar te sea excusado,
soy Camición dei Pazzi y a Carlino[286]
espero para ser justificado».

Vi mil rostros de tinte mortecino:
por eso siento horror siempre que encuentro
alguna alberca helada en mi camino. 72
Mientras nos acercábamos al centro
que a toda gravedad llama y aduna,
y temblaba del frío eterno dentro, 75
si lo quiso el destino o la fortuna
no sé, mas, entre testas paseando,
mi pie le dio con fuerza al rostro de una. 78
«¿Por qué me pisas? —me gritó llorando—,
¿por qué molestas, si venganza fiera
de Monteaperti no te estás tomando?»[287] 81
Y yo: «Maestro mío, un poco espera,
aunque me urjas después —dije a mi guía—,
que aclarar una duda aquí quisiera». 84
Se detuvo; y al otro que seguía
blasfemando, le dije: «¿Y tú quién fuiste,
que a los demás reprendes todavía?». 87
«¿Quién eres tú, que el rostro ajeno heriste
en Antenora[288] —dijo—, y si viviera
te haría comprender que te excediste?» 90
«Yo estoy vivo y quizá te conviniera
—fue mi respuesta—, si pretendes fama,
que en mi lista tu nombre yo pusiera.» 93
«¡Lo contrario deseo! —luego exclama—;
no me fastidies más y al punto vete,

que es mala tu lisonja en esta lama.» 96
Entonces le agarré por el copete
y dije: «Di tu nombre con presteza
si quieres que los pelos te respete». 99
«Aunque me peles —dijo con fiereza—,
no llegará mi nombre a tus oídos,
ni aunque mil golpes des en mi cabeza.» 102
Yo tenía sus moños bien asidos,
pues le había pelado media coca,
él, cabizbajo, daba de ladridos, 105
cuando otro le gritó: «¿Qué tienes, Bocca[289]?
¿No es bastante que suenes las quijadas,
y ladras? ¿Qué demonio te provoca?». 108
«Ahora son tus palabras excusadas,
traidor malvado —dije—, y a mi vuelta
daré de ti noticias comprobadas.» 111
«Vete —repuso—, y lo que quieras suelta;
mas si sales de aquí, que cuentes quiero
de quien tuvo la lengua tan resuelta. 114
De los franceses llora aquí el dinero:
"Yo vi —podrás decir— a aquél de Duera[290]
entre los reos fríos prisionero". 117
Si alguien de alguno más saber quisiera,
al lado tuyo está el de Beccaría[291],
al que segó Florencia la gorguera. 120
Gianni de Soldaniero[292] allí se enfría,

junto con Ganelón y Tebaldelo,[293]
que a Faenza entregó mientras dormía.»
Ya íbamos caminando por el hielo
cuando en un hoyo vi a dos ateridos,
y una testa de la otra era capelo.
Y, como los mendrugos son mordidos
con hambre, el alto al bajo le atacaba
donde nuca y cerebro están unidos.
Tideo de otro modo no mascaba
la sien de Menalipo, despechado[294]
como aquél cráneo y sesos manducaba.
«Oh tú, que bestial odio, y ensañado,
demuestras al que así te estás comiendo,
dime el porqué —le dije— de este estado,
que si de él con razón te estás doliendo,
en el mundo podré yo publicarlo,
si quiénes sois y su delito entiendo
y no se seca aquella con que parlo.»

CANTO XXXIII

CÍRCULO IX: TRAIDORES.

ANTENORA. TOLOMEA.

Ugolino della Gherardesa, Ruggieri degli Ubaldini.

Tolomea: traidores a parientes y amigos. Alberigo dei Manfredi, Branca Doria.

La boca alzó de su feroz comida
el pecador, limpióla en la melena
de la cabeza por detrás herida
y dijo: «Renovar quieres la pena
que me hace odiar desesperadamente
que, antes de hablar de ella, me enajena.
Pero si mis palabras son simiente
de infamia para el falso que me como,
lloraré y hablaré conjuntamente.
No sé quién eres tú e ignoro cómo
has bajado hasta aquí: por florentino,
cuando oigo tus palabras, yo te tomo.
Conde he sido y mi nombre era Ugolino[295],
y éste, que era arzobispo, fue Ruggiero[296]:
y escucha por qué soy tan mal vecino.
Por culpa, sí, de su consejo artero
y confiando en él, yo fui prendido
y luego muerto, e insistir no quiero;
pero lo que jamás habrás sabido

es lo cruel que fue mi dura muerte;
lo oirás, y sabrás si me ha ofendido. 21
Un tragaluz de aquella torre fuerte
a la que el nombre de Hambre yo le he dado
—que otros en ella sufrirán mi suerte— 24
por su hueco me había ya mostrado
muchas lunas, y entonces tuve un sueño
y el velo del futuro fue rasgado. 27
Éste se me mostró señor y dueño,
lobo y lobeznos en el monte ojeando
que separa al pisano del luqueño.[297] 30
Lanfranco iba delante, con Gulando
y Sismondi; con perros mal comidos[298]
y listos, les estaba caza dando. 33
Tras muy poco correr, miré rendidos
al padre y a los hijos, y creía
verlos por los colmillos malheridos. 36
Al despertar, cuando empezaba el día,
a mis hijos, tras signos tan crueles,
pedir pan entre sueños les oía. 39
Muy duro debes ser si no te dueles
pensando lo que el pecho me anunciaba;
y si es así, ¿por qué llorar tú sueles? 42
sentí cómo clavaban la salida
de la espantosa torre desde fuera:
y, por su sueño, cada cual dudaba; 45

sentí cómo clavaban la salida
de la espantosa torre desde fuera:
los miré con la lengua enmudecida. 48
Yo no lloraba, tal mi espanto era;
y, llorando, mi Anselmo preguntó:
"¿Por qué mirando estás de esa manera?". 51
Mas no lloré, y mi boca se calló
todo aquel día y se siguió callando
hasta que un nuevo sol su luz mostró. 54
Cuando un rayo de sol ya estaba entrando
en la cárcel, mi aspecto suponía
por los cuatro que estaba contemplando; 57
por el dolor, las manos me mordía;
y ellos así me hablaron, pues movido
por el hambre creyeron que lo hacía: 60
"Menos nos dolerá, padre querido,
si nos comes; de carne nos vestiste
y puedes desnudar lo que has vestido". 63
Por no apenarlos me calmaba, triste;
un día y otro mudos estuvimos.
¡Ay!, ¿por qué, cruel tierra, no te abriste? 66
Así hasta el día cuatro transcurrimos,
y a mis pies Gado se arrojó gritando:
"¡Oh padre, ayúdanos, porque morimos!". 69
Allí murió; como me estás mirando,
a los tres vi morir, uno por uno,

entre el quinto y el sexto; y delirando
y ciego ya, cuando tocaba a alguno
de los cuatro, aunque muerto, le llamaba;
después, más que el dolor pudo el ayuno».
Esto dijo, y la vista extraviaba;
en el mísero cráneo hincó los dientes
y, cual un can, los huesos atacaba.
Ay Pisa, vituperio de las gentes
del bello suelo donde el *sí* se entona,
¿por qué no te castigan diligentes?
¡Muévanse la Capraia y la Gorgona[299]
y del Arno a obstruir vayan la hoz
de modo que ahogue en ti a toda persona!
Pues, de Ugolino, si corrió la voz
de haber tus fortalezas entregado,
no debiste a los hijos ser feroz.
Su poca edad libraba de pecado
a Uguicción, nueva Tebas[300], y al Brigada
y a los dos que en el canto ya he nombrado.
Pasamos más allá, done la helada
rudamente a otra gente recubría,
y no puesta de pie, sino tumbada.
Allí el llanto llorar no consentía
porque los ojos le negaban paso
y, aumentando el dolor retrocedía,
pues las primeras lágrimas del laso

forman, cual de cristal, una visera
y llenan so las cejas todo el vaso.
Y aunque yo encallecido ya tuviera
por tanto frío todo sentimiento
e insensible del todo el rostro fuera,
me pareció que lo azotaba un viento:
«Maestro —dije—, ¿quién al aire mueve,
si aquí ningún vapor encuentra asiento?».
Y él contestó: «Te encontrarás en breve
en donde te pondrán de manifiesto
tus mismos ojos quién el soplo llueve».
Y un alma que sufría aquel molesto
tapón nos dijo: «¡Oh almas criminales,
tanto que os ha tocado el postrer puesto,
levantadme del rostro estos cristales
para que mi dolor salida tenga
antes que forme el llanto otros iguales».
«Di quién eres, si esperas que yo venga
en tu ayuda; y si miento, yo te digo
que el fondo de este hielo me contenga.»
«Yo soy —me contestó— fray Alberigo[301],
yo soy el de las frutas de mal huerto,
y el dátil aquí cambio por el higo.»
«Oh —le repuse yo—, pero ¿ya has muerto?»
«Qué es de mi cuerpo —dijo el alma rea—
allá en el mundo, no lo sé por cierto.

Esta ventaja tiene Tolomea[302],
que al alma muchas veces ha alojado
cuando Átropos[303] los dedos no menea.
Y para que me arranques de buen grado
las lágrimas vidriadas de la cara,
sabe que cuando el alma ha traicionado,
como hice yo, del cuerpo la separa
un demonio, que luego lo gobierna
hasta que el curso de su vida para.
Ella viene a caer a esta cisterna,
quizás arriba el cuerpo se esté viendo
de la sombra que aquí detrás inverna.
Que sabes de él, pues caes ahora, entiendo,
que es Branca Doria[304], y ya pasaron años
desde que aquí detrás está yaciendo.»
Yo respondí: «No creo tus engaños,
que Branca Doria vive todavía
y come y bebe y duerme y viste paños».
Y él dijo: «Miguel Zanque no se había
en el pozo de pez hirviente hundido
y aún a los Malasgarras no temía,
Y ya estaba su cuerpo poseído
por un diablo, y también el del insano
deudo[305] que a su traición estaba unido.
Mas ya debes tender a mí la mano
y abrir mis ojos». Pero no hice nada,

porque fue cortesía ser villano.
¡Oh genoveses, gente depravada
por vicios mil, y a la virtud extraña,
¿por qué no eres del mundo desterrada?!
Con la sombra peor de la Romaña[306]
a uno vuestro he encontrado en lo profundo,
cuya alma en el Cocito ya se baña
mientras su cuerpo vive en este mundo.

CANTO XXXIV

CÍRCULO IX: TRAIDORES. JUDEA

SALIDA DEL INFIERNO.

Lucifer, Judas, Bruto y Casio. Salida del Infierno.

«*Vexilla regis prodeunt*[307] del Abismo
hacia nosotros, mas delante mira
—dijo el maestro— y los verás tú mismo.»
Como —si espesa niebla se respira
o si en nuestro hemisferio ya anochece—
lejos se ve un molino mientras gira,
ver lejos una torre me parece;
el viento me echa atrás, y abrigo pido
a mi guía, porque otro no se ofrece.
Ya estábamos —con miedo canto y mido—
donde se ven las sombras anegadas
cual paja que en el vidrio se ha metido:
unas yacen y están otras paradas;
tienen la testa o bien los pies delante,
o los pies en los rostros, arqueadas.
Cuando tanto pasamos adelante
que mi maestro tuvo a bien mostrarme
al que tuvo una vez bello semblante,
se detuvo ante mí, me hizo pararme
y dijo: «Mira a Dite[308]; es el momento

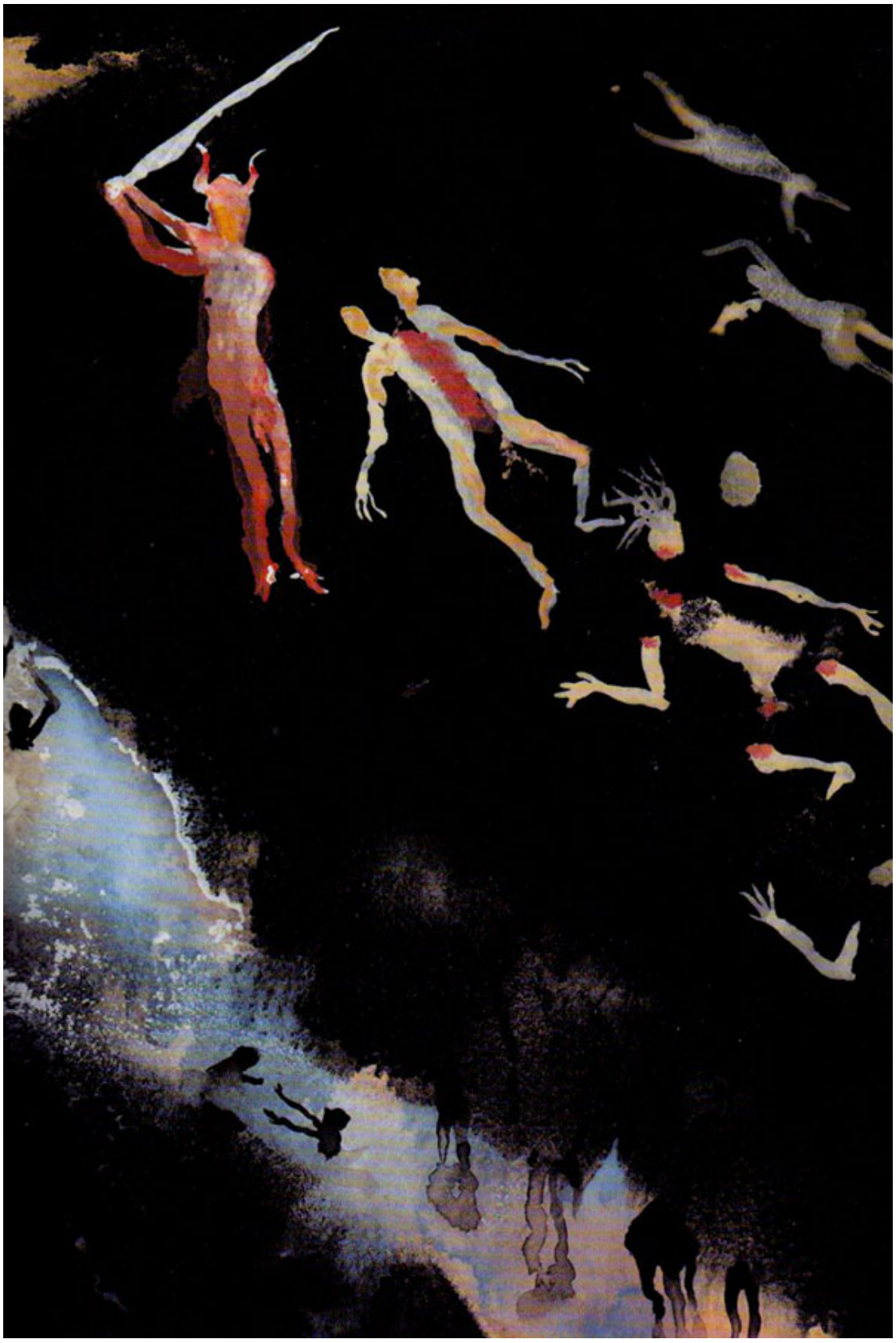
de que tu alma de valor se arme».
Cuál me quedé de frío y sin aliento,
no preguntes, lector, ni yo lo escribo
ni lo puede expresar ningún acento.
No me moría ni seguía vivo:
piensa por ti, si es que eres ingenioso,
cuál fui para ambas cosas negativo.
El césar del imperio doloroso
de medio cuerpo arriba se mostraba;
y más me comparaba yo a un coloso
que un gigante a sus brazos comparaba:
calcula cómo el todo ser debía
que con tamaña parte concordaba.
Si fue bello cual feo se veía
y contra su hacedor alzó la ceja,
sin duda es él quien todo luto cría.
Allí mi mente se quedó perpleja,
pues tenía tres caras en la testa.
Una delante, y ésa era bermeja;
las otras dos uníanse con ésta
por cima de una y otra paletilla
y se juntaban en la misma cresta:
la diestra era entre blanca y amarilla;
la siniestra, del tinte que declara
el que del Nilo se tostó a la orilla.
Dos alas grandes bajo cada cara,

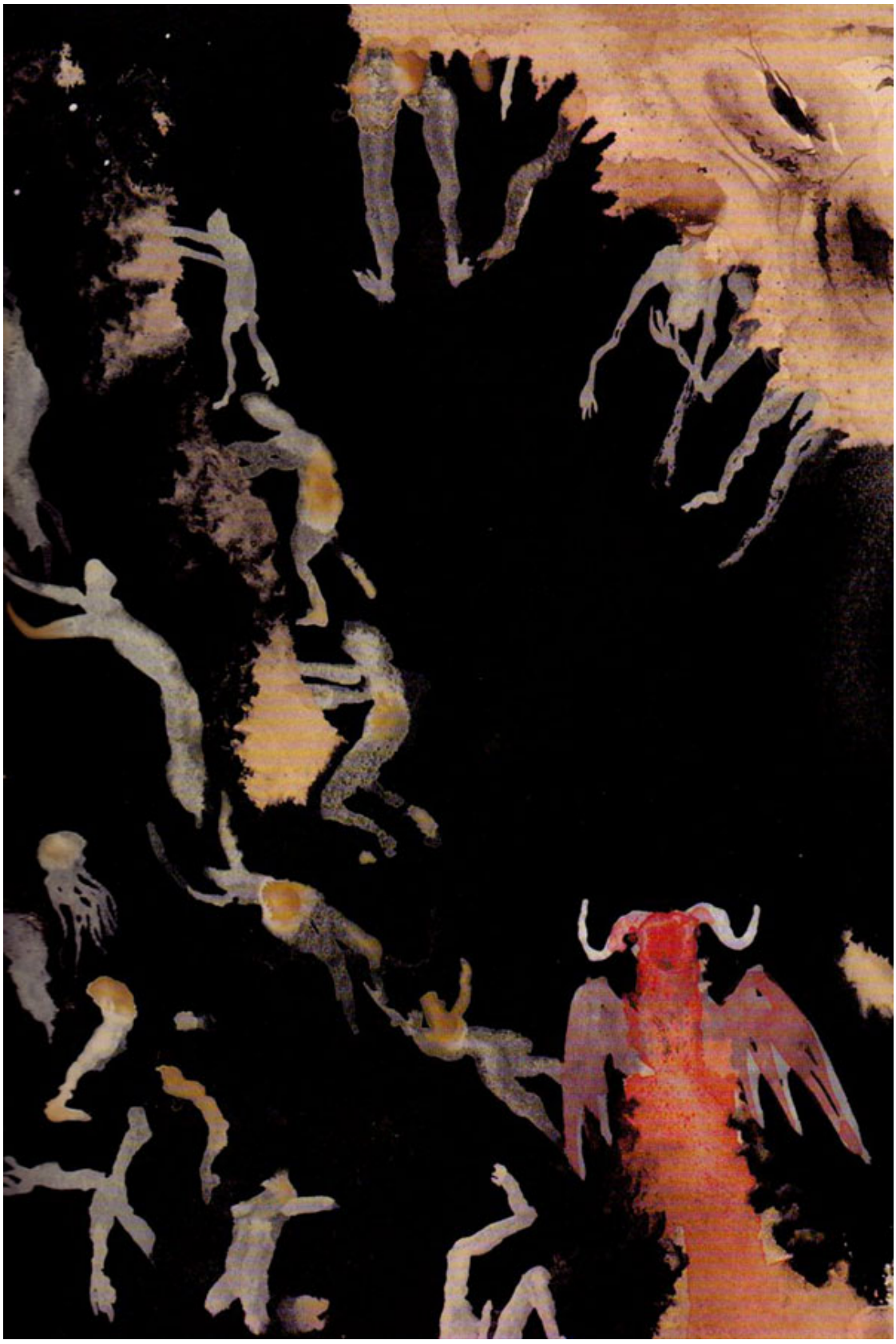
que a pájaro tamaño convenían
—tales velas jamás un barco izara—, 48
de murciélago eran; carecían
de plumas, y a la vez aleteaban
de modo que tres vientos producían 51
que el agua del Cocito congelaban;
de seis ojos sus lágrimas brotando,
con su sangrienta baba se mezclaban. 54
Con cada boca estaba triturando
a un pecador, como una agramadera,
a los tres de igual forma castigando. 57
Mas para el de delante nada era
el morder, con la espalda comparado,
que estaba desgarrada toda entera. 60
«A éste la mayor pena le ha tocado:
es Judas Iscariote, cuya testa
está en la boca, y patalea airado; 63
hacia abajo esos dos la tienen puesta
—dijo el guía—; el del rostro renegrido
es Bruto, que el dolor no manifiesta; 66
Casio el tercero es, alto y fornido.[309]
Mas ya la noche llega, y el instante
de marcharnos, que todo visto ha sido.» 69

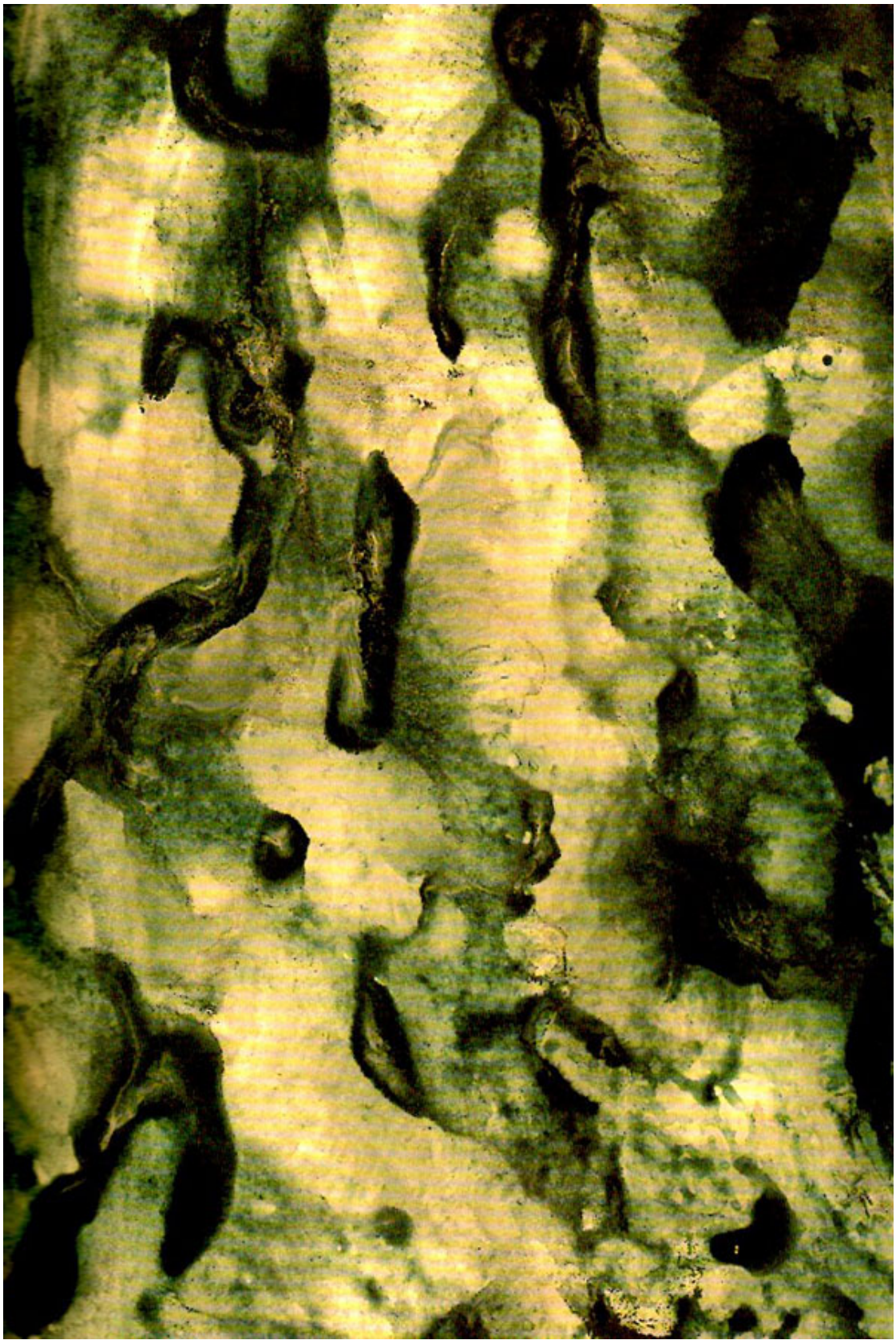
Yo me abracé a su cuello y, vigilante,
el momento escogió que convenía
y, cuando abrió las alas lo bastante,
al flanco hirsuto se agarró mi guía:
de vello en vello descendiendo fuimos
entre las cerdas y la costa fría.
Cuando al lado del muslo al fin nos vimos,
donde se ensancha y forma la cadera,
cansados y angustiados nos sentimos:
volvió la testa hacia la garra fiera
el maestro, y le vi cómo trepaba
igual que si al Infierno se volviera.
«Cógete bien —me dijo, y jadeaba—;
por esta escala abandonar espero
tanto mal», y cansado se mostraba.
Alcanzó de una roca el agujero
y con cuidado me sentó en su riba;
luego llevó a mi lado el pie ligero.
Los ojos levanté pensando que iba
a ver a Dite cual le había dejado

pero me lo encontré patas arriba;
si entonces me quedé desconcertado
calcule el ignorante y aquel que
no entiende por qué punto había pasado.
«Levanta —dijo el guía— y ponte en pie:
la vía es larga y áspero el camino
y el sol en media tercia ya se ve[310].»
No era, en verdad, sendero palatino,
pues era aquél un natural pasaje
con suelo duro y con claror mezquino.
«Antes que de lo oscuro me desgaje,
maestro —dije cuando estaba erguido—,
sáqueme de mis dudas tu lenguaje.
¿Dónde está el hielo? ¿Y cómo está invertido?
éste? ¿Y cómo del véspero a la aurora
tan deprisa ha hecho el sol su recorrido?»
Y él me dijo: «Tú crees estar ahora
de allá del centro, donde yo me asía
al gusano que al mundo en él perfora.[311]
De allá estuviste mientras yo me hundía;
y el punto en que converge todo peso
pasaste cuando yo me revolvía;[312]
a otro hemisferio tienes ahora acceso
opuesto al que a la gran seca depara
techo[313], y en cuyo más alzado teso
estuvo el hombre que jamás pecara:

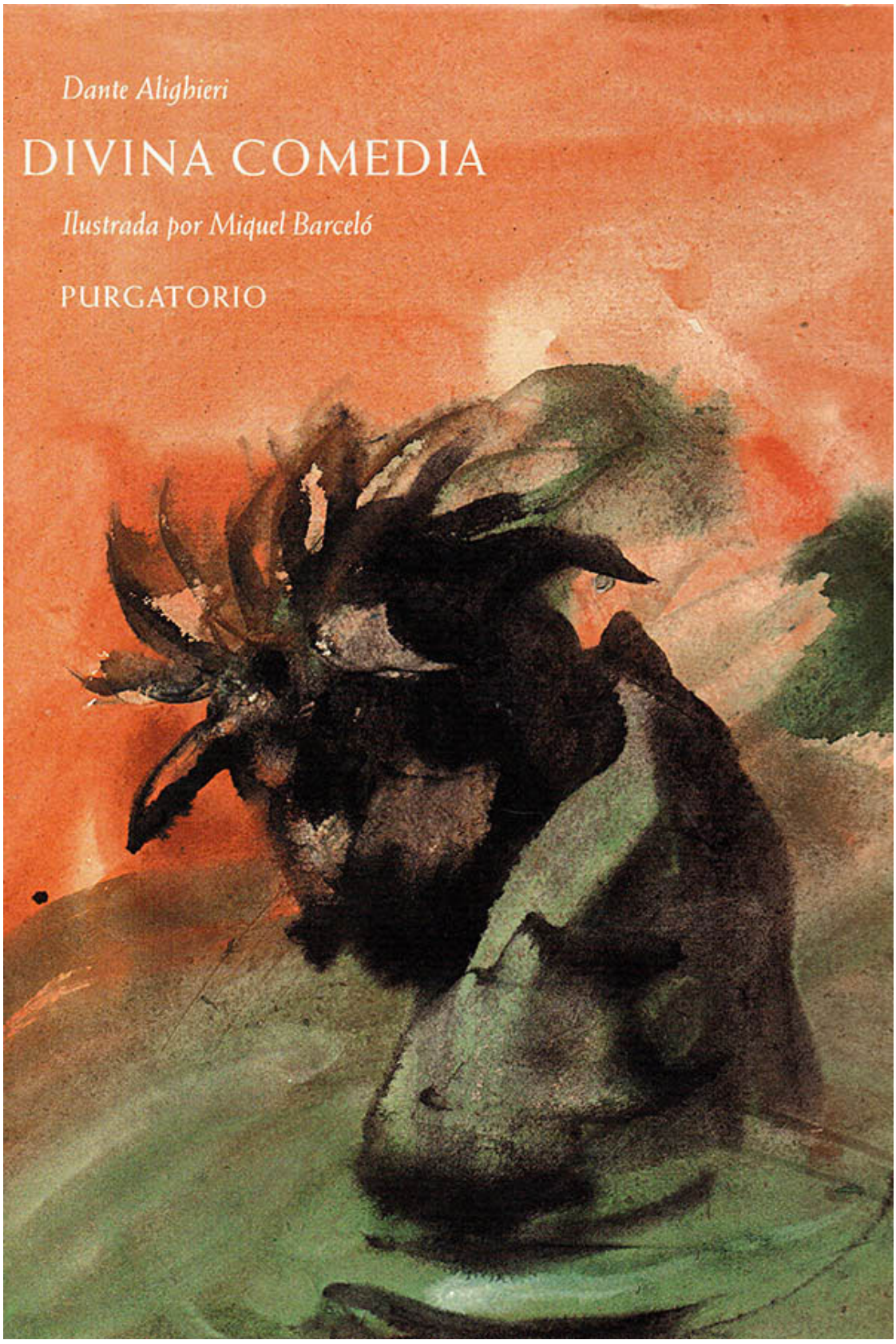
tienes los pies en la pequeña esfera
que forma la Judea en la otra cara.[314]
Allí es tarde y aquí hora mañanera,
y el que nos hizo escala de su pelo
plantado está como plantado fuera.
Por esta parte se cayó del cielo;
y las tierras que había de este lado
por miedo a él hicieron del mar velo
y al hemisferio nuestro se han pasado;
y tal vez la que acá se ve elevada,
por huir, un vacío aquí ha dejado».[315]
Una parte hay, de Belcebú alejada
tanto cuanto su cárcava[316] se extiende
que, no viendo, y sí oyendo, es denotada
por un arroyo, que hasta aquí desciende
por un hueco que en una peña ha abierto
su cauce que se vuelve, y poco pende.
Por el camino entramos encubierto
mi guía y yo, buscando el claro mundo;
y, sin querer descanso, a descubierto
subimos, él primero y yo segundo;
y entonces pude ver las cosas bellas
que el cielo da, por un hueco rotundo:
y otra vez contemplamos las estrellas.







Purgatorio


Dante Alighieri
DIVINA COMEDIA
Ilustrada por Miquel Barceló
PURGATORIO

CANTO I

PLAYA

Llegada de Dante y Virgilio. Catón.

La barca de mi ingenio, por mejores
aguas surcar, sus velas iza ahora
y deja tras de sí mar de dolores;
y cantaré a la tierra purgadora
del alma humana, que hacia el cielo es vía
de la que se hace de él merecedora.
Renazca aquí la muerta poesía,
oh santas Musas, a quien me he entregado,
y aquí Calíope[1] surja en este día,
y véase mi canto acompañado
del son que a las Urracas[2] sin ventura
el esperar perdón les ha negado.
De zafiro oriental suave tintura,
que en el sereno aspecto se albergaba
del medio, puro hasta la prima altura,
nuevo placer a mis miradas daba
desde que abandonara el aire muerto
que a mis ojos y pecho contristaba.
La estrella bella, del amor concierto,[3]
hacía sonreír todo el Oriente
al poner a los Peces a cubierto.
Me volví a la derecha y me hallé enfrente

del otro polo, y vi en él cuatro estrellas[4]
que sólo ha visto la primera gente[5].
Gozaba el cielo de sus llamas bellas:
¡oh viudo Septentrión, pues que privado
tú por siempre jamás has de estar de ellas!
Después de que las hube contemplado,
un poco me volví hacia el otro polo,
del que el Carro se había ya alejado,
y muy cerca de mí vi a un viejo solo,
y un respeto filial sentí a su vista
apenas mi mirada descubriólo.
Larga la barba, con las canas mixta,
llevaba, a su cabello semejante,
del que caía al pecho doble lista.
Daba a su faz un resplandor brillante
la luz de aquellas cuatro de la altura,
y era cual si tuviese al sol delante.
«¿Quién sois, que contra el río de agua oscura
huido habéis de la prisión eterna?
—dijo, moviendo su plumosa albura—.
¿Quién os guió, quién fue vuestra lucerna
al evadiros de la noche bruta
que oscura tiene a la infernal caverna?
¿La ley eterna en otra se permuta,
o es que ahora dicta el celestial concejo
que los precitos vengan a mi gruta?»

Asióme mi maestro, y su consejo
—con señas, manos y palabras dado—
fue que me arrodillara ante aquel viejo. *51*
Dijo después: «Por mí yo no he llegado:
que a éste ofreciese yo mi compañía
una mujer del cielo me ha rogado. *54*
Pues querrás saber más, la índole mía
y la suya diré sin más espera,
porque negarme a ti nunca podría. *57*
Éste no ha conocido su postrera
tarde, mas, de locura poseído,
en poco estuvo que por fin la viera. *60*
Tal como dije, designado he sido
para salvarle; y no hay otra vereda
que ésta, en la que con él ando metido. *63*
Toda la rea gente vista queda
y, bajo tu alcaldía, ahora pretendo
que ver las almas que se purgan pueda. *66*
Largo demás sería irte diciendo
cuál le traje, del cielo con la ayuda,
y cómo oírte y verte está queriendo. *69*
Séate grato que a tu lado acuda:
busca la libertad, para él muy cara,
que vivir por morir en otros muda. *72*
Tú lo sabes, que a ti no te amargara
en Utica la muerte, do has dejado

la veste que al final será tan clara.[6]
Por nosotros la ley no se ha cambiado,
—que éste vive, y no Minos me encadena,
pues del círculo soy donde han quedado
los castos ojos de tu Marcia[7] buena,
que aún desea ser tuya, oh pecho puro:
por su amor, a los dos no des más pena.
Tus siete reinos vea, y yo te juro
que a ella agradeceré tu cortesía,
si quieres ser nombrado tras lo oscuro».
«Tanto a mis ojos Marcia complacía
mientras yo fui de allá —fue su respuesta—
que cuanto me pidió con gusto hacía.
Mas morando ella está tras la funesta
ribera, y ya no puede conmoverme,
por la ley que al dejarla me fue impuesta.
Mas no has de lisonjear ni enaltecerme
si te encamina una mujer celeste,
pues por ella, no más, puedes moverme.
Ve, pues, y con un junco ciñe a éste
y lávale la cara de manera
que en ella suciedad ninguna reste;
pues no sería bueno que estuviera
con los ojos nublados ante el primo
ministro que del cielo descendiera.
De aquella isleta crecen al arrimo,

allí donde batiendo está la onda,
matas de juncos sobre el blando limo,
ninguna planta que criase fronda
o fuese fuerte allí tendría vida,
o que cimbreando al golpe no responda.
No volváis por aquí; vuestra partida
sea por donde el sol, que está saliendo,
al monte mostrará mejor subida.»
Luego se fue; me puse en pie, teniendo
quieta la lengua, y al maestro amado
miré a los ojos, a su encuentro yendo.
Él comenzó: «Camina tú a mi lado:
volvamos hacia atrás, que aquí declina
esta llanura al punto más menguado».
Vencía el alba a la hora matutina,
que ante ella huía, tanto que, lejano,
conocí el tremolar de la marina.
Íbamos ambos por el solo llano
como quien vuelve a la perdida estrada,
que hasta llegar creyó marchar en vano.
Cuando estuvimos donde la rociada
resiste al sol —la que caído había
en donde es lentamente evaporada—,
puso ambas manos en la hierba fría
suavemente el maestro y, advertido
del arte que ejercer en mí quería,

yo le tendí mi rostro humedecido
de lágrimas, y él puso al descubierto
el color que el Infierno había escondido.
Fuimos después al litoral desierto,
navegar cuyas aguas nunca viera
quien para retornar se siente experto.[8]
Me ciñó como al otro le pluguiera:
y, ¡oh maravilla!, apenas arrancada
la humilde planta, su lugar ya era
ocupado por otra renovada.

CANTO II

PLAYA

Llegada del ángel barquero.

Ya el sol al horizonte había llegado
del meridiano círculo que alcanza
Jerusalén donde es más elevado;
y la noche, que opuestamente avanza,
del Ganges, paso a paso, iba saliendo,
y aún llevaba en la mano la Balanza.[9]
El rostro blanco y rojo estaba viendo,
desde aquel punto, de la bella Aurora,
que la edad color de oro iba poniendo.
Cerca del mar nos sorprendió la hora
como a gente que piensa en su camino,
que, andando el alma, el cuerpo se demora.
Y, como en el preludio matutino
Marte se pone rojo en el Poniente,
por el vapor, sobre el solar marino,
así una luz venir tan raudamente
vi por el mar, que al vuelo superaba,
y que ojalá yo vea nuevamente.
Cuando de ella los ojos apartaba
queriendo preguntar algo a mi guía,
más grande la vi hacerse, y más brillaba.
Después, a cada lado aparecía

un no sé qué de blanco y, luego, un brote
de igual color de abajo le nacía.
No se movió el maestro al ver el bote
ni al ver que eran dos alas la blancura,
mas cuando vio quién era el galeote,
me gritó: «Arrodillarte aquí procura;
mira al ángel de Dios une las manos,
más ministros verás con tal figura.
Mira cómo desdeña los humanos
artificios; sin remo, es vela el vuelo
que une dos litorales tan lejanos.
Ve sus alas lanzadas hacia el cielo,
moviendo el aire con su eterna pluma,
que no se muda igual que mortal pelo».
Según llegaba, con presteza suma,
el pájaro divino relucía
con claridad que al ojo humano abruma,
y mi rostro incliné, llegado había
en un bote tan ágil y ligero
que al navegar el agua no partía.
Estaba a popa el celestial barquero
que el ser beato en sí llevaba inscrito,
cien almas conducía al varadero.
In exitu Israel de Aegypto,[10]
cantaban todas acordadamente,
y el resto que del salmo ha sido escrito.

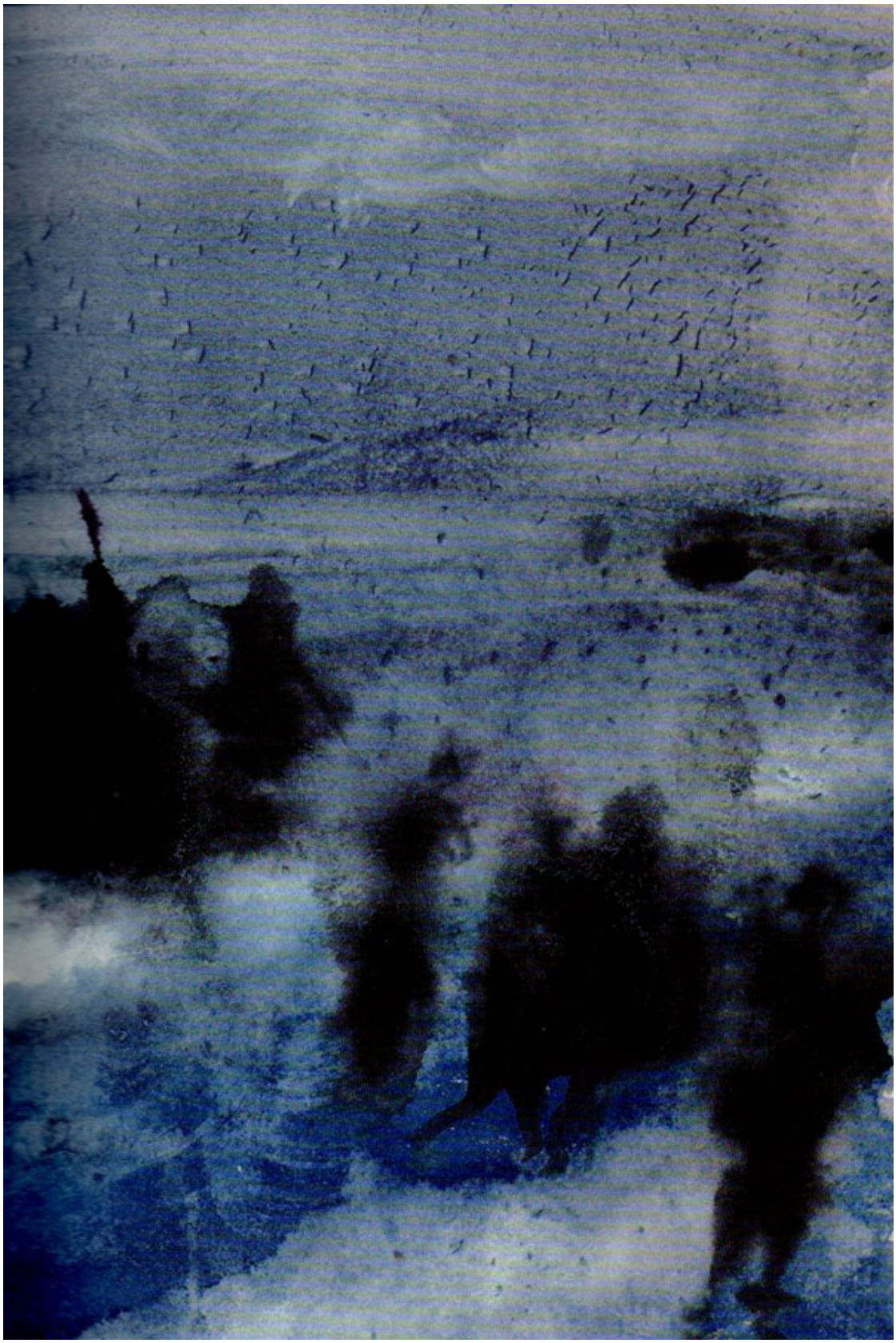
Con la cruz santa les signó la frente
y en seguida a la playa descendieron,
y él se fue, como vino, velozmente. 51
Ignaros del lugar me parecieron
los de la turba: alrededor mirando
como quien ve algo insólito estuvieron. 54
Ya estaba el sol el día disparando
por doquier, con el arco reluciente,
ya Capricornio del cénit echando,[11] 57
cuando a nosotros elevó la frente
diciendo «Si sabéis, mostrad el paso
que sube al monte» aquella nueva gente. 60
Virgilio dijo: «Nos creéis acaso
expertos del lugar, mas sabed luego
que nosotros también vamos de paso. 63
Por camino tan fuerte, áspero y ciego
llegamos hace poco, que diría
que subir el de acá parece juego». 66

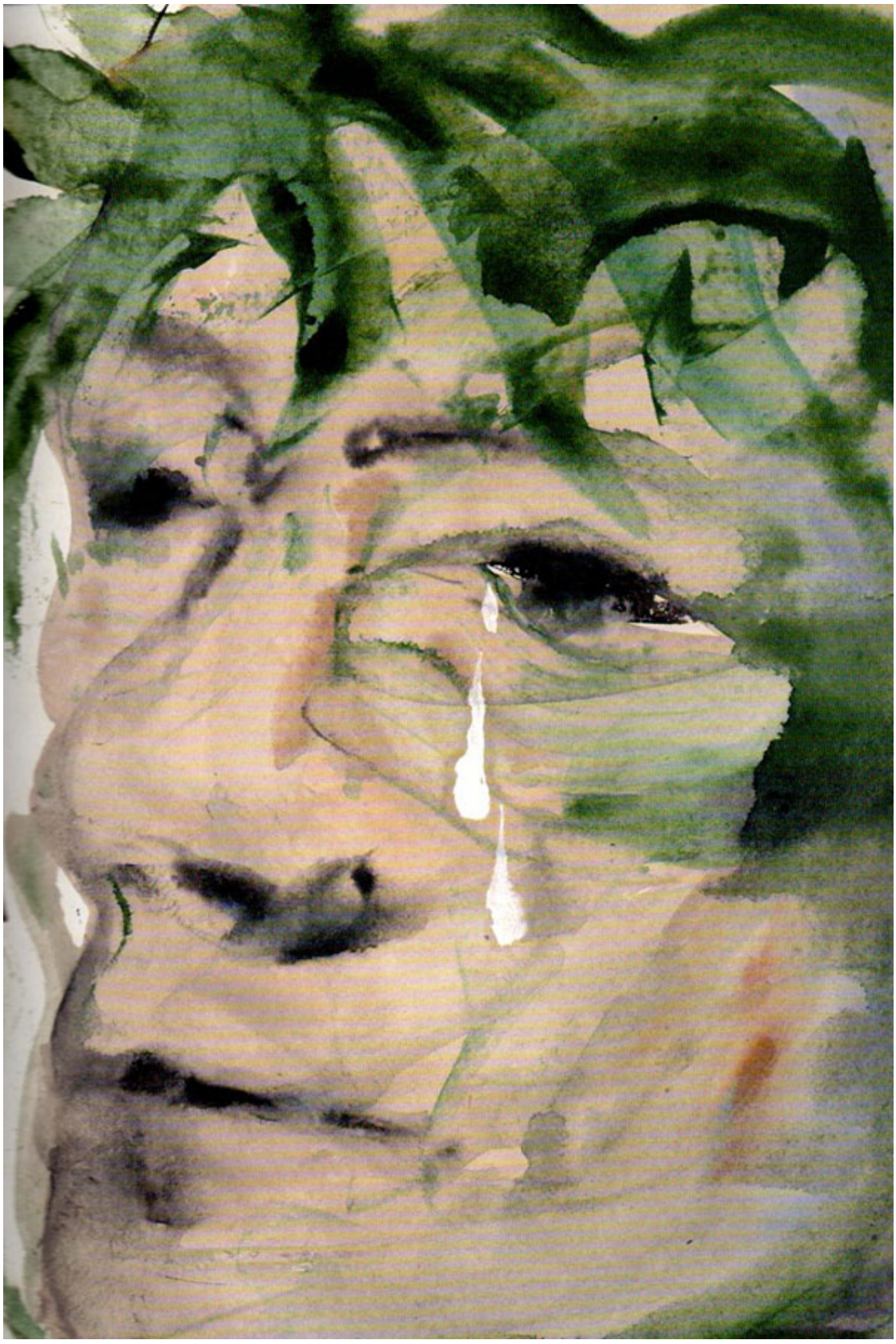
Y como aquella gente me veía
respirar, advirtió que estaba vivo

y pálida de asombro se ponía.
E igual que al nuncio portador de olivo,
por noticias saber, siguen las huellas,
sin que nadie a empellones sea esquivo,
así fue contemplado por aquellas
almas afortunadas mi semblante,
casi olvidadas ya de hacerse bellas.
A una vi que se echaba hacia delante
para abrazarme, con tan grande afecto
que me movió en sentido semejante.
¡Ay sombras vanas[12], salvo en el aspecto!
Por tres veces mis brazos la rodearon
y en mi pecho acabaron su trayecto.
Los tintes del asombro me pintaron;
la sombra sonrióse y se echó fuera
y tras ella mis pies se apresuraron.
Suavemente indicó que me tuviera:
entonces vi quién era y le pedí
que a hablarme un poco allí se detuviera.
Me respondió: «Si amor sentí por ti
en el cuerpo mortal, aún no he dejado,
suelta, de amarte, mas ¿por qué tú aquí?».
«Casella[13] mío, aquí donde he llegado
he de volver: por eso hago este viaje,
mas ¿quién —dije— tu tiempo te ha robado?»[14]
«Nadie —me respondió— me ha hecho un ultraje,[15]

si quien trae cuando quiere y a quien quiere
me ha negado otras veces el pasaje;
de un querer justo su querer infiere:
es verdad que en tres meses ha acogido
al que ha querido entrar, y sin que espere.
Y yo, que hasta la playa había ido
en donde el Tíber sus caudales sala,
benignamente fui por él cogido.
A aquella embocadura tiende el ala,
adonde va la gente que pecó
y en el río Aqueronte no hace escala.»
Y yo: «Si esta ley nueva no borró
de tu memoria el amoroso canto
que antaño mis deseos aquietó,
con él te plazca consolar un tanto
al alma mía, que, con mi persona,
viniendo aquí sufrió mucho quebranto».
El amor que en la mente me razona,[16]
comenzó él a cantar tan dulcemente
que aún, por dentro, el recuerdo me sazona.
Y mi maestro y yo y aquella gente
parecimos de pronto tan contentos
como quien nada más tiene en la mente.
Estábamos, así, todos atentos
a sus notas; mas ved al viejo honesto
gritar: «¿Qué haciendo estáis, ánimos lentos?

¡Cuán negligentes sois! ¿Posible es esto?
Corred al monte y desnudaos la tina
que os impide que Dios sea manifiesto».
Como cuando la avena, en la campiña,
a las palomas junta en la pastura,
tranquilas, sin orgullo y rebatiña,
si algo parece que les da pavura,
súbitamente dejan la comida,
pues las ataca entonces mayor cura,
así a la gente vi recién venida
dejar el canto y, en apuros puesta,
por la playa correr despavorida:
no fue nuestra partida menos presta.





CANTO III

RESALTO I. EXCOMULGADOS

Esperan en el Antepurgatorio treinta veces el tiempo que duró su excomunión. Manfredo.

Si bien aquella fuga repentina
las almas dispersó por la campaña
hacia el monte en que aflige ley divina,
yo me estreché contra mi fiel compaña:
¿y cómo yo sin él seguir podría?
¿Quién me habría subido a la montaña?
Sentir remordimiento parecía:
¡oh conciencia dignísima, oh pureza,
qué amargo un fallo chico te sabía!
Cuando cesó en sus pies la ligereza,
que a toda acción humana hace viciosa,
mi mente, que estrechaba la torpeza,
ensanchó el pensamiento, deseosa,
y contemplé aquel monte, que se alzaba
más hacia el cielo de la mar undosa.
El sol, que, rojo, tras de mí flameaba,
delante se rompió de mi figura,
puesto que en mí sus rayos apoyaba.
Yo me volví hacia un lado con pavura
de ser abandonado, cuando vi
estar sólo ante mí la tierra oscura;

y mi consuelo «¿Por qué dudas, di?
—comenzó, por completo a mí tornado—,
¿no crees que, por guiarte, sigo aquí? *24*
Véspero se halla ahora do enterrado
mi cuerpo está, que sombra proyectara:
a Nápoles de Brindis fue llevado.[17] *27*
Si mi sombra ante ti no se declara,
más no te maravilles que si un cielo
a un rayo que a otro va no hace mampara. *30*
A tormentos sufrir, calor y hielo,
a tales cuerpos la virtud dispone,
mas cómo sea cubre con un velo. *33*
Loco es aquel que a la razón supone
capaz de andar por la infinita vía
que una substancia en tres personas pone. *36*
Contentaos los humanos con el *quia*[18];
que si mirar pudieseis lo absoluto,
no era preciso el parto de María; *39*
tú mismo has visto desear sin fruto
a los que hubieran su avidez colmado,
y eternamente se les da por luto: *42*
por Platón y Aristóteles he hablado,
y muchos otros», e inclinó la frente,
y más no dijo, y se quedó turbado. *45*
Llegamos de aquel monte a la pendiente:
la roca era escarpada, y tan retuerta

que el pie se aprestaría vanamente.
La ruina más deshecha y más desierta
entre Lérici y Turbia es una escala,
al lado de ella, cómoda y abierta.
«¿Quién sabe por qué lado es menos mala
—dijo el maestro, el pie inmovilizando—
para que suba aquel que va sin ala?»
Y mientras él estaba ponderando,
con el rostro inclinado, la pendiente
y yo estaba las rocas observando,
a mano izquierda apareció una gente
que se acercaba y no lo parecía,
pues movían los pies tan lentamente.
«Alza la vista —dije—, amado guía:
ve a quien resolverá nuestro acertijo,
si tú no lo has resuelto todavía.»
Miró tranquilamente, y luego dijo:
«Vamos allá, que vienen piano piano;
y tú ten esperanza, dulce hijo».
Tras de mil pasos nuestros, tan lejano
se hallaba el grupo de almas cual pudiera
marcar de un lanzador la experta mano,
cuando las vimos irse a la ladera
del alto monte y, quietas y apretadas,
mirar como quien va, duda y espera.
«Almas electas, gentes bien finadas

—Virgilio comenzó—, por la apacible
vida a la que os conozco destinadas,
decid por dónde el monte es accesible,
que a más saber, tardar más importuna,
y queremos subirlo, si es posible.»
Como las ovejuelas, una a una,
dos a dos, tres a tres, abandonando
van el redil, y si se para alguna,
las otras con candor vanse agrupando,
bajos vista y hocico y, sin protesta,
a la primera imitan, ignorando
el porqué; vi moverse así la testa
del rebaño de gente afortunada:
púdica era su faz; su marcha, honesta.
Como, ante ellas, la luz del sol quebrada
sobre la tierra, a mi derecha, vieron,
por mi sombra en la roca proyectada,
se pararon y atrás un paso dieron,
y las que les venían a la zaga,
ignorando el porqué, lo mismo hicieron.
«Sin que ninguno la pregunta me haga,
confieso que estáis viendo un cuerpo humano
que en la tierra la luz del sol apaga.
Y no os maravilléis, porque no en vano
a domar la pared aquí ha venido,
ni sin virtud de la celeste mano.»

Así el maestro; y luego ha respondido
«Volveos y avanzad» la digna gente;
y el dorso de sus manos signo ha sido.
«Quienquier que seas, vuelve a mí la frente
—uno me habló— mientras hacemos vía,
y piensa si me has visto anteriormente.»
En su rostro fijé la vista mía:
blondo era y bello, y de talante airoso,
mas una ceja un golpe le partía.
Cuando le declaré respetuoso
no haberle visto, «Mira —dijo luego,
y una llaga mostró en el pecho hermoso—.
Yo soy Manfredo[19] —hablóme con sosiego—;
mi abuela fue Constanza[20] emperadora.
Cuando vuelvas al mundo, yo te ruego
que a mi hija bella, del honor autora
de Aragón y la sícula corona,[21]
de estas verdades hagas sabedora:
cuando yo sentí rota mi persona
por dos puntas mortales, sollozando
me volví a quien de grado nos perdona.
Fui pecador, y pecador nefando,
mas la bondad divina siempre abraza
al que a ella se dirige suspirando.
Si el pastor de Cosenza, que a mi caza
fue puesto por Clemente, visto hubiera

de este rostro, pensando en Dios, la traza,
los huesos de mi cuerpo yo tuviera
cerca del puente, al pie de Benevento,
y un majano sobre ellos guardia hiciera.
Lluvia los baña y los empuja el viento
fuera del reino, márgenes del Verde,
que él los sacó, sin cirios, de su asiento.
Mas por sus maldiciones no se pierde,
para no tornar más, el alto amor,
si aún luce la esperanza un poco verde.
Cierto es que cuando muere el pecador,
contumaz con la Iglesia, arrepentido,
de estos riscos espera en derredor
treinta veces el tiempo que ha vivido
en su arrogancia, si es que tal decreto
no es por ruego eficaz disminuido.
Si hacerme feliz puedes, sé discreto
y que me viste dile a mi Constanza,
y la espera a que me hallo aquí sujeto;
que acá, por los de allá, mucho se avanza[22]».

CANTO IV

RESALTO II: INDOLENTES

Esperan en el Antepurgatorio un tiempo
igual al de sus vidas. Indolentes.
Belacqua.

Cuando por el deleite o por el duelo
que a alguna facultad nuestra comprende
el alma pone en ella todo el celo,
a otra virtud parece que no entiende;
y esto va contra aquel error que estima
que sobre el alma un alma más se enciende.
Por eso, cuando a ver u oír se anima
algo que atrae a su alma fuertemente,
que el tiempo pasa el hombre desestima;
que una potencia entonces es la oyente
y es otra la que tiene el alma entera:
ésta se ata; va aquélla libremente.
De ello tuve experiencia verdadera oyendo
al alma aquélla y admirando;
que unos cincuenta grados ascendiera,[23]
mientras, el sol, sin yo advertirlo, cuando
las almas nos gritaron de concierto:
«¡Éste es el sitio que venís buscando!».
Muchas veces, mayor hueco cubierto
con pocas zarzas es por el villano
al negrear las uvas en su huerto,

que el hueco aquel donde tomó la mano
mi maestro al subir, por mí seguido,
después de irse aquel grupo por el llano.
Se baja a Noli, y siempre se ha subido
a Sanleo y Bismantua, hollando el suelo,[24]
mas siempre aquí volar ha convenido;
digo que con las alas del anhelo
y sus ligeras plumas, so la guía
que me alumbraba y dábame consuelo.
Entre la hendida roca hicimos vía,
estrujados por uno y otro extremo,
y pie y manos el suelo requería.
Cuando llegamos al lugar supremo
del alto muro, en sitio despejado,
dije al maestro: «¿Adónde muevo el remo?».
Y él me dijo: «Cejar te está vedado:
más altura detrás de mí conquista
hasta que surja algún guía avisado».
La cima desbordaba a nuestra vista
y era la cuesta abrupta más pendiente
que de medio cuadrante al centro lista.[25]
Yo comencé a decir, desfalleciente:
«¡Oh dulce padre, da la vuelta y mira
que me quedo aquí solo y, ay, detente!».

«Hijo —me respondió—, del cuerpo tira
hasta aquí», y me apuntaba hacia un resalto
que, en aquel lado, en torno al monte gira.
Así me espoleó para su asalto,
y detrás de él a gatas fui subiendo
hasta que al fin me encaramé a lo alto.
Nos sentamos, y allí estuvimos viendo,
vueltos hacia levante, lo ascendido,
que es grato ver lo que se va venciendo.
La vista enderecé hacia el bajo lido;
la alcé en seguida al sol; y me admiraba
de ser por él a la derecha herido.[26]
Bien advirtió el poeta que yo estaba
mirando al carro de la luz, dudoso,
que entre nosotros y Aquilón entraba.[27]
«Si acompañasen a este espejo hermoso
que ayuso y suso alumbra[28] —dijo el guía—,
Castor y Pólux, aún el luminoso[29]
y rojizo zodiaco se vería

girar más cerca de una y otra Osa,
de no salirse de su antigua vía.
Saber puedes el cómo de tal cosa
si, concentrado, piensas que Sión
con este monte sobre el mundo posa
y es común su horizonte, pero son
de hemisferios distintos, y la estrada
que carretear no supo Faetón[30]
verás que por un lado está trazada
junto a éste, y junto a aquél del otro flanco,
si es que tu inteligencia no anda errada.»
«Cierto, maestro —dije—, y no me atranco
en lo que no advertía y ya discierno,
que antes mi ingenio parecía manco:
que el medio cerco del motor superno,
que se llama Ecuador en algún arte,
entre el sol se halla siempre y el invierno,
y es la razón de que de aquí se aparte
tanto del Septentrión, cual lo vería
ir el hebreo a la caliente parte.[31]
Mas, si te place, con placer sabría
cuánto habremos de andar que el cerro asciende
más que puede subir la vista mía.»
«Que esta montaña —dijo— es tal entiende,
que siempre, al comenzar, abajo es grave,
y es menos mala si a subir se atiende.

Cuando a ti te parezca ya tan suave
que por ella tu andar sea tan ligero
como ir con la corriente en una nave, *93*

te encontrarás al fin de este sendero:
reparo a tus afanes allí espera.
Más no respondo, y esto es verdadero.» *96*
Y apenas sus palabras me dijera,
una voz sonó cerca y dijo: «Acaso
pararte antes un poco conviniera». *99*
Cada uno, al escucharla, volvió el paso,
y vimos un gran risco a la siniestra
del que antes, al pasar no hicimos caso. *102*
Allá nos fuimos, la mirada nuestra
dio en gente que a su sombra se encontraba
con la quietud que negligencia muestra. *105*
Y uno de ellos, que laso se mostraba,
escondía, sentado, la cabeza
entre sus dos rodillas, que abrazaba. *108*
«Observa, señor mío, con fijeza
—dije— al que más se muestra negligente
que si fuese su hermana la pereza.» *111*

A nosotros volvióse atentamente,
sobre los muslos la cabeza alzando,
y dijo: «¡Sube tú, que eres valiente!».
Supe entonces quién era y, jadeando
un poco, a consecuencia de la cuesta,
hacia él me encaminé, no obstante, y cuando
llegué junto a él, alzó apenas la testa,
diciendo: «¿Has visto que en su carro pasa
el sol, y a ir a tu izquierda ya se apresta?».
Sus gestos lentos y palabra lasa
la sonrisa a mis labios han llevado;
luego dije: «Belacqua[32], ya es escasa
mi compasión por ti: ¿por qué sentado
aquí te estás? ¿Esperas a tu guía
o a tus viejas costumbres has tornado?».
Y él: «Hermano, el andar ¿qué me valdría?
Pues el ángel de Dios que está a la puerta
ir al martirio no me dejaría.
Tanto, antes de que aquélla me sea abierta,
me ha de girar el cielo cuanto en vida[33]
—que al buen gemir muy tarde estuve alerta—,
si no me ayuda la oración surgida
de algún buen corazón que en gracia viva:
¿de qué vale otra, cuando no es oída?».
Y ya el poeta por delante iba
y decía: «Ven ya, que está tocando

el sol el meridiano, y en la riba
de Marruecos la noche está pisando».[34]

CANTO V

RESALTO II: MUERTOS VIOLENTAMENTE

Muertos violentamente. Iacopo del Cassero, Buonconte da Montefeltro, Pia dei Tolomei.

De las sombras me había separado,
en pos de las pisadas de mi guía,
cuando a mi espalda, el dedo levantado,
«¡Parece que a la izquierda —uno decía—
del de abajo el destello no fulgura
y va como el que vive todavía!».
Al son volví los ojos con presura,
y en mí tan sólo su mirada absorta
clavaba, y de la luz en la rotura.
Dijo el maestro entonces: «¿Por qué acorta
tu paso el embarazo de tu mente?
Lo que allí se murmura ¿qué te importa?
Déjales que hablen, y conmigo vente:
sé cual cima de torre que ante el viento
no cede, mas resiste firmemente.
Que aquel en quien retoña el pensamiento
del pensamiento, aleja de sí el signo,
que el ardor de uno vuelve al otro lento».
¿Qué decir, sino «Voy», era condigno?
Lo dije, del color rociado un tanto

que al hombre del perdón suele hacer digno.
De la costa acercábase entretanto,
oblicuamente, gente que entonaba
del *Miserere*, verso a verso, el canto.[35]
Al notar que mi cuerpo no dejaba
paso a los rayos, se tornó su cante
en un «¡Oh!» que, durando, se apagaba;
y dos de ellos corrieron adelante,
cual nuncios, y al llegar a nuestra vera,
dijeron: «Declarad vuestro talante».
Y mi maestro: «Dad otra carrera
y referid a los que os han mandado
que el cuerpo de éste es carne verdadera.
Si al contemplar su sombra se han parado,
según yo creo, baste mi respuesta:
tal vez ganen, si de ellos se ve honrado».
Ardiente exhalación[36] no vi tan presta
hendir a prima noche aire sereno,
ni de agosto las nubes, a la puesta
del sol, cual descorrieron el terreno
y volvieron con todos, cual se lanza
la tropa que al correr desdeña el freno.
«Mucha gente a nosotros se abalanza,
y algo te rogarán —dijo el poeta—,
mas, mientras vas oyéndolos, avanza.»
«Alma que viajas hacia dulce meta

llevando el cuerpo aquel con que naciste
—venían gritando—, el paso un poco aquieta.
Mira si a alguno de nosotros viste
del que puedas allá dar evidencia:
mas ¿por qué el pie a parar se te resiste?
Muertos fuimos allá con violencia
todos, y hasta última hora pecadores,
mas el cielo alumbró nuestra conciencia
y, arrepentidos y perdonadores,
en paz con Dios dejamos la otra vida
y de verle consúmennos ardores.»
«No veo —dije— cara conocida
por más que os miro; mas si acaso os place
algo que pueda yo, grey biennacida,
que a hacerlo vuestra voz luego me emplace
por la paz que buscar tras de este guía,
de un mundo en otro mundo, se me hace.»
Y uno dijo: «No jures, pues confía
cada uno en que tu voto no le engaña,
si al querer la impotencia no desvía.
Yo, que en hablar precedo a mi compaña,
te ruego, si visitas el estado
que entre el de Carlos yace y la Romana,[37]
que seas cortés en Fano[38], y adorado
sea Dios, a instancias tuyas, de manera
que de mis culpas pueda ser purgado.

De allí fui yo[39], pero la herida fiera
de que salió la sangre en que moraba
en brazos de anteriores la sufriera,
donde estar más seguro yo pensaba:
me la hizo hacer el de Éste, cuya ira
los términos legales traspasaba.
Mas si yo hubiera huido hacia la Mira[40]
cuando ya me alcanzaban en Oriago,
aún estaría donde se respira.
Corrí al pantano, mas el cieno aciago
y las cañas me hicieron caer al suelo,
donde a mis venas vi formar un lago».
Otro dijo después: «¡Que así el anhelo
se cumpla que a este monte te ha traído
como ayudes al mío con buen celo!
Bonconte soy, de Montefeltro[41] he sido:
ni Giovanna[42] ni nadie de mí cura,
por lo que entre éstos voy entristecido».
Yo le dije: «¿Qué fuerza o qué ventura
tan lejos te llevó de Campaldino,
que nadie vio jamás tu sepultura?».
«¡Oh! —respondióme—, al pie del Casentino
un agua pasa que se llama Arquiano[43]
y nace en Ermo, cabe el Apenino.
A donde su vocablo se hace vano[44]
llegué con la garganta traspasada,

huyendo a pie y ensangrentando el llano.
Allí perdí la vista, y clausurada
mi voz quedó cuando nombró a María,
y allí cayó mi sangre abandonada.
Entre los vivos di la historia mía:
me asió el ángel de Dios, y el del Infierno
"¿Por qué así me despojas?", le decía.
"De éste te apropias tú lo que es eterno
porque una lagrimilla me lo niega,
mas con lo otro me quedo y lo gobierno."
Sabes cómo en el aire se congrega
el vapor que en el agua reincide
tan pronto sube y junto al frío llega.
Se unió aquel mal querer que males pide
con su saber, vapor y aire agitando
con la virtud que en su substancia incide.
Cuando el día acabó, se fue nublando
de Pratomagno[45] al montaraz macizo,
y tanto se fue el cielo saturando
que el aire denso en agua se deshizo:
cayó la lluvia, y descendió en torrente
aquella a la que el suelo correr hizo;
y, como es al riacho conveniente,
fuese hacia el río real con tal presura
que ya nada detuvo a su corriente.
Mi cuerpo helado halló en su embocadura

el Arquiano robusto y lo arrastró
al Arno, que deshizo la figura
de cruz que con los brazos hice yo
sobre mi pecho, triste, en lo profundo
volteóme, y con su arena me cubrió.»
«Ah, cuando tú te encuentres en el mundo
y descansado de la larga vía
—siguió el tercer espíritu al segundo—,
acuérdate de mí, que yo soy Pía[46]:
me hizo Siena, deshízome Maremma;
lo sabe quien, si anillo yo tenía,
me desposó poniéndome su gema.»

CANTO VI

RESALTO II: MUERTOS VIOLENTAMENTE

Benincasa da Laterina, Guccio dei Tarlati, Federico Novello, Gano degli Scornigiani (?), Orso degli Alberti, Pier della Broccia, Sordello.

Cuando se parte el juego de los dados,
aquel que pierde aprende tristemente
repitiendo los lances ya jugados:
con el otro se va toda la gente;
cuál va delante, cuál detrás la emprende,
y cuál al lado suyo está presente;
él no se para y a uno y otro atiende;
si a uno alarga la mano, ya no aprieta,
y así de aquel gentío se defiende.
Así me hallaba entre la turba inquieta
y, volviendo hacia acá y allá la cara,
al prometer, picaba de soleta.
Tuve delante al que la muerte hallara
de Ghin de Tacco[47] por la mano impía
y al que en la cacería se anegara.[48]
Con las manos en alto allí pedía
Federigo Novello[49], y el pisano
que hizo ser fuerte al buen Marzucco[50] un día.
Vi al conde Orso[51] y al alma del toscano
que del cuerpo apartó la envidia fea,

cual me dijo, mas no un hecho villano;
Pier della Broccia[52] digo; y que provea,
mientras se encuentra aquí, la de Brabante,
porque en peor rebaño no se vea.[53]
Cuando me separé del suplicante
cortejo que rogaba que otro ruegue
para hacer que su gloria se adelante,
yo comencé: «Parece que se niegue,
oh luz mía, de acuerdo con tu texto,
que al decreto del cielo el rezo plegué;
y esta gente de aquí ruega por esto;
¿sería, entonces, su esperanza vana
o no me es su sentido manifiesto?».
Y él respondióme: «Mi escritura es llana;
y su esperanza no verán fallida,
si bien se mira con la mente sana,
que la cima del juicio no es hundida
porque cumpla el amor en un momento
la expiación por los de aquí debida;
y allí donde expresé mi pensamiento,
al defecto el rogar remedio no era,
porque había de Dios alejamiento.
Mas, de tan alta duda, mejor fuera
prescindir hasta que ella, entre tu mente
y la verdad, arder haga su cera.
Hablo de Beatriz, tenlo presente:

tú la verás al cabo de la altura
de este monte, feliz y sonriente». 48
Y yo: «Señor, andemos con presura,
que ya no me fatigo cual solía
y el monte ya proyecta sombra oscura». 51
«Hemos de andar acompañando al día
—repuso— y avanzar cuanto podamos;
que una es la cosa, y otra tu teoría. 54
Tornar verás, primero que subamos,
a aquel que ya se cubre con la cuesta,
y no quiebras sus rayos. Mas vayamos 57
a esa alma sola, que la vista puesta
tiene en nosotros, como aquel que aguarda:
ella nos mostrará la vía presta.» 60
Fuimos a ella: ¡oh ánima lombarda,
cuál te mostrabas digna y desdeñosa
y, la vista al mover, honesta y tarda! 63
Ella permanecía silenciosa,
dejándonos llegar, pero mirando
a guisa de león cuando reposa. 66
Pero Virgilio se acercó, rogando
que nos mostrase la mejor subida;
y aquélla, la respuesta demorando, 69
cuál era nuestra patria y nuestra vida
preguntó; el dulce guía comenzaba
«Mantua…», y la sombra, en sí antes recogida, 72

surgió hacia él del sitio donde estaba,
diciendo: «¡Oh mantuano, soy Sordelo[54],
de tu tierra!», y uno a otro se abrazaba.
¡Ay, sierva Italia, asilo eres del duelo,
y, en la tormenta, nave sin barquero,
y burdel, mas no reina de más suelo!
Aquel gentil mostróse tan ligero,
sólo por el son dulce de su tierra,
en ser con el paisano lisonjero;
y tus vivos, en ti, no están sin guerra,
y el uno al otro roe y acribilla
de los que una muralla y foso encierra.
Busca, mísera, en torno de la orilla
de tu mar, y después mírate el seno,
y ve si en parte alguna la paz brilla.
¿De qué valió que Justiniano el freno
te echase, si la silla está vacía?
Sin él, tu oprobio fuera más ajeno.
¡Ay gente que debieras ser más pía
y a César en la silla ver sentado,
si el deseo de Dios fuera tu guía,
mira cómo la fiera se ha enrabiado
que con la espuela nunca corregiste
desde que tú la rienda has empuñado!
¡Oh tú, Alberto alemán[55], que no quisiste
domar a la que se ha hecho cimarrona

porque su arzón con fuerza no oprimiste,
caiga sobre tu sangre y tu persona
juicio del cielo, nuevo y descubierto,
que tema aquel que herede tu corona!
Tu padre y tú sufristeis el entuerto[56]
de ver, por la codicia distraídos,
el jardín del Imperio[57] hecho desierto.
Mira, hombre sin cuidado, entristecidos
Capuleto y Montesco[58], y ver procura
Monaldi y Filippeschi, ya advertidos[59].
¡Ven y a tus nobles de sus males cura,
oh cruel, sus apuros contemplando,
y mira a Santafior[60] cómo está oscura!
Ven a ver a tu Roma, que llorando
y viuda está, que día y noche clama:
«César mío, ¿por qué me estás negando?».
¡Ven y verás cómo la gente se ama!
Y si la compasión no ha de empujarte,
ven para avergonzarte de tu fama.
Oh sumo Jove[61], ¿puedo preguntarte,
a ti, por nuestro bien crucificado,
si diriges los ojos a otra parte?
¿O es que ya nos tenías preparado
un bien en el abismo de tu mente
que a nuestra comprensión hase escapado?
Cada ciudad de Italia está bullente

de tiranos: Marcelo[62] ser intenta
todo villano que abandera gente.
Puedes, Florencia mía, estar contenta
con esta digresión que no te toca,
gracias a que tu pueblo echa su cuenta.
Tarde, el que es justo, la justicia evoca,
por no tomar el arco sin consejo,
mas tus gentes la llevan en la boca.
Muchos rehúsan ser de su concejo,
mas tu pueblo solícito responde
sin que le llamen: «¡Someter me dejo!».
Alégrate ahora tú, que tienes donde:
¡tú rica, tú con paz, tú tan juiciosa!
Si bien digo, el efecto no lo esconde.
Cuando Esparta y Atenas prestigiosa
haciendo leyes fueron tan civiles,
por bien vivir hicieron poca cosa
a tu lado, que dictas tan sutiles
leyes, que de noviembre a la quincena
no llegarán las que en octubre hiles.
¡Cuántas veces tu pueblo ley estrena
en poco tiempo, y usos y moneda,
y has cambiado tu gente por la ajena!
Y si recuerdas y visión te queda,
te verás cual la enferma, que postura
no halla en las plumas, y en la cama rueda,

pues dando vueltas piensa que se cura.

CANTO VII

RESALTO II: VALLE DE LOS PRÍNCIPES REMISOS

Príncipes remisos: Rodolfo I de Habsburgo, Otocar II de Bohemia, Felipe III de Francia, Enrique I de Navarra, Pedro III de Aragón, Carlos I de Anjou, Alfonso III de Aragón, Enrique III de Inglaterra, Guglielmo di Monferrato.

Cuando el abrazo aquél de regocijo
fue tres y cuatro veces reiterado,
dio un paso atrás Sordelo y «¿Quién sois?» dijo.
«Al monte no se habían acercado
las almas que verán a Dios un día
cuando fui por Octavio[63] sepultado.
Yo soy Virgilio. Fue la culpa mía
no tener fe; por ella perdí el cielo.»
De esta manera respondió mi guía.
Como quien cosa ve quedó Sordelo
que causa maravilla de repente
y «Es… no es…» se repite con recelo.
Luego, volvióse e inclinó la frente
y, allí donde al menor le es permitido,
un abrazo le dio modestamente.
«Gloria de los latinos, que has podido
mostrar de qué es capaz la lengua nuestra
—dijo—, honor del lugar donde he nacido,

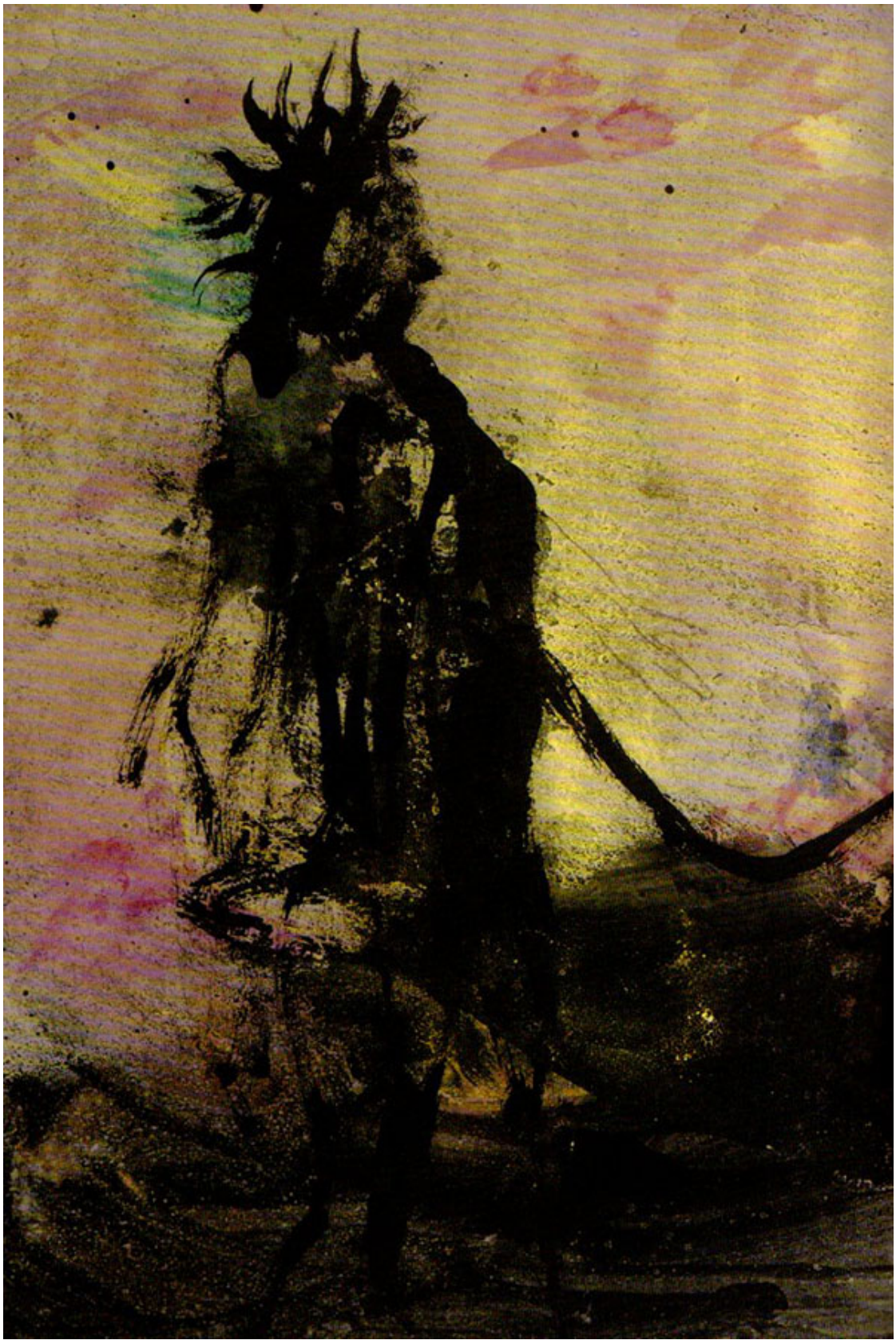
¿qué mérito o qué gracia te me muestra?
Dime si vienes —si merezco tanto—
del Infierno, y qué claustro te secuestra.» 21
«A través de los círculos del llanto
—le contestó— me vine abriendo paso:
virtud del cielo me movió entretanto. 24
No por hacer, mas por contrario caso,
el sol que ansias mi alma no merece,
pues yo lo he conocido con retraso. 27
Hay allá abajo un sitio al que entristece
lo oscuro, y no el martirio; y de lamentos
y deseos —no de ayes— se estremece. 30
Tienen conmigo allí sus aposentos
los que mordió la muerte siendo infantes
que no estaban de culpa humana exentos, 33
y aquellos que las tres santificantes
virtudes no vistieron y, sin vicio,
tuvieron y siguieron las restantes. 36
Mas danos, si es que puedes, un indicio
que nos permita andar sin más espera
del Purgatorio al verdadero inicio.» 39
«Subir y rodear esta ladera
no es cosa —dijo— que me esté vedada,
y hacer puedo de guía a vuestra vera. 42
Mas ya está declinando la jornada,
y andar de noche aquí no se consiente,

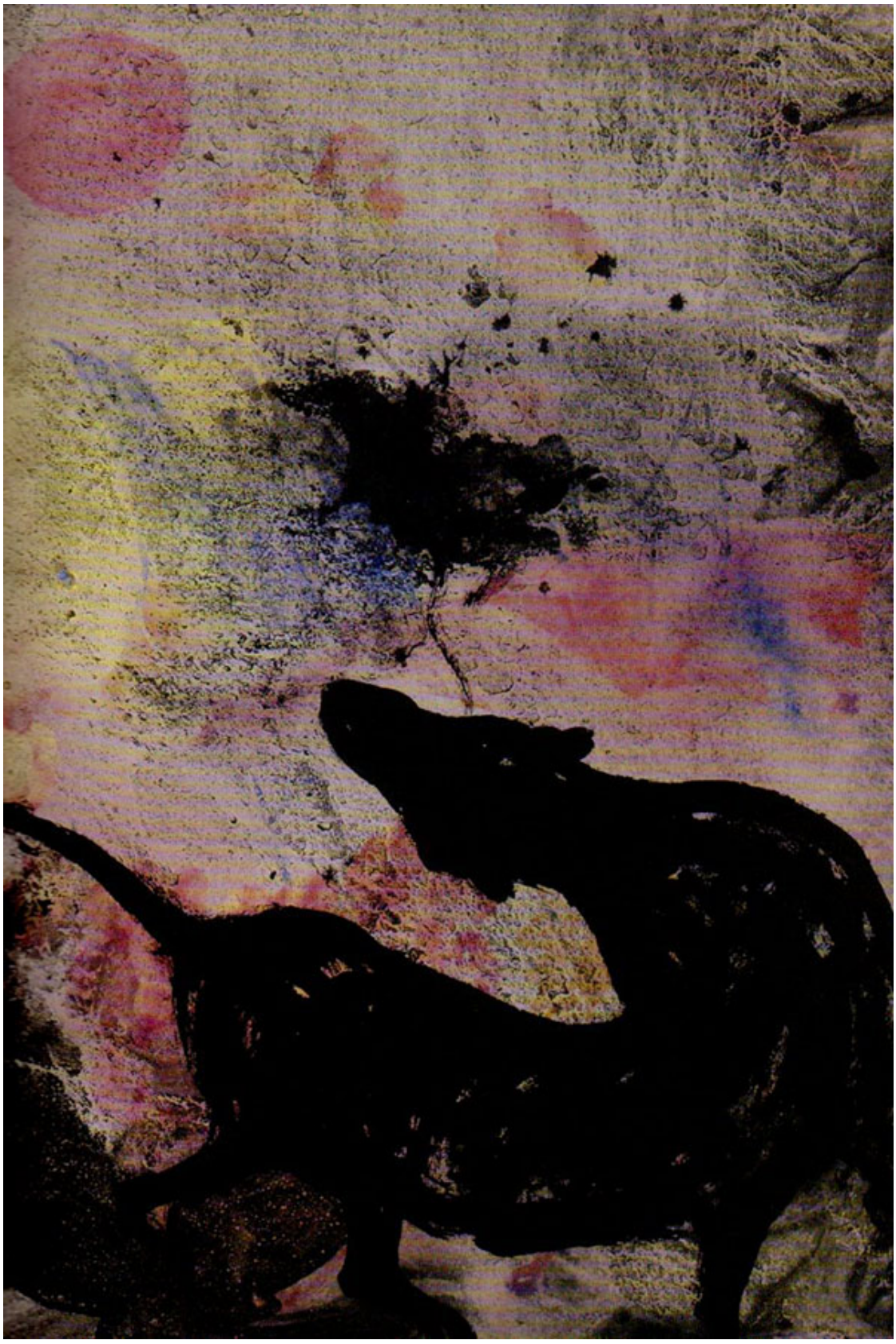
y conviene buscar buena posada. 45
Lejos, a la derecha, hay una gente
a la que conocer te agradaría
si consientes que yo te la presente.» 48
«¿Cómo es esto? —repuso—. ¿No podría
subir nadie de noche? ¿Es que estorbado
por otro, o incapaz, se sentiría?» 51
Pasó un dedo por tierra y, sosegado,
dijo Sordelo: «¿Ves? Tras de la tarde
no podrías pasar al otro lado 54
ni de esta raya. Y no es que el paso guarde
nadie, sino la misma noche oscura,
que hará que tu deseo se acobarde. 57
Mas bajar sí podrías de esta altura
y pasear la costa, en torno errando,
mientras dura del día la clausura». 60
Entonces mi señor, casi admirando.
«Llévame —dijo— allí donde provecho
decías que hallar puedo demorando». 63
Era escaso el camino entonces hecho
cuando vi estar el monte dividido,
cual lo están los de aquí, donde el repecho. 66
Dijo la sombra: «Vamos donde hundido
el terreno se ve de la costana,
y el nuevo día allí será atendido». 69

Entre la parte abrupta y la otra plana,
tortuosamente nos llevó un camino
a mitad del declive que se allana.
Oro, albayalde, grana, argento fino,
ébano puro y, tras reciente corte,
el más fresco fulgor esmeraldino,
de hierbas y de flores la cohorte
venciera en los colores de consuno,
como al de menos vence el de más porte.
No hizo a aquel cuadro la natura ayuno
de su aroma, que, suaves, mil olores,
incógnito y ambiguo, hacían uno.
Salve, Regina[64], sobre verde y flores,
a unas almas cantando ya veía,
que ocultaban del valle los alcores.
Dijo el Mantuano que camino abría;
«Antes que llegue al nido el sol poniente,
no queráis hasta allá mi compañía.
Conoceréis su rostro y continente

mejor si los miráis desde esta loma
que mezclados allí con tanta gente.
El que a altura mayor sentado asoma
y se ve que el deber jamás cumpliera,
igual que en el cantar parte no toma,
fue Rodolfo imperante[65], el que pudiera
de Italia la mortal llaga sanar,
que otro llegara tarde, si quisiera.
Quien le mira y le quiere consolar
rigió el país do nacen los caudales
que da el Moldava al Elba, y Elba al mar.
Era Otocar: mejor entre pañales
fuera que el hijo Wenceslao barbado,[66]
que ocio devora y pace bacanales.
Y el que parece allá, desnarigado[67],
oír aquel benigno con provecho,
murió huyendo, su lirio desflorado:
¡ved de qué modo se golpea el pecho!
Ved cómo a su mejilla, suspirando,
con la palma hace el otro suave lecho.
Son padre y suegro del francés nefando[68]:
bien saben de su vida miserable,
y así los está el duelo traspasando.
El membrudo que afina en lo cantable
con el de la nariz superlativa[69]
ciñó el cordón de todo lo loable;

y, de heredar su real prerrogativa
el jovencito que detrás se sienta,
bien el valor de vaso en vaso iba, 117
no son sus herederos de igual cuenta:
pues Jaime y Federico, con corona,
no guardan para sí la mejor renta. 120
Poco suele el valor de una persona
en sus ramas brotar, pues quien lo envía
que lo pidamos nunca nos perdona. 123
También va al Narigudo el habla mía,
igual que a Pedro, que a su lado canta,
por quien Pulia y Provenza llora hoy día.[70] 126
Tan inferior al germen es la planta
cuanto, más que a Beatriz y a Margarita,
aún a Constanza su marido encanta.[71] 129
Sentado solo, a contemplarle invita
el rey sencillo, Enrique de Inglaterra,
cuya rama mejor fruto suscita.[72] 132
Quien más abajo siéntase en la tierra
es Guillermo el marqués, y alza la vista:
él, con Alejandría y con su guerra, 135
a Monferrato y Canavés contrista[73]».





CANTO VIII

RESALTO II: VALLE DE LOS PRÍNCIPES REMISOS

Niño Visconti, Corvado Malaspina.

Era la hora en que el deseo oprime
al nauta que, ese día, del que quiere
se despidió, y el corazón le gime,—
y que de amor al peregrino hiere,
si el toque de la esquila oye lejano
como llorando al día que se muere,
cuando yo mi escuchar dejé a trasmano
para mirar a un alma que pedía
que las demás la oyesen, con la mano.
Ambas palmas alzaba, y las unía,
dirigiendo los ojos hacia Oriente,
cual quien «Sólo en ti pienso» a Dios confía.
Te lucis ante[74] tan devotamente
brotó en su boca, y con tan dulces notas,
que hizo que me ausentase de mi mente;
dulcemente las otras, y devotas,
la acompañaron en el himno entero,
mirando a las esferas más remotas.[75]
Inquiera, aquí, lector, lo verdadero
tu vista, porque el velo es tan sutil
que el traspasarlo te será ligero.

Vi callar al ejército gentil
y hacia arriba mirar, como esperando,
dócil, con palideces de marfil;
y vi cómo de lo alto iban bajando
dos ángeles, que espadas encendidas
y sin puntas venían empuñando.
Verdes sus vestes, cual recién nacida
hojas, el aire para atrás echaba,
por el verde plumaje sacudidas.
Dominándonos uno se posaba,
y el otro descendió en la opuesta orilla,
de modo que la gente en medio estaba.
La melena les vi —que era amarilla—,
mas en la faz la vista se perdía
como potencia que a lo más se humilla.
«Descienden del regazo de María,
para el valle guardar —dijo Sordelo—
de la sierpe que abriéndose está vía.»
No sabiendo por dónde, con recelo
en derredor miré, y en las amadas
espaldas me escudé, frío cual hielo.
«A conversar con almas tan honradas
—Sordelo habló— bajemos la ladera,
que han de sentirse, al veros, alegradas.»
Creo que unos tres pasos sólo diera,
y estaba abajo; y uno, con fijeza,

me miró cual si ya me conociera.
Fue cuando el aire a ennegrecerse empieza,
mas no tanto que, el uno al otro viendo,
no advirtiera lo oculto con presteza.
Él a mí, yo hacia él, nos fuimos yendo:
¡qué alegría me dio, gentil juez Niño[76],
ver que abajo no estabas padeciendo!
«Por las aguas lejanas, ¿el camino
—dijo tras mil saludos— cuándo hiciste
que te condujo junto al monte pino?»
«Oh —dije yo—, por el lugar más triste
de mañana llegué; primera vida
tengo, aunque la segunda así conquiste.»
Y, como mi respuesta fuera oída,
Sordelo, y él, atrás un paso diera
como gente de pronto confundida.[77]
Uno a Virgilio, y otro se volviera
a uno sedente y le gritar «¡Conrado,
mira lo que de Dios la gracia opera!».
«Por la gran gratitud —a mí tornado,
dijo— que debes al que tanto esconde
a su primer porqué, jamás violado,
cuando, allá de las ondas, te halles donde
te oiga mi Juana[78], di que por mí llame
donde a los inocentes se responde.
No creo que su madre aún me ame,

puesto que ya cambió la blanca venda[79]
que un día ha de añorar la triste infame.
Por ella fácil es que se comprenda
cuánto el fuego de amor en hembra dura
sin que ojo y tacto sin cesar lo encienda.
No ha de hacerle tan bella sepultura
del Milanés la víbora acampante
cual se la haría el gallo de Gallura.»
Así dijo, y marcado en su semblante
distinguir se podía el recto celo
que arde en un corazón suave y constante.
Mas mi vista se hallaba en aquel cielo
que, cual la rueda junto al eje, iba
de las estrellas demorando el vuelo.
Y el guía: «¿Qué contemplas allá arriba?».
Yo contesté: «Las tres vivas centellas[80]
cuyo ardor a este polo tanto aviva».
Y, entonces, él a mí: «Las cuatro estrellas
que viste esta mañana están abajo,
y éstas subieron donde estaban ellas».
Sordelo, en tanto hablaba, a sí le trajo
y «Ve a nuestro adversario», con voz queda,
dijo apuntando, y la atención atrajo.
Del sitio donde el valle abierto queda
vi una bicha; y pensaba si sería
la misma que a Eva dio comida aceda.

Entre la hierba y flor paso se abría
y, volviendo la testa, la traidora,
cual bestia que se atusa se lamía.
Yo no he visto, y decir no puedo ahora,
los azores celestes cuál se alzaron,
mas vi que ambos volaban sin demora.
Cuando sus verdes alas se agitaron,
huyó la sierpe, y ambos la bajada
con revuelos iguales iniciaron.
La sombra que acercóse al ser llamada
por nuestro juez, mientras duró el asalto
de mí no separaba la mirada.
«Así la luz que te alza hacia lo alto
halle en tu voluntad bastante cera
para llevarte al superior cobalto
—empezó—, si noticia verdadera
sabes de Val de Magra[81] o de vecina
parte, dime, que grande allí yo era.
Fui llamado Conrado Malaspina;
no el viejo soy, mas sí su descendiente:
amor que di a mi raza aquí se afina.»[82]
«Oh —dije yo—, jamás me hice presente
en vuestra tierra, mas ¿a qué paraje
ir de Europa que ignore vuestra gente?
La fama que enaltece a tal linaje
de señores y tierra es pregonada,

y es conocida sin que se haga el viaje.
Y, así me lleve arriba mi jornada,
juro que vuestra estirpe no desluce
el honor de su bolsa y de su espada.
Uso y natura su virtud produce
y, aunque al mundo desvíe el jefe odiado,
desprecia el mal y recta se conduce.»
«Ve —me dijo— que el sol no habrá buscado
siete veces el lecho que el Carnero
abarca con sus patas, y clavado
este juicio cortés y lisonjero
tú tendrás en mitad de la cabeza,
no con palabras, con mejor acero,
si el juicio en el camino no tropieza.»[83]

CANTO IX

ENTRADA AL PURGATORIO

Sueño de Dante. El ángel portero marca
siete pes *en la frente de Dante.*

La concubina de Titón añoso[84]
ya blanqueaba en el balcón de Oriente
y se alejaba de su dulce esposo;
imitaban las gemas de su frente
de aquel animal frío la figura
que con la cola herir suele a la gente;
y, donde estaba yo, la noche oscura
ya elevada dos pasos, inclinaba
las alas el tercero por la altura;[85]
cuando yo, que de Adán algo guardaba,
me recosté en la hierba, soñoliento,
en la que con los cuatro me sentaba.
En la hora en que comienza su lamento,
cuando amanece ya, la golondrina,
en memoria tal vez de su tormento,[86]
y la mente del hombre, peregrina
del cuerpo, y al pensar menos prendida,
en sus visiones es casi adivina,
un águila en mi sueño suspendida
ver creí —su plumaje era dorado—
que a descender estaba decidida;

y yo pensaba estar donde alejado
fue Ganimedes[87] de su gente un día
cuando al gran consistorio fue raptado.
«Tal vez ésta aquí hiere —me decía—
por uso, y de distinto cazadero
elevar en las garras desconfía.»
Que iniciaba en redondo el derrotero
juzgaba, y que cual rayo descendiese
y me elevase al fuego[88], prisionero.
Sentí como si en él con ella ardiese,
y tal era el incendio fabuloso
que convino que el sueño se rompiese.
No de otro modo Aquiles —su reposo
interrumpido— en torno dio un vistazo
del sitio en que se hallaba, receloso,
cuando fue, de su madre en el regazo,
desde Quirón a Esciro, adormecido,
de donde con los griegos dio el bandazo,[89]
cual me turbé, cuando se había ido
el sueño de mi cara blanquecina,
como de hombre espantado y aterido.
Sólo vi a mi consuelo y medicina,
y el sol más de dos horas alto iba
y mi rostro miraba a la marina.
Díjome mi señor: «Al miedo esquiva
y en este sitio tu alma esté segura:

no lo reprimas, tu vigor aviva.
Del Purgatorio te hallas a la altura:
mira la escarpa que lo cierra en torno,
ve la puerta donde hay una rotura.
Cuando el día ya estaba de retorno
y, en tu interior, el ánima dormía
en las flores que son del valle adorno,
llegó una dama y dijo: “Soy Lucía[90]:
dejadme que me lleve a este durmiente
y de este modo acortaré su vía”.
Quedó Sordelo con la honrada gente,
ella te alzó, y el día clareaba
cuando yo la seguí por la pendiente.
Te puso aquí, pero antes me mostraba
con su bello mirar la entrada abierta;
y al punto, con tu sueño, se alejaba».
Como aquel que, dudoso, al fin acierta
y cambia en confianza su pavura
luego que la verdad le es descubierta,
así quédeme, y por la roca dura
subió el maestro, al verme sin quebranto,
mientras yo le seguía hacia la altura.
Ya estás viendo, lector, cómo levanto
mi asunto, y no te admires si con arte
todavía mayor sostengo el canto.
Por fin nos encontramos en tal parte

que donde antes veía un rompimiento,
como una brecha en medio de un baluarte, 75
una puerta y su quicio vi al momento
y vi en sus tres peldaños tres colores
y un portero que no hizo un movimiento. 78
Con ojos más y más escrutadores,
le vi sobre el peldaño soberano
tal que no soporté sus resplandores; 81
y la espada desnuda que, en su mano,
sus rayos nos estaba enderezando
hizo que el rostro levantase en vano. 84
«Responded desde ahí: ¿qué estáis buscando?
¿Quién os escolta? —habló la célica ave—.
Mirad que no os estéis perjudicando.» 87
«Una mujer del cielo que esto sabe
—respondió mi maestro— "Ésa es la entrada"
nos dijo ha poco con mirada suave.» 90
«Y ella os haga propicia la jornada
—al punto respondió el cortés portero—;
los peldaños subid hasta la entrada.» 93
Fuimos allá, y el escalón primero
era de mármol blanco tan pulido
que espejaba mi aspecto verdadero. 96
Era el segundo azul oscurecido,
hecho de piedra seca y arenosa,
y a lo ancho y a lo largo estaba hendido; 99

y era el tercero, que en los dos reposa,
al pórfido encendido semejante,
como sangre que fluye caudalosa. 102
Los pies posaba en éste el vigilante
ángel de Dios, en el umbral sentado,
que parecía piedra de diamante. 105
Por los tres escalones, de buen grado
llevóme el guía, y dijo: «Humildemente
le deberás pedir que abra el candado». 108
Yo entonces me arrojé devotamente,
pidiéndole que abriese, ante sus pies,
y golpeando mi pecho penitente. 111

Él escribió en mi frente siete pes[91]
con el extremo de su espada, y «Lava
—dijo— estas llagas cuando dentro estés». 114
Ceniza o tierra seca que se cava
tienen igual color que su indumento;
y bajo aquél dos llaves ocultaba. 117
Una era de oro y la otra era de argento:

con la amarilla, y antes con la blanca,
abrió la puerta, y me sentí contento.
«Cuando una de estas dos llaves se atranca
y sin dificultad no da la vuelta,
esta puerta —explicó— no queda franca.
Más cara es una; pero más resuelta
pericia antes de abrir la otra requiere,
y arte más grande, porque el nudo suelta.
Diómelas Pedro; y, si he de errar, prefiere
que esté la puerta abierta, y no cerrada,
ante aquel que a mis pies postrarse viere.»
Empujó sin tardar la hoja sagrada,
diciendo: «Entrad, mas id bien advertidos
que aquí vuelve quien vuelve la mirada».
Cuando en sus goznes fueron retorcidos
los espigones del acceso santo,
que en sonoro metal están fundidos,
no tan agria sonó ni rugió tanto
Tarpeya, cuando el brusco alejamiento
del buen Metelo[92] le causó quebranto.
Mas volví al primer son mi oído atento:
y el *Te Deum laudamus*[93] parecía
ser entonado allí con dulce acento.
La imagen que formé de lo que oía
era la misma que el oído prende
cuando el órgano expande su armonía

y, a veces, las palabras no comprende.

CANTO X

CORNISA I: ORGULLOSOS

Ejemplos de humildad.

Ya el umbral traspasado de la puerta
que el mal amor del ánima desusa
porque viva hace ver la estrada muerta,
por el ruido entendí que estaba oclusa,
y si yo hubiese vuelto la mirada,
¿cómo encontrar al fallo digna excusa?
Entre piedra subíamos rajada,
que se movía hacia una y otra parte
cual ola por vaivenes zarandeada.
«Aquí conviene usar un poco de arte
—mi guía comenzó— y aproximarse,
acá y allá, según dónde se parte.»
Y esto hizo a nuestros pasos retrasarse
tanto, que al lecho se acercó primero
la recortada luna para echarse
que atrás quedara aquel desfiladero;[94]
mas, libres y en terreno descubierto,
do el monte se une a modo de terrero,
yo fatigado, y el camino incierto
para los dos, pisamos un rellano
solo como camino en el desierto.
Desde la orilla que limita el vano

al pie del alto tajo que se alzaba,
tres veces mediría un cuerpo humano.
Y hacia donde mi vista el ala alzaba,
ora al siniestro, ya del diestro lado,
igual esta cornisa se mostraba.
Nuestros pies no la habían aún pisado
cuando advertí que el circundante tajo,
que de salida hallábase privado,
era de mármol cándido; y abajo
tales relieves vi, que Policleto[95]
y natura envidiara aquel trabajo.
El ángel que bajó al mundo el decreto
de la paz tantos años suspirada,
que el cielo abrió tras prolongado veto,
tan veraz se mostraba a la mirada,
allí esculpido en compostura suave,
que no nos pareció imagen callada.
Se juraría que exclamaba «¡Ave!»;
porque representada estaba aquella
que, abriendo al alto amor, giró la llave;
y escrito estaba allí por cima de ella
Ecce ancilla Dei tan claramente
como en la cera imagen que se sella.
«No en un solo lugar pongas la mente»,
dijo el dulce mentor, que me tenía
de donde tiene el corazón la gente.

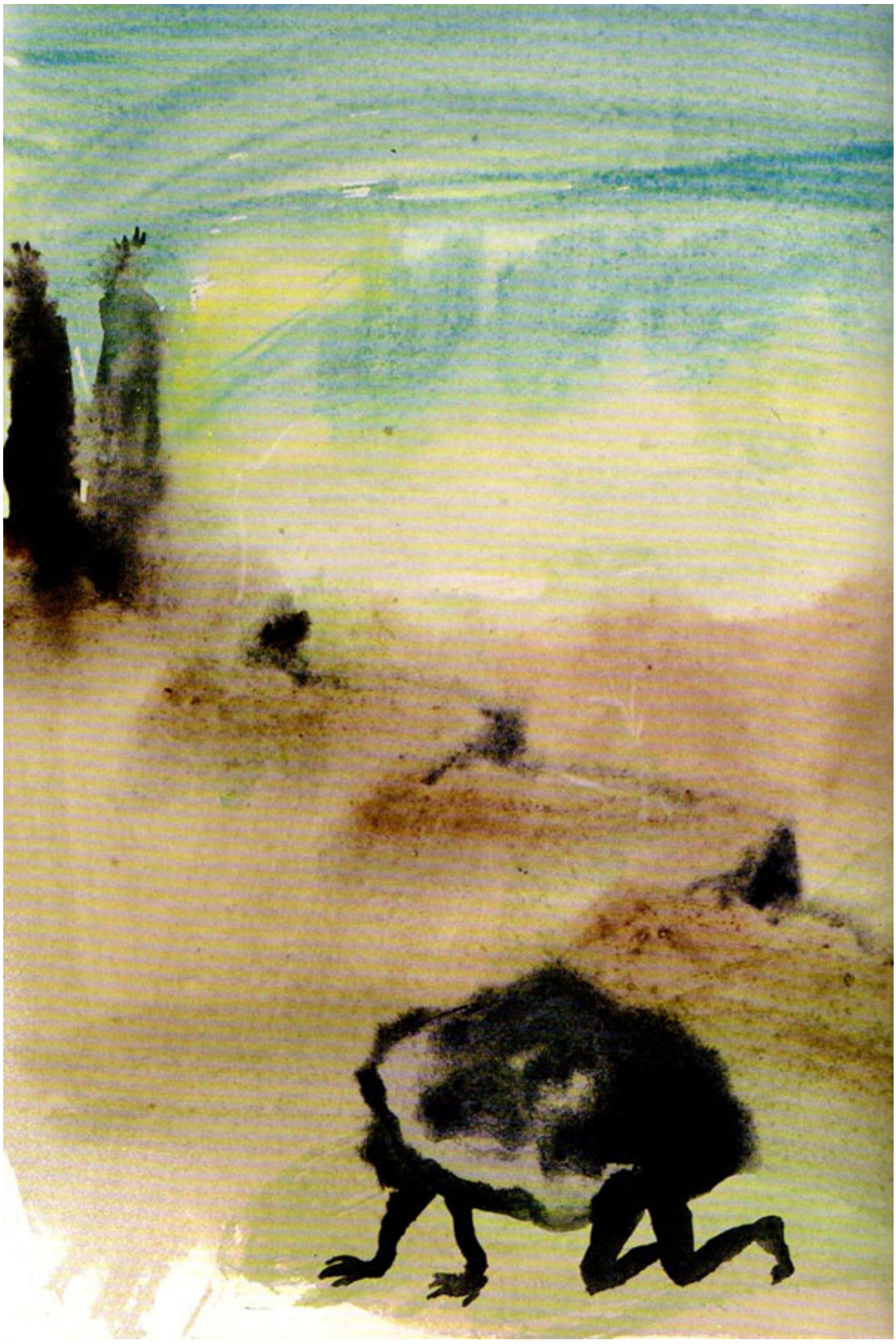
Por lo cual moví el rostro, y tras María
otra escena se me hizo manifiesta,
en donde estaba aquel que me movía, 51
que también en la roca estaba impuesta;
y entonces, a Virgilio adelantando,
la tuve ante los ojos bien dispuesta. 54
Allí el mármol estaba figurando
el carro y bueyes con el arca santa
que excederse en su oficio está vedando.[96] 57
Al frente de ella, gente se adelanta
en siete coros; dos de mis sentidos
dicen, el uno «No», y otro, «Sí canta». 60
Los humos del incienso allí fingidos
ponen a ojo y nariz en un mal paso,
entre el sí y entre el no desavenidos. 63

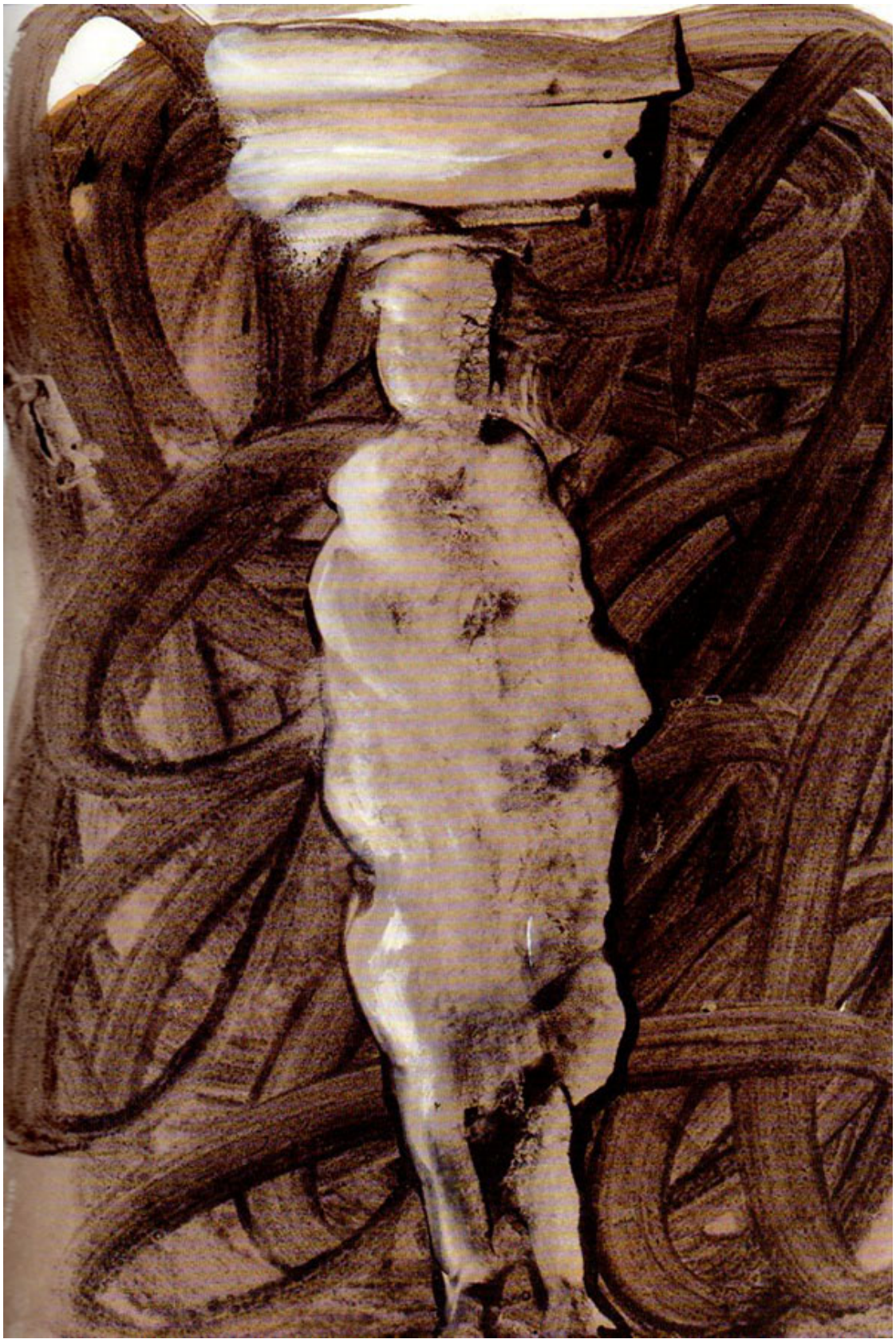
Arremangado ante el bendito vaso,
triscando humildemente iba el salmista,
más y menos que rey en aquel caso. 66

Enfrente, y asomándose a una vista
de un gran palacio, Mícol admiraba
mostrando que el despecho la contrista.[97] 69
Yo me moví del sitio en que me hallaba
para avistar de cerca nueva historia
que por detrás de Mícol blanqueaba. 72
Allí estaba historiada la alta gloria
del príncipe romano en cuyo honor
Gregorio consiguió la gran victoria;[98] 75
me refiero a Trajano emperador;
y una viudita al freno estaba asida,
de lágrimas herida y de dolor. 78
De nobles le rodeaba una partida,
y las águilas de oro, con el viento,
se movían en son de despedida. 81
Exhalar parecía su lamento
la mísera: «Señor, vengada sea
de mi hijo muerto, por quien pena siento»; 84
y él responder: «Espera a que me vea
de retorno», y aquélla: «Señor mío
—cual uno a quien el ansia le espolea— 87
¿y si no vuelves?»; y él: «El caso fío
a quien me herede»; y ella: «El bien que viene
de otro, ¿qué importa a quien se muestra impío?»; 90
y él: «Consuélate —dijo—, que conviene
que cumpla mi deber antes que vaya,

la piadosa justicia me retiene». 93
Quien no vio cosa nueva, en esta talla,
aquel visible hablar ha producido,
nuevo porque en el mundo no se halla. 96
Mientras yo contemplaba conmovido
un cuadro de humildad tan atrayente
—y por quien fue su artista[99], más querido—, 99
«He aquí que se acerca mucha gente
—dijo el guía— con tardos movimientos.
Tal vez hacia la altura nos oriente». 102
Y mis ojos, que hallábanse contentos
de aquella novedad tan deseada,
en volverse hacia él no fueron lentos. 105
Mas no quiero, lector, ver desviada
tu buena decisión por tener ciencia
de cómo a Dios la deuda es abonada. 108
No contemples cómo es la penitencia:
piensa en lo que vendrá; que, en todo caso,
terminará cuando la gran sentencia. 111
Yo comencé: «Lo que nos sale al paso
a mis ojos personas no parecen,
y no sé si mi vista falla acaso». 114
Y él me dijo: «El tormento que padecen
de tal modo hacia el suelo los inclina
que ahora es cuando sin dudas se aparecen. 117
Mas mira fijamente y examina

a aquéllos por las piedras agobiados:
ve cómo cada cual se disciplina».
¡Oh soberbios cristianos, desgraciados,
que, enfermos de la vista de la mente,
confiáis en los pasos atrás dados,
¿no veis que somos larvas solamente
hechas para formar la mariposa
angélica, que a Dios mira de frente?!
¿De qué vuestra alma muéstrase orgullosa,
si como insecto sois que está mal hecho,
cual gusano de forma defectuosa?
Cual, para sustentar bóveda o techo,
por ménsula se mira una figura
que toca sus rodillas con el pecho,
y lo que no es verdad pena procura,
que es verdadera, al que en su aspecto fía,
así los vi llegar por la angostura.
Más o menos cada uno se encogía
según que el peso fuese tanto o cuanto;
y el que con más paciencia procedía
sollozar parecía: «¡Ya no aguanto!».





CANTO XI

CORNISA I: ORGULLOSOS

Caminan cantando el Padrenuestro
agobiados bajo el peso de una piedra.
Omberto Aldobrandesco, Oderisi da
Gubbio, Provenzano Salvani.

«Padre nuestro, que estás en las alturas,
no circunscrito, y sí por un amor
mayor a las primeras criaturas,
loados sean tu nombre y tu valor,
pues es digno que todo lo creado
gracias dé a tu dulcísimo vapor.
Venga a nos el tu reino, que alcanzado
ha de ser cuando venga la paz tuya,
que lograrla al ingenio no le es dado.
Cual los ángeles cantan aleluya
y hacen de su intención renunciamiento,
tal sepa hacer el hombre de la suya.
Danos hoy el diario nutrimiento,
sin el cual, por el yermo desabrido,
se queda atrás quien pone más aliento.
Y así como del mal que hemos sufrido
perdonamos, del mismo modo absuelve
y no mires lo que hemos merecido.
Nuestra virtud, que pronto se disuelve,
no expongas al antiguo y detestable

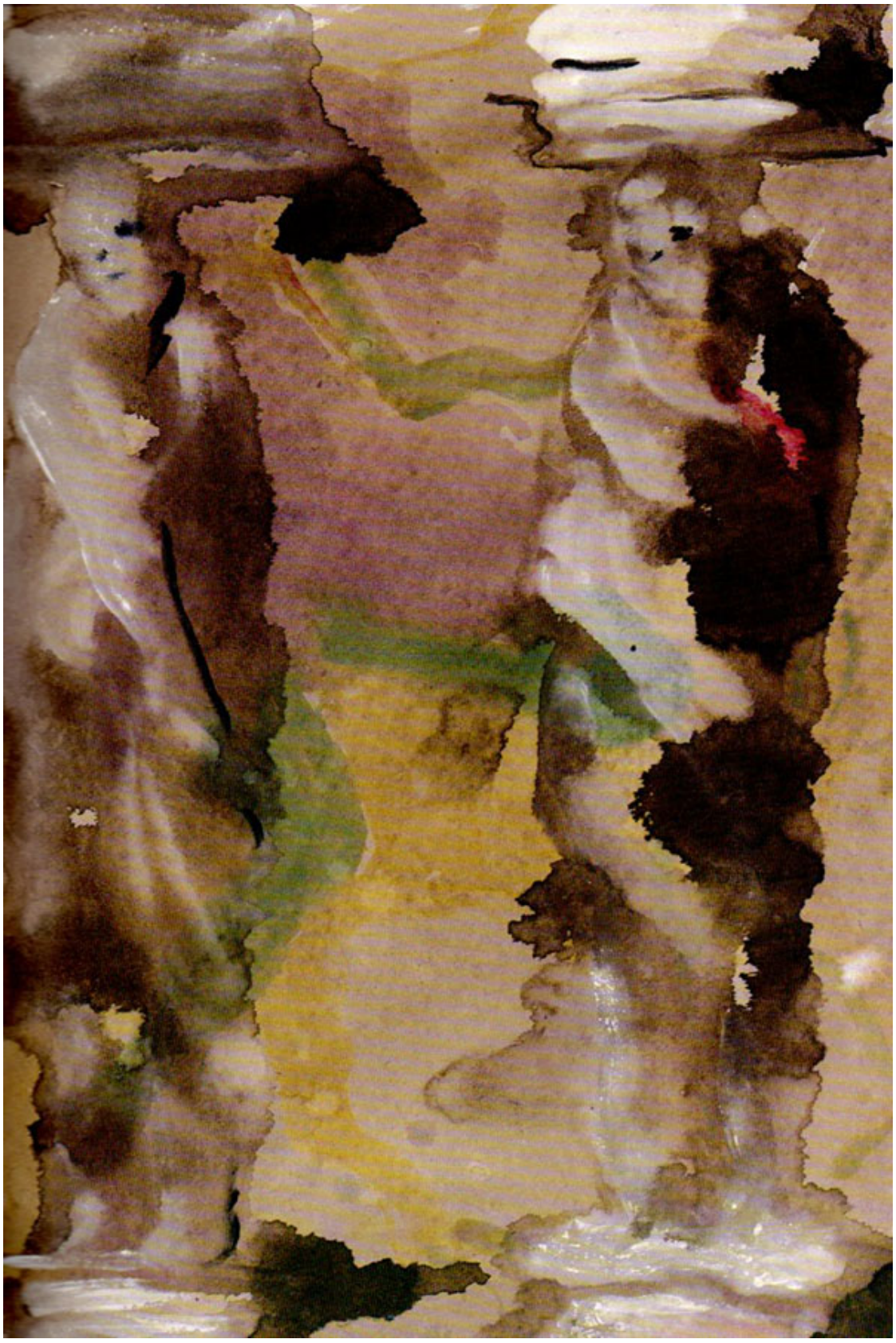
enemigo, que hostiga y se revuelve.
La última petición, señor amable,
por nosotros no estamos formulando;
mas a quien queda atrás sea aplicable.»
Para ellos y nosotros deseando
fortuna, iban las sombras bajo un peso
como el que uno tal vez siente soñando;
y, fatigadas por distinto exceso,
vueltas le dan a la primer cornisa,
purgando de este mundo el humo espeso.
Si por nosotros piden de esta guisa
por allá, ¿por acá, qué hacer por ellas
el alma que a piedad no sea remisa?
Hay que ayudarlas a lavar las huellas
que aquí llevaron; y que el vuelo leve
alcen hasta el motor de las estrellas.
«Así amor y piedad os libre en breve
del peso, y menear podáis el ala,
que de vuestro deseo al par se eleve,
mostradnos por qué mano hasta la escala
antes se llega y, si hay más de un camino,
mostrad el de pendiente menos mala;
que el que viene conmigo, por el sino
de la carne de Adán, que está vistiendo,
mal sube, a su pesar, terreno pino.»
Las palabras que hablaron respondiendo

a lo que dijo aquel con quien yo iba
no supe de qué boca iban saliendo;
y eran: «A la derecha, por la riba,
con nosotros venid hasta un atajo
por do puede subir persona viva.
Si no me lo impidiese estar debajo
del risco que, al domar mi altanería,
me obliga a mantener el rostro bajo,
a este que no se nombra miraría
porque, si vivo está y es conocido,
pueda apiadarse de la carga mía.
Yo era latino, y padre mío ha sido
Guiglielmo Aldobrandesco[100], el gran toscano;
yo no sé si su nombre habréis oído.
Por mi antigua prosapia, tan ufano,[101]
y por su obrar cortés, tan arrogante
fui, que al común origen di por vano;
me dio la muerte el ser tan petulante,
hecho que a los sieneses no es extraño
y sabe en Campañático[102] un infante.
Yo soy Omberto; y no sólo mi daño
la soberbia causó: toda mi gente
ha caído por ella en el mal año.
Que soporte este peso es conveniente
por ella, hasta que Dios sea satisfecho,
y, muerto, sufra lo que no viviente».

Escuchando, incliné la barba al pecho;
y uno de ellos, no el mismo que me hablaba,
torció a mí el rostro, de dolor deshecho,
y viome y conocióme y me llamaba,
mirándome con gesto fatigado
mientras que yo, inclinado, caminaba.
«Oh, ¿no eres Oderisi —he comenzado—,
honor de Gubbio, honor también del arte
que iluminar es en París llamado?»[103]
«Hermano —dijo—, más debe agradarte
la pintura de Franco el Boloñés[104]:
suyo es todo el honor, y mío en parte.
Con él no habría sido tan cortés
mientras viví, que entonces lo impedía
de mostrar mi excelencia el interés.
Aquí liquido la soberbia mía;
y aun aquí no estaría si no fuera
que a Dios torné cuando pecar podía.
¡Es la humana excelencia cosa huera
y en su cima el verdor muy poco dura
si no le siguen tiempos de ceguera!
Creía Cimabúe en la pintura
tener el campo, que ahora es mantenido
por Ciotto, que su fama vuelve oscura:[105]
así quitóle el uno al otro Guido
la gloria de la lengua; y tal vez viva

quien a los dos arrojará del nido.[106] 99
El humano rumor tan sólo estriba
en leve soplo de variable viento
que alza al nombre y, si cambia, lo derriba. 102
Si un cuerpo viejo dejas, ¿más tu acento
se escucharía que muriendo acaso
cuando eran *papa* y *dada* tu argumento,[107] 105
de aquí a mil años? Tiempo es tan escaso
como para lo eterno un pestañeo,
ante el cielo de más pausado paso.[108] 108
El de este que cargado ante mí veo
por toda la Toscana se abrió ruta
y ahora es, no más, en Siena un cuchicheo, 111
ciudad que hizo vencer en la disputa
contra Florencia airada, que superba
fue en aquel tiempo, como en éste es puta. 114
Es vuestra fama de color de hierba,
que viene y va, y aquél la decolora
que de la tierra la levanta acerba.» 117
Yo dije: «Tu discurso me enamora
de la humildad, y la hinchazón me frena;
mas di de quién hablando estás ahora». 120
«De Provenzán Salvani[109], que aquí pena
—me respondió— por ser presuntuoso
de tener a su arbitrio toda Siena. 123
Así se ve y prosigue, sin reposo,

desde su muerte: así paga su tasa
quien en la vida se mostró orgulloso.» 126
Yo le dije: «Si el alma que retrasa
su contrición al borde de la vida
abajo mora y hasta aquí no pasa, 129
si una oración por ella no es oída,
antes que pase el tiempo que viviera,
¿cómo se ha permitido su subida?». 132
«Cuando era más glorioso —respondiera—
en el Campo de Siena, libremente,
toda vergüenza, humilde, depusiera; 135
por librar a su amigo, delincuente
en la prisión de Carlos, ha obligado
a temblar a sus venas febrilmente.[110] 138
No digo más, y sé que hablo velado,
mas dentro de muy poco tus vecinos
harán que tú te des por enterado.[111] 141
Tal obra franqueóle estos caminos.»



CANTO XII

CORNISA I: ORGULLOSOS

Ejemplos de orgullo castigado. El ángel de la humildad borra la primera pe *a Dante, cantando* Beati pauperes spiritu.

En yunta, como bueyes bajo el yugo,
iba con aquel ánima cargada
mientras al dulce pedagogo plugo;
mas al decirme: «Deja, y que impulsada
sea lo más posible cada nave
a remo y vela, y sigue tu jornada»,
el cuerpo alcé de su postura grave
para poder andar, y el pensamiento
seguí inclinando con modestia suave.
Me puse en marcha y proseguí contento
detrás de mi maestro, y más ligero
era de nuestros pies el movimiento;
y él me dijo: «Será más llevadero,
si bajas la mirada, el recorrido,
y el lecho de tus pies miras primero».
Cual, para que en memoria sea tenido
el que reposa en baja sepultura,
retrata aquélla lo que el muerto ha sido;
por lo que muchas veces la puntura
hace llorar que abrió la remembranza,
que sólo a los piadosos apresura;

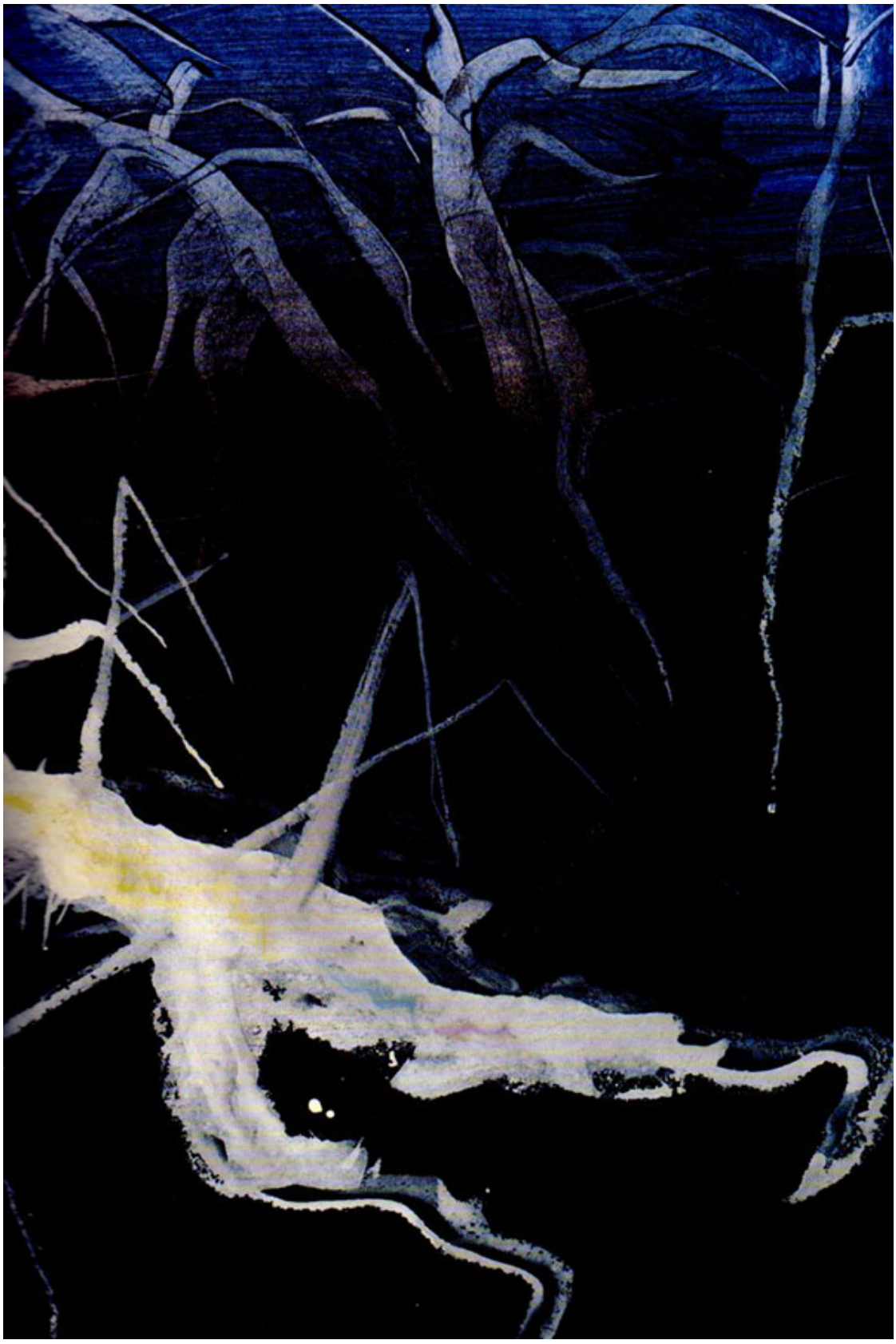
así vi yo, mas de mejor semblanza,
según el artificio, trabajado
aquel camino que del monte avanza.
Veía allí al que noble fue creado[112]
más que otra criatura, que del cielo
caía como el rayo, por un lado.
Vi herido a Briareo[113], y en el suelo,
por divina saeta, a la otra parte,
grave a la tierra por el mortal hielo.
Vi a Timbreo, y a Palas vi con Marte,
en torno al padre armados, los Gigantes
mirando, desmembrados por su arte.[114]
Vi a Nemrod con su obra, delirantes
miradas dirigiendo a aquellas gentes
que en Senar[115] también fueron arrogantes.
¡Oh Níobe, con qué ojos tan dolientes
tu retrato miré en aquella estrada,
entre tus siete y siete hijos yacentes!
¡Oh Saúl, que por obra de su espada
aparecía muerto en Gelboé,
que ya no siente lluvia ni rociada![116]
¡Oh loca Aracne, allí te contemplé
ya medio araña, al pie de la deshecha
obra que por tu mal tejida fue![117]
¡Oh Roboán, el miedo y la sospecha
no infundes ya: temiendo y sin aliento

huyes en carro, cuando nadie te echa![118] 48
Mostraba luego el duro pavimento
cómo las manos de Alcmeón tornaron
de su madre costoso el ornamento.[119] 51
Mostraba cuál los hijos se lanzaron
sobre Senaquerib en el sagrado
y cómo muerto allí le abandonaron. 54
Mostraba el duro estrago perpetrado
por Tamiris, que a Ciro[120] le decía:
«Te harto de ella, pues sangre has deseado». 57
Mostraba, derrotada, cómo huía
la gente asiría, ya Holofernes muerto,
y el rastro del martirio se advertía.[121] 60
Vi a Ilion por sus cenizas recubierto:
¡oh Troya, la materia allí esculpida
mostraba tu vileza al descubierto![122] 63
¿Qué buril o pincel daría vida
a las sombras y al trazo persuasivo
que al alma experta deja suspendida? 66
Muerto el muerto, y el vivo estaba vivo:
mejor no vio quien vio lo verdadero
que yo, que lo pisaba pensativo. 69
¡Alzad soberbio el rostro, y altanero,
los hijos de Eva, y no inclinéis la frente
para poder mirar el mal sendero! 72
Dejábamos atrás mucha pendiente,

y más camino atrás el sol dejaba
que el calculado por mi absorta mente,
cuando el que siempre vigilante estaba
así me empezó a hablar: «Alza la testa
y tu suspensa reflexión acaba.
Mira allí a un ángel que a venir se apresta
hacia nosotros; mira cómo torna
del diario quehacer la esclava sexta.[123]
De reverencia tu actitud adorna
para que quiera conducirte arriba,
¡y piensa que este día no retorna!».
A obedecerle acostumbrado iba
y me apuré, que en la materia aquella
no podía su voz velarse esquiva.
Se aproximaba la criatura bella
a nosotros, vistiendo blancas galas
y tremolando cual temprana estrella.
Abrió los brazos, y después las alas;
dijo: «Venid, que están cerca los grados
y subiréis ligeros las escalas».
De esta forma son pocos invitados:
humana grey, para volar nacida,
¿por qué sois por un soplo derribados?
Llevónos do la roca se halla hendida
y con las alas me batió la frente;
luego, nos prometió feliz subida.

Como a la diestra, al ir por la pendiente
que conduce a la iglesia que avasalla
a la bien gobernada sobre el puente
de Rubaconte, la fatiga acalla
la escalinata antigua, que se hiciera
cuando sumario y duela eran sin falla;[124]
de ese modo se templa la ladera
que desde el otro círculo caía,
mas no sin que maltrate la escollera.
Cuando íbamos los dos por esta vía,
Beati pauperes spiritu[125] unas voces
cantaron, que el hablar nunca diría.
¡Qué diferentes, ay, son estas hoces
de aquellas infernales!, que, por canto,
se oyen allí los gritos más feroces.
Cuando íbamos subiendo el tramo santo,
yo sentía mi cuerpo tan ligero
que en el llano jamás lo ha sido tanto.
Dije entonces: «Maestro, saber quiero
de qué peso estoy libre, que he subido
y apenas me fatiga este sendero».
Repuso: «Cuando se hayan extinguido
las pes que ya en tu faz se van borrando,
como la que ahora se ha desvanecido,
tan libre de cuidado irás andando
que no será tu marcha fatigosa

y tus pies con placer se irán alzando».
Yo, entonces, hice como el que una cosa
lleva, y no lo sabía, en la cabeza
y ajena seña la hace sospechosa;
que con la mano a tantear empieza,
busca y encuentra al fin lo que buscaba:
aquello en que la vista no tropieza;
con la mano derecha me tocaba
las letras que en mi sien grabado había
el mismo que las llaves custodiaba;
y, viéndome, el maestro sonreía.



CANTO XIII

CORNISA II: ENVIDIOSOS

Tienen los párpados cosidos con
alambre y cantan las letanías de los
santos apoyados unos en otros.
Ejemplos de caridad. Sapia de Siena.

Ya estábamos en lo alto de la escala
en donde por segunda vez se siega
el monte que depura a quien lo escala:
también una cornisa se despliega
en torno al cerro, igual que la primera;
sino que el arco de ésta más se pliega.
No vi sombras ni signos de qué hubiera:
la orilla y el camino se veía
del lívido color de la pedrera.
«Si aquí hemos de aguardar que llegue un guía
—razonaba el poeta— estoy temiendo
que nuestra decisión será tardía.»
Los ojos en el sol luego poniendo,
hizo, al girar, de su derecha centro
y alrededor su izquierda fue torciendo.
«¡Oh dulce luz por cuya fe yo entro
en el nuevo camino, guía seas
adecuado a nosotros aquí dentro!
Al mundo alumbras —dijo— y lo caldeas;
y si nada se opone, entonces, brilla

de modo que el sendero tú nos leas.»
Lo que se cuenta acá por una milla
estaba en poco tiempo recorrido,
que el deseo espolea a maravilla;
y acercarse volando hemos sentido,
mas no hemos visto, espíritus llamando
a la mesa de amor con dulce ruido.
La voz primera que pasó volando
«*Virum non habent*» exclamó altamente
y lo fue tras nosotros reiterando;
y antes que no se oyese totalmente,
por alejarse, nueva voz se oía
que «Orestes[126] soy» decía diligente.
«Padre, ¿qué voces son?», yo le decía.
Y mientras preguntaba, la tercera
«Amad al que os ofende» repetía.
Y el maestro: «Este círculo lacera
al culpable de envidia, mas la tralla
con azotes de amor le dilacera.
Con ejemplos contrarios se la acalla,
y espero que los hayas escuchado
antes que del perdón pises la raya.
Pero escudriña el aire con cuidado
y una gente verás allí delante,
junto a la roca cada cual sentado».
Agucé más la vista, y al instante

unas sombras cubiertas vi con mantos
de un color a la piedra semejante.
Avanzamos un poco y, entre llantos,
«María —oí gritar—, danos tu ayuda»,
«Pedro», «Miguel», oí, «Todos los santos».
Que haya en la tierra un hombre de alma cruda
que al ver lo que yo vi no se apiadara
cosa es que desde luego pongo en duda;
pues cuando a ellos un poco me llegara
y de sus actos pude estar seguro,
fuerte dolor mis ojos ordeñara.
Iban cubiertos de cilicio duro
y el hombro de uno al otro soportaba
ya todos los sufría el mismo muro:
de los ciegos hambrientos me acordaba
que mendigan en día de indulgencia,
cuando uno sobre el otro se inclinaba
buscando conmovernos la conciencia,
no con palabras, porque el ver sugiere
la angustia que provoca su elocuencia.
Y como a su pupila el sol no hiere,
así a las sombras de las que hablo ahora
la luz del cielo hacerse ver no quiere,
que un alambre sus párpados perfora
y cose, como le hacen al salvaje
gavilán que su furia no demora.[127]

Yo, al avanzar, temí que fuese ultraje
mirar, sin que me viera, a aquella gente
y hacia mi consejero me retraje.
Al mudo comprendió perfectamente
y no esperó, por ello, mi demanda,
mas me dijo: «Habla claro y brevemente».
A Virgilio tenía de la banda
en la que son posibles las caídas,
pues aquélla es cornisa sin baranda;
de la otra, a las devotas y afligidas
sombras a quien la horrible cosedura
las mejillas tenía humedecidas.
Hacia ellas me volví: «Gente segura
—así empecé— de ver la lumbre suma,
único bien que vuestro afán procura,
cuando la gracia os libre de la espuma
de la conciencia, y se haga río claro
aquel que de las mentes os rezuma,
decidme, pues sería amable y caro,
si entre vosotros hay alma latina;
que tal vez yo podré buscarle amparo».
«Oh hermano mío, cada cual vecina
es de la real ciudad, quieres decir
si ha vivido en Italia peregrina.»
Esto creía por respuesta oír
más delante del sitio en que me hallaba,

por lo que más allá me hice sentir.
Vi, entre otras, a una sombra que esperaba
al parecer, y si alguien me argumenta
«¿Cómo?», diré que el rostro levantaba.
«Alma que aquí se doma porque intenta
subir —le dije yo—, si has respondido,
por nombre o por lugar de ti da cuenta.»
«Fui sienesa —repuso—, y he venido
junto a éstos a limpiar mi vida impía,
alzando al que ha de darse mi gemido.
Aunque Sabia[128] la gente me decía,
no lo fui, pues gocé de ajenos daños
con más placer que de la dicha mía.
Y porque no sospeches que hablo engaños,
oye si, como digo, fui demente
al descender el arco de mis años.
Cerca de Colle[129] hallábase la gente
de mi ciudad, batiendo al adversario,
ya Dios pedí lo que él tenía en mente.
Derrotados, sufrieron el calvario
de la fuga; y al ver su desbandada
yo sentía un placer extraordinario:
tanto que, con la cara levantada,
a Dios grité: "¡Desde hoy ya no te temo!",
como hace el mirlo apenas no hay tronada.[130]
La paz con Dios busqué, ya en el extremo

de mi vida; y cumpliendo no me viera
de penitencia mi deber supremo
si mi memoria en cuenta no tuviera
Pier Pettinaio[131] en santas oraciones
con que su caridad el bien me hiciera.
Mas ¿quién eres, que ajenas condiciones
vas inquiriendo, y llevas descosidos
los ojos, y expirando vas razones?»
«Los ojos me serán aquí cosidos
—dije—, mas poco tiempo, que a la ofensa
grave de envidia no fueron movidos.
Mas de temor encuéntrase suspensa
mi alma por el tormento que vi abajo,
que ya encontrarse bajo el peso piensa.»
Y ella me dijo entonces: «¿Quién te trajo
aquí arriba, si piensas en volver?».
«Este que calla se tomó el trabajo.
Vivo estoy —dije— y tú puedes hacer,
espíritu elegido, que yo mueva
por ti los pies, si es ése tu querer.»
«Ésta —me respondió— sí es cosa nueva,
y es claro signo de que Dios te ama,
mas, si se tercia, a consolarme prueba.
Por lo que tú más quieras, mi alma clama
que, si pisas un día la Toscana,
me des entre los míos buena fama.

Los hallarás entre la gente vana

que en Talamón esperan, ignorantes

como aquellos que buscan al Diana;

pero más perderán los almirantes.»[132]

CANTO XIV

CORNISA II: ENVIDIOSOS

Guido del Duca. Rinieri da Calboli,
Ejemplos de envidia castigada.

«¿Quién, rodeando nuestro monte, llega
sin que el vuelo la muerte le haya dado
y a voluntad los ojos abre y ciega?»
«No sé quién es, mas viene acompañado:
pregunta y, para que hable, dulcemente
trátale tú, que te hallas a su lado.»
A mi diestra, uno y otro penitente
de mí hablaban, el rostro vuelto al suelo,
y luego alzaron, para hablar, la frente;
y el uno dijo «¡Oh alma que hacia el cielo
subiendo estás, y al cuerpo vas prendida,
ten caridad y danos el consuelo

de hablarnos de ti misma y tu venida,
que tanto nos asombras con tu gracia
como con cosa nunca sucedida».
«En Toscana —les dije yo— se espacia
un arroyo que nace en Falterona,
y un curso de cien millas no le sacia.
A orillas de él obtuve esta persona;
pero decir quién soy no viene a cuento,
pues mi nombre aún no mucho se menciona.»
«Si he penetrado bien tu entendimiento
con mi mente, del Arno estás hablando»,
el que primero habló dijo al momento.
Y el otro: «Mas ¿por qué estará ocultando
éste el nombre que lleva esa ribera
como quien de algo horrible está tratando?».
Y así se despachó la sombra que era
preguntada: «No sé, mas merecido
tiene ese valle que su nombre muera,[133]
pues desde su comienzo, do, partido
de Peloro[134], el alpestre monte raya
tan pleno que es de pocos excedido,
hasta el lugar en que pagando se halla
con lo que el cielo de la mar enjuga
—que de él toman los ríos su vitualla—,[135]
por todos la virtud es puesta en fuga
cual bicha hostil, ya sea por desventura

del sitio o porque el vicio los subyuga,
pues tanto han transformado su natura
los del mísero valle, que parece
que a ese rebaño Circe lo pastura.[136]
Entre piara de cerdos, que merece
bellotas, pero no humana pitanza,
su pobre vega se endereza y crece.[137]
A gozquecillos cuando baja alcanza,
con más rabia que fuerza, y, desdeñosa,
tuerce el hocico y sin cesar avanza.[138]
Sigue bajando, y cuanto más se engrosa
más perros halla en lobos transformados
esta maldita y desgraciada fosa.[139]
Desciende hacia pantanos enfangados
y a los raposos fraudulentos halla
que no están de los cepos asustados.[140]
Porque escuchen, mi boca no se calla,
y a éste le irá muy bien si rememora
mi inspiración que, verdadera, estalla.
Cazando a aquellos lobos veo ahora
a tu sobrino[141], al borde de la riba
del fiero río: el miedo los azora.
Vende su carne todavía viva;
los mata luego como antigua fiera:
a otros de vida, y él de honor se priva.
Sangriento, de la selva lastimera

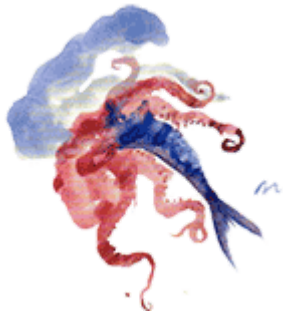
sale, y la deja tal que ni en mil años
ésta volverá a ser lo que antes era». 66
Como al anuncio de penosos daños
se turba quien escucha —y nada cuenta
de dónde han de venir males tamaños—, 69
al alma que escuchando estaba atenta
turbada y triste contemplé al instante,
cuando de las palabras tomó cuenta. 72
Y de aquélla el decir, de ésta el semblante,
a preguntar sus nombres me han llevado
con palabra cortés y suplicante; 75

el que primero habló me ha contestado:
«De mi boca deseas obtener
lo mismo que de ti no has declarado. 78
Mas ya que tanto Dios hace valer
su gracia en ti, tendrás mi cortesía:
que soy Guido del Duca[142] has de saber. 81
Tanto de envidia ardió la sangre mía
que si un hombre feliz tenía enfrente

de palidez mi rostro se cubría.
Paja cosecho aquí de tal simiente:
¿por qué en el bien que de otro es exclusivo,
oh gente humana, el corazón consiente?
Éste es Rinier; éste, el honor altivo
de la casa de Cálboli, y ninguno
de ella heredó el honor que tuvo vivo.
Y su linaje solo no está ayuno,
entre el monte y el Po, la mar y el Reno,
de cuanto es agradable y oportuno,
que todo el territorio está tan lleno
por el tocón del venenoso cardo
que nada cultivarse puede bueno.
Pier Traversaro[143] y Árrigo Manardo,
Guido Carpiña[144] y Licio el virtuoso,
di dónde están, ¡oh romanes bastardo!
¿Cuándo en Bolonia un Fabbro[145] valeroso?
¿Bernardín Fosco[146] en su Faenza, cuándo,
de una hierba menuda tallo airoso?
Toscano, no te admires si llorando
me ves por Guido Prata[147], y la morada
de Ugolín de Azzo[148] ahora recordando,
Federigo Tinoso[149] y su brigada,
y de Anastagi y Traversar[150] los manes
(toda esta gente fue desheredada),
damas y caballeros, los afanes

de amor y cortesía, y las proezas
donde hoy del corazón brotan desmanes.
Brettinoro[151], ¿por qué a hundirte no empiezas
cuando tu gente deja ya tu ruina,
pues no quiere ser rea de torpezas?
Al no engendrar, Bañacaval atina,
y hace mal Castrocaro, y peor Conio,[152]
que en ahijar tales condes se empecina.
Harán bien los Pagan cuando el demonio[153]
los deje, pero no por ello puro
se ha de juzgar su propio testimonio.
Oh Ugolino de Fántolin, seguro
tu nombre está, que no vendrá heredero
que degenere y pueda hacerlo oscuro.[154]
Pero vete, toscano, porque quiero
mejor llorar que hablar más largamente,
que lo dicho me causa un dolor fiero».
Sabíamos que aquella cara gente
oía nuestros pasos y, callando,
nos invitaba a proseguir al frente.
Cuando ya íbamos solos, avanzando,
cual rayo que de pronto el aire hiende,
al paso nos salió una voz gritando:
«Cualquiera ha de matarme si me prende»;[155]
y se perdió cual rayo disparado
de una nube que, súbita, se enciende.

Nuestro oído no había descansado
y he aquí de repente nuevo ruido,
cual trueno que lo sigue desalado:
«Soy Aglauro[156], que al fin guijarro he sido»,
y, por ponerme cerca del poeta,
no hacia delante, a mi derecha he ido.
Cuando ya toda el aura estaba quieta,
«A ese freno[157] tan duro la conciencia
del hombre —dijo— debe estar sujeta.
Mas picáis en el cebo que os agencia
el enemigo que del hilo tira
y poco vale el freno o la advertencia.
Os llama el cielo y en redor os gira
para mostraros su belleza eterna
y el ojo vuestro hacia la tierra mira:
y os castiga quien todo lo gobierna».



CANTO XV

CORNISA II SOBRE EL AMOR A DIOS.

CORNISA III: IRACUNDOS

El ángel de la generosidad borra la segunda pe *a Dante, cantando* Beati misericordes. *Disquisición sobre el amor a Dios. Envueltos en humo caminan cantando el* Agnus Dei. *Ejemplos de mansedumbre.*

Cuando entre que a su fin la tercia llega
y el principiar del día por la esfera,
que, lo mismo que un niño, siempre juega,
tanto el sol parecía que tuviera
que andar antes que hubiese anochecido;
tarde allí, pero aquí medianoche era.[158]
Yo me sentía en la nariz herido
por el sol, pues andaba hacia el Poniente
—tan grande nuestra vuelta había sido—,
cuando sentí pesar sobre mi frente
un más vivo esplendor que de primero,
y estupor me produjo el accidente;
y así, para limar el reverbero,
las manos levanté hasta el entrecejo
y me cubrí del resplandor severo.
Como cuando del agua o del espejo
el rayo salta hacia la opuesta parte,
y el modo de subir es muy parejo

al de bajar, haciendo que se aparte
del caer de la piedra el mismo trecho,
según demuestran experiencia y arte; 21
así me pareció que había hecho
esa luz que me había golpeado,
y el rostro no le tuve ya derecho. 24
«¿Qué es eso, dulce padre, que, escudado,
mi rostro no soporta tanta lumbre
—dije— y venir parece a nuestro lado?» 27
«No es de maravillar que te deslumbre
la familia del cielo; un mensajero
es —dijo— que te invita hacia la cumbre. 30
Que grave no te sea en breve espero
ver estas cosas, mas tan agradable
cuanto a humana natura es hacedero.» 33
Llegamos junto al ángel admirable
y «Pasad por aquí, que una escalera
hay menos empinada», dijo afable. 36
Subíamos por ella la ladera:
Beati misericordes[159], detrás nuestro,
y «Goza tú que vences» cantado era. 39
Solo ascendía yo con mi maestro
y pensé mientras íbamos andando
aprovecharme de su verbo diestro; 42
y así empecé el coloquio, preguntando:
«El de Romana ¿qué decir quería

lo del *bien exclusivo* mencionando?». 45
«Del achaque más grave que sufría
conoce el daño —dijo— y se comprende
que por ahorrar más llantos se reñía. 48
Porque cuando el deseo vuestro tiende
a lo que disminuye compartido
el fuelle de la envidia el pecho enciende. 51
Pero si vuestro amor fuera torcido
hacia el deseo de la esfera suma,
no en el pecho el temor haría el nido; 54
que el decir allí *nuestro* mayor suma
hace que corresponda a cada uno
y que de amor el claustro[160] se consuma.» 57
«Estoy de estar contento más ayuno
—hablé— que si me hubiera antes callado
y más sospechas en la mente aduno. 60
¿Cómo es posible que un bien desmembrado
por más de un poseedor más ricos haga
a muchos que el por pocos disfrutado?» 63
Y él contestó: «Como a tu mente estraga
el mirar lo mundano solamente,
con tinieblas no más la luz te paga. 66
El infinito bien, que no consiente
definición, se lanza hacia el amor
como a lúcido cuerpo el rayo ardiente. 69
Tanto se da cuanto él halla de ardor;

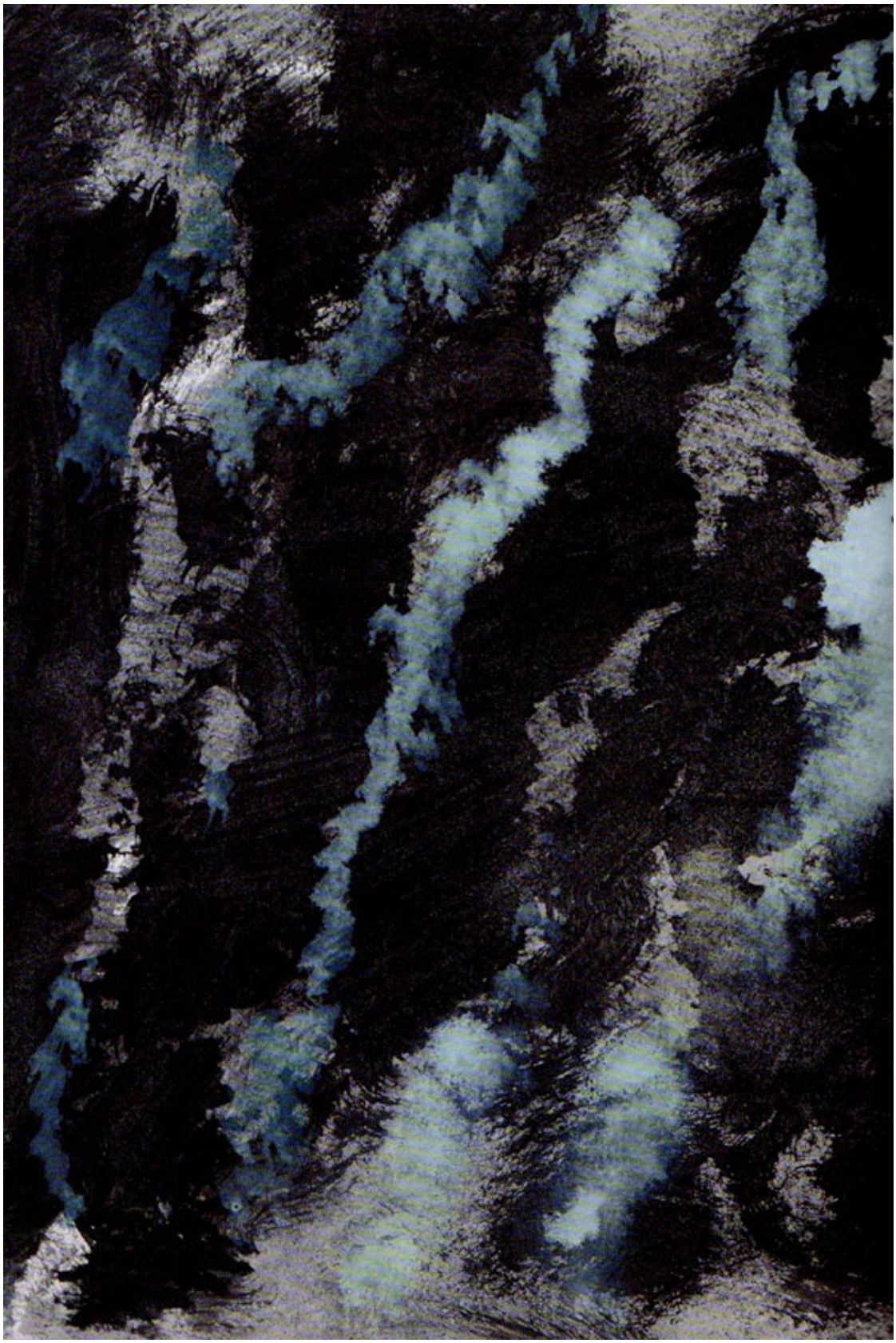
y así, en la caridad que va aumentando,
sigue creciendo el eternal valor. 72
Y cuantos más arriba van llegando,
habiendo más amor, más se comparte,
que como espejos vanse reflejando. 75
Pero si mi razón no ha de saciarte,
ya vendrá Beatriz, quien por entero
de este deseo, y más, ha de librarte. 78
Porque sean borradas ve ligero
las cinco llagas, como dos lo han sido,
que sanan si el dolor es verdadero». 81
Cuando quise decir «Me has instruido»,
vi que en el otro círculo ya estaba
y la curiosidad me ha enmudecido. 84
Me pareció que allí me arrebataba
un éxtasis de santo regocijo
y que en un templo a muchos contemplaba; 87
y, al entrar, maternal y humilde, dijo
una santa mujer, apareciendo:
«¿Cómo nos haces esto, amado hijo? 90
Tu padre y yo veníamos temiendo
en busca tuya».[161] Y la visión primera
se fue, cuando calló, desvaneciendo. 93
Otra surgió después, con la salmuera
con que el dolor nos surca la mejilla
si el despecho por otro la genera, 96

y dijo: «Si gobiernas esta villa
que entre los dioses provocó pendencia
y en la que toda ciencia tanto brilla, *99*
oh Pisístrato, venga la insolencia
de los brazos que a mi hija han estrechado»
Y entonces el señor, con indulgencia, *102*
le respondió, su rostro sosegado:
«¿Qué debo hacer a quien el mal conspira
si es por mí aquel que ama condenado?».[162] *105*
A gente luego vi que ardía en ira
a pedradas matando a un jovenzuelo
mientras que «¡Muera!» su furor delira.[163] *108*
Vi que la muerte le abatía al suelo
y que a tierra, por fin, se desplomaba,
mas sus ojos la puerta eran del cielo, *111*

y, en esa guerra, al alto Sir rogaba
perdón para sus torpes ofensores,
y con aspecto tal que lastimaba. *114*
Cuando mi alma volvió a las exteriores

cosas que fuera de ella son lo cierto,
reconocí mis no falsos errores. 117
Y, pudiendo advertir mi desconcierto,
pues iba como aquel que se espabila,
«¿Por qué —me interpelaba el guía experto— 120
das de traspiés y velas tu pupila:
que has hecho media legua caminando
cual durmiente o borracho que vacila?». 123
«Si escuchas, padre, yo te iré contando
—le contesté— las cosas que veía
mientras iban mis piernas flojeando.» 126
«Cubierta con cien máscaras vería
tu faz, y para mí no se escondiera
tu menor pensamiento —dijo el guía—. 129
Eso que has visto fue porque se abriera
tu corazón, y porque el agua abrace
de la paz, que eternal fuente genera. 132
No pregunté "¿Qué tienes?" como hace
el que mira con vista que no advierte
cuando desanimado el cuerpo yace; 135
mas pregunté para que pises fuerte:
porque a los perezosos y a los lentos
se los saca del sueño de esta suerte.» 138
Por la tarde marchábamos, atentos
hasta do cabe al ojo prolongarse
contra los vespertinos lucimientos. 141

Y poco a poco vimos elevarse
un humo que era como noche oscuro;
no había allí lugar donde alojarse, 144
y nos privó de vista y aire puro.



CANTO XVI

CORNISA III: IRACUNDOS

Marco Lombardo. Debate sobre el libre albedrio y la corrupción humana.

Sombras de Infierno y noche despojada
de sus luceros, bajo pobre cielo,
por nubes hasta el colmo encapotada,
no tendió ante mi rostro tan gran velo
como el humo que allí nos envolvía,
ni me ofendió con tan rasposo pelo:
que el ojo estar abierto no sufría;
y, así, mi escolta sabia y complaciente
se me acercó, y el hombro me ofrecía.
Como va tras su guía el invidente
por no perderse o tropezar en cosa
que le hiera o le mate de repente,
iba entre bruma sucia y amargosa
escuchando al maestro que me hablaba:
«Sígueme con pisada cuidadosa».
Un conjunto de voces semejaba
al Cordero de Dios misericordia
y paz pedir, pues los pecados lava.
Sin cesar *Agnus Dei* cada una exordia,
todas igual diciendo y entonando
como si allí reinase la concordia.

«¿Son almas —dije— las que están cantando?»
Y el maestro repuso: «Bien entiendes,
y de iracundia el nudo están soltando». 24
«¿Quién eres tú que nuestra humaza hiendes
y, como aquel que de calendas fía,
saber de los espíritus pretendes?» 27
Así exclamó una voz, y dijo el guía:
«Respóndele, y pregunta si subiendo
vamos mientras seguimos esta vía». 30
«Oh alma —dije— que te estás puliendo
para ir hermosa ante el que te ha esculpido,
sigúeme y oirás algo estupendo.» 33
«Lo haré hasta do me sea permitido
—me repuso—, y si el humo ver no deja,
en su lugar nos unirá el oído.» 36
Y yo le respondí: «Con la pelleja
subo que por la muerte es liquidada,
después de atravesar la infernal queja. 39
Y si Dios en su gracia me da entrada
y dispuesto su corte está a mostrarme
de forma en estos tiempos desusada, 42
quién has sido no quieras tú ocultarme,
y para que a otro puerto lleve el barco,
procuren tus palabras escoltarme». 45
«Lombardo he sido y me llamaban Marco[164];
del mundo supe, y la virtud serví,

hacia la que hoy ninguno tiende el arco.
Para subir, ve recto por aquí.»
Así repuso, y luego: «Te suplico
que cuando arriba estés pidas por mí».
«Por mi fe —yo le dije— certifico
que haré lo que me pides, mas exploto
si una duda que tengo no me explico.
Sencilla fue, mas que es doble ya noto
por tu decir, que me hace dar por cierto
lo que escuché, y añado, en otro coto.
De virtudes el mundo está desierto,
tal como tu palabra canta y toca,
y de malicia grávido y cubierto;
mas la causa declara con tu boca,
que a otros la he de decir: que éste en el cielo
pero aquél aquí abajo la coloca.»
Un «Ay» lanzó, que le arrancaba el duelo,
y «Hermano —me repuso suspirando—
el mundo es ciego y de él alzas el vuelo.
Los que vivís estáis siempre culpando
de todo al cielo, igual que si movido
todo hubiera de ser bajo su mando.
Si fuera así, sería destruido
el libre arbitrio, y no habría justicia
si el bien goza y el mal es afligido.
Vuestros actos el alto cielo inicia,

no digo todos, mas aunque lo diga
luz tenéis para el bien y la malicia
y libre voluntad; que si fatiga
luchando con el cielo se procura,
vence cuando con brío se castiga.
A mayor fuerza y a mejor natura,
libres, estáis sujetos; y ella os cría
la mente, de que el cielo no se cura.
Mas si el mundo presente se extravía,
que cada cual en sí la causa vea;
por ti seré su más veraz espía.
Sale de mano que, antes que ella sea,
lo mismo que a una niña la acaricia,
que llorando y riendo juguetea,
el alma simplecilla, sin pericia,
pero, movida por feliz autor,
se inclina a cuanto piensa ser delicia.
En leve bien primero halla sabor,
pero se engaña y, por lograrlo, corre
si rienda o freno no tuercen su amor.
La buena ley la frena y la socorre,
que un rey conviene que a lo menos mida
de la ciudad auténtica la torre.
La ley existe, mas ¿por quién cumplida?
Por nadie, que el pastor que marcha al frente
rumiar puede, mas su uña no está hendida;

y puesto que a su guía ve la gente
herir la presa de ella codiciada,

nada pregunta y en pacer consiente. *102*
Bien ves que la conducta depravada
es la causa que al mundo torna inmundo,
no que nuestra natura esté dañada. *105*
Solía Roma, por quien fue fecundo,
con un sol señalarnos el camino
de Dios, y con el otro aquel del mundo. *108*
Apagó el uno al otro, y su destino
unen tiara y espada, y si la mano
se dan por fuerza, es puro desatino, *111*
porque, juntos, ninguno es soberano:
si no me apruebas, fíjate en la espiga,
que la hierba se juzga por el grano. *114*
En la tierra que Po y Ádige irriga,
cortesía y valor solían darse
antes de Federico y de su intriga:[165] *117*
puede hoy, tranquilo, por allí pasarse

quien de hacerlo dejó porque temía
a los buenos hablar o aproximarse.
La edad vieja a la nueva desafía
en tres ancianos, que al Señor creen tardo
porque a vida mejor no los envía:
Currado da Palazzo[166], el buen Gherardo
y Guido da Castel[167], que es conocido,
a la francesa, por el fiel Lombardo.
Hoy la Iglesia de Roma ha confundido,
hasta en el fango dar, dos regimientos
y a sí misma y su carga ha deslucido».
«Oh Marco mío, tales argumentos
me aclaran —dije yo— por que han quedado
los hijos de Leví de herencia exentos.[168]
Mas ¿qué Gherardo es ése al que has nombrado,
que, siendo resto de extinguidas gentes,
es un reproche al siglo depravado?»
«Al hablarme me tientas o me mientes
—dijo—, que hablas toscano y se dijera
que de este buen Gherardo nada sientes.
No sé ningún apodo que tuviera
si no lo invento yo por su hija Gaya[169].
Id con Dios, que me voy de vuestra vera.
Mira el albor que por el humo raya
ya clareando; y antes de llamarme
—que un ángel es— conviene que me vaya.»

Se dio la vuelta y no quiso escucharme.

CANTO XVII

CORNISA III: IRACUNDOS. CORNISA IV: SOBRE EL AMOR. SOBRE EL PURGATORIO

Ejemplos de iracundia castigada. El ángel de la mansedumbre

borra la tercera pe *a Dante, cantando* Beati pacifici. *Discurso de Virgilio sobre el amor y la disposición del Purgatorio.*

Rememora, lector, si bajo copo
de la niebla en el monte te has hallado,
viendo cual por la piel distingue el topo,
cómo, cuando el vapor denso y mojado
a enrarecerse empieza, la alta esfera
del sol le entra con brillo atenuado;
y tu imaginación podrá ligera
ver cómo yo, venciéndose al ocaso,
al sol de nuevo vi por vez primera.
Con mi maestro emparejando el paso,
salí, la espesa nube abandonando,
a una luz muerta ya en el campo raso.
Oh fantasía que, de cuando en cuando,
arrebatas al hombre de tal suerte
que no oyera mil tubas resonando,
¿quién, si no es el sentido, ha de moverte?
Muévete aquella luz que el cielo sella,
por sí o por el querer de quien la vierte.

De la impiedad de quien su forma bella[170]
cambió en ave que adora a su tonada
en mi imaginación sentí la huella:
y mi mente quedó tan confiada
dentro de sí, que a cuanto provenía
de fuera de ella se sintió cerrada.
Llovió después en la alta fantasía
—crucificado, desdeñoso y fiero—
un hombre al que muriendo se veía.
En torno de él estaba el grande Asuero,
su esposa Ester, y Mardoqueo[171] estaba,
que en hacer y en decir fue tan entero.
Y cuando ya esta imagen se quebraba
por sí misma, como hace la burbuja
que el líquido perdió que la formaba,
en mi mente una joven se dibuja
que «Oh reina —mientras llora va diciendo—,
¿por qué la ira a ser nada te empuja?
Por no perder —y ya me estás perdiendo—
a Lavinia, te matas. Y más pena
por ti que por el otro estoy sintiendo».[172]
Como se rompe el sueño cuando llena
una luz nueva el rostro clausurado,
que, rota y sin morir, bulle la escena;
así mi imaginar vi desplomado
tan pronto un resplandor hirió mi cara,

más fuerte que el fulgor acostumbrado.
Yo me volví por ver dónde me hallara,
y una voz dijo: «La subida es ésta»,
que otras ideas hizo que olvidara;
pues yo mi voluntad sentí tan presta
a descubrir quién era aquel que hablaba,
que a no ceder hallábase dispuesta.
Mas como al sol, que nuestra vista grava
y por su exceso su figura vela,
así mi facultad aquí fallaba.
«Es un divino espíritu que de la
vía nos da noticia gentilmente
y con su propio resplandor se cela.
Nos trata como a sí misma la gente;
que quien ve la ocasión y el ruego aguarda
se prepara a negar malignamente.
Nuestra planta al convite no sea tarda:
súbanos antes que haya oscurecido,
que al día ha de aguardar si se retarda.»
Dijo el guía, y nos hemos dirigido
los dos hacia el comienzo de una escala,
y apenas un peldaño hube subido,
mi rostro abanicó de cerca un ala
y *«Beati pacifici*[173] —entretanto
escuché— que no tienen ira mala».
Sobre nosotros se elevaban tanto

los rayos de la noche precursores
que aparecía el estrellado manto. 72
«Oh fuerza, ¿por qué apagas tus ardores?»,
dije para mí mismo, pues sentía
a mis piernas en tregua, y con temblores. 75
Estábamos do más ya no subía
la escala, nuestro paso suspendido,
cual nave que ha llegado a la bahía. 78
En aquel nuevo círculo, el oído
tendí, de novedades al acecho,
y, vuelto hacia el maestro, he inquirido: 81
«Oh dulce padre, ¿cuál ofensa han hecho
aquellos a quien este claustro aqueja?
Si para el pie, tu voz camine un trecho». 84
Y él me dijo: «El amor al bien que ceja
ante el deber, aquí se afina y llora;
aquí el moroso remo se maneja. 87
Mas, para ver más claro, vuelve ahora
tu mente a mí; que fruto, mientras dura,
te podrá producir nuestra demora. 90
Jamás ni creador ni criatura
—continuó— vivieron sin amor,
ya elegido, ya efecto de natura. 93
El natural está libre de error,
mas puede el otro errar por mal objeto
o por exceso o falta de vigor. 96

Mientras el bien mayor busca, discreto,
y los menores ama con mesura,
a torcida pasión no está sujeto;
mas si se inclina al mal, o el bien procura
con más o menos celo que el sensato,
contra el propio Hacedor obra su hechura.
Bien puedes deducir de lo que trato
que amor de todo bien es la simiente
y de todo lo digno de reato.
Mas, puesto que al amor es conveniente
no ir contra su sujeto dirigido,
el odiarse a sí mismo no consiente.
Como un ser no se entiende dividido,
y existente por sí, del ente primo,
que pueda odiarle aquél no es consentido.
Queda, si dividiendo bien estimo,
que el mal que se ama es el ajeno, y nace
este amor de tres modos en tu limo.
Hay quien estima que excelente se hace
con el mal del vecino, y así brama
porque su excelsitud se despedace;
hay quien poder y gracia, honor y fama
teme que va a perder si otro la adquiere,
y se entristece y lo contrario ama,
y hay a quien una injuria tanto hiere
que sólo a la venganza ansioso aspira

y hacerle daño al semejante quiere.
Abajo este triforme amor suspira,
y creo que tu mente ya comprende
al que corre hacia el bien mientras delira.
Cada cual hacia un bien confuso tiende
y espera que a su logro la paz siga,
y por lograrlo cada cual contiende.
Si el lento amor allí no se fatiga
por él, al que mostró arrepentimiento
aquí, en esta cornisa, se castiga.
Hay otro bien que nunca os da contento,
que no es felicidad, que nunca abona
al buen fruto, ni de él es fundamento.
El amor que demás se le abandona
Sobre nosotros llora en tres sectores;[174]
mas cómo, tripartito, se razona
lo callo, porque tú mismo lo explores».

CANTO XVIII

CORNISA IV: SOBRE EL AMOR.
INDOLENTES

Corren gritando ejemplos de diligencia. Nuevo discurso de Virgilio sobre el amor y el libre albedrío. Ejemplos de diligencia e indolencia castigada. El abad de San Zenón.

Aquel alto doctor a su argumento
puso fin, y a los ojos me miraba
para ver si me hallaba ya contento;
mas, como nueva sed me estimulaba,
«El mucho preguntar tal vez le hastía»,
dije por dentro, y fuera lo callaba.
Pero el padre veraz, que percibía
que por temor no abría mi querer,
hablando desató la lengua mía.
«Maestro —dije—, avívase mi ver
tanto a tu luz, que cuanto me has propuesto
y analizado puedo comprender.
Y te suplico, dulce padre honesto,
que expliques el amor que es el causante
de todo buen obrar y de su opuesto.»
Y él: «Dirige hacia mí la penetrante
luz de la mente y mira que protesta
de que el ciego conduzca al viandante.
Nace el alma al amor ya predispuesta,

muévese a cada cosa que le place
cuando por el placer en acto es puesta.
De un ser veraz en vuestra mente nace
la imagen, y por dentro la despliega,
y al ánimo hacia sí volverse hace;
y si, vuelto por fin, a ella se pliega,
tal plegarse es amor, que éste es natura
que por placer de nuevo se os entrega.
Luego, cual tiende el fuego hacia la altura,
pues a subir su forma está llamada
a donde más en su materia dura,
así la voluntad se halla prendada
con anímico impulso, y no reposa
hasta que goza de la cosa amada.
Ya puedes concebir cuan engañosa
es la opinión que dice y asevera
que es todo amor en sí laudable cosa,
pues, aunque su materia siempre fuera
realmente buena, no es el consecuente
que el sello sea tan bueno cual la cera».
«Mi ingenio —dije— sigue atentamente
tus palabras, que amor me han revelado,
mas causa son de que mi duda aumente;
pues, si el amor de fuera nos es dado,
y el ánimo no va con otro pie,
no es su mérito ir recto o desviado.»

«Sólo puedo decirte lo que ve
la razón —me repuso—, mas te atiende
allá Beatriz, que es obra de la fe. *48*
La forma substancial, si bien se entiende,
no es la materia, y a ella vese unida,
y virtud específica comprende, *51*
la que sin operar nunca es sentida
y sólo se descubre en el efecto
como en el verde vegetal la vida. *54*
Pero de dónde van al intelecto
las primeras noticias, no se sabe,
ni de apetencias primas el afecto, *57*
que en vosotros están como la clave
de su miel en la abeja; y, propias siendo,
ni que se alaben ni denigren cabe. *60*
Mas, aunque a éstas las otras vanse uniendo,
innata es la virtud que al hombre ampara
el umbral del consenso protegiendo. *63*

Éste es, pues, el principio que os depara
la ocasión de lograr merecimientos
si el buen o el mal amor toma o separa. 66
Los que razón condujo a los cimientos
vieron bien esta innata libertad,
y de moral legaron monumentos. 69
Aunque le diese el ser necesidad
a todo amor que dentro alza su llama,
tenéis de retenerlo potestad. 72
A la noble virtud Beatriz le llama
libre albedrío, y bueno es que lo guarde
tu mente por si de ello habla tu dama.» 75
Ya casi a medianoche, salió tarde
la luna, y las estrellas escondía,
pues brillaba cual un caldero que arde; 78
y, contra el cielo, el curso recorría
que inflama el sol cuando el de Roma espera
que entre el sardo y el corso se hunda el día.[175] 81
Y la sombra gentil por quien supera
Piétola en nombre a la ciudad mantuana[176]
ya el peso de mi carga depusiera; 84
y yo, que una razón abierta y llana
sobre mi duda había recogido,
andaba soñoliento y con desgana. 87
Mas fui de tal soñera sacudido
cuando a nuestras espaldas una gente

advertimos que había aparecido.
Cual de Ismeno y Asopo la corriente
vio a turba de tebanos que invocaba
favor de Baco con furor demente,[177]
así por aquel círculo trotaba
aquella que, según yo estaba viendo,
buen querer y amor justo cabalgaba.
Pronto se vino encima, pues corriendo
iba sin descansar turba tamaña,
y dos iban delante así plañendo:
«María fue deprisa a la montaña,[178]
y César, que expugnar quería a Ilerda,
punzó a Marsella y luego corrió a España».[179]
«Pronto, pronto, que el tiempo no se pierda
por poco amor —gritaban a la zaga—,
que el afán de hacer bien la gracia acuerda.»
«Oh gente a quien fervor agudo embriaga
y así la negligencia y la tardanza,
por tibieza en las obras, aquí paga;
este que vive —y no os lo digo en chanza—
quiere ir arriba en cuanto luzca el día;
la apertura decid dónde se alcanza.»
Palabras fueron éstas de mi guía;
y uno de aquéllos nos repuso: «Vamos
juntos todos, y así hallaréis la vía.
Tan deseosos de correr estamos

que parar no podemos, y perdona
si, justos, cual villanos nos portamos. 117
Abad de San Zenón yo era en Verona[180]
cuando allí Barbarroja tuvo imperio,
del cual, doliente aún, Milán razona.[181] 120
Hay quien ya tiene un pie en el cementerio[182]
que al monasterio aquel llorará presto,
vuelto el poder que tuvo vituperio, 123
porque a su hijo, de cuerpo descompuesto,
y peor de la mente, y malnacido,
en el lugar de su pastor ha puesto».[183] 126
No sé si se ha callado o ha seguido,
pues se había alejado una gran pieza,
mas con gusto recuerdo lo entendido. 129
Y aquel que me asistía en mi flaqueza
«Vuélvete —dijo—, que mostrarte quiero
a dos que van mordiendo a la pereza». 132
Tras los demás decían: «Fue primero
muerto el pueblo que al mar vio separado
que el Jordán contemplase su heredero;[184] 135
y quien hasta el final no se ha afanado
con el hijo de Anquises, diligente,
a una vida sin gloria se ha entregado».[185] 138
Cuando tan lejos iba aquella gente
que de nuestras miradas se escapaba,
un pensamiento me acudió a la mente 141

que nuevos pensamientos engendraba,
y tanto de uno en otro fui vagando
que a su vagar los ojos ya cerraba, 144
el pensamiento en sueño transmutando.

CANTO XIX

CORNISA IV: INDOLENTES.

CORNISA V: AVAROS Y PRÓDIGOS

Sueño de Dante. El ángel de la diligencia borra la cuarta pe *a Dante, cantando* Beati qui lugent. *Yacen boca abajo cantando* Adhaesit pavimenso anima mea*, recitando ejemplos de pobreza y generosidad durante el día y de avaricia durante la noche. Adriano V.*

A la hora en que imposible es al diurno[186]
calor templar el frío de la luna,
vencido por la tierra, o por Saturno;
cuando el geomante su Mayor Fortuna,[187]
antes del alba, mira en el Oriente
surcar su vía poco tiempo bruna,
vi en sueños una hembra balbuciente,
con ojos bizcos y con pies virados,
con manos mancas y color muriente.
Yo la miraba; y, como confortados
se ven los miembros que la noche helaba,

así vi en poco tiempo enderezados
los suyos por mis ojos; y soltaba
la lengua, y su semblante desvaído
el tinte que el amor quiere tomaba.
Cuando el decir le fue restituido,
cantó de tal manera, que con pena
de escucharla me hubiera distraído.
«Soy —cantaba—, soy yo dulce sirena
que a los marinos en la mar desvío,
pues escucharme de placer les llena.
Dejar a Ulises hizo el canto mío[188]
su vagar; y escasea quien rehúsa
frecuentarme y rendirse a mi albedrío.»
Esta canción no daba por conclusa
cuando surgió una dama[189] santa y presta
a mi lado, y quedó la otra confusa.
«Oh Virgilio, oh Virgilio, ¿quién es ésta?»,
fieramente exclamaba, y él venía
con los ojos clavados en la honesta.
Cogió a la otra, y por delante abría,
para el vientre mostrar, su vestidura,
y desperté al hedor que de él salía.
Miré al maestro y exclamó: «Procura
levantarte: tres veces te he llamado.
Para que entres, busquemos la apertura».
Llenos de día vi, ya levantado,

los círculos del monte penitente,
y con el sol detrás hemos andado.
Siguiéndole, llevaba yo la frente
cual persona de ideas agobiada
que hace de sí medio arco de una puente,
cuando escuché «Venid: ésta es la entrada»
a una voz tan benigna y tan suave
que en la marca mortal nunca es usada.
Casi de cisne, abrió sus alas de ave
quien nos habló, y arriba encaminóme
entre los muros de la roca grave.
Meneando las plumas ventilóme,
qui lugent[190] ser beatos afirmando,
pues que hallarán consuelos auguróme.
«¿Qué tienes, que a la tierra vas mirando?»,
mi acompañante comenzó a decirme
cuando el ángel abajo iba quedando.
«Perplejo —dije yo— me hace sentirme,
y así me curva, la visión postrera
que no me deja del pensar partirme.»
«Has visto —respondióme— a la hechicera
por la que más arriba están plañendo,
y has visto cómo el hombre se libera.
Baste, pues, y la tierra ve batiendo:
vuelve los ojos al cimbel que gira,
pues sus ruedas el Rey está moviendo.»[191]

39 42 45 48 51 54 57 60 63

Cual halcón, que sus pies primero mira,
se vuelve al grito y, luego, el ala tiende
por el deseo que la presa inspira,
tal hice, hasta llegar donde se hiende
la roca y abre paso por el tajo
adonde el otro círculo se extiende.
Al que es el quinto me llevó el atajo,
en el que llora gente y se hermosea
yaciendo contra el suelo boca abajo.
Adhaesit pavimento anima mea[192]
es la plegaria, apenas por mí oída,
que, suspirando, allí se clamorea.
«Oh vosotros, de Dios gente elegida,
cuya esperanza a la tortura acalla,
decidnos dónde está la otra subida.»
«Si el tener que yacer no os avasalla
y queréis encontrar pronto la vía,
con la diestra hacia fuera se la halla.»
Así rogó el maestro, y respondía
uno un poco adelante, y por lo hablado
advertí lo que al otro se escondía,
mis ojos a los ojos he tornado
de mi señor, que con amable gesto
lo que pidió mi vista me ha otorgado.
Viéndome a hacer mi gusto libre y presto,
me incliné sobre aquella criatura,

que se puso al hablar de manifiesto.
«Alma —le dije— en quien llorar madura
lo necesario para a Dios volverte,
tu cuidado olvidar por mí procura.
Di quién fuiste y por qué estás de esta suerte,
la espalda arriba, y si pudiera allí
de donde vengo vivo socorrerte.»
«¿Vas a saber —me dijo— por qué a sí
nos vuelve el dorso el cielo, mas primero
scias quod ego successor Petri fui.[193]
Baja, entre Siestri y Chiávari, ligero,
un riachuelo bello, y mi apellido[194]
se alzó al ser de su nombre el heredero.
Un mes y pocos días he sentido
cuan pesa el manto a aquel que de hez lo guarda,
que otro peso a una pluma es parecido.
Mi conversión, ¡ay triste!, fue muy tarda;
mas cuando fui romano pastor hecho,
la vida, al punto, descubrí bastarda.
Bien vi que allí no se aquietaba el pecho
ni más subir podía en esa vida,
y mi amor buscó en ésta su provecho.
Hasta allí, mi alma estuvo dividida
de Dios, y miserable fue y avara:
y aquí como estás viendo es corregida.
Lo que hace la avaricia se declara

aquí, y el convertido purga en duelo,
que en el monte peor pena no hallara.
Y como el ojo no se alzaba al cielo
y miró a lo terreno con codicia,
la justicia sumérgelo en el suelo.
Y así como apagaba la avaricia
al amor, nuestros méritos perdidos,
así aquí nos oprime la justicia,
de pies y manos presos y ceñidos;
y en tanto el justo Sir sea gustoso,
aquí estaremos quietos y tendidos.»
Yo estaba arrodillado y silencioso,
y cuando quise hablar, tan sólo oyendo,
él advirtió mi obrar respetuoso.
«¿Qué razón —dijo— así te está torciendo?»
«Pues fuisteis —respondí— pastor romano,
la conciencia me estaba remordiendo.»
«¡Tente de pie! —me dijo—. ¡Arriba, hermano!
No yerres: que consiervo soy contigo,
y los demás, del mismo soberano.
Con el santo Evangelio te castigo:
si al leer *necque nubent*[195] lo entendiste,
bien puedes comprender lo que te digo.
Vete ya, que bastante aquí estuviste,
pues perturbando estás la pena mía,
con que maduro lo que tú dijiste.

Tengo allá una sobrina que Alagia[196]
se llama, y buena es, mientras no pueda
pervertirla la triste casa mía.
En el mundo tan sólo ella me queda.»

CANTO XX

CORNISA V: AVAROS Y PRÓDIGOS.
TERREMOTO

Ejemplos de pobreza. Hugo Capeto.
Ejemplos de avaricia castigada.
Terremoto mientras las almas cantan
Gloria in excelsis Deo.

Con pena a más querer querer porfía;
y yo, por agradar, contra mi agrado,
no en el agua sacié la esponja mía.
Movíme, y mi maestro movióse a do,
junto a la roca, hay paso; y avanzaba
como quien va contra un muro almenado;
que la gente que en llanto destilaba,
gota tras gota, el mal que el mundo habita
demasiado hacia el borde se acercaba.
¡Antigua loba, siempre seas maldita,
que haces más presas que ninguna fiera,
pues siempre el hambre tu codicia excita!
Oh cielo, a cuyos giros se dijera
que este mundo podría transmutarse,
¿cuándo vendrá quien pueda echarla fuera?
Muy lentamente allí debía andarse,
y escuchando a las sombras, las oía
con gran piedad llorar y lamentarse;
y por ventura oí «Dulce María»
clamar ante nosotros, como llanto

de embarazada a la que llega el día,
y proseguir: «Tan pobre fuiste cuanto[197]
se pudo comprobar en el hospicio
donde expusiste a tu portado santo».
Oí seguidamente: «¡Oh buen Fabricio,
más quisiste pobreza virtuosa
que gran riqueza disfrutar con vicio!».[198]
Tanto me plugo oír aquella prosa
que me acerqué para tener certeza
de quien, según creí, dijo tal cosa.
Hablando estaba aquél de la largueza
que Nicolás les hizo a las cuitadas
doncellas, en honor de su pureza.[199]
«Alma —dije— de frases inspiradas,
di quién has sido, y cómo de esta suerte
por ti sola estas loas son cantadas.
Merced por tu respuesta puedo hacerte
si vuelvo a completar la corta senda
de esa vida que vuela hacia la muerte.»
«Te lo voy a decir, no porque atienda
nada —dijo— de allá, mas porque tanta
gracia antes de morir te recomienda.
Yo fui raíz de la malvada planta[200]
que da a la cristiandad sombra agobiante
por la que buenas mieses no levanta.
Ojalá Lila y Douay, Brujas y Gante[201]

pudieran su venganza ver cumplida;
de ella ante el sumo juez soy demandante. 48
Hugo Capeto me llamaba en vida:
los Felipes y Luises me han seguido
que tienen a la Francia mal regida. 51
De un carnicero de París nacido,[202]
cuando ya no hubo rey que fuera bueno
—salvo el que paños grises ha vestido—,[203] 54
yo me encontré en las manos con el freno
del gobierno del reino, y poderío
tan grande tuve, y tan de amigos lleno 57
me vi que coronóse un hijo mío
con la corona viuda; desde el cual
se inauguró el sagrado señorío. 60
En tanto que la dote provenzal[204]
no privó de vergüenza a la grey mía,
poco valió, mas no hizo ningún mal. 63
Allí empezó, por fuerza y con falsía,
su gran rapiña; y, luego, por enmienda,
tomó Ponthieu, Gascuña y Normandía. 66
Carlos fue a Italia y, luego, por enmienda,
suplicio a Conradino[205]; y, conspirando,
a Tomás mandó al cielo[206], por enmienda. 69
Veo un tiempo, que ya se está acercando,
en el que Francia nuevo Carlos lanza
para irse, con los suyos, ostentando. 71

Sale sin armas, sólo con la lanza
con que Judas justara, y con su punta
hace a Florencia reventar la panza.[207] 75
No tierras, mas vergüenza y culpa junta,
por lo que tanto más su mal se agrava
cuanto es menor el daño que barrunta. 78
Al que preso su nave abandonaba
regatear por su hija le estoy viendo,
como suele el corsario con la esclava.[208] 81
Oh avaricia, que así estás oprimiendo
a mi sangre, ¿le harás daño más vivo
si está su propia carne malvendiendo? 84
Veo en Añani al lis[209], porque excesivo
no luzca el mal futuro ni el pasado,
ya Cristo en su vicario hecho cautivo.[210] 87
Veo cómo otra vez es humillado;
vinagre y hiel renuevan el ejemplo
y entre ladrones vivos es colgado. 90
Nuevo Pilatos[211] tan cruel contemplo
que no le sacia, y lleva sin decreto
las ambiciosas velas contra el Templo. 93
Oh Señor mío, ¿de tamaño reto
gozar no he la venganza que, celosa,
hace dulce a la ira en tu secreto? 96
Lo que antes dije de la sola esposa
del Espíritu Santo, a cuyos sones

has venido a que te haga yo la glosa, 99
de todas las diurnas oraciones
es respuesta; y del día a la caída
de lo contrario tratan las canciones. 102
De Pigmalión recuérdase la vida,
quien ladrón, parricida y fraudulento
fue por la sed del oro desmedida[212]; 105
y la inopia de Midas avariento,
que siguió a su demanda ansiosa y lerda,
por la que toda burla viene a cuento.[213] 108
De Acán el insensato se recuerda
cómo hurtó los despojos, que la ira
de Josué parece que aún le muerda.[214] 111
A su esposo acusamos con Safira[215];
alabamos las coces a Heliodoro[216],
y por el monte con infamia gira 114
Polinéstor[217] matando a Polidoro;
"Oh Craso —aquí se grita finalmente—
di, pues lo sabes: ¿cómo sabe el oro?".[218] 117
Unos a voces y otros suavemente
hablan, según su impulso, en esta zona,
y es su voz más tranquila o más vehemente; 120
mas del bien que de día se razona
no hablaba yo tan sólo, aunque a mi lado
no elevase la voz otra persona.» 123
A éste detrás habíamos dejado,

tratando de subir por la ladera
cuanto en tal ocasión nos era dado,
cuando sentí, cual si algo se cayera,
temblar el monte; y me noté de hielo
como se siente el que la muerte espera:
no con tal fuerza sacudióse Delo
antes de que Latona hiciese el nido
en que parió a los dos ojos del cielo[219].
Tal grito por doquier hemos oído
que, acercándose a mí, me dijo el guía:
«No dudes, que por mí eres conducido».
Gloria in excelsis Deo[220] repetía
cada uno al mismo tiempo, y sus clamores,
como estábamos cerca, comprendía.
Igual nos suspendió que a los pastores
que primero lo oyeron aquel canto,
hasta que terminó con los temblores.
Luego seguimos el camino santo,
viendo yacer las sombras en la tierra
y proseguir su acostumbrado llanto
La ignorancia jamás con tanta guerra
encendió mi deseo de saber
—si mi memoria, al recordar no yerra—
cuanta, pensando, me hizo sostener;
ni, por la prisa, preguntar osaba,
ni por mí era capaz de comprender,

y temeroso y pensativo andaba.

CANTO XXI

CORNISA V: ESTACIO

Causas del terremoto.

Esa sed natural que sólo sacia
el agua en que pidió la mujercita
samaritana[221] recibir la gracia
me afligía; y mayor era mi cuita
por seguir tras mi guía el atascado
camino de la justa y ya descrita
venganza. Y como Lucas ha narrado
que a dos se apareció Cristo en su vía
tras el sepulcro haber abandonado,[222]
apareció una sombra, y nos seguía
contemplando a la turba que allí yace;
y, antes de haberla visto, nos decía:
«¡Dios, con su paz, hermanos, os solace!».
Deprisa nos volvimos, y Virgilio
hizo el gesto que en tales casos se hace.
Luego dijo: «En el plácido concilio
te ponga en paz la corte verdadera
que me relega en el eterno exilio».
«¡Cómo! —dijo, y la marcha era ligera—;
si espíritus de gloria no sois dignos,
¿quién os trajo hasta aquí con su escalera?»
Y el guía: «Los que llevan estos signos

que en éste ves y allá el ángel perfila
de reinar con los buenos son condignos.
Mas porque la que día y noche hila
no ha trabajado aún toda la lana
que a cada cual da Cloto[223], y la compila,
su alma, que de las nuestras es hermana,
no puede ir sola, pues a ver no acierta
como nosotros, si esta altura gana.
Por eso abrió el Infierno su ancha puerta
y, en cuanto es a mi escuela permitido,
por mí será su senda descubierta.
Mas, si lo sabes, di: ¿por qué ha crujido
antes el monte y han gritado a una
todos, hasta el cimiento humedecido?».
Con pregunta colmó tan oportuna
mis deseos, pues hizo la esperanza
que estuviese mi sed menos ayuna.
Él contestó: «No ocurre aquí mudanza
que no prevea ya la religión
de la montaña, y no sea de ordenanza.
Libre se halla de toda alteración:
pues lo que el cielo en sí recibe y mueve
es siempre, y no otra cosa, la razón.
Que ni la lluvia, ni granizo o nieve,
ni escarcha ni rocío caen por cima
de los tres grados de la escala breve[224];

ni nube clara o densa se aproxima,
ni el relámpago, ni hija de Taumante[225],
que abajo con frecuencia altera el clima.
Seco vapor no surge más avante
de los tres escalones que he nombrado,
do el vicario de Pedro es vigilante.
Más o menos, abajo habrá temblado
cuando en la tierra algún viento se esconde;[226]
mas, no sé cómo, aquí no ha trepidado.
Este temblor de acá se corresponde
con el sentirse un alma bien purgada:
si va a subir, el grito le responde.
Sólo el querer demuestra que acendrada
se encuentra ya, cuando a mudar convento
invita al alma, y de él es ayudada.
Ya el querer quiso, pero no el talento,
que acepta la justísima condena:
tal pecar quiso, tal ame el tormento.
Y yo, que ya he yacido en esta pena
más de quinientos años, no tenía
libre querer de sede más amena:
por eso el terremoto se sentía
y de las almas el cantar piadoso
que al Señor ser llevadas le pedía».
Dijo, y si cuando bebe más gozoso
se siente el más sediento, yo no puedo

decir cómo su voz me hizo dichoso.
«De la red que os envuelve al tanto quedo
y del temblor, y de por qué esta gente
goza, y cómo se libra del enredo;
mas di quién fuiste —habló el guía prudente—
y por qué tantos siglos has yacido
en este sitio tu palabra cuente.»
«En el tiempo en que Tito, socorrido
del sumo rey, vengó la sangre pura
que vertió el que por Judas fue vendido,[227]
con el nombre que más honra y perdura
—repuso el alma[228]— allende me encontraba,
famoso ya, pero sin fe madura.
Mi voz con tal dulzura modulaba
que, tolosano[229], Roma a sí me trajo
y con mirto mis sienes coronaba.
Aún Estacio me llaman allá abajo:
canté a Tebas, y luego al grande Aquiles,
mas caí soportando este trabajo.
Mis ardores sembraron las gentiles
chispas —y ardí— de la divina hoguera
en cuyas llamas se encendieron miles;
me refiero a la *Eneida*, que ella era
madre que me nutrió poetizando:
sin la cual mi obra un dracma no valiera.
Y, en verdad, por haber vivido cuando

vivió Virgilio, un sol concedería
sobre el tiempo que estuve aquí esperando.» 102
Virgilio, a estas palabras, se volvía
y su rostro, callando, dijo: «¡Calla!»;
mas no siempre el querer los actos guía, 105
que la pasión tan enlazada se halla
con risa y llanto, que es el más sincero
quien, aunque quiera, menos los acalla. 108
Yo le hice un guiño sonriendo, pero
calló entonces la sombra y observóme
los ojos, do el sentir anida entero. 111
«Así corones tu obra —interpelóme—,
¿por qué hace unos momentos tu semblante
de sonrisa un relámpago mostróme?» 114
Preso de ambos me encuentro en ese instante:
uno me hace callar, y me conjura
otro a decir; y, al verme suspirante, 117
comprende el guía y «No tengas pavura
—dice— de hablar, que puedes explicarte:
dile, sin más, lo que saber procura». 120
«Puedes —le dije yo— maravillarte,
alma antigua, porque antes sonreía,
mas mayor maravilla he de causarte. 123
Este que mi mirada a lo alto guía
es el Virgilio aquel por quien tuviste,
al cantar dioses y hombres, valentía. 126

Si a mi risa otra causa atribuiste,
olvídala, porque el motivo es
—y otro no había— lo que de él dijiste.» *129*
Él se inclinó para abrazar sus pies
y «No hagas tal —le dijo—, hermano amado,
que una sombra eres y una sombra ves». *132*
Y él, poniéndose en pie: «Ya has comprobado
del amor que te tengo el fuego ardiente:
que nuestra vanidad he olvidado *135*
dando a una sombra cuerpo consistente».

CANTO XXII

CORNISA VI: VIRGILIO Y ESTACIO

El ángel de la justicia borra la Quinta
pe *a Dante, cantando* Beati qui sitiunt.

Ya el ángel se quedaba a nuestra zaga
—aquel ángel que el sexto cerco abría—,
tras de librar mi frente de una llaga,
ser bienaventurados nos decía
los que aman la justicia, y con sus voces
hasta el *sitiunt* llegó, y enmudecía.[230]
Yo más liviano que por otras hoces
me sentía, y sin pena iba subiendo
tras de los dos espíritus veloces,
cuando Virgilio comenzó diciendo:
«Amor que arde en virtud siempre a otro enciende
con tal de que su llama se esté viendo;
desde que Juvenal[231] bajó de allende
al Limbo, para sernos compañero,
mi afecto de tu afecto bien entiende,
y el mío es tan benévolo y sincero
cual no se vio por no vista persona:
que estas escalas cortas considero.
Mas como amigo dime y, ay, perdona
si franqueza excesiva suelta el freno,
y como amigo cuéntame y razona:

¿cómo abrigar podías en tu seno
a la avaricia, con tu ingenio digno
de que el estudio te mostró tan lleno?». *24*
A estas palabras sonrió benigno
un poco Estacio, y diole esta respuesta:
«Cuanto dices, de amar es caro signo. *27*
Pasan a veces cosas como ésta,
que hacen dudar si es falsa la apariencia
y su razón no se halla manifiesta. *30*
Tu pregunta declara la creencia
de que yo he sido avaro en la otra vida
por el sitio en que hacía penitencia. *33*
Sabe, pues, que muy lejos fue tenida
de mí avaricia, y que esta desmesura
fue por miles de lunas corregida. *36*
Y de no haber buscado yo mi cura
cuando entendí el lugar en que has escrito
al reprender a la humanal natura: *39*
"¿Por qué no riges tú, sacro apetito
del oro, el hambre y sed de los mortales?"[232],
dando vueltas sintiera el triste rito. *42*
Vi que las manos, al gastar caudales,
las alas abrir pueden demasiado,
lo que evité, como los otros males. *45*
¡Cuántos con pelo volverán cortado
por ignorancia, que el que en esto peca

ni en vida ni al final se ve enmendado!
Y sabe que la culpa que se trueca
de un pecado cualquiera en la oponente
al lado de éste sus verdores seca:
y si yo me encontraba entre la gente,
para purgarme, que avaricia llora,
era por lo contrario exactamente».
«Al contar tú la lid provocadora
de la doble tristeza de Yocasta
—el bucólico vate dijo ahora—,
lo que Clío[233] te inspira allí contrasta
con esa fe que entonces no revelas
y sin la cual el buen obrar no basta.
Y si es así, ¿qué sol o qué candelas
te esclarecieron tanto, que guiaste
luego detrás del pescador tus velas?»[234]
Y él dijo: «Tú primero me enviaste
a beber del Parnaso el agua pura
y tú primero en Dios me iluminaste.
Fuiste como el que va en la noche oscura,
que no goza la luz que tras sí lleva
y luces al que va detrás procura,
cuando dijiste: “El siglo se renueva,
retorna el primo y justo tiempo humano,
baja del cielo la progenie nueva”.
Por ti poeta fui, por ti cristiano:

y porque mi dibujo mejor te hable,
para darle color tiendo la mano.[235]
Preñaba al mundo ya la fe inefable
de la vera creencia, que sembrada
fue por nuncios del reino perdurable,
y tu palabra arriba recordada
con el nuevo pregón rimaba tanto
que visité de aquéllos la morada.
Su ejemplo parecíame tan santo
que cuando Domiciano los hería
mis lágrimas juntaba con su llanto;
mientras estuve allí, los socorría,
e hizo su recta vida que sintiera
por cualquier otra secta antipatía.
Y antes yo recibí que condujera
a los griegos a Tebas el bautismo;[236]
mas, por miedo, cristiano oculto era,
y fingí mucho tiempo paganismo;
y más de cuatro siglos he rodado
por el círculo cuarto mi egoísmo.
Mas dime tú, que el velo has levantado
que escondió cuanto bien mi lengua cita,
puesto que de subir tiempo hay sobrado,
nuestro antiguo Terencio[237] dónde habita;
Cecilio[238] y Plauto y Vario ¿en callejones
del Orco sabes tú si sienten cuita?».

«Éstos y Persio[239] y yo, y otros varones
—dijo mi guía— estamos con el griego
que de Musas lactó mayores dones,[240]
en el cerco inicial del penal ciego:
y de nuestras nodrizas allí hablamos,
que se hallan en su monte solariego.
A Antifonte y Eurípides[241] tratamos,
a Agatón y Simónides[242], y a gente
griega que ya ciñó láureos ramos.
De aquellos que cantaste, está presente
Deifila, con Antígona y Argía,
e Ismene[243], que, cual fue, triste se siente.
Allí se ve la que mostró Langía[244];
con Tetis, de Tiresias la hija se halla[245];
y allí, con sus hermanas, Deidamía[246].»
Como el otro, el poeta ya se calla,
que ambos alrededor están mirando,
libres de la subida y la muralla;
y las siervas del día iban quedando
detrás, las cuatro; que la quinta era
la que el timón ardiente estaba alzando[247],
cuando dijo mi guía: «Bueno fuera
volver el hombro hacia la parte diestra
y rodear cual solemos la ladera».
La costumbre fue allí la enseña nuestra,
y más seguros fuimos porque daba

el alma digna de aprobarla muestra.
Delante iban los dos, mientras yo andaba
solo detrás, pendiente de su prosa,
y así mi arte poética aumentaba.
Mas pronto interrumpió su habla armoniosa
un árbol puesto en medio de la estrada,
cuya fruta era suave y olorosa.
Y así como el abeto se degrada
de rama en rama, hacia la tierra hacía,
para impedir tal vez toda escalada.
Del lado que cerraba nuestra vía
derramaba la roca un agua pura
que al suelo, entre el follaje, descendía.
Los dos fuéronse al árbol con presura
y, entre sus frondas, una voz sonora
«No busquéis —dijo— en esta fruta hartura.
Más que en su boca, que responde ahora
por vosotros, pensaba en ver cumplida
la boda con honor Nuestra Señora.[248]
Las antiguas romanas, por bebida,
agua quisieron; y Daniel la ciencia
buscaba, y despreciaba la comida.
Halló, en el Siglo de Oro, la apetencia
en las bellotas cebo suculento
y en la fuente, del néctar la excelencia.
Miel y langostas fueron alimento

que en el desierto le bastó al Bautista,
por lo que fue de santidad portento,
según os enseñó el evangelista».

CANTO XXIII

CORNISA VI GLOTONES

Sufren hambre y sed cantando Domine, labia mea*, y meditando ejemplos de templanza y de glotonería castrada Virgilio cuenta a Estado quiénes son sus compañeros en el Limbo Árbol prohibido. Ejemplos de templanza Forese Donati.*

Mientras la vista entre la fronda verde
fijaba yo del modo que lo haría
el que su vida tras las aves pierde,
«Hijito —el más que padre me decía—,
vente ya sin tardar, que el tiempo impuesto
gastar más útilmente convendría».
Volví el rostro y, con paso igual de presto
que el suyo, tras los sabios caminaba;
pues oírlos y andar no era molesto.
Y llorar y cantar luego escuchaba
Domine, labia mea[249], con acento
tal que goces y penas alumbraba.
«Dulce padre —empecé—, ¿qué es lo que siento?»
«Tal vez sombras serán que desanudan

—contestó— de su deuda el ligamento.»
Cual peregrinos y romeros dudan
cuando hallan gente que es desconocida,
la miran al pasar y no saludan,
tras nosotros, con marcha decidida
venía —y nos miraban asombrados—
una turba devota enmudecida.
Tenían ojos fuscos y cavados,
pálido era su rostro, y tan escuálido
que a él estaban los huesos asomados:
no tendría un aspecto tal de inválido
el rey Erisictón, seguramente,
cuando el miedo a ayunar le puso pálido.[250]
Y yo entre mí pensaba: «¡A aquella gente
que perdiera a Sión tengo delante,
cuando María al hijo le hincó el diente![251]».
Cada ojo era un anillo sin diamante:
y el que en los rostros suele leer *omo*
la eme habría visto en su semblante.
¿Quién creería que el olor de un pomo
su avidez estuviera gobernando,
y aquél de un agua, no sabiendo cómo?
De un hambre tal me estaba yo admirando,
pues su razón no me era manifiesta,
su delgadez y escamas contemplando,
cuando de lo profundo de su testa

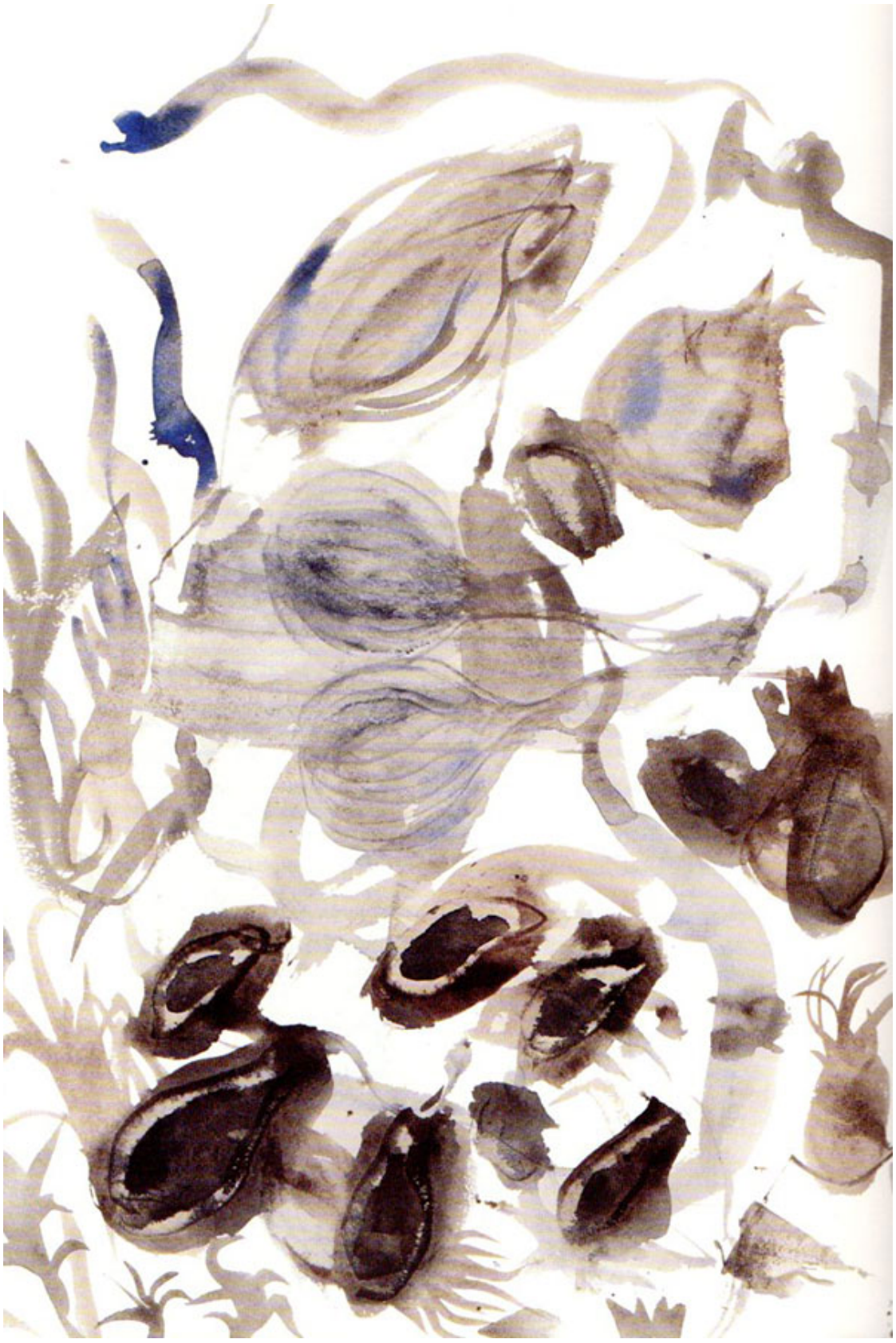
uno empezó a mirarme sorprendido
ya voces exclamó: «¿Qué gracia es ésta?». 42

Nunca su rostro habría conocido,
pero su voz me permitió que viese
lo que su aspecto habíame escondido. 45
Esta chispa logró que se encendiese
de la cambiada boca en mí la idea,
y otra vez vi la cara de Forese[252]. 48
«Oh, no hagas caso de la tiña fea
que mi piel —me rogaba— decolora,
ni de que aquí sin carnes yo me vea; 51
mas de ti la verdad cuéntame ahora
y de los dos que te hacen compañía:
¡no quieras no decirlo sin demora!» 54
«Tu faz, por la que, muerta, yo plañía,
llorar me hace y no menos me acongoja
al verla tan cambiada —le decía—. 57
Pero dime, por Dios, qué así os deshoja,
y hablar no me hagas viéndome asombrado;
que teniendo otro afán hacerlo enoja.» 60

Y él respondió: «Del eterna! Estrado
cae virtud en el agua y en la planta
que atrás, donde me afino, hemos dejado. 63
Toda esta gente que llorando canta,
por caer en la gula sin mesura,
con el hambre y la sed se vuelve santa. 66
Por comer y beber arde y se apura
Los pomos al oler, y el cristalino
líquido que salpica su verdura. 69
Y no sólo una vez, por el camino
girando, nuestra pena se renueva:
solaz que llamar pena es desatino, 72
que el querer que a los árboles nos lleva
es aquel por quien Cristo dijo "Eli"[253]
cuando nos libertó su sangre nueva». 75
«Forese, desde el día —respondí—
en que el mundo trocaste en mejor vida,
no han pasado cinco años hasta aquí. 78
Si antes la fuerza en ti quedó extinguida
de pecar, que el momento te adviniera
del dolor que con Dios nos remarida, 81
¿cómo te hallas aquí sin más espera?
Yo pensé que te hallabas más abajo,
en donde al tiempo el tiempo recupera.» 84
Y él contestó: «Tan pronto aquí me trajo
a beber dulce ajenjo de tormentos

mi Nella con su llanto y su trabajo.
Con sus devotos ruegos y lamentos,
en la costa acortó mi expectativa
y me libró de los demás conventos.
Tanto es a Dios dilecta y persuasiva
esa viudita a la que tanto amé,
cuanto, sola, en el bien es más activa;
que en las hembras mayor pudor se ve
de la sarda Barbagia incontinente
que en la Barbagia en que a ella la dejé.[254]
Dulce hermano, ¿qué quieres que te cuente?
Un tiempo en el futuro he presentido,
que vieja no ha de hacer la hora presente,
en que verán desde el altar prohibido
las descaradas hembras florentinas
que no cubra sus ubres el vestido.
¿Quién a bárbaras vio, ni a sarracinas,
a quienes obligaran a ir cubiertas
espirituales u otras disciplinas?
Mas si esas locas estuvieran ciertas
de lo que el cielo les traerá mañana,
ya, para aullar, sus bocas viera abiertas;
que si mi predicción no es cosa vana,
tristes serán cuando aún no esté apuntando
la barba a quien consuelan con su nana.
¡Ah, hermano, no te sigas ocultando!

Mira cómo esta gente está expectante
mirando a donde el sol estás velando».
«Si al que fui para ti tienes delante
del que eras para mí —yo le decía—,
grave será el recuerdo en este instante.
De aquella vida, aquel que ahora me guía
me alejó, en otro ayer, cuando rotunda
la hermana[255] de aquel otro aparecía
—y el sol mostréle—, y él, por la profunda
noche me ha conducido de los muertos
con mi carne mortal, que le secunda.
Sus cuidados me traen por estos puertos,
subiendo y rodeando la montaña
que endereza del mundo los entuertos.
Y, tal como me dijo, me acompaña
hasta el lugar en que Beatriz espera:
luego, me quedaré sin su compaña.
Virgilio es quien tal cosa prometiera
—y a él apunté—, y el otro es la persona
por la que retembló cada ladera
de vuestro reino, porque lo abandona.»



CANTO XXIV

CORNISA VI: GLOTONES. ÁRBOL PROHIBIDO

Bonagiunta Orbicciani, Martín IV, Ubaldin della Pila, Bonijazio dei Fiescbi, Márchese degli Argogliosi. Segundo Árbol prohibido. Ejemplos de glotonería. El ángel de la templanza borra la sexta pe *a Dante, cantando*
Beati qui esuriunt iustitiam.

Ni hablar a andar, ni andar a hablar, más lento
Hacían; que deprisa, razonando,
íbamos como naves con buen viento;
las sombras, más que muerte aparentando,
admiradas, la viva imagen mía
de su vista en la fosa iban captando.
Y yo con mis palabras proseguía
y «ésa[256] —dije— subiendo se demora
demás, por el que le hace compañía.
Mas ¿sabes tú Picarda[257] dónde mora?
Y dime si estoy viendo a una persona
notable entre esta gente escrutadora».
«Mi hermana, de quien no sé si pregona
la fama más bondad o más belleza,
ya goza en el Olimpo[258] su corona
—dijo primero, y luego—: No es torpeza
nombrar a nadie aquí, donde consunta
la dieta nos tiene la corteza.

Ése —y mostrólo a dedo— es Bonagiunta,
Bonagiunta de Luca[259], y, a su lado,
ese rostro que el hambre más pespunta
estuvo con la Iglesia desposado[260]:
era de Tours y purga con ayuno
anguilas del Bolsena, y lo libado.»
Dio a conocer a muchos, uno a uno,
y todos se mostraron complacientes,
pues no vi ensombrecerse rostro alguno.
Vi en vacío, por hambre, usar los dientes
a Ubaldin dalla Pila[261] y Bonifacio,
que con su torre[262] apacentó a las gentes.
Y vi a micer Márchese, que hubo espacio
de beber en Forlí sin tal sequía,
y era tal que jamás se sintió sacio.
Yo en mirar y escoger me entretenía
y al fin me decidí por el de Luca,
que querer decirme algo parecía.
No sé qué murmuraba de «Gentuca»,
según sentí, la parte en que la llaga
sentía que justicia le manduca.
«Oh espíritu —le dije—, si te halaga
poderme hablar, procura que te entienda
y tu voz a los dos nos satisfaga.»
«Una mujer nació que aún no usa venda[263]
—comenzó—, que agradable habrá de hacerte

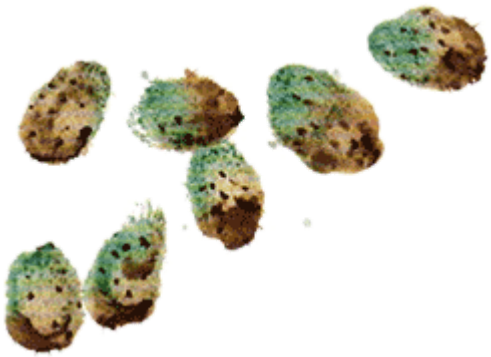
a mi ciudad, aunque otro la reprenda.
Con esta predicción podrás volverte:
si murmurando pude equivocarte,
con los hechos seguro habrás de verte.
Mas dime si estoy viendo al contemplarte
al que hizo nuevas rimas comenzando:
"Damas que del amor sabéis el arte"[264].»
Le contesté: «Yo soy uno que, cuando
Amor me inspira, escribo, y el acento
que dicta dentro voy significando».
«¡Ay! —me dijo—, ya sé qué impedimento
al Notario[265], a Guitón y a mí ha vedado
el dulce estilo nuevo que ahora siento.
Veo que vuestras plumas el dictado
siguen del dictador sin desviarse,
cosa que con las nuestras no ha pasado;
y aquel que en algo más quiera fijarse
no ve lo que hay del uno al otro estilo»,
y, ya contento, decidió callarse.
Cual las aves que invernan junto al Nilo
forman a veces en el aire hileras
y van con vuelo raudo e intranquilo,
de igual modo las almas compañeras,
volviendo el rostro, andaban velozmente,
por su magrura y por su afán ligeras.
Como quien, tras sus socios, lentamente,

cansado de trotar, se va moviendo
hasta que serenado el pecho siente, 72
así al santo rebaño fue cediendo
Forese el paso, y a mi lado iba
«¿Cuándo volveré a verte?» repitiendo. 75
«No sé —repuse— cuánto tiempo viva;
mas mi retorno no ha de ser tan presto
que antes no quiera verme allá en la riba; 78
pues el lugar en que a vivir fui puesto
día a día del bien seca la pulpa
ya arruinarse parece estar dispuesto.» 81
«Ve —dijo— que al que tiene mayor culpa
veo, a la cola de una bestia atado,
ir al valle en que nadie se disculpa. 84
Va el bruto cada vez más desbocado,
hasta estrellarse al fin, y sobre el suelo
queda el cuerpo vilmente destrozado.[266] 87
Esas ruedas —siguió, mirando al cielo—
mucho no han de girar antes que claro
veas lo que a pesar mío te velo. 90
Quédate, pues, aquí; que el tiempo es caro
en este reino, y ya perder no quiero
más, mientras a tu lado aquí me paro.» 93
Como, de su escuadrón, el caballero
al galope se lanza decidido
por ganarse el honor de herir primero, 96

tal, con pasos más largos, ha partido;
y con los dos quedé en aquella vía
que mariscales en el mundo han sido. *99*
Cuando ya tan delante se veía
que mi vista escoltaba su carrera,
como mi mente aquello que decía, *102*
ramas preñadas y vivaces viera
de otro frutal, que no estaba lejano,
pues di con él doblando la ladera. *105*
Debajo vi a una gente alzar la mano
y elevar al follaje su protesta
como niños que anhelan algo en vano, *108*
que ruegan y el rogado no contesta
y, para hacer que crezca el apetito,
lo deseado en alto manifiesta. *111*
Siguió, desengañada, su circuito;
y hacia el árbol nos fuimos al instante
que rechaza las lágrimas y el grito. *114*
«Pasad, sin acercaros, adelante:
un palo arriba está, que mordió Eva,
del que nace esta planta exuberante»[267], *117*
exclamó entre la fronda una voz nueva;
y Virgilio y Estado y yo, agrupados,
seguimos por el lado que se eleva. *120*
«Los malditos en nubes engendrados
recordad, que a Teseo combatieron

—dijo— con dobles pechos, embriagados;[268]
y a los hebreos que al beber cedieron
apartó Gedeón de las legiones
que a Madián, de los montes, descendieron.»[269]
Yendo por una orilla, exclamaciones
contra la culpa de la gula oímos,
a la que siguen tan menguados dones.
Por el camino solo proseguimos
algo más de mil pasos, contemplando,
y ninguna palabra nos dijimos.
«¿En qué, solos, los tres venís pensando?»,
oí de pronto; y, como bestia esquiva
y asustadiza, me encontré temblando.
Para ver quién habló, miré hacia arriba;
y jamás el metal o el vidrio diera
luz tan roja en el homo, ni tan viva,
como aquel que decía: «Si os pluguiera
ir arriba, volveos de este lado,
que pasa por aquí quien paz espera».
Con su aspecto me hallaba yo cegado,
por lo que fui detrás de mis doctores
como el que va por una voz guiado.
Y como, anunciador de los albores,
perfuma el aire en mayo, y su meneo
va impregnado de hierbas y de flores,
tal de un viento sentía el aleteo

en la frente, y la pluma se movía
que de ambrosía trajo un dulce oreo.
Y «Beato al que alumbra —alguien decía—
tanto la gracia, que el amor del gusto
no le humea en el pecho en demasía,
y ajusta su apetito a lo que es justo».



CANTO XXV

CORNISA VII: LA GENERACIÓN. EL ALMA. LOS CUERPOS AÉREOS. LUJURIOSOS

Corren entre llamas, besándose fraternalmente y cantando Summae Deus clementiae*, meditando ejemplos de castidad y de lujuria castigada. Discurso de Estado sobre la generación, el alma racional y los cuerpos aéreos.*

El subir no quería entonces traba,
que a Tauro el sol la meridiana rueda,
y al Escorpión la noche, le dejaba:[270]
por lo que, como aquel que no se queda
y, pase lo que pase, el paso apura
si un aprieto le puso en la vereda,
así entramos los tres por la abertura,
subiendo uno tras otro por la escala,
pues nos desparejaba su angostura.
Y como el cigoñino eleva el ala,
ávido de volar, y no se atreve
y, sin dejar el nido, la resbala,
sentí encenderse y apagarse en breve
mi ansia de preguntar, hasta el instante
en que hice el gesto del que a hablar se mueve.
A pesar de la prisa, el padre amante
«Dispara el arco —dijo sonriente—

del hablar, que hasta el hierro está tirante». 18
Abrí entonces los labios libremente
y dije: «¿Cómo puede hacerse magro
quien se halla do comer no es pertinente?». 21
«Si recordases cómo Meleagro
se consumió porque un tizón ardía[271],
no te supiera —dijo— esto tan agro; 24
y si vieses que se halla en armonía
vuestro gesto y la imagen del espejo,
tal vez blando lo duro se te haría. 27

Mas, para que te aquiete su consejo,
Estacio se halla aquí: con su elocuencia
que cure tus heridas le aconsejo.» 30
«Si a desatar me atrevo en tu presencia
—dijo Estacio— el eterno proveimiento,
lo hago por no mostrar desobediencia. 33
Si guardas —prosiguió— en tu pensamiento
lo que me vas a oír, hijo querido,

tu cómo hallará luz en mi argumento.
La sangre más cabal, que no han bebido
nunca las venas, al quedar sobrante,
cual manjar en la mesa no comido,
toma del corazón fuerza informante
de los miembros humanos, como aquella
que en las venas es de ellos operante.
Digerida de nuevo, se embotella
donde es mejor callar[272], y luego gime
en vaso natural[273] en que a otra sella.
Una sangre contra otra allí se oprime,
dispuesta una a sufrir, y la otra a obrar
en el lugar perfecto en que se exprime;
junto con ella empieza a trabajar,
primero coagulando, y luego aviva
lo que hizo su materia coagular.
Ánima hecha la virtud activa[274]
cual de una planta, en cambio es diferente,
que ésta navega y la otra está en la riba;
tanto obra luego, que se mueve y siente
como el hongo de mar; y a formar tiende
las potencias de que es ella simiente.
Ya, hijo mío, se ensancha y se distiende
la virtud cordial del generante
donde natura, en cada miembro, entiende.
Mas cómo, de animal, se hace parlante

no ves aún, que en este punto ha errado
quien saber poseyó más abundante:
que del alma juzgaba separado
al posible intelecto su enseñanza,
por no encontrarle un órgano apropiado.
Abre tu pecho a la verdad que avanza
y sabe que, tan pronto como el feto
con su cerebro a articular alcanza,
ledo el Primer Motor[275] mira a este objeto
del arte de natura, y ya le inspira
de virtud nuevo espíritu repleto,
que cuanto encuentra activo allí, retira
y mezcla a su substancia, y sólo crea
un alma que en sí misma vive y gira.
Y no te maraville que así sea:
mira el calor del sol que se hace vino
con el humor que de la vid gotea.
Cuando a Laquesis no le queda lino,[276]
se suelta de la carne, y en potencia
llévase al par lo humano y lo divino:
cualquier otro sentido se silencia,
pero ya en acto están más sutilmente
memoria, voluntad e inteligencia.
Sin detenerse, y admirablemente,
de las dos, una orilla la recibe
y advierte qué camino tiene enfrente.[277]

Tan pronto allí el lugar la circunscribe,
por fuerza informativa es afectado,
que obra como en la carne, si ésta vive:
y como el aire, cuando está mojado,
por el rayo de luz que de otro viene
con variado color se ve adornado,
así al aire que en torno de sí tiene
moldea virtualmente con su horma
el alma, que en su centro se detiene,
e, igual que la llamita se conforma
a ir tras el fuego allá do se traslada,
al alma sigue así su nueva forma.
Y la que con el aire está formada
se llama sombra, y su sentir es tanto
que incluso de la vista está dotada.
Por eso hablamos y vertemos llanto
y por eso gimiendo y suspirando
nos has visto al subir el monte santo.
Si hay un afecto que la está agitando,
o un deseo, la sombra lo figura;
ya ves de qué te estabas admirando.»
Llegábamos a la última tortura
y torcimos los tres a mano diestra
como quien de otra cosa ya se cura.
El muro una erupción de llamas muestra,
mas del rellano elévase una brisa

que las rechaza y lejos las secuestra;
uno a uno, marchábamos sin prisa
por el lado expedito, y yo temía
ya al fuego, ya caer de la cornisa.
«Por aquí —mi maestro me decía—
hay que poner a la mirada freno,
pues por poco un mal paso se daría.»
El *Summae Deus clementiae*[278] dentro el seno
del gran ardor estábase cantando;
yo me volví de maravilla lleno
y a sombras vi entre llamas caminando,
y aunque mi andar mis ojos vigilaban,
a ellas los dirigí de cuando en cuando.
Y *Virum non cognosco*[279] articulaban
en alta voz, el himno terminado,
y otra vez en voz baja lo empezaban.
Y, al terminar: «Diana se ha quedado,
tras expulsar a Hélice, en la floresta,
que ésta el filtro de Venus ha probado».[280]
Cantaban más, y hablaban de la honesta
condición de maridos y casadas
que cumplieron la ley que les fue impuesta.
Creo que sólo así son depuradas
mientras el fuego aquél las martiriza,
porque con este pasto son cuidadas
y su llaga al final se cicatriza.

CANTO XXVI

CORNISA VII: LUJURIOSOS

Ejemplos de lujuria castigada. Guido Guinizelli, Arnaut Daniel.

Mientras, uno tras otro, por la orla
íbamos, el maestro repetía:
«Ve con cuidado: yo te advierto»; y por la
derecha el sol a mi hombro diestro hería,
pues ya, radiando, en todo el Occidente
al celeste color blanco volvía;
yo con mi sombra hacía más candente
parecer a la llama; y del indicio
a mucha sombra, andando, vi pendiente.
Ésta fue la razón que diera inicio
a que hablasen de mí, y así empezaron:
«No parece ese cuerpo ser ficticio»;
luego, cuanto pudieron se acercaron
a mí, pero teniéndose a resguardo,
pues el sitio en que ardían no dejaron.
«Oh tú que vas, y no por ser más tardo,
tras los que tal vez sigues reverente,
respóndeme, que en sed y en fuego ardo.
Tu respuesta no es sólo conveniente
para mí, que padecen menos sed
la India y la Etiopía que esta gente.

Di por qué para el sol eres pared,
igual que si tu cuerpo no estuviera
envuelto de la muerte por la red.»
Así uno me decía, y yo me hubiera
manifestado ya, si distraído
por otra novedad no me sintiera;
que otra gente en mitad del encendido
camino, el rostro vuelto contra ésta,
me hizo que la mirase suspendido.
Y vi de cada lado avanzar presta
cada sombra y besarse, una con una,
sin parar, satisfechas de tal fiesta,
de igual manera que en su fila bruna
con la de enfrente hocícase la hormiga,
avisándose el paso y la fortuna.
Apenas cesa la acogida amiga,
y antes que cada sombra otra vez corra,
en gritar cada grupo se fatiga:
«Sodoma —los más nuevos— y Gomorra»;[281]
«Pasifae entra en la vaca —los de antes—
porque el torillo su lujuria acorra».[282]
Y, como van las grullas emigrantes,
ya a los montes Rífeos[283], ya a la arena,
de huir hielos o soles anhelantes,
así el ir y el venir allí se ordena;
y a su primer cantar tornan plañendo,

que en cada grupo el grito de antes suena. 48
Cerca de mí se fueron reuniendo
las mismas que me habían preguntado,
su avidez de escucharme trasluciendo. 51
Viendo yo su deseo duplicado
les empecé a decir: «Almas seguras
de estar en paz un día: no han quedado 54
allá abajo ni verdes ni maduras
mis carnes, que mis miembros van conmigo
con su sangre y sus mismas coyunturas. 57
Para no seguir ciego, subo y sigo:
arriba una mujer me obtiene gracia
para que de este mundo sea testigo. 60
Mas así vuestra sed se vea sacia
sin tardar, y en el cielo se os reciba
que está lleno de amor y más se espacia, 63
decidme, porque yo en papel lo escriba,
quiénes sois vos, y quién es esa turba
que os da la espalda cuando el paso aviva». 66
No de otro modo estúpido se turba
el montañés, y sin hablar se para,
cuando rudo y selvático se enurba[284], 69
de como aquellas sombras en su cara.
Mas en mostrar sorpresa fueron parcas,
que ésta no dura en ánima preclara, 72
y «¡Beato eres tú, que en nuestras marcas

—dijo el que preguntó primeramente—
para morir mejor, pericia embarcas!
La que no se nos mezcla es esa gente
que pecó en lo que César, que, triunfando,
reina se oyó llamar burlonamente[285];
por tal razón “Sodoma” van gritando,
y así se afrentan, tal como has oído,
con vergüenza su fuego alimentando.
Nuestro pecado hermafrodita[286] ha sido;
mas no habiendo cumplido el estatuto
humano, que el bestial hemos seguido,
se nos grita al partir el disoluto
ejemplo, que en oprobio nuestro oímos,
de aquella que entre astillas se hizo bruto.
Ya conoces la culpa en que incurrimos,
no hay tiempo, ni sabría responderte,
si conocer deseas quiénes fuimos.
Mas con mi nombre quiero complacerte:
soy Guido Guinizelli[287], y aquí expío
por dolerme ya al borde de la muerte».
Cual, de Licurgo ante el dolor impío,
dos hijos con su madre procedieron[288],
tal hice yo, pero sin tanto brío,
cuando sus propios labios descubrieron
al padre mío, a quien por cima tuve
de cuantos dulces rimas escribieron.

Sin oír ni decir, absorto anduve,
mientras le contemplaba, un largo trecho,
pero lejos del fuego me mantuve.
Ya de admirarle estaba satisfecho
y a él me ofrecí con la palabra bella
que excita confianza en otro pecho.
Y él me repuso: «En mí deja tal huella
lo que te oigo decir, y así me agrada,
que no le causará el Leteo mella;[289]
mas si juraste con palabra honrada,
di cuál es la razón por que demuestras
tanto amor al hablar y en la mirada».
Yo respondí: «Las dulces rimas vuestras,
que, cuanto durará el uso moderno,
[290]me harán de vuestra tinta amar las muestras».
«Oh hermano mío, aquel que allí discierno
—dijo de uno que estaba a nuestro alcance—
fue el mejor forjador de hablar materno.
Versos de amor y prosas en romance
hizo mejores; y al estulto deja
que al Lemosín[291] defienda a todo trance.
No a lo cierto, a la voz tienden la oreja,
y afirman su opinión en argumentos
que ni arte ni razón les aconseja.
Así, de los antiguos los acentos
hicieron de Guitón[292] el más egregio,

mas de otros le vencieron los talentos.
Si disfrutas del alto privilegio
de elevarte hasta el claustro en que maestro
es Cristo, y es abad de su colegio,
dile por mi intención del padrenuestro
lo que nos es preciso en este mundo
donde no es el pecar asunto nuestro.»
Tal vez sitio dejándole a un segundo
que cerca estaba, vi que se perdía
entre el fuego, cual pez en lo profundo.
Me aproximé al instante al que me había
mostrado, y la manera le hice oír
gentil con que a su nombre acogería.
Y él libremente comenzó a decir:
«Tan m'abellis vostre cortes deman,
qu'ieu no me puesc ni voill a vos cobrire.
Ieu sui Arnaut, que plor e vau cantan,
consiros vei la pastada folor,
e vei jausen lo joi Quesper, denan.
Ara vos prec, per aquella valor
que vos guida al som de l'escalina,
sovenba vos a temps de ma dolor!»[293]
Y se escondió en el fuego que allí afina.

CANTO XXVII

CORNISA VII: PASO DEL FUEGO. SUEÑO DE DANTE. DESPEDIDA DE VIRGILIO

El ángel de la castidad borra la séptima pe *a Dante, cantando* Beati mundo corde. *Paso del juego. Sueño de Dante y ascensión al Paraíso por la escalera. Despedida de Virgilio.*

Como cuando su luz primera vibra
donde su autor la sangre ha derramado,
y el Ebro yace bajo la alta Libra
y está a la nona el Ganges abrasado,
se hallaba el sol; y se alejaba el día
cuando el ángel surgió letificado.
Beati mundo corde[294] profería
fuera del fuego, en medio del alero,
con solfa que a las nuestras excedía.
«No se sigue si no muerde primero
la hoguera, ánimas santas: id entrando,
que a la canción de allá sordas no os quiero»,
dijo cuando a él estábamos llegando;
y, oyéndole, quédeme en tal instante
como el que en una fosa están echando.
Me encogí con las manos por delante,
que el recuerdo pintó con trazo fuerte
cuerpos que vi en la pira llameante.
Giró mi escolta y viome de esta suerte,

y Virgilio me dijo: «Hijo querido,
puede aquí haber tormento, mas no muerte.
¡Acuérdate! Recuerda que yo he
sido quien de Gerión[295] a lomos te salvara:
¿qué no haré, si hacia Dios hemos subido?
Sabe que si en su vientre te albergara
esta llama por mil y por más años,
ni de un cabello calvo te dejara.
Si mis palabras tomas por engaños,
acércate y adquiere la creencia
aproximando el borde de tus paños.
Ahuyente a tu temor tal evidencia;
¡ven aquí y entra!, ¡ven y está seguro!».
Yo quieto, contrariando a mi conciencia.
Cuando tan terco me advirtió y tan duro,
«Hijo —exclamó turbado—, el miedo deja,
que entre tú y Beatriz se halla este muro».
Como al nombre de Tisbe alzó la ceja
Píramo, y la miró mientras moría,
cuando el moral[296] su fruta dio bermeja,
lo que era duro en mí blando se hacía,
y a mi sabio volvíme, el nombre oyendo
que siempre en flor está en la mente mía.
«¡Cómo! —dijo, la testa sacudiendo—,
¿nos quedamos aquí?», con la sonrisa
del que una fruta a un niño está ofreciendo.

A la hoguera, ante mí, se fue deprisa,
rogando a Estacio que detrás viniese,
que anduvo entre los dos por la cornisa. 48
Al verme dentro, en un vidrio que hirviese
me hubiera echado yo por refrescarme,
pues tal ardor no habría quien midiese. 51
Y aquel padre, queriendo confortarme,
me dijo de Beatriz mientras andaba:
«Ya creo con sus ojos encontrarme». 54
Una voz nos condujo, que cantaba,
al otro lado: habiéndola seguido,
salimos al lugar que se elevaba. 57
Venite, benedicti, hemos oído,
Patris mei[297], de la luz que allí florece,
y es tanta que mirarla no he podido. 60
«El sol se va —siguió—, la tarde crece:
no os detengáis, al pie dadle trabajo
mientras no el occidente se ennegrece.» 63
Recto, el camino, entre el rocoso tajo,
iba hacia donde yo cortando iba
al sol los rayos, que lucía bajo. 66
Muy pocos pasos dimos hacia arriba,
y al sol dormir, al ver mi sombra irse,
sentimos yo y mi sabia comitiva. 69
Y antes que con igual color cubrirse
pudiera el horizonte en cada trecho

y la noche llegase a repartirse,
de un escalón cada uno hicimos lecho,
que el monte, de subir nos fue quebrando
el deleite, y las fuerzas en el pecho.
Como se quedan, mansas y rumiando,
las cabras —que han estado por la cumbre,
antes de hartarse, ariscas y saltando—
a la sombra, si aviva el sol su lumbre,
junto al pastor, que apóyase en su vara
y de guardarlas guarda su costumbre;
y cual zagal que fuera pernoctara
mientras el hato duerme sosegado,
por si un animal fiero lo atacara;
de ese modo los tres hemos quedado,
yo como cabra, y ellos de pastores,
en la gruta que albergue nos ha dado.
Poco podía ver los rededores,
mas yo, por aquel poco, las estrellas
contemplaba, más claras y mayores.
Y, ora rumiando, ya la vista en ellas,
tomóme el sueño que, frecuentemente,
antes que el paso está viendo las huellas.
A la hora, creo yo, que desde oriente
Citerea sus rayos difundía[298],
que de fuego de amor parece ardiente,
bella y joven, en sueños yo creía

a una mujer mirar, que en una landa
cantaba, mientras flores recogía:
«Sepa, si alguien mi nombre me demanda,
que yo soy Lía, y muevo con gracejo
las manos para hacerme una guirlanda.[299]
Me adorno por gustarme en el espejo,
y otra cosa Raquel, mi hermana, no hace
que sentarse del suyo ante el reflejo.[300]
Sus bellos ojos ver a ella le place
igual que a mí adornarme con las manos,
a ella mirar, y a mí obrar, nos complace».

Los rayos, al lucir, antelucanos,
que al peregrino alegran que, volviendo,
a albergues llega ya menos lejanos,
a las tinieblas iban encogiendo
y a mi sueño a la vez; y álceme aína
a mis maestros levantados viendo.
«La fruta[301] que a mil ramas encamina,

por buscarla, al afán de los mortales
hoy será de tus hambres medicina.»
Virgilio se volvió y me dijo tales
palabras; y presagio que agasaje
más que éste no escuché, ni otras iguales.
Tanto querer sobre el querer atraje
de estar arriba, que al subir el tajo
para volar crecía mi plumaje.
Cuando ya la subida quedó abajo,
tras de pisar el escalón superno,
Virgilio me miró y a sí me atrajo,
y dijo: «El temporal, y el fuego eterno
has visto; y has llegado hasta esta parte
en la que por mí mismo no discierno.
Te he conducido con ingenio y arte;
desde aquí, tu deseo te conduce:
de escarpas y estrechez logré sacarte.
Contempla al sol que frente a ti reluce,
de hierba, flor y arbustos los destellos
ve, que la tierra de por sí produce.
Mientras llegan los ledos ojos bellos
que junto a ti lleváronme, llorando,
puedes sentarte, o bien andar entre ellos.
Ya mi tutela no andarás buscando:
libre es tu arbitrio, y sana tu persona,
y harás mal no plegándote a su mando,

y por eso te doy mitra y corona».

CANTO XXVIII

FLORESTA DIVINA: MATELDA

Llegada junto al río Leteo. Matelda.

Por recorrer sentíame impaciente
la divina floresta espesa y viva[302]
que amortiguaba al día renaciente,
y, sin pensarlo más, dejé la riba,
yendo por la campaña a paso lento,
que una fragancia exhala que cautiva.
Un aura blanda, en la que mudamiento
no había, me atacaba por delante
no con más fuerza que liviano viento;
y a ella dócil, la fronda, y tremolante,
cedía, y se inclinaba hacia la parte
en que el monte da sombra en tal instante;
mas de la vertical no tan aparte
que muchos pajarillos por las cimas
dejasen de mostrar cuál es su arte;
sino que, alegres, a las horas primas
entre las hojas recibían cantando,
que acompañaban con bordón sus rimas
como de rama en rama van vibrando
por la llanura, en el pinar de Chiaso[303],
cuando Eolo a Siroco[304] va soltando.
Ya me había llevado el lento paso

tan dentro, do la selva se espesaba,
que no hallara el lugar que me dio paso;
allí el camino un río[305] me cortaba
que, con sus parvas ondas, blandamente
a la izquierda las hierbas inclinaba.

Toda agua que en el mundo es transparente
tener parecería mezcla alguna
junto a aquella purísima corriente,
aun cuando discurría un tanto bruna
bajo la eterna vegetal sombrilla
que nunca paso da ni a sol ni a luna.
Quietos los pies, pasé hacia la otra orilla
con los ojos, por ver cómo florece
gran variedad de mayos que allí brilla.
Y se me apareció, como aparece
algo súbitamente, que desvía
al pensamiento, que el asombro empece,
una mujer sólita que venía[306]

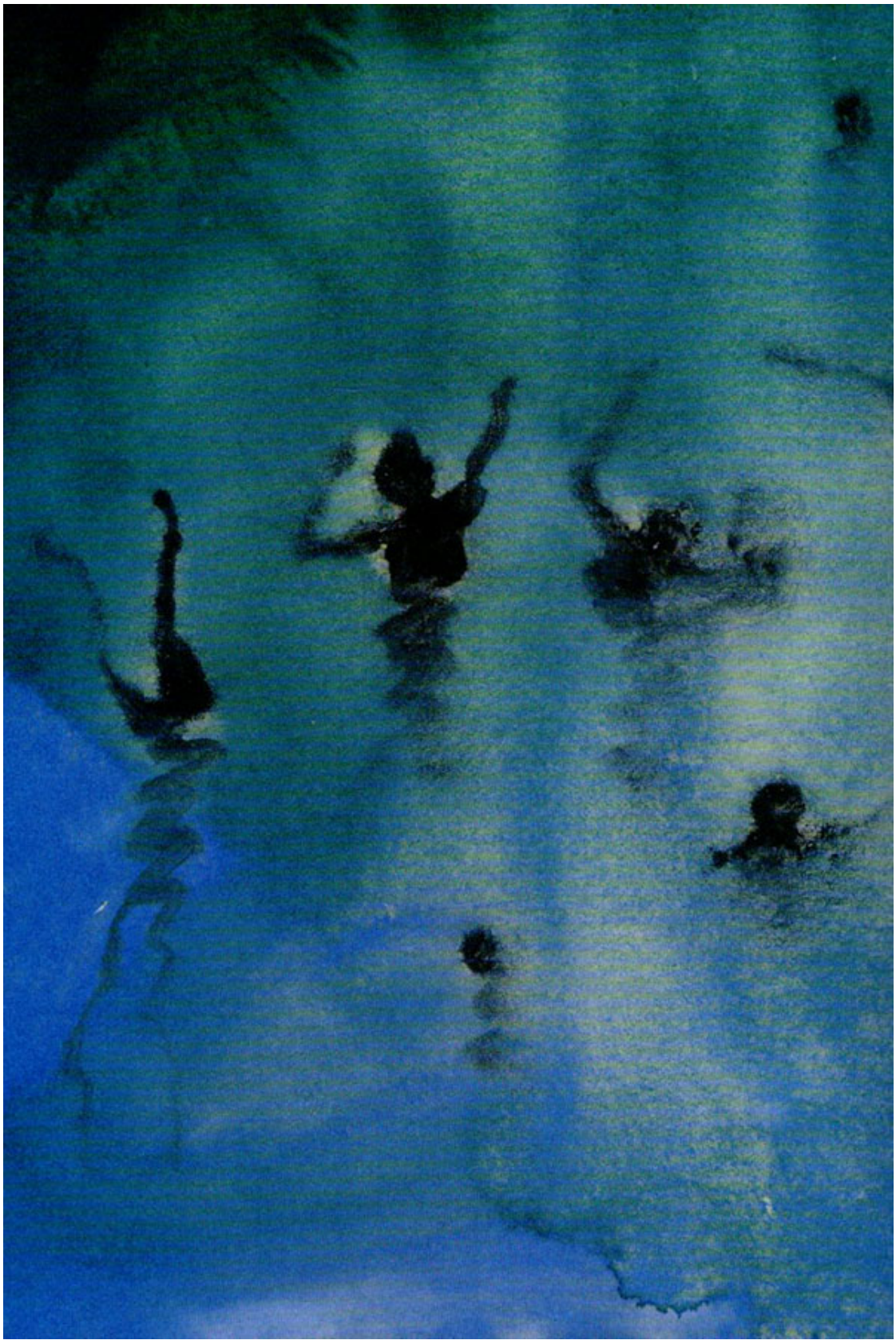
cantando y escogiendo bellas flores
de que pintada hallábase su vía.
«Bella mujer, que con ardor de amores
te abrasas, si juzgando los semblantes
nos denuncian los fuegos interiores,
yo te ruego, cortés, que te adelantes
—le dije— en dirección de esta ribera,
tanto que entender pueda lo que cantes.
Tú me haces recordar cómo y cuál era,
al perderla su madre, Proserpina,
el día que perdió la primavera.»[307]
Cual se suele volver la bailarina,
a tierra y entre sí los pies unidos,
que apenas se dijera que camina,
giró sobre los tallos florecidos
de amarillo y carmín, con movimiento
de virgen, y los ojos abatidos;
y al ruego que le hacía dio contento,
pues tanto se acercó, que su tonada
me trajo de sí misma entendimiento.
Al llegar do la hierba está mojada
por el bello ondear, con dulcedumbre
me regaló, elevando la mirada:
no creo que brillase tanta lumbre
so las cejas de Venus, por la flecha
del hijo herida fuera de costumbre.

En la otra orilla sonrió, derecha,
y más color sus manos me han mostrado
que el que la tierra sin simientes echa.
Por el río tres pasos alejado
de ella, el ancho Helesponto, que pasara
Jerjes[308], que todo orgullo ha domeñado,
no en Leandro[309] mayor odio suscitara,
entre Abidos y Sesto enfurecido,
que aquél en mí, no abriendo su agua clara.
«Nuevos sois, y quizás porque he reído
—ella nos dijo— en este sitio electo
para ser de la humana especie nido,
de asombraros de mí tenéis aspecto;
mas que del salmo *Delectasti*[310] baste
la luz para aclarar vuestro intelecto.
Y tú que vas delante y me llamaste,
di si oír quieres más, que vengo presta
a resolver las dudas que abrigaste.»
«El agua —dije— y son de la floresta
mi nueva fe reconciliar no puede
con cosa que escuché contraria a ésta.»[311]
Y ella: «Yo te diré cómo procede
de su razón lo que admirarte te hace,
hasta que niebla alguna en ti no quede.
El sumo bien, que en sí sólo se place,
bueno hizo al hombre, y éste fue su puesto,

porque en su paz eterna se complace. *93*
Mas por su falta abandonólo presto,
y por su falta, en llantos y trabajo
cambió los gozos y el reír honesto. *96*
Porque la turbación que forma abajo
la exhalación del agua y de la tierra,
que siempre tras de sí el calor atrajo, *99*
no le hiciesen al hombre nunca guerra,
este monte hacia el cielo subió tanto,
y libre de ella está donde se cierra. *102*
Pero como en circuito, mientras tanto,
se vuelve el aire con la prima vuelta
si el cerco no está roto en algún canto, *105*
en esta altura, entre aire vivo suelta,
percute el movimiento y es movida
la selva, y suena, por aquél envuelta. *108*
De este modo, la planta sacudida
con su propia virtud al aire empreña,
y él, girando, la deja repartida; *111*
y la otra tierra, si de hacerlo es dueña
por sí o su cielo, engendra; y diferente
virtud produce diferente leña. *114*
No allá parecería sorprendente,
esto escuchado, ver que alguna planta
brota, aunque no se vea su simiente. *117*
Debes saber que la campaña santa

en que estás, de semillas está llena
y fruta da que allí jamás se planta.
No surge el agua de ninguna vena
en que vapor que cambia el frío vierta,
cual río que la pierde y la almacena;
que sale de una fuente firme y cierta
que tanto del poder de Dios rescata
cuanto vierte, a los dos lados abierta.
De acá desciende, y la virtud desata
que borra la memoria del pecado;
de allá, devuelve la obra que fue grata.
Aquí Leteo, y por el otro lado
Eunoe[312] tiene por nombre y no labora
si aquí y allí primero no es gustado:
su sazón es de todas vencedora.
Y aunque imagino que tu sed se sacia
sin que yo te descubra más ahora,
un corolario te daré de gracia;
no menos, si mis frases te alegraron,
te alegrará mi voz si más se espacia.
Quizás los que de antiguo poetizaron
la feliz Edad de Oro y su ventura
por el Parnaso este lugar soñaron.
Del hombre la raíz aquí fue pura;
siempre dio aquí sus frutos primavera;
de este néctar nos habla su escritura».

Yo, entonces, me volví sin más espera
a mis poetas: vilos sonriendo
por como su discurso concluyera,
y a la bella mujer me fui volviendo.



CANTO XXIX

FLORESTA DIVINA: PROCESIÓN SIMBÓLICA

Procesión simbólica.

Cantando, cual mujer que se arrebata
en amor, tras hablarnos, concluía:
«*Beati quorum tecta sunt peccata!*».[313]
Y cual las Ninfas por la selva umbría
iban solas, aquélla deseando
mirar al sol de que ésta se escondía,
ella movióse contra el río, andando
por la ribera; y yo la seguí atento,
pasito con pasito acompasando.
Los que ambos dimos no sumaban ciento
cuando de forma tal curvóse el río
que a levante giré en aquel momento.
No mucho caminamos por lo umbrío
cuando a mí la mujer volvió el semblante,
diciendo: «Escucha y mira, hermano mío».
Un fulgor recorrió en aquel instante
desde un extremo al otro la floresta,
a un relámpago en todo semejante.
Mas éste es luz que viene y vase presta
y aquel otro, durando, más brillaba,
por lo que yo pensé: «¿Qué cosa es ésta?».

Y por el aire luminoso andaba
un dulcísimo son, y mi buen celo
el ardimiento de Eva condenaba,
que donde obedecían tierra y cielo
una sola mujer recién formada
no quiso soportar siquiera un velo;
bajo el cual, si devota y resignada,
hubiera yo gozado las delicias
inefables de forma prolongada.
Mientras andaba yo entre las primicias
de los eternos goces, suspendido,
e incluso deseando más leticias,
ante nosotros se mostró encendido
cual fuego el aire aquel bajo el ramaje,
y ya era el son cual canto comprendido.
Oh sacrosantas vírgenes[314], si ultraje
de hambre, frío o vigilia soportara
por vos, vuestra justicia me agasaje.
Por mí vierta Helicón[315] el agua clara
y a rimar cosas arduas, con su coro
me ayude Urania[316], y con su voz preclara.
No muy delante, siete árboles de oro
falsificó a mi vista el largo trecho
que había entre nosotros y el tesoro;
mas cuando fue el espacio tan estrecho
que los rasgos comunes que engañaban

confundir la distancia no me ha hecho,
la virtud que mis juicios consultaban
que candelabros[317] eran me decía
y que *Hosanna*[318] las voces entonaban.
El bello arnés por cima refulgía
más claro que la luna en el sereno
de media noche, el mes a media vía[319].
Yo me volví de maravilla lleno
al buen Virgilio y vi, por sus dudosas
miradas, que al asombro no era ajeno.
Volví mi rostro hacia las altas cosas,
que de forma tan lenta iban viniendo
que las vencieran núbiles esposas.
La mujer me gritó: «¿Por qué tú ardiendo
te encuentras por su aspecto reluciente
y aquello que atrás viene no estás viendo?».
Cual guiada por ellos, vi una gente
venir detrás, con alba vestidura;
no se vio acá candor tan esplendente.
A la izquierda brillaba el agua pura
y, a manera de espejo, el curso undoso
repitió, por su izquierda, mi figura.
Cuando, desde mi orilla, el rumoroso
río, no más, me hacía estar distante,
por ver mejor, al paso di reposo,
y vi las llamas ir hacia delante

dejando al aire de colores tinto
con trazo al de pinceles semejante;
y allí lucían con matiz distinto,
en siete bellas listas, los colores
de que el sol hace el arco y Delia el cinto.[320]
Los estandartes, hacia atrás, mayores
eran que mi mirada, y separados
diez pasos calculé los exteriores.[321]
Bajo tan bello cielo vi alineados,
de dos en dos, a veinticuatro ancianos
que avanzaban de lirios coronados.[322]
«Bendita tú —cantando iban ufanos—
en las hijas de Adán, y sean benditas
todas tus gracias por eternas manos.»[323]
Cuando las flores y otras hierbecitas
que frente a mí mostraba la otra orilla
de aquella gente electa fueron quitas,
cual tras una, en el cielo, otra luz brilla,
se acercaron detrás cuatro animales,
la fronda coronaba a esta cuadrilla.[324]
Seis alas cada cual mostraba iguales:
las plumas llenas de ojos; que si Argo
viviese aún, los mostraría tales.
No gastaré más rimas, sin embargo,
en sus formas, lector; que otro dispendio
no me permite ser en éste largo;

mas lee a Ezequiel, que pinta su compendio
tal cual los vio, de la región del frío
venir con viento y nube y con incendio;
suplirá su papel al papel mío,
salvo en las plumas, que a éstas les conviene
el de Juan, y con él yo me desvío.[325]
Encuadran un espacio que contiene
un carro[326], con sus dos ruedas, triunfal,
que un grifo[327] a la cerviz atado tiene.
Abre sus alas a distancia igual
de la de en medio y tres y otras tres listas,
y a ninguna, al hendida, le hace mal.[328]
Tanto las vi subir, que no eran vistas;
las partes de ave, de oro las tenía;
blancas las otras, de bermejo mixtas.[329]
No en Roma al Africano alegraría
carro tan bello, ni aun al mismo Augusto,[330]
que pobre hasta el del Sol parecería;
el del Sol, que al torcerse fue combusto
porque la Tierra oró devotamente
cuando Jove fue arcanamente justo.[331]
Tres mujeres danzaban suavemente
junto a la rueda diestra; y colorada
era una como el fuego más ardiente;
igual que en esmeralda modelada,
en carne y hueso, la segunda era;

la tercera, cual nieve nunca hollada;
tan pronto iba la blanca la primera
como la roja; y por el canto de ésta
tarda su marcha hacían o ligera.[332]
A la siniestra, cuatro hacían fiesta,
de púrpura vestidas, con el gesto
de una que abre tres ojos en la testa.[333]
Tras el grupo de tal forma compuesto,
vi a dos viejos en hábitos dispares,
pares en gesto y continente honesto.
Vi que uno era de aquellos familiares
de Hipócrates el grande, que natura
hizo para remedio de pesares,
mostró el otro contraría catadura,
con una espada lúcida y cortante
que, acá del río, me causó pavura.[334]
De cuatro más, humilde era el semblante,
y, tras todos, a un viejo vi señero
que mostraba al dormir faz expectante.[335]
Los siete como el grupo delantero
iban vestidos, pero sus guedejas
no rodeaba el lirio lisonjero,
sino rosas y flores más bermejas:
vistos de lejos, yo habría jurado
que ardían por encima de las cejas.[336]
Y cuando el coro se encontró a mi lado

se oyó un trueno[337], y aquella gente digna
paró con las insignias[338] que he nombrado, 153
cual si andar les vedase una consigna.

CANTO XXX

FLORESTA DIVINA: BEATRIZ

Beatriz. Desaparición de Virgilio.

Y cuando el septentrión del primer cielo,
que no vio orto ni ocaso, ni cubierto
fue sino de la culpa por el velo,
y por el cual cada uno estaba cierto
de su deber —así el de abajo alerta
a girar el timón para ir a puerto—,[339]
quedó parado, aquella gente cierta
que tras el grifo y él llegó primero
volvióse al carro que su paz concierta,
y uno de ellos, del cielo mensajero,
Veni, sponsa, de Libano[340], cantando
por tres veces, siguióle el grupo entero.
Cual los beatos al postrero bando
deprisa surgirán de su caverna,
la carne revestida aleluyando;
de modo igual en la eternal basterna
se alzaron cien, *ad vocem tanti senis*[341],
nuncios de la verdad y vida eterna.
Todos decían: «*Benedictus qui venis!*[342]
—y echando flores sobre sí y en torno—:
Manibus, oh, date lilia plenis![343]».
Contemplando del día el fiel retorno,

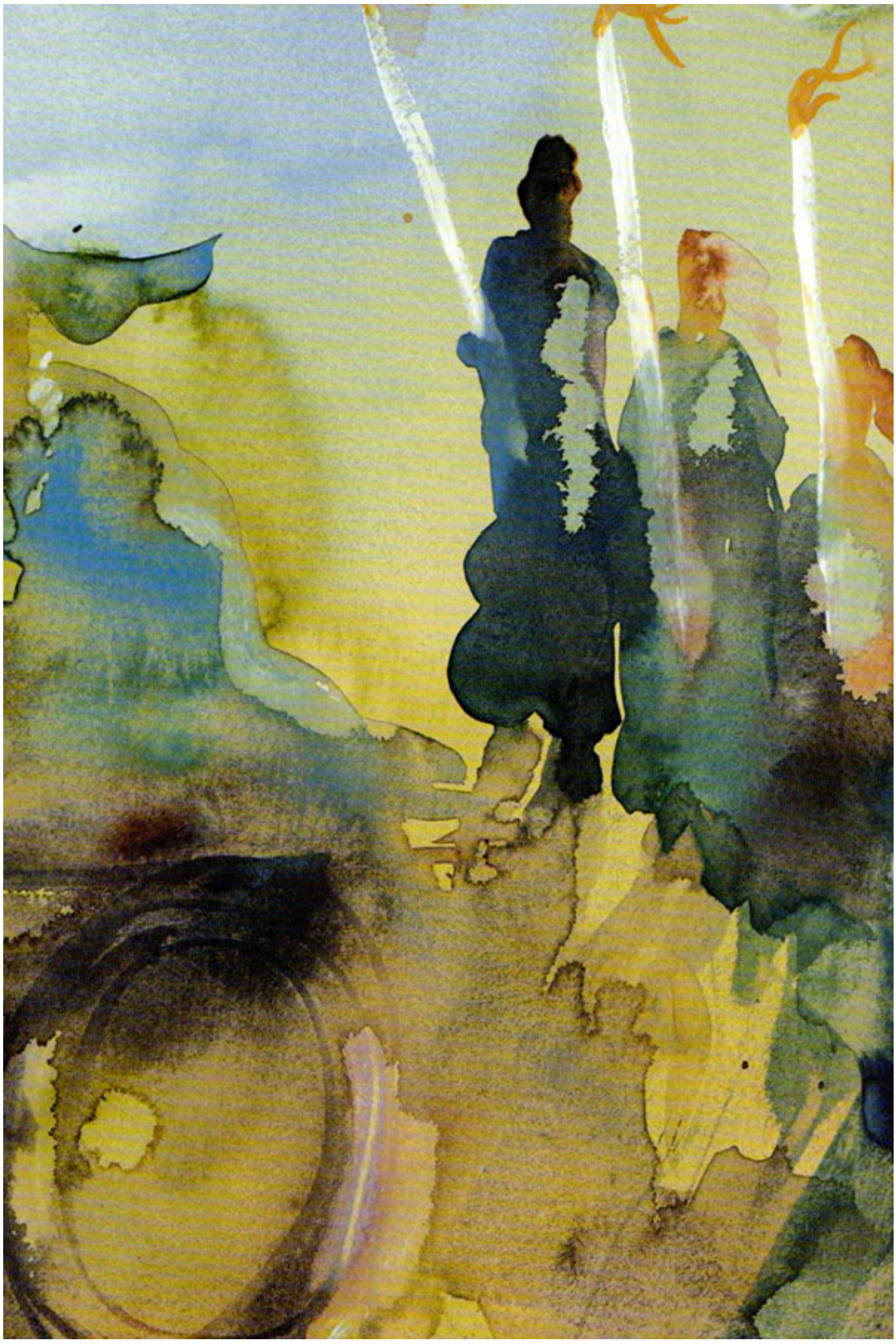
vi la parte oriental toda rosada
y el otro cielo con sereno adorno,
la faz del sol nacía sombreada,
tanto que, por templarla los vapores,
podía resistirla la mirada:
en una nube, así, de bellas flores
que un angélico coro esparciendo iba
y vertió dentro y fuera sus colores,
ceñido el blanco velo con oliva,
una mujer surgió con verde manto,
vestida de color de llama viva.[344]
Y el espíritu mío, que ya tanto
tiempo hacía que, estando en su presencia,
no sufría temblores ni quebranto,
sin despertar mis ojos mi conciencia,
por oculta virtud que ella movía,
de antiguo amor sentí la gran potencia.
Tan pronto como hirió a la vista mía
la alta virtud que ya me había herido
cuando estaba en mi infancia todavía,
los ojos a la izquierda he dirigido,
cual niño que a su madre corre y clama
si tiene miedo o hállase afligido,
por decir a Virgilio: «Ante esta dama,
cada dracma de sangre me ha temblado:
conozco el fuego de la antigua llama»;

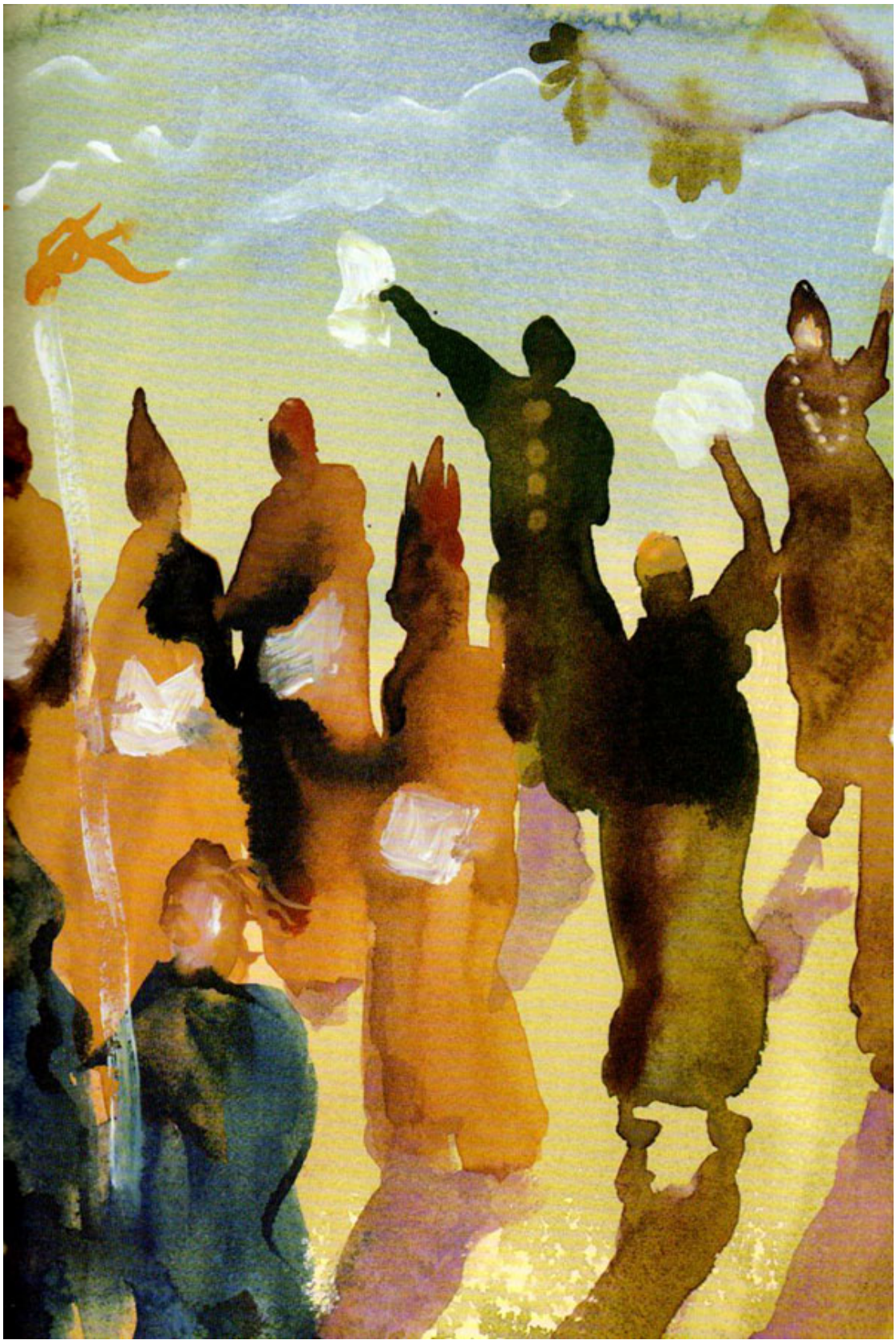
pero Virgilio habíanos privado
de sí mismo, Virgilio, el padre amante,
Virgilio, a quien me había yo entregado;
todo cuanto perdió no fue bastante
la antigua madre, porque no mojada
fuera mi seca faz, ya sollozante.
«Dante, porque Virgilio así se evada
no llores más, no llores más ahora,
pues tendrás que llorar por otra espada.»
Como almirante que, de popa a prora,
la gente que administra visitara
mientras todo lo ordena y avizora,
a la izquierda del carro, cuando alzara
los ojos al oír el nombre mío,
que la necesidad aquí declara,
vi a la que antes surgió con atavío
que veló de los ángeles la fiesta,
mirarme a mí, que estaba acá del río.
El velo que caía de su testa,
ceñido por la fronda de Minerva[345],
no la hacía del todo manifiesta,
pero majestuosa, aunque proterva,
su discurso siguió, con el cariz
de quien lo amable para el fin reserva:
«¡Mírame bien, que yo soy Beatriz!
¿Cómo has subido tan osadamente?

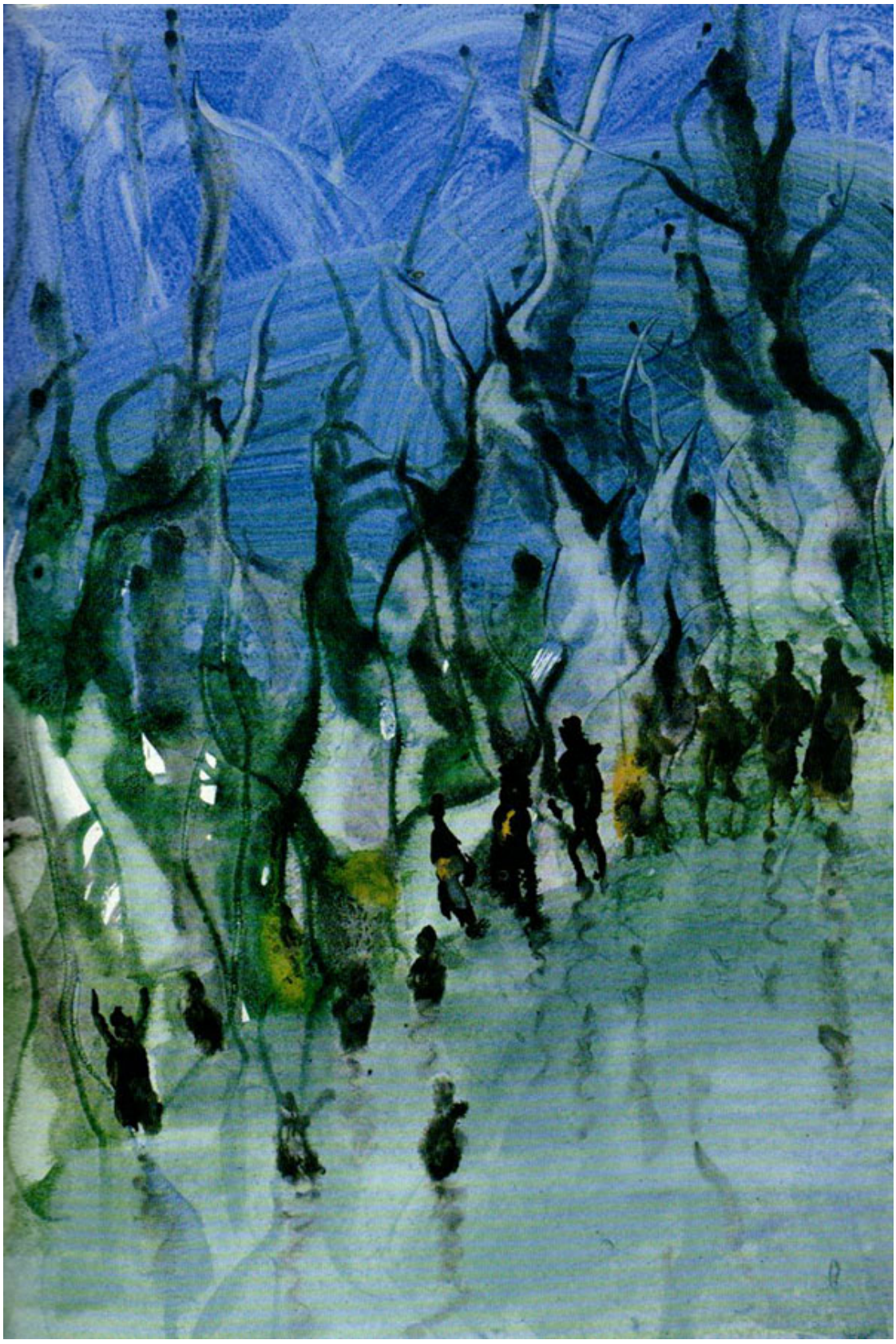
¿No sabes tú que el hombre aquí es feliz?».
Mi vista se humilló a la clara fuente,
y al verme en ella la mudé a la hierba,
tanta vergüenza me pesó en la frente.
Como ella a mí, parécele superba
la madre al hijo, pues allí gustaron
mi lengua y labios su piedad acerba.
Ella calló; los ángeles cantaron
In te speravi, Domine[346], al momento,
pero del *pedes meos* no pasaron.
Cual nieve que del bosque es ornamento
y en la espalda de Italia se congela
si es azotada por eslavo viento,
mas luego por sí misma se deshiela,
de la tierra sin sombra a los respiros,
como se funde al fuego la candela,
tal me quedé, sin llanto ni suspiros,
antes de que el cantar fuese entonado
por quienes siguen los eternos giros;
mas luego que en sus notas he notado
más compasión por mí que si diciendo
estuvieran «¿Por qué le has maltratado?»,
el hielo de mi pecho se fue haciendo
agua y vapor y, luego, con tristeza,
de la boca y los ojos fue saliendo.
Ella se mantenía con firmeza

en el borde del carro, y a la pía
congregación repuso con presteza:
«Vos vigiláis en el eterno día
y la noche no os vela con su velo
un paso que dé el siglo por su vía;
así, responderé con mayor celo
para que entienda aquel que está llorando
e igual medida tengan culpa y duelo.
No sólo por las ruedas que, girando
magnas, cada semilla lanzan hacia
un fin, que las estrellas van marcando[347],
mas por largueza de la santa gracia,
que con vapor tan alto hace que llueva
que nuestra vista en él nunca se sacia,
éste fue tal cuando su vida nueva[348],
virtualmente, que todo hábito digno
habría dado en él su mejor prueba.
Mas tanto más silvestre y más maligno
se vuelve el campo inculto y mal sembrado
cuanto el vigor terrestre es más benigno.
Con mi rostro algún tiempo le he auxiliado:
mostrándole los ojos jovenzuelos,
conmigo al buen camino le he llevado.
Tan pronto como yo vestí los velos
de mi segunda edad, y cambié vida,
otros de mí apartaron sus anhelos.

Y, ya de carne a espíritu subida,
cuando en belleza y en virtud creciera,
menos grata le fui, menos querida;
una senda tomó no verdadera,
siguiendo falsos bienes, cuyos dones
no cumplen nunca su promesa entera.
No me sirvió impetrar inspiraciones
con las que en sueños, y diversamente,
le llamé, pues sobraron mis razones.
Tanto cayó, que no fue suficiente
a su salud el argumento cierto,
sino mostrarle la perdida gente.
Por él he visitado el mundo muerto,
y el mismo que a esta altura le ha guiado
vio mi rostro de lágrimas cubierto.[349]
El decreto de Dios fuera quebrado
si pasase el Leteo, y tal sustento
gustase, sin su parte haber pagado
de contrición, de llanto y de lamento».







CANTO XXXI

PASO DEL RÍO LETEO: CONFESIÓN DE DANTE

Confesión de Dante.

«Oh tú que estás de allá del sacro río
—su discurso de punta a mí volviendo,
que de tajo me hirió con tanto brío,
sin detenerse, continuó blandiendo—:
di, di si esto es verdad: de quien te acusa
debe tu confesión ser el refrendo.»
Mi virtud se encontraba tan confusa
que la voz se movió y quedó extinguida
cuando estaba en sus órganos reclusa.
«¿Qué piensas? —exclamó poco sufrida—.
Habla; que la memoria que te atrista
no ha sido por el agua en ti ofendida.»[350]
Confusión, y pavura en ella mixta,
tal «sí» me arrebataron de la boca
que sólo se entendía con la vista.
Como el exceso de tensión provoca
que se rompa la cuerda en la ballesta,
y la flecha sin fuerza el blanco toca,
tal cedí bajo carga tan molesta,
llanto y suspiros fuera derramando,
y despacio mi voz subió la cuesta.

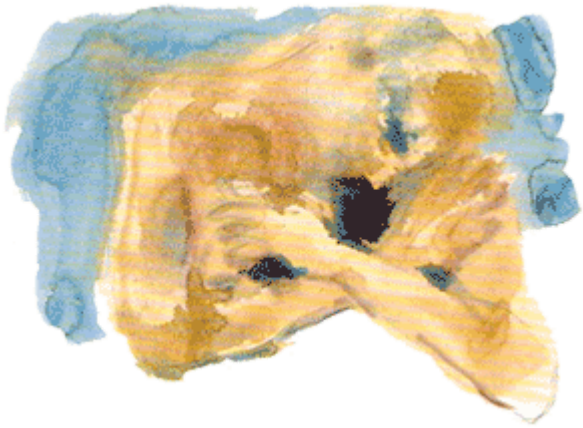
«A mis deseos —me siguió acusando—
que te hacían amar las cosas buenas
—pues otro, fuera de ellos, es nefando—,
¿qué fosos se opusieron, qué cadenas
hicieron que de andar hacia delante
fueran las esperanzas a ti ajenas?
¿Y qué bien o ventaja estimulante
al frente de los otros se mostraron
para que los rondases anhelante?»
Mis amargos suspiros estallaron,
que apenas tuve voz, pues, balbucientes,
con trabajo mis labios la formaron.
Llorando respondí: «Cosas presentes,
con su falso placer, me fueron caras
al no ver vuestros ojos esplendentes».
Y ella: «Si te callases o negaras
lo que confiesas, con tu culpa nota
al juez que la conoce no engañaras.
Mas si, regando las mejillas, brota
la propia acusación, en nuestra corte
la muela, al revolverse, el tajo embota.
Y porque a la vergüenza más te exhorte
tu propio error y a tu alma ya sanada
oír a las Sirenas no le importe,
la semilla del llanto sea enterrada;
y sabe que debió a contraria parte

conducirte mi carne sepultada. 48
Nunca mayor placer natura o arte
le mostró que los miembros en que estaba
encerrada, que el suelo se reparte. 51
Y si el placer supremo te faltaba
por mi muerte, ¿tras qué mortales cosas
entonces tu deseo se arrastraba? 54
Debiste, de ilusiones mentirosas
a la primera flecha, en pos moverte
de mis huellas, que no eran engañosas. 57
Las plumas abatir no debió hacerte,
esperando más golpes, o mozuela
o breve vanidad de cualquier suerte. 60
Dos, y hasta tres, espera la avezuela;
que ante pájaro experto y bien plumado
vana es la red, en vano el dardo vuela». 63
Cual queda mudo el niño avergonzado
y, con la vista en tierra y escuchando,
se arrepiente y conoce su pecado, 66
así me hallé cuando ella dijo: «Cuando
tanto te duele oír, la barba eleva,
que más vergüenza sentirás mirando». 69
Con menos fuerza al fuerte roble lleva,
tras romper su raíz, boreal viento
o el que en tierras de Jarba[351] se subleva, 72
que hice alzando el mentón en tal momento

pues cuando dijo barba en vez de cara,
bien el veneno vi del argumento.
Y apenas yo mi rostro levantara,
noté que las primeras criaturas
paraban de las flores la algazara;
y mis luces, que estaban inseguras,
vieron a Beatriz vuelta a la fiera
que es sólo una persona en dos naturas.
Bajo su velo, allende la ribera,
la vi vencerse en la lejana amiga,
igual que a las demás aquí venciera.
Punzóme allí de contrición la ortiga,
y, de todas las cosas, la que hacía
más torcerse a mi amor, más fue enemiga.
Tal comprensión mi corazón mordía
que allí caí vencido; y fue su agente
la que mejor mi estado comprendía.
Luego, cuando de nuevo fui consciente,
la mujer que en el bosque encontré sola
vino hacia mí diciendo: «¡Tente! ¡Tente!».
Me sumergió en el río hasta la gola,
y tirando de mí y andando iba
cual leve lanzadera entre ola y ola.
Asperges me[352], cuando llegué a la riba,
entonaba una voz tan melodiosa
que es vano recordar, vano que escriba.

Abrió los brazos la mujer hermosa
y me ciñó con ellos la cabeza
porque bebiese el agua rumorosa. *102*
Tras bañarme, llevóme con presteza
donde danzaban ya las cuatro bellas:
cada una me abrazó con gentileza. *105*
«Somos Ninfas aquí, del cielo estrellas[353]:
antes que Beatriz bajase al mundo
nos destinaron ya por sus doncellas. *108*
Te hemos de conducir hasta el jocundo
brillo de su mirar, al que adiestrado
serás por tres[354] que miran más profundo.» *111*
Tal cantaron; y vime transportado
ante el pecho del grifo, donde, puesta
de frente, a Beatriz hallé a mi lado. *114*
«Que a gozar tu mirada se halle presta
las verdes esmeraldas —me dijeron—
que de Amor han armado la ballesta.» *117*
Mil deseos ardientes condujeron
mis ojos a sus ojos, que tenía
clavados en el grifo, y no me vieron. *120*
Cual sol que en un espejo relucía,
la doble fiera en ellos reflejaba
y en una u otra forma se veía[355]. *123*
Considera, lector, si me asombraba
mirar cómo la cosa estaba quieta

y en su ídolo después se trasmutaba.
Mientras contenta, y de estupor inquieta,
gustaba el alma mía el alimento
que da más sed mientras la sed aquieta,
mostrando su más alto nacimiento
en sus hechos, con danzas y con cantos,
iniciaron las tres su movimiento.
«Vuelve, vuelve, Beatriz, los ojos santos
a tu fiel —entonó su cantinela—
que por verte ha movido pasos tantos.
Tu gracia nos darás si se desvela
a él tu boca, de modo que discierna
la segunda belleza que ella cela.»[356]
Oh esplendor de la viva luz eterna,
¿quién que bajo la sombra empalidece
del Parnaso, o abreva en su cisterna,
no ha de pensar que el pensamiento empece
si trata de decir cómo brillaste
donde el cielo entre músicas te mece,
cuando en el aire libre te mostraste?



CANTO XXXII

EL ÁRBOL DEL BIEN Y DEL MAL:
CORRUPCIÓN DE LA IGLESIA

Sueño de Dante. Corrupción de la Iglesia.

Tan atentos mis ojos se fijaban
por calmarse de diez años de sed,
que los otros sentidos se apagaban.
Siempre hallaban delante una pared
de distracción —¡que así los atraía
su santa risa con la antigua red!—
cuando, por fuerza, hacia la izquierda mía,
las tres diosas el rostro me volvieron,
pues «¡Demasiado fijo!»[357] les oía,
para mirar, mis ojos se sintieron
cual heridos del sol recientemente,
porque sin vista un rato me tuvieron.
Cuando a lo poco al fin alcé la frente
(digo «a lo poco» por respeto al grado
del mucho que dejé forzadamente),
advertí a la derecha haber girado
aquel glorioso ejército, y quedarse
al sol y a siete llamas enfrentado.
Cual bajo los escudos, por salvarse,
retroceden la escuadra y la bandera
antes que puedan todos retirarse,

la celeste milicia delantera
tal desfiló, primero que volviese
el carro su principio de madera[358].
Cada mujer junto a su rueda fuese
y al carro puso el grifo en movimiento
sin que una de sus plumas se moviese.[359]
La que en el vado fuera mi sustento[360]
y Estacio y yo, seguíamos la rueda
que hace un arco menor[361] con trazo lento.
Y por aquella altísima arboleda,
que la que oyó a la sierpe despoblara[362],
nuestros pasos templó música leda.
Tal vez igual espacio atrás dejara
una flecha en tres vuelos, que el que hicimos
antes de que Beatriz pie a tierra echara.
«¡Adán!» a todos murmurar oímos;
y una planta cercaron, despojada
de fronda y hojas, flores y racimos.[363]
Su copa, cada vez más dilatada
conforme sube, en su natal floresta
sería por los indios admirada.
«Bendito, oh grifo, porque no molesta
tu pico al árbol que es tan dulce al gusto,
pues su substancia al vientre es tan funesta.»[364]
Así en torno de aquel árbol robusto
gritaron; y el biforme replicaba:

«Así se guarda el germen de lo justo».
Vuelto al timón del carro que arrastraba,
junto al viudo ramaje lo condujo,
y en él lo que era suyo luego ataba.[365]
Cual nuestras plantas, cuando cae el flujo
de la gran luz, mezclada con aquella
que tras el pez celeste se produjo,
son turgentes, y nuevo color sella
a todas, cuando el sol aún no está unciendo
sus corceles debajo de otra estrella;[366]
menos que rosa, su color abriendo,
más que violeta[367], se innovó la planta
que desnuda al principio estaba viendo.
No lo entendí, ni aquí el himno se canta
que las gentes aquellas entonaron,
ni entera oí la melodía santa.
Si pudiese explicar cuál se cerraron,
oyendo de Siringa, los crueles
ojos que caro su velar pagaron,[368]
cual pintor que hace hablar a sus pinceles,
el modo de dormirme pintaría;
mas retratos de sueños no son fieles.
Mi despertar describo; y, a fe mía,
cuando rasgó mi sueño un lampo ardiente,
alguien «Levanta, ¿qué haces?» me decía.
Cual a ver el manzano floreciente

con el que son los ángeles cebados
en las nupcias del cielo eternamente,
Santiago, Pedro y Juan fueron llevados
y, vencidos, al verbo se volvieron
y de un sueño mayor fueron librados,
y a su escuela menguada luego vieron
de Elías y Moisés, y el atavío
nuevo de su maestro conocieron;[369]
tal, al volverme yo, vi al lado mío
a la pía[370] que fue mi conductora
cuando iba caminando junto al río.
«¿Dónde Beatriz —le dije— se halla ahora?»
Y ella: «Sentada en la raíz fecunda,
que nuevas frondas da, ve a tu señora[371];
mira qué compañía la circunda:
el resto tras el grifo gana altura
con más dulce canción, y más profunda».
Yo no sé si me habló con más holgura,
pues dueña de mi vista entonces era
quien todo otro entender en mí clausura.
Sentábase en la tierra verdadera
como guardia dejada allí del plaustro
que antes vi atar a la biforme fiera.
Las siete Ninfas le formaban claustro
alrededor, con luces en la mano
que están seguras de Aquilón y de Austro.[372]

«Poco tiempo serás aquí silvano,
pues has de ser, cuando contigo arribe,
de la Roma en que Cristo es un romano.
Mas, en favor del mundo que mal vive,
mira al carro, y cuando hayas regresado
de allá, lo que contemplas aquí escribe.»
Así dijo Beatriz, y yo, inclinado
a los pies de su amable mandamiento,
en donde dijo puse mi cuidado.
No baja con tan raudo movimiento[373]
desde la espesa nube el fuego, cuando
en remoto confín tiene su asiento,
como el ave de Jove vi bajando
por el árbol, rompiendo su corteza
y las hojas y flores marchitando[374];
al carro golpeó con gran fiereza,
y él se plegó cual nave a la fortuna
que el oleaje abate y endereza.
Luego, precipitarse vi en la cuna
de aquel carro triunfal a una raposa
que de buen cebo parecía ayuna;[375]
sus culpas censuró mi dama hermosa
e hizo que tan veloz fuera su huida
cual permitió su delgadez golosa.
Después, por el lugar de su venida,
el águila hacia el arca fuese presta

y de sus plumas la dejó vestida.[376]
Cual de un pecho que duelo manifiesta,
salió una voz del cielo que decía:
«¡Oh nave mía, mala carga es ésta!».
La tierra entre ambas ruedas se entreabría
y un dragón de ella se escapó rugiente
y con su aguda cola el fondo hería.[377]
Como la avispa encoge el rejo ardiente,
trayendo a sí su cola y su veneno,
quitó del fondo, y fuese lentamente.
Lo que quedó, como en el buen terreno
crece el trigo, del ave con la oferta,
que hizo tal vez con fin piadoso y bueno,
cubrióse[378], y tan deprisa fue cubierta
cada rueda, y la lanza, que no tanto
se queda al suspirar la boca abierta.
Así alterado, el edificio santo
consintió que cabezas le nacieran,
tres en la lanza y una en cada canto;
cornudas como bueyes las tres eran
las cuatro, sólo un cuerno en la cabeza:[379]
tales monstruos los ojos nunca vieran.
Cual en monte segura fortaleza,
tal lucía una puta en él sentada
que en rededor miraba con torpeza,[380]
y, como si temiese que robada

le fuese, custodiábala un gigante[381]

por el que varias veces fue besada. *153*

Mas porque el ojo sórdido y errante

a mí volvió, la hirió de modo rudo.

de arriba abajo, su feroz amante.[382] *156*

Por los celos airado el pecho crudo,

se unció al monstruo, y tomaron tal carrera[383]

por la selva, que aquélla fue mi escudo *159*

contra la puta y la reciente fiera.

CANTO XXXIII

MANANTIAL: PROFECÍA DE BEATRIZ. PURIFICACIÓN EN EL EUNOE

Salmodia. Profecía de Beatriz. Llegada a la fuente de los dos ríos. Purificación de Dante.

Deus, venerunt gentes[384] —alternando,
ya tres, ya cuatro, dulce melodía—
las mujeres cantaron, y llorando;
Beatriz, entonces, suspirante y pía,
las escuchaba; y poco más parada
junto a la cruz, se demudó María.
Las vírgenes callaron, e invitada
sintiéndose a decir, se puso en pie
y respondió, cual fuego colorada:
«*Modicum, et non videbitis me,*
et iterum, hermanas a quien quiero,
modicum, et vos videbitis me[385]».
A las siete[386], después, hizo ir primero
y, por señas, mandó que la siguiese
con la mujer[387] y el sabio compañero.
Tal íbamos; y no creo que hubiese
su décima pisada en tierra puesto
sin que mis ojos, al mirarme, hiriese;
y con tranquilo aspecto «Ven más presto
—me dijo—, que si hablar quiero contigo,

así estarás a oírme bien dispuesto».
Por mi obediencia, túvome consigo,
y «Hermano —preguntó—, ¿ganas no sientes
de preguntarme cuando estás conmigo?».
Como a los que, en exceso reverentes
ante sus superiores, no les viene
fuera la voz, y queda entre los dientes,
que hacen que con menguado tono suene,
me sucedió al decir: «A mis dolores
sabéis qué medicina les conviene».
Y ella a mí: «De vergüenza y de temores[388]
libre te quiero de la basta estopa
que hace que cual sonámbulo perores.
Sabe que fue y no es aquella copa
que la sierpe rompió; y entienda el reo
que venganza de Dios no teme sopa.[389]
Sin sucesión por poco tiempo veo
al águila que dio plumas al carro
que presa fue, tras ser monstruo feo.[390]
De un tiempo que vendrá la gloria narro
—y en las estrellas mi palabra afinco,
libres de todo obstáculo y desgarro—
en el cual un quinientos diez y cinco,
nuncio de Dios, destruirá a la impura
y al gigante que peca con ahínco.[391]
Por ser cual Temis y la Esfinge oscura[392],

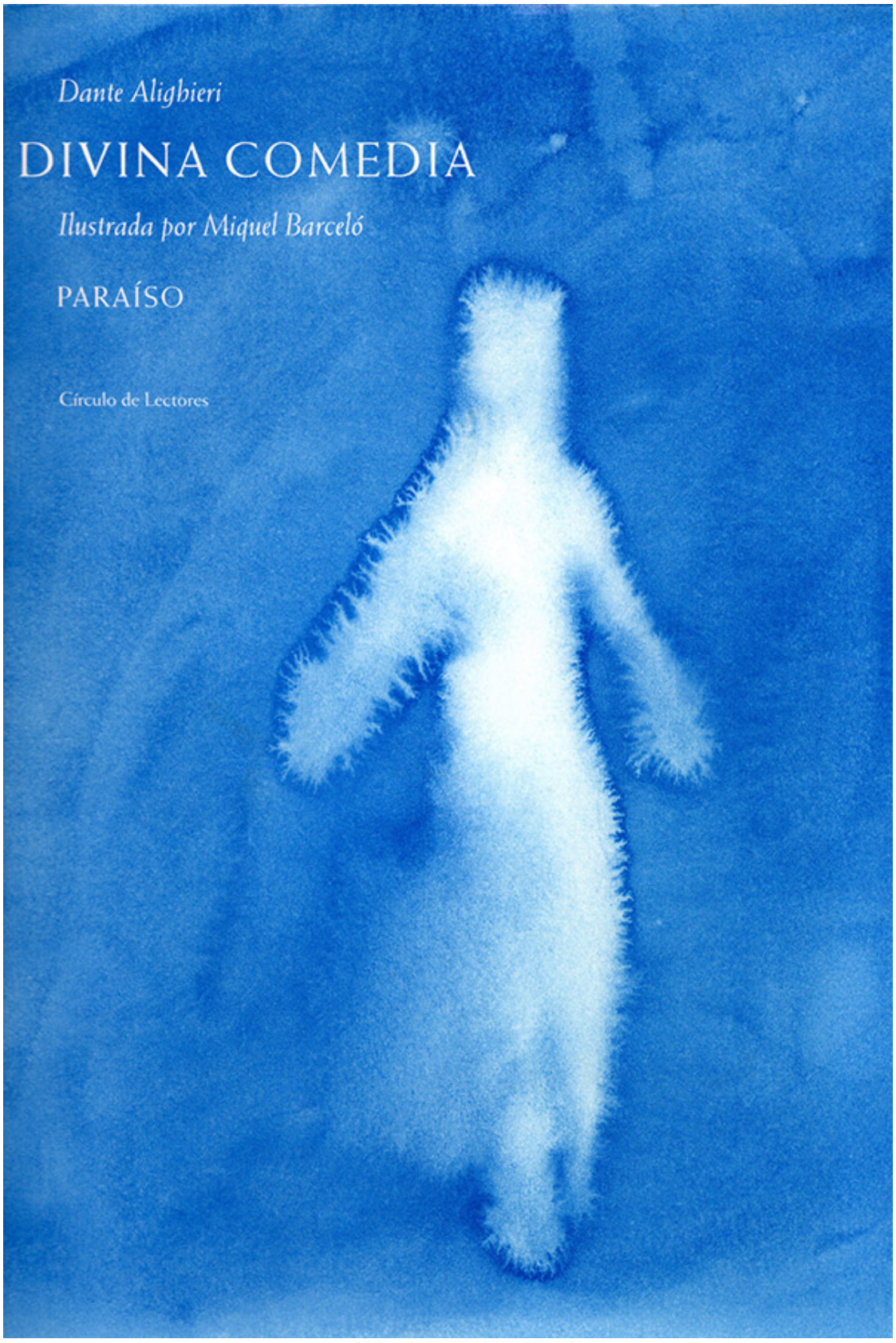
tal vez de mi oración no te persuades,
pues como aquéllas la razón apura; 48
mas Náyades[393] serán de sus verdades
los hechos, al romper el nudo fuerte
sin daño para ovejas ni heredades. 51
Tú, escribe; y cual las digo, de igual suerte
di estas palabras a la gente viva
cuya vida es correr hacia la muerte. 54
Y acuérdate, cuando tu mano escriba,
de no velar cuál viste tú la planta
que dos veces robaron aquí arriba. 57
Cualquiera que la roba o la quebranta
a Dios con su blasfemia está insultando,
que para usarla El solo la hizo santa. 60
Por morderla, en deseos y penando,
más de años cinco mil el alma prima
a quien la castigó se vio anhelando.[394] 63
Dormido está tu ingenio si no estima
que por grave razón alta creciera
y se encuentra invertida por la cima.[395] 66
Y si tu vano razonar no fuera
agua de Elsa[396], y el goce de tu mente
un Píramo[397] ya al pie de la morera, 69
por estas circunstancias solamente
que Dios, al prohibir, fue justo y recto
habrías conocido moralmente. 72

Mas viendo como piedra tu intelecto
—teñido y a la vez petrificado—,
y a mi discurso en él no hacer efecto,
quiero que, si no escrito, sí pintado,
dentro de ti lo lleves, por aquella
razón que ciñe palmas al cayado».[398]
«Como cera —repuse— que se sella
sin que mude del sello la figura,
mi cerebro conserva vuestra huella.
Mas ¿cuál, sobre mi vista, a tanta altura
vuestra palabra deseada vuela,
que más la pierde cuanto más procura?»
«Porque conozcas —dijo— aquella escuela
que tú has seguido, y cómo su doctrina
de mi palabra puede ser secuela,[399]
pues tan distante está de la divina
vuestra vía, cual tierra que discuerda
del cielo que, más alto, más festina.»
Yo le dije: «Mi mente no recuerda
que yo lejos de vos nunca haya ido,
ni advierto nada más que me remuerda».
«Si recordarlo ahora no has podido
—repuso sonriendo—, ten en cuenta
que el agua del Leteo ya has bebido;
y si del humo fuego se argumenta,
a ver culpa este olvido nos ayuda

en tu mente, a otras cosas más atenta. 99
Desde aquí en adelante irá desnuda
mi palabra, cuando ella venga a cuento,
para ponerla ante tu vista ruda.» 102
Con más fulgor y caminar más lento
el sol tocó la meridiana rueda
que está, según quien mira, en movimiento, 105
cuando pararon, cual parado queda
quien va delante conduciendo gente,
si algo sucede o puede que suceda, 108
las siete, de una sombra exangüe enfrente,
cual, en los Alpes, la corriente fría
de fronda y ramas negras la consiente. 111
Al Eufrates y al Tigris yo creía
ver ante ellas salir de una fontana
e ir, siendo amigos, por distinta vía.[400] 114
«Oh luz, oh gloria de la gente humana,
¿qué agua es ésta, que toda se despliega
de un principio y de sí se hace lejana?» 117
Ante este ruego, se me dijo: «Ruega
que lo diga a Matelda[401] —y de seguido,
cual culpable que hablando se sosiega, 120
dijo la bella—: De esto está instruido,
y otras cosas, por mí; y estoy segura
que al agua del Leteo no han cedido». 123
Y Beatriz: «Quizás más alta cura,

que muchas veces de memoria priva,
la visión a su mente torna oscura.
Mas al Eunoe, que por allí deriva,
llévale pronto, y tus poderes usa
y su virtud menguada reaviva».
Como el alma gentil que no se excusa,
mas el deseo ajeno con presteza
cumple cuando cualquier gesto lo acusa
así, tras acercarme yo una pieza,
la bella empezó a andar, y al buen Estacio
«Ve con él» le ordenó con gentileza.
Si yo, lector, tuviese más espacio,
contara en parte aquel beber ameno
del que nunca podría verme sacio;
mas ya todo el papel se encuentra lleno
sin que más a esta parte corresponda,
y el arte me detiene con su freno.
Luego volví de la sagrada onda
tan renovado cual las plantas bellas
que se renuevan con su nueva fronda,
puro y pronto a subir a las estrellas.

Paraíso


Dante Alighieri
DIVINA COMEDIA
Ilustrada por Miquel Barceló
PARAÍSO
Círculo de Lectores

CANTO I

SUBIDA AL PARAÍSO

Ascensión de Dante y Beatriz a través de la esfera del fuego.

Penetra el universo, y se reparte,
la gloria de quien mueve a cuanto existe,
menos por una y más por otra parte.[1]
Yo al cielo[2] fui que más su luz reviste
y vi lo que, al bajar de aquella cima,
a poder ser contado se resiste;
pues cuando a su deseo se aproxima
nuestro intelecto, se sumerge tanto
que la memoria ya no se le arrima.
Mas, en verdad, cuanto del reino santo
mi mente atesorar haya podido
ahora será materia de mi canto.
En mi último trabajo yo te pido
de tu valor, oh Apolo[3], ser tal vaso
que me halles digno del laurel querido.
Bastó hasta aquí una cumbre del Parnaso,
mas ambas necesito cuando intento
a la última palestra abrirme paso.[4]
Entra en mi pecho, espira en él tu acento
como cuando los miembros de Marsías
sacaste de su vaina y aposento.[5]

Oh divina virtud, si a mí te alias
para mostrar la sombra que he guardado
del santo reino en las memorias mías,
ir me verás hacia tu leño amado[6]
y con las hojas coronar mi frente
que por ti y la materia habré ganado.
Cogidas, padre, son tan raramente
para ser de un poeta o cesar palma
—culpa y vergüenza de la humana mente—,
que leticia parir sobre la calma
deidad de Delfos la fronda penea[7]
debiera, si sed de ella siente un alma.
Pequeña chispa grandes llamas crea:
mejor voz tras de mí, si le pregunta,
quizás por Cirra[8] respondida sea.
Por más de un abra ante el mortal despunta
la lucerna del mundo; mas de aquella
que tres cruces y cuatro cercos junta,[9]
con mejor curso y con mejor estrella
conjunta sale[10], y la mundana cera
más a su modo remodela y sella.
Que allí mañana y noche aquí ya fuera
hizo tal abra, y todo blanqueaba
el hemisferio aquél, y negro éste era,
cuando vi a Beatriz, que vuelta estaba
mirando al sol, a mi siniestro lado:

nunca un águila así su ojo le clava. 48
Y como vuelve arriba, reflejado
de un primer rayo, el que salió segundo
—así torna el romero de buen grado—, 51
tal por su acción, que su mirar profundo
en mi mente infundió, me vi movido
y miré cual no se usa en este mundo. 54
Mucho es lícito allí que prohibido
está aquí, porque aquel lugar ya fuera
para la humana especie concebido[11]. 57
No mucho ni tan poco lo sufriera
que centellear en torno no lo viese
cual hierro que se saca de la hoguera;[12] 60
y parecióme entonces cual si uniese
un día al día aquel que los gobierna
y al cielo un nuevo sol embelleciese. 63
Fija la vista en la alta esfera eterna[13]
tenía Beatriz, mientras la mía,
por verla, se apartó de la lucerna. 66
Al contemplarla, en mi interior sentía
lo que Glauco al comer la hierba[14], cuando
de los dioses del mar socio se hacía. 69
Transhumanar significar hablando
no se podría; y el ejemplo baste
a quien lo esté la gracia demostrando. 72
Si yo por mí era sólo el que creaste

nuevo, amor que los cielos organizas,
tú lo sabrás que con tu luz me alzaste.
Cuando el rodar que tú sempiternizas
deseado, me atrajo hacia su seno
con el orden que riges y armonizas,[15]
al cielo contemplé de ardor tan lleno
por el sol, que la lluvia o la corriente
nunca en lago cambió tanto terreno.
La novedad del son, la luz fulgente,
de su porqué encendieron tal deseo
que nunca otro sentí tan fuertemente.
Y ella, que me veía cual me veo
yo mismo, por templar mis emociones[16],
la boca abrió sin aguardar careo
y comenzó: «Te crea confusiones
tu falso imaginar, y no estás viendo
lo que verías libre de ilusiones.
No estás en tierra como estás creyendo;
mas un rayo, dejando su morada,
no corre como tú que a ella estás yendo».[17]
De esta duda mi mente desnudada
por las risueñas palabritas breves,
en una más se vio luego enredada,
y dije: «Me contentas y me mueves
a gran admiración; y más me admira
el poder trascender cuerpos tan leves[18]».

Y ella, como la madre que suspira,
puso su vista en mí, con el semblante
de quien contempla a un hijo que delira
y comenzó: «Las cosas un constante
orden entre sí guardan, y éste es forma
que hace al cosmos a Dios ser semejante.
Del eterno valor aquí la horma
ven las altas criaturas[19], que él es meta
a la que tiende la mentada norma.
Al orden que te digo se sujeta,
de una manera u otra, toda hechura,
pues, cerca o lejos, por su amor se inquieta[20];
un puerto cada cosa así procura
por el gran mar del ser, y a cada una
el instinto a ella dado la apresura.
Este levanta el fuego hacia la luna,
del mortal corazón éste es motor;
éste a la tierra en sí tupe y aduna:
no sólo a la criatura que, inferior,
no tiene inteligencia, este arco tira[21],
sino a aquella que piensa y siente amor.
La providencia, que por todo mira,
con su luz tiene al cielo siempre quieto
en el que el más apresurado gira;[22]
y allí, según dispone su decreto,
nos lleva la virtud de aquella cuerda

que lanza de la dicha hacia el objeto.
Cierto es que, cual la forma no concuerda
más de una vez con la intención del arte
—que al responder es la materia lerda—,
la criatura, a veces, se echa aparte
de esta carrera, porque puede, y luego
se pliega, así impulsada, hacia otra parte;
y como de la nube cae el fuego,
el impulso inicial va decayendo
cuando a falsos placeres muestra apego.[23]
No te ha de admirar más, si bien entiendo,
tu ascensión que del río la carrera
cuando del monte al valle va cayendo.
En ti gran maravilla, en cambio, fuera
que, ya libre, quedases en el suelo,
como quieta en la tierra viva hoguera».
Dicho lo cual, volvió la vista al cielo.

CANTO II

CIELO I: ESPÍRITUS DÉBILES

Aparecen como imágenes reflejadas en nítidos espejos o aguas límpidas y tranquilas.

Oh vosotros que en un batel pequeño,
deseosos de oír, sois atraídos
por el bogar canoro de mi leño;
volved a vuestras playas; no atrevidos
os metáis en el piélago, que luego,
si me perdéis, os hallaréis perdidos.
Nadie ha surcado el agua que navego;
nuevas Musas las Osas me han mostrado;
Minerva sopla, con Apolo llego.[24]
Los pocos que temprano habéis alzado
el cuello al pan angélico[25], del cual
aquí se vive sin quedar saciado,
podéis enderezar por la alta sal
vuestro navío, tras mi surco entrando
antes que el agua vuelva a ser igual.
Más os asombraréis que el gentil bando
que hasta Coicos llegó y al animoso
Jasón halló con dos bueyes arando.[26]
Nuestra sed, concreada y sin reposo,
del deiforme reino nos llevaba
veloces como el cielo presuroso.

Beatriz arriba, y yo a ella la miraba;
y quizás en lo que un dardo se adosa
y de la nuez, volando, se desclava,
llegué a un lugar en que admirable cosa
a sí atrajo mi vista; pero aquella
que era de mis cuidados cuidadosa,
vuelta hacia mí, tan leda como bella,
dijo: «Alza a Dios la mente agradecido,
que hemos llegado a la primera estrella[27]».
Yo creí de una nube estar ceñido,
pulida, espesa, sólida y luciente
como diamante por el sol herido.
La eterna margarita tras su oriente
nos recibió como, siguiendo unida,
recibe el agua al rayo blandamente.
Si fui cuerpo, y aquí no es concebida
la dimensión que dentro de otro dura,
si una cosa por otra es recibida,
más debiera encenderse el ansia pura
que quiere ver la esencia en que se ve
cómo se une con Dios nuestra natura.[28]
Veráse allí lo que es aquí de fe,
no demostrado, hacerse por sí noto
cual primera verdad que el hombre cree.
Yo respondí: «Señora, tan devoto
como puedo, me obligo al que me aleja,

y me trae hasta aquí, del mortal coto.
Mas ¿qué son las señales que ver deja,
oscuras, este cuerpo, que en la tierra
fomentan de Caín una conseja?».[29]
Y, sonriendo un poco, «Si así yerra
—me dijo— la opinión de los mortales,
do la llave el sentido no descierra,
flechas de admiración por cosas tales
no sufras: que la mente es alicorta
si sigue a los sentidos corporales.
Mas saber lo que piensas tú me importa».
«Que un cuerpo —dije— sea raro o denso
la diferencia que aquí observo aporta.»
«Bien verías —repuso— estar suspenso
tu argumento en lo falso, si atendieras
mientras yo te argumente mi disenso.
Veis en la esfera octava mil lumbreras
bellas, las cuales en el cuál y el cuánto
muestran diversos rostros y maneras.
Si lo raro y lo denso hicieran tanto,
de una sola virtud fueran henchidos
los astros, más y menos y otro tanto.[30]
Mas las virtudes son frutos nacidos
de principios formales y, salvo uno,
por tu razón serían destruidos.
Y si lo raro fuese de lo bruno

la razón que preguntas, o se hallara
todo de su materia tan ayuno
este planeta, o bien si se alternara
graso y magro, cual cuerpo, y esto hiciera
que en su tomo las páginas cambiara;
si lo primero, manifiesto fuera
al eclipsarse el sol, pues dejaría,
cual cuerpo raro, que su luz se viera.
Esto no es cierto; así, nos convendría
ver el otro argumento; y, si lo arruino,
falso tu parecer se mostraría.
Si lo raro no pasa, yo adivino
que debe haber un término por donde
le impide a su contrario abrir camino;
desde allí al otro rayo[31] corresponde,
cual color en cristal, ser rechazado
puesto que al plomo por detrás esconde.
Tú me dirás que muéstrase apagado
aquí este rayo más que en otra parte
porque de más atrás es refractado.[32]
Mas de esta instancia puede liberarte
la experiencia, cuando es realizada,
que es fuente del arroyo de vuestro arte.
Tres espejos dispón: dos a una dada
distancia, y al tercero, más distante,
entre los dos encuentre tu mirada.

Vuelto a ellos, de una luz ponte delante
que con sus rayos a los tres los prenda
y hacia ti los rechacen al instante.

Aunque en el cuánto tanto no se extienda
la vista más lejana, verdadero
hallarás que de igual modo se encienda.[33]
Como, al golpe del rayo, por entero
de la nieve desnúdase el proyecto,
y de su frío y del color primero,
estando así, yo quiero a tu intelecto
informar de una luz tan paladina
que te tremole desde el propio aspecto.
Dentro del cielo de la paz divina
con tal virtud un cuerpo está girando
que al ser de cuanto abarca determina.[34]
El siguiente, sus mil vistas mostrando,
aquel ser distribuye en las esencias
distintas de él, que las está albergando.[35]
Los otros, por sus propias diferencias,
las distinciones que en su seno yacen
disponen a sus fines e influencias.[36]

Que del mundo estos órganos se emplacen
no hay duda, como ves, de grado en grado,
que arriba se proveen y abajo hacen.[37]
Mira cómo derecha he avanzado
para mostrarte así lo verdadero
porque pases después tú solo el vado.
De los cielos la fuerza y derrotero
de beatos motores son destello,
como al martillo su arte da el herrero:
y aquel que tantas luces hacen bello
de la mente profunda que lo mueve
toma la imagen y se vuelve sello.[38]
Y como el alma en vuestro polvo breve,
por diferentes miembros reclamada,
en más potencias desplegarse debe,
la inteligencia así, multiplicada
su bondad, por los astros se desune
girando en su unidad siempre salvada.
Cada virtud distintamente se une
con el precioso cuerpo que ella aviva,
cual vida que con cuerpo se reúne.
Y pues de ledo natural deriva,
la virtud mixta por el cuerpo luce
como alegría en la pupila viva.
Brillos distintos ella así conduce
a una luz y otra, no lo denso y raro:

que ella es formal principio que produce,
conforme a su bondad, lo turbio y claro.»[39]

CANTO III

CIELO I: ESPÍRITUS DÉBILES

Inconstantes en los votos: Piccarda
Donati, la emperatriz Constanza.

El sol que antes de amor me abrasó el pecho,
de una verdad, probando y reprobando,
notar el dulce aspecto me había hecho;
ya corregido y enterado, cuando,
tanto cuanto conviene, yo la testa,
por confesarlo, estaba levantando,
una visión de pronto manifiesta
atrajo mi atención de tal manera
que al punto me olvidé de mi respuesta.
Cual un vidrio que terso y claro fuera
o como el agua nítida y tranquila,
no tan honda que el fondo se perdiera,
rendiría la imagen que vacila
de nuestros rasgos, como en blanca frente
tarda en ver una perla la pupila[40];
así, prestos a hablar, de mucha gente
los rostros vi, y en el error opuesto
caí de quien su amor cambió a la fuente[41].
No bien me fue su aspecto manifiesto,
creyéndolos semblantes reflejados,
por verlos bien, volví los ojos presto:

no viendo nada, los torné asombrados
hacia los ojos de mi dulce guía,
que vi de una sonrisa iluminados.
«No te sorprendas porque así sonría
—dijo— de tu inocente pensamiento,
pues no pisas en firme todavía
y en el vacío apoyas tu argumento:
substancias reales ves, aquí apartadas
por no dar a sus votos cumplimiento.[42]
Mas habla y cree a las almas relegadas:
la luz veraz en que su sed reposa
no deja desviarse a sus pisadas.»
A la sombra que vi más deseosa
de razonar me dirigí, diciendo,
como persona por saber ansiosa:
«Oh bien creado espíritu, que ardiendo
en dulce luz la eterna vida sientes
que sólo entiende quien la está viviendo,
¡ojalá con tu nombre me contentes,
y diciendo cuál es vuestro talante!».
Y ella, pronta y con ojos sonrientes:
«No nuestra caridad la puerta, ante
justa sed, cierra, que obra como aquella
que a sí quiere a su corte semejante.[43]
En el mundo yo fui monja y doncella;
y si tu vista su agudeza guarda,

a ti no ha de ocultarme el ser más bella,
mas reconocerás que soy Picarda[44],
que, con estos espíritus salvados,
soy beata en la esfera que más tarda[45].
En el placer nos vemos inflamados
del Espíritu Santo, y alegría
sentimos con su orden conformados.
Y esta suerte, que baja se diría,
de votos descuidados es efecto,
pues parte de ellos se quedó vacía».
«Un no sé qué divino a vuestro aspecto
—dije— con admirable luz irisa
y así os transmuta del primer concepto:
por eso al recordar no me di prisa,
mas veo, al escucharte, claramente
y mejor te recuerdo de esta guisa.
Los que aquí sois felices ¿ciertamente
no aspiráis a elevaros, ni tampoco
a ver mejor y a que el amor aumente?»
Sonrieron las sombras y ella un poco;
y parecía, al responder tan leda,
que de amor la abrasara el primer foco[46]:
«La caridad, hermano, aquí le veda
al albedrío que algo más queramos,
y así apagada nuestra sed se queda.
Si quisiéramos ir hacia otros tramos[47],

a nuestra voluntad en contra vieras
del querer que nos cierne a donde estamos[48].
Y ello caber no puede en las esferas,
si aquí es la caridad indispensable
y su naturaleza consideras.
Del ser beato es forma inseparable
el divino querer querer de grado
para que nuestro acuerdo aquí se entable;
que el mirarnos estar de grado en grado
en este reino, a todo el reino place
y al rey que su querer nos ha inspirado.
Y nuestra paz de su deseo nace,
y él es el mar al cual todo se mueve:
lo que él creó, cuanto natura hace».
Claro entendí por qué en el cielo debe
ser todo Paraíso, aunque la gracia
del sumo bien de modo igual no llueve.
Mas como ocurre, si un manjar nos sacia
y de otro queda gula, que, pidiendo
éste, aquél se agradece, así yo, hacia
ella la voz y el gesto dirigiendo,
quise que me explicase de qué tela
la confección estaba suspendiendo.
«Una vida perfecta más enciela
a una mujer —me dijo— cuya norma
en vuestro bajo mundo viste y vela[49]

para que duerma la terrena forma
con el esposo, que en el voto fía
que caridad a su querer conforma.
Siendo yo jovencita, me salía
del mundo, y en su rito me encerraba,
y seguir su camino prometía.
Del dulce claustro luego me raptaba
gente más en el mal que en el bien diestra.
Después, Dios vio la vida que llevaba.
Y de este otro esplendor que se te muestra
a mi lado derecho, y al que enciende
toda la lumbre de la esfera nuestra,
lo que dije de mí, lo mismo entiende:
fue monja, y su cabeza fue privada
de la sombra que el sacro velo tiende.
Pero una vez que al mundo fue llevada
contra su grado y contra buena usanza,
la venda al corazón no fue quitada.
La luz es ésta de la gran Constanza,
que del segundo viento de Suave
crió el tercero y la última pujanza.»[50]
Hablóme así: después empezó el *Ave*
María y, al cantar, se fue esfumando
como en agua profunda cosa grave.
En tanto pude, la seguí mirando,
mas de mi vista huyó rápidamente

y ésta volvióse a lo que estaba amando,
y se clavó en Beatriz enteramente;
pero, al principio, soportar no pudo
mi mirada su aspecto refulgente;
por eso quise hablar y quedé mudo.

CANTO IV

CIELO I: ESPÍRITUS DÉBILES

Grados de beatitud. Sede de las almas bienaventuradas. Voluntad absoluta y voluntad relativa.

Libre entre dos bocados que igualmente
gustasen y atrajesen, moriría
un hombre sin clavar en uno el diente;
así entre fieros lobos estaría
un cordero, sus dos hambres temiendo,
y un perro, entre dos gamos, tal haría;
por esto, si callé, no me reprendo,
por dos dudas igualmente embargado,
ni por lo que es fatal loarme entiendo.
Mi rostro, aunque callé, se vio pintado
por el deseo, y la pregunta era
aún más ardiente que si hubiese hablado.
Hizo Beatriz lo que Daniel hiciera
cuando libró a Nabuco de la ira
que provocara su injusticia fiera:[51]
«Veo bien —razonó— que de ti tira
uno y otro deseo, y que procura
atarse tu pregunta, y no respira.
Tú argumentas: "Si el buen querer perdura,
el ajeno desmán ¿por qué razón
hace que mi virtud sea más oscura?".

También para dudar te da ocasión
que parezcan tornar a las estrellas
las almas, como ya dijo Platón.[52]
Éstas, en tu querer, son las querellas
que pesan por igual; más peligrosa,
y por ella comienzo, es una de ellas.
El santo serafín que más se endiosa,
Moisés, Samuel, y el Juan que tú prefieras,
yo te digo, y María la Gloriosa,
no en escaños están de otras esferas
que las almas que has visto hace un momento,
ni allí son más o menos pasajeras;[53]
del primer cielo son el ornamento
y gozan más o menos dulce vida
según sienten allí el eterno aliento.
No se han mostrado aquí porque manida
suya sea esta esfera, mas cual signo
de la espiritual menos erguida.
De este lenguaje vuestro ingenio es digno,
porque con los sentidos sólo aprende
lo que es al intelecto más condigno.
Por esto la Escritura condesciende
a vuestra facultad, y pies y mano
de Dios predica, y otra cosa entiende;
la Santa Iglesia, con aspecto humano
a Gabriel y a Miguel os representa

ya aquel por quien Tobías quedó sano[54]. 48
Lo que Timeo del ánima argumenta
con lo que aquí se ve no se conforma,
aunque parezca que cual dice sienta[55]. 51
Que el alma va a su estrella es para él norma,
pues la desprende de ella, si precisa
naturaleza darla como forma;[56] 54
mas quizá su sentencia es de otra guisa
que como suena, y tal vez la dijera
con intención de no mover a risa.[57] 57
Si él piensa que retorna a cada esfera
el baldón y el honor de su influencia,
tal vez su puntería sea certera.[58] 60
De esta verdad, la mala inteligencia
a suplicar a Jove llevó un día,
ya Mercurio y a Marte, su asistencia. 63
La otra duda que en tu ánimo se cría
menos veneno tiene, y su malicia
no muy lejos de mí te llevaría. 66
Injusta parecer nuestra justicia
al ánimo mortal, es argumento
de fe, más que de herética nequicia. 69
Mas porque a vuestro humano entendimiento
captar verdad como esta nada empece,
según deseas, te daré contento. 72
Si hay violencia cuando quien padece

nada concede a aquel que le hace fuerza,
esta gente disculpa no merece;
que el ánimo no cede si se esfuerza,
y hace cual con el fuego hace natura,
aunque violencia mil veces lo tuerza[59].
Pues, ya se pliegue mucho o con mesura,
cede a la fuerza; y esto hicieron, pero
podían haber vuelto a la clausura.
Si hubiera sido su querer entero,
como Lorenzo demostró en la grada,
y Mucio, con su mano tan severo,[60]
los habría devuelto hacia su estrada
apenas se encontraron en franquía;
mas de éstos entran pocos en hornada.
Si has escuchado la palabra mía
como debes, resuelto queda el caso
que más veces tu enojo causaría.
Mas ya se te atraviesa un nuevo paso
ante los ojos, y éste es tan molesto
que, sin poder seguir, caerías laso.
Una certeza yo en tu mente he puesto:
que un alma que es beata nunca miente,
pues junto a la Verdad tiene su puesto;
mas Picarda afirmó inmediatamente
que Constanza amó al velo, y esto puede
sonar de lo que dijo diferente;

mas, hermano, mil veces os sucede
que, huyendo del peligro, y no de grado,
a hacer lo inconveniente al fin se cede;
como Alcmeón, que, cuando fue instigado
por su padre a su madre darle muerte,
por obrar con piedad, fue despiadado[61].
Pensar sobre este punto quiero hacerte;
pues si fuerza y querer tejen el paño,
que la excusa no cabe bien se advierte.
No absoluto albedrío cede al daño,
pero consiente en cuanto está temiendo,
si rehúsa, caer en mal tamaño.
Mas Picarda se estaba refiriendo
al absoluto, y yo al otro albedrío,
y ambas verdad estábamos diciendo».
Fue tal el discurrir del santo río
que de la fuente de verdad deriva,
que dio la paz al pensamiento mío.
«Oh adamada del primo amante, oh diva
—dije después— de cuya voz la onda
me transmite un fervor que más me aviva,
no es la afección que siento yo tan honda
que baste a devolver gracia por gracia,
mas aquel que ve y puede te responda.
La inteligencia nuestra no se sacia
si por esa verdad no es ilustrada

sin la que nunca otra verdad se espacia.[62]
Cual fiera en su guarida refugiada,
reposa en ella si la alcanza; y puede:
pues, si no, toda sed será frustrada.
Así, al pie de lo cierto brota adrede
nuestra duda; y condúcenos natura,
de loma en loma, a la suprema sede.
Esto me invita, y esto me asegura,
a rogarte, señora, que me hables
de otra verdad que me resulta oscura.
En lugar de los votos, ¿aceptables
son para vos los otros actos buenos
que la balanza no halla desdeñables?»»
Me miró Beatriz con ojos llenos
de unos rayos de amor tan encielados,
que mi virtud huyó, venida a menos,
y zozobré, los ojos inclinados.

CANTO V

CIELO I. ESPÍRITUS DÉBILES.
CIELO II. ESPÍRITUS ACTIVOS

Esencia y valor del voto. Aparecen como resplandores llameantes que cantan y bailan. Mercurio: arcángeles.

«Si, ardiendo más que en tierra puede el fuego,
yo te envuelvo con llama de amor viva
y, vencidos tus ojos, quedas ciego,
no te sorprendas, que mi ardor deriva
de un mirar que es perfecto porque aprende
y hacia el bien percibido el paso aviva.
Bien veo que la luz eterna prende
en tu intelecto ya, y en él reluce,
pues, vista, sola y siempre amor enciende;
y si otra cosa vuestro amor seduce,
de aquella luz tan sólo es un vestigio
que, mal juzgado, por allá trasluce.
Preguntas si otra acción el desprestigio
del falso voto puede borrar tanto
que al ánima asegure de litigio.»
Así Beatriz comienzo dio a este canto,
y, como aquel que hablando no tropieza,
de este modo siguió el discurso santo:
«El bien mayor que Dios, en su largueza,
hizo al crear, y fue el más adecuado

a su bondad, y amó más su grandeza,
fue el del libre albedrío, limitado
a las criaturas que hizo inteligentes,
pero siempre y a todas otorgado.
Ahora verás, a poco que argumentes,
el gran valor del voto, siendo exacto
que Dios consienta cuando tú consientes,

que, al cerrarse entre Dios y el hombre el pacto,
cual víctima se ofrece aquel tesoro
que ya te dije, y se hace con su acto.
¿Qué puede darse a cambio con decoro?
Creer que se usa bien lo ya ofrecido
es, por hacer el bien, ser ladrón de oro.
Ya está lo principal esclarecido;
mas si la Iglesia otorga su dispensa,
cual si al hablar me hubiera confundido,[63]
en seguir a la mesa un rato piensa,
porque el manjar tan fuerte que has tomado
requiere más ayuda a tu despensa.

Abre la mente bien a mi dictado
y enciérralo, que no supone ciencia,
sin retener, estar bien enterado.
Dos cosas se reúnen en la esencia
del sacrificio; en su materia estriba
la una, y la otra es la conveniencia.
A ésta no la cancela quien la priva
de observancia; mas de ella claramente
recuerda que se trata más arriba:
pero necesitó la hebrea gente
ofrecerla, si bien alguna oferta,
cual sabes, permutar fue conveniente.[64]
La otra, cuya materia ha sido abierta,
puede ser tal que no haya falta grave
aunque en otra materia se convierta.
Pero cambiar su carga a nadie cabe
por propio arbitrio, sin que sea movida
ya la amarilla, ya la blanca llave[65];
por necia la permuta sea tenida
si la cosa dejada en la tomada
como el cuatro en el seis no es contenida.
Por eso cualquier cosa que, pesada,
venza con su valor toda balanza
con otro gasto no queda pagada.
Nunca tome el mortal el voto a chanza:
sea fiel, y al hacerlo no sea ciego

como Jefté con la primer cobranza;
que “Mal hice” mejor dijera luego
que hacer peor cumpliendo[66]; y tan vicioso
puedes juzgar en esto al duque griego
por quien lloró Ifigenia al rostro
hermoso e hizo llorar a sabios y a livianos
al saber de aquel culto doloroso.[67]
Sed graves al moveros, oh cristianos:
no seáis como pluma dada al viento,
que no toda agua os lavará las manos.
Tenéis el Nuevo, el Viejo Testamento
y el pastor de la Iglesia es vuestro guía:
esto es bastante a vuestro salvamento.
Si otra cosa te grita el ansia impía,
obra cual hombre, no cual loca oveja,
de modo que el judío no se ría.
No imites al cordero que se aleja
de su madre, e ingenuo y lascivo,
se combate a sí mismo y se festeja».
Me lo dijo Beatriz como lo escribo,
volvióse luego toda deseante
hacia el lugar en que el mundo es más vivo.[68]
Y su callar y el transmutar semblante
de mi mente acallaron el anhelo
que otras dudas tenía ya delante.
Cual flecha que en el blanco acaba el vuelo

antes de que la cuerda quede quieta,
así corrimos al segundo cielo.
Vi a mi dama de dicha tan repleta
cuando aquietó aquel cielo nuestra prisa
que más ardiente se volvió el planeta;
y si el cambio en la estrella una sonrisa
despertó, ¡qué no haría mi natura,
pues transmutable soy de toda guisa!
Cual peces que en piscina quieta y pura,
si caen en ella cosas exteriores,
se aproximan creyendo que es pastura,
así más de un millar vi de esplendores
acercarse, y cada uno así exclamaba:
«¡He aquí al que aumentará nuestros amores!».
Y conforme cada uno se acercaba,
la sombra nos mostraba su leticia
en el claro fulgor que derramaba.
Piensa, lector, si lo que aquí se inicia
no continuase, cómo sentirías
de saber más angustiosa caricia;
y así comprenderás las ansias mías
por conocer su estado y condiciones,
apenas divisé a las almas pías.
«Oh bien nacido, que hasta las mansiones
del triunfo eterno elévate la gracia
antes que la milicia tú abandones;

nos enciende la luz que aquí se espacia,
y si ilustrarte quieres, fidedignos,
haremos que tu mente quede sacia.»
Uno de los espíritus benignos
dijo así, y Beatriz: «Di, di confiado:
son de creerlos como a dioses dignos».
«Sé que en tu propia luz has anidado
y que la están tus ojos despidiendo
porque, al reír, tu brillo has aumentado;[69]
mas yo no sé quién eres, ni comprendo,
alma digna, por qué estás en la esfera
que otra luz a la tierra está escondiendo.»[70]
Estas palabras dije a la lumbrera
que primero me habló; y entonces ella
se volvió más luciente que antes era.
Como se oculta la mayor estrella,
por exceso de luz, si disipada
queda la niebla que su fuego mella[71];
la excesiva alegría a mi mirada
hurtó en su rayo a la figura santa;
y, así encerrada, respondió encerrada
del modo que el siguiente canto canta.

CANTO VI

CIELO II: ESPÍRITUS ACTIVOS

Ambiciosos de la vida activa:
Justiniano, Romeo.

«Cuando el águila puso Constantino
contra el curso del cielo, que ya anduvo
tras el que unió a Lavinia su destino,[72]
ciento y cien y más años se detuvo,
ave de Dios, de Europa en la frontera,
cerca del monte en el que el nido tuvo;[73]
bajo el sacro plumaje[74], hizo que fuera
el gobierno imperial de mano en mano
y que, al cambiar, la mía lo tuviera.
César he sido: yo soy Justiniano,
que, por querer del primo amor que siento,
quité a la ley las sobras y lo vano[75].
Y antes de estar a tal trabajo atento,
que hay en Cristo, no más, una natura
creía, y con tal fe estaba contento:[76]
mas el santo Agapito, por ventura,
que fue sumo pastor, a la correcta
fe me llevó con su palabra pura.[77]
Yo le creí, y aquella fe perfecta
veo tan clara como ve tu mente
toda contradicción errada y recta.[78]

Ya al paso con la Iglesia, prontamente
Dios me inspiró que fuera el operario
del gran trabajo, al que me di obediente;
las armas entregué a mi Belisario,
al que el brazo del cielo estuvo unido
mostrando mi descanso necesario.[79]
Tu primera pregunta he respondido;
pero su condición me está empujando
a poner en el peso un añadido
para que veas tú si está actuando
bien quien al santo signo mueve guerra,
ya se lo apropie, ya lo esté hostigando[80].
De reverencia dignas, en sí encierra
muchas virtudes, desde que Palante
murió por darle el cetro de su tierra[81].
Trescientos y más años fue ocupante,
cual sabes, de Alba Longa y sus colinas,
hasta el de tres y tres[82], caso sangrante.
Y sabes cómo obró, de las sabinas
hasta Lucrecia[83], en los varones regios,
venciendo en torno a las gentes vecinas;
que contra Breno y Pirro los egregios
romanos lo llevaron[84], y guiado
fue contra otros monarcas y colegios;
y que Torcuato y Quincio, que nombrado
fue por el rizo suelto, fama hubieron;

Decios y Fabios, que honro muy de grado.[85] 48
Los árabes su orgullo ante él rindieron
cuando, siguiendo a Aníbal, remontaron,
oh río Po, las rocas que te hicieron.[86] 51
Bajo él, siendo muy jóvenes, triunfaron
Pompeyo y Escipión, y en la colina
en que naciste su amargor probaron.[87] 54
Próximo el tiempo ya en que la divina
voluntad quiso al mundo ver sereno,
a César lo entregó la grey latina. 57
Y si del Var al Rin hizo algo bueno,
díganlo el Loira, el Isere y el Sena,
y el agua de que el Ródano va lleno.[88] 60
Lo que hizo tras sacarlo de Rávena
y el Rubicón saltar, fue de tal vuelo
que en lengua y pluma pálido resuena.[89] 63
La hueste revolvió al hispano suelo,
luego a Durazzo; y en Farsalia hirió
de modo que hasta el Nilo sintió el duelo.[90] 66
Antandro y el Simois de nuevo vio
y el sitio en el que el gran Héctor reposa;
y para mal de Ptolomeo partió.[91] 69
Bajó a Juba cual chispa fulgurosa;
y de allí se volvió a vuestro Occidente,
de Pompeyo al oír la tuba odiosa.[92] 72
Lo que hizo, ya en las manos del siguiente,

ládranlo en el Infierno Casio y Bruto,
y Perusa, con Módena, lo siente.[93] 75
También lloró Cleopatra amargo luto,
que, huyendo ante él, y de repente muerta,
pagó, con la culebra, atroz tributo.[94] 78
Con él la roja cuenca le fue abierta,
y tanta paz al mundo le fue dando
que fue encerrado Jano tras su puerta.[95] 81
Mas lo que el signo de que estoy hablando
hecho había y haría en el futuro
por el reino mortal bajo su mando, 84
nos llega a parecer poco y oscuro
si en manos del tercer César se mira
con ojo claro y con afecto puro;[96] 87
que la viva justicia que me inspira
le dio, en manos del que hago la alabanza,
la gloria de vengar su propia ira. 90
Admírete en seguida mi enseñanza:
luego, en vengar con Tito no fue tardo
de aquel pecado antiguo la venganza.[97] 93
Cuando a la Santa Iglesia el longobardo
diente mordió, bajo sus alas reales
Carlomagno auxilió y venció gallardo.[98] 96
Ahora puedes juzgar de aquellos tales
que acusé más arriba y sus errores,
que son razón de todos vuestros males.[99] 99

Uno al signo común doradas flores
opone, y quiérelo otro de su parte,
y es fuerte ver quién cae en más errores.[100]
Urdan los gibelinos, urdan su arte
bajo otro signo, que es secuaz indigno
aquel que su justicia no comparte,
el Carlos nuevo no abata este signo
con sus güelfos, mas tiemble ante el zarpazo
de quien ya desolló a león más digno.[101]
¡Muchos hijos lloraron de rechazo
culpas del padre; y nadie de Dios crea
que a sus armas con lises dé el cambiazo!
A esta estrellita adorna la asamblea
de los buenos espíritus que, activos,
por honra y fama cumplen su tarea:
y cuando éstos han sido sus motivos
desviados, los vivos resplandores
del verdadero amor ven menos vivos.
Mas siempre, al comparar nuestros dulzores
y méritos, mayor es la leticia:
que no se ven menores ni mayores.
Pues tanto endulza la viva justicia
nuestro afecto, que logra que no puedas
torcerlo en dirección de la nequicia.
Diversas voces forman notas ledas;
así escaños diversos en la vida

forman dulce armonía en estas ruedas.
En esta margarita está encendida
de Romeo la luz, cuya obra bella
y grande ha sido mal agradecida.
Pero los provenzales que contra ella
fueron, no ríen; que huye la fortuna
del que con bien ajeno se atropella.
Cuatro hijas tuvo, reina cada una,
Raimundo Berenguer, y esto lo hacía
Romeo, el servidor de pobre cuna.
Luego la insidia en contra se movía
para pedirle cuentas a este justo
que, por diez, siete y cinco devolvía.
Se tuvo que marchar, pobre y vetusto,
y si su ánimo el mundo conociera
mendigando su pan de susto en susto,
mucho le alaba, pero más lo hiciera.»[102]

CANTO VII

CIELO II: ESPÍRITUS ACTIVOS

Justicia e injusticia en la muerte de Cristo. El misterio de la Redención. Corrupción de los elementos. Resurrección de la carne.

«*Hosanna, sanctus Deus sabaoth,*

superillustrans claritate tua

felices ignes horum malacoth!»[103]

Volviendo así a su nota, continúa

cantando ante mi vista esa sustancia,

en la cual una doble luz se adúa[104];

y ella y otras, danzando con prestancia,

cual chispas que del viento van al filo,

se velaron de súbita distancia.

Yo dudaba y decía: «¡Dilo, dilo!».

«Dilo» entre mí decía por mi dueña

que mi sed calma con su dulce estilo;

pero la reverencia que se adueña

totalmente de mí por *Be* y por *iz*[105]

casi igual me inclinaba que al que sueña.

Poco tiempo sufrióme así Beatriz,

y con sonrisa tal darme luz quiso

que en el fuego me hubiera hecho feliz.

Y «Según —dijo— mi infalible aviso,

cómo justa venganza justamente

fue castigada te dejó indeciso;[106]
mas yo te aclararé pronto la mente:
y escúchame, pues de una gran sentencia
mis palabras te van a hacer presente.
Al no sufrir por propia conveniencia
de la virtud el freno, el no nacido[107],
al dañarse, dañó a su descendencia;
la especie humana, así, enferma ha yacido,
durante siglos, en enorme error
hasta que al fin el Verbo ha descendido
donde naturaleza, de su autor
ya apartada, se ha unido a su persona
con sólo el acto de su eterno amor.
Alza el rostro a lo que ahora se razona.
Que esta natura a su hacedor unida
fue buena al ser creada reflexiona;
mas por sí sola viose despedida
del Paraíso, y la apartó su abuso
del camino veraz y de la vida.
La pena porque en pie la cruz se puso,
si en la naturaleza se mensura,
nunca tan justamente otra se impuso;
mas no la hay más injusta ni más dura
al contemplar a quien sufrió el entuerto
porque a él estaba unida tal natura.
Creó un solo acto acierto y desacierto:

que al judío y a Dios plugo una muerte;
tembló la tierra, el cielo quedó abierto. 48
No debes ya pensar que es cosa fuerte,
si el que justa venganza sea vengada
por justo tribunal alguien te advierte. 51
Pero a tu mente ahora veo atada
por el nudo de más de un pensamiento,
del que mucho desea ser librada. 54
Tú dices: “Bien discierno lo que siento,
pero por qué Dios quiso me está oculto,
redimirnos de modo tan cruento”. 57
Este decreto, hermano, está sepulto
para quien de saberlo es aún indigno
porque el fuego de amor no le hizo adulto. 60
Y como, ciertamente, de este signo
mucho se piensa y poco se adivina,
diré por qué tal modo fue el más digno. 63
Ardiendo en sí, la gran bondad divina,
que el livor[108] de sí aleja, tal destella
que la belleza eterna disemina. 66
Lo que directamente brota de ella
no puede tener fin, pues no se mueve
su señal cuando es ella quien la sella. 69
Lo que sin mediadores de ella llueve
es libre, pues sujeto no lo deja
a lo que, siendo nuevo, no se atreve. 72

Le place más lo que más la refleja;
que el santo ardor que irradia en toda cosa
es más vivaz si más se le asemeja.
Es de todos los dones ventajosa
la humana criatura; y si uno falla
se hace de todos ellos perdidosa.
Sólo pecando encadenada se halla
y se hace al sumo bien desemejante
porque en ella su luz casi se calla;
y no vuelve a ser digna en adelante
si no rellena el hueco del pecado
y si la penitencia no es bastante.
Vuestra natura, de su digno estado
privóse, al pecar *tota*[109] en su simiente,
y dejó al Paraíso despoblado;
recobrarse, si juzgas sutilmente,
al hacer su camino, ella podía
por uno de estos vados solamente:
o que Dios por su sola cortesía
perdonase, o que el hombre por sí mismo
pagase su locura, si podía.
Tu mirada introduce en el abismo
del eterno consejo, y hazlo oyendo
con celo y atención mi silogismo.
No pudo el hombre, limitado siendo,
satisfacer por no poder bajarse,

con toda su humildad obedeciendo,
cuanto al no obedecer quiso elevarse;
y ve que ésta es la causa verdadera
que le impidió por sí mismo salvarse.
Menester fue que Dios recondujera
por sus vías al hombre hacia la vida,
ya una tan sólo, ya las dos siguiera.
Mas porque al operante es más querida
su obra propia si más bondad ostenta
del pecho en el que ha sido concebida,
la divina bondad, que al mundo alienta,
de proceder por una y otra vía,
al elevaros, se sintió contenta;
y de la última noche al primer día[110]
no habrá, en una ni en otra, ni lo ha habido
proceso alguno de tan gran valía:
que Dios más liberal al darse ha sido
para que el hombre baste a levantarse
que si por sí le hubiese redimido;
y no habría podido apaciguarse
la justicia, si el Hijo de Dios reo
no se hubiera hecho, humilde, al encarnarse.
Para colmarte bien todo deseo,
a aclarar algo dicho me repliego,
pues quiero que lo veas cual lo veo.
Tú dices: “Veo al agua, veo al fuego,

al aire y tierra, a todas sus mixturas,
caer en corrupción y morir luego;
mas estas cosas fueron criaturas;
y así, si lo escuchado es verdadero,
deben estar de corrupción seguras".
Los ángeles, hermano, y el sincero
país en el que estás, fueron creados
tal como son, con ser propio y entero,
pero los elementos ya nombrados
y aquellas otras cosas que devienen
por creada virtud son informados.
Creada es la materia que contienen;
su informante virtud creóse en tantas
estrellas que girando en torno tienen.
Las almas de los brutos y las plantas
las sacan de una forma potenciada
sus rayos, al girar las luces santas;[111]
mas la vida sin medio os fue inspirada
por la suma bondad; y la enamora
de sí para ser siempre deseada.
Vuestra resurrección puedes ahora
deducir, si tu mente considera
cómo fue hecha la carne pecadora
del primer hombre y la mujer primera».[112]

CANTO VIII

CIELO III: ESPÍRITUS AMANTES

Aparecen como resplandores que, bailando y cantando, se mueven más o menos rápidamente. Venus: principados. Amantes: Carlos Martel. La constitución de la sociedad.

Con gran peligro, el mundo imaginaba
que la bella Ciprina el loco amor
desde el tercio epiciclo propagaba;[113]
por lo que no a ella solamente honor,
con sacrificio y cantos, fue rendido
por los antiguos, en su antiguo error;
sino que a Dione honraban y a Cupido,
por hijo, y madre ella, y se decía
que a él le sostuvo en su regazo Dido;[114]
y de ésta, de quien parte la voz mía,
tomaban el vocablo de la estrella
que es, tras el sol o ante él, su dulce espía.
No advertí que subiendo estaba a ella
pero me dio seguridad mi dama
de haber llegado, pues la vi más bella.
Y cual la chispa adviértese en la llama,
y puede que en la voz la voz disciernas
si una es firme y al par otra declama,
así vi en esa luz otras lucernas
de más o menos vivos movimientos,

según sus formas de mirar internas.
De fría nube no han bajado vientos[115],
o visibles o no, tan velozmente
que torpes no parezcan y muy lentos
a quien las divas luces tuvo enfrente
tras cesar en el giro que iniciaron
junto a los serafines altamente,
y en las que más delante se mostraron
tal «Hosanna» sonó que en adelante
nunca ganas de oírlo me faltaron.
Acercóse a nosotros al instante
uno y me dijo: «Todos aquí estamos
para hacerte gozar a tu talante.
Con los celestes príncipes giramos
en un círculo, un giro y un anhelo,
a los que así invocar ya te escuchamos:
"Vos, que movéis pensando el tercer cielo"[116]
y es tan grande el amor que nos satura
que aquietarnos por ti será un consuelo».

21 24 27 30 33 36 39

Tras ofrecer mis ojos con mesura
a mi dama, y haberme asegurado
de ella y su aplauso en su mirada pura,
hacia la luz volvílos que brindado
se había tanto, y «¿Quién sois?» la voz mía
exclamó con acento emocionado.
Y más bella y mayor vi que se hacía
por la alegría nueva que retuvo,
cuando le hablé, con la que ya tenía.
Cambiada así, me habló: «El mundo me tuvo
poco tiempo, y si más hubiera sido
no hubiera el mal que al ausentarme hubo.
Mi alegría me tiene aquí escondido,
pues dentro de su luz me hallo cautivo
cual gusano en su seda contenido.
Mucho me amaste, y no fue sin motivo,
pues mostrarte allí abajo yo pensaba
más que las frondas de mi afecto vivo.[117]

Aquella orilla izquierda que se lava
donde el Ródano al Sorga ya contiene
por su señor a tiempo me esperaba,
y aquel cuerno de Ausonia que mantiene
a Bari y a Gaeta y a Catona,
donde al mar, con el Verde, el Tronto viene.[118]
Ya fulgía en mi frente la corona
de aquella tierra que el Danubio baña
cuando el suelo germánico abandona.[119]
Y la bella Trinacria, que se empaña
de Pachino a Peloro, en aquel golfo
que soporta del euro mayor saña,
por el azufre no, por el regolfo
de Tifeo, sus reyes hoy tuviera,[120]
hijos, por mí, de Carlos y Rodolfo,[121]
si el señorío malo, que exaspera
a los pueblos, movido nunca hubiese
a gritar a Palermo: "¡Muera, muera!"[122].
Y si mi hermano a tiempo esto previese,
de Cataluña la pobreza avara
huyera, porque más no le ofendiese;[123]
que sería mejor que se ingeniara,
por sí o por otros, para que su barca
cargada de más carga no se hallara.
Pues su natura, que de larga a parca
descendió[124], necesita tal milicia

que no se ocupe de llenar el arca».
«Porque tu hablar me infunde una delicia,
oh señor mío, que en verdad yo creo
que en donde todo bien para y se inicia[125]
es por ti vista como yo la veo,
me agrada más; y porque tu argumento
hallas mirando a Dios, más me recreo.
Dame tu luz tras darme tu contento:
que, al oírte, de cómo la simiente
dulce da fruto amargo, dudas siento.»
Dije, y «Si puedo —dijo dulcemente—,
te diré una verdad que hará que andes
no a espaldas de la duda, sino al frente.
El bien que a todo el reino en que te expandes
mueve y alegra, de su providencia
hace virtud en estos cuerpos grandes[126].
No sólo, en la perfecta inteligencia,
cada naturaleza está ideada,
mas con salud unida a su existencia:
cada flecha de este arco disparada
sigue al volar las órdenes divinas
como cosa a su blanco enderezada.[127]
Si así no fuese, el cielo en que caminas
causara de tal modo sus efectos
que no serían arte, sino ruinas;
y es absurdo, si no a los intelectos

que el cielo mueven pides que declare
faltos, y al que dejólos imperfectos.
¿Quieres que esta verdad más se te aclare?».
«No —dije— que imposible yo vería
que natura, en lo que es fatal, se pare.»
Y él insistió: «Que el hombre perdería
si no fuese sociable, ¿se concibe?».
«Sí —dije—, y cuestionarlo no podría.»
«¿Puede serlo si abajo no se vive
de distintos oficios no igualmente?
No, si el maestro vuestro bien lo escribe.»[128]
Llegó aquí deduciendo y, finalmente,
concluyó: «Luego aciertas si supones
raíz distinta a efecto diferente:
por eso nacen Jerjes y Solones,
Melquisedec y el otro que perdiera
al hijo en las aéreas regiones.[129]
La circular natura, que a la cera
mortal sella, practica bien su arte
e igual toda morada considera.
De aquí procede que Esaú se aparte
de Jacob desde el germen; que a Quirino,
de padre vil, le den por padre a Marte.[130]
La natura engendrada su camino
haría siempre igual al generante
si no venciese el proceder divino.

Ahora el que estuvo atrás está delante:
mas porque sepas que eres de mi agrado,
te diré un corolario confortante.
Siempre que la natura encuentra al hado
contrario, cual simiente removida
del propio ambiente, da mal resultado.
Si se mirase más en vuestra vida
el fundamento puesto por natura,
mejor fuera la gente dirigida.
Mas vosotros torcéis a la clausura
al que nació para ceñir espada
y hacéis rey al que el hábito procura:
y así marcháis por fuera de la estrada».

CANTO IX

CIELO III: ESPÍRITUS AMANTES

Cunizza da Romano, Folquet de Marselha, Raab. Invectiva contra Florencia y la corrupción de la curia romana. Ascensión al otro lado de las sombras de la Tierra.

Cuando tu Carlos, oh bella Clemencia[131],

me esclareció, narróme los engaños

que tiene que sufrir su descendencia,

mas «Calla —dijo— y deja andar los años»:

no puedo, pues, decir sino que un llanto

justo vendrá detrás de vuestros daños.

Y la vida de aquel esplendor santo

hacia el sol que la llena vuelto había

como a aquel bien que a todo alegra tanto.

¡Ay, almas engañadas, gente impía,

que de tal bien torcéis vuestros amores

y el rostro alzáis con vana altanería!

Y al punto otro de aquellos esplendores

se acercó, y su deseo de agradarme

mostraba derramando resplandores.

Los ojos de Beatriz, que de mirarme

no habían cesado, de su caro asenso

quisieron con su luz certificarme.

«Calma el anhelo de que estoy suspenso,

santo espíritu —dije—, y dame prueba

de que en ti se refleja lo que pienso.»
Y, en respuesta, la luz para mí nueva,
de lo profundo en que ella antes cantaba,
dijo, como quien ruego justo aprueba: 24
«En esa parte de la tierra prava
itálica que yace entre Rialto
y donde nace el Brenta y corre el Piava, 27
se eleva un monte, y no surge muy alto,
de donde bajó antaño una centella
que le dio a la comarca duro asalto. 30
Nací yo de la misma raíz que ella:
Cunizza fui, y aquí mi brillo muestro
porque la luz vencióme de esta estrella;[132] 33
mas, alegre, a mí misma me demuestro
que fue buena mi suerte, y no me enfada,
aunque parezca extraño al vulgo vuestro. 36
De esta joya luciente y muy preciada
de nuestro cielo que ahora tengo al lado
quedó gran fama; y no será olvidada 39
sin que este siglo sea quintuplicado:
ve si el mortal debió hacerse excelente
si una más, tras su vida, se ha dejado.[133] 42
Y esto no piensa la turba presente
que, al par que el Tagliamento, Adigio ciñe,
ni por ser castigada se arrepiente,[134] 45
mas se verá muy pronto cómo tiñe

Padua al pantano que a Vicenza baña,
porque contra el deber su gente riñe;[135] 48
y donde al Sile el Cáñano acompaña,
tal señorea y lleva la testa alta
cuando la red le tienden ya con maña.[136] 51
También llorará Feltro la gran falta
de su impío pastor, tan traicionera
que otra igual a ninguno encerró en Malta. 54
Grande el barril sería que acogiera
la sangre ferraresa, y muy rendido
quedara quien por onzas la midiera, 57
la que dará el prelado comedido
por mostrar partidismo; y tales dones
el uso del país ha permitido.[137] 60
Los que tronos llamáis, y en las regiones
altas espejos son de Dios juzgante,
buenas han de encontrar estas razones». 63
Callóse, y yo leía en su semblante
que a otro se había vuelto; y en seguida
regresó al corro de ánimas radiante. 66
La otra alegría, ya antes referida
por su bondad, surgió cual resplandece
una piedra rubí del sol herida. 69
Allí, con la alegría el brillo crece
como la risa aquí; y abajo vela
la sombra al que en su mente se entristece. 72

«Dios lo ve todo, y tu mirar se enela[138]
—dije—, alma santa, y a la vista tuya
ningún deseo a sí se roba y cela.
Luego tu voz, que alegra la aleluya
que siempre entonan esas almas pías
que con las seis se han hecho la cogulla,[139]
¿por qué no calma ya las ansias mías?
No estaría esperando tu demanda
si me entuase como tú te enmías[140].»
«El mayor valle en que el agua se expanda[141]
—empezó con palabras elegantes—
fuera del mar que la tierra enguirlanda,
contra el sol, entre playas discordantes,
avanza tanto que hace meridiano
de lo que su horizonte hacía antes.[142]
De aquel valle yo he sido litorano
entre Ebro y Magra, que por corta vía
al genovés separa del toscano.[143]
Casi al ocaso y orto de Bujía
yace la tierra aquélla en que naciera,
que al puerto caldeó con su sangría.[144]
Folco se me llamó en aquella esfera
que conoció mi nombre; y este cielo
de mí se sella, como de él yo hiciera,
que en más fuego no ardió la hija de Belo,
a Siqueo y Creúsa acongojando,

que yo mientras convino así a mi pelo;[145] 99
ni aquella Rodopea que llorando
se vio por Demofonte, ni el potente
Alcides cuando a Iole estaba amando.[146] 102
Aquí se goza, y nadie se arrepiente,
no del yerro, que al juicio no retorna
mas del valor que ordena providente. 105
Aquí se admira al arte que se adorna
con tal efecto, y a saber se viene
por qué el mundo de arriba al bajo torna. 108
Mas porque mi palabra calme y llene
el afán que esta esfera te depara,
seguir más adelante me conviene. 111
Quieres saber a quién la llama ampara
que tanto centellea, a mi contigua,
como rayo de sol en agua clara. 114
Sabe que dentro de ella se apacigua
Raab, que a nuestro coro aquí se junta
y en sumo grado con su luz santigua. 117
Vino a este cielo, al que tan sólo apunta
la sombra de tu mundo, antes que otra alma
por el triunfo de Cristo fuera asunta. 120
Y es muy justo dejarla como palma,
en algún cielo, de la gran victoria
que conquistó con una y otra palma 123
porque favoreció la primer gloria

que obtuvo Josué en la Tierra Santa,
que poco pesa al Papa en la memoria.[147]
Que tu ciudad, que del primero es planta
que ha vuelto las espaldas a su autor
y cuya envidia al llanto solivianta,
forma y propaga la maldita flor
que a ovejas y corderos ha engañado
y en lobo ha convertido a su pastor.[148]
Por eso el Evangelio han olvidado
los doctores, y sólo Decretales
se estudian, como muestran al costado.[149]
A esto se dan el Papa y cardenales:
no a Nazaret su vuelo es dirigido,
do abrió Gabriel las alas inmortales.
Mas Vaticano, y cuanto de elegido
tiene Roma, que han sido cementerio
de la milicia que a Pedro ha seguido,
pronto se librarán del adulterio.»

CANTO X

CIELO IV: ESPÍRITUS SABIOS

Dispuestos en tres círculos de fulgores concéntricos, según la intensidad de la luz, bailan y cantan. Sol. potestades. Teólogos, maestros, historiadores, etc.; Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, Graciano, Pedro Lombardo, Salomón, Dionisio Areopagita, Paulo Orosio, Boecio, San Isidoro de Sevilla, Beda, Ricardo de San Víctor, Sigiero de Brabante.

Mirando a su Hijo con aquel Amor
que uno y el otro eternamente espira,
el inefable e inicial Valor
cuanto en la mente o el espacio gira
con tanto orden creó, que sin contento
no lo puede mirar el que lo mira.
Tu vista al par que yo, lector atento,
eleva a las esferas: a la parte
do chocan uno y otro movimiento.[150]
Y empieza a recrearte con el arte
del maestro que dentro de sí la ama,
tanto que su ojo de ella nunca parte.
Ve cómo, oblicuo, el cerco se derrama
que por su curso a los planetas guía,
por complacer al mundo que los llama.[151]
Que si no se torciera así su vía,
mucha virtud del cielo fuera en vano

y aquí mucha potencia moriría:
si del recto partiese más lejano,
o menos, se vería perturbado
de arriba abajo el buen orden mundano.[152]
En tu banco, lector, sigue sentado
pensando en lo expresado más arriba,
si quieres verte alegre y no cansado.
Lo que te ofrezco por tu cuenta liba;
que hacia sí mi atención tuerce y procura
el asunto del que he sido hecho escriba.
El ministro mayor de la natura
que en el mundo el valor del cielo asienta
y con su luz el tiempo le mensura,
con la parte que arriba ya se mienta,
giraba en la espiral que su salida
cada vez más temprano nos presenta.[153]
Y yo estaba con él[154], mas mi subida
no advertí, sino al modo que se advierte
de un primer pensamiento la venida.
Fue Beatriz quien llevóme de tal suerte
de un bien a otro mejor, en un instante,
pues su acción en el tiempo no se vierte.
¡Cuánto por sí debía ser radiante
quien se hallaba en el sol en el que éntreme,
no por color, sino por luz brillante!
Que aunque ingenio y costumbre y arte extreme,

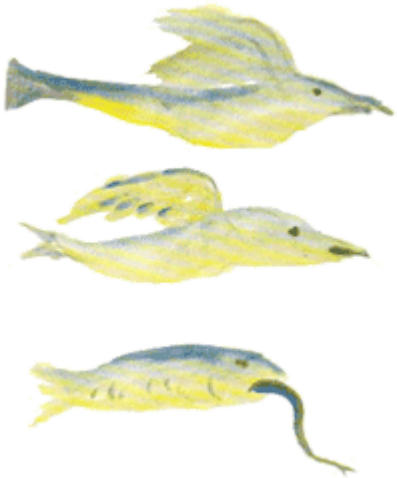
no diré lo que nadie se imagina,
mas puede creer quien desear no teme.
No hay que maravillarse si mezquina
ante esta altura muéstrase la lira,
que sobre el sol ningún ojo camina.
A la cuarta familia allí se mira
del alto Padre, que siempre la sacia,
mostrando cómo ahija y cómo espira[155].
Y Beatriz me amonestó: «Regracia
al sol de los querubes, que te ha puesto
en el sensible gracias a su gracia».
Y nunca un corazón tan predispuesto
a darse a Dios, devoto, se ha encontrado,
con todos sus amores y tan presto,
como yo cuando así me vi exhortado;
pues un amor tan grande en él ponía
que el amor a Beatriz quedó eclipsado.
Mas no le disgustó, pues sonreía
con ojos tan rientes y radiantes
que a mi intelecto unido repartía.
Vi mil fulgores vivos y triunfantes
centro hacernos y hacerse una corona,
más dulces, por sus voces, que brillantes:
así vemos a la hija de Latona
ceñida a veces, cuando el aire en torno
se adensa y guarda el hilo de la zona.[156]

En el reino del cielo, del que torno,
muchas joyas se ven caras y bellas,
mas nadie de allí saca tal adorno; 72
y el canto de estas luces es de aquéllas:
quien no vuela a esas ruedas eminentes
puede al mundo pedir noticias de ellas. 75
Tras cantar, esos soles relucientes,
que a nuestro alrededor tres vueltas dieron
como astros junto a polos permanentes, 78
damas bailando aún me parecieron
que, quietas y calladas, esperando
nuevas notas, el paso detuvieron 81
y dentro de uno oí comenzar: «Cuando
el rayo de la gracia, en que se enciende
veraz amor que luego crece amando, 84
en ti multiplicado tanto esplende
que te enseña a escalar esta escalera
que sin subir después nadie desciende;[157] 87
quien vino de su frasco no te diera
para tu sed, más libre no sería
que el agua que hacia el mar no descendiera.[158] 90
Tú quisieras saber qué planta cría
las flores de este nimbo que hermosea
a la bella que al cielo te alza y guía. 93
Yo del rebaño fui que pastorea
Domingo de Guzmán[159] por un camino

que enriquece si no se devanea; 96
este que es a mi diestra el más vecino
fue mi hermano y maestro, y él Alberto
es de Colonia, y yo Tomás de Aquino.[160] 99
Mira al halo beato, de concierto
con mis palabras, y será entretanto
el nombre de los otros descubierto. 102
Esa otra llama enciende el gozo santo
de aquel Graciano que a uno y otro foro
ayudó, y a los cielos plugo tanto.[161] 105
El que a su lado adorna nuestro coro
fue el Pedro que, imitando a la indigente,
le dio a la Santa Iglesia su tesoro.[162] 108
La quinta luz, la más bella y luciente,
derrama tanto amor que allá en el mundo
de ella quiere saber toda la gente; 111
un saber guarda dentro tan profundo
que si lo verdadero es verdadero
en conocer jamás surgió segundo.[163] 114
Ve después de ese cirio el reverbero,
que, al ver la angelical naturaleza,
y el oficio, fue abajo el más certero.[164] 117
Ríe en esa luz chica la grandeza
del que, en tiempos cristianos abogado,
con su latín brindó a Agustín certeza.[165] 120
Si el ojo de tu mente ha caminado

de luz en luz, detrás de mi alabanza,
de la octava con sed habrás quedado.
Porque ve todo bien, su dicha alcanza
en ella quien el mundo fementido
manifiesta al que escucha su enseñanza:
el cuerpo del que su alma expulsa ha sido
yace en Cieldauro; y ella, del tormento
y el exilio, a la paz de aquí ha subido.[166]
Ve flamear allá el ardiente aliento
de Isidoro, de Beda y de Ricardo,
que más que de hombres fue su pensamiento.[167]
Me miras tras el brillo ver gallardo
del que en tan graves juicios se esforzaba
que a su propio morir creía tardo:
la luz eterna de Sigiero alaba,
que en la rúa de la Paja doctrinando,
verdades envidiadas razonaba».[168]
En fin, como reloj que está llamando
a la hora en que la esposa de Dios surge,
porque la ame, al esposo maitinando,[169]
que una parte a la otra mueve y urge
tin-tin sonando en son tan armonioso
que al bien dispuesto espíritu amor turge,
así moverse vi al corro glorioso,
moverse y, voz con voz, armonizarse
con un temple que sólo es tan gozoso

donde puede el gozar parasiemprarse.



CANTO XI

CIELO IV: ESPÍRITUS SABIOS

Falacia de los juicios humanos. La vida de San Francisco. La vida de Santo Domingo.

¡Oh insensato interés de los mortales,
cuan defectivos son los silogismos
que abaten a tus alas mundanales!
Quién tras derechos, quién tras aforismos
andaba, y quién siguiendo sacerdocio;
quién reinó con sofisma y despotismos;
quién en el robo, o en civil negocio,
quién de la carne en el placer disuelto
se fatigaba, y quién se daba al ocio,
cuando de todas estas cosas suelto,
con Beatriz me estaba yo encielado
y por gloriosa recepción envuelto.
Luego, cada uno se quedó parado,
tras ocupar su posición primera,
cual cirio en candelabro colocado.
Y yo dentro escuché de la lumbrera
que antes me había hablado, sonriendo
empezar, y volviéndose más mera:[170]
«Del mismo modo que en su rayo esplendo,
así, mirando hacia la luz eterna,
la razón de tus dudas yo comprendo.

Tú dudas, y deseas que se cierna
mi lengua y de manera abierta rece
mi dicho, y que tu mente lo discierna,
donde dije: “Un camino que enriquece”
y donde que “Jamás surgió segundo”;
y distinguiendo convendrá que empiece.[171]
La providencia, que gobierna al mundo
de modo que es vencido todo aspecto
creado, antes que caiga en lo profundo,
para que vaya a ver a su dilecto
la esposa a quien, gritando en su agonía,
desposó con su sangre sin defecto,
porque segura y más fiel la quería,
dos príncipes dispuso en su favor
para que aquí y allí fuesen su guía.
El uno fue seráfico en su ardor;
y el otro, su sapiencia derramando,
de querúbica luz un esplendor.
De uno solo diré, pero, elogiando,
lo que de uno se dice a ambos se extiende,
puesto que un mismo fin iban buscando.
Entre el Tupín y el agua que desciende[172]
del monte que eligió el beato Ubaldo,
fértil cuesta de la alta cumbre pende;
mándale ésta a Perusa, en son de heraldo,
frío o calor por Puerta Sol, y siente

detrás su yugo, con Nocera, Gualdo.[173] 48
Allí, donde decrece la pendiente,
un sol le nació al mundo, como nace
a veces en el Ganges el presente. 51
El que de tal lugar palabras hace
no diga Asís, que se quedara corto,
sino Oriente, si el buen decir le place. 54
No muy lejos hallábase del orto
cuando empezaba ya a sentir la tierra
de su mucha virtud algún conforto; 57
que por tal dama, joven, viose en guerra
con su padre, que ni a ella ni a la muerte
la puerta del placer nadie descierra; 60
y ante la corte espiritual su suerte
et coram patre[174] con la de ella ha unido;
y cada día fue su amor más fuerte. 63
Ésta, privada del primer marido[175]
mil cien años y más, vejada, oscura,
invitada antes de éste no había sido; 66
no valió oír que la encontró segura
con Amiclates, cuando habló imperiosa,
la voz que a todo el mundo dio pavura,[176] 69
ni mostrarse tan fuerte y animosa
que en tanto que María quedó al lado,
con Cristo ella a la cruz subió llorosa. 72
Mas porque yo no siga tan velado,

ve en Francisco y Pobreza a los amantes
que nombro en mi discurso dilatado. 75
Su concordia y letíficos semblantes,
maravilla y amor, mirar gozoso,
eran de santo celo estimulantes; 78
y tanto, que Bernardo virtuoso
se descalzó el primero, y tras paz tanta
corrió, y corriendo, hallóse perezoso.[177] 81
¡Oh ignorada riqueza, ubertad santa!
Descalzo, Egidio al esposo seguía,
y Silvestre; que así la esposa encanta.[178] 84
Y allí el padre y maestro ya se unía
con su familia, y la mujer sencilla,
que el humilde cabestro ya ceñía. 87
Vil no se siente ni la vista humilla
por ser hijo de Pedro Bernardón,
ni parecer indigno a maravilla; 90
mas regiamente expone su intención
dura a Inocencio, y la papal tutela
pone el sello a la nueva religión[179]. 93
Cuando creció la gente pobrezuela
tras su vida admirable, que amerita
verse cantada en la celeste escuela, 96
con segunda corona fue suscrita
por Honorio —el Espíritu inspirando—
la santa sed de aquel archimandrita.[180] 99

Luego hallóse, el martirio procurando,
ante la corte del Sultán superba
a Cristo y a los suyos predicando,
y porque halló la conversión acerba,
no queriendo allí estarse sin provecho,
tornó a los frutos de italiana hierba.

Entre Arno y Tíber, en rocoso trecho,
de Cristo recibió el último signo
que dos años llevó en miembros y pecho.[181]
Cuando el que lo eligió vio que era digno
de elevarle a los premios duraderos
que mereció creyendo que era indigno,
a sus hermanos, justos herederos,
a aquella dama que le fue tan cara
mandó que amasen fieles y sinceros;
de su regazo, el ánima preclara
quiso volver a su patria primera
sin que al cuerpo otra tumba le buscara.

Piensa quién su colega digno era
para de Pedro mantener la barca
en la mar sin que el rumbo se torciera;
el que te digo fue nuestro patriarca[182],
por lo que quien le sigue como él manda
géneros buenos puede ver que embarca.
Tras nuevos pastos su rebaño anda
lleno de gula, y ser ya no podría
que por diversos prados no se expanda;
mas siempre que una oveja se extravía
y anda vagando en semejante engaño,
torna al redil y está su ubre vacía.
Algunas de ellas, con temor del daño,
se abrazan al pastor, mas son tan pocas
que en capas se consume escaso paño.
Y así, si mis palabras no son locas
y tu mente al discurso ha estado atenta,
si lo que dije en tu interior evocas,
en parte quedará tu sed contenta
al ver por qué la planta se trocea,
y entender el distingo que argumenta:
«"Que enriquece si no se devanea"».[183]

CANTO XII

CIELO IV: ESPÍRITUS SABIOS

San Buenaventura, Agustín de Asís, Iluminado de Rieti, Hugo de San Víctor, Pedro Coméstor, Pedro Hispano, Natán, San Juan Crisóstomo, Anselmo d'Aosta, Donato, Rábano Mauro, Gioacchino da Fiore.

Apenas hubo la feliz candela
a su postrer palabra dado suelta,
a rodar comenzó la santa muela;
y ésta por otro corro viose envuelta,
antes de por completo haber girado,
que unió canto con canto y vuelta a vuelta;
canto por dulces tubas entonado
que excede al de la Musa o la Sirena
cuanto el rayo inicial al reflejado.
Como se curvan en la nube amena
dos arcos paralelos concolores
si un servicio a su esclava Juno ordena,[184]
dando el de dentro al otro sus colores,
a guisa del hablar de aquella errante
que amor borró cual borra el sol vapores,[185]
y logran que la gente no se espante
—pues ya con Dios Noé lo pactó un día—
de que el mundo se inunde en adelante;[186]
así moverse en torno se veía

de sempiternas rosas dos guirlandas,
y a la íntima la extrema respondía.
Cuando en su tripudiar las santas bandas,
y en su cantar y al tiempo flamearse
de una luz a otra luz ledas y blandas,
a la vez decidieron aquietarse,
cual ojos que a un deseo obedeciendo
a un tiempo han de cerrarse y levantarse;
una luz nueva, nueva voz moviendo,
me hizo aguja que apunta hacia la estrella,
mi atención a su donde convirtiendo,
y comenzó:[187] «El amor que me hace bella
quiere que mi palabra al duque aduzca
por quien el mío aquí tanto destella.
Donde uno se halle, al otro se introduzca;
y si la misma fue su lucha honrosa,
así a la vez la gloria de ambos luzca.
La mesnada de Cristo, que costosa
fue de rearmar, detrás de su bandera
marchaba tarda, poca y sospechosa,
cuando el emperador que siempre impera
proveyó a la milicia, ya apurada,
sólo por gracia, no que digna fuera;
digo que socorrió a su esposa amada
con dos campeones, cuyo ejemplo y mando
reagrupó a la gente desviada.

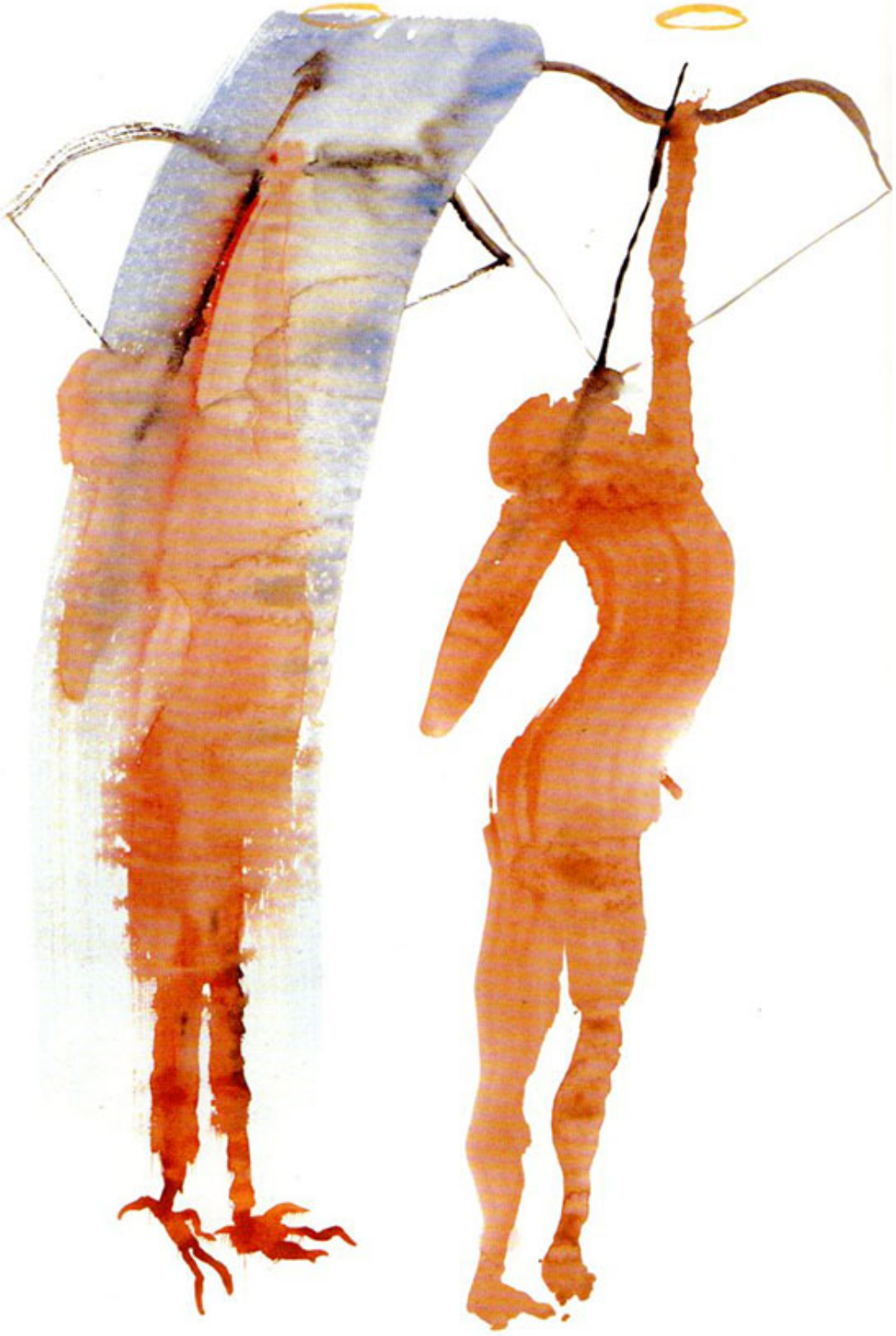
Y donde se alza el céfiro que, blando,
hace abrirse y crecer las nuevas frondas
con las que Europa vase engalanando, 48
no muy lejos del golpe de las ondas
a las que el sol, tras larga fuga, llega
y esconde en ellas sus guedejas blondas, 51
se encuentra la dichosa Caleruega
bajo la protección del gran escudo
en que el mismo león manda y se pliega.[188] 54
Nació allí el que se ató con fuerte nudo
de amor al cristianismo, el santo atleta
dulce a los suyos y al contrario crudo. 57
Y, a la vez que creada, fue repleta
de tan viva virtud su santa mente
que dentro de la madre fue profeta. 60
Cuando entre él y la fe, junto a la fuente
sacra, los esponsales se cumplieron,
de salud se dotaron mutuamente, 63
y aquella cuyos labios asintieron
por él, el bello fruto vio en un sueño
que él y sus herederos[189] después dieron. 66
Y, por compaginar nombre y diseño,
un espíritu allí movió a nombrarle
con el modo del que era ya su dueño. 69
Le llamaron Domingo; y alabarle
quiero como al agrícola que Cristo

en su huerto eligió para ayudarle.
Mostróse nuncio y familiar de Cristo;
que el primo amor que en él fue manifiesto
fue al consejo primero que dio Cristo.
Callado, en tierra de rodillas puesto,
cien veces por el aya fue encontrado
como diciendo: "¡Yo he venido a esto!".
¡Oh padre con verdad Félix llamado!
¡Oh madre suya, verdadera Juana,
si es que su nombre vale interpretado![190]
Como otros, por el mundo no se afana
yendo en pos del Ostiense y de Tadeo,
mas pronto de doctor la fama gana,
siendo el maná de amor su gran deseo[191];
y en seguida a cercar la viña empieza,
la que blanquea si el viñero es reo.
Y a la silla que ya mostró largueza
con los pobres —que al yerro no es propensa,
mas por el que la ocupa sí tropieza—,
no, al dos o al tres por seis, una dispensa,
no los diezmos, ni renta de vacantes,
quae sunt pauperum Dei, pedirle piensa,
sino a las gentes combatir errantes
por la simiente que ahora te ha ceñido
con veinticuatro plantas rutilantes.[192]
Y, con querer a la doctrina unido,

cayó, con apostólica licencia,
como torrente desde lo alto urgido; 99
los heréticos brotes su vehemencia
golpeó, con ataques más ardientes
en donde era mayor la resistencia. 102
De él nacieron después otras corrientes
con que el huerto católico se riega
y tiene a sus arbustos verdecientes. 105
Si una rueda tan alto papel juega
del carro en que luchó la Iglesia Santa
y en el campo venció su civil brega, 108
bien verás hasta dónde se levanta
el que antes de que yo compareciera
trató Tomás con cortesía tanta.[193] 111
Pero la órbita que hizo su cimera
circunferencia ha sido abandonada
y hay heces donde ayer hubo solera.[194] 114
Su familia, que andaba bien guiada
con los pies tras sus huellas, cambió tanto
que el primero al de atrás da una pedrada. 117
Y muy pronto ha de verse el adelanto
del mal cultivo: la cizaña impía
prorrumpirá, fuera del arca, en llanto. 120
Si hoja a hoja mirase alguien un día
nuestro libro, podría en una carta
leer claro: “Yo soy el que solía”. 123

No será de Casal ni de Acquasparta
de donde han de venir a la escritura,
que uno huye de ella y otro la coharta.[195]
Yo soy la vida de Buenaventura
de Bañorregio; y, siendo purpurado,
siempre pospuse la intención impura.[196]
Aquí están Agustín e Iluminado[197],
los primeros descalzos pobrezuelos
que a Dios con el cabestro han agradado.
Aquí Hugo de San Víctor[198] colma anhelos,
y Petrus Comestor[199] y Pedro Hispano,
que luce abajo en sus doce libelos;
Natán[200] profeta, el metropolitano
Crisóstomo y Anselmo[201]; el que pusiera,
Donato[202], en el primer arte la mano.
Rabano[203] se halla aquí; luce a mi vera
el abad catabres que fue Joaquín,
que don de profecía poseyera[204].
A envidiar[205] a tan alto paladín
me movió la inflamada cortesía
de fray Tomás y su cortés latín;
y conmigo movió a esta compañía».

14 APRILE 1300



CANTO XIII

CIELO IV: ESPÍRITUS SABIOS

La sabiduría de Salomón. La gloria de los bienaventurados tras la Resurrección.

Imagine quien bien saber intente
lo que vi luego —y como roca quiera
firme guardar mi imagen en su mente—:
quince estrellas dispersas que la esfera
del cielo avivan con su luz, tan clara
que en toda condición del aire impera;
imagine aquel carro al que acapara
nuestro cielo, que en él siempre se queda
y no se oculta al dar vuelta su vara;[206]
imagine la boca, aquel que pueda,
del cuerno cuya punta está en el fuerte
eje que hace girar la primer rueda,[207]
dos signos ser del cielo, de igual suerte
que aquel en que cambiada al cielo fuese
la hija de Minos al sentir la muerte;[208]
y que uno al otro rayos le tendiese,
y tal fuera su giro acompasado
que uno al antes y al luego otro anduviese;
y así casi una sombra habrá formado
de la constelación y doble danza
de que entonces me hallaba rodeado;

pues está tan allá de nuestra usanza
cuanto de allá del discurrir del Chiana[209]
se mueve el cielo aquel que más avanza.
Cántase allí, no a Baco, no a Peana[210];
sí a tres personas de eternal natura
y en una de ellas a ella y a la humana.
Cumplieron canto y giro su mensura;
y a nosotros las luces se volvieron,
felices de pasar a nueva cura.
De los concordes números rompieron
el silencio los sones que la vida
del pobre del Señor ya enaltecieron,
diciendo: «Si una parva está molida
y a salvo su simiente, a la otra trilla
el dulce amor ahora me convida.
Crees que en el pecho de cuya costilla
se formó —y trajo a todos malandanza
su paladar— la más bella mejilla[211],
y en el que, traspasado por la lanza[212],
tal su precio después y antes ha sido
que a toda culpa vence en la balanza,
cuanto a la humana especie es permitido
tener de luz, el que a uno y otro hiciera
por su propio valor haya infundido;
y te admira lo que antes te dijera
cuando negué segundo al saber hondo

del bien que en la luz quinta reverbera.[213] 48
Los ojos abre a lo que te respondo
y verás tu creer y mi decir
ser verdad como el centro en lo redondo. 51
Lo inmortal y lo que es para morir
no es sino luz que aquella idea envía
que parió, amando, nuestro dulce Sir:[214] 54
que aquella viva luz que se abre vía
desde su foco, sin que se desuna
ni de él ni del amor que a ella se entría[215], 57
por su bondad su radiación aduna,
casi espejada, en nuestras subsistencias,
eternamente conservándose una. 60
De aquí baja a las últimas potencias
de acto en acto, de modo deviniendo
que sólo forma breves contingencias; 63

y tales contingencias ser entiendo
todas las cosas que, al girar, produce
el cielo, con semilla o careciendo. 66
La cera y quien la forma en ella aduce

no son de un modo; y diferentemente
abajo el ideal signo trasluce.
Que en árboles iguales se presente
mejor o peor fruto, ello genera;
y que tengáis ingenio diferente.
Si estuviese en sazón la blanda cera
y el cielo en su virtud más acabada,
toda la luz del sello reluciera,
mas natura la ofrece inacabada,
como la mano experta del artista
que tiembla cuando da la pincelada.
Mas si el cálido amor la clara vista
de la prima virtud signa y prepara,
toda la perfección aquí conquista.
Ello hizo que la tierra, así, formara
de la animal grandeza las coronas[216],
y que encinta la Virgen se quedara.
Por eso acepto, como tú razonas,
que la natura humana por delante
no estuvo ni estará de esas personas.
Pero si no siguiera yo adelante,
"¿Cómo aquél un segundo no ha tenido?"
ya estarías diciendo en este instante.
Mas para que aparezca lo escondido,
piensa quién fue y qué causa le movía
cuando, al decirle "Pide", hizo el pedido.[217]

No de tal modo hablé que todavía
no puedas ver que ser rey suficiente
quiso el rey al pedir sabiduría; *96*
no saber cuántos son exactamente
los motores de aquí, ni si *necesse*
deriva de *necesse y* contingente;[218] *99*
no si *est daré primum motum esse*[219];
ni hacer en medio círculo intentaba
un triángulo que un recto no tuviese. *102*
Si entiendes lo que digo y lo que hablaba,
a la prudencia real con mis disparos,
que es ciencia incomparable, yo apuntaba; *105*
y si alzas al "surgió" los ojos claros,
verás que sólo a reyes me refiero,
que son muchos, y son los buenos raros. *108*
Con esta distinción, que entiendas quiero,
pues lo que digo afirma tu creencia
sobre el Amado y el padre primero. *111*
Sea plomo en tus pies esta advertencia,
y lentamente irás, como hombre laso,
al sí y al no que no es pura evidencia: *114*
que más corto que el necio da su paso
el que sin distinción afirma y niega
igual en uno como en otro caso; *117*
que muchas veces ves cómo se pliega
la opinión presurosa a falsa parte

y el afecto, después, la mente ciega.
Peor que en vano de la orilla parte,
pues no regresa igual que se ha marchado,
quien pesca la verdad e ignora el arte.
Y de ello al mundo ejemplo desgraciado
Parménides, Meliso y Briso[220] dieron
y otros que sin saber dónde han andado;
y Arrio y Sabelio[221] y cuantos necios fueron
igual que espadas con las Escrituras,
cuyos rasgos derechos retorcieron.
No se sientan las gentes muy seguras
al juzgar, imitando a aquel que estima
las cebadas que aún no están maduras:
que he visto, del invierno bajo el clima,
al espino ser rígido y feroz
y una rosa llevar luego en la cima,
y he visto al leño rígido y veloz
correr del ancho mar todo el camino
y hundirse cuando ya entraba en la hoz.
No crean doña Berta y don Martino[222],
porque a uno ven hurtar y a otro apiadarse,
verlos según los ve el juicio divino:
que éste puede caer y aquél alzarse».

CANTO XIV

CIELO IV: ESPÍRITUS SABIOS.

CIELO V: ESPÍRITUS MILITANTES

Muéstransee como fulgores rojizos que constelan una cruz griega y se mueven centelleando en ella. Cantan melodías inefables en alabanza a Cristo. Marte: virtudes.

Del centro al borde y desde el borde al centro
va el agua en un redondo recipiente,
según se lo golpee fuera o dentro:
con veloz precisión cayó en mi mente
lo que digo, en el punto en que la vida
gloriosa de Tomás quedó silente,
y esta similitud fue sugerida
por sus palabras y por el acento
de Beatriz, que así empezó en seguida:
«Éste, aunque ni su voz ni el pensamiento
lo digan, necesita en esta hora
saber de otra verdad el fundamento.
Decidle si la luz con que se enflora
vuestra sustancia en el presente estado
siempre ha de acompañaros como ahora;
y si es así, quedar pueda enterado
de cómo, al recobrar el cuerpo un día,
podrá ser que al mirar no os cause enfado».
Como, a veces, que crece la alegría

y empuja al corro quien lo observa nota
porque aumentan la danza y la armonía,
así, tras la oración pronta y devota,
de ambas ruedas el nuevo gozo era
causa de giros y admirable nota.
Quien se lamenta porque aquí se muera
para vivir arriba, no concibe
cómo la eterna lluvia refrigera.
Que al uno, dos y tres que siempre vive
y reina siempre en tres y en dos y en uno,
no circunscrito, y todo circunscribe,
tres veces le cantaba cada uno
con melodía tal, que se mostraba
del mérito mayor premio oportuno.
Y de la luz más día yo escuchaba,
del círculo menor, una modesta
voz —a María el ángel así hablaba—
responder: «Mientras dure la gran fiesta
del Paraíso, en torno nuestro amor
esta veste de luz nos tendrá puesta.
Su claridad depende del ardor;
del ardor, la visión; y aquélla es tanta
cuanto la gracia acrece su valor.
Cuando la carne gloriosa y santa
nos revista, será nuestra persona
más grata, pues lo entero más encanta,

por lo que nos dará mayor corona
de luz gratuita el sumo bien, que tiene
la luz que para verle condiciona; 48
y así que la visión crezca conviene,
y que el ardor aumente que ella enciende,
y sea mayor el rayo que de él viene. 51
Y tal como el carbón en llama asciende
y más, por su candor, que ella resalta,
de modo que su aspecto se defiende; 54
de igual modo el fulgor que nos esmalta
vencido habrá de ser al completarnos
la carne que, enterrada, ahora nos falta; 57
no podrá luz tan fuerte fatigarnos;
que los corpóreos órganos, abiertos
serán a cuanto pueda deleitarnos». 60
Tan súbitos vi entonces y despiertos
a ambos coros «Amén, amén» diciendo,
que mostraban querer los cuerpos muertos, 63

tal vez por ellos no estaban pidiendo,
mas por sus padres y otra gente cara

antes de estar eternamente ardiendo. 66
Y hete que en torno, toda igual de clara,
nació una luz sobre la luz primera,
a guisa de horizonte que se aclara 69
Y como a aquel que, anocheciendo, viera
mostrar al cielo nuevas apariencias,
que cree y no cree a su vista verdadera. 72
me pareció que nuevas subsistencias
se empezaban a ver, y que giraban
por fuera de las dos circunferencias. 75
¡Del Espíritu Santo destellaban
las encendidas chispas de repente
y ya mis ojos no las soportaban! 78
Mas Beatriz tan bella y sonriente
se me mostraba, que entre aquellas vistas
quiere quedarse y no seguir la mente. 81

De nuevo mis pupilas sentí listas
para mirar y vime trasladado
con mi dama hacia más altas conquistas. 84

Bien vi que me encontraba más alzado
por la abrasada vista de la estrella
que vi más herrumbrosa que lo usado.[223]
Con todo el corazón y el habla aquella
que es una en todos[224], le rendí holocausto
al Señor por su nueva gracia bella.
Y aún en mi pecho no se hallaba exhausto
del sacrificio el fuego, y yo sabía
que aquel *litare*[225] ya era acepto y fausto,
que entre luz y rojez ya distinguía
dos rayos, y en los rayos esplendores,
y «¡Oh Helios, que los ornas!», me decía.
Cual con luces mayores y menores
blanquea entre los polos de este mundo
Galaxia[226], confundiendo a los doctores,
los rayos, constelando lo profundo,
hacían en Marte el venerable signo
que entre cuadrantes muéstrase rotundo[227].
Se desmemoria aquí el ingenio indigno,
que en esa cruz relampagueaba Cristo,
y yo no sé encontrar ejemplo digno;
mas quien toma su cruz y sigue a Cristo
por lo que callo no se apesadumbre,
viendo en aquel albor fulgir a Cristo.
De cuerno en cuerno[228] y desde el pie a la cumbre
se movían las luces, centelleando

al reunirse y al cruzar su lumbre:
así vemos, veloces o tardando,
cortas, largas, en línea curva o recta,
las minucias de cuerpos que, cambiando,
van por la luz que a veces se proyecta
en la sombra en que alguno se defiende
con maña y arte de la luz directa.
Y como aquel que al arpa y giga atiende
tan sólo oye una dulce sonería
de cuerdas, si las notas no comprende,
se acogía en la cruz la melodía
de las luces que allí se aparecieron,
y yo, raptado, el himno no entendía.
Vi que en loas sus notas ascendieron
porque «Resurge» y «Vence» yo escuchaba,
pero algunas palabras se perdieron.
Tanto con ello yo me enamoraba
que hasta allí nunca vi ninguna cosa
que me ligase con tan dulce traba.
Tal vez sea mi palabra pretenciosa
posponiendo al placer que dan los bellos
ojos en que mi anhélito reposa;
mas quien sabe que dan los vivos sellos[229],
cuando ascienden, un brillo más profuso,
y que aún no me había vuelto a ellos,
puede excusarme de lo que me acuso

para excusarme, y ver que soy sincero;
que aquí el santo placer no queda excluso, 138
porque se hace, al subir, más verdadero.

CANTO XV

CIELO V: ESPÍRITUS MILITANTES

Guerreros: Cacciaguida. La antigua Florencia.

La suave voluntad en que se licua
siempre el amor que rectamente inspira
—igual que la codicia hace en la inicua—,
silencio impuso a aquella dulce lira
e hizo a las santas cuerdas aquietarse
que la diestra de Dios suelta y estira.[230]
¿Cómo al justo pedir podrán negarse
esas sustancias que, como aliciente
a mis ruegos, optaron por callarse?
Bueno es que para siempre se lamente
quien, por amor de cosa que no dura,
de ese amor se despoja eternamente.
Cual en la noche despejada y pura
corre un fuego fugaz de cuando en cuando
atrayendo a la vista antes segura,
y una estrella parece caminando,
sino que por la parte en que se enciende
dura poco y ninguna está faltando;
tal, del cuerno que al lado diestro tiende,
al pie de aquella cruz se corrió un astro
de esa constelación que tanto esplende;

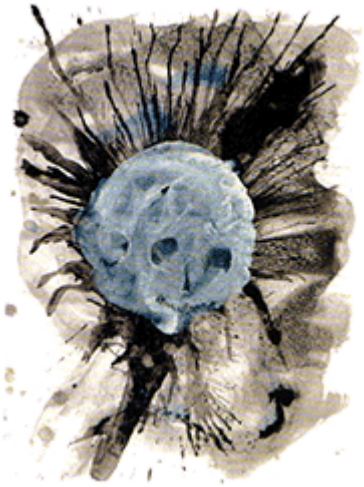
no se apartó la gema de su rastro,
mas por la lista radial surcaba
y era cual luz detrás del alabastro:
tal la sombra de Anquises se mostraba,
si fe merece nuestra mayor Musa,
cuando el Elíseo su hijo visitaba.[231]
«O sanguis meus, o superinfusa
gratia Dei, sicut tibi cui
bis unquam coeli ianua reclusa?»[232]
Así la luz; la vista puse allí,
y, cuando hacia mi dama me volvía,
me quedé estupefacto allí y aquí;
pues en sus ojos tal sonrisa ardía
que contemplar creí el fondo fecundo
del Paraíso y de la gloria mía.
El espíritu, al ver y oír jocundo,
tras su principio algunas cosas puso
que no entendí, tal fue su hablar profundo.
Y no era que escondérmelas dispuso,
sino necesidad, pues su concepto
al signo del mortal se sobrepuso.[233]
Y cuando el arco del ardiente afecto,
tras aflojarse, se inclinó certero
y apuntó al signo de nuestro intelecto,
esto fue lo que yo entendí primero:
«¡Bendito seas siempre, trino y uno,

pues eres tan cortés con mi heredero!».
Y prosiguió: «Grato y lejano ayuno,
leyendo el magno libro alimentado
que no cambia jamás blanco ni bruno[234],
dentro de esta luz, hijo, me has colmado,
merced a quien te viste con las plumas
con que a tan alto vuelo te has alzado.
Y entiendo que del que es primero asumas
que desciende hasta ti mi pensamiento,
cual cinco y seis da el uno cuando sumas,
mas quién soy y por qué mayor contento
crees descubrir en mí que el que demuestra
la gaya turba, no inquiere tu acento.
Crees la verdad; que en esta vida nuestra
chicos y grandes miran al espejo
que, antes que pienses, el pensar ya muestra.
Porque del sacro amor que nunca dejo
de vigilar, mi sed sea calmada,
y del dulce deseo, te aconsejo
que en tu voz firme, leda y confiada
suene el deseo, suene la apetencia,
que ya está mi respuesta decretada».
A Beatriz volvíme, y su anuencia
me sonrió tal seña, que su aspecto
nuevas alas prestaba a mi querencia.
Yo empecé a hablar: «El juicio y el afecto,

cuando mostróse la igualdad primera[235],
fue en vosotros de igual peso y efecto, 75
porque en el sol que es foco y es hoguera
que os da calor y luz, son tan iguales
que toda semejanza escasa fuera. 78
Mas querer y argumento en los mortales,
por la razón que ya os es manifiesta,
tienen alas con plumas desiguales;[236] 81
y yo, que soy mortal, me siento en esta
desigualdad, y así sólo regracio
de corazón a la paterna fiesta. 84
Yo te suplico a ti, vivo topacio
que engemas esta joya de valía,
que me dejes del nombre tuyo sacio». 87
«En ti me he complacido, oh fronda mía,
hasta esperando; tu raíz yo he sido»,
empezó a responder con cortesía. 90
Luego me dijo: «Aquel del que ha salido
tu cognación, y cien años el suelo,
y más, del primer zócalo ha corrido, 93
ha sido mi hijo y fue tu bisabuelo:
bueno es que su fatiga prolongada
acortes con tus obras y tu celo.[237] 96
Florencia, del primer cerco rodeada,
en donde aún sigue oyendo tercia y nona,
en paz vivía, sobria y recatada. 99

No usaba cadenilla, no corona,
no faldas recamadas, no cintura
que se hiciese ver más que la persona.
No le causaba, con nacer, pavura
la hija al padre; que no llegó a perderse
en el tiempo y la dote la mesura.
Casas vacías no solían verse;
ni había Sardanápalo enseñado
todo lo que en la alcoba puede hacerse.
Ni estaba Montemalo derrotado
por vuestro Uccellatoio; y si ha vencido
al subir, al caer será alcanzado.[238]
Yo vi a Bellinción Berti andar ceñido
de cuero y hueso; a su mujer llegando
del espejo con rostro no teñido;[239]
y a Nerli y a Del Vecchio vi llevando
contentos piel sencilla y descubierta,
ya sus mujeres junto al huso hilando.[240]
¡Oh dichosas, que do sería abierta
vuestra tumba sabíais, y ninguna
vio a su cama, por Francia, estar desierta!
Una velaba al lado de la cuna
y, consolando, usaba aquel idioma
que a padre y madre alegra y no importuna;
otra las crines de la rueca toma
y con sus familiares habla un rato

de troyanos, de Fiésole y de Roma.
Y fuera maravilla tener trato
con la Cinghela o Lapo Saltarello,
cual si fuesen Cornelia y Cincinato.[241]
A esta vida tan bella y sin recelo,
a esta ciudadanía tan cumplida,
a este hogar que de hogares fue modelo,
María diome, a gritos requerida[242];
y cuando al Baptisterio me llevaron
a la vez fui cristiano y Cacciaguida[243].
Moronto y Elíseo me llamaron
hermano[244]; y tu apellido has heredado
de mi mujer, que junto al Po criaron.
Después seguí al emperador Conrado,
y él me armó caballero en su milicia:
tanto, por bien obrar, fui de su agrado.[245]
Tras él fui combatiendo a la nequicia
de la ley cuyo pueblo os usurpara,
por culpa del pastor, vuestra justicia.
Allí fui yo, por esa gente ignara,
liberado del mundo y del delirio
cuyo amor tantas almas deturpara,
y me vine a esta paz desde el martirio».



CANTO XVI

CIELO V: ESPÍRITUS MILITANTES

Nobleza de Dante. La antigua Florencia. Familias florentinas.

Oh de la sangre módica nobleza
si por ti mucha gente es arrogante
aquí, donde el querer sufre flaqueza,
ya no habré de admirarme en adelante;
que allá donde el amor no se adultera,
digo en el cielo, me glorié no obstante.
Manto eres que se acorta sin espera,
pues si no se le añade cada día,
va el tiempo alrededor con la tijera.
Con el *vos* que primero Roma oía,
y es hoy por su familia poco usado[246],
yo di comienzo a la respuesta mía;
y Beatriz, que no estaba a mi lado,
pareció al sonreír la que, tosiendo,
de Ginebra avisó el primer pecado.[247]
«Vos sois mi padre —comencé diciendo—,
vos me prestáis para que os hable aliento,
vos me eleváis, y más que yo estoy siendo.
Por tantos ríos se hinche de contento
mi mente, que de sí hace su leticia
por poderlo sufrir sin rompimiento.

Habladme ahora, pues, cara primicia,
de los mayores vuestros, de los años
que se apuntaron en vuestra puericia:
cuántos eran entonces los rebaños
del redil de San Juan[248], y cuáles gentes
merecieron los más altos escaños.»
Igual que aviva el viento los fulgentes
carbones inflamados, yo vi a aquella
luz brillar a mis dichos complacientes;
y así como a mis ojos fue más bella,
así con voz más dulce y más suave
—no con la que el moderno idioma sella—,
dijo: «Del día en que se dijo *Ave*
al que mi madre, a la que Dios contenta,
aligeróse de mi carga grave,
a su León quinientas y cincuenta
y treinta veces se llegó este fuego
para inflamarse do su planta asienta.[249]
Mis antiguos y yo, del solariego
lugar fuimos donde halla el primer sesto[250]
aquel que corre vuestro anual juego.
Baste de mis mayores oír esto:
que quiénes eran y de do vinieron
más es callar que razonar honesto.
Todos los que llevar armas pudieron
entonces entre Marte y el Bautista[251]

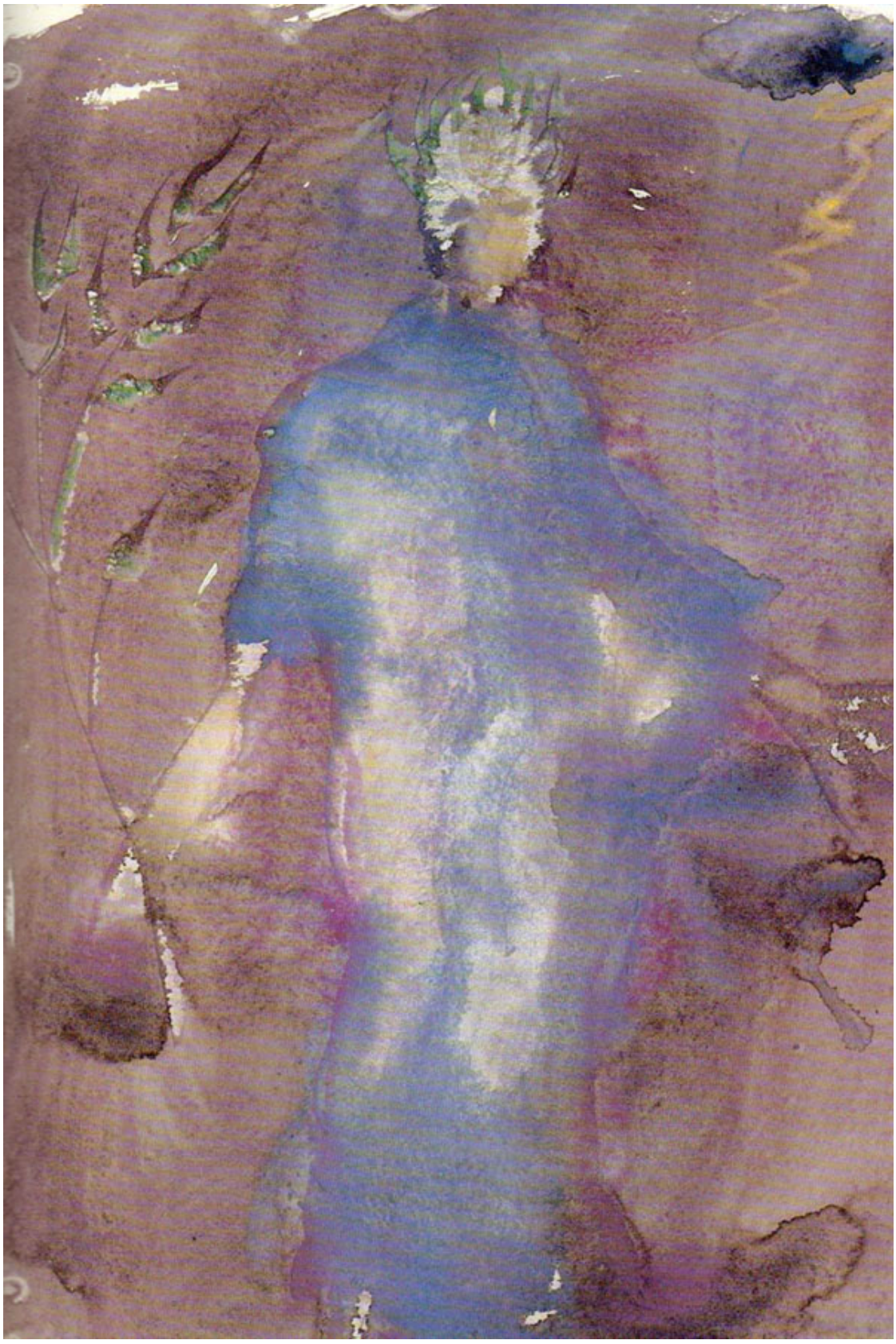
un quinto de los que ahora viven fueron.
Mas la ciudadanía —que hoy es mista
de Feghine, Certaldo y Campi[252]— pura
era en el más humilde y pobre artista.
Ser vecina esa gente, gran ventura
sería —si Galluzzo y el Trespiano[253]
de vuestra población dieran la anchura—,
y no oler dentro el tufo del villano
de Aguglión y el de Signa[254], que insolente
aguza el ojo al tráfico malsano.
Si no hubiese la más bastarda gente
sido de César la madrastra terca,
sino madre benigna e indulgente,
tal se ha hecho florentino y cambia y merca
que habría regresado a Simifonti:
que el abuelo trampeando anduvo cerca;[255]
sería aún Montemurlo[256] de los Conti;
los Cerchi vivirían en Acona
y en Valdigrieve, acaso Buondelmonti.[257]
Que el confundir persona con persona
del mal de la ciudad principio ha sido,
como del cuerpo el cebo que amontona;
y antes al ciego toro ves caído
que a ciega oveja; y una sola espada
mejor que cinco con frecuencia ha herido.
Si a Luni y Urbisaglia la mirada

vuelves y ves caídas, mientras hacen
hoy Sinigaglia y Chiusi igual jornada,
oír que las estirpes se deshacen
no será para ti nuevo ni fuerte,
pues las ciudades en el polvo yacen.
Vuestras cosas también tienen su muerte,
mas, por mucho durar, la oculta alguna
y vuestra corta vida no la advierte.
Como el girar del cielo de la luna
cubre y descubre playas sin reposo,
así hace con Florencia la Fortuna:
y no debes tener por asombroso
oírme hablar de grandes florentinos
cuyo nombre olvidado fue famoso.
Los Alberichi, Ormanni y Catellinos,
los Filippi, Ughi y Greci, vi cayendo
aunque eran ciudadanos genuinos;[258]
y vi, tan grandes como antiguos siendo,
los Ardinghi y Bostichi; y al del Arca,
Sannella y Soldanieri[259] resistiendo.
Dominando la puerta que se enarca
de nueva felonía al peso odiado
que pronto hará destrozos en la barca,
los Ravignani vi, que cuna han dado
al conde Guido y a cuanto hoy en día
lleva de Bellinción el nombre honrado.[260]

El de la Presa ya entonces sabía
cómo se ha de regir; y Galigaio
dorado el pomo y el arriaz tenía[261].
Grande era ya la columna del Vaio[262],
Sacchetti, Giuochi, Fifanti y Barucci
y Galli y los que azora hoy el *estaio*[263].
La cepa de que nacen los Calfucci
era ya grande, y ya tenían derechos
a las curules Sizii y Arrigucci.
¡Oh cómo vi a los que fueron deshechos
por su soberbia! Y las esferas de oro
a Florencia enfloraban con sus hechos.[264]
Tal fue de los mayores el decoro
de los que, si la iglesia vuestra vaca,
ceba, en el consistorio, su tesoro.
La estirpe altiva que con furia ataca
al que ve huir, pero al que muestra el diente
o el bolso, cual cordero se le aplaca,
subía ya, mas de pequeña gente;
por eso no agradó a Ubertín Donato
que su suegro la hiciera su pariente.[265]
Al mercado vivía ya inmediato
Caponsacco, de Fiésole; y ya era
buen ciudadano Giuda, e Infangato.
Diré cosa increíble y verdadera:
en la cerca se entraba, estrecha y corta,

por la puerta nombrada por los Pera[266].
Todo aquel que la bella insignia porta
del barón cuyo nombre y valor regio
la fiesta de Tomás hoy reconforta,
de él obtuvo milicia y privilegio;
aunque ahora con el pueblo ande mezclado
el que pone un ribete al signo egregio.[267]
Y se vería el Burgo sosegado
con Gualterotti e Importuni ahora,
si otros vecinos no hubieran llegado.
La casa por la que hoy Florencia llora,
por el justo desdén que os destruyera
y acabó con la vida seductora,
en ella y sus consortes honrada era[268]:
¡oh Buondelmonte, malamente huiste
de las nupcias, porque otra feliz fuera!
Se alegraría mucha gente triste
si concedido al Erna Dios te hubiese[269]
la vez primera que a la ciudad fuiste.
Mas convenía que Florencia hiciese
a la piedra que, rota, guarda el puente
un sacrificio mientras paz tuviese.[270]
Con esta gente y parecida gente,
vi yo a Florencia en tan feliz reposo
que el llanto de mi faz estuvo ausente:
con esta gente conocí glorioso

y justo al pueblo, tanto que volteado
no vi en el asta al lirio prestigioso,
ni por enemistad vuelto encarnado[271]».



CANTO XVII

CIELO V: ESPÍRITUS MILITANTES

El exilio de Dante. Su misión y su obra.

Como se fue a Clímene, a asegurarse
de lo que en contra suya había oído,
el que a los padres hace escatimarse;[272]
así yo estaba, y tal era sentido
por Beatriz y la feliz lumbrera
que poco antes por mí se había movido.
Y mi dueña: «La llama manda fuera
de tu deseo —dijo—, y que aparezca
con tu estampa interior clara y entera;
y no porque el saber nuestro se acrezca
con tu voz, mas por verte acostumbrado
a hablar de sed y que otro agua te ofrezca».
«Caro calcañar mío, tan alzado,
que igual que entienden las terrenas mentes
que un triángulo de obtusos no es formado,
así ves tú las cosas contingentes
antes que sean en sí, mirando al punto
al que todos los tiempos son presentes;
mientras que con Virgilio iba yo junto
subiendo el monte que a las almas cura
y descendiendo en el mundo difunto,
oí decir de mi vida futura

palabras graves, aunque yo me sienta
tetrágono[273] a los golpes de ventura.
Mi voluntad veríase contenta
oyendo qué fortuna es la que espero:
que la flecha prevista es la más lenta.»
Así a la luz le dije que primero
me había hablado; y, cual Beatriz deseaba,
lo que quería confesé sincero.
No con ambages, en que se enviscaba
la loca gente cuando no había muerto
el *Agnus Dei* que los pecados lava[274],
mas con claras palabras, y en experto
latín, repuso aquel amor paterno,
en su sonrisa oculto y encubierto:
«Lo acaecible, que fuera del cuaderno
de la materia vuestra no se extiende,
está pintado en el mirar eterno:
necesidad de aquí no se desprende
sino como del ojo en que se espeja
la nave que por un río desciende.
De igual modo que llega hasta la oreja
de dulce órgano el son, así yo ciencia
tengo del tiempo que se te apareja.
Y, cual de su madrastra la inclemencia
a Hipólito de Atenas alejara,
así tú debes irte de Florencia.[275]

Esto se quiere y esto se prepara,
y muy pronto se hará lo que se piensa
donde a Cristo se merca al pie del ara. 51
A la parte ofendida, tras la ofensa,
la culpa gritarán; mas la venganza
probará la verdad que la dispensa. 54
Todo lo que más amas, sin tardanza
has de dejar; y es ésta la primera
flecha que el arco del destierro lanza. 57
Cómo sabe de sal probar te espera
el pan de otros, y cuan duro es el arte
de subir y bajar por su escalera. 60
Y lo que más la espalda ha de agobiarte
será la mala y necia compañía
en la que en este valle habrás de hallarte;[276] 63
que ingrata, contra ti, loca e impía,
ha de volverse, pero de seguido
ella, y no tú, sonrojaráse un día. 66
De su bestialidad, su cometido
prueba dará; y, así, tendrás a gala
hacerte de ti mismo tu partido. 69
Deberás tu refugio primero a la
cortesía gentil del gran Lombardo
que lleva el santo pájaro en la escala;[277] 72
suave ha de serte su mirar gallardo,
y entre hacer y pedir, contra lo usado,

lo primero será lo que es más tardo.
Con él verás a aquel que tan marcado
viose al nacer por esta fuerte estrella
que por sus obras ha de verse honrado.[278]
Las gentes no lo ven, pues no descuella
por su niñez aún, que nueve años
tan sólo el cielo en torno de él destella;
y antes que a Enrique burlen los engaños
del Gascón, su virtud ya enardecida
de oro y afanes no sufrirá daños.[279]
Que su magnificencia conocida
ya será, e imposible a su enemigo
será tener la lengua enmudecida.
Espera sus favores y su abrigo,
que habrá de transmutar a mucha gente,
cambiando condición rico y mendigo.
Acerca de él, escribe esto en tu mente
mas no lo digas —y me dijo cosas
que increíbles serían al presente—.
Éstas, hijo —explicóme—, son las glosas
de lo que he dicho; y mira las insidias
que, a pocos giros, no han de ser dudosas.
No exciten tus vecinos en ti envidias;
piensa que se enfutura más tu vida
que el castigo debido a sus perfidias».
Luego que, con callar, dejó cumplida

el alma santa la tupida trama
de la tela que yo le puse urdida,
yo comencé, como hace aquel que clama,
si duda, por consejo a una persona
que ve y quiere derechamente y ama:
«Bien veo, padre mío, que se encona
el tiempo contra mí, para golpearme;
que es más grave a quien más se le abandona.
De prevención, por ello, debo armarme;
y, si el lugar me quitan más amado,
mis versos los demás no han de vedarme.
Por el mundo sin fin acibarado
y por el monte desde cuya cumbre
los ojos de mi dama me han alzado,
por el cielo después, de lumbre en lumbre,
cosas llegué a saber que, si atestiguo,
pondrán en muchas bocas acedumbre;
y si con la verdad me muestro ambiguo,
no vivir entre aquéllos ya deploro
que al tiempo mío llamarán antiguo».
La luz en que reía mi tesoro,
que allí encontré, brilló como corusca
rayo de sol en un espejo de oro,
y respondió: «Quien su conciencia ofusca
con la vergüenza propia o con la ajena
será quien llame a tu palabra brusca.

Pero toda mentira tú condena,
y tu visión entera manifiesta;
que rascarse la sarna es cosa buena.
Pues si al gusto tu voz se hace molesta
al principio, dará buen nutrimiento
poco después, y no será indigesta.
Tu grito hará lo mismo que hace el viento
que golpea las rocas más cimeras;
y esto de honor no es débil argumento.
Se te han mostrado, así, en estas esferas
y en el monte y la sima dolorida
las almas a la fama duraderas,
que al ánimo del que oye no convida
ni convence el ejemplo cuando tiene
la raíz ignorada y escondida,
ni un argumento que sin fuerza suene».

CANTO XVIII

CIELO V: ESPÍRITUS MILITANTES.
CIELO VI. ESPÍRITUS JUSTOS

*El alentamiento de Beatriz. Josué, Judas Macabeo, Carlomagno, Roldan, Guillermo de Orange, Renoardo, Godojredo de Buillón, Roberto Guiscardo. Aparecen como resplandores cfue, cantando, vuelan para formar la sentencia bíblica «*Diligite iustitiam, qui iudicatis terram*». La figura de la letra* M*, con el descenso de otros fulgores de lo alto, se transforma en lirio heráldico y luego en águila, símbolo del Imperio y de la justicia. Júpiter: dominaciones.*

Ya se gozaba sólo de su verbo
aquel beato espejo, y yo templaba
en el mío lo dulce con lo acerbo;
y la dama que a Dios me encaminaba
dijo: «Cambia de idea, y ve que poso
junto al que todo entuerto y mal desgrava».
Volví la vista a aquel son amoroso
de mi consuelo, y cuánto amor veía
en su mirada aquí decir no oso;
no por desconfiar del habla mía,
mas porque no repite el pensamiento
lo que le excede, si otro no le guía.
Sólo puedo decir de aquel momento
que, mientras la miraba así, mi afecto
a otro deseo ya no estaba atento,

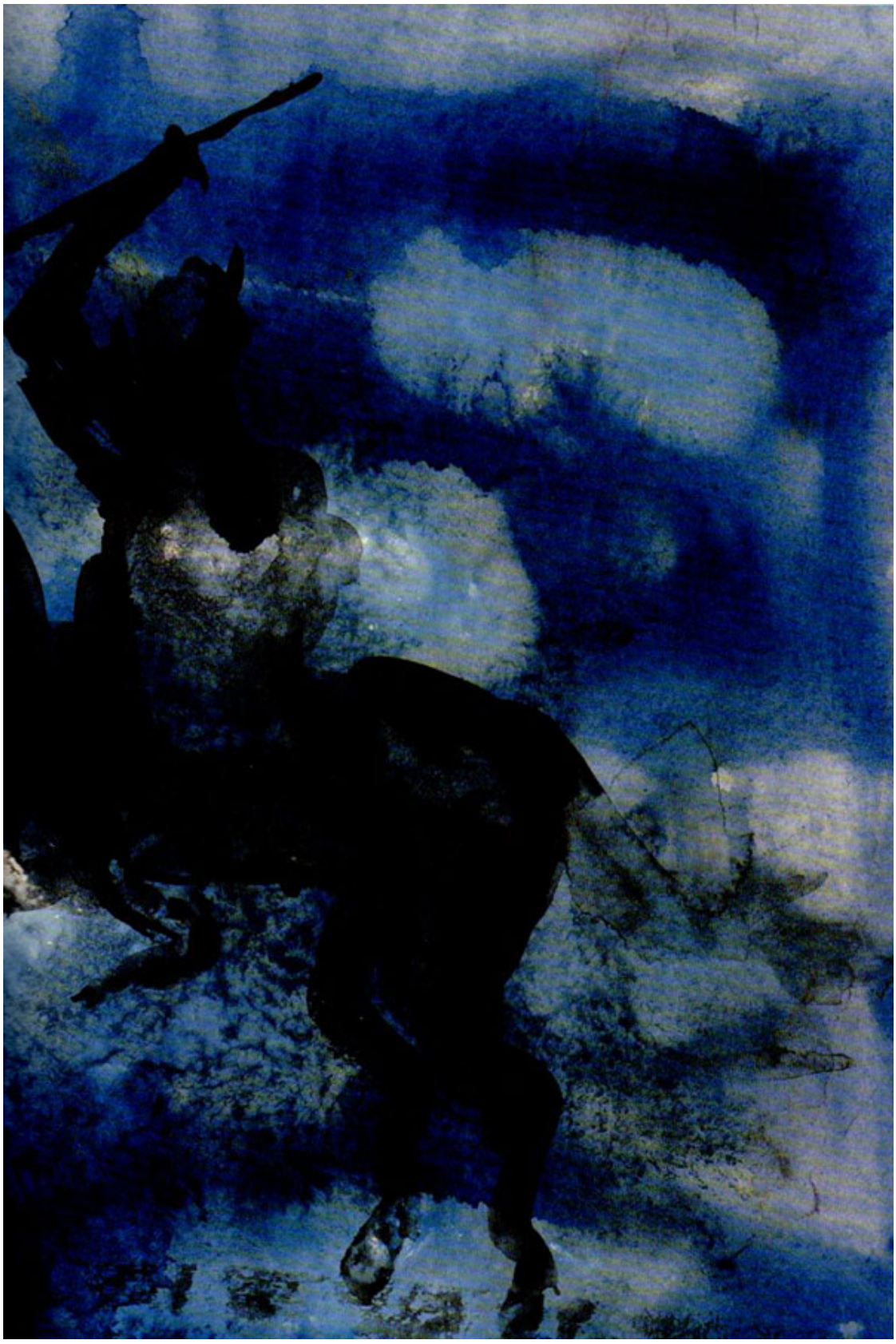
pues el placer eterno, que directo
iba a Beatriz, desde su rostro quiso
que me alegrase su segundo aspecto.
A su sonrisa viéndome sumiso,
ella me dijo: «Vuélvete y atiende,
que no hay sólo en mis ojos Paraíso».
Como de vez en cuando aquí se enciende
el efecto en la vista, cuando es tanto
que el alma por completo de él se prende,
así en el flamear del fulgor santo
al que yo me volví, vi reflejado
el vivo afán de razonarme un tanto.
«En este quinto umbral del elevado
árbol —dijo—, que vive de la cima
y hojas no pierde y da fruto granado,[280]
almas hay que gozaron tanta estima,
antes de aquí encontrarse, por su fama,
que a toda Musa harían ser opima.
Pero mira a la cruz de rama a rama:
que los que nombre, habrán de comportarse
como en la nube su ligera llama.»
Cuando nombró a Josué, vi desplazarse
por la cruz, al instante, un centelleo;
que al dicho el hecho quiso anticiparse.
Y ante el nombre del alto Macabeo
otra luz vi que vueltas iba dando,

pues zumbel del peón fue su recreo.
A Carlomagno y a Roldán mirando,
al seguir sus dos luces no fui tardo,
que hice como quien ve a su halcón volando.
Después seguí a Guillermo y a Renoardo
y al duque Godofredo con la vista
por la cruz, y a Roberto, el buen Guiscardo.[281]
Luego, entre tanta luz movida y mista,
mostróme el alma que me había hablado
que en el coro del cielo ella era artista.
Yo entonces me volví del diestro lado
por ver en Beatriz a mi deber,
con habla o ademanes, señalado;
y sus luces tan claras pude ver
y jocundas, que entonces su semblante
venció a todos y al último soler.
Y como un sentimiento edificante,
cuando obra bien, al hombre cada día
muestra que su virtud sigue adelante,
así pude advertir cómo crecía
el arco de mi giro con el cielo,
viendo que aquel milagro más lucía.
Y cual es el mudarse en corto vuelo
de tiempo en blanca dama, cuando suelto
queda en su rostro avergonzado anhelo,
tal fue en mis ojos, cuando estuve vuelto,

por el candor de la templada estrella
sexta, cuando su luz me tuvo envuelto.[282]
Yo observar pude en la jovial[283] centella
el destellar de amor que suyo era,
de nuestro hablar mostrándome la huella.[284]
Y como aves que dejan la ribera
casi congratulando a sus pasturas,
que hacen de sí curvada u otra hilera,
así, en la luz, las santas criaturas
volitando cantaban, y se hacían
ya *D*, ya *I*, ya *L* en sus figuras.
Primero, con sus cantos se movían;
luego, siendo uno de estos caracteres,
paradas y calladas se veían.
¡Oh Pegasea[285], que al ingenio quieres
longevidad prestar y, si lo mueves,
a reinos y ciudades la confieres,
ilústrame, y exponga los relieves
de las figuras que ahora he concebido:
muestra tu fuerza en estos versos breves!
Consonante o vocal, se han sucedido
cinco letras por siete en dos letreros;
y una por una yo las he leído.
DILIGITE IUSTITIAM, los primeros
nombre y verbo, cada uno bien distinto;
QUI IUDICATIS TERRAM[286], los postreros.

Luego, en la *M* del vocablo quinto
se ordenaron; y Jove parecía
de argento ser y verse de oro tinto.
Descender otras luces yo veía
a lo alto de la M, y aquietarse
cantando, creo, al bien que las movía.
Y como del tizón suelen alzarse
chispas innumerables, si es golpeado,
con que los tontos suelen augurarse;
así más de mil luces se han alzado
más o menos, según dispuso el juego
el sol que con su luz las ha inflamado.
Cuando en su sitio se aquietaron luego,
vi de un águila el cuello y la cabeza
representar a aquel distinto fuego.
Nadie al que la pintó presta destreza,
pues él guía, y origen es de aquella
virtud que al nido[287] da forma y belleza.
La otra beatitud que, alegre y bella,
prestó a la *M*[288] los liliales temas,
movióse poco al completar la huella.
¡Oh dulce estrella, cuántas y qué gemas
me demostraron que nuestra justicia
es efecto del cielo que tú engemas!
Así, ruego a la mente en que se inicia
tu movimiento y tu virtud que inquiera

quién hace el humo que tu rayo vicia;
de modo que otra vez airarse quiera
del comprar y vender dentro del templo
que hecho con signos y martirios fuera.
¡Oh milicia del cielo que contemplo,
adora por los que andan en la tierra
extraviados por el mal ejemplo!
Con espadas se hacía antes la guerra;
mas hoy, acá y allá, se hace quitando
el pan que el pío Padre a nadie cierra.[289]
Tú, que escribes no más para ir borrando,[290]
a Pablo y Pedro ve, que aún tienen vida,
morir por esa vid que estás secando.
Bien decir puedes: «Mi alma tan prendida
está de aquel cuyo martirio precio
fue de un baile, y el yermo su guarida,
que al pescador y a Pablo los desprecio».[291]



CANTO XIX

CIELO VI: ESPÍRITUS JUSTOS

Inescrutabilidad de la justicia divina.
Contra los malos príncipes.

Ante mí, con las alas desplegadas,
la bella imagen vi que la alegría
formaba de las almas concertadas:
lindo rubí cada una parecía,
por el rayo del sol muy encendido,
que refringiese en la mirada mía.
Y jamás una voz ha sostenido,
ni la tinta escribió, lo que ahora muestro,
ni fantasía alguna ha comprendido;
que al pico hablar oí con verbo diestro
y *yo* sonó en su voz, y sonó *mío*,
cuando era en el concepto «nos» y «nuestro».
Y comenzó: «Por ser justo y ser pío,
yo estoy aquí exaltado a aquella gloria
que no rinde al deseo su albedrío;
y en la tierra he dejado tal memoria
de mí mismo, que allá abajo el malvado
me alaba, pero no sigue la historia[292]».
Como un solo calor es irradiado
por muchas brasas, multitud de amores
una voz sola al pájaro han prestado.

Yo al punto respondí: «Perpetuas flores
de la eterna leticia, que hacéis uno
de todos vuestros bálsamos y olores,
resolvedme, espirando, el gran ayuno
que largamente me ha tenido hambriento,
no encontrándole en tierra cebo alguno.
Bien sé que si en el cielo otro aposento
de la justicia eterna es el espejo,
en el vuestro no sufre detrimento.
Sabed que atentamente me aparejo
a escuchar; y sabed qué duda es ésta
que a mi ayuno ha logrado hacer tan viejo».[293]
Como halcón sin capuz mueve la testa
y con las propias alas se ovaciona,
y, ávido, su belleza manifiesta,
así a aquel signo vi, que perfecciona
la gracia de los cielos informante
con los cantos que alegran esa zona.
Y luego dijo: «El que volvió el sextante
al extremo del mundo, y a él dio acceso
a tanto que es oculto o es flagrante,[294]
no pudo su valor dejar impreso
en todo el universo: que su verbo
no se quedase en infinito exceso.[295]
Y esto lo prueba que el primer superbo,
que fue suma de toda criatura,

por no esperar la luz, cayera acerbo, 48
y por eso cualquier menor natura
a aquel bien por completo no contiene,
pues, infinito, él solo se mensura. 51
Por eso vuestra vista, que conviene
que se forme de un rayo de la mente
que en su interior toda criatura tiene, 54
no es por naturaleza tan potente
que su propio principio ella discierna
profundizando mucho en lo aparente. 57
Por esto, en la justicia sempiterna,
la vista que recibe vuestro mundo,
como el ojo en el mar, dentro se interna: 60
que si el fondo a la orilla ve, el rotundo
piélago no divisa; y no es ajeno
al mismo, mas lo cela el ser profundo. 63
No hay luz, salvo si viene del sereno,
que no se turbe; y lóbrego es el resto,
o sombra de la carne, o su veneno. 66
Asaz el escondrijo es manifiesto
que te ocultaba la justicia viva,
que tantas dudas en tu mente ha puesto; 69
que decías[296]: "Del río Indo en la riba
nace un hombre, y allí no hay quien razones
de Cristo dé, o las lea o las escriba, 72
y buenos son sus actos e intenciones,

hasta allí donde el juicio humano ve,
sin pecado en el habla o las acciones.
Muere sin el bautismo y sin la fe:
¿por qué justicia ha sido condenado?
¿Cuál es la culpa suya, si no cree?”.
¿Quién eres tú que quieres un estrado
y juzgar a mil millas de distancia,
si ver a más de un palmo no te es dado?
El que conmigo arguye en su ignorancia,
si sobre él la Escritura no estuviera,
dudas tener podría en abundancia.
¡Oh almas terrenas! ¡Oh mente grosera!
La voluntad primera, que en sí es buena,
y que es el sumo bien, jamás se altera.
Justo es lo que con ella bien consuena:
nada que fue creado de ella tira,
mas, radiando, le da existencia plena».
Cual la cigüeña sobre el nido gira
a los hijos cebados alegrando,
y como el que, saciado ya, la mira,
tal hice yo; y, las cejas elevando
la imagen, a sus alas inmortales
estaban sus consejos meneando.
Dando vueltas cantaba, y dijo: «Cuales
son mis notas, que no estás entendiendo,
tal es el juicio eterno a los mortales».

Quietos quedaron, todavía haciendo,
los incendios de Dios, el distintivo
que hizo al nombre Romano reverendo,[297]
y prosiguió: «Vedado está el arribo
a este reino de aquel que no ve en Cristo,
en la cruz, después y antes, al Dios vivo.
Mas mira: muchos gritan "¡Cristo, Cristo!"
que en el juicio serán menos cercanos
a él, que alguno que no conoce a Cristo;
condenará el etíope a esos cristianos,
al ver los dos colegios separados:
ricos los justos, pobres los insanos.
¿Cuál vuestros reyes han de ser juzgados
por los persas, al ver el libro abierto
en que están sus desprecios apuntados?
Las obras se verán allí de Alberto[298]
y, entre ellas, pronto escrito será el celo
que del reino de Praga hizo un desierto.[299]
Leeráse allí del Sena el mucho duelo,
que inducirá, moneda falseando,
quien morirá golpeado por el pelo.[300]
La sed veráse y el orgullo infando
del Escocés y del Inglés demente,
que no están sus fronteras tolerando.[301]
Veráse en la lujuria, muellemente,
al de España, y veráse al de Bohemia,

que no supo ni quiso ser valiente.[302] *126*
Verán que con la I al Cojo se premia
de su *Ierusalem*, por su bondad,
mientras a lo contrario la M apremia.[303] *129*
Veráse la avaricia y la maldad
del que guardando está la isla del fuego,
donde Anquises finó su larga edad.[304] *132*
En su escritura notaráse luego
cuan poco es su valor, pues, abreviadas,
ocuparán las letras poco pliego. *135*
En él leerán las obras desgraciadas
del tío y del hermano, que han manchado
su tierra y dos coronas malhadadas.[305] *138*
El que hay en Portugal será apuntado,
y el de Noruega, y el de Rascia reo,
que el cuño de Venecia ha malmirado.[306] *141*
Feliz serás, Hungría, si el deseo
resistes del mal rey, y tú, Navarra,
si te armas con el monte Pirineo.[307] *144*
Y creer deben todos que, por arra
de todo esto, Nicosia y Famagusta
se duelen de la bestia, y de su garra,[308] *147*
que de andar con las otras siempre gusta».

CANTO XX

CIELO VI: ESPÍRITUS JUSTOS

Canto de los espíritus. Justos: David, Trajano, Ezequías, Constantino, Guillermo II el Bueno de Sicilia y Apulia, Rifeo.

Cuando el que tierra y mares ilumina
del hemisferio nuestro tal desciende
que por doquiera el día se termina,
el cielo, que antes que él sólo se enciende[309],
se hace de pronto nuevo y aparente
por muchas luces en las que una esplende;
y este hecho celestial vino a mi mente
cuando el signo[310] del mundo y de sus guías
dejó al bendito rostro estar silente;
pues todas las lucientes alegrías
lucieron más y más, cantando un canto
que no conservan las memorias mías.
¡Oh amor que vela de sonrisa un manto,
cómo ardían tus flautas siderales
con el aliento del pensar más santo!
Cuando los caros lúcidos cristales
con que a la sexta luz viera enjoyada
callaron sus esquilas celestiales,
yo creí oír de un río la tonada,
que va de piedra en piedra descendiendo,

mostrando que su fuente es abastada.
Y lo mismo que el son va componiendo
el cuello de la lira, y la apertura
de la zampona, al viento recibiendo,
así el murmullo aquél tomaba altura
en el cuello del ave, sin espera,
como si en él hubiese una hendedura.
Allí se volvió voz, y salió afuera
por su pico, en un habla que mi absorta
mente en mi corazón escribió entera.
«La parte que en mí ve, y el sol soporta[311]
—comenzóme— en las águilas mortales,
que mires fijamente mucho importa:
formada estoy por fuegos inmortales,
mas los que hacen al ojo que en mí brilla
son los que ocupan más altos sitiales.
Este que en la pupila me rebrilla
del Espíritu Santo fue el poeta,
que el Arca trasladó de villa en villa.[312]
El valor de su canto ahora interpreta,
pues ve que quien, como él, bien se aconseja,
halla la recompensa más completa.
De los cinco que el arco de mi ceja
forman, el que a mi pico más se acuesta
en la viuda acalló maternal queja:
ahora conoce bien cuan caro cuesta

a Cristo no seguir, por la experiencia
de esta vida tan dulce y de la opuesta.[313]
Y aquel que sigue en la circunferencia
de que hablo, y en el arco está superno,
a la muerte atrasó con penitencia:[314]
ahora conoce bien que el juicio eterno
no se transmuta cuando digno ruego
abajo hace mañana de lo hodierno.
Quien, conmigo y la ley, le sigue luego,
con buen fin, mala fruta ha producido,
pues cediendo al pastor se volvió griego:
ahora conoce bien que el mal habido
de su buen operar no le es nocivo,
aunque aún se encuentre el mundo destruido.[315]
Ya en el declive, ve al consecutivo:
Guillermo fue, que aquella tierra llora
que a Federico y Carlos llora vivo[316]:
ahora conoce cómo se enamora
del justo el rey del cielo, y el semblante
de su fulgor te lo haré ver ahora.
¿Quién creería allá en el mundo errante
que Rifeo el Troyano, en el jocundo
cerco, es la quinta luz santificante?[317]
Ahora conoce bien mucho que el mundo
no puede ver de la divina gracia,
aunque no llegue a ver lo más profundo.»

Como la alondra que al volar se espacia
cantando, y luego calla deleitada
por la última dulzura que la sacia,
así vi yo a la imagen estampada
por el gozo eternal, cuyo deseo
a cada cosa deja terminada.
Y aunque a mi duda fuese, según creo,
como vidrio al color que está vistiendo,
no me pude callar y, sin rodeo,
«¿Qué es esto?», dije yo, como cediendo
al recelo que había concebido;
por lo que vi gran fiesta reluciendo.
Con el ojo, después, más encendido,
añadió el santo signo algunas glosas
por no tenerme en dudas suspendido:
«Yo advierto que tú crees en estas cosas
porque las digo, y tu alma no comprende;
y así son, si creídas, misteriosas.
Haces igual que quien la cosa aprende
por su nombre, mas no advierte su esencia
si la luz que la aclara otro no enciende.
Regnum coelorum[318] sufre violencia
de ardiente amor y vivida esperanza,
que vence a la divina omnipotencia;
no como hombre que impone su pujanza,
que él vence porque quiere ser vencida;

y su bondad vencida el triunfo alcanza. 99
De la ceja la quinta y prima vida
te maravillan, pues con ellas ves
la angélica región embellecida. 102
No salieron del cuerpo, como crees,
gentiles, mas cristianos, y salvóse
uno en no y otro en ya clavados pies[319]. 105
Porque una del Infierno, en el que no se
quiere ya el bien, al cuerpo ha retornado:
y una viva esperanza así premióse; 108
una viva esperanza que ha rogado,
porque quisiera Dios resucitarla,
tanto que sus designios ha cambiado. 111
Esta alma, que nombré para alabarla,
tomó a la carne y de ella salió luego
creyendo en quien podía consolarla; 14
y creyendo encendióse en tanto fuego
de vero amor, que en la muerte segunda
fue digna de elevarse hasta este juego. 117
La otra, por gracia que de tan profunda
fuente mana que no hubo criatura
que ver pudiera la onda que la funda, 120
puso en ella su amor con derechura;
y así, de gracia en gracia, Dios le abría
la vista a nuestra redención futura. 123
Por eso creyó en ella, y no sufría

la pestilencia ya del paganismo,
y a las gentes perversas reprendía.
A las tres damas[320] tuvo por bautismo
que has visto ya junto a la diestra rueda,
antes de administrarlo el cristianismo.
¡Oh predestinación, qué lejos queda
tu escondida raíz de los aspectos
en que la causa original se veda!
No seáis, oh mortales, nunca afectos
a juzgar; que nosotros, que a Dios vemos,
no conocemos todos los electos;

y esta falta por dulce la tenemos,
porque el bien nuestro en este bien se afina,
que lo que quiere Dios, eso queremos».
Por la imagen que yo estimé divina,
al querer aclarar mi corta vista,
me fue dada tan suave medicina.
Y como a buen cantor buen citarista
seguir hace el meneo de la cuerda,

con lo que el canto más placer conquista, *144*
mientras hablo, mi lira bien recuerda
que entonces vi a las dos almas benditas,
como un batir de párpados concuerda, *147*
mover con las palabras sus llamitas.

CANTO XXI

CIELO VII: ESPÍRITUS CONTEMPLATIVOS

Aparecen como resplandores que descienden a lo largo de una escalera de oro, cuya cima no alcanza la vista. Juntos, en un determinado peldaño se separan, subiendo o bajando de nuevo, o continúan girando. No cantan para no oprimir el poder auditivo de Dante. Saturno; tronos. Contemplativos: Pietro Damiano. Inescrutabilidad de las razones que rigen la predestinación.

Ya al rostro de mi dama había vuelto
los ojos, y con ellos mi alma entera,
y de todo otro intento estaba absuelto.
Y ella no sonrió, mas «Si riera
—me comenzó—, serías semejante
a Semele, cuando cenizas era[321];
que mi belleza, escalas adelante
del eterno palacio, más se enciende,
como ves, al subir, de instante a instante.
Y si no la templase, tanto esplende
que tu mortal poder, a su fulgor,
fronda sería a la que el trueno hiende.
Hemos subido al séptimo esplendor,
que bajo el pecho del León ardiente
mezcla e irradia abajo su valor.[322]
Por detrás de tus ojos pon la mente

y de ellos haz espejo a la figura
que en este espejo te será aparente».
Quien supiese cuál era la pastura
de mi vista en aquel rostro beato
cuando me transmuté a distinta cura,
conocería cómo me era grato
contrapesar con uno al otro lado
al seguir de mi escolta aquel mandato.
En el cristal que lleva el nombre amado,
cercando al mundo, de su caro guía,
bajo el que todo el mal yació enterrado,[323]
de color de oro un rayo traslucía
en el que vi una escala suspendida
tan alto, que el final no se veía.
Vi, por los escalones, la venida
de tantas luces, que creí a la suma
de todo el cielo en ellos difundida.
Y como, por costumbre, entre la bruma
matinal, las cornejas agrupadas
bullen por calentar la fría pluma,

y se van, y no vuelven, a bandadas;
y se ve a otras volviendo, y a otras que se
quedan allí, girando en revoladas,
así me parecía que ocurriese
en aquel destellar allí agrupado,
antes que la escalera lo tuviese.
Y el que más cerca habíase parado
se hizo tan claro que exclamé pensando:
«¡Bien entiendo el amor que me has mostrado!».
La que me hace esperar el cómo y cuándo
del decir y el callar, siguió callada;
y al deseo frené no preguntando.
Y ella, de mis anhelos informada
por la vista a que toda cosa cede,
«Sea —me dijo— tu ansia desatada».
Y yo empecé: «Mi mérito no puede
hacer que yo merezca tu respuesta;
mas por quien preguntarte me concede,
vida beata oculta tras la fiesta

que te envuelve, concédeme que pueda
conocer la razón que a mí te acuesta;
y di por qué se calla en esta rueda
la dulce sinfonía que he oído
por las otras sonar devota y leda».
«Tienes mortal la vista y el oído
—me respondió—, y aquí no suena el canto
por lo que Beatriz no ha sonreído.
Los escalones he bajado tanto
de la escalera a festejarte hablando,
y con la clara lumbre que es mi manto;
no el sentir más amor me está apurando,
que tanto y más amor arriba hierve,
según el flamear te está mostrando.
Mas la alta caridad, que hace que observe
cada una la intención del que gobierna
su suerte hace, cual ves, que aquí conserve.»
«Bien veo —dije yo—, sacra lucerna,
cómo el más libre amor en esta corte
basta a seguir la providencia eterna;
mas a que expliques deja que te exhorte
por qué razón te ves predestinada
a este oficio, entre tanta alma consorte.»
No estaba aún mi frase terminada
cuando hizo de su medio la luz centro
y giró como muela apresurada;

luego, dijo el amor que estaba dentro:
«La luz divina a mi interior apunta
penetrando por ésta en que me envientro[324],
cuya virtud, que a mi visión se junta,
tanto me eleva sobre mí, que veo
la suma esencia de la cual trasunta.
De ahí viene la alegría en que flameo;
pues con mi propia vista, que es muy clara,
la claridad de la llama pareo.
Pero el alma que al cielo más aclara,
el serafín que a Dios más fijo mira,
a tu pregunta nunca contestara.
Lo que quieres saber, la sima inspira
de la eterna ordenanza más secreta,
y queda lejos de creada mira.
Y cuando vuelvas al mortal planeta,
esto reporta, porque no presuma
de encaminar los pies a dicha meta.
La mente, que aquí luce, en tierra es bruma;
por eso, mira bien si puede abajo
lo que no puede aunque el cielo la asuma».
Tanto con su discurso me retrajo,
que dejé la cuestión y, humildemente,
le pregunté quién fue en el mundo bajo.
«De Italia entre ambas costas, tan ingente
riscal hay, de tu patria no alejado,

que más bajo arde el trueno comúnmente,
y un pico forma, que es Catria llamado,
por debajo del cual un yermo austero
se encuentra a la latría consagrado.»[325]
De esta forma inició el sermón tercero;
y me dijo, siguiéndolo: «Allí arriba,
al servicio de Dios yo me di entero;
allí, nutrido con licor de oliva,
levemente pasé calor y hielo
en mi vida feliz contemplativa.
Rendir solía aquel claustro a este cielo
Fértilmente; pero ahora el fruto es vano,
y que esto se conozca pronto anhelo.
En tal lugar, yo fui Pietro Damiano,
y Pedro Pecador en el convento
de María, al Adriático cercano.[326]
Ya declinaba mi mortal aliento
cuando el capelo aquél me fue ofrecido
que de mal en peor cambia de asiento.
Vino Cefas, y el vaso preferido
del Espíritu, magros, descalzados,
que en humildes posadas han comido.[327]
Pero hoy se quieren ver apuntalados
vuestros pastores por lujosos trenes,
¡tan graves son!, y ser bien escoltados.
Cubren sus mantos a los palafrenes,

y así dos bestias van bajo un pellejo:
¡oh paciencia que tanto los sostienes!».
A esta voz, vi de llamas un cortejo
bajar de grado en grado y agitarse,
más bellas de mi vista en el espejo.
En torno a ésta vinieron a pararse,
y tal grito arrancaron de su seno
que con nada podría compararse:
ni lo entendí, vencido por el trueno.

CANTO XXII

CIELO VII. ESPÍRITUS CONTEMPLATIVOS.

CIELO VIII ESPÍRITUS TRIUNFANTES

San Benito. Macario, Romualdo.
Decadencia de las órdenes monásticas.

Presa del estupor, volví a mi guía
los ojos, como hacer suele el infante
cuando se ampara donde más confía;
y ella, como la madre que al instante
socorre al hijo pálido de anhelo,
con su voz, a menudo confortante,
«¿No ves —dijo— que te hallas en el cielo?
¿Y no sabes que todo el cielo es santo
y cuanto ocurre en él lo hace el buen celo?
Cómo te habría transmutado el canto,
y yo riendo, comprender debieras,
puesto que el grito te ha movido tanto;
en el cual, si entendido el rezo hubieras,
la venganza estarías conociendo
que tú mismo has de ver antes que mueras.
De aquí la espada no corta corriendo
ni tardando, si no es en el afecto
del que deseando espera, o bien temiendo.
Mas mira de los otros el aspecto,

y asaz verás espíritus honrados,
si vuelves a ellos vista e intelecto». 21
Como quiso, los ojos ya tornados,
cien esferitas vi, que mutuamente
se hermoseaban con rayos permutados. 24
Me vi como el que frena, aunque impaciente,
la punta del deseo, y nada intenta
ya preguntar por no ser imprudente; 27
y la mayor y la más luculenta
vino hacia mí de todas las esferas
por ver por sí mi voluntad contenta. 30
Y yo oí dentro de ella: «Si tú vieras
la caridad que entre nosotras arde,
tus conceptos sin más nos expusieras. 33
Mas para que tu espera no retarde
al alto fin, yo te daré respuesta
aunque tu mente lo que piensa guarde. 36
El monte que a Cassino ve en su cuesta
frecuentado se vio antes en la cima
por la gente engañada y mal dispuesta;[328] 39
fui yo el primero que le puso en cima
el nombre del que al mundo recondujo
la gran verdad que tanto nos sublima;[329] 42
y de una gracia tal gocé el influjo
que retraje a los pueblos circunstantes
del culto impío que al mundo sedujo. 45

Los otros fuegos, todos contemplantes
hombres fueron, por llamas encendidos
que flor y fruto dan santificantes.
Ve a Macario[330] y Romualdo reunidos
con los hermanos que en las claustras nuestras
se quedaron con pechos decididos».
Y yo dije: «El afecto que demuestras
hablando, y la bondad que a ver alcanza
mi sentimiento en estas luces vuestras
así han hecho crecer mi confianza
como el sol a la rosa, cuando abierta
está hasta donde llega su pujanza.
Te ruego, padre, que tu voz me advierta
si pretender la gloria es desvarío
de verte con la imagen descubierta».
Y él dijo: «Hermano, tu deseo pío
pronto te colmará la última esfera
donde se calman los demás y el mío.
Allí es perfecta, madura y entera
toda esperanza; allí sólo es hallada
cada parte do siempre ya estuviera,
pues no ocupa lugar ni está empolada;[331]
y nuestra escala hasta ella alza su vuelo:
por eso no la agota tu mirada.
El patriarca Jacob la vio en el suelo
desde la base a la suprema altura,

poblada por los ángeles del cielo.
Mas, por subirla, ya nadie procura
alzar los pies, y así, la regla mía
estropea el papel con su escritura.
Los muros que antes eran abadía
son espeluncas, y una saca ahíta
mucha cogulla es de harina impía.
Mas no la grave usura tanto grita
contra el placer de Dios cuanto ese fruto
que hace perder el juicio al cenobita;
lo que la Iglesia guarda es el tributo
que debe al que por Dios pide su cuota,
no al pariente ni al lazo disoluto.
La carne del mortal tan blanda brota
que no basta al buen fin, del nacimiento
de la encina hasta que hace la bellota[332].
Pedro empezó sin oro y sin argento,
y yo con oración y con ayuno,
y humilde hizo Francisco su convento.
Y si el principio ves de cada uno
y luego consideras su transcurso,
tú verás a lo blanco vuelto bruno.
En verdad, el Jordán volviendo el curso
fue más —y el mar cuando por Dios partióse—
admirable de ver que aquí el recurso».[333]
Así me dijo, y luego recogióse

a su escuela, que en grupo se redujo,
y como un torbellino levantóse.
Tras de sí mi señora me condujo,
con una sola seña, por la escala,
que a mi natura así venció su influjo;
nunca aquí abajo, do se monta y cala
naturalmente, fue tan presuroso
un movimiento que igualase a mi ala.
Así vuelva, lector, a aquel glorioso
triunfo por el que lloro y he llorado
golpeándome el pecho pesaroso,
como no habrías puesto y retirado
del fuego el dedo, en lo que mi escalada
duró al signo que el Toro tiene al lado.[334]
Oh gloriosas estrellas, luz preñada
de gran virtud, por quien la mente mía,
como quiera que sea, fue alumbrada;
con vosotras nacía y se escondía
el padre de la vida mortal, cuando
yo en Toscana el primer aire sentía.[335]
Y cuando, de la gracia disfrutando,
entré en la rueda que al moveros gira,
vuestra región me estaba ya aguardando.
Ante vosotras hoy mi alma suspira
por lograr la virtud que tanto espera
en el difícil paso que la inspira.

«Tan cerca estás de la salud postrera
—dijo Beatriz—, que cuanto más descuelles
más atenta tu vista estar debiera;
pero antes de que más y más te enelles[336],
mira abajo y contempla cuánto mundo
ha hecho que con tus pies mortales huelles;
y así, a más no poder, llegue jocundo
tu corazón ante el tropel triunfante
que alegre va por este éter rotundo.»
Las siete esferas recorrí al instante
con la mirada, y tal hallé a este globo[337]
que me hizo sonreír su vil semblante;
bueno hallo que se mire sin arrobo
y se lo tenga en menos, y el que piensa
en el otro llamarse puede probo.
Vi a la hija de Latona[338] con intensa
luz, sin aquel aspecto sombreado
por el que la creía rara y densa.
Allí el rostro, Hiperión, de tu hijo amado
sostuve; y pude ver el movimiento
de Maya y Dione en torno y a su lado.[339]
Se me mostró de Jove el templamiento
entre el padre y el hijo; y mis miradas
vieron sus cambios en aquel momento.[340]
Y de los siete fuéronme mostradas
las grandezas, y cómo son veloces,

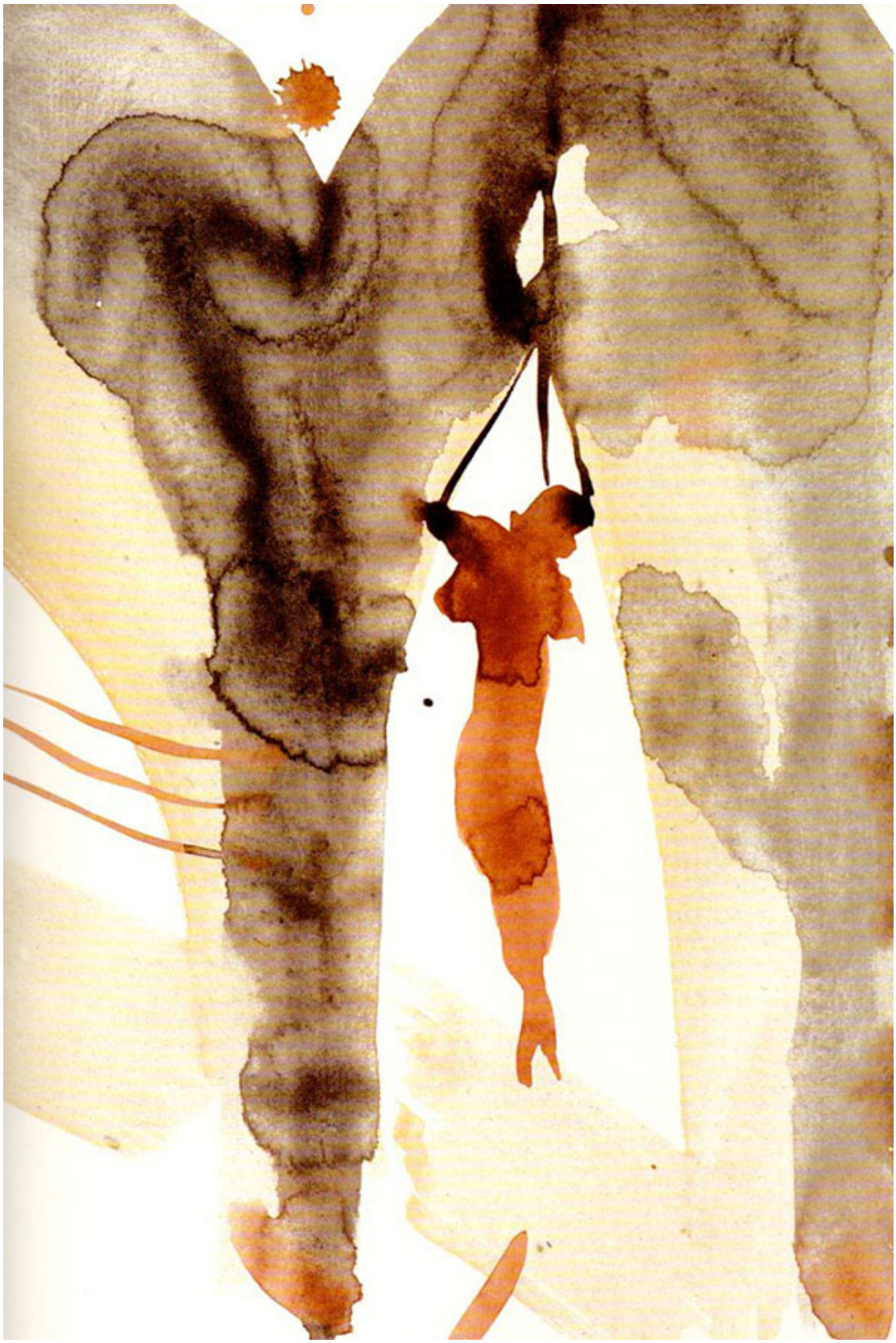
y cuan distantes se hallan sus moradas.[341] *150*

La erilla[342] que nos hace tan feroces,

mientras con los Gemelos me movía,

vi desde la montaña hasta las hoces. *153*

Miré a los bellos ojos de mi guía.



CANTO XXIII

CIELO VIII. ESPÍRITUS TRIUNFANTES

Aparece como una miríada de luces inflamadas por un espléndido Sol en el cual se transparenta la figura de Cristo. Estrellas fijas: Querubines. Triunfo de Cristo; la Virgen María.

Cual la avecica duerme en la espesura,
cabe el dulce calor de la nidada,
mientras todo lo oculta noche oscura,
y la busca después con la mirada
y, esperando encontrarle su alimento,
labor que, aunque gravísima, le agrada,
en las ramas previene al tiempo lento
y con ardiente afecto al sol espera,
aguardando del alba el nacimiento;
así a mi dama vi en aquella esfera
volverse hacia la zona atentamente
en la que el sol refrena su carrera:
y al verla yo suspensa e impaciente,
tal hice como aquel que, deseando
cosa distinta, al aguardar asiente.
Mas poco hubo entre uno y otro cuando,
digo, de mi esperar a haber sentido
que el cielo más y más se iba aclarando.
Y dijo Beatriz: «¡He aquí el partido

del triunfo del Señor y el fruto todo
que el girar de estos cielos ha cogido!». 21
Sentí a su rostro ardiente de tal modo
y a sus ojos de tal leticia llenos,
que a pasar sin más frases me acomodo. 24
Como en los plenilunios más serenos
sonríe Trivia entre Ninfas eternas
que pintan todos los celestes senos,[343] 27
yo vi sobre millares de lucernas
un sol que a todas ellas encendía
como el nuestro a las mil vistas supernas; 30
y por la viva luz trasparecía
la luciente sustancia, que tan clara
dio en mi vista, que no la sostenía. 33
¡Oh Beatriz, mi dulce guía y cara!
Y ella me dijo: «Quien te excede tanto
virtud es de que nada se repara. 36
Aquí el saber está y el poder santo
que caminos abrió entre cielo y tierra,
donde se deseó con largo llanto».[344] 39
Cual de la nube el fuego se descierra
y tanto se dilata que no cabe,
y contra su natura al fin se aterra, 42
así mi mente, con manjar tan suave,
salió de sí con nuevo poderío
y qué fue de ella recordar no sabe. 45

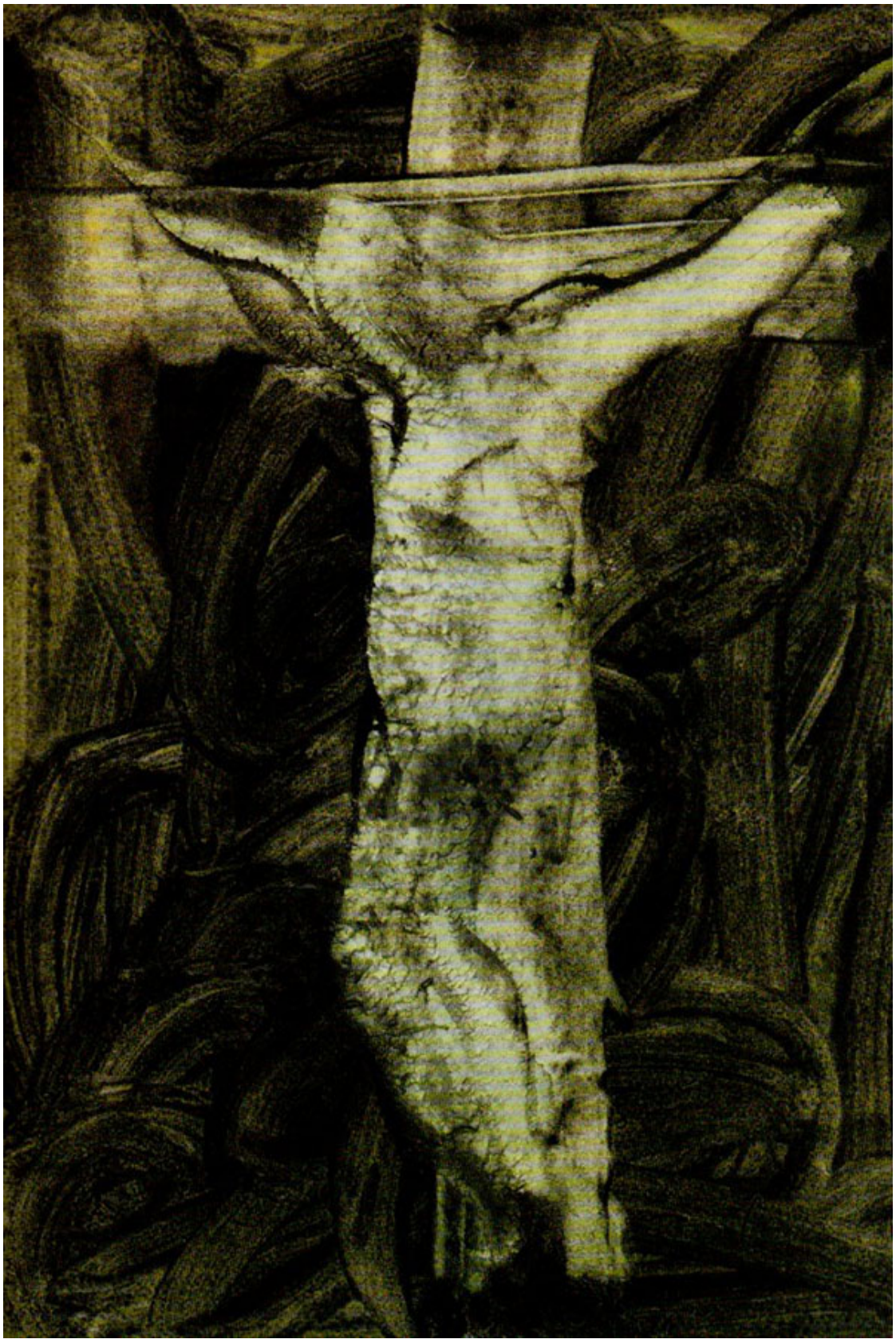
«Ve cómo soy mirando al rostro mío:
pues todo lo que has visto te consiente
a mis ojos mirar mientras sonrío.» 48
Yo estaba como aquel que se resiente
porque ha olvidado una visión benigna
y quiere reanudarla inútilmente, 51
cuando escuché esta invitación, tan digna
de gratitud, que nunca se ha extinguido
del libro que el pretérito consigna[345]. 54
Que si todas las lenguas que han bebido,
ya de Polimnia, ya del coro entero,
la dulce leche con la que han crecido 57
me aupasen, de su aspecto verdadero
no se viera un milésimo, cantando
la sonrisa más clara que un lucero; 60
por ello, el Paraíso figurando,
debe saltar aquí el sacro poema,
cual uno al que el camino están cortando. 63
Mas el que piense el ponderoso tema
y en el hombro mortal que al peso enarco,
no habrá de censurar que tiemble y tema: 66
piélago no es para pequeño barco
aquel que hendiendo va la ardida prora,
ni de barquero que consigo es parco. 69
«¿Por qué tanto mi rostro te enamora
que no al jardín te vuelves peregrino

al que, bajo sus rayos, Cristo enflora?
La rosa[346] en que encarnó el Verbo divino
aquí está, con los lirios[347] que, fragantes,
marcaron con su olor el buen camino.»
Así Beatriz; y yo, que a sus amantes
consejos era pronto, disponía
a la lid mis pestañas vacilantes.
Como al rayo de sol he visto un día
romper la nube y dar sobre las flores
de un prado, manteniéndome en la umbría;
así vi muchas turbas de esplendores,
y hasta ellos descender rayos ardientes,
sin el principio ver de sus fulgores.
¡Oh virtud que los haces tan lucientes,
tú te exaltaste, por dejar un poco
sitio a mis ojos, ante ti impotentes!
El nombre de la flor que siempre invoco,
mañana y tarde, a mi ánimo empujaba
a la contemplación del mayor foco.
Y cuando en ambas luces me pintaba
el cuál y el cuánto de la viva estrella
que allá triunfa, y aquí abajo triunfaba,
en forma de corona, una centella[348]
dejó caer el cielo de su seno,
y la ciñó girando en torno de ella.
El canto que parece más ameno

aquí abajo y del ánimo más tira,
de rota nube se diría el trueno

comparado al sonar de aquella lira
que coronaba allí al bello zafiro
con que el cielo más claro se enzafira.
«Yo soy amor angélico, que giro
por la leticia que espiró del vientre
que de nuestro deseo fue retiro,
y he de girar, señora, hasta que te entre
conduciéndote tu hijo, y mayor día
en la esfera suprema se concentre.»[349]
Así la circulada melodía
se sellaba, y el resto de las lumbres
hacían sonar el nombre de María.
El real manto de todas las techumbres
del mundo, que más hierve y más se aviva
de Dios en el aliento y las costumbres,
tan distante tenía la interna riba
sobre nosotros dos, que su apariencia

no entraba desde allí en mi perspectiva:
y a mis ojos faltábales potencia
para seguir la coronada llama
que elevó tras de sí su descendencia.
Y como hacia la madre, cuando aún mama,
los brazos tiende el niño ya saciado,
por el amor, que en lo exterior se inflama,
cada candor hacia ella vi orientado
con su llama, y medir pude el afecto
que de María los llevaba al lado.
Aún quedaron mostrándome su aspecto,
Regina coeli[350] en tal forma cantando
que nunca olvidaré su dulce efecto.
¡Oh qué gran abundancia están guardando
esas arcas riquísimas que a coro
simiente tan feraz iban sembrando!
Aquí se vive y goza del tesoro
que se adquirió llorando en el exilio
de Babilonia, do dejóse el oro.
Aquí triunfando está, con el auxilio
de María y de Dios, de su victoria,
y con el viejo y el nuevo concilio,
el que tiene las llaves de tal gloria.[351]



CANTO XXIV

CIELO VIII. ESPÍRITUS TRIUNFANTES

San Pedro. El concepto de Fe. Pruebas de la inspiración divina de las Escrituras. Los milagros, fundamento de la Fe.

«Oh colegio llamado a la gran cena
que el Cordero bendito os da aquí arriba,
con que el deseo eternamente os llena,
si por gracia de Dios veis que éste liba
algo de lo que cae de vuestra mesa,
sin que la muerte el tiempo le prescriba,
mirad el gran afecto de que es presa
y rociadlo, pues siempre estáis tomando
de la fuente que inspira su alta empresa.»
Así Beatriz; y en dos polos girando,
hechas esferas, vi a las almas ledas,
a guisa de cometas flameando.
Y como en temple de reloj las ruedas
tal giran, que quien de ellas está enfrente
la última cree volar, las otras quedas;
de igual modo los corros, diferentemente
danzando, hacían que su riqueza
juzgase por lo lento y por lo urgente.
De aquella en que noté mayor belleza
un fuego tan feliz vi que salía

que ninguna igualaba a su clareza;
y en torno a Beatriz yo la veía
tres vueltas dar con un canto tan divo
que no lo dice ya mi fantasía.
La pluma salta, pues, y no lo escribo;
que nuestra imagen, ante pliegues tales,
al color del vocablo halla excesivo.
«Oh santa hermana, con tus fraternales
ruegos de ardiente afecto puedes tanto
que abandono mi esfera y sus cristales.»
Tras detenerse, aquel llamear santo
se dirigió a mi dama jubiloso
y le habló como en estos versos canto.
Dijo ella: «Luz eterna del glorioso
varón al que el señor dejó las llaves
que bajó de este gozo milagroso,[352]
puntos a éste propón leves y graves
en torno de la fe que, verdadera,
te hizo andar sobre el mar como las naves.
Si cree bien y si bien ama y espera
no se te oculta, pues do está pintado
cuanto existe tu vista persevera;
pero ya que este reino fue poblado
por nuestra fe veraz, para gloriarla,
que ahora nos hable de ella es apropiado».
Igual que el bachiller se arma y no parla

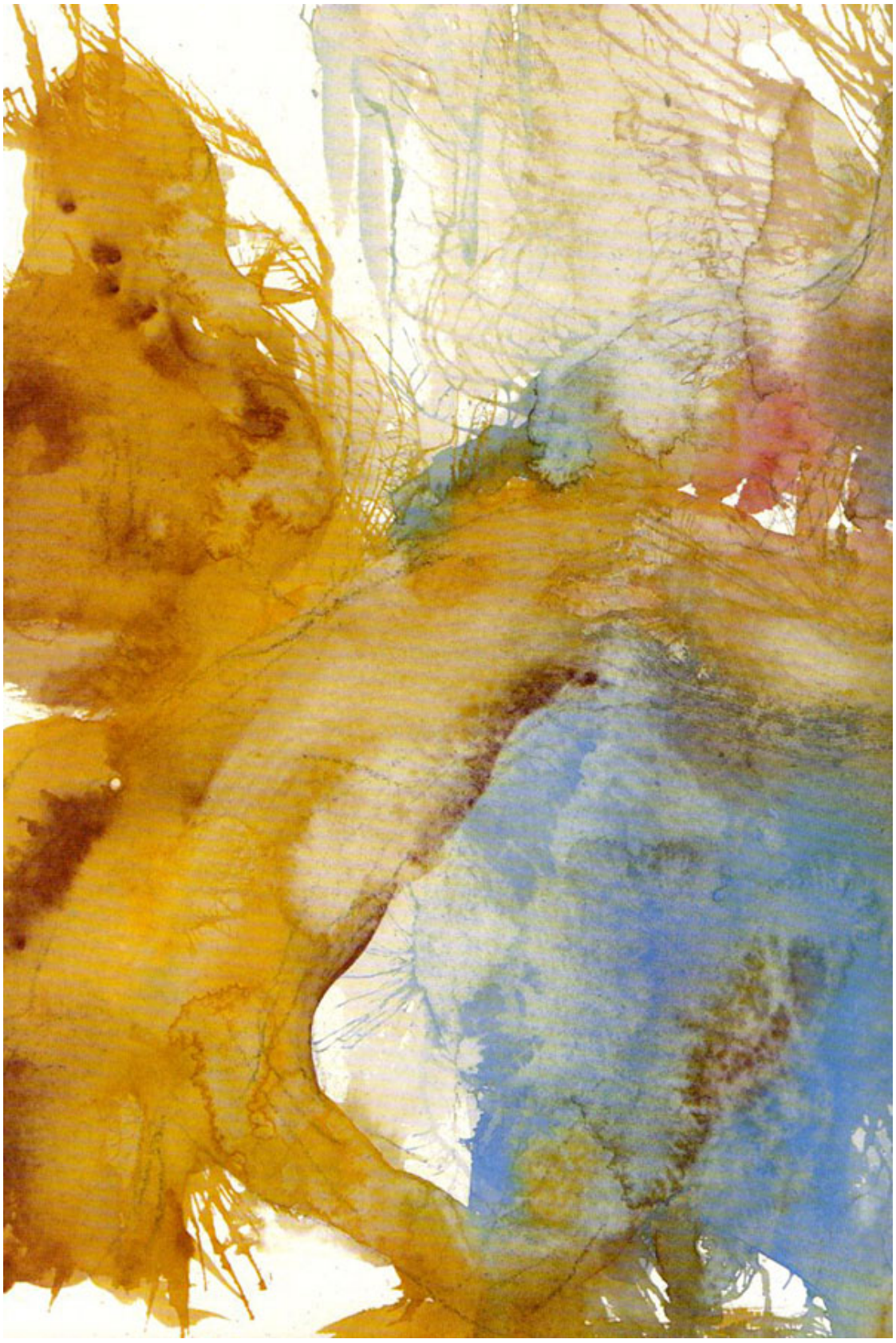
sin que el maestro exponga la cuestión,
para aprobarla, no por terminarla, 48
así ceñía yo toda razón
cuando ella hablaba, para hallarme presto
al inquiriente y a la profesión.[353] 51
«Di, buen cristiano, y hazte manifiesto:
¿qué es la fe?» Y elevé entonces la frente
hacia la luz que preguntaba esto: 54
me volví a Beatriz, y prontamente
me hizo una seña para que vertiese
afuera el agua de mi interna fuente. 57
«La gracia, que me otorga que confiese
—yo empecé—, con el alto primipilo[354],
haga que mis conceptos bien exprese. 60
—Y proseguí—: Como el veraz estilo
escribió, padre, de tu hermano amado
que también puso a Roma en el buen hilo, 63
la sustancia es la fe de lo esperado
y de lo no aparente el argumento:
y así su ser en sí juzgo explicado.» 66
Y él dijo: «Tienes buen entendimiento
si por qué entre sustancias, tú me glosas,
y luego entre argumentos, le dio asiento». 69
Y yo repuse: «Las profundas cosas
que aquí me hacen el don de su evidencia,
allí abajo se ven tan misteriosas 72

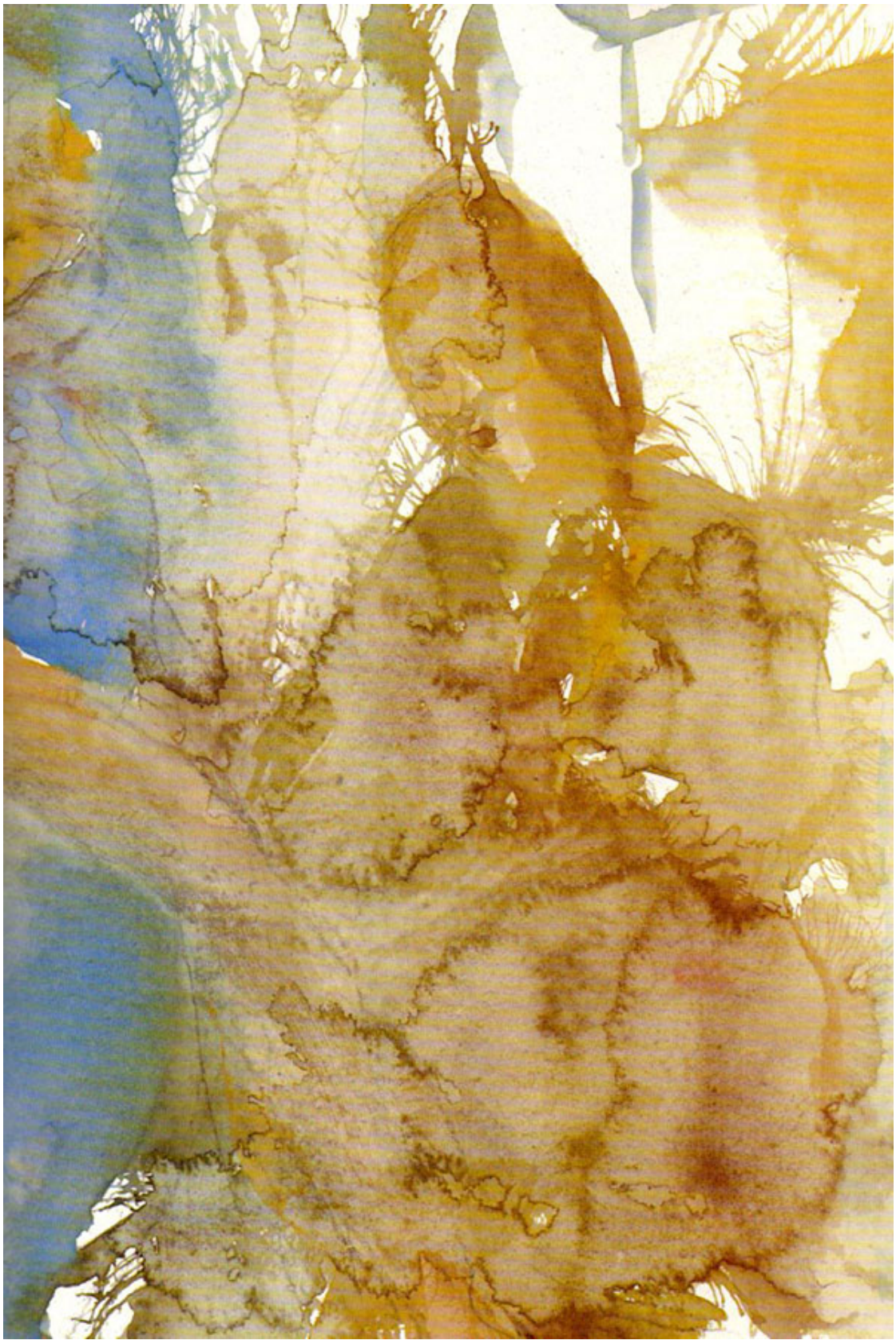
que reducen su ser a la creencia,
en que la alta esperanza se sostiene;
y el nombre de sustancia[355] así se agencia.
Respecto a esta creencia nos conviene
silogizar, sin más prueba a la vista;
por eso el nombre de argumento tiene».
Y oí: «Si cuanto abajo se conquista
por la doctrina, así fuera entendido,
no hallara sitio ingenio de sofista».
Así espiró aquel amor encendido;
«De esta moneda —me añadió en seguida—
bien probados el peso y liga han sido:
mas dime si en tu bolsa está metida».
Y yo: «Sí, y tan brillante y tan rotunda
que en su cuño no hallé cosa escondida».
Luego salió de aquella luz profunda
que allí esplendía: «Este diamante fino
sobre el que toda otra virtud se funda,
¿quién te lo dio?». «La lluvia del divino
Espíritu —seguí—, que está difusa
en el nuevo y el viejo pergamino[356];
su silogismo me la da conclusa,
y de cada objeción que a ella se mueva
toda demostración encuentro obtusa.»
Y luego oí: «La antigua, y la más nueva,
proposición que tanto te contenta,

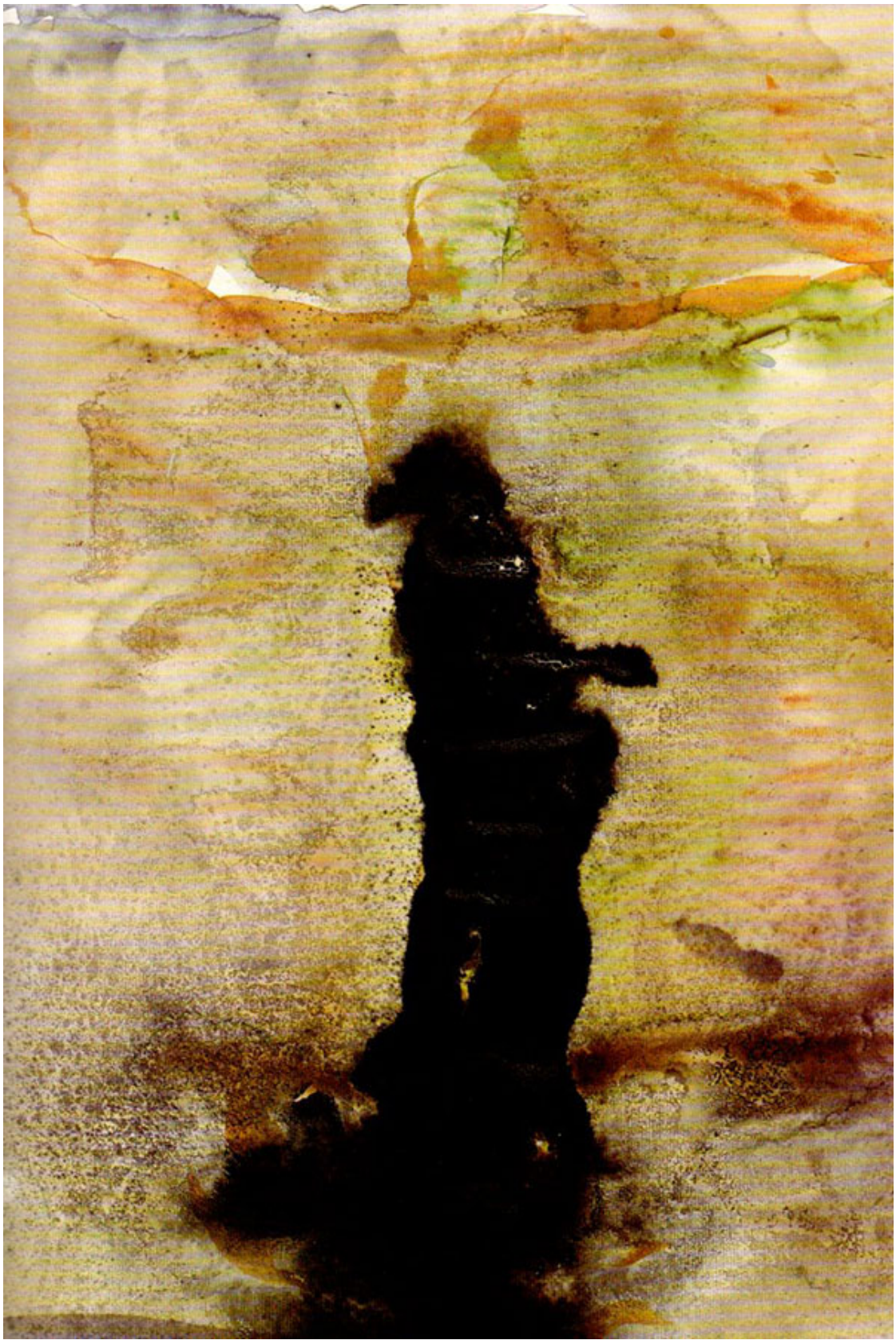
que es palabra divina, ¿quién lo prueba?». 99
«La prueba que a mis ojos documenta
son las obras —repuse— en que natura
no da en el yunque ni el metal calienta.»[357] 102
Me fue respuesto: «Di, ¿quién te asegura
que tales obras fueron? Pues el mismo
que pretende probarse es quien te jura». 105
«Si el mundo convirtióse al cristianismo
—dije yo— sin milagros, éste es uno
que excede de los otros al guarismo; 108
al campo fuiste tú pobre y ayuno
cuando ibas a sembrar la buena planta,
que fue vid y se ha vuelto estéril pruno.» 111
Esto acabado, la alta corte santa
entonó por la esfera «A Dios loamos»
en los melismas con que allí se canta. 114
Y aquel barón, que de unos a otros ramos[358]
mientras me examinaba me movía,
cuando a la última fronda nos llegamos, 117
«La gracia que corteja —me decía—
a tu mente, la boca ya te ha abierto
de la forma en que abrirse ella debía, 120
y así lo que declaras doy por cierto;
mas debes explicarme lo que crees
y dónde tu creencia has descubierto». 123
«Oh santo padre, espíritu que ves

lo que creíste, tanto que venciste
hacia el sepulcro a más jóvenes pies[359]
—yo empecé—, que expusiera me dijiste
la forma aquí de aquello en lo que creo,
y que te explique su razón pediste.
Y te respondo: que hay un Dios yo veo
solo y eterno que los cielos mueve,
inmóvil, con amor y con deseo.
Y aunque con metafísica lo pruebe,
y con física, pruebas más completas
me ofrece la verdad que de aquí llueve
por Moisés, por los Salmos, los Profetas,
el Evangelio y todas las señales
que escribisteis de Espíritu repletas.
Y creo en tres personas eternales,
y en una esencia que es tan una y trina
que el "son" y el "es" para ella son iguales.
Con la profunda condición divina
de que trato, la mente mía sella
mil veces la evangélica doctrina.
Tal el principio, tal es la centella
que en llama más vivaz y extensa estalla
y como astro en el cielo en mí destella.»
Cual señor que, escuchando, placer halla
y un abrazo a su siervo da, exultando
por la noticia, apenas éste calla;

lo mismo, bendiciéndome cantando,
tres veces me ciñó, al verme callado,
la apostólica luz a cuyo mando
lo que tanto le plugo había hablado.







CANTO XXV

CIELO VIII: ESPÍRITUS TRIUNFANTES

Santiago el Mayor. El concepto de Esperanza. La Revelación, fuente de Esperanza. Objeto de la Esperanza. Ceguera temporal de Dante.

Si aconteciese que el poema sacro
en el que han puesto mano cielo y tierra,
y por el que hace mucho me demacro,
venciera la crueldad que me destierra
del redil[360] en que yo era corderuelo,
contra los lobos que le mueven guerra;
con diferente voz, con otro pelo
retornaré poeta, y en la fuente
de mi bautismo tomaré el capelo;
porque en aquella fe, que hace que cuente
el alma para Dios, allí entré, y luego
Pedro por ella me rodeó la frente.
Después hacia nosotros vino un fuego
de la esfera en que estuvo la primicia
de los nuncios de Cristo; y, con sosiego,
la dama mía, y llena de leticia,
me dijo: «Mira, mira: está llegando
el barón por el cual se va a Galicia[361]».
Como palomo que se está amigando
con otro, y uno al otro manifiesta

su cariño, girando y murmurando;
así al glorioso príncipe, con fiesta
vi por el otro príncipe acogido,
loando la comida allí dispuesta.
Y cuando el rito aquél quedó cumplido,
dicho par *coram me*[362] mudo paróse
y con su luz mi rostro fue vencido.
Y dijo Beatriz, y sonrióse:
«ínclita vida por quien la largueza
de la eterna basílica escribióse,[363]
haz sonar la esperanza en esta alteza:
porque tú tantas veces la figuras
cuantas Cristo a los tres mostró terneza».[364]
«La cabeza y la vista alza seguras,
que las que suben desde el mortal mundo
deben con nuestra lumbre estar maduras.»
Así me consoló el fuego segundo,
y a los montes[365] alcé yo la mirada
que antes curvaron con mirar profundo.
«Pues nuestro emperador te ha dado entrada
por su gracia, y aun antes de estar muerto,
a la estancia a sus condes reservada,
y puesto que esta corte has descubierto
para que la esperanza, que enamora
abajo, a otros y a ti muestre el buen puerto,
dime lo que es, y di cómo se enflora

en tu mente, y de dónde ella te vino»,
siguió la luz segunda cegadora.
Y aquella pía que allanó el camino
a mi plumaje en su ascensión triunfante
así a que respondiese me previno:
«No hay hijo de la Iglesia militante
más lleno de esperanza, como escrito
está en el sol que alúmbranos radiante:[366]
y así viene de Egipto hasta el bendito
Jerusalén, a ver bien sus solaces,
sin que su militancia haya prescrito.[367]
Las otras dos preguntas que le haces,
no por saber, mas porque luego cuente
cuánto en esta virtud tú te complaces,
dejo que sin esfuerzos las solvente,
y sin jactancia; y que él responda a esto,
si la gracia de Dios se lo consiente».
Como discente que secunda presto
y con gusto al doctor, cuando es experto,
poniendo su valor de manifiesto,
dije: «Esperanza es un aguardar cierto
de la gloria futura, que deriva
del mérito y la gracia de concierto.
Mil estrellas me muestran su misiva,
mas quien la destiló en el alma mía
fue del sumo señor el sumo escriba.[368]

“En ti esperen —cantó en su teodía—
cuantos saben cuál es el nombre tuyo”[369]:
¿y quién lo ignora si su fe es la mía?
Tú me instilaste a mí el destilar suyo
con tu epístola luego; y estoy lleno
y en otros con la lluvia vuestra fluyo».
Mientras hablaba yo, en el vivo seno
de aquel incendio tremolaba un lampo,
como rayo frecuente de luz pleno.
Luego espiró: «El amor, del que no escampo,
a la virtud que siempre fue a mi lado
hasta la palma, y al salir al campo[370],
quiere que aún te hable a ti, que enamorado
de ella estás; y me place oírte atento
qué es lo que tu esperanza te ha augurado».
Y yo: «El Nuevo y el Viejo Testamento
el signo ponen, y éste me convida,
de las almas que en Dios han valimiento.
A cada una Isaías ve vestida
en su tierra con doble vestidura,
porque su tierra es esta dulce vida.[371]
Y tu hermano, de forma más madura,
cuando de estolas blancas escribiera,[372]
supo manifestar esta ventura».
Y apenas hube hablado a esta lumbrera,
Sperent in te[373] en la altura ya se oía,

a lo que respondía cada esfera. *99*

Después, tanto una luz se esclarecía
que si igualara Cáncer su pujanza
tendría el invierno un mes de un solo día.[374] *102*
Y como surge y va y entra en la danza
virgen alegre, para hacer honor
a la novicia, no por destemplanza, *105*
de igual modo avanzó el claro esplendor
hacia el par que a las notas secundaba
como era propio de su ardiente amor. *108*
Luego en el canto y en la rueda entraba;
y mi señora, quieta y con afecto,
como esposa callada le miraba. *111*
«Se apoyó éste en su pecho, y fue dilecto
a nuestro pelicano, y éste ha sido
desde la cruz al gran oficio electo.»[375] *114*
Así mi dama, sin haber movido
más la vista, que siempre tuvo atenta,

al hablar que cuando hubo concluido.
Como aquel que al sol mira cuando intenta
ver un poco un eclipse, y al instante
se queda sin visión sin darse cuenta;
así al último fuego deslumbrante
miré hasta oír: «¿Por qué te estás cegando
para ver lo que no tienes delante?[376]
Tierra en tierra es mi cuerpo, allí esperando
con los demás que el número en que cuento
con la eterna intención esté cuadrando.[377]
Con dos estolas no hay en el convento
feliz más que los dos que se han alzado[378]:
y esto en el mundo aclarará tu acento».
Ante esta voz, el círculo inflamado
se detuvo, y cesó la cantilena
que aquel trino espirar[379] había cantado,
como, al cesar el riesgo o la faena,
los remos, que bogaban velozmente,
se paran todos si un silbato suena.
¡Ay, qué gran conmoción sintió mi mente
al volverme a mirar a Beatriz
y no poderla ver, estando en frente
y cerca de ella, en el mundo feliz!

CANTO XXVI

CIELO VIII: ESPÍRITUS TRIUNFANTES

San Juan Evangelista. Objeto de la Caridad. Argumentos filosóficos y Revelación, fuentes de Caridad.

Mientras dudaba yo de mi ceguera,
del fulgor[380] que la había producido
salió una voz que me hizo que atendiera,
diciendo: «Mientras vuelve a ti el sentido
de la vista, que en mí ha sido consunta,
razonando has de verte resarcido.
Comienza pues, y dime, adonde apunta
tu alma; y, aunque perdida está, confía
en que tu vista no se halla difunta,
porque tiene la dama que te guía
igual virtud en su visivo dardo
que en su mano Ananías poseía».[381]
Yo dije: «A su placer, o presto o tardo,
dé a mis ojos salud, que fueron puente
cuando entró con el fuego en que siempre ardo.
El bien que da a esta corte gozo ardiente
Alfa y Omega es de la escritura
que Amor me lee, ya leve o fuertemente».
La voz que me libró de la pavura
que aquella ofuscación me había causado

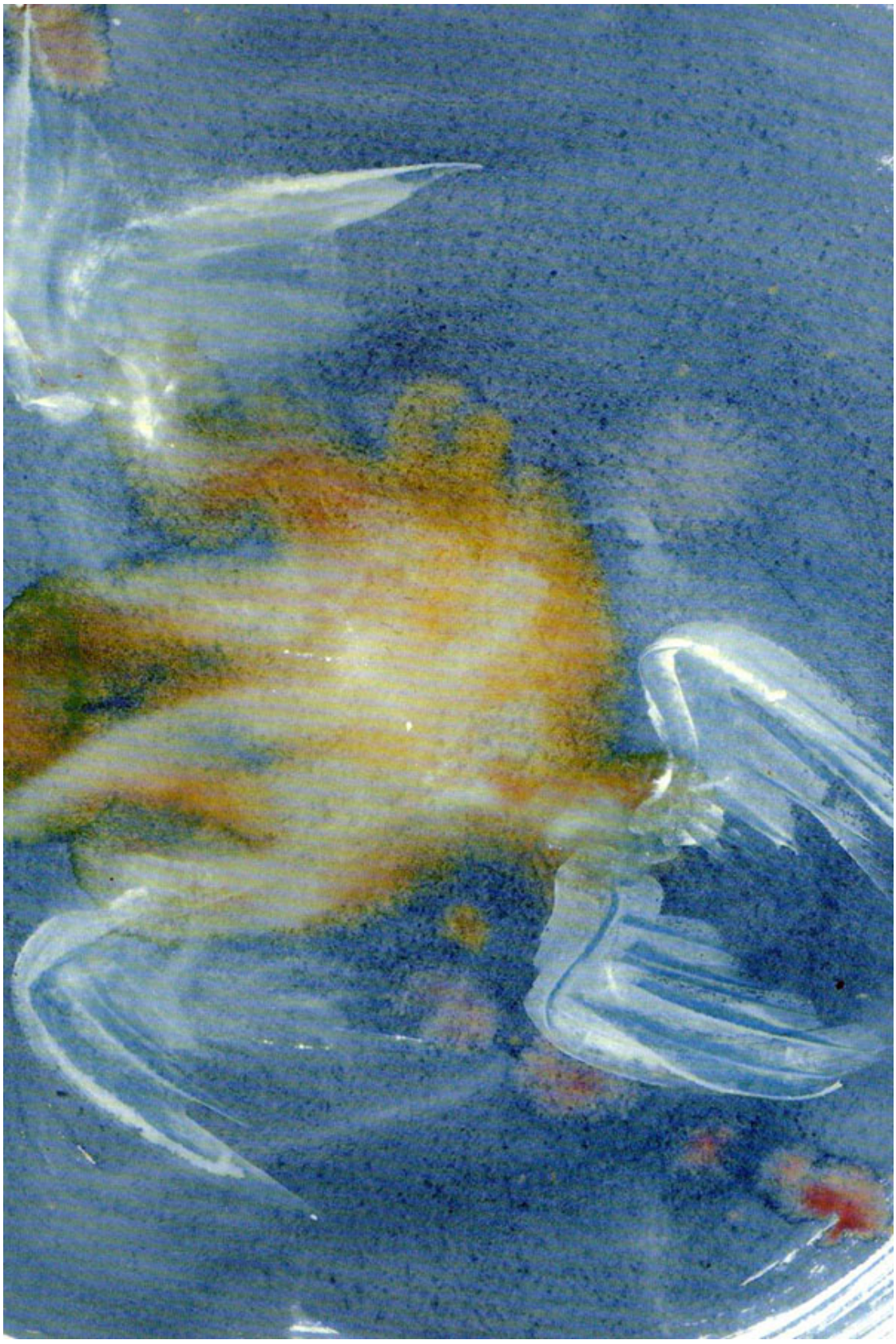
me invitó a razonar con más holgura,
y dijo: «Por cedazo más delgado
te conviene cribar, y que razones
quién tu arco hacia el blanco ha enderezado».
Y yo: «Por filosóficas razones
y autoridad que desde aquí desciende,
en mí este amor estampa sus renglones.
Que el bien, en cuanto bien, cuando se entiende,
prende a un amor que tanto se aventaja
cuanto mayor bondad en sí comprende.
Así en la esencia en que hay tanta ventaja
que cualquier bien que fuera de ella llueva
es luz que de su rayo se desgaja,
más que en otra conviene que se mueva
la mente, que de amor ve las señales
de certeza que fundan esta prueba.
A mi mente mostró verdades tales
el mismo que me muestra el primo amor
de todas las sustancias eternales.[382]
La voz mostrólas del veraz autor
que a Moisés dice, de sí mismo hablando:
"En mí yo te haré ver todo valor".[383]
Tú también me la muestras, comenzando
tu alto pregón que publicó el arcano
de aquí allá abajo más que ningún bando».[384]
Y yo le oí: «Por intelecto humano

y por la autoridad con que concuerda,
de tus amores Dios sea el soberano.
Mas dime si tú sientes otra cuerda[385]
lanzarte hacia él; y tañe todavía
con cuántos dientes crees que amor te muerda».
La intención santa no se me escondía
del águila de Cristo, el rumbo viendo
en que a mi profesión poner quería.
«Cuantos bocados —yo seguí diciendo—
pueden volver a Dios el albedrío
sé que a mi caridad fueron mordiendo;
y sé que el ser del mundo y el ser mío,
la muerte que él sufrió porque yo viva
y lo que espera aquella fe en que fío,
con la ya antes mentada ciencia viva,
me han sacado del mar del amor muerto
y del viviente me han puesto en la riba.
Las frondas que enfrondecen todo el huerto
del hortelano eterno, amo yo tanto
cuanto él a ellas de bienes ha cubierto.»
Cuando dejé de hablar, un dulce canto
resonó por el cielo, y mi señora
también decía: «¡Santo, santo, santo!»[386].
Como una luz despierta cegadora
porque acude el espíritu visivo
al esplendor que túnicas perfora[387],

y el despertado a lo que ve es esquivo,
tan necia es la vigilia inesperada
hasta que el juicio nos socorre activo;
así todo melindre a mi mirada
quitó Beatriz con ojos tan radiantes
que a mil millas sería divisada:
y desde entonces vi mejor que antes,
y estupefacto pregunté quién era
la cuarta de las luces circunstantes.[388]
Y mi dama: «En sus rayos prisionera,
con su autor se embebece el alma prima
que antes creara la virtud primera».[389]
Cual fronda que ceder hace a su cima
al tránsito del viento, y luego acaba
por alzarla el valor que la sublima,
de igual modo hice yo cuando ella hablaba,
pasmado, mas mi frente alzó, animosa,
un deseo de hablar que me quemaba.
Y empecé: «¡Oh padre antiguo, oh nemorosa
fruta cuya sazón nació contigo,
de quien es hija y nuera toda esposa;
con toda devoción, que hables conmigo
te pido, porque mi ansia estás notando,
y por oírte pronto no la digo!».
Cubierto, un animal se está agitando
tanto a veces, que lo hace bien presente

la envoltura, su afecto secundando; 99
y el alma primordial similarmente
me dejaba entrever por la cubierta
que a complacerme vino alegremente. 102
Luego espiró: «Sin serme descubierta
por ti, tu voluntad mejor reflejo
que tú la cosa que hallas que es más cierta; 105
pues yo la veo en el veraz espejo
que hace parejo a él lo en él incluso
pero nada de sí le hace a él parejo. 108
Quieres saber en qué año Dios me puso
en el jardín excelso en que tu guía
a tan larga escalera te dispuso, 111
y cuánto deleitó a la vista mía,
y qué causa enojó tanto a mi dueño,
y el idioma que hablaba, y lo que hacía. 114
Mira, hijo mío: no el gustar del leño
fue por sí la razón del gran exilio,
mas la desobediencia de mi empeño. 117
Allí donde tu dama urgió a Virgilio
cuatro mil y trescientos dos solares
volúmenes ansié yo este concilio;[390] 120
y recorrer le vi los luminares
de su camino novecientas treinta
veces, llorando en tierra mis pesares.[391] 123
La lengua que yo hablaba ya no cuenta[392]

desde antes de que a la obra inconsumable
la gente de Nemrod se hallara atenta;
porque ningún efecto razonable,
dado que el gusto humano se transforma
siguiendo al cielo, fue siempre durable.
Con la naturaleza se conforma
que hable el hombre, mas déjale natura
que hable a su gusto de una u otra forma.
Antes que fuese a la infernal tortura,
I se llamaba en tierra el bien que tiene
ardiendo de alegría a mi envoltura;
y El se llamó después: y así conviene,
porque el uso mortal fronda es fecunda
en la rama, que vase y otra viene.[393]
En el monte que el mar hondo circunda
viví, con vida pura y deshonesta,
de la hora prima a aquella que secunda,
cuando cambia cuadrante el sol, la sexta»[394]



CANTO XXVII

CIELO VIII: ESPÍRITUS TRIUNFANTES.

CIELO IX: COROS ANGÉLICOS

Himno de los bienaventurados a Dios. Invectiva de San Pedro contra la Iglesia.

«¡Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo,
gloria!», en todos los cielos se ha sentido;
y a mí me enajenaba el dulce canto.
La risa contemplar allí he creído
del universo, pues la ebriedad mía
me entraba por la vista y el oído.
¡Oh gozo! ¡Oh qué inefable mi alegría!
¡Oh de amor y de paz vida colmada!
¡Oh riqueza que nada más ansia!
Seguían ocupando mi mirada
las cuatro hachas; y el santo personaje
que antes llegó, su luz mostró avivada,[395]
y tal se transformó su ígneo ropaje,
que igual haría Jove, si él y Marte,
siendo aves, permutasen el plumaje.[396]
La santa providencia, que reparte
incumbencia y oficio en aquel foro,
silencio había impuesto en cada parte
cuando escuché: «Si yo me transcoloro,

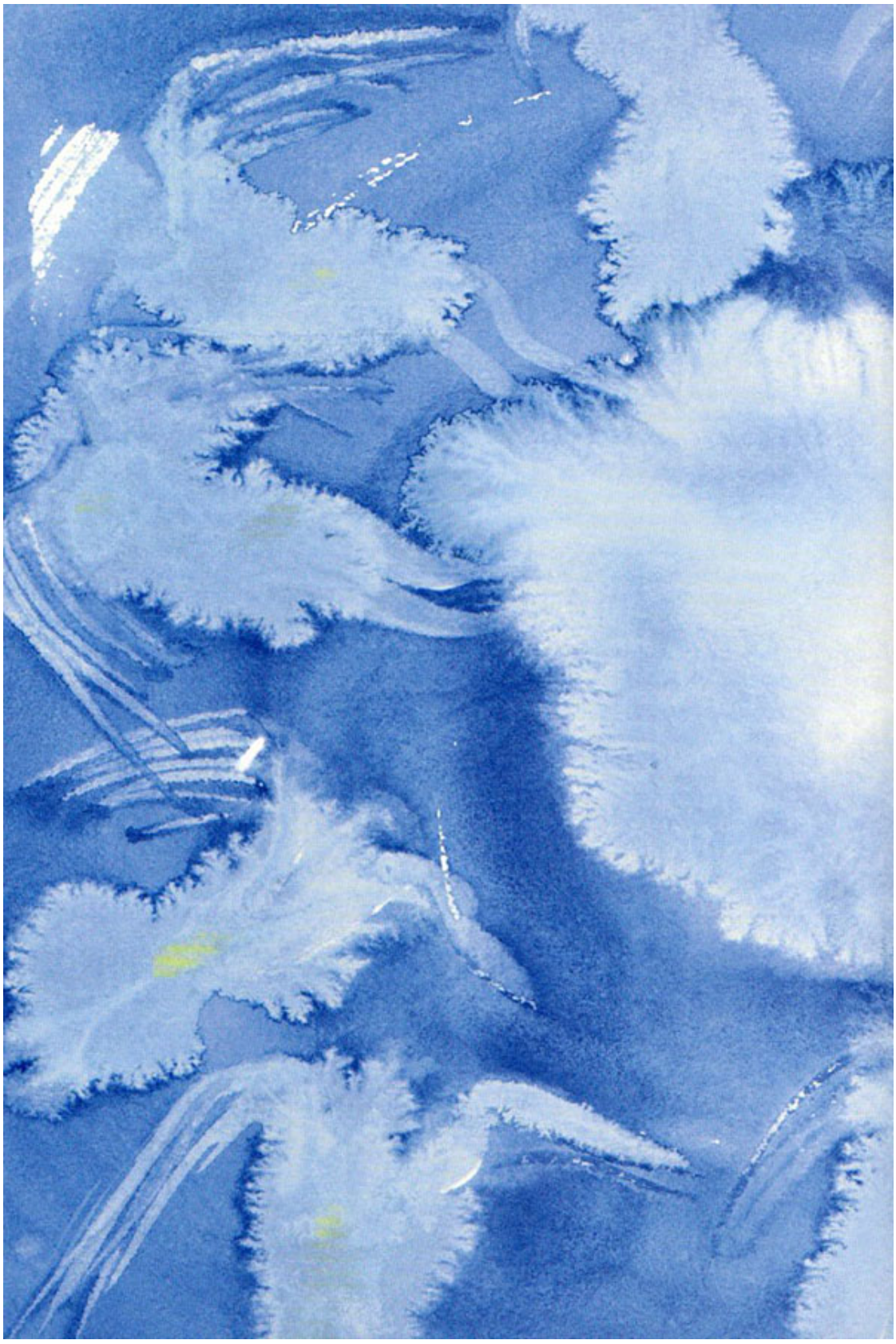
no te sorprendas, que cuando esté hablando
verás transcolorarse a todo el coro.
Quien en tierra mi puesto está usurpando[397],
mi puesto, el puesto mío, que ahora vaca
ante el Hijo de Dios, que está juzgando,
del cementerio mío ha hecho cloaca
de la sangre y la podre, do el perverso
que de aquí desplomóse, allí se atraca».
A aquel color que el sol, por el reverso,
da a las nubes de tarde y de mañana
por todo el cielo yo lo vi disperso.
Cual, segura de sí, no se amilana
la dama honesta, mas la ajena erranza,
sólo escuchada, tíñela de grana;
así en Beatriz mostróse una mudanza;
un eclipse debió haber semejante
cuando sufrió pasión la alta pujanza.[398]
Mas él con su oración siguió adelante
en voz hasta tal punto transmutada
que no sufrió más cambios su semblante:
«No fue la esposa de Cristo criada
con sangre mía, y la de Cleto y Lino[399],
para ser en el logro de oro usada;
mas, por lograr este feliz destino,
tras mucho llanto, la de Sixto, Urbano,
Calixto y Pío a derramarse vino.[400]

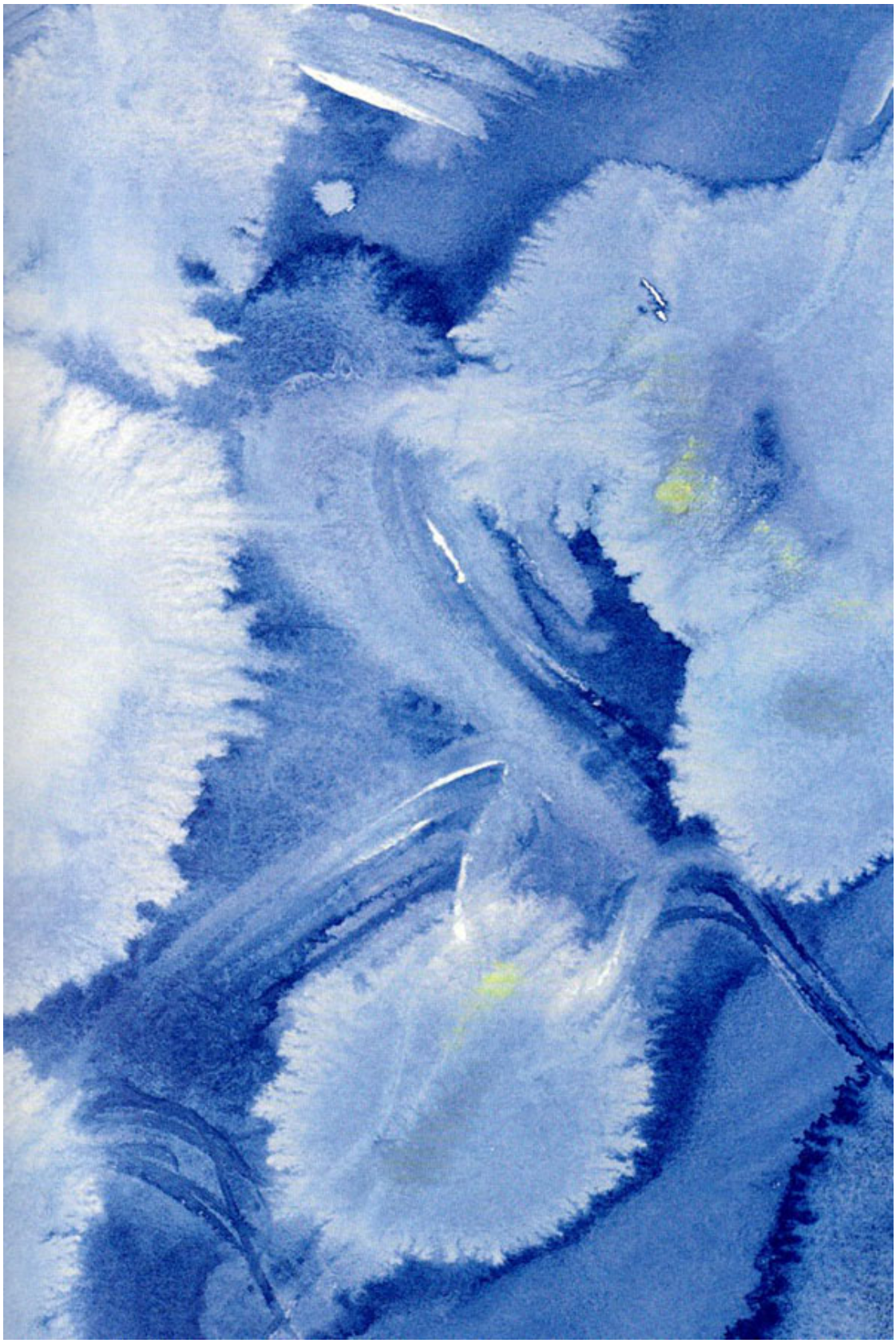
No quisimos que parte del cristiano
pueblo a la diestra de los papas fuera
a sentarse, y el resto a la otra mano;
ni que las llaves que el Señor me diera
se volviesen emblema de una enseña
que contra bautizados combatiera;[401]
ni que allá mi figura fuese seña[402]
en las bulas vendidas y mendaces:
por eso, avergonzado, arde mi leña.
Con traje de pastor, lobos rapaces
allá abajo se ven en cada prado:
oh defensa de Dios, ¿por qué así yaces?
A beber nuestra sangre hanse aprestado
el Gascón y el sediento Cahorsino[403]:
¡buen principio para un fin desastrado!
Mas la alta providencia, que el destino,
con Escipión, del mundo salvó en Roma,[404]
que ha de acorrernos pronto yo adivino.
Y tú, hijo mío, la palabra toma
cuando vuelvas al mundo, y que tu boca
no esconda aquello que en la mía asoma».
Como nuestro aire al descender provoca
de los helados copos, cuando el cuerno
de la cabra del cielo ya al sol toca,[405]
así adornado vi al éter eterno:
que a los vapores vi nevar triunfantes

de nuestro lado al círculo superno.[406]
Con los ojos seguía a sus semblantes
hasta que el medio, por haber crecido,
me prohibió mirarlos tan distantes.
Cuando me vio mi dama remitido
de mirar hacia arriba, dijo: «Estima,
mirando abajo, el giro que has cumplido».
Y, desde que miré desde allí encima,
me vi movido por el arco entero
que hace, del medio al fin, el primer clima,
por Cádiz, yo vi el loco derrotero
de Ulises; y la playa, de este lado,
en la que Europa fue peso ligero.[407]
Y mucho más habría divisado
de esta erilla; mas ya el sol procedía
a mis pies, más de un signo adelantado.[408]
Pero mi mente, que a la dama mía
mostrar su gran amor siempre procura,
por contemplarla más que nunca ardía:
y si natura o arte dan pastura
a nuestros ojos, por captar la mente,
en carne humana o bien en su pintura,
nada parecen ambas juntas, frente
al divino placer que me alumbraba
cuando miré a su rostro sonriente.
Y el poder que al mirar me dispensaba,

desde el nido de Leda hizo que fuera
hacia el cielo que más veloz giraba.[409]
Tan excelsa y tan viva en esa esfera,
e igual, es cada parte, que no entiendo
en cuál Beatriz el sitio me escogiera.
Mas ella, mis deseos conociendo,
comenzó, tan feliz y tan discreta
que a Dios gozarse en ella estaba viendo:
«La natura del mundo, que está quieta
en su centro, mas todo en torno mueve,
comienza aquí desde su propia meta;
y este cielo asentarse sólo debe
en la mente divina, en que se enciende
el amor por quien gira y virtud llueve.
De luz y amor un cerco lo comprende,
como él a los demás; y a este recinto
el que lo ciñe solamente entiende.
No de otro viene su girar distinto;
mas que él mida a los otros fue dispuesto,
cual el diez por su medio y por el quinto.
Y cómo el tiempo tenga en este tiesto
las raíces y en otros dé las frondas
desde ahora puede serte manifiesto.
¡Oh avidez, que en región tan baja afondas
al mortal, que carece del poder
de mirar por encima de tus ondas!

Bien florece en los hombres el querer;
mas las buenas ciruelas de sus huertas
estropea el continuo llover.
La inocencia y la fe son descubiertas
sólo en los niños; que huye cada una
antes que las mejillas sean cubiertas.
Tal, balbuciendo todavía, ayuna,
que devora, con lengua ya adiestrada,
cualquier clase de cebo en cualquier luna;
tal, balbuciendo, oye a su madre amada,
que cuando el habla entera ya maneja
desearía verla sepultada.
Cobra negro color y al blanco aleja
la piel que a la hija bella embellecía
del que mañana trae y noche deja.[410]
Mas no te asombre la palabra mía,
y piensa que en la tierra no hay gobiernos;
y así el género humano se extravía.
Antes que quede enero sin inviernos
por culpa del centésimo olvidado,
radiarán estos círculos supernos,[411]
y al fin el huracán tan esperado
pondrá la popa donde está la prora,
y a la flota en el rumbo deseado;
y Pomona vendrá detrás de Flora[412]».





CANTO XXVIII

CIELO IX: COROS ANGÉLICOS

Las jerarquías angélicas aparecen como nueve círculos encendidos que giran alrededor de un punto sumamente luminoso. Primer Móvil: serafines. San Pedro, Dios, jerarquías y coros angélicos.

Tras abrir la verdad, contra el presente
vivir mortal y miserable hablando,
la que me emparaísa a mí la mente;
como del cirio que le está alumbrando
detrás, en el espejo advierte el fuego
quien no lo ve ni en él iba pensando,
y, por ver si verdad le dice, luego
se vuelve al vidrio y ve que éste concuerda
cual de la nota y el compás el juego:
que hice igual mi memoria bien recuerda
cuando miré a los ojos admirados
a los que Amor me prende con su cuerda.
Y, al volverme y los míos ser tocados
por lo que manifiesta aquella pieza,
cuando sus giros son bien observados,
vi un punto que irradiaba una clareza
tan aguda, que al ojo que la enfoca
le obliga a que se cierre su agudeza:
la estrella que parece aquí más poca,

luna parecería junto a él puesta
como estrella al pie de otra se coloca.
Tal vez cuanto parece que se acuesta
a la luz que lo pinta halo luciente,
cuando espeso vapor lo manifiesta,
de aquel punto distaba un cerco ardiente,
girando más veloz que aquel recinto
que ciñe al mundo más rápidamente.[413]
De aquel cerco un segundo era precinto,
de éste un tercero, un cuarto del tercero;
ceñía el quinto al cuarto, el sexto al quinto;
seguía arriba el séptimo; e infiero,
dada su anchura, que el nuncio de Juno[414]
no bastaría a contenerlo entero.
Así el octavo y nono, y cada uno
más lento se movía, según era
en número distante más del uno;
y tenía la llama más sincera
el más vecino de la chispa pura,
porque en la verdad de ella más se envera[415].
Mi dama, cuando vio que tal figura
me suspendía, dijo: «De aquel punto
depende el cielo y toda la natura.
Mira el cerco que de él se halla más junto,
y sabe que el girar suyo es más presto
por el fogoso amor de que es trasunto».

«Si fuese el mundo —dije yo— dispuesto
como están estas ruedas ordenadas,
me saciaría lo que me es propuesto; 48
mas las vueltas son más divinizadas
en el mundo sensible, en la medida
en que del centro se hallan alejadas.[416] 51
Y si he de ver mi aspiración cumplida
en la angélica nave de este templo,
de luz y amor tan sólo circuida, 54
aún me conviene oír cómo el ejemplo
y el ejemplar no giran de igual suerte[417],
que en vano por mí mismo lo contemplo.» 57
«Que de tus dedos no puedas valerte
para este nudo, no es ningún portento:
¡tanto, por no abordarlo, se ha hecho fuerte!» 60
Así mi dama; y luego dijo: «Atento
me tendrás que escuchar para saciarte;
y en torno al caso aguza el pensamiento. 63
Cada círculo es, según comparte
más o menos virtud, ancho o estrecho;
pues ésta se reparte en cada parte. 66
Quiere mayor bondad mayor provecho,
mayor salud en cuerpo mayor cabe,
si en cada parte se halla éste bien hecho.[418] 69
Éste, pues, que arrebata al peso grave
de todo el universo, pertenece

al cerco que más ama y que más sabe.[419]
Así, si a la virtud haces que empiece
tu medida a estimar, no a la apariencia
de cuanto aquí redondo comparece,
tú verás la admirable consecuencia
de mucho a más y de lo poco a menos
en cada cielo y cada inteligencia».[420]
Cual espléndidos quedan y serenos
los aéreos hemisferios, cuando empieza
Bóreas, con sus soplos más amenos,
a purgarles la niebla y la impureza
que los turbaba, y hace que sonría
la parroquia del cielo[421] con viveza,
así hice yo cuando la dama mía
y sus claras palabras me mostraron
la verdad, que cual un sol relucía.
Y cuando sus palabras terminaron,
no de otro modo el hierro calentado
chispea, cual los cercos chispearon.
Por chispas vi el incendio secundado;
y el número era tal que superaban
a ajedrez que, al doblarse, es enmilado[422].
De coro en coro, todos hosannaban
al punto que les marca los confines
y siempre los tendrá donde se hallaban.
Y, viendo de mi mente los trajines,

ella dijo: «Los círculos primeros
querubes te han mostrado, y serafines.
A sus vínculos siguen tan ligeros
porque de parecerse al punto tratan;
y más ven y más logran los cimeros.
Los amores que en torno se arrebatan
se llaman tronos del divino aspecto,
y el ternario primero ellos rematan.
Y a cada uno el saber es más dilecto
cuanto más su mirada se aprofunda
en la verdad que aquieta al intelecto.
Cómo el gozar beatitud se funda
en el acto que ve, verse aquí puede,
no en el que ama, que luego lo secunda;
ver más o menos la merced concede,
que de la gracia y bienquerer prorrumpe:
y así de grado en grado se procede.
El siguiente ternario, que así irrumpe
en esta primavera sempiterna
que el Ariete nocturno no interrumpe,[423]
perpetuamente "Hosanna" desinverna[424]
en triple himno de trinas calidades
de la misma leticia en que se enterna[425].
En esa jerarquía hay más deidades:
virtudes hay y, antes, dominaciones;
y el tercer orden es de potestades.

Danzan en las penúltimas secciones
principados y arcángeles, y giran;
y la última es de angélicas canciones. *126*
En la altura estos órdenes se admiran,
y hacia Dios, lo de abajo sometiendo,
todos tirados son, de todos tiran[426]. *129*
Y Dionisio, estos órdenes queriendo
contemplar, a ordenarlos dedicóse
y los nombró como te estoy diciendo.[427] *132*
Gregorio de él más tarde separóse;
pero apenas los ojos hubo abierto
a este cielo, de sí mismo rióse.[428] *135*
Y si al mundo aclaró lo oculto y cierto
un mortal, al asombro tú no cedas:
le fue por quien lo vio aquí descubierto, *138*
con muchas más verdades de estas ruedas».[429]

CANTO XXIX

CIELO IX: COROS ANGÉLICOS

Creación de las inteligencias. Los ángeles rebeldes. Facultades humanas y angélicas. Contra los falsos predicadores.

Del punto en que los hijos de Latona,
debajo del Carnero y de la Libra,
hacen del horizonte juntos zona,
y entonces el cénit los equilibra,
hasta que de aquel cinto que han ceñido
el cambio de hemisferio a ambos los libra;[430]
tanto tiempo, con rostro complacido,
calló Beatriz, sin pestañear mirando
hacia el punto que habíame vencido.
Luego empezó: «Yo digo, y no demando
lo que quieres oír, porque lo he visto
do apunta todo donde y todo cuando.[431]
No por ser de algún bien nuevo provisto,
que absurdo es, mas porque su esplendor
resplandeciese al pronunciar "Subsisto",
solo en su eternidad y a su sabor,
sin tiempo, y como él sólo comprendía,
se abrió en nuevos amores el Amor.[432]
Inerte en el principio no yacía;
pues que Dios estas aguas recorriera

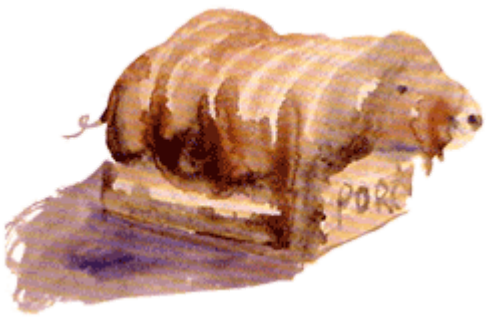
con antes ni después no procedía.
Sin un fallo en su ser, salieron fuera
forma y materia pura juntamente,
cual flechas que tricorde arco[433] expeliera.
Y como en ámbar o en cristal luciente
esplende el rayo, y no hay de su venida
a su ser intervalo que se cuente,
así al triforme efecto dio salida
su señor, e irradió pleno y unido,
sin que fuese exordiada su partida.[434]
Fue el orden concreado y construido
con las sustancias; y ellas fueron cima
de aquel mundo en el que acto puro han sido,[435]
pura potencia a lo inferior anima;
potencia y acto en medio, en lazo estrecho
atados, porque nunca se dirima.[436]
Jerónimo escribió que largo trecho
de centurias los ángeles creados
fueron antes que el mundo fuese hecho;
mas lo cierto está escrito en muchos lados,
si bien miras, según declaró el Santo
Espíritu en escritos inspirados;
y aun la misma razón lo alcanza un tanto,
pues no puede admitir que los motores
sin perfección se hallasen entretanto.[437]
Sabe, pues, dónde y cuándo estos amores,

y cómo, se crearon; y apagando
irás de tu deseo tres ardores. 48
Al veinte no podrás llegar contando
tan pronto, como de ellos una parte
los elementos se encontró turbando.[438] 51
La otra quedóse, y comenzó este arte
que disciernes, con tanta complacencia
que en sus giros se encuentra y nunca parte. 54
Ocasión de caer fue la demencia
soberbia del que viste a los molestos
pesos del mundo hacer de confluencia.[439] 57
Los que estás viendo fueron más modestos
al darle gracias a la gran bondad
que a tan alto entender los hizo prestos; 60
y a su vista infundió tal acuidad
su mérito, y la gracia de concierto,
que tienen firme y plena voluntad. 63
Mas no quiero que dudes: ten por cierto
que recibir la gracia es meritorio
según el propio afecto le es abierto. 66
Ya en torno puedes de este consistorio
contemplar claramente, si se enciende
en ti mi explicación, sin adjutorio. 69
Mas porque en vuestras aulas se pretende
y se lee que la angélica natura
es tal que quiere, recuerda y entiende,[440] 72

más te diré, para que veas pura
la verdad allá abajo involucrada,
que equivoca al hacer dicha lectura.
Cada sustancia, cuando fue alegrada
por el rostro de Dios, dejar no quiso
de mirar a quien no se oculta nada:
así es que su mirar no es interciso
por nuevo objeto, y no será adecuado
rememorar por concepto diviso;[441]
y abajo, sin dormir, mucho han soñado
creyendo o no decir lo verdadero,
y en esto hay más vergüenza y más pecado.
Allá abajo no vais por un sendero
filosofando, ¡tanto allí os transporta
el razonar de la apariencia huero!
Y aun ello en esta altura se soporta
con un desdén menor que si es pospuesta
la Escritura, o su letra mal se aporta.
No allá se piensa cuánta sangre cuesta
sembrarla por el mundo, y cuánto place
quien a leer con humildad se apresta.
Cada cual por brillar se ingenia y hace
sus inventos, que se andan predicando
mientras callado el Evangelio yace.
Que retrechó la luna andan contando
en la pasión de Cristo y colocóse

contra el sol, sus fulgores eclipsando;
y mienten, que la luz por sí escondióse;
que a los indios también, y a los hispanos,
igual que a los judíos, ocultóse.[442]
Tantos Lapos y Bindos[443] no hay toscanos
cuantas se inventan fábulas por año,
que gritan tantos pergaminos vanos;
y es para las ovejas un engaño,
pues tornan de pastar hartas de viento,
y no es excusa no haber visto el daño.
No dijo Cristo a su primer convento:
"Andad a predicarle al mundo chanzas",
pues les dio la verdad por fundamento.
Y tanto ésta sonó en sus enseñanzas
que el Evangelio, porque la fe ardiera,
les proveyó de escudos y de lanzas.
Mas hoy se usan el chiste y la friolera
al predicar: con tal de que se ría,
se hincha el capucho[444], y nada más se espera.
Pero en su punta tal pájaro pía
que si el vulgo lo viese, adivinara
en qué perdón, oyéndole, confía;
y tanto aumenta allá la gente ignara
que, sin que un testimonio haga de prueba,
hacia cualquier promesa se dispara.
De San Antonio al puerco así se ceba,

y a otros que son más puercos y glotones,
cuya moneda el buen cuño no lleva.
Mas porque basten ya las digresiones,
vuelve los ojos a la recta estrada
y acortemos el tiempo y las razones.
Tan alto esta natura está engradada
en número, que no fue por locuela
ni concepto mortal nunca contada;
y si miras aquello que revela
Daniel, advertirás que en sus millares
determinado número se cela.[445]
La prima luz, que llueve luz a mares,
de tantos modos ésta en sí recibe
cuantos ella empareja luminares.[446]
De donde, igual que al acto que concibe
sigue el afecto, cambia la terneza
de amar, según lo entibie o reavive.
Ve, pues, la excelsitud y la largueza
del eterno valor, que en tal manera
entre tantos espejos se despieza,
uno quedando en sí, como antes era».[447]



CANTO XXX

CIELO X: ÁNGELES Y BIENAVENTURADOS

Un torrente de luz fúlgida con un chorro de centellas que se esparcen sobre las orillas consteladas de flores antes de entrar en la maravillosa cascada. El torrente se transforma en círculo, las centellas en ángeles, las flores en almas bienaventuradas. La cándida rosa, formada por los bienaventurados concéntricamente dispuestos en la espiral de los pétalos. Tres círculos del mismo diámetro, de distinto color, reflejo el segundo del primero, y el tercero tal fuego que emana de los dos primeros. En el segundo círculo aparece la imagen de un rostro humano. Empíreo.

Tal vez a seis mil millas esté hirviendo
la hora sexta, y el mundo el lecho plano
con su sombra ya casi esté cubriendo,
cuando el centro del cielo, tan lejano,
comienza a hacerse tal, que alguna estrella
pierde apariencia en este hondón mundano;
y a medida que avanza la doncella
clara del sol, así el cielo se cierra
de vista en vista hasta la que es más bella.[448]
No de otro modo aquel que se descierra,
triunfo, en torno del punto que vencióme,
pareciendo encerrado en lo que encierra,
poco a poco sus vistas ocultóme;

y que a Beatriz volviese la mirada
nada ver ya, y amor, aconsejóme.
Si cuanta loa he dicho de mi amada
en un elogio se incluyera toda,
no quedara esta empresa rematada:
la belleza que vi tal se transmoda
sobre nosotros, que a que complacido
sea su autor tan sólo se acomoda.
Me doy en este paso por vencido
más que cualquier poeta, anteriormente,
en comedia o tragedia lo haya sido;
que, cual sol en la vista más tremente,
así, cuando recuerdo su apacible
risa, yo mismo hago menguar mi mente.
Que desde que su rostro fue visible
para mí en esta vida, hasta esta vista,
no el seguir mi cantar me fue imposible;
mas bueno es ya que mi seguir desista
en pos de su belleza, poetizando,
como hace en el extremo todo artista.
Tal cual la dejo ahora a mayor bando
que el de mi tuba, que prosigue el vuelo
su tan ardua materia terminando,
mostrando en acto y voz su santo celo,
prosiguió: «Hemos salido del mayor
cuerpo, a la pura luz que es este cielo:[449]

luz intelectual llena de amor;
amor del bien, colmado de leticia;
leticia a todo gozo superior.
Aquí, del Paraíso a una milicia
y otra verás, y a una en el talante
en que has de verla en la última justicia».[450]
Como un súbito lampo deslumbrante
la vista ofusca tanto que aun la priva
de ser en cosas grandes operante,
así circunfulgióme una luz viva;
y me dejó de tal velo fajado
con su fulgor, que nada vi allí arriba.
«Siempre así en este cielo ha saludado
el amor que la paz le ha concedido,
y así al cirio a su llama ha preparado.»
No antes de que yo hubiera recibido
estas breves palabras, ya notaba
que sobre mi virtud había ascendido;
nueva vista de nuevo me alumbraba
tanto, que de la luz que más luciera
mi mirada los rayos soportaba.
Y vi una luz en forma de rivera
fluyente de fulgor, entre dos ribas
pintadas de admirable primavera.
De tal río salían luces vivas,
y a ambos lados caían en las flores,

cual rubí que con oro circunscribas.
Luego, como embriagándose de olores,
hundíanse de nuevo en la corriente
mientras salían de ella otros fulgores.[451]
«Tu alto deseo, abrasador y urgente,
de comprender las cosas que estás viendo
tanto me place cuanto es más turgente;
pero que has de beber de esta agua entiendo
antes que tus ardores sean sacios[452]
—dijo el sol que me estaba esclareciendo—.
Son el río —añadióme— y los topacios
que entran y salen, y las rientes hierbas,
de su verdad umbríferos prefacios.
No es que estas cosas sean por sí acerbas;
pues el defecto está en la parte tuya
porque aún no tienes luces tan superbas.»
No hay niño que tan súbito rebulla
en busca de la leche, si atrasada
le despierta una vez la usanza suya,
cual me incliné, para que mi mirada
fuera mejor espejo, hacia la onda
que para mejorar fluye encauzada.
Y apenas se bañó en el agua honda
el borde de mis párpados, veía
a su largura devenir redonda.
Luego, como quien máscara traía,

pareciendo otro mientras tuvo puestas
las ajenas facciones que vestía,
se transformaron en mayores fiestas
las flores y las chispas, y yo he visto
ambas cortes del cielo manifiestas.
¡Oh esplendor del Señor, por quien he visto
el alto triunfo del reino veraz,
ayúdame a decir cómo lo he visto!
Hay una luz que deja ver la faz
del creador a toda criatura
que sólo en contemplarla halla su paz,
y que se extiende en circular figura
de modo tal que su circunferencia
sería para el sol ancha cintura.[453]
Un rayo forma toda su apariencia,
que es por el Primer Móvil reflejado
y de él toma la vida y la potencia.[454]
Y cual collado en un agua espejado
desde su base, para ver su adorno,
si está de flores y verdor cuajado,
tal, en más de mil gradas, yo vi en torno
descollar y en la luz mirarse a cuanto
de nosotros está allí de retorno.
Si al último escalón inunda tanto
aquella luz, ¡cuál no será la anchura
de esta rosa en las hojas de su canto![455]

En la amplitud, mi vista, y en la altura,
no se perdía, porque disfrutaba
entero el cuánto y cuál de su hermosura.
Cerca o lejos, allí nada contaba;
que donde Dios sin mediador gobierna
de la ley natural la fuerza acaba.[456]
A lo amarillo[457] de la rosa eterna,
que se engrada y dilata y, con su aliento
perfumado, al sol loa que no inverna,
como al que quiere hablar y no halla acento,
me llevó Beatriz, y dijo: «Ojea
de estolas blancas este gran convento.
Ve qué amplitud nuestra ciudad rodea:
mira la gradería casi llena,
que a pocos más en ella se desea.
El trono que los ojos te enajena
por la corona que sobre él hay puesta,
antes de que te inviten a esta cena
ha de ocupar, con ya cesárea testa,
el alto Enrique, que a arreglar la traza
irá de Italia, sin que esté dispuesta.[458]
Por codicia que, ciega, os embaraza,
cometéis del chiquillo el desatino,
que, hambriento, a la nodriza huye y rechaza.
Será entonces prefecto del divino
foro quien, encubierta o claramente,

no marchará con él por un camino. *144*
Mas Dios no ha de sufrirlo largamente
en tal oficio, pues será arrojado
a do está Simón Mago por prudente; *147*
y el de Anañi será más abismado».[459]

CANTO XXXI

CIELO X: ÁNGELES Y BIENAVENTURADOS

San Bernardo. Saludo de Dante.
Agradecimiento de Dante a Beatriz.
Contemplación de la Virgen María.

Bajo la forma de cándida rosa
se me mostraba la milicia santa
que Cristo, con su sangre, hizo su esposa;
mas la otra, que volando mira y canta
a la gloria de aquel que la enamora
y a la bondad que diole virtud tanta,
como enjambre de abejas que se enflora
una vez, y otra vez allá retorna
a donde su trabajo se ensabora,
descendía a la gran flor que se adorna
de tantas hojas, y de nuevo iba
do siempre halló a su amor aquel que torna.
Todos tenían faz de llama viva
y alas de oro, y el resto era tan blanco
que la nieve a tal término no arriba.
Al bajar a la flor, de banco en banco
la paz distribuían y el ardor
que cosechaban ventilando el flanco.
Ni el situarse entre lo alto y la flor
de tan copiosa plenitud volante

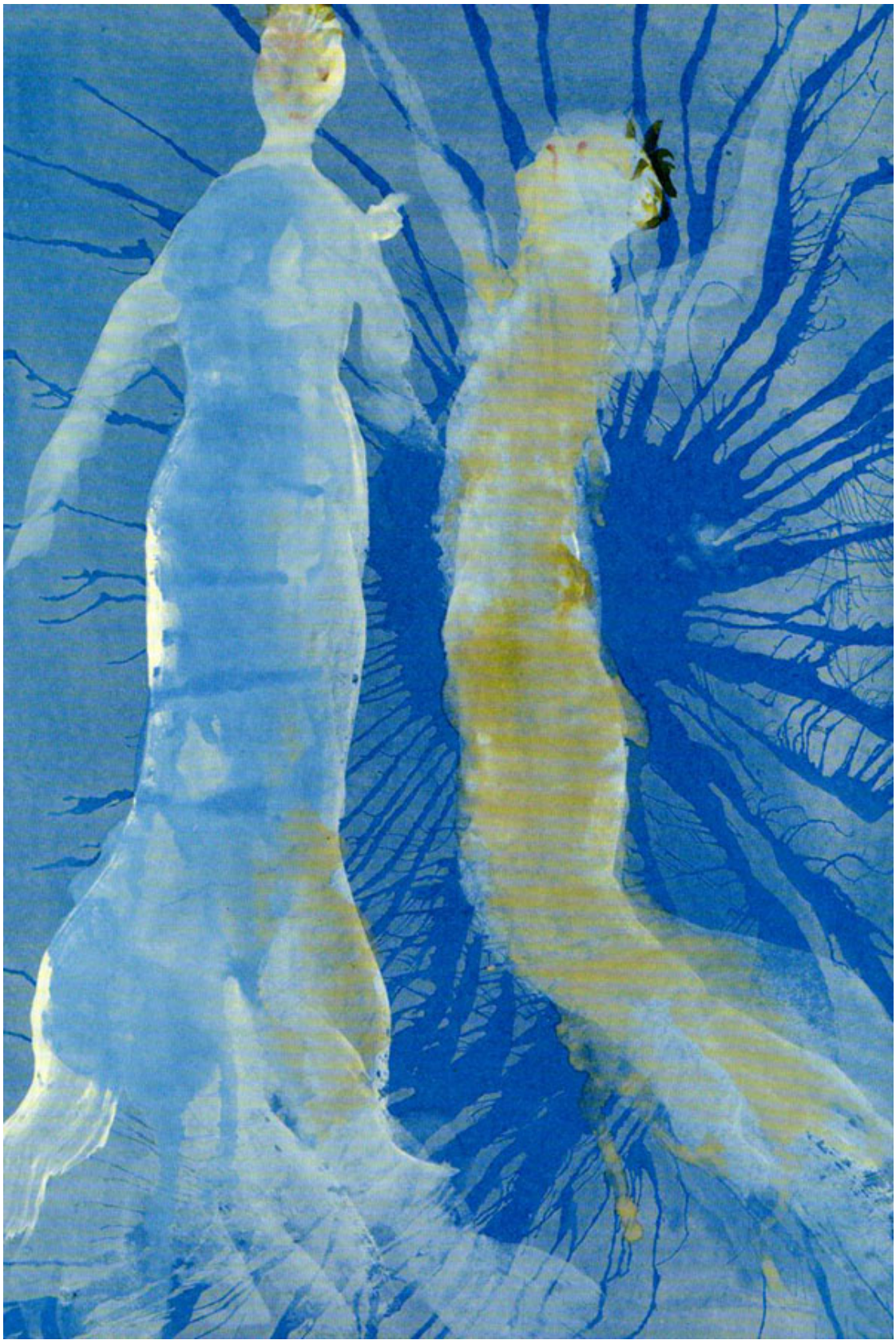
impedía la vista y el fulgor;
porque la luz divina es penetrante
por el orbe, según se hace éste digno,
tanto que nada puede serle obstante.
Este reino seguro, y tan benigno,
frecuente en nueva y en antigua gente,
rostro y amor movía a un solo signo.
¡Oh trina luz, que en forma de fulgente
y única estrella la visión sosiega,
a nuestra tempestad mira clemente!
Si la bárbara gente, que nos llega
de la tierra que Hélice está cubriendo
mientras con su hijo amado giros juega,[460]
a Roma y a sus arduas obras viendo,
quedó asombrada, cuando a lo mundano
eminente Letrán estaba siendo,[461]
yo, que hasta lo divino de lo humano,
a lo eterno del tiempo había ido,
y de Florencia el pueblo justo y sano,
¡de qué estupor debía estar transido!
Cierto que entre él y el gozo me gustaba
no escuchar y seguir enmudecido.
Y como peregrino que gozaba
del templo de sus votos, observando,
y contar lo que ha visto deseaba,
allá, por la luz viva paseando,

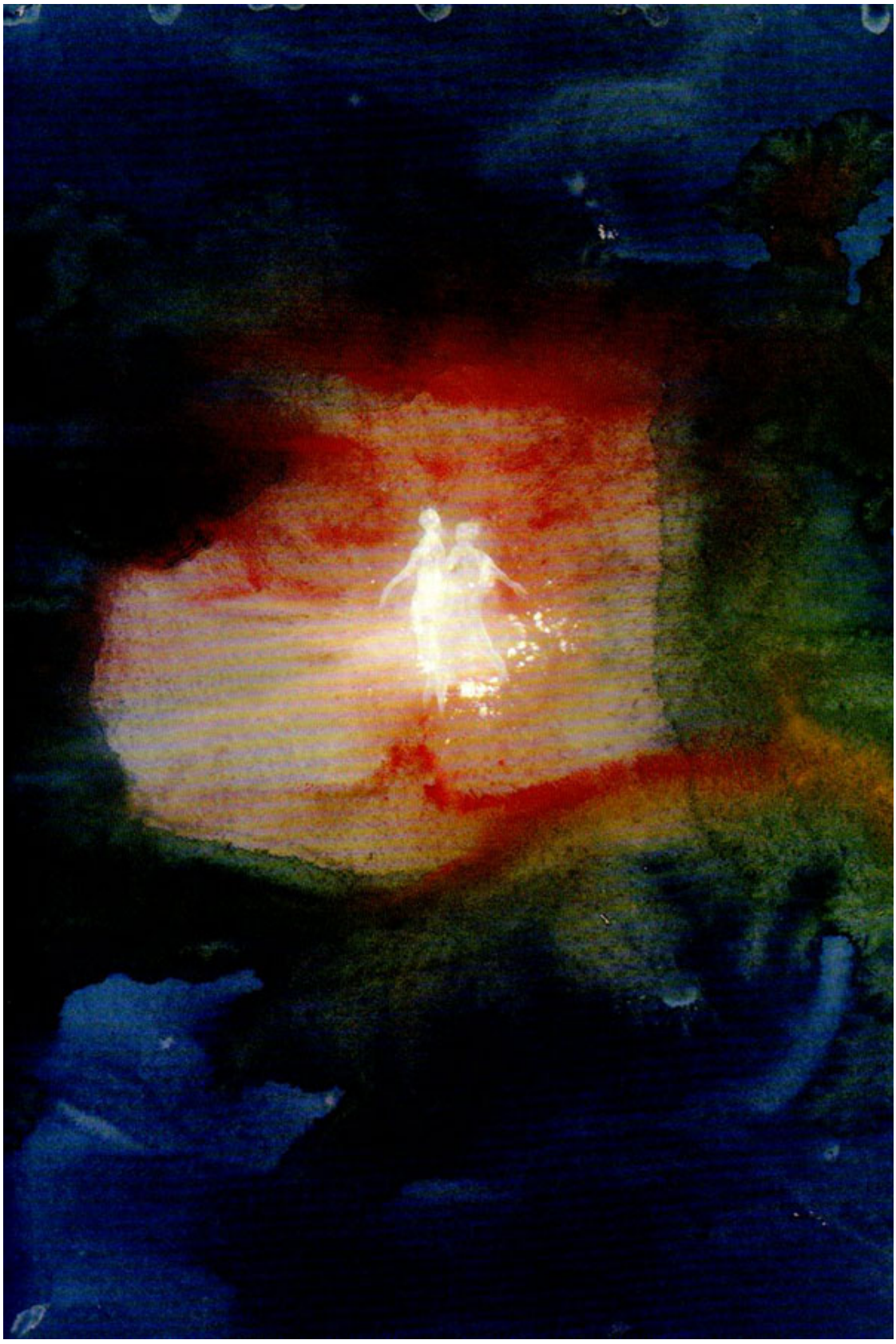
mis ojos por los gozos discurrían,
ya arriba o hacia abajo circulando. 48
Vi muchos rostros que al amor movían,
de su sonrisa y de otras con el viso;
y sus actos honestos parecían. 51
La forma general del Paraíso
fue toda por mis ojos recorrida
sin detenerse en un lugar preciso; 54
y me volví con ansia reencendida
a saber, por mi dama, de las cosas
de que mi mente estaba suspendida. 57
Uno entendió, mas de otro eran las glosas:
creo ver a Beatriz, y un viejo viene
vestido cual las gentes gloriosas. 60
En los ojos y el rostro un brillo tiene
de benigna leticia, y es tan pío
como al más tierno padre le conviene. 63
«¿Dónde está ella?», pregunté sombrío;
y él: «Para que termine tu deseo
me movió Beatriz del lugar mío; 66
mira hacia el tercer giro[462] de esta seo,
desde su cima, y la verás sentada
sobre el trono que obtuvo por trofeo». 69
Sin responder, alcé yo la mirada
y vi que ella se hacía una corona
de eterna luz por ella reflejada. 72

De la más alta tronadora zona
ojo alguno mortal tanto no dista,
ni aun si al fondo marino se abandona, 75
cuanto Beatriz, arriba, de mi vista;
mas no importaba, pues su efigie bella
no me llegaba con el medio mista.[463] 78
«Dama en quien mi esperanza alta destella,
y que por mi salud has soportado
en los infiernos imprimir tu huella,[464] 81
en tantas cosas que se me han mostrado
veo que tu poder y tu bondad
la virtud y la gracia me han prestado. 84
Yo era siervo y me has dado libertad
por cuanta vía y modo vio tu ciencia
que tenías de hacerlo potestad. 87
En mí custodia tu magnificencia,
y mi alma se desnude, por ti sana,
del cuerpo con tu santa complacencia.» 90
Así recé; y aquella que lejana
parecía, riéndose miróme;
y se volvió hacia la eterna fontana. 93
«Para que acabes —el anciano hablóme—
perfectamente ahora tu camino,
a lo que un ruego, y santo amor, movióme, 96
este jardín contempla peregrino;
que, al verlo, de tu vista ha de ir el dardo

más afilado hacia el fulgor divino.
Y la reina del cielo, en la que ardo
de amor, ha de otorgarnos toda gracia,
porque yo mismo soy su fiel Bernardo[465].»
Como aquel que quizás desde Croacia
viene a mirar la Verónica[466] nuestra
y del deseo antiguo no se sacia,
mas piensa, mientras ésta se le muestra:
«Oh Señor Jesucristo, Dios veraz,
¿era como la veo la faz vuestra?»;
tal era yo mirando a la vivaz caridad
del que en este bajo mundo,
contemplando, gustó de aquella paz.
«Hijo de gracia, este vivir jocundo
—él comenzó— será para ti ignoto
si abajo pones tu mirar profundo;
levántalo hacia el cerco más remoto
hasta a la reina descubrir divina
de que este reino es súbdito y devoto.»
Lo elevé; y como a la hora matutina
el horizonte que se ve al oriente
supera a aquel en el que el sol declina,
así, como del valle al monte ingente
se mira, vi a una parte superando
con su fulgor al resto de aquel frente.
Y como el sitio en que se está esperando

al timón que usó mal Faetón, se inflama,
mientras va acá y allá la luz menguando,[467]
así aquella pacífica oriflama
en el centro se aviva, y se reparte
su luz acá y allá con lenta llama.
De plumas esparcidas, vi en la parte
central más de mil ángeles y, tantos
como eran, con distinto brillo y arte.
Y allí vi que a sus juegos y a sus cantos
reía una beldad[468]; y ella leticia
era en los ojos de los otros santos.
Si tuviese al decir tanta pericia
cuanto al imaginar, no intentaría
lo mínimo expresar de su delicia.
Bernardo, que a mis ojos ya veía
del cálido calor de ella pendientes,
con tanto amor los suyos le volvía
que tornó a mis miradas más ardientes.





CANTO XXXII

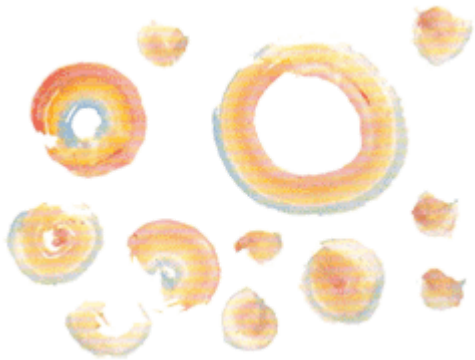
CIELO X: ÁNGELES Y BIENAVENTURADOS

Eva, Raquel, Beatriz, Rebeca, Judit, Sara, Ruth, San Juan Bautista, San Francisco de Asís, San Benito, San Agustín, Gabriel, Adán, San Pedro, San Juan Evangelista, Moisés, Santa Ana, Santa Lucía. Salvación de los niños inocentes.

Aquel contemplativo, jubilando,
oficio de doctor, libre, asumía,
estas palabras santas pronunciando:
«La llaga que cerró y ungió María,
la hermosa que a sus pies está sentada
es quien la abriera y la punzara un día.[469]
En los escaños de la tercia grada
toma asiento Raquel, debajo de ella,
con Beatriz, como advierte tu mirada.
Ve a Rebeca, Judit, Sara y aquella
que abuela fue del que, con gran congoja
de pecar, *Miserere mei*[470] resuella:
de grada en grada ves dónde se aloja
cada una, pues su nombre voy diciendo
al bajar por la rosa de hoja en hoja.
Y del séptimo grado descendiendo,
y hasta él, las hebreas ves sentadas
de la flor las guedejas dirimiendo;[471]

porque, según fijaron sus miradas
en Cristo y en su fe, forman el muro
que separando está las santas gradas.
En la parte de acá, donde maduro
cada pétalo ves, están sentados
los que creyeron en Cristo venturo;[472]
y allá, donde por huecos son cortados
los semicercos, tienen su aposento
los por Cristo venido iluminados.[473]
Y lo mismo que aquí el glorioso asiento
de la dama del cielo, y los escaños
a sus pies, se distancian del convento,
así, en frente el de Juan, que sufrió daños
que desierto y martirio le infligieron,
y en el Infierno fue santo dos años,[474]
Agustín y Benito abajo fueron,
y Francisco, apartados igualmente,
y otros que en cada giro se cernieron,
Así el juicio divino es providente,
que una y otra actitud de la fe nuestra
llenará este jardín completamente.
Y debajo del giro en que se muestra
el trazo que divide ambas secciones,
nadie está porque mérito demuestra,
mas por otros, con ciertas condiciones,
pues todos ésos fueron redimidos

antes de que tuvieran más opciones.



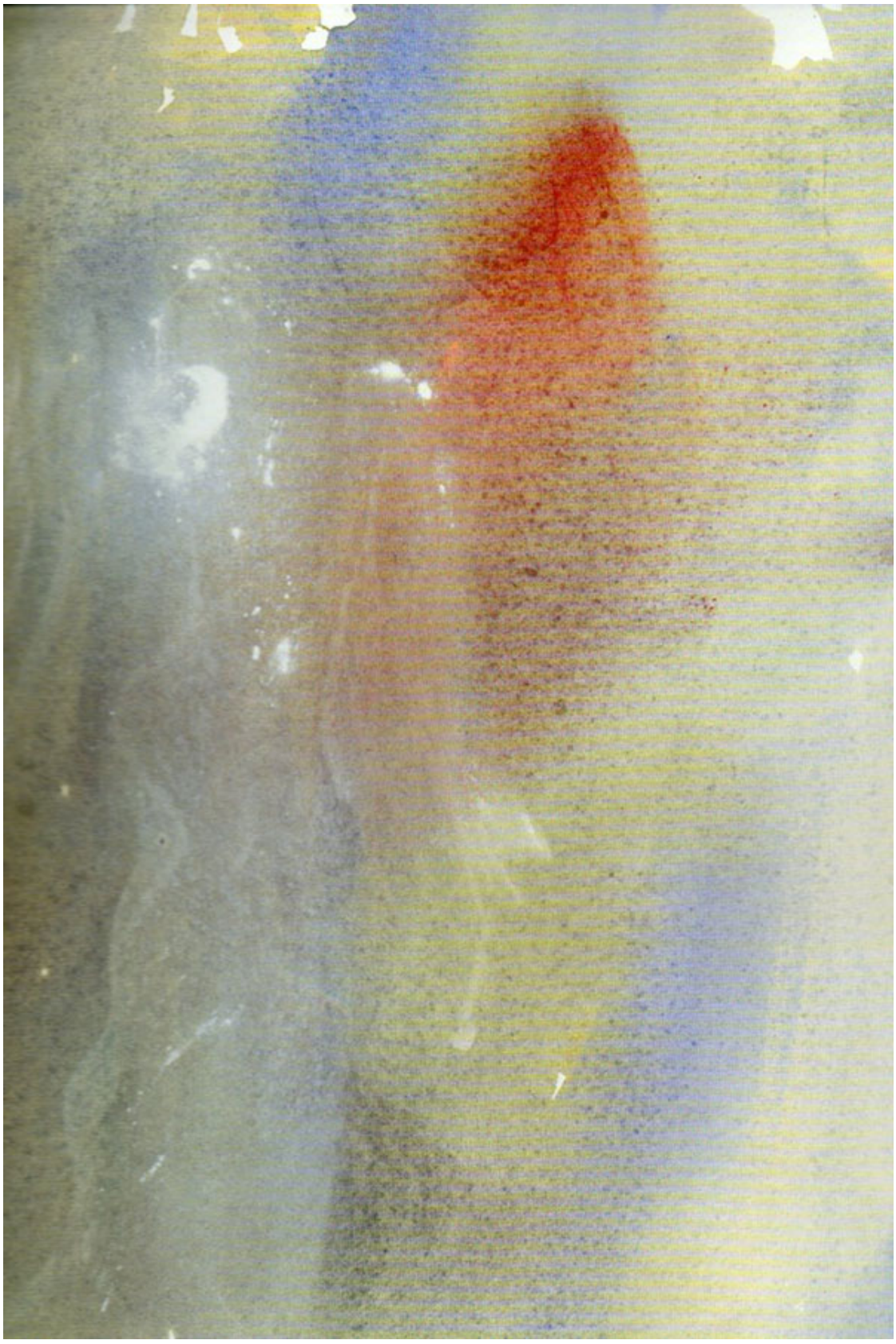
Sus rostros lo dirán a tus sentidos,
lo mismo que sus voces pueriles,
si bien los miras y les das oídos.[475]
Mas no quiero que dudes y vaciles;
que yo he de desatar el nudo fuerte
que atan tus pensamientos tan sutiles.
La amplitud de este reino es de tal suerte
que en él nada casual yo te concedo,
sino como tristeza o sed o muerte;
y que es eterna luz decirte puedo
cuanto aquí ves, y encaja justamente
como el anillo corresponde al dedo.
Y por esta razón, la precoz gente
no es sin causa, en la vida jubilosa,
entre sí más o menos excelente.
El rey por quien el reino este reposa
en tanto amor y en tan subido afecto,
que más placeres desear no osa,
las mentes todas en su ledo aspecto

creando, a su placer de gracia dota
diversamente; y baste aquí el efecto.
Y esto lo expresa claro y bien lo anota
la Escritura, al pintar la ira de aquellos
gemelos, que en la madre se alborota.[476]
Mas, según el color de los cabellos
de gracia tal, conviene que la lumbre
de las alturas se encabelle en ellos.
Así, sin la merced de su costumbre,
se colocan en grados diferentes,
sólo por causa del primer vislumbre.[477]
Para lograr salud, en los recientes
siglos[478], se requirió, con la inocencia,
que los padres, no más, fueran creyentes.
Más tarde, se aumentaba la potencia
del plumaje inocente masculino
de la circuncisión con la asistencia.
Mas cuando el tiempo de la gracia vino,
sin el bautismo ritual de Cristo,
a la inocencia el Limbo le convino.
Contempla ahora la faz que más a Cristo
se asemeja, pues sólo su luz pura
puede predisponerte a ver a Cristo».
Sobre ella vi llover tanta ventura,
llevada por las mentes exultantes
hechas para volar a tanta altura,

que todo lo que había visto antes
no tanta admiración me despertaba,
ni vi cosas a Dios tan semejantes; *93*
y el amor que primero a ella bajaba
cantando *Ave María, gratia plena*,
ante ella sus dos alas desplegaba. *96*
Repuso a la divina cantilena
la corte celestial de lado a lado,
y toda vista se hizo más serena. *99*
«Oh santo padre, que por mí has dejado
el dulce escaño, y has bajado luego,
en que por suerte eterna estás sentado, *102*
¿qué ángel es ese que con tanto juego
de la reina la faz mira divina,
enamorado hasta fingirse fuego?» *105*
Así acudí de nuevo a la doctrina
del que se embellecía de María
como del sol la estrella matutina. *108*
Y él: «Cuanta intrepidez y gallardía
puede haber en un ángel y en un alma,
tiene; y de ello esta corte se gloría, *111*
porque a María le bajó la palma
cuando el Hijo del Todopoderoso
se quiso aparejar con nuestra jalma.[479] *114*
Pon los ojos ahora en lo que gloso
y ve a la aristocracia jubilosa

de este imperio justísimo y piadoso.
De aquellos dos la vida es más dichosa
por hallarse muy cerca de la Augusta,
y son casi raíces de esta rosa:
aquel que a mano izquierda se le ajusta
el padre es por cuyo ardido gusto
la especie humana tanto amargor gusta,[480]
mira a la derecha a aquel padre vetusto
de la Iglesia, a quien Cristo las dos llaves
recomendó de este rosal venusto.[481]
Y aquel que vio todos los tiempos graves,
vivo aún, de la esposa que ganada
fue con clavos y lanza, como sabes,
está a su lado[482]; y síguele en la grada
el que le dio el maná a la caravana
de gente ingrata, móvil y obstinada.[483]
Sentada frente a Pedro, encuéntrase Ana,
que, tan contenta de mirar a su hija,
no mueve un ojo mientras canta hosanna;
junto al padre mayor se regocija
Lucía, que a tu dama ha recurrido
cuando en el suelo vio tu vista fija.[484]
Mas huye el tiempo en el que estás dormido[485]
y, haciendo punto, al sastre imitar quiero
que según tiene paño hace el vestido;
alza los ojos al amor primero

y en él penetra, su fulgor mirando,
cuanto a la mente humana es hacedero.
«Puede ser que, tus alas meneando,
te retrases, creyendo adelantarte;
por eso has de pedir la gracia orando:
gracia de aquella que podrá ayudarte;
y has de seguirme con ternura tanta
que tu alma de mi voz nunca se aparte».
Y luego comenzó esta oración santa:



CANTO XXXIII

CIELO X: ÁNGELES Y BIENAVENTURADOS

La Santísima Trinidad. Oración de San Bernardo a la Virgen. La visión de Dios. Invocación a la Gracia. Unidad y trinidad de Dios. Iluminación suprema a la Gracia.

«Oh virgen madre, hija de tu hijo,
humilde y alta más que otra criatura,
del consejo eternal término fijo,
tú ennobleciste a la humanal natura
hasta tan alto grado, que su autor
no ha desdeñado hacerse su factura.
En tu vientre encendióse aquel amor
cuyo calor hizo en la eterna paz
que germinase esta cándida flor.
Aquí nos eres meridiana faz
de caridad; y abajo, a los mortales,
hontanar de esperanza eres vivaz.
Dama, tú eres tan grande y tanto vales,
que quien pidiendo gracia a ti no corre,
sin alas volar quiere a sus caudales.
No tu benignidad sólo socorre
tras pedir, pues con santa libertad
antes del ruego mil veces acorre.
En ti misericordia, en ti piedad,

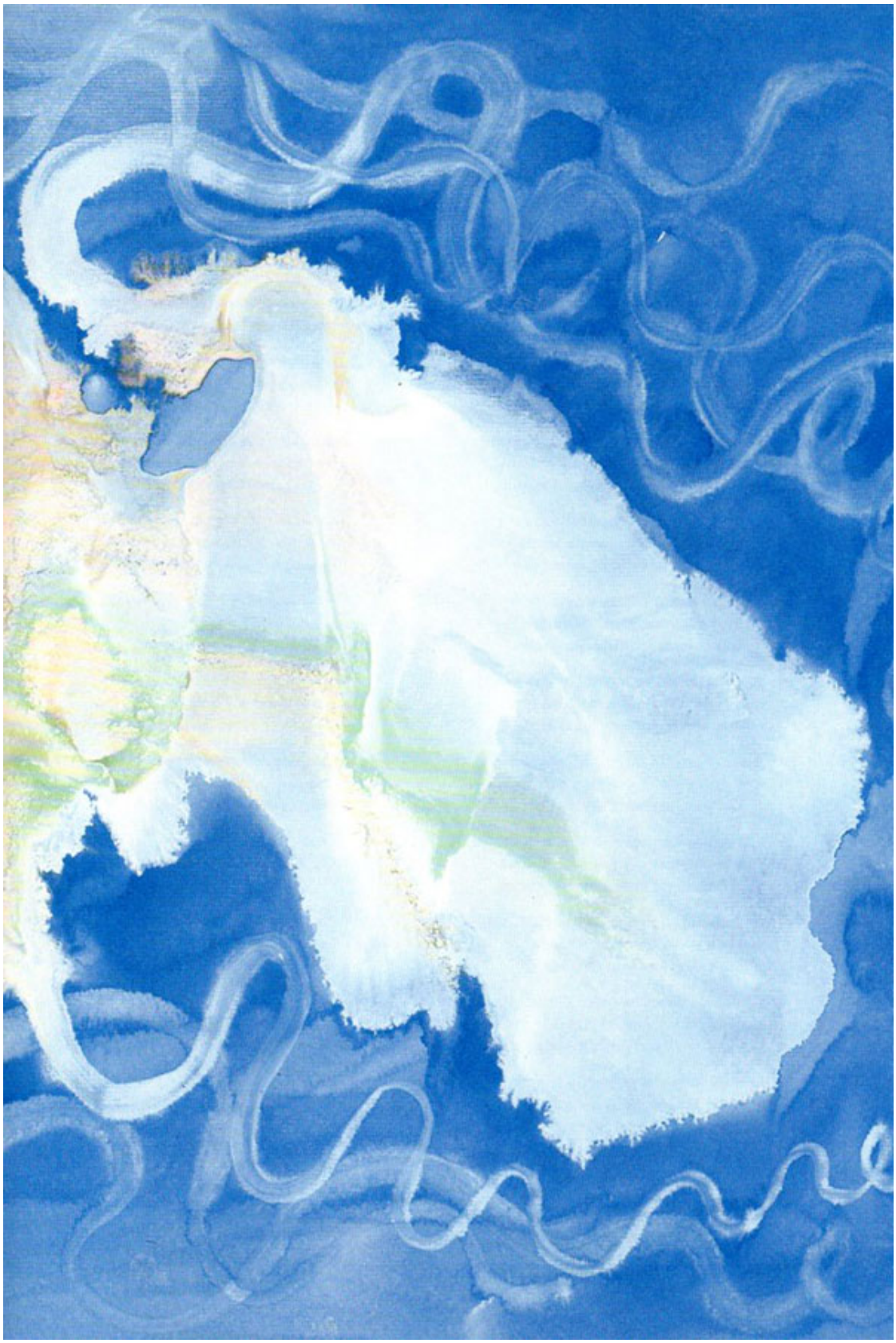
en ti magnificencia, en ti se aduna
cuanto en la criatura hay de bondad.
Éste, que desde la ínfima laguna
del universo hasta esta beatitud
vio las vidas del alma una por una,
por gracia, te suplica tal virtud
que con los ojos pueda desde aquí
levantarse hacia la última salud;
y yo, que por mi ver jamás ardí
más que por su mirar, bueno es que ruegue
y que mi ruego te complazca a ti,
para que toda nube le despegue
de su mortalidad el ruego tuyo
y así el sumo placer se le despliegue.
Y aún pedirte deseo, oh reina cuyo
desear es poder, que guardes sanos,
tras tanto ver, su amor y el celo suyo.
Venza tu guardia a móviles humanos:
ve a Beatriz que con todos los beatos
tiende hacia ti, por mi oración, las manos.»
Y los ojos a Dios santos y gratos,
mirando al orador, nos demostraron
cuánto ama los devotos alegatos;
luego a la eterna luz se enderezaron,
en la que ojos tan claros, digo y creo,
jamás de criatura se internaron.

Y yo, que de mi anhelo al apogeo
me aproximaba, tal como debía,
en mí extinguí el ardor de mi deseo. 48
Me hizo señas Bernardo, y sonreía,
porque mirase arriba; mas yo era
ya por mí mismo tal cual él quería; 51
pues mi mirada, haciéndose sincera,
más y más por el rayo penetraba
de la luz en sí misma verdadera. 54
Mi ver, desde aquel punto, superaba
a nuestro hablar, que tal visión domeña,
y a la memoria tanto exceso traba. 57
Como aquel que está viendo mientras sueña,
que tras el sueño la pasión impresa
queda, mientras el resto se desdeña; 60
así yo soy, pues casi toda cesa
mi visión, y en el pecho me destila
el dulzor que probé en la santa mesa. 63
Y como nieve a la que el sol deshila,
así al viento, en las hojas arrastrada,
se perdió la sentencia de Sibila[486]. 66
Oh suma luz que estás tan elevada
sobre el mortal concepto, da a mi mente
algo de lo que diste a mi mirada 69
y haz a la lengua mía tan potente
que una chispa tan sólo de tu gloria

pueda dejar a la futura gente; 72
que por tomar un algo a mi memoria
y por sonar un poco con mi verso,
más se concebirá de tu victoria. 75
Creo que por la luz del rayo terso
y viviente me habría yo perdido
si mi mirar le hubiese sido adverso.[487] 78
Recuerdo que por ello más ardido
fui contemplando, tanto que quedóse
mi mirar al valor eterno unido. 81
¡Gracia abundante en la que audaz lanzóse
mi rostro a sostener la luz eterna,
tanto que allí mi vista consumióse! 84
En su profundidad vi que se interna,
con amor en un libro encuadernado,
lo que en el orbe se desencuaderna;[488] 87
sustancias y accidentes, todo atado
con sus costumbres, vi yo en tal figura
que una luz simple es lo por mí expresado. 90
La forma universal de esta atadura
creo que vi, pues siento que es más largo
mi placer, al decirla, y mi ventura.[489] 93
Un punto sólo me es mayor letargo
que veinticinco siglos a la ardida
empresa, que admiró a Neptuno, de Argo.[490] 96
Así la mente mía, suspendida,

miraba inmóvil, fija y tan atenta
que, mirando, poníase encendida.
Tanto en aquella luz el gozo aumenta,
que volverse a buscar distinto aspecto
no es posible que nunca se consienta;
sino que el bien, objeto del afecto,
todo se acoge en ella, y de ella aparte
es defectivo lo que allí es perfecto.
Menos aquí, lector, podré contarte,
de aquello que recuerdo, que un infante
cuya lengua en la teta ejerce su arte.
No porque más que un único semblante
viese en la viva luz que yo miraba,
que tal es siempre cual será adelante;[491]
mas por la vista que se avaloraba
en mí, mirando sólo su apariencia
que, cuando yo cambié, se me cambiaba.
En la profunda y clara subsistencia
de la alta luz tres giros distinguía
de tres colores y una continencia[492];
cual iris de iris, uno parecía
reflejo de otro, y el tercero un foco
que de uno y otro por igual venía.
¡Corto es mi verbo, y no llega tampoco
a mi concepto! Y éste, si a esas llamas
se compara, no basta decir «poco».

Oh eterna luz que en ti sola te inflamas,
sola te entiendes, y por ti entendida
y entendedora, te complaces y amas.
En la circulación que concebida
lucía en ti cual lumbre reflejada,
por mis ojos un tanto circuida,
dentro de sí, por su color pintada,
me parecía ver nuestra figura
y de ella no apartaba la mirada.[493]
Lo mismo que al geómetra le apura
el círculo medir, pero no acaba
de encontrar el principio que procura,
ante la nueva vista, así me hallaba:
ver quise de qué forma convenía
la efigie al cerco, y cómo en él estaba;[494]
mas mi vuelo tal fuerza no tenía;
sino que golpeada fue mi mente
de un fulgor que colmó la avidez mía.[495]
Y la alta fantasía fue impotente;
mas a mi voluntad seguir sus huellas,
como a otra esfera, hizo el amor ardiente
que mueve al sol y a las demás estrellas.[496]



DANTE ALIGHIERI. (Florencia, 1265 - Rávena, 1321) Poeta italiano. Si bien sus padres, Alighiero de Bellincione y Gabriella (Bella), pertenecían a la burguesía güelfa florentina, Dante aseguró siempre que procedía de familia noble, y así lo hizo constar en el Paraíso (cantos XV y XVI), en donde trazó un vínculo familiar con su supuesto antepasado Cacciaguida, quien habría sido armado caballero por el emperador Conrado II de Suabia.

Durante sus años de estudio Dante Alighieri coincidió con el poeta Guido Cavalcanti, representante del dolce stil nuovo, unos quince años mayor que él, con quien intimó y de quien se convirtió en discípulo. Según explica en su autobiografía más o menos recreada poéticamente Vida nueva, en 1274 vio por primera vez a Beatriz Portinari, cuando ella contaba ocho años y él tan sólo uno más; el apasionado y platónico enamoramiento de Dante tendría lugar al coincidir de nuevo con ella nueve años más tarde.

En 1285 Dante tomó parte en el asedio de Poggio di Santa Cecilia, defendido por los aretinos, y dos años más tarde se trasladó a Bolonia, quizás a estudiar, si bien se tienen dudas en lo referente a su paso por la universidad de dicha ciudad. Sí hay pruebas, en cambio, de su participación, en calidad de

«feritore» de a caballo, en la batalla de Campaldino, en la cual se enfrentó a los gibelinos de Arezzo.

En 1290 murió Beatriz, y un año más tarde Dante contrajo matrimonio con Gemma di Manetto, con quien tuvo cuatro hijos. En 1295 se inscribió en el gremio de médicos y boticarios, y a partir del mes de noviembre empezó a interesarse por la política municipal florentina; entre mayo y septiembre del año siguiente fue miembro del Consejo de los Ciento, y en 1298 participó en la firma del tratado de paz con Arezzo. En 1300, y en calidad de embajador, se trasladó a San Gimignano para negociar la visita de representantes de la Liga Güelfa a Florencia, y entre el 15 de junio y el 14 de agosto ocupó el cargo de prior, máxima magistratura florentina.

En octubre de 1301, y tras oponerse al envío de tropas para ayudar al papa Bonifacio VIII, Dante fue designado embajador ante el pontífice, a quien ofreció un tratado de paz. El Papa, sin embargo, lo retuvo en Roma en contra de su voluntad, con la intención de ayudar en Florencia a la facción güelfa opuesta a la de Dante, sector que a la postre se hizo con el control de la ciudad y desterró a sus oponentes. Acusado de malversación de fondos, Dante fue condenado a multa, expropiación y exilio, y más tarde a muerte en caso de que regresara a Florencia.

A partir de esta fecha Dante inició un largo exilio que iba a durar el resto de su vida: residió en Verona, Padua, Rímini, Lucca y, finalmente, Ravena, ciudad en la cual fue huésped de Guido Novello de Polenta y donde permaneció hasta su muerte.

MIQUEL BARCELÓ. Nació en Felanitx, Mallorca, en 1957. Tras un primer viaje a París ingresa en la Escuela de Artes y Oficios de Palma de Mallorca para trasladarse en 1975 a Barcelona, donde se matriculará en la Escuela de Bella Artes. Tras abandonar los estudios artísticos, regresa a Mallorca para participar en los *happenings* y acciones de protesta del grupo Taller Llunàtic, Asociado en sus inicios a la Transvanguardia y a los Nuevos Expresionismos, su trayectoria posterior confirma que Miquel Barceló es un pintor singular, esquivo a la simple reducción en cualquiera de los *ismos* de las últimas décadas.

París será siempre el punto de retorno de los numerosos viajes de Barceló: Nueva York, África o Nápoles son algunos de los destinos del artista aunque será Mali el lugar escogido para instalar un nuevo estudio.

Su participación en la Documenta de Kassel en el año 1982 supuso el ingreso de Miquel Barceló en los circuitos del arte internacional. Tras la muestra individual en 1986 en la galería Leo Castelli de Nueva York, se sucederá la presencia de sus obras, dibujos, pinturas y esculturas en los más importantes centros artísticos: el MOMA de Nueva York, la Kunsthal de Rotterdam, la Whitechapel Art Gallery de

Londres, el Musée National d'Art Moderne du Centre Georges Pompidou y la Galerie Nationale du Jeu de Paume, ambos en París, el Musue d'Art Contemporani de Barcelona, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía en Madrid, el Musée es Arts Décoratifs en el Palais du Louvre en París o la Fondation Maeght en Saint-Paul de Vence y la Galleria Nazionale d'Arte Moderna en Roma. Actualmente trabaja en un proyecto escultórico para la capilla de San Pedro de la catedral de Palma de Mallorca.

Miquel Barceló, amante de los libros y ávido lector, ha colaborado con el escritor Paul Bowles en *Muy lejos de casa*, una historia acerca de un pintor en Gao. Desde el inicio de su carrera ha participado en numerosas publicaciones e ilustrado el *Libro del Océano*, que contiene cuarenta dibujos de criaturas marinas para acompañar el poema de Enrique Juncosa.

Notas de *Infierno*

[1] *A mitad del camino de la vida*, es decir, hacia los treinta y cinco años (Pascua del año 1300), lo que concuerda con la propia opinión de Dante en *Convivio*, IV, 23, 6-10. La *selva oscura* puede interpretarse como el mundo del pecado o como la confusión mental del poeta. El haber perdido *la senda derecha* alude tanto al abandono de la virtud como al de un modo recto de pensar. <<

[2] Algunos intérpretes aluden a la muerte de Beatriz y a la subsiguiente vida desordenada del poeta para explicar *el sueño* y el abandono del *veraz camino*. Dejando aparte estas implicaciones biográficas, que bien pudieran ser ciertas, pero que no están suficientemente probadas, parece posible interpretar que *el sueño* es la pérdida de la conciencia del bien y que el *veraz camino* es la senda de la virtud. <<

[3] El *cerro* suele ser interpretado como un símbolo de elevación espiritual. <<

[4] El *planeta* es el sol, es decir, la luz de la verdad que ilumina a la conciencia y le señala el buen camino. <<

[5] Parece evidente, dado el contenido de los versos anteriores, que dante se refiere no a la muerte temporal, sino a la eterna. <<

[6] Este *leopardo*, lo mismo que el *león* y la *loba*, es una figura simbólica. Las cosas no son únicamente lo que demuestra su aspecto exterior. Simbolizan realidades más altas e invisibles. El leopardo es un símbolo de la lujuria, vicio que al parecer, fue el primero que apartó a Dante de la virtud. <<

[7] El *divino amor* creó el mundo y todas las *cosas bellas* del universo en primavera, época en que se inicia la acción del poema. Tal es la creencia medieval a que alude el poeta en estos versos. <<

[8] El *león*, en este contexto, es un símbolo de la violencia o de la soberbia. Pudiera ser una alusión a que la vida política de Dante fue otra de las causas que le apartaron del ideal cristiano de vida. <<

[9] La *loba* parece, en términos generales, un símbolo de la incontinencia, de los deseos violentos y de la avidez de riquezas, es decir, de la codicia. <<

[10] Esta sinestia simboliza la oscuridad, es decir, la recaída en el mal a impulsos del miedo causado por los respetos humanos. <<

[11] El *hijo de Anquises* es Eneas. <<

[12] Virgilio, que acompañará a Dante en su viaje por el Infierno y el Purgatorio, es presentado por los comentaristas tradicionalistas como un símbolo de la razón humana no iluminada por la revelación, en contraposición a Beatriz, que acompañará al poeta por el Paraíso. Aunque no se puede negar que hay bastante de esto, es preciso reconocer que su figura es mucho más compleja. Por una parte, se trata del Virgilio histórico, es decir, del autor de la *Eneida* en su realidad de cantor del Imperio romano, e incluso de historiador del mismo. La actuación de Virgilio en el poema es muy sugerente desde el punto de vista psicológico, tanto que no podemos reducirlo a símbolo y nos vemos obligados a considerarlo verdadero maestro y predecesor de Dante en cuanto hombre y poeta. Por otra parte, es indudable que el concepto histórico que el poeta florentino pudo formarse de Virgilio está matizado por la creencia medieval de que la égloga IV virgiliana es un anuncio del nacimiento de Cristo y, aunque algunos comentaristas modernos lo nieguen, por la fama de mago de que Virgilio gozó en la Edad Media. A ella parece aludir Dante cuando, en el canto IX del *Infierno*, se refiere al primer viaje infernal de Virgilio. Por lo demás, el común amor al Imperio une a los dos poetas a lo largo del poema. Virgilio es, sí, la razón, pero también la tradición y el «bello estilo» poético. Es una figura compleja, un auténtico personaje y no sólo un símbolo, aspecto este que la crítica moderna tiende a destacar. <<

[13] Todos estos versos se refieren a la loba, símbolo de la violencia que causa desórdenes sociales y políticos que, a su vez, extravían la conciencia individual. El *Lebrel* es un símbolo poco claro que ha sido interpretado de forma muy diferente por los principales estudiosos de Dante. Por nuestra parte, nos inclinamos a la interpretación de que se trataría del emperador, quien, al unificar Italia bajo su autoridad, mantendría a raya la violencia y su secuela de males. <<

[14] Boccaccio interpretaba estos *fieltros* como los paños que vestían los humildes. Otros comentaristas interpretan «entre cielo y tierra». Otros, «entre Feltre, en el Véneto, y Montefeltro, en la Romaña». En todo caso, la forma hermética en que Dante redacta el verso no ha permitido hasta ahora una interpretación inequívoca. <<

[15] Camila, Euríalo, Turno y Niso son cuatro personajes de la *Eneida*. <<

[16] Virgilio invita a Dante a visitar con él el Infierno y el Purgatorio y a que luego siga su viaje por el Paraíso con Beatriz, que es el *alma pura*. <<

[17] Estos tres últimos versos parecen aludir a que la razón sola, si no está iluminada por la fe, es incapaz de conocer las verdades teológicas. <<

[18] La invocación a las Musas es un rasgo estilístico que demuestra la voluntad de Dante de enlazar con la tradición clásica. <<

[19] El *padre de Silvio* es Eneas, fundador de Roma según la *Eneida*. <<

[20] En el libro VI de la *Eneida*, Virgilio cuenta el viaje de Eneas al Infierno. <<

[21] Roma, en cuanto residencia del emperador, era el centro político del mundo y, en cuanto residencia del Papa, su centro religioso. Por lo tanto, el hecho de que su fundador fuese objeto del privilegio de conocer el mundo de ultratumba le parece a Dante algo natural. <<

[22] El *Vaso de elección* es San Pablo (Hechos 9:15). <<

[23] En este verso se alude a los grandes hombres de la Antigüedad que, por sus virtudes, fueron dispensados de las penas del Infierno (véase canto IV). <<

[24] La *estrella* puede ser una alusión en singular a las estrellas o una alusión a Venus. <<

[25] Beatriz es una de las figuras más discutidas por los dantistas. Nos interesa aquí su significado en el poema. Es un símbolo de la Revelación o de la Teología. Sin embargo, sería interesante estudiar por qué, antes de instruir a Dante en las verdades eternas, solicita los buenos oficios de Virgilio, que no las conoció. <<

[26] El *menor círculo* es el cielo de la Luna. Por lo tanto, Dante quiere decir que gracias a Beatriz —y lo dice por boca de Virgilio— el hombre es el único ser de la naturaleza viviente (toda ella envuelta por este cielo, que es una esfera transparente como los demás) que conoce las verdades que ella simboliza. <<

[27] Casi todos los intérpretes están de acuerdo en que esta *dulce mujer* es la Virgen María. <<

[28] Lucía —que bien pudiera ser Santa Lucía, quien, según el *Convivio*, curó a Dante una enfermedad de los ojos, por lo que era su *fiel* o devoto— parece representar la gracia iluminante. <<

[29] Raquel, esposa de Jacob, es el símbolo de la vida contemplativa. <<

[30] Se refiere al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. <<

[31] Hay quien supone que el que *la gran renuncia ha cometido* es Esaú, que vendió su primogenitura, pero parece más acertado pensar con los comentaristas más antiguos que Dante alude al papa Celestino V, que renunció al papado en 1294, dando así paso al pontificado de Bonifacio VIII, gran enemigo del poeta. <<

[32] Carón o Caronte, el barquero infernal de los paganos, aparece aquí como un demonio, como en adelante otras figuras mitológicas. <<

[33] El Infierno, según lo imagina Dante, tiene la forma de un gran cono invertido y hueco, cuyo vértice, en el que se halla prisionero Lucifer (Dite), coincide con el centro de la tierra. Según iremos viendo, el poeta es minucioso y exacto en la mayoría de los casos al darnos cuenta de la estructura material de este abismo. <<

[34] El *poderoso* es Jesucristo, coronado, probablemente, con el signo de la cruz. <<

[35] Es interesante constatar que la *expresión* de aquellos espíritus era la que correspondía al ideal del sabio definido por Séneca. <<

[36] Horacio era más conocido en la Edad Media como satírico que como preceptista y poeta cínico. <<

[37] Los *siete muros* que rodean este castillo son una alegoría. El *castillo* representaría la sabiduría y los *siete muros* las artes comprendidas en el *trivium* y el *quadrivium*: gramática, retórica, lógica, aritmética, geometría, astronomía y música; pero, según Pedro, el hijo de Dante, representarían las partes de la filosofía: física, metafísica, ética, política, economía, matemáticas y dialéctica. <<

[38] La princesa Camila cayó cuando luchaba contra los troyanos (*Eneida*, VIII, 803-817). <<

[39] Lucrecia fue la mujer de Collatino, y se suicidó por la afrenta que le hizo Sexto, hijo de Tarquino el Soberbio; Cornelia fue hija de Escipión el Africano y madre de los Gracos, y simboliza las virtudes domésticas; Marcia fue la mujer de Catón, Julia Emilia (Julia en el original y Emilia en la traducción, por necesidades de rima) fue hija de César y mujer de Pompeyo. <<

[40] Dante se refiere a Aristóteles, tenido en la Edad Media, a partir del llamado Renacimiento del siglo XII, por el filósofo por antonomasia. <<

[41] Dioscórides era tenido por el descubridor de las virtudes medicinales de las plantas. <<

[42] Marco Tulio Cicerón, uno de los modelos literarios de los latinistas medievales. <<

[43] Averroes escribió un comentario de Aristóteles estimadísimo, y combatido, en parte, por la escolástica. <<

[44] Dada la forma de cono invertido o de embudo del Infierno, cada círculo era más estrecho y ceñía menos espacio que el anterior. <<

[45] Minos, rey mitológico de Creta, hijo de Zeus y de Europa, fue famoso por su sabiduría y por su recta administración de justicia. En cuanto perteneciente a la mitología, Dante le hace figurar como demonio revistiéndole de características terroríficas, e incluso grotescas, en contraste con lo que hace al referirse a los Centauros y a otras figuras míticas. <<

[46] Se puede interpretar, de acuerdo con otros pasajes del *Infierno*, que la *ruina* es uno de los desprendimientos de roca causados por el terremoto que se produjo al descender Cristo a los Infiernos. <<

[47] Es decir, para evitar que fuese criticada su desordenada conducta, consideró legales las formas del erotismo tenidas antes por ilícitas. <<

[48] Semíramis fue reina de Babilonia. <<

[49] Se trata de Dido, esposa de Siqueo, quien por amor a Eneas, según refiere Virgilio en la *Eneida*, se suicidó y traicionó así las cenizas de su esposo. <<

[50] Aquiles, que tantas veces había luchado movido por otras pasiones, se enamoró de Polisena, hija de Príamo, y fue muerto en combate por Paris, hermano de aquélla. <<

[51] Esta *tierra* es Rávena, más cercana en aquellos tiempos que ahora a la costa del Adriático. *Su partido* son sus afluentes, que hallan la paz, como el propio río principal, al desembocar en el mar. <<

[52] *Caína* es una de las secciones del círculo noveno, y más profundo, del Infierno (véase canto XXXII). <<

[53] Francesca era pariente del amigo de Dante Guido da Polenta, de Rímini. Se casó con Gianciotto Malatesta y se enamoró de su cuñado Paolo, que es el alma que figura a su lado en este pasaje. Ambos fueron sorprendidos por Gianciotto, quien les quitó la vida al instante. <<

[54] Lanzarote, amante de la reina Ginebra, era uno de los caballeros de la Tabla Redonda. Su nombre caballeresco era Lanzarote del Lago y sus historias fueron muy leídas y estimadas en la época de Dante. Véase *Paraíso*, XVI, 14-15. <<

[55] Galeoto fue quien, en el libro *Lanzarote del Lago*, estimuló a Lanzarote y a Ginebra a que se revelasen su amor. <<

[56] Cerbero era hijo de Tifeo y Equidna y tenía tres cabezas. Era el guardián de todos los Infiernos, pero Dante lo pone aquí a guardar tan sólo el círculo tercero. <<

[57] Ciacco, tal vez diminutivo de Jacopo, quizá relacionado con «cerdo», por alusión a la glotonería de este condenado. Lo más posible es que se trate del poeta florentino Ciacco Dell'Anguillaia, conocido por su gula. Las *Glosas anónimas* dicen que se trataba de un banquero, y otros comentarios afirman que era un bufón. Parece más seductora la hipótesis de que se tratase de un poeta, puesto que con él se iniciaría la serie de los medievales que aparecerán en la *Comedia*. <<

[58] El *partido salvaje* era el delos Blancos, y era llamado así porque lo capitaneaba la familia de los Cerchi, procedente de los bosques del valle de Sieve. <<

[59] *El otro* parido es el de los Donati. Las crónicas florentinas refieren, en efecto, las luchas mantenidas por los Cerchi y los Donati. *Quien duda* parece ser el papa Bonifacio VIII, que se declaró por los Negros y fue, por lo mismo, enemigo de Dante. <<

[60] Más adelante, y cuando los personajes citados en estos dos versos aparezcan ante los ojos de Dante, daremos cuenta de quiénes eran. <<

[61] La *ciencia* a que Virgilio se refiere es la teología y la filosofía escolástica, íntimamente relacionada con el pensamiento de Aristóteles, al que Dante admiraba en extremo. <<

[62] Es decir, después del Juicio Final (*de allá*) vendrán a ser más perfectos que antes del Juicio Final (*de acá*) y, por lo tanto, sufrirán más. <<

[63] Pluto, hijo de Jasón y de Ceres, era el dios de la riqueza en la mitología. Dante le llama *enemigo* del hombre porque el deseo de riquezas condena a muchas almas. <<

[64] El significado de la frase pronunciada por Pluto es uno de los puntos más debatidos por los comentaristas de la *Divina Comedia*. Si bien los hay que afirman que es una frase diabólica carente de todo sentido, nosotros, siguiendo a Sapegno, hacemos notar que la frase está formada por términos que se encontraban en los vocabularios y en los tratados de etimología medievales. *Papé* sería una interjección que demostraría estupor y maravilla; *aleppe* podría ser una interjección de dolor o significar «príncipe» o «dios» (aplicado a Satán). Pedro, el hijo de Dante, de esta traducción en su comentario: «¡Oh Satán, oh Satán, cabeza y príncipe de los demonios! ¿Qué es esto que veo?». Demostraría, así, su asombro al ver a un vivo (Dante) en el reino de los muertos. En todo caso la cuestión no puede darse por definitivamente aclarada. <<

[65] Estigia, hija de Océano y Tetis según Hesíodo, era un río (Styx) cuyas aguas concedían la invulnerabilidad y que corría por el bajo mundo. En la *Eneida*, de donde Dante toma su significado, aparece ya como el pantano infernal que circunda la ciudad de Dite. <<

[66] Flegias es el nombre de un rey mitológico de los lapitas. Se dice que incendió el templo de Apolo para vengarse de este dios, que había violado a su hija Corónide. <<

[67] Filippo Argenti, según Boccaccio, «fue de los Cavicciuli, caballero riquísimo, tanto que alguna vez hizo al caballo que solía cabalgar herrar con plata, y de esto le vino el sobrenombre. Fue hombre grande de persona y nervudo y de maravillosa fuerza, y más que ningún otro iracundo, y por cualquier razón insignificante». <<

[68] Dite figura en la *Eneida* como el rey de los Infiernos. <<

[69] *Llovidos del cielo*, es decir, ángeles caídos o demonios. <<

[70] Es decir, ante la puerta del Infierno, para oponerse a la entrada de Cristo. Se encuentra *sin cerrojos* porque Cristo los rompió. También, pensamos, puede interpretarse que todavía está abierta para quienes mueren en pecado, y sólo se cerrará definitivamente después del Juicio Final para los condenados en la eternidad. <<

[71] Las *tres Furias* son las Erinias, divinidades mitológicas que eran invocadas mediante maldiciones por los crímenes no vengados. <<

[72] Si anteriormente usó Dante el nombre romano de estas deidades (ver nota 71), ahora usa el griego, aunque en general, sin embargo, el poeta suele preferir los latinos. <<

[73] Medusa es la más importante de las Gorgonas. Su cabeza estaba cubierta de serpientes, en lugar de cabello, y su mirada convertía en piedra a quien la sostenía. Fue decapitada por Perseo. Alegóricamente, representa los bienes del mundo, que endurecen el corazón. <<

[74] Según un mito griego, Teseo bajó con Pirítoo al Hades para raptar a Proserpina, que es la *reina del llanto eterno* a que se refiere Dante diez versos más arriba, es decir, la reina del Infierno. Teseo fue hecho prisionero y posteriormente fue liberado por Hércules. <<

[75] Gorgona se emplea en singular, aunque las Gorgonas fuesen tres, para designar a la menor y más importante en la mitología, es decir, a Medusa. <<

[76] Este verso y los dos anteriores han sido objeto de muchísimos comentarios, algunos de ellos extravagantes. La *doctrina* a que Dante se refiere es una doctrina moral y los versos son *arcanos* porque envuelven una alegoría. Otra cosa es averiguar cuál sea su significado alegórico. No creemos desviarnos mucho de la verdad del pesnamiento dantesco al interpretar a Medusa como la representante de los bienes terrenos. También se puede pensar, con Lana, que simbolice la herejía o, con Bocaccio, que sea una alegoría de la sensualidad. Según Pedro Alighieri y otros, las Furias serían el símbolo de los remordimientos. <<

[77] Cerbero trató de impedir la entrada de Hércules en el Hades, por lo que éste le encadenó y le arrastró fuera de la región infernal. Dante da a entender, muy gráficamente, que la cadena peló, con su roce, la garganta del monstruo. <<

[78] Dante recuerda a Virgilio que éste se abstuvo de responderle cuando le preguntó qué río era el Aqueronte (canto III) y que refrenó su curiosidad, mandándole estar quieto y rendir pleitesía al mensajero celeste (canto IX). <<

[79] Farinata degli Uberti nació en los primeros años del siglo XIII y fue jefe de los gibelinos. Logró derrotar y expulsar dos veces a los güelfos, la primera en 1248, ayudado por el emperador Federico II, pero éstos volvieron a Florencia en 1251. Por segunda vez los expulsó en 1260, después de la batalla de Monteaperti. Los jefes gibelinos se reunieron entonces en Empoli y tramaron la destrucción de Florencia, a lo que Farinata se opuso volviendo a la ciudad, de la que había sido exiliado el año 1258. Murió en 1264. Dante le admira y respeta, a pesar de ser un enemigo político, porque salvó a su ciudad. <<

[80] Guido Cavalcanti, hijo de Cavalcante dei Cavalcanti, que es el alma que ahora habla a Dante y que se casó a mediados del siglo XIII con una hija de Farinata. Guido militó en el partido de los Blancos y se distinguió por su temperamento fogoso. Su amistad con Dante sufrió varias alternativas que los biógrafos cuentan de diferentes maneras, basándose más en los textos dantescos que en documentaciones plenamente objetivas. Guido Cavalcanti fue uno de los mayores poetas del *dolce stil novo*. <<

[81] Era notorio en Florencia que Cavalcante dei Cavalcanti era, como Farinata, un epicúreo. <<

[82] Es decir, no habrán pasado cincuenta meses lunares (Proserpina, reina de los Infiernos, es identificada en algunos mitos como la Luna) sin que haya sido desterrado. Entonces sentirá cómo pesan las angustias del exilio. <<

[83] Estos versos aluden a la batalla de Monteaperti, en la que tanta sangre se vertió que, según la tradición, enrojeció las aguas del río Arbia. <<

[84] El *Cardenal* a que se refiere Dante es Ottaviano degli Ubaldini, que fue antes obispo de Bolonia y murió el año 1273. <<

[85] Virgilio se refiere a Beatriz. <<

[86] Dante se refiere al papa Anastasio II, quien, según el *Liber pontificalis* y el *Decretum* de Graciano, fue castigado por Dios por haber admitido a la comunión eclesiástica a Fotino, diácono de Tesalónica, quien no veía en Cristo más naturaleza que la humana y rechazaba así la unión hipostática. <<

[87] A partir de aquí, Virgilio explica a Dante lo que podríamos llamar estructura moral del Infierno, para lo que se sirve del lenguaje y de la doctrina de la Escolástica, si bien no sigue al pie de la letra a ningún autor determinado. Los círculos anteriores a la muralla de la ciudad de Dite castigan pecados individuales y de menor trascendencia social (los provocados por la concupiscencia que no es dominada por la razón), mientras que en el bajo Infierno se castiga a la violencia en sus más diferentes formas, como pecado de mayor trascendencia social. No hay que perder de vista las profundas preocupaciones políticas y económicas de Dante en cuanto determinantes de la mayor importancia en la redacción de su poema. También se castiga, en esta parte del Infierno, a los fraudulentos, cuya malicia rompe el orden de la naturaleza y de las relaciones humanas querido por Dios.

El carácter más odioso de los pecados que se castigan en la ciudad de Dite, hace que cambie la actitud de Dante en relación con los pecadores. Si se mostró compasivo y amable con los condenados de los primeros círculos, ya en la Estigia, límite de la ciudad de Dite, se endurece en relación con Filippo Argenti y esta actitud hostil anuncia la que mantendrá ante varios de los condenados y, especialmente, ante los traidores del círculo noveno. <<

[88] Cahors es una ciudad francesa que tenía mala fama como nido de usureros; Sodoma fue destruida por Dios con una lluvia de fuego para castigar los pecados contra natura. <<

[89] Virgilio se refiere a la *Ética* de Aristóteles. <<

[90] Virgilio se refiere a la *Física* de Aristóteles, que incluye el estudio de toda la naturaleza y no sólo de los puntos que estudia la física actual. <<

[91] El *Carro*, es decir, la constelación de la Osa Mayor, está en el *Coro*, o sea, en el lugar del cielo por donde sopla el viento nordeste o mistral, y la constelación de Piscis se encuentra ya cercana al horizonte. Esto quiere decir que es el alba. <<

[92] *La infamia de Creta* es el Minotauro. Según la mitología, fue engendrado por Pasifae, esposa de Minos, quien habiéndose enamorado de un toro se introdujo en una vaca artificial, logrando concebir así al monstruo. Esta pasión de Pasifae por el toro le fue inspirada por Poseidón porque Minos no le sacrificó, como había prometido, aquel animal. <<

[93] Dante, siguiendo la terminología medieval, llama *duque de Atenas* a Teseo, jefe de la expedición enviada por Egeo, rey de Atenas, a Creta. Este héroe, puesto de acuerdo con Ariadna, hermana uterina del Minotauro, logró matarle. <<

[94] Se refiere al descenso de Cristo a los Infiernos para sacar a los justos del Limbo y al terremoto que se produjo en aquella ocasión. <<

[95] Según Empédocles, el universo está formado por cuatro elementos (fuego, tierra, aire y agua), sometidos a las fuerzas del amor y del odio, que crean el equilibrio universal. Si el amor se impusiese en absoluto, los elementos se mezclarían desordenadamente y se produciría el caos. <<

[96] Los Centauros, dada su doble naturaleza, humana y bestial, que los inclinaba a la violencia, indujeron a Dante a situarlos como demonios de este círculo. <<

[97] Quirón, maestro de Aquiles, tenía fama de sabio. <<

[98] Neso se enamoró violentamente de Deyanira, mujer de Hércules, cuando fue encargado de hacerle atravesar a sus espaldas el río Eveno, e intentó raptarla, pero Hércules le alcanzó con una de sus flechas, envenenada con la sangre de la Hidra. Cuando iba a morir dio a Deyanira su túnica manchada de sangre diciéndole que, si Hércules se la ponía, olvidaría cualquier otro amor. Habiéndose enamorado del héroe, Deyanira le hizo ponérsela y Hércules murió abrasado. <<

[99] Folo intervino en la batalla contra los lapitas. <<

[100] Dante se refiere a Alejandro Magno y a Dionisio de Siracusa. <<

[101] *Azzolino* es Azzo VIII d'Este, quien parece que en 1293 mató a su padre, Obizzo II. <<

[102] Versos de difícil interpretación, incluso semántica. El condenado parece ser Guido de Monforte, que asesinó a Enrique, sobrino del rey Eduardo I de Inglaterra. Le mató en una iglesia de Viterbo, en 1272, pero su corazón fue colocado en una copa de oro sobre una columna que había en el puente de Londres, sobre el Támesis. <<

[103] Rinier da Corneto y Rinier Pazzo aterrorizaron, respectivamente, con sus bandidajes las regiones de Maremma a Roma y la de Valdarno. El último de ellos asesinó a un obispo, por lo que fue excomulgado por el Papa. <<

[104] Las Arpías son unos monstruos mitológicos con rostro de mujer y cuerpo de pájaro, hijas de Taumante y Electra. Virgilio (*Eneida, III*) cuenta cómo los troyanos fueron expulsados por ellas de las islas Estrófades, tras haber llenado de estiércol las mesas en las que comían, y a este episodio se refiere Dante en los dos versos siguientes. <<

[105] Este episodio dantesco es de clara inspiración virgiliana. En la *Eneida* (III, 22 ss.) se habla de un arbusto que echa sangre al serle arrancada una rama por Eneas. Se trata de Polidoro, quien también protesta y pide al héroe que no le maltrate. <<

[106] El condenado es el poeta Pier della Vigna, protonotario de la corte del emperador Federico II y el más íntimo de sus consejeros. En 1248 fue acusado de traición y encarcelado. Se suicidó, al parecer golpeándose la cabeza contra la pared. Dante se refiere a él en el *De vulgari eloquentia*. <<

[107] Algunos comentaristas opinan que esta *meretriz* es la envidia, pero no faltan los que piensan que es la Iglesia, degradada al apetecer los favores de la corte. <<

[108] Puede tratarse del sienés Ercolano Maconi, que murió en la batalla que riñeron los sieneses contra los aretinos en Pieve del Toppo, en 1287. <<

[109] Giacomo da Sant'Andrea perteneció al séquito de Federico II y, al parecer, fue asesinado por orden de Ezzelino IV. Se dice que fue un gran dilapidador y que en una ocasión se entretuvo, durante un paseo en barca por el río Brenta, en arrojar monedas al agua para matar el tiempo, y que otra vez, deseando contemplar un hermoso fuego, incendió una de sus villas. <<

[110] La *ciudad que hizo al Bautista su patrono* es Florencia. Como su anterior patrono había sido el dios pagano Marte, éste, celoso de San Juan, despliega sus artes guerreras contra la ciudad, contristándola de esta manera. <<

[111] Se refiere a los ciudadanos que reconstruyeron Florencia después de haber sido destruida por Atila el año 450. Parece que Dante lo confunde con el rey godo Totila. <<

[112] Según los comentaristas más antiguos, este suicida podría ser el florentino Rocco dei Mozzi, que se ahorcó después de haber dilapidado su fortuna. <<

[113] Se trata de una alusión a la travesía del desierto líbico por el ejército de Catón de Útica, al que encontraremos más adelante en el inesperado papel del guardián del Purgatorio (*Purgatorio*, 1, 31 ss.), a pesar de que, como es sabido, se suicidó. <<

[114] La mitológica batalla de Flerga fue reñida por Zeus (Júpiter o Jove romano) y sus auxiliares contra los Gigantes que intentaban escalar el Olimpo, en el valle de Flerga, en Tesalia. <<

[115] Capaneo es uno de los siete reyes que atacaron Tebas. Según Eurípides (*Las suplicantes*, 871 ss.) era rico pero modesto y poseía muy buenas cualidades personales, pero Esquilo lo describe (*Los siete contra Tebas*, 422 ss.) como jactancioso e impío. Dijo que quemaría Tebas, quisiesen o no los dioses, y Zeus lo fulminó con un rayo cuando ya llegaba a las murallas de la ciudad. <<

[116] Dante se refiere a Saturno, primer rey mítico de Creta durante la Edad de Oro. <<

[117] Según un conocidísimo mito, Zeus fue ocultado por Rea, su madre, en el monte Ida para salvarlo de ser tragado por su padre, Cronos. <<

[118] Damiata, ciudad situada en el delta del Nilo. Parece ser que este viejo colosal vuelve la espalda al Oriente, donde tuvo su origen la humanidad, a la que parece representar, y mira hacia Roma porque en ella llegará a perfeccionarse su civilización. <<

[119] La descripción del viejo está inspirada en Daniel 2:31-33, que da cuenta de la imagen soñada por el rey Nabucodonosor: «Tú, ¡oh rey!, estabas mirando, y hete aquí una gran estatua. Tal estatua era de oro y su brillo extraordinario erguíase frente a ti y su aspecto era temible. La cabeza de tal estatua era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus lomos de bronce, sus muslos, de hierro, y sus pies, parte de hierro y parte de arcilla. Estábasla mirando cuando se desgajó una piedra sin que interviniera mano alguna e hirió a la estatua en sus pies de hierro y arcilla y los pulverizó» (trad. de Bover-Cantera). Dante maneja con gran libertad este texto bíblico y lo relaciona, para desvirtuarlos, con los mitos referentes a los ríos infernales formados todos ellos con las lágrimas de la humanidad, a la que el viejo simboliza. <<

[120] Flegetonte, que significa «sangre hirviente», no podía ser otro que el río descrito en el canto XII.
<<

[121] Dante sitúa el Leteo en el Paraíso Terrenal (*Purgatorio*, XXVIII). <<

[122] Brunetto Latino (o Latini) nació en el segundo o tercer decenio del siglo III y murió el año 1294. Era florentino y notario, filósofo y escritor, y tuvo una importante actuación política en su ciudad. Era güelfo y condujo una embajada ante el rey Alfonso X de Castilla, a la vuelta de la cual, en 1260, al conocer la derrota de su partido en Monteaperti, se quedó como exiliado en Francia hasta el año 1266. Escribió el *Trésor* en francés. También compuso el *Tesoretto*, obra en verso por la que fue alabado por Dante como ejemplo de poteas en lengua vulgar (véase *De vulgari eloquentia* I, 13, 1). Tradujo en prosa italiana los escritos retóricos de Cicerón. Muy admirado por los intelectuales de su tiempo, no fue propiamente el maestro de Dante, sino el amigo de más edad y experiencia que le orientó en sus estudios. <<

[123] Se refiere a Florencia. <<

[124] Prisciano de Cesarea (siglos V-VI) fue gramático y elegante latinista de gran influencia en la Edad Media. <<

[125] Francesco d’Accorso enseñó derecho en Bolonia y murió en el año 1294. <<

[126] Alude al florentino Andrea dei Mozzi, obispo de Florencia hasta 1295 y, después, de Vicenza, junto al Bacchinglión, donde murió en 1296. <<

[127] El *lienzo verde* se corría en el palio de Verona, que era una carrera pedestre en la que dicho paño se entregaba, como trofeo, al vencedor. <<

[128] Guido VI Guerra, de los condes de Dovadola, nació en Florencia en 1220, fue güelfo y valiente guerrero y derrotó a los arentinos en 1255. Expulsado de Florencia después de la batalla de Monteaperti (1260), pudo retornar en 1267. Murió en 1272. Era nieto de Gualdrada, de la familia de los Uberti. <<

[129] Tegghiaio Aldobrandi, llamado también degli Adimari, aconsejó a los florentinos que no trabasen batalla en Monteaperti. Todavía vivía en 1266. <<

[130] Iacopo Rusticucci fue un rico caballero florentino, quien, por lo que dice Dante, fue inducido a la sodomía por el carácter arisco de su mujer. <<

[131] Guiglielmo Borsiere fue un caballero florentino que tenía fama de hombre virtuoso, lo que no impide que Dante lo considere en el Infierno. Bocaccio habla de él en *Decamerón*, I, 8. Debió de morir hacia el año 1300. <<

[132] No está claro qué *cuerda* fuese ésta ni por qué la deja luego Virgilio pender en el abismo. Para los comentadores más antiguos, la cuerda significa el fraude o una de sus formas: la hipocresía. <<

[133] El *fraude* es identificado por Dante con Gerión, cuyo nombre aparecerá más adelante en este mismo canto, rey de la mitología clásica que fue muerto por Hércules. Tenía tres cabezas, seis brazos y seis piernas. Virgilio le llama *tergemini* (*Eneida*, VIII, 202), y Ovidio, *prodigium triplex et in tribus unus* (*Heroidas*, IX, 91-92). De ahí que Dante le imaginase con un solo cuerpo y tres cabezas (rostro de hombre, garras de león y cuerpo de serpiente), figura que nos recuerda mucho más las representaciones plásticas de la Edad Media que las de la Antigüedad clásica. <<

[134] Aracne fue una famosa tejedora que desafió a Minerva (Atenea) en el arte de tejer y logró superarla. La diosa destruyó la tela y Aracne se ahorcó, pero Minerva le salvó la vida convirtiéndola en araña. <<

[135] El castor hacía la guerra a los peces. Se decía que metía la cola en el agua y, agitándola, hacía caer de ella gotas oleosas que atraían a los peces; cuando éstos llegaban, el castor se revolvía y los atrapaba. <<

[136] Dante describe el escudo de los Gianfigliazzi, familia güelfa florentina, cuyos miembros tenían fama de usureros. Varios comentaristas antiguos creen reconocer en el condenado que lleva colgada esta bolsa a micer Catello di Rosso Gianfigliazzi, que practicó la usura en Francia y en Italia. <<

[137] La oca blanca en campo rojo era el escudo de la familia de los Obriachi, también grandes usureros. <<

[138] La cerda azul en campo blanco era el escudo de la familia paduana de los Scrovegni. Parece que el poeta alude al sórdido avaro Reginaldo Scrovegni, pero nada puede asegurarse porque los usureros abundaron en aquella familia. <<

[139] Vitaliano del Dente, conocido usurero que fue elegido posdestá en 1307. <<

[140] Este caballero es Gianni Buiamonte, cuyo escudo mostraba tres cabrones en campo de oro. Fue muy rico, gran usurero y ocupó cargos públicos, pero murió en extrema miseria el año 1310, tras haber sido condenado por quiebra fraudulenta a principios del siglo XIV. <<

[141] Faetón era hijo de Febo y de Clímene. Como Épafo, hijo de Zeus, había puesto en duda su origen divino, Faetón se dirigió a su madre para que se lo confirmase (véase *Paraíso*, XVII). Después consiguió que su padre le dejase dirigir durante un día el carro del Sol, pero se le desbocaron los caballos y el mundo se habría consumido de no haber fulminado Zeus con un rayo al improvisado auriga. <<

[142] Ícaro, hijo de Dédalo, voló, a la vez que su padre, con alas de cera, pero las suyas se derritieron por haberse acercado demasiado al Sol. <<

[143] Venedico Caccianemico fue un noble boloñés del partido güelfo, al que Dante acusa de haber favorecido los amores de su hermana Ghisolabella y de Obizzo d'Este, del que fue aliado político. <<

[144] De acuerdo con los gramáticos medievales, Dante distingue las diferentes lenguas romances por su manera de decir *sí*, que en boloñés era *sipa*. En este pasaje afirma que ha encontrado en el Infierno más boloñeses que en Bolonia. <<

[145] Jasón, jefe de los argonautas según la mitología clásica, fue a la Cólquida (Crimea) a por el vellocino de oro. Al volver de su expedición sedujo a Hipsipila, hija del rey, a la que abandonó. También sedujo a Medea. <<

[146] Alessio Interminei o Interminelli, natural de Lucca y perteneciente al partido Blanco. Sólo se sabe que todavía vivía el año 1295. <<

[147] Es un personaje de la comedia de Terencio *El eunuco*. <<

[148] Simón fue un mago de Samaria que quiso comprar a San Juan y a San Pedro la facultad de infundir en los bautizados el Espíritu Santo. Por él se llama simonía al mercado de las cosas sagradas. <<

[149] El templo de San Juan en Florencia, en el que se administraba el sacramento del bautismo. <<

[150] Los *asesinos*, nombre que se daba en la Edad Media a quienes mataban por dinero, eran condenados a morir cabeza abajo en un hoyo que se rellenaba de tierra hasta asfixiarlos; estaban, por lo tanto, durante su suplicio, en una posición semejante a la de los condenados de esta bolsa. Por lo que dice el poeta, algunos llamaban al confesor para retrasar el momento de su muerte. La imagen recoge la figura del religioso que se inclina hacia el hoyo para poder escucharlos. <<

[151] Alude al papa Bonifacio VIII, que no murió hasta el año 1303. El historiador florentino Villani dice de él que «fue muy adinerado por engrandecer a la Iglesia y a sus parientes, no haciendo distingos de conciencia para la ganancia, que decía que todo le era permitido cuando se trataba de la Iglesia» (*Crónica*, VIII, 6). Fue uno de los peores enemigos políticos de Dante. <<

[152] El condenado es el papa Nicolás II, que reinó de 1277 a 1280 y que tenía fama de ejercer la simonía y el nepotismo. <<

[153] Nicolás III pertenecía a la familia de los Orsini («osos») y por eso dice Dante que en realidad fue *hijo de la osa* y trató de *engordar oseznos*, es decir, a sus parientes. De ahí que *allá* en el mundo, se metiese (dinero) en la bolsa y *acá* (en el Infierno) se metiese en una de las bolsas de Malasbolsas. <<

[154] El papa que, según Dante, sucedería en aquel agujero a Bonifacio VIII es Clemente V, reinante cuando Dante escribía el *Infierno*. Se ha discutido sobre cuál sería ese pecado *más tremendo* cometido por este pontífice. Dado que Dante habló de forma velada de los Templarios y su persecución, y lo hace con simpatía hacia ellos, creemos que no sería aventurado pensar, teniendo en cuenta el contenido de los tres versos siguientes, que la campaña contra la orden del Santo Sepulcro llevada a cabo por Clemente V fue el pecado que habría de condenarle. La campaña, en efecto, se llevó de acuerdo con el rey de Francia Felipe el Hermoso con objeto de confiscar sus bienes para acrecer los de la corona. También es posible que el pecado fuese establecer la sede papal fuera de Roma, ya que Clemente V fue el primer papa de Avignon. <<

[155] Este Jasón es el Sumo Sacerdote de los hebreos, al que compró el rey Antíoco mediante la promesa de trescientos sesenta talentos, según 2 Macabeos 4:7-26. <<

[156] Se creía que Nicolás III había recibido dinero para que conspirase contra Carlos I de Anjou en las intrigas que provocaron las Vísperas Sicilianas. <<

[157] Se refiere al Apocalipsis de San Juan, que en su capítulo XVII habla de una «meretriz que se sienta sobre muchas aguas» y que en la intención del Evangelista parece ser la Roma imperial. Dante, sin embargo, siguiendo la opinión de otros contemporáneos, supone que esta meretriz de San Juan es la Iglesia corrupta que se vende al poder temporal y comete, así, la peor de las simonías. <<

[158] Estos tres versos se refieren a la Iglesia, que en la descripción de San Juan aparece a caballo de una bestia con siete cabezas y diez cuernos. Pero Dante atribuye unas y otros a la propia Iglesia: las *siete testas* serían los dones del Espíritu Santo o los siete sacramentos y los *diez cuernos*, los Mandamientos. <<

[159] Como es sabido, se supone que Constantino hizo cesión del poder temporal al papa Silvestre I, que reinó de 314 a 336. <<

[160] Anfiarao fue uno de los siete reyes que lucharon contra Tebas. Sus artes adivinatorias le revelaron que moriría en aquella guerra, razón por la cual se escondió y dejó de combatir. Traicionado por su mujer, Erifile, se vio obligado a combatir de nuevo y entonces fue cuando la tierra se abrió bajo su carro. <<

[161] Tiresias fue un famoso adivino tebano. En cierta ocasión separó con su vara a dos serpientes en celo y se convirtió en mujer. Siete años después se convirtió de nuevo en hombre golpeando otra vez a las mismas serpientes cuando estaban en celo. <<

[162] Aronte fue un augur etrusco que predijo la victoria de César en la guerra civil. <<

[163] Aunque Dante da cumplida noticia de esta hechicera en los versos que siguen, conviene señalar que fue hija de Tiresias y, como aquél, ejerció también la adivinación. <<

[164] La ciudad de Baco era Tebas. <<

[165] El conde Alberto de Casalodi fue engañado por Piamonte dei Bonaccolsi, que usurpó la señoría de la ciudad. <<

[166] El poeta se refiere a los tiempos en que los griegos abandonaron sus ciudades para atacar Troya. <<

[167] Calcanto fue un augur griego que, durante la guerra de Troya, declaraba cuándo debían hacerse a la mar las naves. <<

[168] Eurípilo fue enviado por los griegos a interrogar al oráculo de Apolo, pero no fue propiamente un augur. Dante pudo basarse para atribuirle esta condición en algún relato medieval de la guerra de Troya. <<

[169] Miguel Escoto fue un conocido científico y filósofo escocés que vivió en la primera mitad del siglo XIII y fue astrólogo del emperador Federico II. Tradujo y comentó a Aristóteles. Se cuenta que en una ocasión hizo aparecer encima de una mesa parras llenas de racimos maduros. <<

[170] Guido Bonatti era de Forlí, y vivió en la corte del emperador Federico II. Escribió un tratado sobre los astros. El zapatero de Parma, Asdente, era figura muy antipática a Dante, quien le cita despectivamente en *Convivio*, IV, 16, 6. Se dedicaba a las artes mágicas y pretendía predecir el futuro. <<

[171] Los medievales veían en las manchas de la Luna a Caín transportando un haz de espinos. La Luna estaba ya en el horizonte en que se juntan los dos hemisferios, y *ayer*, es decir, el día antes de empezar la acción del poema, se encontraba en el plenilunio. Todos estos datos astronómicos indican que son cerca de las seis de la mañana. <<

[172] Malasgarras es el nombre de los diablos de esta bolsa. <<

[173] Santa Zita era la patrona de Lucca. Por lo tanto, los ancianos de Santa Zita eran los naturales de esta ciudad. <<

[174] La frase es irónica, puesto que Bonturo Dati, jefe del partido popular de Lucca hacia 1300, tenía fama de baratero. <<

[175] Es decir, el *no* se convierte en *sí* por dinero. *Ita* es un adverbio latino que significa «así». Los magistrados de Lucca anotaban un *ita* («sea hecho así») al margen de las órdenes que aprobaban. <<

[176] El Santo Rostro es un antiguo crucifijo bizantino de madera negra que todavía se venera en la basílica de San Martín de Lucca. El Serquio es el río de dicha ciudad. <<

[177] Por lo que Dante dice, asistió en 1269 a la batalla en que los güelfos arrebataron a los pisanos el castillo de Caprona tras un asedio que duró ocho días. Los sitiados, después de capitular, salieron temiendo una traición de los sitiadores. <<

[178] Se refiere, con este cómputo, a la fecha en que Cristo bajó a los Infiernos y produjo en ellos un fuerte terremoto. <<

[179] Existía la tradición de que los delfines avisaban por medio de sus saltos a los navegantes de que iba a haber tempestad. <<

[180] El rey Tebaldo tenía fama de justo. <<

[181] No se sabe quién puede ser este condenado, si bien los comentaristas más antiguos aseguran que se llamaba Ciampolo, sin añadir ningún otro dato. <<

[182] Fray Gomita de Gallura, en Cerdeña, fue servidor de Nino Visconti, cuya privanza aprovechó para hacer sus baraterías, hasta que fue sorprendido y ajusticiado. <<

[183] Michele Zanche fue oficial del rey Enzo, hijo del emperador Federico II. Las informaciones sobre este personaje son muy contradictorias y lo único que se sabe con seguridad es que fue matado a traición por Branca Doria, su yerno (véase XXXIII, 137), que deseaba apoderarse de su fortuna. <<

[184] Se contaba que el emperador Federico II castigaba a los reos de lesa majestad desnudándolos y haciéndoles poner una veste de plomo de un dedo de grosor y los hacía poner sobre el fuego hasta que el plomo se derretía. <<

[185] Es decir, en Florencia. <<

[186] Los *frailes gozosos* fueron los miembros de una orden religiosa y militar llamad de los Caballeros de María Virgen Gloriosa, fundada en Bolonia en 1261 con objeto de poner paz en las luchas de partido y de familia y de proteger a los débiles contra las violencias de los poderosos. <<

[187] Catalano dei Malavolti (1210-1285) fue podestá en varios lugares. <<

[188] Loderingo degli Andalò fue boloñés y gibelino. Junto a Catalano fue elegido podestá de Florencia en 1266 para que pusiese paz entre los ciudadanos. Ambos fueron expulsados de la ciudad. Los historiadores contemporáneos han demostrado que la acusación de Dante no era falsa, pues por orden de Clemente IV favorecieron a escondidas a los güelfos, partido al que pertenecía Catalano. <<

[189] Aunque para dirimir estas cuestiones se solía elegir a un solo comisionado, en esta ocasión se eligió a un güelfo y a un gibelino para dar la impresión de que se iban a equilibrar las influencias contrarias. <<

[190] El Gardingo era un lugar cercano a la Plaza de la Señoría de Florencia, donde se encontraban las casas de los Uberti, que fueron quemadas por el pueblo y cuyas ruinas, por lo que dice Dante, todavía debían contemplarse cuando escribía. <<

[191] La sombra crucificada en el suelo es la de Caifás, sumo sacerdote hebreo que aconsejó el suplicio de Cristo. <<

[192] Anás, suegro de Caifás. <<

[193] Cuando el Sol, estando en la constelación de Acuario, aumenta el ardor de sus rayos y los días van a durar tanto como las noches. Así designa Dante el equinoccio de primavera. <<

[194] La escarcha copia a su hermana blanca, es decir, a la nieve, pero pronto se destempla la pluma con que la copia. Hay aquí una comparación con la pluma del copista que se destempla y ya no es capaz de escribir con ella. <<

[195] La *heliotropía* era una piedra mágica que hacía invisible a quien la llevaba. <<

[196] Vanni Fucci fue hijo natural de Fuccio de Lazzari, un noble de Pistoya. Parece que robó el tesoro de la capilla de Santiago de la catedral de Pistoya, pero en su lugar fueron arrestadas personas inocentes. Llevó una vida cruel y desordenada de ladrón y homicida. <<

[197] Es decir, Florencia cambiará su manera de gobierno. <<

[198] El *vapor* que Marte llevará desde Val di Magra es el marqués Moroella Malaspina, comparado a un rayo (un vapor ígneo, en el lenguaje medieval), quien a la cabeza de los luqueses, aliados de los Negros de Florencia, asaltará a los pistoyanos Blancos. <<

[199] Se refiere a Capaneo (véase XIV, 63). <<

[200] Maremma, junto al literal toscano, era un territorio insalubre en el que abundaban los reptiles, hasta el extremo de hacerlo inhabitable en ciertas zonas. <<

[201] Caco, hijo de Vulcano, era un sátiro al que Virgilio (*Eneida*, VIII, 193-305) llama semihombre y semifiera. Cuenta el poeta romano que Alcides (Hércules) le mata, a lo que en seguida se refiere Dante, quien, como vemos, presenta a este ser mitológico como un Centauro. <<

[202] Cianfa Donati fue un florentino que, como Caco, tuvo fama de ladrón de ganado. Murió, al parecer, entre los años 1283 y 1289. <<

[203] Parece que se trata de Agnolo Brunelleschi, de noble familia florentina, primero güelfo y gibelino después. Tenía fama de gran ladrón. Las *Glosas anónimas* dicen que solía disfrazarse para cometer sus robos. <<

[204] Lucano (*Farsalia*, IX, 761-788) cuenta cómo Sabelo, soldado romano del ejército de Catón en Libia, al ser mordido por una serpiente se convirtió en ceniza, y en este pasaje se inspiró sin duda Dante para contar, poco más atrás, el caso de Vanni Fucci (véase XXIV). En el mismo libro IX de la *Farsalia* (vv. 789-804) se narra el caso de Nasidio, otro soldado del mismo ejército, al que mordió una serpiente venenosa llamada *prester*; a consecuencia de la mordedura, la coraza le estalló y él quedó irreconocible. <<

[205] Cadmo, príncipe tebano mitológico. Ovidio (*Metamorfosis*, IV, 563 ss.) cuenta cómo Cadmo y su esposa Hermíone fueron convertidos en serpientes. Cadmo había deseado que si los dioses estaban airados contra él se vengasen convirtiéndole en dragón o serpiente. Aretusa era una de las Ninfas del séquito de Diana, a la que amaba el río Alfeo. Por huir de su amor, rogó a Diana que la convirtiese en fuente. Habiendo Alfeo mezclado sus aguas con las de la fuente Aretusa, Diana, agujereando la tierra la transportó a Sicilia. Los antiguos pensaban que lo hizo inútilmente, pues creían que un conducto subterráneo unía al río con la fuente. La historia es contada por Ovidio (*Metamorfosis*, V, 572-671. <<

[206] Aunque la identidad de este condenado no es muy segura, podría tratarse de Buoso Donati, que murió hacia 1285, en cuyo caso el Buoso Donati de *Infierno* (XXX, 44) sería un tío suyo. <<

[207] Puccio Sciancato fue un florentino de familia gibelina, del que se conocen actos de bandidaje cometidos en 1268. <<

[208] Se trata de Francesco dei Cavalcanti, que fue muerto por gentes de Gaville, población del condado de Florencia, y vengado en sus habitantes. <<

[209] Los antiguos creían que los sueños del alba eran proféticos. Dante parece darnos a entender aquí que su visión del ultramundo es un sueño. Recuérdese que poco antes, cuando los poetas iban a pasar de la bolsa cuarta a la quinta, Virgilio recordó a Dante que eran cerca de las seis de la mañana (véase XX, 127). <<

[210] *El que los osos vindicaron* es Eliseo. La historia de Eliseo se narra en 2 Reyes 2:23-24. «Desde allí subió Eliseo a Bet-El, y cuando subía por el camino, unos mozalbetes salieron de la ciudad y se mofaron de él y le dijeron: "¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!". Él volvióse para atrás, los vio y los maldijo en nombre de Jahveh; y salieron dos osas de la selva y despedazaron de entre ellos a cuarenta y dos muchachos» (trad. cit.). <<

[211] En 2 Reyes 2:11-12 se narra así la manera como Elías fue arrebatado al cielo en presencia de Eliseo: «Y sucedió que iban ellos hablando, y he aquí que un carro de fuego y unos caballos de fuego también separaron a entrambos, y subió Elías en un torbellino al cielo. Eliseo lo veía y gritaba: "¡Padre mío, padre mío, carro y caballerías de Israel!". Y no le vio más. Entonces agarró sus vestiduras y las desgarró en dos pedazos» (trad. cit.). <<

[212] Hijo de Edipo, rey de Tebas, Eteocles debió reinar alternándose con su hermano Polinices, pero no cedió a éste el poder cuando se cumplió su término. Polinices asedió Tebas y provocó a su hermano Eteocles a un combate singular en el que ambos resultaron muertos. Al ser puestos en una misma pira, las llamas se dividieron. <<

[213] Dante se refiere al célebre caballo de Troya, argucia con la que sus sitiadores consiguieron destruir la ciudad. Eneas y su séquito, al huir de ella, llegaron a Italia y fundaron Roma. <<

[214] Deidamía era hija del rey Licomedes de Esciros. Aquiles, que estaba escondido en su corte, disfrazado con indumentos femeninos para librarse de ir a la guerra, la sedujo. Ulises y Diomedes despertaron astutamente el espíritu guerrero de Aquiles fingiéndose mercaderes y escondiendo una espada en un cesto destinado a él. Cuando el héroe descubrió el arma la empuñó con ímpetu y terminó por ir a la guerra, con gran dolor de Deidamía. El Paladio era la estatua de Palas que se veneraba en Troya. Se suponía que, mientras estuviese en la ciudad, ésta no quedaría abierta a los enemigos. Ulises y Diomedes consiguieron robarla y la ciudad fue consiguientemente destruida. <<

[215] Dante alude al estrecho de Gibraltar, donde, según la tradición mitológica, Hércules había erigido dos columnas para indicar que no se podía navegar más allá de ellas; Ulises había pecado al excederse de lo permitido por los dioses. <<

[216] Se refiere al toro de cobre que hizo para Falárides, tirano de Agrigento, en Sicilia, el ateniense Perilo, quien lo había construido de manera que, al meter dentro un hombre y calentarlo, los lamentos del supliciado se oían como si fuesen mugidos. Falárides aceptó el regalo de Perilo y, para castigar su crueldad, probó con él su funcionamiento. <<

[217] Los tiranos de la Romaña habían firmado la paz perpetua en Castel San Pietro el 4 de abril de 1299, pero Dante pensaba que se seguían odiando, y tenía razón. <<

[218] *La tierra a larga prueba sometida* es Forlí, que entre 1274 y 1283 resistió, siendo gibelina, a los güelfos y derrotó a los soldados franceses que reforzaban las tropas italianas del papa Martín IV en 1282. Se encontraba gobernada por los Ordelaffi, en cuyo escudo figuraba un león verde en campo de oro. <<

[219] El *mastín viejo* es Malatesta, y el *infante*, Malatestino. Ambos descendían de una familia feudal que poseía el castillo de Verrucchio, cerca de Rímini. <<

[220] La villa del Lamone es Faenza, por encontrarse junto a este río, y la del Santerno, Imola. Ambas eran regidas por Maghinardo Pagani, cuyo escudo era un león azul en campo blanco. <<

[221] La ciudad cuyo flanco baña el río Savio es Cesena. <<

[222] El condenado es Guido de Montefeltro, que tenía fama de ser el más sagaz hombre de guerra de su tiempo. Nació hacia 1220. Fue jefe de los gibelinos de la Romaña, con los que venció en numerosas ocasiones a los güelfos y a las tropas pontificias, fue excomulgado y posteriormente confinado, pero se escapó y se fue a Pisa, al frente de cuyas tropas luchó contra los güelfos de la Toscana. En 1296 se reconcilió con la Iglesia y se hizo franciscano. Murió en 1298. Aunque la anécdota que aquí cuenta Dante no está demostrada históricamente, fue recogida por escritores de la época antes de que se publicase la *Comedia*. <<

[223] El *gran preste* es el papa Bonifacio VIII, al que los «espirituales» franciscanos, con los que el pensamiento de Dante tiene tantos puntos en común, consideraban ilegítimo por creer nula la abdicación de su predecesor Celestino V. <<

[224] Es decir, que había hecho de Roma (donde se encuentra la iglesia de San Juan de Letrán) un campo de batalla. El Papa, en efecto, luchaba contra los Colonna, poderosa familia romana que negaba la validez de la abdicación de Celestino V y, en consecuencia, la de la consagración de Bonifacio VIII, quien los excomulgó y mandó someterse en un término de diez días. Los Colonna se refugiaron con los suyos en los castillos de Zagarolo y Palestrina, donde se hicieron fuertes durante dieciocho meses. <<

[225] Dante alude a la leyenda según la cual San Silvestre se había refugiado en el monte Sorate para huir de las persecuciones contra los cristianos. Constantino le llamó para que le curase la lepra y el Papa lo hizo con el agua con que le bautizó. <<

[226] Referencia despectiva a la abdicación de Celestino V. <<

[227] San Francisco de Asís, fundador de la orden a la que pertenecía Guido de Montefeltro. Era tradición piadosa que aquél, a la hora de la muerte de un franciscano, se presentaba para llevar su alma al Paraíso. <<

[228] Las guerras de los romanos son las samníticas y la de Tarento. La guerra contada por Livio, en la que se hizo un valioso botín de anillos, es la segunda guerra púnica. <<

[229] La gente que se opuso a la conquista de Roberto el Guiscardo, en Apulia, en el siglo XII. <<

[230] En Ceperano están recogidos, según Dante y otros contemporáneos, los restos de los que murieron en una batalla ganada por Carlos I de Anjou. Sin embargo, parece que confundían a Ceperano con Benevento, que fue donde en realidad se desarrolló el combate. Los apuleses fueron «bastardos» porque los varones que estaban guardando un puente traicionaron la consigna y dejaron pasar a Carlos, quien sacó ventaja sobre sus enemigos. <<

[231] Erardo de Valery, condestable de Champaña (Alardo para los italianos), consiguió inclinar una batalla a favor de Carlos I de Anjou haciendo intervenir decisivamente a sus tropas. <<

[232] Dante consideraba a Mahoma un cismático que separó a muchos cristianos de la verdadera fe. Por eso le imagina separando en dos su pecho. <<

[233] Fray Dolcín, es decir, Dolcino Tornielli, de Novara, se puso a la cabeza de la secta de los hermanos apostólicos, fundada en 1260 por Segarelli, quien fue quemado en Parma el año 1300. Dolcino se hizo pasar por apóstol y profeta, y Clemente V lanzó una cruzada contra él. El hereje se fortificó en el monte Zibello, pero tuvo que rendirse por hambre y fue quemado vivo en 1307. <<

[234] El *novarés* es el obispo de Novara, que luchaba contra fray Dolcín, sobre quien no triunfaría con facilidad si no podía hacerle rendirse por hambre. <<

[235] Pier da Medicina fue un hombre maldiciente que encendió repetidas discordias entre las familias y las ciudades de la Emilia y la Romaña. Su biografía está poco documentada. <<

[236] Angiolello di Carignano y Guido del Casero eran los dos personajes más importantes de Fano. <<

[237] De la traición de que fueron víctimas no existen más noticias que las que da Dante en estos versos. Malatestino Malatesta, señor de Rímini, era tuerto, y por eso le llama *traidor que sólo ve con uno*. Según Dante, los llamó a un parlamento y los hizo hundirse en el mar, por lo que no tuvieron necesidad de confiar sus ruegos ni sus lamentos al viento de Focara. El mar estaba casi siempre borrascoso frente a la colina de Focara, cerca de Católica, y los navegantes rezaban para tener una buena travesía o se lamentaban, según los casos. Pero Angiolello y micer Guido fueron ahogados en el mar antes de que llegasen frente a Focara. <<

[238] Curión, según Lucano (*Farsalia*, I, 280 ss.), fue quien aconsejó a César que atravesase el Rubicón y, en consecuencia, entrase en guerra con el senado romano, provocando así una escisión en Roma. <<

[239] Mosca dei Lamberti fue un florentino que mientras se discutía entre los Amidei cómo vengarse de la ofensa que les había hecho Buondelmonte dei Buondelmonti, pronunció la frase transcrita por Dante, dando con ella a entender que había que matar a Buondelmonte sin pensar en las consecuencias, que fueron trágicas para su propia familia. <<

[240] Bertrán de Born fue uno de los más célebres trovadores provenzales. Era señor de Autafort y en algunas de sus composiciones poéticas cantó el gozo que le producía guerrear. Corrió el rumor de que había instigado contra Enrique II de Inglaterra a su hijo Enrique, llamado el rey «joven», al que el padre había asociado al reino. <<

[241] Aquitofel, consejero de David, apoyó a Absalón en la rebelión contra su padre, según se cuenta en 2 Reyes 15-17. <<

[242] Geri del Bello era hijo de Bello y hermano de Bellincione, abuelo de Dante. Hombre violento, fue muerto por Brodaio dei Sacchetti. Parece ser que, posteriormente, fue vengado por sus nietos. <<

[243] Se refiere a Bertrán de Born (véase XXVIII, 134). <<

[244] Valdiquiana (Val di Chiana) es el valle que hay al sur de Arezzo. En la época de Dante estaba lleno de pantanos que eran focos de malaria. <<

[245] El mal de Maremma, zona litoral de la Toscana, era también la malaria, y asimismo el de Cerdeña. <<

[246] Ovidio (*Metamorfosis*, VII, 523-657) cuenta que Juno, enfurecida contra la ninfa Egina, de la que se había enamorado Jove, lanzó sobre la isla en que aquélla vivía una peste tan mortífera que únicamente sobrevivió el rey Éaco. Éste pidió entonces a Jove, y lo obtuvo de él, que repoblase la isla convirtiendo en hombres a las hormigas que había junto a la encina a cuya sombra se sentaba. <<

[247] Los antiguos comentadores aseguran que este condenado era Griffolino d'Arezzo, quien tenía fama de gran alquimista y, según se deduce de sus informes, un ilusionista o mago que fingía actos maravillosos. <<

[248] Cuanto dice este otro condenado es irónico y tiende a desprestigiar a los sieneses. Stricca dei Salimbeni fue muy gastoso y de vida desordenada; es posible que Niccolò dei Salimbeni fuese hermano suyo: lo seguro es que fue tan desordenado y dilapidador como él. En cuanto a Caccia d'Ascian (o Asciano), se sabe que fue un patricio sienés que consumió su patrimonio en diversiones. Por su parte, Bartolomeo dei Folcacchieri, apellidado *Abbagliato* («alucinado») tampoco debió de ser de muy buen juicio, pues se sabe que fue multado por sus excesos en la bebida. <<

[249] Capocchio da Siena fue amigo personal de Dante y parece que imitaba con gracia y exactitud a las personas, pero lo que le perdió fue el falsificar los metales por medio de la alquimia, por lo que fue quemado en 1293. <<

[250] Dante se basa en Ovidio (*Metamorfosis*, IV, 512-530) para proponer este ejemplo con valor de símil, que cuenta cómo Atamante, rey de Orcomeno, fue enloquecido por Juno a causa de los amores de Jove como Semele, de los que nació Baco. <<

[251] Según Ovidio (*Metamorfosis*, XIII, 1045-1095), Hécuba, esposa de Príamo, rey de Troya, enloquecida por el dolor, fue convertida en perro. <<

[252] Gianni Schicchi dei Cavalcanti fue florentino y, como el sienés Capocchio (véase XXIX, 136) hábil en remedar al prójimo. De acuerdo con Sione de'Donati, sobrino de Buoso, se hizo pasar por este último introduciéndose en su lecho de muerte y testó falsamente a favor del sobrino reservándose para él una mula famosa en toda Toscana, según algunos escritores de la época, o una yegua según Dante, además de algunos centenares de florines. <<

[253] Ovidio cuenta (*Metamorfosis*, X, 298 ss.) que Mirra, hija del rey Cinira de Chipre, se enamoró de su padre y, con la ayuda de su nodriza, se introdujo en el tálamo paterno fingiendo ser otra mujer. Cuando el padre se enteró del engaño, quiso matarla, pero ella huyó a Arabia, donde fue transformada en la planta que lleva su nombre. <<

[254] Véase nota al verso 32. <<

[255] No se sabe con seguridad quién fuese este personaje. <<

[256] Falsificó florines de Florencia, monedas en una de cuyas caras estaba la imagen de San Juan Bautista. <<

[257] Se refiere a los tres hijos del conde Guido (Guido II, Alejandro y Aguinolfo), que le incitaron a hacer la falsificación. <<

[258] Fonte Branda es un manantial cercano a Casentín. <<

[259] Se trata de la mujer de Putifar, que, según Génesis 39:6-23, acusó falsamente a José de haber intentado violarla. <<

[260] Sinón el de Troya (*Eneida*, II, 57-194) fue un griego que, fingiéndose perseguido por sus compañeros, convenció al rey Príamo y a los troyanos, por medio de mentiras, para que introdujesen en la ciudad el caballo de madera lleno de guerreros griegos. <<

[261] El espejo de Narciso, según la conocida fábula narrada por Ovidio (*Metamorfosis*, III), es la superficie del agua. <<

[262] La lanza de Aquiles y de Peleo, su padre, podía sanar las heridas que ella misma había hecho. <<

[263] Montereggion (Montereggione) es un castillo situado al norte de Siena. <<

[264] Alusión a la guerra entre Zeus (Jove) y los Gigantes, en la que aquél les combatió con sus rayos. <<

[265] La *piña de San Pedro de Roma* era un ornamento fabricado en bronce que, en la época de Dante, se encontraba ante la basílica de San Pedro y que hoy se encuentra en el patio al que da nombre. Tiene algo más de cuatro metros de altura. <<

[266] Los *frisios* o frisones tenían fama de ser hombres extraordinariamente altos y atléticos. <<

[267] Estas palabras no se corresponden con las de ningún idioma conocido. Son, en realidad, palabras hebreas deformadas por Nemrod, quien hablaba una lengua imprecisa debido a la confusión de lenguas, provocada por el intento de construcción de la torre de Babel. Sin embargo, Virgilio (véase más abajo) las interpreta como una autoacusación. <<

[268] Nemrod (Génesis 10:8-10) fue el fundador de Babilonia y su primer rey. Era un gran cazador y hombre extraordinariamente soberbio: por eso quiso construir una torre, la de Babel, que llegase al cielo. <<

[269] Efialte fue hijo de Neptuno y de Ifimedia y uno de los Gigantes más fuertes y agresivos que lucharon en Flegra contra Zeus. <<

[270] Briáreo o Briareo fue un hijo de Urano y de la Tierra. Era uno de los Centimanos, y no propiamente un Gigante, en la *Teogonía* de Hesíodo; pero a Dante le llegaron probablemente noticias de él a través de otras fuentes en las que la palabra *gigante* designaba a un ser de estatura extraordinaria y no a los monstruos de la primitiva mitología cuyas piernas y pies eran cuerpos y cabezas de serpientes. <<

[271] Anteo era hijo de Neptuno y de la Tierra y, por ello, era invencible cuando estaba apoyado en el suelo. No tomó parte en la lucha contra Zeus, por lo que Dante le deja en libertad en el pozo de los Gigantes. Fue muerto por Hércules mientras lo mantenía en vilo. <<

[272] Se refiere a Zama, donde Escipión hizo retroceder al ejército de Aníbal. <<

[273] Tifo (o Tifón) o Tifeo fue uno de los que movieron a la guerra a los dioses en la batalla de Flegra, lo mismo que Ticio. Ambos son recordados en la *Farsalia* y en las *Metamorfosis*. <<

[274] Se refiere a la lucha sostenida entre Hércules y Anteo, que terminó con la muerte del último. <<

[275] Garisenda es la más baja de las dos célebres torres de Bolonia. <<

[276] Se refiere a las Musas, de las que era devoto Anfión, por lo que acudieron en su ayuda cuando fue encargado de construir las murallas de Tebas y le aconsejaron que sonando su cítara, arte en el que era maestro consumado, moviese a las piedras, como según la fábula sucedió. <<

[277] Osterlic (Osterlicchi) es el nombre toscano medieval para Austria. También se decía Austerric, Osteric y Sterlicchi. <<

[278] Tanais es nombre medieval para designar al río Don. <<

[279] Tambernic es el nombre de una montaña eslava, pero no sabemos a cuál se referían los contemporáneos de Dante con este nombre. <<

[280] Pietra Apuana es una montaña de los Alpes, cuyo nombre actual es Monte Pania. <<

[281] Estos condenados son Napoleón y Alejandro, condes de Mangona, que primero trataron de traicionarse y después se mataron el uno al otro. <<

[282] Caína es el nombre de la primera división del círculo noveno y último del Infierno. En ella se encuentran los traidores a sus familiares. <<

[283] Dante se refiere a Mordrec, personaje de la novela *Lanzarote del Lago* (véase V, 127 y 137). Era hijo, o tal vez sobrino, del rey Arturo y trató de matarlo o de apoderarse de su reino, pero el rey le atravesó el pecho con una lanzada y, al sacar la lanza, el Sol pasó por la herida, de manera que su luz rompió la sombra que proyectaba el cuerpo del traidor al dar sobre ella después de haber atravesado el agujero de la lanzada. <<

[284] Focaccia es el sobrenombre de Vanni dei Cancellieri del partido de los Blancos y natural de Pistoya. Hombre de gran fuerza y de carácter violento, mató a traición a su primo Detto. <<

[285] Sassolo Mascheroni era florentino y tutor de uno de sus nietos, al que mató para apoderarse de su herencia. Descubierto su crimen, fue brutalmente ajusticiado. <<

[286] Camicion dei Pazzi pertenecía a una familia gibelina del valle del Arno y mató a traición a su pariente consanguíneo Ubertino dei Pazzi. Carlino dei Pazzi entregó por dinero a los Negros de Florencia el castillo de Piantravigne, a consecuencia de lo cual fueron muertos muchos Blancos. <<

[287] El condenado habla de la batalla de Monteaperti (1260), en la que traicionó a los güelfos de Florencia, que fueron derrotados. En esta batalla tuvo una participación importante Farinata degli Uberti (véase X, 32). <<

[288] Antenora es la segunda división del noveno y último círculo del Infierno, en la que se encuentran los traidores a su patria o a su partido. Dante le da este nombre por el príncipe troyano Antenor, quien, según algunos comentaristas de la *Eneida*, causó la ruina de Troya entregando el Paladio a los griegos y abriendo el caballo de madera (véase XXVI, 60 y 63). <<

[289] El condenado es Bocca degli Abati, autor, como se comprende, de la traición que de hemos hablado más arriba, en la nota al verso 81. <<

[290] Buoso di Dovera, señor de Cremona, quien, encargado por Manfredo de resistir en Lombardía al ejército de Carlos de Anjou, se dejó comprar por el dinero de los franceses y les dejó pasar sin presentarles batalla. <<

[291] Tesauro dei Beccaria fue acusado de haber conspirado con los gibelinos, y por este motivo fue decapitado en Florencia en 1258, por los güelfos de la ciudad. <<

[292] Gianni dei Soldanieri fue un florentino que durante el gobierno de Catalano y Loderingo (véase XXII, 103-106 y 108) abandonó al partido gibelino y se puso al frente de las bandas populares para conquistar el poder. <<

[293] Este Canelón es el conocido traidor del *Cantar de Roldán*. Tebaldello dei Zambrasi, de Faenza, entregó a su ciudad en 1280 haciendo entrar por la noche a los Geremei de Bolonia para que se vangasen de una ofensa de los Lambertazzi. <<

[294] Tideo fue uno de los siete reyes contra Tebas. Según narra Estacio (*Tebaida*, VIII, 740-763), este personaje, que era el rey de Caledonia, fue herido mortalmente por Menalip, un guerrero tebano. Tideo logró herirle a su vez y pidió a los suyos que le llevasen su cabeza, a la que mordió ferozmente mientras agonizaba. <<

[295] Ugolino di Guelfo della Gherardesca, conde de Donoratico, señor de pisa. Perteneció a una familia gibelina de origen lombardo y se puso de acuerdo con su yerno Giovanni Visconti para entregar el mando de su ciudad a los güelfos. Fue hecho prisionero y exiliado, pero en 1276 pudo, con ayuda de sus nuevos aliados, entrar en la ciudad. Posteriormente mandó la flota durante el encuentro de Meloria (1284) entre pisanos y genoveses. Entonces, y para defenderse de la liga que formaron, contra Pisa, Génova, Florencia y Lucca, el conde Ugolino asumió el mando de Pisa y, con objeto de asegurarse la neutralidad de Lucca y Florencia, les cedió algunos castillos. Su gobierno fue tiránico y estuvo en manos de los güelfos. Vueltos a Pisa los prisioneros de Meloria, que eran gibelinos, en 1288, Ugolino entró en tratos con ellos, pero el arzobispo Ruggieri (véase la nota siguiente) le arrebató el gobierno y le hizo prisionero por sorpresa. Le encerró en la torre de Pisa con dos hijos y dos sobrinos —y no cuatro hijos, como dice Dante a efectos poéticos— y los condenó a morir de hambre en 1289. <<

[296] Ruggieri fue arzobispo de Pisa desde 1278. Se llamaba Ruggieri degli Ubaldini y murió en 1295. <<

[297] Se refiere al monte de San Julián, que se encuentra entre Pisa y Lucca. <<

[298] Los Lanfranco, los Gulando y los Sismondi eran tres familias que se habían aliado con el arzobispo Ruggieri en contra del conde Ugolino y de su familia (el *lobo* y los *lobeznos*). Los *perros* parecen simbolizar el pueblo pisano. <<

[299] La Capraia y la Gorgona son dos islas que se encuentran frente a la desembocadura del río Arno. <<

[300] Tebas era famosa por las atrocidades cometidas por los descendientes de Cadmo, su fundador (véase XXV, 97). <<

[301] Fray Alberigo dei Manfredi, fraile gozoso de Faenza. Enemistado con su pariente Manfredi, invitó a comer a éste y a su hijo. Al terminar la comida, y tras pronunciar las palabras: «¡Vengan las frutas!», sus sicarios salieron y asesinaron a sus dos parientes. <<

[302] Tolomea es la tercera división del círculo noveno y último del Infierno, en la que se encuentran los traidores a los allegados y amigos. Dante le da este nombre por el rey hebreo Tolomeo, quien, según 1 Maccabeos 16:11-16, hizo matar a traición durante un banquete a su suegro y a dos cuñados. <<

[303] Átropos es una de las tres Parcas, precisamente la que corta el hilo de la vida, haciendo que el alma se separe del cuerpo. <<

[304] Branca Doria, de poderosa familia genovesa, era yerno de Michele Zanche (véase XXII, 89) y, deseando entrar en posesión de sus bienes, le invitó a un banquete y le hizo matar. <<

[305] No sabemos quién pudo ser este *deudo* o pariente de Branca Doria. <<

[306] Esta *sombra* es la de fray Alberigo (véase v. 118). <<

[307] «Los estandartes del rey [del Abismo] avanzan hacia nosotros». Estos estandartes parecen ser las alas de Lucifer o, con una metáfora más audaz, las ráfagas de viento que mueven. Las palabras latinas están tomadas del primer verso de un himno a la cruz escrito por Venancio Fortunato en el siglo IV. <<

[308] Dite es el nombre que Dante da a Lucifer (véase VIII, 68). <<

[309] Como es bien sabido, Bruto y Casio traicionaron a César, cabeza del Imperio, lo mismo que Judas traicionó a Cristo, cabeza de la Iglesia. En el contexto de la *Comedia* son los tres mayores pecadores de la historia. <<

[310] Son las siete y media de la mañana. <<

[311] «Tú crees estar ahora al otro lado del centro de la tierra, donde me agarré por primera vez a Lucifer (el *gusano*) que allí la perfora.» <<

[312] «Estuviste al otro lado del centro de la tierra mientras yo bajaba agarrado al cuerpo de Lucifer; y el punto que atrae a todos los pesos (es decir, el centro de la tierra) lo pasaste cuando yo me revolví y empecé a trepar.» <<

[313] «Ahora tienes acceso al hemisferio austral, opuesto al boreal, que cubre la *gran seca*». El Génesis 1:10 llama *gran seca* a la tierra que emerge del mar y sobre cuyo punto más alto (en sentido espiritual), es decir, en el monte Calvario, fue crucificado Cristo. En la Edad Media se creía que todas las tierras se encontraban en el hemisferio boreal y que el austral estaba totalmente cubierto por las aguas. <<

[314] Dante supone que hay una pequeña esfera que rodea al centro de la tierra. En una de sus caras se encuentra la Judea infernal (que no hay que confundir con la tierra bíblica, y que toma su nombre de Judas Iscariote y es la cuarta división del noveno y último círculo del Infierno, en la que se castiga a quienes traicionaron a sus bienhechores), mientras los poetas descansan los pies en el lado opuesto de dicha esfera, que se corresponde con el hemisferio austral. <<

[315] La tierra *que acá se ve elevada* parece ser la montaña del Purgatorio (que Dante no ha contemplado todavía), formada por la tierra removida para dejar lugar al valle infernal. Efectivamente, el Infierno es un valle en forma de embudo y es un tremendo hueco en el que se podría encajar la montaña del Purgatorio. <<

[316] Dante usa la palabra *tomba* («tumba», «cárcava»), pero con esta palabra no parece referirse al Infierno, sino al pasaje subterráneo que en seguida conducirá a los poetas a contemplar las estrellas. <<

Notas de *Purgatorio*

[1] Calíope, musa de la poesía épica, es también la más importante de las Musas. Según la etimología de Macrobio, que fue generalmente aceptada durante la Edad Media, era «la de óptima voz». <<

[2] Ovidio (*Metamorfosis*, V, 302 ss.) dice que las nueve Piérides, hijas del rey Pierio de Tesalia, desafiaron a cantar a las nueve Musas, para lo que se trasladaron al monte Parnaso y nombraron jueces a las Ninfas. Las Piérides cantaron las maldades de los dioses, y Calíope, que fue declarada vencedora por las Ninfas, sus loas. Habiéndose rebelado contra la sentencia, las Piérides fueron convertidas en urracas. Las *Glosas anónimas* estiman que el poeta, al nombrar a las Urracas, puede aludir a sus émulos y adversarios. También se quiere ver una alusión a que el canto de Dante será en todo conforme a la fe. <<

[3] Se refiere a Venus, que, según *Convivio*, II, 5,1 3, hace que «las almas de aquí abajo se enciendan de amor». La indicación astronómica indica que se acerca la hora del alba. <<

[4] Los comentaristas están de acuerdo en que estas *cuatro estrellas* son las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. <<

[5] Se discute quién es la *primera gente*: Adán y Eva, que dejaron de verlas al ser expulsados del Paraíso Terrenal situado en la cumbre de la montaña del Purgatorio, o las gentes de la Edad de Oro, o los romanos, cuyo orden jurídico ejemplar reflejaría dichas virtudes. <<

[6] El guardián del Purgatorio no es otro que el espíritu de Catón de Utica, que se suicidó el año 46 a. C. por no querer presenciar, a consecuencia de la victoria de César, el fin de las libertades romanas. Dante, no obstante tratarse de un suicida (véase *Infierno*, XIV), y en vista sin duda de los nobles motivos que le determinaron a quitarse la vida, no sólo no le supone condenado, sino que, sobre presentarlo en un cargo tan importante, anuncia su salvación al aludir a la clara veste que un día lucirá (en el Paraíso). <<

[7] Marcia fue la mujer de Catón, quien la cedió a su amigo Hortensio para que tuviese hijos. Muerto éste, Marcia volvió a su primer marido para que nadie pensase que contrajo nupcias con Hortensio por haber sido arrojada de su presencia y repudiada. <<

[8] Alusión al naufragio de Ulises frente a la montaña del Purgatorio (véase *Infierno*, XXVI, 130-142).
<<

[9] A lo largo de esta segunda cantiga, el poeta gusta de comparar las horas que, en un momento dado, son en el Purgatorio, situado en el hemisferio austral, y en uno o varios lugares del hemisferio boreal. Con ello alude claramente a la posición geográfica que atribuye a la montaña del Purgatorio, situada, según él, en las antípodas de Jerusalén. Según la concepción del mundo expresada por Dante en su *Quaestio de acqua et terra*, 5, a la que remitimos al lector, Jerusalén se encontraría en el centro de la tierra habitada, en el hemisferio boreal, y las penínsulas indostánica e ibérica en sus extremos. En consecuencia, y según las inexactas mediciones de la época, el Sol había llegado al horizonte occidental de Jerusalén; la noche, mientras, iba saliendo de la región del Ganges y apuntaba por el horizonte oriental de la misma ciudad. Por lo tanto, en la India era medianoche, mientras en Jerusalén estaba anocheciendo y en España era mediodía. Luego estaba amaneciendo el cuarto día del viaje dantesco, en el Purgatorio. La *Balanza* es la constelación zodiacal de Libra, que la noche «sostiene aún con sus manos», pero que se le caerá de ellas cuando el Sol entre en la misma. <<

[10] *In exitu Israel de Aegypto* («Al salir Israel fuera de Egipto»), principio del Salmo 113. La liberación de los israelitas del dominio del Faraón se compara con la de las almas del que ejerce el demonio sobre ellas mientras están en el mundo. <<

[11] El Sol empieza a disparar sus rayos, que forman el día, en el momento en que la constelación zodiacal de Capricornio abandona el meridiano del Purgatorio. Está, pues, amaneciendo, tal como se ha dicho en la nota al verso 6. <<

[12] Aunque aquí se dice que las *sombras* son *vanas*, «incorpóreas», recordemos que en el Infierno son tratadas como cuerpos tangibles en varias ocasiones (Ciampolo herido por los Malasgarras, Ugolino royendo la cabeza del arzobispo Ruggieri) y que incluso Dante es tomado en brazos por Virgilio o cabalga a un Centauro. En el Purgatorio, en cambio, se observa una tendencia a la inmaterialización total de las almas, si bien no faltan las contradicciones: Virgilio, por ejemplo, abraza a Sordello pero no puede ser abrazado por Estacio. Luego, en el Paraíso, las almas serán pura luz. He hablado de contradicciones, pero, en realidad, no las hay, pues todo depende de una razón puramente poética: la que deriva de la oportunidad de la situación, que es la que verdaderamente cuenta en un escrito poético. <<

[13] No se ha podido averiguar con certeza quién fuese este Casella, al que muchos tienen por florentino y algunos por pistoyés. Sin duda, se trata de un músico y cantor que debió de poner música a algunas poesías de Dante. <<

[14] Es decir, «¿cómo has tardado tanto en venir aquí después de muerto?». Pues Casella había muerto unos tres meses antes (v. 98). <<

[15] Se supone que las almas deben esperar a ser embarcadas para el Purgatorio de acuerdo con la voluntad de Dios, que se basaría en razones diferentes pero siempre justas. Sin embargo, habiendo empezado el jubileo durante la Navidad de 1299, apenas si han tenido que esperar, por haberse acogido a sus beneficios espirituales. <<

[16] Primer verso de la canción comentada en *Convivio*, III, que debió de ser escrita alrededor de 1294. La canción no va dirigida a Beatriz y trata de las excelencias de la filosofía y del amor. <<

[17] Véspero se encuentra sobre Nápoles, es decir, está atardeciendo en dicha ciudad. Virgilio murió en Brindis el año 19 a. C., cuando volvía de Grecia. Por orden de Augusto, sus restos fueron trasladados a Nápoles. <<

[18] El «qué». <<

[19] Manfredo (Manfredi) fue hijo natural del emperador Federico II de Suabia (véase *Infierno*, X, 119). Al morir su padre en 1250, asumió el gobierno de Sicilia y Nápoles y se ganó el favor de sus súbditos por sus dotes de bondad y de inteligencia. Muerto su hermano Conrado, que había quedado en Alemania, le sucedió Conradino, menor de edad, bajo la tutela del papa Inocencio IV, quien, irritado contra Manfredo por su política progibelina, le excomulgó, lo que no impidió que fuese coronado rey en Palermo en 1258. Su lucha contra el papado continuó bajo los pontificados de Alejandro IV y Urbano IV, el último de los cuales, que era francés, logró de Luis IX que enviase a su hermano Carlos de Anjou con un ejército para hacer la guerra a Manfredo. Los gibelinos del norte de Italia no le dieron batalla, gracias a la traición de Buoso di Dovera (véase *Infierno*, XXXII, 115-117). Una vez en Roma, Carlos fue coronado rey de Nápoles y Sicilia por Clemente IV, también francés. Manfredo se defendió valiente y desesperadamente, pero fue aprisionado y muerto cerca de Benevento en 1266. Los soldados cubrieron sus restos con un majano, pero el obispo de Cosenza mandó desenterrarlos y dejarlos insepultos junto al río. El historiador florentino Villani, del partido güelfo, acusa a Manfredo de disoluto y lujurioso y de vivir entre juglares y concubinas (en lo que no habría hecho sino seguir el ejemplo paterno), pero reconoce su hermosura, su generosidad y su cortesía. El arrepentimiento final que le supone Dante es una interesante invención poética basada en la infinita misericordia de Dios y en sus simpatías políticas. <<

[20] Constanza era la mujer del emperador Enrique VI, hijo de Federico I Barbarroja; fue madre de Federico II. <<

[21] La hija de Manfredo se llamaba también Constanza, y se casó con Pedro III el Grande de Aragón, del que tuvo a Federico, rey de Sicilia, y a Jaime, sucesor de su padre. <<

[22] Es decir, las oraciones de *los de allá* (los vivos) acortan las penas del Purgatorio. <<

[23] El Sol, que recorre quince grados por hora, había subido cincuenta grados; es decir, habían pasado desde que salió tres horas y veinte minutos. <<

[24] Noli, pueblecito ligur cercano a Savona, cercado por las rocas; para llegar a él había que bajar una escalera tallada en la piedra. Sanleo (o San Leo), localidad cercana a San Marino, a la que se subía por un camino tallado en la roca. Bismantua (Bismantova), pueblo de Reggio Emilia, situado en lo alto de un monte; en la Edad Media, era una plaza fuerte. La comparación resalta lo abrupto del terreno. <<

[25] Es decir, su inclinación era superior a cuarenta y cinco grados. <<

[26] Este fenómeno se produce porque el poeta se encuentra en el hemisferio austral. Dante finge ignorar que el levante de Jerusalén se corresponde con el poniente del Purgatorio, situado en sus antípodas. <<

[27] Aquilón es el viento septentrional, y está aquí por «norte». <<

[28] El Sol, que alumbra ambos hemisferios. <<

[29] Si el Sol se encontrase en la constelación de Géminis (Castor y Pólux), se vería el zodiaco girar más cerca de las Osas Mayor y Menor, más al norte por lo tanto. Ahora bien, esto no ocurre porque el Sol se encuentra en Aries. <<

[30] Véase Canto XVII, 106. <<

[31] Cuando el Sol está en el trópico de Capricornio es invierno en el hemisferio boreal; cuando está en el de Cáncer, lo es en el austral, lo que hace que, en efecto, pueda decirse que el Sol se halla siempre entre el trópico y el invierno, aunque éste se traslade periódicamente de un hemisferio al otro. <<

[32] Este Belacqua podría ser el fabricante de instrumentos musicales de cuerda Duccio di Bonavia. Según el *Anónimo florentino*, procuraba estar sentado el mayor tiempo posible. Habiéndoselo afeado amistosamente Dante, se justificó con el dicho de Aristóteles según el cual «sentado y reposando el hombre llega a ser sabio», a lo que el poeta le habría respondido: «Entonces, ciertamente, jamás ha sido nadie más sabio que tú». <<

[33] «El cielo ha de girar en torno a mí tantos años como los que yo tenía al morir.» Esta ley del Antepurgatorio, en el que todavía se hallan los poetas, aplicable a los tardos en arrepentirse, es paralela a la más severa de los excomulgados, que deberán esperar, antes de entrar en el verdadero Purgatorio, treinta veces el tiempo que duró su excomunión (véase III, 136-141). El Antepurgatorio y sus leyes, suavizadas siempre por las oraciones y obras meritorias de los vivos, son una brillante invención dantesca que permite al poeta introducir dos nuevos círculos (el de los excomulgados y el de los tardos), que, sumados a los siete en que las almas purgan los pecados capitales, dan un total de nueve, número de los círculos infernales y de los cielos del Paraíso. <<

[34] En el Purgatorio es mediodía, mientras en el hemisferio norte es medianoche, pues Marruecos, su extremo occidental, ya es «pisado» por la noche. <<

[35] Se trata del Salmo 50. <<

[36] Parece que estas exhalaciones ardientes son las estrellas fugaces. <<

[37] Este estado es la Marca de Ancona, situada entre la Romana y el reino de Nápoles, que, en la época, estaba regido por Carlos de Anjou (véase III, 1 12). <<

[38] Fano, ciudad de la costa adriática cerca de Ancona. De ella salieron «los dos buenos», Angiolello di Carignano y micer Cuido del Cassero, a tratar con Malatestino Malatesta, quien los hizo asesinar a traición (véase *Infierno*, XXVIII, 76 ss. y 90). <<

[39] Quien está hablando es Iacopo di Uguccione del Cassero, perteneciente a una noble familia de Fano. En 1288 figuraba entre los güelfos llegados de las Marcas como aliados de los florentinos en su lucha contra los gibelinos de Arezzo (Toscana). Entre estos últimos se encontraba Buonconte (o Bonconte) da Montefeltro, al que en seguida veremos (vv. 85 y ss.) a su lado. Del Cassero fue podestá de Bolonia en 1296-1297, combatida entonces por Azzo VIII d'Este, marqués de Ferrara, que contaba con aliados importantes en aquella ciudad. El podestá la defendió con inteligencia y valor, pero se excedió al tratar de desacreditar a su rival diciendo que había yacido con su madrastra, que era hijo de una lavandera y que era malvado y cobarde. Azzo juró vengarse de él e Iacopo huyó a Fano, pero sin dejar de hostigar desde allí al marqués. En 1298 aceptó el cargo de podestá de Milán y, para despistar a los sicarios del estense, hizo un viaje largo y absurdo pasando por Venecia, a la que llegó por mar, pero, debido seguramente a una traición de Malatestino da Rímini (véase *Infierno*, XXVII, 46-48), que deseaba apoderarse de Fano, Azzo conoció los planes de viaje de Iacopo y éste fue sorprendido en Oriago, cerca de Mestre, y muerto. Su cuerpo fue enterrado con todos los honores en la iglesia de Santo Domingo. 75. Llama *antenores* a los paduanos porque, según una tradición recogida por Tito Livio, I, 1, Padua fue fundada por el príncipe troyano Antenor. Del Cassero fue, pues, herido en territorio paduano. (No hay que confundir éstos con la Antenora de *Infierno*, XXXII, 89, que toma su nombre de este mismo príncipe, según se explica en la nota al verso citado.) <<

[40] Mira, localidad paduana situada en el camino de Padua a Venecia. <<

[41] Buonconte da Montefeltro fue hijo de Guido (véase *Infierno*, XXVII, 19-1 32) y le armó caballero el emperador Rodolfo. Luchó contra los güelfos de Arezzo en 1267, y en 1268 junto a los aretinos que derrotaron a los sieneses; el año siguiente capitaneó a los guerreros gibelinos de Arezzo que batallaron contra los güelfos de Florencia en Campaldino. Buonconte murió en esta batalla, entre cuyos vencedores figuraba Dante. <<

[42] Giovanna era la viuda de Buonconte. <<

[43] El Casentino es el valle superior del Arno, que limita al norte con el monte Falterona, donde nace este río, al este de los Apeninos. El Arquiano (Archiano) es un afluente de la margen izquierda del Arno. <<

[44] Es decir, donde el Arquiano pierde su nombre al confluir con el Arno. <<

[45] El Pratomagno es la cadena montañosa que, partiendo del Apenino toscano, desciende hacia el sur y limita a la izquierda el Casentino, y a la derecha el valle medio del Arno. <<

[46] Se trata, probablemente, de Pia dei Tolomei, de Siena, que se casó con Nello dei Pannocchieschi, quien posteriormente la hizo encerrar en su castillo de Maremma (véase *Infierno*, XXV, 19), donde la asesinó o hizo asesinar. Los comentadores más antiguos no se pusieron de acuerdo sobre los motivos del parricida. <<

[47] Se trata del jurisconsulto aretino Benincasa da Laterina, que, siendo juez en Siena, condenó a muerte a un hermano y a un tío del bandido Ghino di Tacco. Poco después, Benincasa fue llamado a Roma por Bonifacio VIII y, estando en una sesión, Ghino se disfrazó de mendigo, penetró en la sala y le decapitó. Parece que este Ghino fue el modelo del bandido generoso de Boccaccio y que era temido incluso por el Sumo Pontífice. Murió violentamente en una emboscada. <<

[48] Guccio dei Tarlati da Pietramala, que se ahogó en el Arno luchando contra una partida de güelfos. El verso dantesco no aclara si era el «cazador» o el «cazado». <<

[49] Federigo Novello, hijo de Guido Novello, que gobernó Florencia en nombre de Manfredo (véase III, 112), murió a manos de los güelfos en 1291. *El pisano* fue un Farinata, o tal vez un Gano, hijo de Marzucco degli Scornigiani, que fue muerto por orden del conde Ugolino (véase *Infierno*, XXXIII, 13). <<

[50] Marzucco fue doctor en leyes y desempeñó importantes cargos políticos. Guittone d'Arezzo (véase XXIV, 56) le dedicó una de sus canciones. Se hizo franciscano del convento de Santa Croce en Florencia. Parece —aunque hay divergencia de pareceres— que su fortaleza consistió en firmar las paces con Ugolino, e incluso besar su mano, en beneficio de la tranquilidad pública. <<

[51] Orso degli Alberti, hijo del conde Napoleón, fue muerto por su primo Alberto, hijo del conde Alejandro, en 1286. Alberto fue muerto en 1325 por su sobrino Spinello (véase *Infierno*, XXXII, 57). La familia quedó extinguida y sus bienes pasaron al municipio de Florencia. <<

[52] Pier della Broccia (Pierre de la Brosse), hombre de confianza de los reyes de Francia Luis IX y Felipe III. Acusó a María de Brabante, segunda esposa del rey Felipe, de la muerte de su primogénito, habido de la primera mujer, para asegurar la sucesión del hijo que había tenido con él. María logró excusarse, pero acusó a Pierre de andar en tratos con Alfonso X de Castilla, que estaba en guerra con Francia, y Felipe le hizo ahorcar. Los hechos aludidos en el episodio ocurrieron en el año 1278. <<

[53] Exhortación a María de Brabante para que se arrepienta y no se vea en el Infierno. <<

[54] Sordello da Goito, en la región mantuana, fue un trovador y cortesano del siglo XIII, que escribió sus versos en lengua provenzal, no obstante ser italiano. Se ha tendido a considerar que su fama se debe principalmente a haber sido elegido por Dante como personaje del Purgatorio, pero, en realidad, su obra es una de las más brillantes de la última generación de los trovadores. Dante tuvo, por lo menos, dos buenas razones para su elección: era «paisano» de Virgilio y había escrito una composición titulada *Ensenbamen Honor*, en la que pasaba revista a muchos grandes de su tiempo para afearles sus faltas; así, ya veremos cómo en el canto Vil presenta a Dante y a Virgilio a varios de los grandes que se encuentran en el Antepurgatorio. La vida de Sordello fue también la de un exiliado, aunque no parece que por motivos políticos, como la de Dante. Se ha escrito que raptó a Cunizza da Romano, hermana de Ezzelino III da Romano y mujer del conde Ricardo, y se presentó con ella en la Marca de Treviso. Posteriormente contrajo matrimonio con Otta di Strasso y tuvo que huir también de esta Marca, yendo a parar a Provenza, donde entró en la corte de Ramón Berenguer IV. A su muerte, Sordello pasó a la corte de su yerno y sucesor Carlos de Anjou y con él entró en Italia cuando éste iba a debelar a Manfredo (véase III, 1 12). Mientras Carlos estuvo en Tierra Santa y realizó la campaña del Hainaut, parece que Sordello visitó, entre 1249 y 1257, las cortes de Aragón y Castilla. En 1266 era prisionero de los gibelinos de Novara, según prueba una carta del Papa a Carlos de Anjou, en la que le pedía que le rescatase, lo que hizo, colmándole acto seguido de honores y entregándole tierras y fortalezas en los Abruzos. Ya había muerto en 1269, fecha en que sus feudos fueron traspasados a un caballero provenzal. <<

[55] Alberto I de Habsburgo, emperador de 1298 a 1308, reinante pues en 1300, año en que se desarrolla la acción de la *Comedia*, se preocupó de los asuntos de Alemania y descuidó los de Italia. <<

[56] El padre de Alberto I de Habsburgo fue Rodolfo I (véase VII, 94). <<

[57] *El jardín del Imperio* es Italia. <<

[58] No parece que este verso se refiera a los célebres Capuletos y Mónteseos del drama *Romeo y Julieta* de Shakespeare, sino a dos partidos cuyas luchas estaban ensangrentando la Lombardía. <<

[59] Orvieto, en el centro de Italia, estaba siendo devastada por las guerrillas güelfas de los Monaldi y las gibelinas de los Filippeschi. <<

[60] Santafior era el condado de los Aldobrandeschi, que estaban siendo despojados de sus dominios por los sieneses. <<

[61] *Sumo Jove*, es decir, Jesucristo, rey del verdadero Olimpo, que es, para Dante, el Paraíso (véase XXIV, 15). <<

[62] <<

[63] Octavio Augusto (véase III, 25-27). 15. Le abrazó «más abajo del pecho […] donde era uso que abrazase el menor en dignidad o en edad» (*Anón imo floren tino*). <<

[64] La *Salve* es una oración que conviene a todas las almas del Purgatorio. <<

[65] Rodolfo I de Habsburgo (véase VI, 103), emperador de 1273 a 1291. Sus luchas contra los margraves alemanes le impidieron descender a Italia para afirmar y consolidar su autoridad. De hecho, el Imperio estuvo vacante desde que murió Federico II en 1250 hasta la llegada de Enrique Vil en el año 1308. <<

[66] Otocar II (Przemysl Ottokar) gobernó la Bohemia. Tuvo en su corte a Rodolfo, pero cuando éste fue elegido emperador se enemistó con él y murió guerreando en contra suya en 1278. Desde niño fue mejor de lo que era su hijo cuando ya tenía barba. Wenceslao IV, entonces reinante, tenía una leyenda muy curiosa: se decía que oía veinte misas al día y que a los veinticinco años tenía ya varios hijos naturales. Pero debía de tratarse de calumnias de sus enemigos, pues dejó fama de príncipe justo y bueno. <<

[67] Es Felipe III el Atrevido, rey de Francia de 1270 a 1285. Combatió contra Pedro III el Grande de Aragón y su flota fue destruida por Roger de Llúria, y así quedaron deshonradas las lises de Francia. Se dice que murió de la tristeza que le produjo esta derrota. El tratado de *benigno* es Enrique I de Navarra el Gordo, sucesor del rey Tebaldo II (véase *Infierno*, XXII, 52), su hermano. Murió en 1274. <<

[68] Los personajes a que se refiere la nota anterior eran parientes del rey *nefando*, es decir, de Felipe IV el Hermoso de Francia, zaherido en varios lugares de la *Comedia*. Felipe III era su padre y Enrique I su suegro. <<

[69] El *membrudo* es Pedro III el Grande de Aragón, rey de Sicilia después de las Vísperas, muerto en 1285. Era yerno de Manfredo. *El de la nariz superlativa* es Carlos I de Anjou, al que Dante supone salvado gracias a que, según la tradición, se arrepintió, ya vecina la muerte. 1 17. «Si Pedro III hubiera sido heredado por el jovencito que se sienta detrás de él, éste hubiera sido un gran rey, al heredar sus virtudes.» Esta referencia es muy oscura, pues Pedro III fue heredado por su hijo Alfonso III en el reino de Aragón. Tal vez se trate de su cuarto y último hijo, Pedro, que murió muy joven antes que su padre. 120. Jaime II de Aragón y Federico II de Sicilia tienen las coronas de estos reinos, pero no su mejor renta: las virtudes de Pedro III el Grande. Ambos reinaban en 1300. <<

[70] La Apulia y la Provenza lloran porque pasaron de ser gobernadas por el Narigudo (Carlos de Anjou) a serlo por su hijo Carlos II el Cojo, del que Dante tenía muy mal concepto. <<

[71] Tan inferior es Carlos II a Carlos I cuando Constanza, viuda de Pedro III, puede aún estar más contenta de su difunto marido que Beatriz de Provenza y Margarita de Borgoña, las dos mujeres de Carlos I, se sintieron contentas de él. Es decir, Carlos II es tan inferior a Carlos I como éste a Pedro el Grande. <<

[72] Enrique III de Inglaterra, muerto en 1272, tenido, más que por sencillo, por un inepto de buena fe. Su hijo Eduardo I, entonces reinante, fue llamado el Justiniano inglés porque dio forma definitiva a la constitución de su reino. También tenía fama de buen guerrero. <<

[73] Se trata de Guglielmo VII, llamado Spadalunga, marqués de Monferrato. Representó los intereses de su suegro, Alfonso X el Sabio de Castilla, en su candidatura al Imperio. En 1290 fue hecho prisionero por los ciudadanos de Alejandría de Italia, que lo encerraron en una jaula y lo expusieron al pueblo, por lo que murió de dolor. Su hijo Giovanni hizo la guerra, sin fortuna, a los alejandrinos y éstos le quitaron varias tierras del Monferrato y del Canavés. <<

[74] «*Te lucis ante termmum, rerum Creator*» Himno escrito por San Ambrosio, que se cantaba, precisamente a aquella hora, en la liturgia del tiempo. <<

[75] Es decir, mirando a lo más alto del cielo, donde las esferas giran unas dentro de otras, según la astronomía medieval. <<

[76] Niño di Giovanni Visconti, de ilustre familia de Pisa, fue juez, es decir, señor de Gallura, en Cerdeña. Fue exiliado por el arzobispo Ruggiero (véase *Infierno*, XXXIII, 13-14), pues era pariente del conde Ugolino. Combatió contra Pisa de 1288 a 1293. No estando satisfecho de la marcha de los asuntos de la ciudad después que hubo vuelto a ella, se exilió voluntariamente en Genova, cuya ciudadanía obtuvo. De allí partió a Cerdeña para poner remedio al mal gobierno de fray Gomita (véase *Infierno*, XXII, 81). Murió en 1296. <<

[77] Parece que Sordello, muy absorbido por la presencia de Virgilio, no se había dado cuenta, a la incierta luz del atardecer, de que Dante estaba vivo. <<

[78] Juana (Giovanna), hija única de Niño, tenía entonces nueve años. <<

[79] La viuda de Niño era Beatriz d'Este, hija de Obizzo II. La *blanca venda* era un tocado ceñido por las viudas, que ella cambió por su nuevo velo de desposada al contraer nuevas nupcias, hacia 1300, con Caleazzo Visconti. No parece que, en vida de Niño, le fuese muy fiel. <<

[80] Estas *tres centellas* simbolizan las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Más adelante, en el Paraíso Terrenal, aparecerán en forma de extrañas y hermosas mujeres. <<

[81] Val di Magra, es decir, la Lunigiana, por la que corre el río Magra. <<

[82] Conrado (Currado) Malaspina fue hijo de Federico I, marqués de Villafranca. No tuvo hijos varones y, por amor a su familia, no dejó bienes a su mujer ni a su hija, pues todos fueron a parar a sus hermanos y sobrinos. <<

[83] Se trata de una profecía: «No habrán pasado siete años antes de que seas recibido con honor por los Malaspina». En 1306, en efecto, Dante había sido huésped de esta familia durante el desempeño de una misión diplomática. <<

[84] Eos (la Aurora) se enamoró del mortal Titón, hijo de Laomedonte, y lo raptó. Se casó con él y pidió a Zeus que le concediese la inmortalidad, pero se le olvidó pedirle para él la eterna juventud. Titón envejeció y Eos le encerró, pero los dioses se apiadaron de él y le convirtieron en cigarra. Dante prescinde de esta segunda parte del mito, puesto que supone a la Aurora abandonando el lecho de Titón. Los comentaristas observan que la palabra *concubina* debe interpretarse en el sentido de compañera de lecho' y no en el de 'mujer ilegítima'. <<

[85] En Italia es la hora del alba. A dicha hora la constelación de Escorpio se encuentra alta en el hemisferio occidental, pero el poeta imagina que los resplandores del amanecer llegan hasta ella, es decir, que la Aurora tiende la cabeza hacia dicha constelación y queda adornada su frente con las estrellas que la forman. Mientras tanto, donde el poeta se encuentra la noche se había elevado *dos pasos* (dos horas) y la tercera comenzaba ya. <<

[86] Ahora amanece en el Purgatorio y Dante recuerda la fábula según la cual Procne fue convertida en golondrina, mientras su hermana Filomena era metamorfoseada en ruiseñor (*Metamorfosis*, VI, 412 ss.). <<

[87] Ganimedes fue raptado por el águila de Zeus, por el mismo Zeus metamorfoseado en tal ave, y llevado al Olimpo para ser su copero. Según la fábula más conocida, cazaba en un monte de la Tróade cuando fue raptado y separado de sus compañeros de caza. <<

[88] Según las ideas del tiempo, la región del fuego estaba situada entre la del aire (por ser más ligero que éste) y el cielo de la Luna. <<

[89] Tetis, la madre de Aquiles, deseando impedir que éste fuese a la guerra de Troya, pues sabía que, de hacerlo, moriría, le tomó mientras dormía cerca del centauro Quirón, que era su preceptor, y se lo llevó a Esciros, al palacio del rey Licomedes. Ulises y Diomedes (véase *Infierno*, XXVI, 63) supieron despertar su espíritu guerrero y lo llevaron con ellos. <<

[90] Santa Lucía, que parece simbolizar la gracia iluminante (véase *Infierno*, II, 97). <<

[91] Las *siete pes* representan los pecados capitales. Parece que, en este caso, Dante es tratado como un ánima penitente y que todas ellas deben recibir los estigmas gráficos. <<

[92] Según Lucano, cuando César volvió a Roma quiso apoderarse del tesoro público para recompensar a sus soldados. Dicho tesoro estaba guardado en la roca Tarpeya. El tribuno L. Cecilio Metelo se opuso, pero fue arrojado de allí por la fuerza; entonces, la roca Tarpeya resonó estridentemente *(Farsalia*, III, 154-155). <<

[93] El *Te Deum laudamus* es un himno litúrgico que, según una tradición piadosa, fue compuesto en colaboración por San Ambrosio y San Agustín cuando este último se convirtió. <<

[94] Según complicados cálculos astronómicos, se deduce que no dejaron atrás el desfiladero antes de las diez y media de la mañana. <<

[95] Policleto, escultor griego del siglo v a. C. <<

[96] El Arca de la Alianza prohíbe excederse en el oficio encomendado por Dios al hombre. Dante alude al levita Oza, que, viendo que el arca vacilaba, la sujetó para que no cayese, por lo que fue fulminado, hecho que el poeta parece interpretar como castigo a la presunción temeraria del sacerdote. <<

[97] La escena representa al rey David danzando ante el Arca de la Alianza y la vergüenza de su esposa Mícol, que no supo interpretar rectamente aquella acción (2 Reyes 6: 20-22). <<

[98] La anécdota, atribuida a Trajano por Dión Casio, fue muy celebrada en la Edad Media y queda suficientemente explicada en estos versos. *La gran victoria* del papa Gregorio Magno consistió en conseguir de Dios que sacase a Trajano del Infierno y le transportase al Paraíso, donde le encontraremos en el cielo del Sol (véase *Paraíso*, XX, 43-48). Estas tres escenas de humildad están esculpidas para aleccionar a los soberbios, en cuyo círculo se encuentran. <<

[99] *Su artista* fue el mismo Dios. <<

[100] Guglielmo Aldobrandesco perteneció a la familia gibelina de los condes de Santafiora, en el Grossetano. Dejó dos hijos, Omberto e Ildebrando. Este último fue padre de Margherita, mujer de Guido de Monforte. Guglielmo debió de morir antes de cumplir los cincuenta años. <<

[101] El alma que habla es la de Omberto, conde de Santafiora. Luchó contra Siena, que disputaba el poder a su familia, y murió a manos de los sieneses en Campagnatico, en 1259. <<

[102] Campagnatico era un castillo de Val d’Ombrone, en el Grossetano. <<

[103] Oderisi da Gubbio (o d'Agobbio). Trabajaba como miniaturista en la segunda mitad del siglo XIII. Fue amigo de Giotto y dos de sus misales miniados se conservaban en la canónica de San Pedro, en Roma. <<

[104] De Franco el Boloñés se sabe muy poco. Parece que trabajó entre finales del siglo XIII y principios del XIV, por lo que debía de estar vivo en 1300. <<

[105] Giovanni Cimabue, pintor florentino nacido hacia 1240 y todavía vivo en 1300, estaba muy pagado de sí mismo y de su obra, pero fue superado por su discípulo Giotto di Bondone, considerado como el fundador de la pintura moderna y autor de un probable retrato de Dante, en el que se ha basado casi toda la iconografía de nuestro poeta. <<

[106] Guido Cavalcanti, uno de los grandes poetas del *dolce stil novo* (véase XXIV, 49-62), fue amigo de Dante y se enemistó con él al final de su vida (véase *Infierno*, X, 63), y de él dice Oderisi que superó al otro Guido, es decir, al bolones Cuinizelli, iniciador de la nueva escuela (véase XXVI, 73-132), admitiendo, casi profetizando, que otro (Dante) será más famoso y mejor poeta que él. <<

[107] «Cuando eras un niño que apenas sabe hablar.» <<

[108] El cielo de las estrellas fijas, que se suponía ser el que gira más despacio. <<

[109] Provenzán (o Provenzano) Salvani, sienes, comandante de los gibelinos de Siena en la batalla de Monteaperti en 1260 (véase *Infierno*, X, 86). Tras la victoria, fue jefe indiscutible de Siena. Derrotado en Colle Valdelsa (1269), fue ejecutado por los florentinos. <<

[110] Dante alude a un hecho muy divulgado en su tiempo: Carlos de Anjou exigía diez mil florines por el rescate de un amigo de Provenzán, advirtiendo que le quitaría la vida si no se los pagaban en un breve término. Provenzán, en hábitos de mendigo, pidió humildemente limosna en la plaza de Siena y logró reunir la cantidad mencionada. En vista de este acto de humildad por parte de quien era tan poderoso (pero tan pobre), Dios le excusó de esperar en el Antepurgatorio. <<

[111] Oscura profecía: «Pronto sabrás lo que es andar mendigando, cuando seas desterrado». <<

[112] Desde este verso hasta el 63 hay en el original una serie acróstica que he creído oportuno conservaren la traducción, por fidelidad estilística e incluso filológica. Los versos 25, 28, 31 y 34 empiezan por *V*, los versos 37, 40, 43 y 46 empiezan por *O*, y los versos 49, 52, 55 y 58 comienzan por *Mo*. Unidas estas letras, dan *Vomo*, es decir, según la ortografía de la época, *Uomo* («hombre»). Ahora bien, este acróstico es recolectado en los versos 61, que empieza por *V*, 62, que empieza por O, y 63, que comienza por *Mo*. Empiezan aquí, en contraste con los ejemplos de humildad del Canto X, una serie de ejemplos de soberbia, para aleccionamiento de los penitentes. <<

[113] Ejemplo paralelo de la mitología pagana: Briareo (véase *Infierno*, XXXI, 98). <<

[114] Timbreo (Apolo), Palas y Marte se encuentran junto a Jove contemplando a los Gigantes vencidos por ellos cuando intentaban escalar el Olimpo. <<

[115] Nemrod (véase *Infierno*, XXXI, 67.) En Senar se empezó a edificar la torre de Babel. <<

[116] Saúl, vencido por los filisteos en Celboé, se atravesó con su propia espada para no caer vivo en manos de sus enemigos. David, su sucesor, maldijo a aquel monte prediciendo que jamás caería en él lluvia ni rocío (2 Samuel 1:21). <<

[117] Véase *Infierno*, XVII, 18. <<

[118] Roboán, hijo y sucesor del rey Salomón, al serle pedido por su pueblo que aligerase las cargas fiscales destinadas a construir el Templo, contestó arrogantemente; su ministro fue lapidado y él escapó atemorizado en un carro (1 Reyes 12:4 ss.). <<

[119] Erifile, mujer de Anfiarao (véase *Infierno, XX,* 34), reveló a Polinices, a cambio de un hermoso collar, el lugar en que se había escondido su esposo para no ir a la guerra de Troya, pues era adivino y sabía que moriría si participaba en ella. Su hijo Alcmeón vengó la muerte de su padre matando a Erifile. <<

[120] Ciro, rey de Persia, se negó a devolver a Tamiris, reina de Escitia, a su hijo, al que mató. Vencido Ciro, Tamiris hizo que le cortasen la cabeza y la arrojó a una vasija llena de sangre, pronunciando la frase del verso 57. <<

[121] El general asirio Holofernes, muerto por Judit durante el asedio de Betulia (Judit 8-15). <<

[122] Troya (Ilion) es ejemplo de soberbia, igual que en *Infierno*, I, 75. <<

[123] La hora sexta, esclava del día, es decir, su sierva. Hace seis que ha salido el Sol y ya ha pasado, pues, el mediodía. <<

[124] «Como, al subir la pendiente que conduce a la iglesia (San Miniato al Monte) que domina a la *bien gobernada* (Florencia, irónicamente), se encuentra a mano derecha, para nuestro descanso, una escalinata antigua que se construyó cuando los magistrados (*sumario*) y los artesanos (*duela*) eran honestos…» <<

[125] *Beati pauperes spiritu*, principio de la primera bienaventuranza del Sermón de la Montaña (Mateo 5:3): «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos verán a Dios». <<

[126] Orestes fue condenado a muerte en Argos por haber matado a Egisto en venganza de la muerte de su padre. Iba acompañado de su amigo Pílades, que quiso hacerse pasar por él para morir en su lugar. Ambos amigos exclamaban: «Yo soy Orestes». <<

[127] Se refiere a una práctica de la cetrería. A los gavilanes salvajes se les cosían temporalmente los párpados para poder domesticarlos con más facilidad. <<

[128] Sapia (Sabia) era tía de Provenzán Salvani (véase XI, 121) y mujer de Ghinaldo Saracini, señor de Castiglioncello. Profetizó la derrota de los gibelinos mandados por su sobrino Provenzán y mostró gran alegría cuando se produjo. <<

[129] Colle di Valdelsa, localidad de la Toscana. <<

[130] Apenas deja de tronar, cesa la tormenta, el mirlo levanta la cabeza al cielo y canta como si nada tuviera que temer en adelante. <<

[131] Pier Pettinaio fue un individuo originario de Campi, en la región toscana de Chianti, que puso una tienda de peines en Siena, por lo que era llamado Pier Pettinaio di Campi. Fue terciario franciscano. Es muy interesante la noticia que de él da el *Anónimo florentino*: «Dícese que iba a Pisa a comprar peines, y los compraba por docenas; una vez comprados, se iba al puente viejo de Pisa, y escogía, y si había alguno que estuviese rajado y no fuese bueno lo tiraba al Arno. Muchas veces le decían: "Porque el peine esté rajado y no tan bueno, no deja de valer algún dinero; véndelo como rajado". Piero respondía: "Yo no quiero que nadie tenga de mí mala mercancía". Cuando veía a alguien ir con la gente de los rectores a la justicia, se arrodillaba y decía: "Dios mío, alabado seas tú, que me has guardado de este peligro". Y por estas cosas y otras semejantes, los sieneses, que son gente muy maravillosa, decían que fue santo, y por santo lo reputaron y adoraron». Y llegaron a instituir una fiesta anual en su honor. <<

[132] Siena deseaba tener un puerto, aunque es ciudad interior, y compró a los condes de Santafiore el castillo de Talamone, en 1303, tres años después de aquel en que se supone que Sapia habla con Dante, con la intención de hacer allí las obras oportunas para tal fin. Pero la localidad era malárica y el negocio fue ruinoso, según profetiza Sapia. Ésta recuerda que los sieneses habían tenido el empeño de buscar un supuesto río subterráneo que atravesaba su territorio para abastecerse de agua cavando pozos sobre él, pero nunca lo encontraron y malgastaron el dinero y el trabajo empleados en buscarlo; sin embargo, los *almirantes* —los sieneses que ya se ven mandando barcos— perderán todavía más en el asunto del puerto. Obsérvese que Sapia no estaba totalmente purgada de la envidia. <<

[133] Esta apasionada descripción del valle del Arno, al que se supone en movimiento semejante al de las aguas del río que le da nombre, es un pretexto para lanzar una serie de invectivas contra sus habitantes, y uno de los pasajes más exaltados de la *Comedia*. <<

[134] Peloro es el cabo Faro. Según una antigua creencia, Sicilia fue separada del resto de Italia por un movimiento sísmico. <<

[135] Es decir, hasta la desembocadura. <<

[136] Parece que los toscanos han caído en poder de una hechicera que, como Circe, los convierte en bestias. <<

[137] Seguramente se refiere a los habitantes del Casentino. <<

[138] Contra los aretinos. <<

[139] La *fosa* es el valle; los *lobos* los florentinos. <<

[140] Contra los pisanos. <<

[141] El que habla se dirige al penitente que se encuentra a su lado, cuyo sobrino es Fulcieri da Calboli, romanes, que fue podestá de Milán, de Parma, de Módena y que, según Villani, durante su feroz gobierno en Florencia, en 1303 —de ahí el tono profético—, mandó torturar y ejecutar posteriormente a varios ciudadanos del partido de los Blancos y de los gibelinos, acusándoles de traición. <<

[142] Guido del Duca (1170-1250), heredero de los condes de Bertinoro, ejerció los cargos de podestá y juez en varias ciudades de la Romana. 88. Se refiere a Rinieri dei Paolucci da Calboli, romanes, del partido güelfo. Fue podestá de varias ciudades de la Romana y de Italia central. Sufrió una derrota a manos de Cuido da Montefeltro (véase *Infierno*, XXVII, 67). Murió, después de 1296, en un encuentro con las tropas de Scarpetta degli Ordelaffi. <<

[143] Pier Traversaro, de la familia gibelina de los Traversari, Ríe señor de Rávena y murió en 1228. Arrigo Manardi (o Mainardi), de la familia de los condes de Bertinoro, vivió entre los siglos XII y XIII y fue caballero cortés y honorable. <<

[144] Guido di Carpigna fue conde en Montefeltro, y perteneció al partido güelfo. Lizio da Valbona tenía fama de hospitalario y liberal. Se sabe muy poco de su vida. <<

[145] Fabbro dei Lambertazzi tuvo fama de sabio y buen guerrero, fue podestá de varias ciudades y murió en 1259. A su muerte, decayó el partido gibelino de Bolonia. <<

[146] Bernardino di Fosco, hijo de un labrador, defendió a Faenza contra Federico II. Fue podestá de Pisa y de Siena. <<

[147] Guido da Prata (o Prada), güelfo de la Romana. <<

[148] Ugolino d’Azzo, de la familia toscana de los Ubaldini, murió en 1293. <<

[149] Sólo sabemos, por lo que dice en su comentario Pietro di Dante, que era de Montefeltro. <<

[150] Se sabe poco de la casa de los Anastagi, ya extinguida en los tiempos de Dante. Debía de ser rival de la casa Traversara, algunas de cuyas mujeres se casaron con reyes, también extinguida en aquella época. <<

[151] Bertinoro, plaza fuerte en la que había vivido el propio Cuido del Duca. <<

[152] Bagnacavallo, Castrocaro y Conio eran sedes de familias condales de la Romana. <<

[153] Los Pagan eran los señores gibelinos de Faenza; su *demonio* era Maghinardo Pagani (véase *Infierno*, XXVII, 49-51). <<

[154] Ugolino de'Fantolin, güelfo de Faenza, muerto hacia 1278. Su fama está segura por haber muerto sin descendencia sus dos hijos. <<

[155] «Cualquiera ha de matarme si me prende», palabras de Caín después de haber muerto a su hermano Abel por envidia (Génesis 4:14). <<

[156] Aglauro era hija del rey Cecrope de Atenas. Tuvo envidia de su hermana Erse porque la amaba Hermes y, comoquiera que trató de oponerse a sus amores, el dios la convirtió en piedra (*Metamorfosis*, II, 708 ss.). <<

[157] El *freno* son las voces que los poetas acaban de escuchar. <<

[158] «Cuanta parte de su camino recorre el Sol entre el principio del día y el fin de la hora tercia (Dante invierte los tiempos), otra tanta le quedaba por recorrer hasta la tarde»; es decir, faltaban unas tres horas para el crepúsculo vespertino; y por lo tanto *allí* en el Purgatorio, principiaba la tarde, en sus antípodas, en Jerusalén, eran cerca de las tres de la mañana; y *aquí* en Italia, a cuarenta y cinco grados de longitud occidental de Jerusalén, era medianoche. <<

[159] «*Beati misericordes […] quoniam misericordiam consequentur*» («Bienaventurados los misericordiosos porque ellos hallarán misericordia») (Mateo 5-7). <<

[160] El *claustro* es la comunidad de las almas bienaventuradas. <<

[161] Escena evangélica del Niño perdido y hallado en el Templo (Lucas 2:48). <<

[162] Un episodio de la vida de Pisístrato, tirano de Atenas (560-527 a. C.), que se explica por sí mismo. La pendencia se produjo entre los dioses Poseidón y Atenea: ambos deseaban el patronato de la ciudad, y la diosa fue la vencedora. <<

[163] El martirio de San Esteban protomártir (Hechos 7:54-60). <<

[164] No se sabe nada seguro de este personaje. Los comentaristas se refieren vagamente a él diciendo que era un cortesano justo y caballeroso. <<

[165] La tierra es la Lombardía, y quizá también la Emilia. Se refiere a la excomunión de Federico II por Gregorio IX en 1227, que dio lugar a una serie de guerras y otros desórdenes. Tal vez, de no haber sido excomulgado el emperador, Italia se hubiera unificado bajo su mando. <<

[166] Currado III da Palazzo, de Brescia, fue vicario de Carlos de Anjou en Florencia (1276) y capitán del partido güelfo (1277). Es probable que *el buen Gherardo* sea Gherardo da Camino, muerto como capitán de Treviso en 1306. <<

[167] Guido da Castel (o da Castello), de Reggio Emilia, murió en 1315. Fue expulsado de su patria y es posible que Dante le conociese en Verona. <<

[168] Los sacerdotes hebreos no podían poseer bienes terrenos (Números 18:20-24). <<

[169] Gaia, la hija de Gherardo, fue famosa por su proclividad al goce amoroso. Estaba casada con Tolberto da Camino y murió en 1315. <<

[170] Comienza una serie de visiones inspiradas a Dante —y probablemente a las almas que se encuentran en este círculo— por el cielo. La primera se refiere a Filomena, que fue convertida en ruiseñor cuando huía de su cuñado Tereo, a quien Procne, su mujer, y hermana de la anterior, había dado a comer su propio hijo para castigarle por haber querido violar a Filomena. Parece que Dante cree que fue esta última la que le dio a comer su sobrino. En todo caso, confunde a ambas hermanas, pues, según la fábula, Filomena no fue la impía (*Metamorfosis*, VI, 412 ss.). <<

[171] Mardoqueo era un hebreo que vivía en la corte del rey persa Asuero, del que era esposa su sobrina Ester. El ministro Aman, estimando que Mardoqueo se le había insolentado, quiso perderle y decretó el exterminio de toda la población judía, pero Ester descubrió al rey los crímenes de su ministro y Asuero le hizo calcificar (Ester 3-7). <<

[172] <<

[173] *Beati pacifici*, sexta de las bienaventuranzas (Mateo 5:9). <<

[174] Se trata de los bienes terrestres, que no dan la verdadera felicidad. Los vicios a que da lugar (avaricia, gula y lujuria) el amor excesivo a estos bienes son castigados en los círculos superiores del Purgatorio. <<

[175] La Luna recorría su curso (de occidente a oriente) en dirección contraria al movimiento del cielo (de oriente a occidente) por los caminos inflamados por el Sol en el período del año (el solsticio de invierno) en que el habitante de Roma ve ponerse al Sol entre Cerdeña y Córcega, es decir, en dirección del estrecho que separa las dos islas. <<

[176] Virgilio nació en el burgo mantuano de Piétola, por este hecho más famosa que la misma Mantua. <<

[177] El Ismeno y el Asopo son dos ríos de Beocia en cuyas márgenes celebraban los tebanos sus ritos orgiásticos en honor de Dioniso (Baco). <<

[178] La Visitación, acto de diligencia de la Virgen encinta (Lucas 1:39). <<

[179] César dejó a Bruto el encargo de conquistar Marsella y corrió hacia Lérida (Ilerda), en cuyas inmediaciones venció a los lugartenientes de Pompeyo. <<

[180] No hay noticias históricas de este abad del monasterio veronés de San Zenón. <<

[181] Federico Barbarroja, llamado «bueno» por Dante, no con ironía, como quieren algunos, sino porque supo sostener con valor los derechos imperiales. Destruyó Milán en el año 1162. <<

[182] Quien *tiene un pie en el cementerio* es Alberto della Scala, señor de Verona, muerto en 1301. <<

[183] Se trata de Giuseppe, hijo de Alberto della Scala, abad del monasterio citado en el verso 118, de 1292 a 1313. <<

[184] Dios castigó a los hebreos, ante los que se separaron las aguas del mar, a no ver la Tierra Prometida (el Jordán) por no seguir diligentemente las órdenes de Moisés. <<

[185] Quienes no siguieron a Eneas, hijo de Anquises, hasta el final (la conquista del Lacio) no participaron de su gloria. Se refiere a los que prefirieron quedar con Acestes en Sicilia. <<

[186] Al amanecer, que es la hora en que el calor dejado por el Sol (*diurno calor*) ya ha perdido fuerza y no puede templar el frío que supuestamente envía la Luna, porque dicho calor es vencido por el frío procedente de la Tierra y por el que se atribuía al planeta Saturno, debido a su alejamiento del Sol. <<

[187] Se refiere a una constelación de estrellas cuya figura es parecida al signo que, en los manuales de geomancia, se llama Fortuna Mayor, y que se hallaba entre Acuario y Piscis. Serían, pues, cerca de las cuatro de la madrugada. <<

[188] Ulises no fue vencido por las Sirenas, pero Dante no conocía la *Odisea y* pudo confundirse por tener referencias vagas del poema. Puede que tomase a Circe, que sí retuvo al héroe a su lado, por una de las Sirenas, o que asimilase esta diosa a las Sirenas; en ambos casos, se trata de hembras nefastas y malvadas. <<

[189] Esta *dama* representa, probablemente, a la Filosofía. <<

[190] «Los que lloran». Se trata de otra bienaventuranza: «*Beati (qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*» («Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados») (Mateo 5:5). <<

[191] «Mira al cielo, cuyas ruedas mueve Dios.» <<

[192] Principio del verso 25 del Salmo 118: «Mi alma se ha postrado en el suelo». <<

[193] «Sabe que yo fui sucesor de Pedro», es decir, Papa. Habla el genovés Ottobuono dei Fieschi, de la familia de los condes de Lavagna, que fue Papa durante treinta y ocho días, en 1276, con el nombre de Adriano V. Parece que Dante le confundió con Adriano IV, sobre el que hay noticias semejantes a las que atribuye a este personaje. <<

[194] Entre Sestri y Chiavari, en la Liguria, hay un torrente llamado el Lavagna. <<

[195] El texto evangélico es el siguiente: «“Había entre nosotros siete hermanos, y el primero, después de casado, murió, y, como no tenía prole, dejó su mujer a su hermano; asimismo también el segundo y el tercero, hasta los siete. Posteriormente a todos murióse la mujer. En la Resurrección, pues, ¿de quién de los siete será mujer? Pues todos la tuvieron.” Respondiendo Jesús, díjoles: “Errados andáis por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la Resurrección no se casarán ellos ni ellas [*neque nubent, neque nubentur*], sino que serán como ángeles de Dios en el cielo”» (Mateo 22:29-30; trad. cit.). <<

[196] Alagia, hija de Niccolò Fieschi, hermano de Ottobuono, casada con Moroello Malaspina, al que no hay que confundir con el *vapor de Marte* de *Infierno*, XXIV, 145-146. <<

[197] Empiezan los ejemplos de pobreza que aleccionan a los avaros y a los pródigos. Alusión al nacimiento de Cristo en Belén (Lucas 2:7). <<

[198] Cayo Fabricio Luscinio, cónsul romano en 282 a. C., rechazó en varias ocasiones los regalos que le ofrecían por razones políticas. <<

[199] San Nicolás de Patra, obispo de Mira (c. III-IV), patrono de los viajeros, los navegantes y la juventud. Santo Tomás (*Summa theologica*, III, II, 107, 3) se refiere a la leyenda según la cual, cuando el santo supo que un hombre pobre pensaba prostituir a sus tres hijas, echó ocultamente por la ventana de su casa, en tres ocasiones distintas, otros tantos regalos de oro para dote de las doncellas. <<

[200] Habla Hugo Capeto, fundador de la casa real francesa entonces reinante, a la que califica de *malvada planta*, sucesora de la dinastía carolingia. <<

[201] Lila, Douay, Brujas y Gante, ciudades flamencas. Felipe IV el Hermoso, que trataba de conquistar Flandes, había traicionado a su conde. <<

[202] Dante acoge una leyenda, pues Hugo Capeto era hijo del duque de Francia y conde de París, Hugo el Grande, que gobernó de hecho Francia. <<

[203] Otra leyenda: «el rey bueno», Carlos de Lorena, no tomó los hábitos monacales voluntariamente, sino que fue hecho prisionero por Hugo Capeto. <<

[204] Carlos de Anjou se desposó, mediante intrigas y amenazas, con Beatriz, hija de Ramón Berenguer IV, en 1245, y así heredó el condado de Provenza. <<

[205] Carlos de Anjou hizo decapitar en 1268 a Conradino, de dieciséis años, el último de la dinastía de Suabia, para apoderarse del reino de Napóles. <<

[206] No parece cierto que Santo Tomás de Aquino fuese hecho envenenar por Carlos de Anjou. Se trata de un rumor popular en la época, según el cual Carlos de Anjou había envenenado al dominico en su viaje al Concilio de Lyon (1274). <<

[207] Carlos de Valois, hermano de Felipe IV el Hermoso, llegó a Florencia por encargo de Bonifacio VIII, en 1301, y, mediante una política traidora, logró que fuesen expulsados los Blancos. <<

[208] Carlos II, rey de Apulia e hijo de Carlos I de Anjou, murió en 1309. Fue derrotado y hecho prisionero por Roger de Llúria en una batalla naval reñida en el golfo de Nápoles en 1284. Estuvo en cautividad hasta 1288. A cambio de una fuerte suma, casó a su hija Beatriz, entonces muy joven, con Azzo VIII de Ferrara. <<

[209] «Veo entrar en Anagni la insignia de la casa de Francia.» <<

[210] Bonifacio VIII había excomulgado a Felipe IV el Hermoso y éste le hizo destituir por el parlamento francés, que no tenía atribuciones para hacerlo; Guillaume Nogaret y Sciarra Colonna, enviados del rey, fueron a Anagni, donde se había refugiado, a arrestar al Papa; éste se presentó en hábitos pontificales, a pesar de lo cual fue gravemente injuriado y hecho prisionero (1300); un mes después, murió el pontífice de pesar. Dante le odiaba, pero no podía admitir que se maltratase al vicario de Cristo. <<

[211] El *nuevo Pilatos* es Felipe IV el Hermoso, que entregó al Papa en manos de la familia Colonna. 93. Felipe IV el Hermoso hizo quemar vivos a los jefes de los Templarios y puso fin a la existencia de su orden (1307). <<

[212] Pigmalión mató a dos de sus parientes para apoderarse de sus riquezas. <<

[213] El rey frigio Midas obtuvo de Dioniso que todo lo que tocase se convirtiera en oro, por lo que estuvo a punto de morir de inanición cuando lo que iba a comer o beber se convertía en dicho metal. <<

[214] A pesar de la prohibición de Josué, Acán robó parte del botín ganado en la conquista de Jericó, por lo que fue lapidado y quemado (Josué 6:17-19 y 7:1-26). <<

[215] Safira y Ananías quisieron estafar a los apóstoles en la venta de un campo, pero San Pablo los maldijo y fueron fulminados (Hechos 5:1-10). <<

[216] Heliodoro iba a robar el tesoro del Templo de Jerusalén, pero se apareció «un caballo montado por un jinete terrible, adornado de riquísimo caparazón; lanzándose impetuosamente a Heliodoro, le acoceó con las patas delanteras» (2 Macabeos 3:25; trad. cit.). <<

[217] El rey Polinéstor de Tracia mató a Polidoro, un joven hijo de Príamo y Hécuba (véase *Infierno*, XXX, 16-21), para quitarle sus riquezas. <<

[218] M. Licinio Crasso (c. 1 15-53 a. C.), muy rico y avaro, fue hecho prisionero por Hirodes, rey de los partos, quien le suplició vertiéndole oro derretido en la boca. <<

[219] Hera, esposa y hermana de Zeus, perseguía a Latona para que no diese a luz el fruto de sus amores con el señor del Olimpo. Poseidón hizo surgir del mar la isla de Délo (o Délos), donde Latona parió a Apolo y Artemisa (*los dos ojos del cielo*, según una asimilación de Apolo a Helios y Artemisa a Selene). <<

[220] *Gloria in excelsis Deo* es el canto de los ángeles cuando nació Jesús (Lucas 2:14). <<

[221] La *sed natural* de saber sólo se sacia por completo mediante la revelación. Así interpreta Dante el episodio de la samaritana (Juan 4:6-15). <<

[222] La aparición de Cristo a los discípulos de Emaús (Lucas 24:1 3-15). <<

[223] Las Parcas son tres: Cloto, que prepara la lana o el lino en la rueca, Láquesis, que lo hila, atrayéndolo hacia sí (compilándolo), y Átropos, que lo corta. Es una manera de decir que Dante está vivo. <<

[224] Los escalones que hay a la entrada del Purgatorio (véase IX, 94-105). <<

[225] Iris, hija de Taumante y Electra, personificación del arco iris *(Metamorfosis*, I, 270 y XI, 585 ss.). <<

[226] El alma que habla parece creer que los terremotos son producidos por vientos subterráneos. <<

[227] Siendo emperador Vespasiano, Tito destruyó Jerusalén el año 70. El *sumo rey* es Dios. <<

[228] Esta ánima es la de Publio Papinio Estado, poeta nacido en Nápoles el año 45 d. C., autor de una colección de poesías titulada *Selvas y* de los poemas épicos *Tebaida y Aquileida*, incompleto este último. La *Tebaida* fue muy conocida y utilizada por Dante. Murió el año 96. <<

[229] Dante le asimila al retórico tolosano Lucio Estacio Ursolo, de la época de Nerón, pues durante toda la Edad Media no se supo distinguir a ambos personajes. <<

[230] Se refiere a la cuarta bienaventuranza: «Bienaventurados los que padecen sed y hambre de justicia, porque ellos serán saciados». <<

[231] Décimo Julio Juvenal, nacido en Aquino hacia el año 47 y muerto hacia el 130. Fue amigo y admirador de Estacio. En una de sus composiciones da fe del éxito que obtuvo la *Tebaida* en una de sus lecturas, cuando el público se puso en pie (*Sátiras*, VII). <<

[232] Alusión a *Eneida*, III, 56-57. <<

[233] Clío, musa de la historia, es invocada repetidas veces en la *Tebaida*. <<

[234] «¿Por qué seguiste las doctrinas de San Pedro?» <<

[235] Alude a *Bucólicas*, IV, 5-7. Según Servio, estos versos no son más que un cumplido dirigido por Virgilio al historiador Asinio Polión con motivo del nacimiento de su hijo Salonino. Según otros, al emperador Augusto, que esperaba un hijo de Livia Drusilia. Sin embargo, desde el siglo IV, fueron interpretados como una profecía del nacimiento de Cristo. La persistencia de tal interpretación fue muy grande y se extendió por toda la cristiandad; en el coro de la catedral de Zamora, por ejemplo, hay una talla que representa a Virgilio entre los profetas. De su brazo izquierdo, que sostiene un códice, sale una cartela que dice: «Progenies», y bajo la figura se lee: «Vergilius Bucol 4». <<

[236] Antes de componer la *Tebaida* o bien antes de llegar al episodio en que se narra la llegada de los griegos a Tebas. <<

[237] El comediógrafo Publio Terencio Afro (192-159 a. C.). <<

[238] Estacio Cecilio, comediógrafo del siglo II a. C.; Tito Maccio Plauto, célebre autor de comedias, que vivió entre 254-184 a. C., y un Vario, que debe de ser el amigo de Virgilio que cuidó la edición postuma de la *Eneida*. <<

[239] Aulo Persio Flaco (34-62 d. C.), célebre poeta satírico. <<

[240] Se refiere a Homero (véase *Infierno*, IV, 86-88). <<

[241] Antifonte y Eurípides, conocidos trágicos griegos. <<

[242] Agatón (480-400 a. C.), autor de dramas que no han llegado hasta nosotros, y Simónides de Ceos (556-468 a. C.), célebre poeta lírico, griego como los anteriores. <<

[243] Personajes de la *Tebaida*. <<

[244] Isifile mostró la fuente Langía al ejército de los siete contra Tebas. <<

[245] Una hija de Tiresias, Manto, es situada por Dante entre los condenados (véase *Infierno*, XX, 55,) pero los estudiosos no se han puesto de acuerdo sobre quién pueda ser ésta. Incluso se ha pensado, lo que parece imposible por el relieve que en la primera cantiga le concede, que puede tratarse de un olvido o descuido del poeta. <<

[246] Hija de Licomedes, que aparece en la *Aquileida*. <<

[247] Eran entre las diez y las once de la mañana. <<

[248] Alusión al episodio evangélico de las bodas de Cana (Juan 2:1-2). <<

[249] *Domine, labia mea*, verso del *Miserere* (Salmo 50:14), que dice completo: «Tú abrirás mis labios, Señor, y mi boca cantará tus alabanzas». Parece entenderse: en lugar de comer y beber en exceso. <<

[250] El rey Erisictón fue castigado por Ceres a sufrir un hambre insaciable; para acallarla, vendió sus bienes y hasta su propia hija y terminó por devorarse a sí mismo. <<

[251] Durante el asedio de Jerusalén por Tito, María de Eleazar, hambrienta, devoró a su hijo (véase Flavio Josefo, *Guerra de los judíos*, VI, 3). <<

[252] Forese Donati, poeta florentino muerto en 1296. Fue muy amigo de Dante, del que también era pariente, pues el autor de la *Comedia* se casó con su prima Gemma. Es muy conocida la serie de seis sonetos injuriosos intercambiada por ambos poetas, lo que no quiere decir que se enemistasen seriamente, como algunos insinúan, pues la discusión debió de ser más retórica que personal. En todo caso, no pueden hacerse más que cábalas sobre el asunto, y cierto es que, si en los sonetos de Dante hubo mala intención, ahora se reconcilia poéticamente con Forese, e incluso alaba a Nella, su mujer, que no salía muy bien parada en sus versos. <<

[253] Es decir, los tormentos del hambre y la sed, que indujeron a Jesús crucificado a exclamar: «*Elí, Elí, lamma sabachtani?*» («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?») (Mateo 27:46). <<

[254] La Barbagia era una región semibárbara de Cerdeña; la otra Barbagia es Florencia. <<

[255] La Luna, hermana mitológica del Sol. <<

[256] Ésa es el alma de Estacio, que se retrasa para hablar lo más posible con Virgilio. <<

[257] Piccarda Donati, hermana de Forese y de Corso Donati (véase nota 87). Había profesado en un convento de clarisas de Florencia, pero Corso la raptó para casarla, por motivos políticos, con Rossellino della Tossa. Murió poco después de su boda (véase *Paraíso*, III, 34 ss.). <<

[258] El Olimpo es aquí el Paraíso. <<

[259] Bonagiunta Orbicciani degli Overardi, luqués, todavía estaba vivo en 1296. Era imitador de los provenzales y de la escuela siciliana, pero no un gran poeta, aunque sí muy estimado por sus contemporáneos. Se dice que era muy dado a la bebida. <<

[260] Se trata del papa francés Simón de Bries, que tomó el nombre de Martín IV (1281-1285). Era de Montpincé, pero fue tesorero de la catedral de Tours. Favoreció a Carlos de Anjou y durante su reinado tuvieron lugar las famosísimas Vísperas Sicilianas. <<

[261] Ubaldin della Ubaldini, señor del castillo della Pila, era hermano del cardenal Ottaviano degli Ubaldini (véase *Infierno*, X, 120). Bonifazio dei Fieschi era sobrino del papa Inocencio IV y llegó a arzobispo de Rávena. Murió en 1294. <<

[262] La *torre* era el remate del báculo de los arzobispos de Rávena. <<

[263] No usa las vendas que las mujeres casadas ciñen a su cabeza como ornamento y signo de estado. <<

[264] Célebre canción de Dante escrita en honor de Beatriz según el que pasó a llamarse *dolce stil novo*, del que Dante es uno de los maestros. <<

[265] Véase XXVI, 92. El *Notario* era el poeta Giacomo da Lentino, de la corte de Federico II, uno de los mejores rimadores de la escuela siciliana, cuya influencia fue predominante en la poesía de la Italia central durante la segunda mitad del siglo XIII. Murió hacia 1250. Para Guittone, véase XXVI, 125. Mattalia observa que con el *Notario* se alude a toda la escuela de Sicilia y con *Guittone* a todos los poetas toscanos inmediatamente anteriores a los del *stil novo*, superiores a ambos grupos. <<

[266] El *que tiene mayor culpa* es Corso Donati, que huyó, por fin, de Florencia en 1308. Hecho prisionero, cayó de su caballo cuando lo volvían a aquella ciudad y fue muerto por los catalanes. La muerte que cuenta aquí Dante no responde a los datos históricos. Era hermano del propio Forese, como ya hemos dicho, y uno de los responsables de la expulsión de los Blancos en 1301. <<

[267] El *árbol* —o los árboles— de este círculo nace del árbol de la ciencia del bien y del mal, que se encuentra en el Paraíso Terrenal, situado en la cumbre de la montaña del Purgatorio (véase XXXII, 38). <<

[268] Alusión a la leyenda según la cual los Centauros, engendrados por Isión en una nube a la que Zeus había dado la forma de Hera, trataron de violar a las mujeres durante el banquete de bodas de Pirítoo e Hipodamia, y Teseo los venció. <<

[269] Dios mandó a Gedeón que llevase a los hebreos que iban a luchar contra los madianitas al pie de la fuente Harod. Eran en número de diez mil, y todos se arrodillaron para beber copiosamente, salvo trescientos que lo hicieron llevándose el agua a la boca con la mano. Gedeón sólo condujo al asalto a estos últimos (Jueces 7). <<

[270] Eran las dos de la tarde en el Purgatorio y las dos de la mañana en Jerusalén. <<

[271] Altea, en un momento de odio hacia su hijo Meleagro, lanzó al fuego un tizón que, según las Parcas, duraría tanto como la vida del héroe. Una vez consumido, Meleagro murió (*Metamorfosis*, VIII, 445 ss.) por una razón desconocida, tanto como la que hace que las almas adelgacen. <<

[272] En los testículos. <<

[273] En la matriz. <<

[274] Según esta teoría embriológica, basada en la ciencia de la época, el feto atraviesa por una serie de metamorfosis que, como veremos, son las siguientes: alma vegetal, hongo marino, animal irracional vertebrado, hombre (véase X, 126). <<

[275] El *Primer Motor es* Dios. <<

[276] Véase XXI, 27. <<

[277] Al morir, el alma va a una de las dos orillas: si es la de un condenado, a la del Aqueronte; si de un arrepentido, a la del mar. Allí son embarcadas, respectivamente por Carón hacia el Infierno (véase *Infierno*, III, 83 ss.) o por el ángel barquero hacia el Purgatorio (véase II, 25 ss.). <<

[278] *Summae Deus clementiae*, himno cantado por la Iglesia la mañana del sábado. En él hay versos relativos a la lujuria. <<

[279] «*Virum non cognosco*» («No conozco varón»), palabras de la Virgen dirigidas al arcángel Gabriel al anunciarle éste su maternidad (Lucas 1:34). <<

[280] Diana, diosa casta, no permitía que las Ninfas de su séquito, que vivían con ella en los bosques, tuviesen relaciones carnales. La ninfa Hélice, seducida por Zeus, fue perseguida por la diosa, pero su amante convirtió a ella y a su hijo Arcadio en osos. Son la Osa Mayor y la Menor *(Metamorfosis*, II, 401 ss.). <<

[281] Alusión a las dos ciudades viciosas destruidas por la ira del cielo (Génesis 19). <<

[282] Véase *Infierno*, XII, 12. <<

[283] Ya a los montes Rífeos (o Hiperbóreos), al noroeste de Europa, donde hace frío, ya a la arena, es decir, al desierto africano, región muy cálida. <<

[284] *Enurbci*: neologismo dantesco, de *urbs* («ciudad»), que hemos conservado por fidelidad al estilo del poeta —se *enurba*— «se mete en la ciudad». <<

[285] Según las *Magnae derivationes* de Uguiccione di Pisa, Julio César tuvo relaciones carnales con Nicomedes, rey de Bitinia, por lo que fue llamado «reina de Bitinia». <<

[286] Es decir, entre hombre y mujer, no contra natura. <<

[287] Guido Guinizelli (o Guinicelli), nacido hacia 1235, en Bolonia, y muerto en el destierro que sufría por razones políticas, antes de 1276. Su poesía tiende un puente entre los trovadores y el arte de Guittone d'Arezzo y el *dolce stil novo*. El suyo es realmente innovador, exento de pedantería y psicológico, en el sentido de que el poeta observa los efectos del amor en su alma y los describe con sencillez y frescura (véase XXIV, 49-62). En estos versos se discute el estilo iniciado por Guinizelli. <<

[288] Isifile, al ir a mostrar la fuente Langía a los griegos (véase XXII, 112), abandonó en la hierba al hijo de Licurgo, rey de Nemea, y el niño fue mordido por una serpiente y murió. Licurgo, en su dolor, condenó a muerte a Isifile, pero ésta fue salvada por sus hijos, que se abrazaron a ella cuando ya estaba en manos de sus verdugos. <<

[289] «Que no lo olvidaré ni aun después de beber las aguas del Leteo, que producen olvido.» El Leteo está en la cima de la montaña del Purgatorio, es decir, en el Paraíso Terrenal. <<

[290] Guido se refiere a Arnaut Daniel (véase 136-148), trovador provenzal nacido en Ribairac (Dordoña) antes de 1150. Era un maestro del *trobar clus* y daba gran importancia a la forma poética. Sus rimas amorosas inspiraron con toda probabilidad a Guinizelli. <<

[291] El *Lemosín* es el trovador Giraut de Bornelh, que floreció hacia 1220. Era también de la Dordoña y hombre de gran cultura. Además de canciones amorosas, quedan de él composiciones políticas y satíricas. Pasó entre sus contemporáneos por ser el maestro de los trovadores, y gozó de la protección de los grandes de su tiempo. Era, desde luego, un excelente poeta y, aunque se decía partidario del *trobar leu*, su estilo, que huía de toda banalidad, solía ser bastante oscuro. <<

[292] Guittone del Viva d'Arezzo nació hacia el 1230 y vivió casi siempre en Florencia. Se hizo *fraile gozoso* (véase *Infierno*, XXIII, 103) y, en 1293, fundó en Florencia el monasterio de Santa María de los Angeles. Dejó una extensa colección de poesías cuyo estilo es bastante frío y artificioso. Fue el fundador del estilo poético culto en Toscana. Guinizelli, en una canción juvenil, le llama «padre», igual que hace Dante con él en este canto (v. 98). Murió en 1294. <<

[293] Quien va a hablar es Arnaut Daniel, y dirá: «Tanto me place vuestra cortés demanda / que no puedo ni quiero esconderme a vos. / Yo soy Arnaldo, que lloro y voy cantando; / afligido contemplo la pasada locura, / y veo gozoso ante mí el día que espero. / Ahora os pido, por aquel valor [Dios] / que os conduce a lo alto de la escala, / que os acordéis a tiempo de mi dolor». <<

[294] *Beati mundo corde* («Bienaventurados los limpios de corazón»). Es el principio de la bienaventuranza sexta (Mateo 5:8). <<

[295] Véase *Infierno*, XVII, 79 ss. <<

[296] Los jóvenes amantes babilonios Píramo y Tisbe se habían citado junto a una morera. Al llegar, Píramo encontró el velo ensangrentado de Tisbe, creyó que había muerto y se suicidó. Pero Tisbe sólo había huido de un león, volvió y, al verle moribundo, le dijo: «Mírame, soy tu Tisbe». Píramo abrió los ojos y la miró, pero no tardó en morir. Tisbe se suicidó también, y las moras, sobre las que cayó su sangre, se volvieron, de verdes que eran, rojas (Metamorfosis, IV, 55 ss.). <<

[297] *Venite, benedicti Patris mei* («Venid, benditos de mi Padre»). Palabras que Jesús dirigirá a sus elegidos el día del Juicio Final (Mateo 25:34). La *luz* es un ángel que borra la última *pe* de la frente de Dante, aunque no se diga explícitamente. <<

[298] Poco antes del alba, cuando Venus (Citerea), en el signo de Piscis, empezaba a enviar sus rayos al monte del Purgatorio. <<

[299] Lía, hija mayor de Labán y primera mujer de Jacob (Génesis 29:16 ss., 30:17 ss. y 49:31). Fecunda, aunque no bella: símbolo de la vida activa. <<

[300] Raquel, hermana de Lía y segunda mujer de Jacob, bella pero estéril: símbolo de la vida contemplativa. <<

[301] La *fruta* que encamina a los mortales es la felicidad, simbolizada por el Paraíso Terrenal. <<

[302] Los poetas entran ahora en el Paraíso Terrenal. <<

[303] Chiasso (o Chiassi), junto al Adriático, cerca de Rávena. <<

[304] Eolo, guardián de los vientos, suelta a Siroco, viento del sureste. <<

[305] El río Leteo. <<

[306] Se trata de Matelda, una de las más bellas creaciones poéticas de Dante. Su nombre no suena hasta XXXIII, 119, pero, dado su importante papel en lo que queda de esta cantiga, anticipo la nota sobre ella. Los comentaristas antiguos pensaban que se trata del alma de Matilde di Canossa (1046-1115), pero ésta fue hostil al Imperio y sería extraño que Dante la situase en lugar tan preeminente de su *Comedia*. Se ha discutido mucho a qué otra figura histórica podría referirse, pero no se ha llegado a ninguna conclusión definitiva. Simbólicamente, puede representar la perfección de la naturaleza humana, la sabiduría del Antiguo Testamento, hija de la inspiración, etc. En todo caso, lo importante desde el punto de vista poético es su conmovedora personalidad lírica. <<

[307] Alusión al rapto de Proserpina, diosa de la primavera. Cuando la raptaron, Proserpina perdió a Deméter, su madre, y ésta a Proserpina, la primavera. 66. Cupido, abrazando a Venus, su madre, la hirió con una de sus flechas y la diosa se enamoró de Adonis *(Metamorfosis*, X, 525-526). <<

[308] Alusión al paso del Helesponto por Jerjes, rey de los persas. Su gran ejército fue derrotado por el pequeño ejército griego. <<

[309] Se refiere a la fábula según la cual Leandro atravesaba a nado por la noche el Helesponto para visitar a su amada Hero, mas no podía hacerlo cuando había tempestad; de ahí su odio. En el poema de Museo, Leandro muere en su intento y Hero, al ver su cadáver, se arroja desde una torre y se estrella a su lado *(Hero y Leandro*, XIII). <<

[310] Se alude al Salmo 91:5: «*Delectasti me, Domine, in factura tua, et in operibus manuum tuarum exultabo*» («Pues me alborozas, Yaveh, con tu acción, exulto por las obras de tus manos»; trad. cit.). <<

[311] Estacio había dicho que no existían accidentes meteorológicos por cima de la puerta del Purgatorio, y ahora se siente el viento (véase XXI, 43 ss.). <<

[312] Según la mitología griega, el Leteo se encontraba en los Infiernos, pero Dante lo sitúa en la cima del Purgatorio. Es el río que hace olvidar sus culpas a quien bebe sus aguas. El Eunoe es un río inventado por Dante, del griego *eunous* («de buen sentimiento»). Reaviva a quien bebe sus aguas el recuerdo de sus buenas acciones. <<

[313] Arreglo del Salmo 31:1, que dice: *«Beati quorum* remissae iniquitates et quorum *tecta sunl peccata*» («Bienaventurados aquellos a quienes se han perdonado sus iniquidades y aquellos a quienes se han borrado sus pecados»; trad. cit.). <<

[314] Las *sacrosantas vírgenes* son las Musas. <<

[315] En el monte Helicón, morada de las Musas, se encuentra la fuente Castalia, que hace poeta a quien bebe sus aguas. <<

[316] Urania, musa de la astronomía, aquí invocada por ser la que mira más alto, la que contempla el cielo. <<

[317] Los *siete candelabros* simbolizan a los siete dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. <<

[318] *Hosanna* es una palabra augural hebrea introducida en el uso de la Iglesia para indicar alegría o buenos deseos. <<

[319] A mitad del mes lunar, es decir, durante la fase de luna llena, que es cuando más luce este astro. <<

[320] Son los colores del arco iris (que recuerda las escenas descritas en el Apocalipsis 4:3 y en Ezequiel 1:28, en las que se basa la escenografía de este canto) y del halo de la Luna (Delia). <<

[321] Las dos bandas extremas están separadas diez pasos. Los comentaristas antiguos ven en esta distancia una alusión a los Diez Mandamientos de la Ley de Dios. <<

[322] Los veinticuatro libros del Antiguo Testamento, según el cómputo de San Jerónimo. La *alba vestidura* (v. *65) y* los *lirios* significan la fe pura en la venida del Mesías. <<

[323] Este himno une las palabras de San Gabriel y las de Santa Isabel a María. <<

[324] Simbolizan los cuatro Evangelios. Su corona de fronda indica esperanza y la perpetua vitalidad de su mensaje. <<

[325] Dante está imitando la visión de Ezequiel 1:4 y 10:12, y la de San Juan en Apocalipsis 4:6-8. Dice que concuerda en todo con Ezequiel, salvo en el número de alas, que para el primero son cuatro y para el segundo seis. Los ojos de que están llenas las alas parecen significar la visión del futuro. Argos, vigilante de lo, convertida en vaca según un relato mitológico, poseía un centenar de ojos que, a su muerte, pasaron a la cola del pavo real. <<

[326] Uno de los puntos más claros en la interpretación de esta serie de símbolos y alegorías es que el *carro* representa a la Iglesia. Sus dos ruedas significan probablemente la Ley Antigua y la Ley Nueva, pero también podrían significar la vida activa y la vida contemplativa, o el amor de Dios y el amor del prójimo, etc. <<

[327] El *grifo* es un león con cabeza y alas de águila, y representa, sin duda, a Jesucristo, en el que se unen la naturaleza humana y la divina en virtud de la unión hipostática: es Dios y Hombre verdadero. La representación del grifo se encuentra ya en San Isidoro de Sevilla (Orígenes 7:2). <<

[328] Seguramente, una alusión a la Santísima Trinidad, a cuya unidad no contradice ninguna de sus dos naturalezas. <<

[329] El oro debe de simbolizar a la naturaleza divina; el blanco, a la pureza de su humanidad, el rojo a la sangre derramada por Cristo. <<

[330] Alusión a los triunfos de Escipión el Africano y Octavio Augusto. <<

[331] Véase *Infierno*, XVII, 106. <<

[332] Las tres mujeres simbolizan a las virtudes teologales. La roja es la caridad; la verde, la esperanza; la blanca, la fe. Las que ejercen el oficio de guía son la fe y la caridad, pues sin ellas la esperanza carece de objeto. <<

[333] Las cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Van de rojo porque participan de la caridad, sin la cual nada son las otras virtudes. La prudencia lleva tres ojos en la cabeza para mirar al pasado, del que extrae enseñanzas; al presente, para obrar con acierto; y al futuro, para anticiparse al mal obrar. Es, según los escolásticos, la virtud necesaria a las otras tres, y por eso las guía. <<

[334] El primer viejo es San Lucas, médico y vestido como los discípulos de Hipócrates; el segundo, San Pablo, cuya espada significa su cortante elocuencia. Simbolizan respectivamente los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas paulinas. <<

[335] Estos cuatro ancianos simbolizan las Epístolas de San Pedro, San Juan, Santiago y San Judas. El viejo que lleva los ojos cerrados es un símbolo del Apocalipsis y, como un visionario, lleva los ojos cerrados al mundo pero atiende expectante a sus visiones interiores. <<

[336] Las flores rojas parecen un símbolo de la caridad, así como los lirios de los ancianos que representan al Antiguo Testamento lo son de la fe, mientras que la fronda verde de que van coronados los animales que representan a los cuatro Evangelios es un símbolo de la esperanza. <<

[337] En varios pasajes del Antiguo Testamento el trueno significa la actuación directa de Dios. <<

[338] Las *insignias* a que se refiere este verso son los *candelabros* nombrados en el verso 50 de este mismo canto, que representan los siete dones del Espíritu Santo. <<

[339] Los siete candelabros son el septentrión, la Osa Mayor del Empíreo o primer cielo; y así como la constelación astronómica de la Osa Mayor guía a los navegantes hacia el puerto, del mismo modo la formada por ellos, que no está sujeta a aparecer y desaparecer debido al curso de los días o a los accidentes meteorológicos, ni puede ser cubierta por más nubes que las del pecado, guía a los hombres hacia la salvación. <<

[340] *Veni, sponsa, de Líbano*. Arreglo del Cantar de los cantares 4:8. La esposa, en este caso, parece simbolizar la sabiduría de Dios y el Líbano, el cielo. La llamada se dirige a Beatriz. <<

[341] «A la voz de tan importante anciano». Parece plausible interpretar que el anciano que canta es el que representa al libro bíblico (atribuido a Salomón, rey sabio), del que ha sido extraído el cántico. <<

[342] *Benedictas qui venis… ¡n nomine Domini* («Bendito el que viene en nombre del Señor»). Palabras con que Cristo fue recibido triunfalmente en Jerusalén (Mateo 21:9). Parecen dirigidas a Beatriz, y no al grifo o a Dante, como quieren algunos comentaristas. <<

[343] «A manos llenas, oh, dadme lirios» *(Eneida*, VI, 883). <<

[344] Se repiten los colores de las virtudes teologales. <<

[345] La *fronda de Minerva* es la del olivo, árbol inventado por esta diosa. <<

[346] Inicio del Salmo 30, en cuyos primeros versículos se lee: «Yahveh, en ti me refugio, no sea jamás confundido; / libérame en virtud de tu justicia. Inclina a mí tu oído, / date prisa a librarme. Sé para mí cual peña de refugio, / defensivo torreón para salvarme […] No me entregaste en manos de enemigo, mis pies [*pedes meos*] en ancho campo estableciste» (trad. cit.). <<

[347] «No sólo por la influencia de los cielos astronómicos.» Dante participa de la idea, común en la Edad Media, de que los astros influyen en nuestras predisposiciones (véanse XVI, 73-78 y XX, 14) y, por lo tanto, en nuestra conducta. <<

[348] Es muy oportuna esta alusión indirecta a la *Vita Nuova*, libro en el que Dante narra su experiencia amorosa con Beatriz, cuando algunos de sus detalles van a ser recordados a continuación. <<

[349] Dante se refiere al episodio narrado en *Infierno*, II, 52-1 17. <<

[350] Es decir, como Dante aún no ha bebido las aguas del Leteo, todavía recuerda sus faltas. <<

[351] La tierra del rey Jarba es Libia; se trata, pues, del viento que sopla desde esta región, o sea, del sur. <<

[352] «*Asperges me… hyssopo, et mundabor, lavabis me, et super nivem dealbabor*» («Rocíame con el hisopo, y quedaré limpio; me lavarás, y quedaré más blanco que la nieve»; trad. cit.). <<

[353] Las cuatro virtudes cardinales, que ya aparecieron como estrellas en I, 23. <<

[354] Las tres virtudes teologales. <<

[355] En los ojos de Beatriz, que aquí simboliza la teología, ya la naturaleza divina, ya la naturaleza humana de Cristo. <<

[356] La primera belleza son los ojos; la segunda, la boca. Los ojos contemplan; la boca explica. <<

[357] «Miras con excesiva fijeza.» <<

[358] Es decir, su lanza o timón. <<

[359] Significa, con toda probabilidad, que el pacto entre Dios y los hombres está definitivamente establecido, y para siempre. <<

[360] Matelda. <<

[361] Es decir, la rueda derecha, pues, habiendo girado el carro hacia la diestra, ésta hizo un arco menor que la izquierda. <<

[362] Despoblada por el pecado original. <<

[363] Es el árbol de la ciencia del bien y del mal. <<

[364] Se alaba a Cristo-Hombre por no haber infringido la ley divina. En el mismo sentido, su respuesta del verso 48. <<

[365] Según una tradición piadosa, la cruz fue hecha con madera de aquel árbol. El *timón* de la Iglesia (carro) sería, lógicamente, un símbolo de la cruz. <<

[366] En primavera, la luz del Sol (labran *luz*) cae a la Tierra mezclada con la de Aries, que viene inmediatamente detrás de la constelación de Piscis. Es cuando reverdecen las plantas, sin esperar a que el Sol pase a Tauro, que es la siguiente constelación del zodiaco. <<

[367] El color de estas flores parece una alusión a la sangre derramada por Cristo. <<

[368] Mercurio (véase XXIX, 105) durmió a Argos contándole la historia de la ninfa Siringa. <<

[369] Se alude aquí al episodio evangélico de la transfiguración del Señor en el monte Tabor. El manzano del que se ceban los ángeles es la visión de Dios, que aquí se anticipa a los discípulos de Jesús. Cuando Santiago, Pedro y Juan, que se habían quedado dormidos, despertaron, ya habían desaparecido Elías y Moisés, que comparecieron junto a Cristo transfigurado al principio de la visión. Ahora, Cristo apareció con su atavío de siempre, que era *nuevo* en relación con el que antes había mostrado cuando estaba transfigurado. <<

[370] La *pía* es Matelda. <<

[371] Beatriz, como teología, sentada en el árbol renovado por el sacrificio de Cristo, a guisa de guardiana. <<

[372] Las virtudes teologales y las cardinales son unas *luces*, que pueden ser o no los candelabros, pero que jamás serán apagadas. <<

[373] Comienza una larga visión alegórica de la historia de la Iglesia. <<

[374] Las persecuciones de los emperadores romanos, cuyo emblema es el águila *(ave de Jove*,) contra la Iglesia primitiva. <<

[375] El cuerpo del carro tiene forma de *cuna, y,* como es una representación de la Iglesia, ésta, en sus tiempos primeros, es la cuna de la cristiandad. La *raposa* es la herejía, privada de buena doctrina *(cebo*.) Beatriz la reprende en su calidad de personificación de la teología, que enseña la buena doctrina. <<

[376] El cuerpo del carro también tiene la forma de un *arca y* la Iglesia es el arca de la Nueva Alianza. Otra vez comparece el Imperio romano *(águila*,) pero ahora para hacer a la Iglesia la supuesta donación de Constantino, origen del poder temporal de los papas y de las mayores calamidades de la cristiandad. <<

[377] Este *dragón* representa probablemente a Satanás, o bien al cisma de Oriente, o al islamismo, y sus obras debilitan a la Iglesia, ya privada de su pureza primitiva. <<

[378] Lo que quedó se cubrió con las plumas del águila, es decir, la Iglesia se hizo pronto rica y poderosa. <<

[379] Así transformada, la Iglesia es un monstruo (véase Apocalipsis 17:1 ss.). Las siete cabezas podrían ser los pecados capitales; las que tienen dos cuernos, los tres peores (soberbia, envidia e ira); las que sólo tienen uno, los otros cuatro (pereza, avaricia, lujuria y gula), que no son tan graves. <<

[380] La *puta* es la personificación de la curia romana en el tiempo en que fue escrita la *Comedia*. Sus ojos miran torpemente alrededor, con ánimo de fornicar, es decir, de venderse al mejor postor. <<

[381] La mayor parte de los intérpretes antiguos veían en *este gigante* a Francia, o a su rey Felipe IV el Hermoso. <<

[382] La paliza que el gigante le propina suele interpretarse como el período de luchas con Bonifacio VIII hasta el episodio de Agni (véase XX, 87), pero esta opinión no es muy probable. <<

[383] La carrera simboliza el traslado de la Santa Sede a Avignon por influencia de la corona francesa, en 1305, durante el pontificado de Clemente V. <<

[384] «*Deus, venerunt gentes in bereditatem tuam, polluerunt templum sanctum tuum*» («Oh Dios, los gentiles han venido… a tu heredad; han profanado tu templo santo») (Salmos 77:1). Llanto por la Iglesia (véase el final del canto anterior). <<

[385] «*Modicum […] videbitis me*» («Un poquito y ya no me veréis, y otro poquito y me veréis») (Juan 16:16). Palabras de Cristo a sus discípulos para advertirles que pronto sería muerto y resucitaría. En el contexto de la *Comedia* son una profecía de la pronta restauración de la Iglesia. <<

[386] A las siete virtudes. <<

[387] La *mujer* es Matelda. <<

[388] Empieza uno de los pasajes más difíciles de la *Comedia*, como reconoce el propio Dante en los versos 46-48, y 82-84. <<

[389] El carro es nombrado con una nueva metáfora: *copa* (vaso, en el original). Las cosas han llegado a tal punto, que es como si la Iglesia no existiese ya, pero el culpable debe saber que Dios ha de vengarse de él. *No teme sopa*: según un uso de la época, los homicidas que dentro de los nueve días siguientes al homicidio lograban comer una sopa sobre la tumba del muerto, se libraban de la venganza de sus parientes y de la comunidad, lo que no ocurrirá con la venganza divina. <<

[390] Pronto habrá un emperador. Para Dante, el Imperio está vacante desde la muerte de Federico II en 1250. <<

[391] Quien ha de destruir el papado impuro y castigar a Felipe IV el Hermoso es un *quinientos diez y cinco*. En Apocalipsis 13:18, se habla de un «seiscientos sesenta y seis», que parece representar a Nerón, pero ¿quién es este 515, si así podemos escribirlo? Tal vez un heredero de Nerón, un emperador. Pietro di Dante escribía estas cifras en números romanos (DXV) y, mediante una inversión, obtenía la palabra DVX, que refería al emperador. (Ni que decir tiene que los fascistas italianos sostuvieron que el *Dux* de Dante era el Duce.) Ahora bien, Pietro di Dante asimilaba al Dux con el Lebrel (*Veltro*) de *Infierno*, I, 102. Hoy se tiende a separarlos y a considerar que el *Dux* sería el emperador Enrique VII, no relacionable con el Lebrel. También se ha querido leer DXV (sin inversión) como *Domini Xristi Vicarias*, pero entonces el *nuncio de Dios* del verso siguiente sería una repetición inútil o una aclaración intempestiva. O bien se ha leído *Domini Xristi Vertagus* («Lebrel de Cristo Señor»), lo que parece más lógico y daría la razón a Pietro. Benini lee *Dante, Xristi Vertagus* («Dante, Lebrel de Cristo»), que no es atendible por el contexto. <<

[392] Temis, hija de Urano y Gea, dio una oscura respuesta a Deucalión y su esposa Pirra después del diluvio y tuvieron que recurrir a Prometeo para que la interpretase. La Esfinge mataba a los caminantes que no adivinaban sus enigmas. Sólo Edipo fue capaz de vencerla. <<

[393] *Náyades*. En *Metamorfosis*, I, 347 ss. se lee: «*Carmina Laiades non intellecta priorum I solverat ingeniis*» («El ingenio de Layada resolvió los versos que no habían sido entendidos por los anteriores»). (Edipo, por ser hijo de Layo, es llamado aquí Layada.) Ahora bien, ante esto hay que pensar que Dante debió de manejar un manuscrito de las *Metamorfosis* en el que se leyese, por error del copista (lo que no es nada insólito), *Naiades* en lugar de *Laiades*, y de ahí su confusión, si no es que el poeta tuvo un lapsus de lectura sobre un manuscrito correcto en este punto. En todo caso, es preciso mantener la palabra *Náyades*. Pero sigamos: la Esfinge, después de que Edipo resolvió el enigma, se dio muerte, desesperada. Temis la vengó enviando una fiera que destruyó los rebaños y los campos tebanos. Ahora (v. 51) no habrá daños para nadie después de resolverse, mediante los hechos, el enigma propuesto por Beatriz. <<

[394] Según el cómputo medieval, Adán estuvo cinco mil años en el seno de Abraham esperando la llegada de Jesús. <<

[395] El árbol tiene esta forma para que sea inaccesible. <<

[396] El río Elsa, afluente del Arno, recubre de un estrato calizo los objetos sumergidos en sus aguas. Así, el razonamiento de Dante, puramente humano, es como las aguas de este río, pues vela la verdad y no le deja verla. <<

[397] Píramo (véase, XXVII, 37-39). <<

[398] <<

[399] «Para que veas que la filosofía no puede volar tan alto como la teología.» <<

[400] Una sombra atenuada, si se la compara con las más oscuras de la selva del Paraíso Terrenal. <<

[401] Por primera vez suena el nombre de Matelda (véase XXVIII, 40). <<

Notas de *Paraíso*

[1] Dios mueve por mediación de las inteligencias angélicas al universo, instaurando así un orden perfecto; y las diferentes partes de este cosmos, según su mayor o menor predisposición, se dejan penetrar más o menos por la virtud divina. Desde este terceto inicial, Dante exordia enérgicamente el tema central de la tercera cantiga, el Dios creador y ordenador cuya luz es efecto de su inmenso amor. <<

[2] Este *cielo* es el Empíreo, o Paraíso propiamente dicho, que, según XXX, 39, es pura luz. <<

[3] Apolo, concebido como dios solar, pero también como director del coro de las Musas (Apolo Musageta). <<

[4] Según Ovidio *(Metamorfosis*, I, 316ss.), el monte Parnaso tiene dos cumbres, una de ellas, Nisa, dedicada a las Musas, quienes, bajo el patrocinio de Apolo, han ayudado hasta ahora al poeta, la otra, Cirra, está consagrada al propio dios, del que ahora solicita una ayuda directa. <<

[5] Marsias, un sátiro, desafió a Apolo a un certamen musical en el que el olímpico se mostró sublime en su arte. Declarado vencedor, castigó la *hybris* de Marsias atándole a un árbol y desollándole. <<

[6] El *leño amado* es el laurel, en el que fue convertida Dafne, requerida de amores por Apolo. <<

[7] La *calma deidad de Delfos* es el mismo Apolo (calmo, en contraposición a Dioniso, exaltado). La *fronda penea* es el laurel, pues Dafne era hija del río Peneo. <<

[8] Para Cirra, véase la nota al verso 18. <<

[9] Por *abras* se entienden los puntos del horizonte por los que aparece el Sol, distintos según la estación. La interpretación exacta de este terceto ha sido muy discutida, sin embargo, creemos que se debe entender que los cuatro círculos (*cercos*) son el horizonte, el ecuador, la eclíptica y el coluro equinoccial, que, al cortarse, forman las tres cruces. Mattalia sugiere que los círculos (figura geométrica tenida por perfecta) representan las virtudes cardinales, mientras las cruces simbolizan las teologales. Según la astronomía de la época, esta coincidencia se da en el equinoccio de primavera, época del año en la que Dante sitúa la acción de su poema. <<

[10] El Sol, como los demás astros, influye en la naturaleza infundiéndole su virtud informativa, según las ideas filosófico-religiosas de que el poeta participaba. En este caso, provoca el despertar primaveral con la intensidad de su luz, que es la más espléndida de cuantas llegan a la Tierra. Por eso —por la abundancia benéfica de la luz, entendida simbólicamente— la época es favorable en extremo a la empresa dantesca. <<

[11] El poeta y Beatriz se encuentran todavía, y por muy poco tiempo, en el Paraíso Terrenal, concebido, en efecto, para morada de la especie humana. <<

[12] La vista del poeta se ha agudizado y puede mirar al Sol más fijamente y verlo bajo el aspecto de hierro candente. <<

[13] Los cielos se conciben aquí como esferas concéntricas y transparentes cuya sutil materia es incorruptible e invariable, como la de los astros engastados en ellas. Al último de dichos cielos lo envuelve el Empíreo, y en el centro de este universo se halla situada la Tierra. Por nuestra parte, y aunque ofrecemos la interpretación tradicional, creemos que la insistencia de Dante en llamar a los cielos astronómicos *ruedas y cercos* pudiera ser muestra de que no los concebía como esferas completas, sino como esferas sin casquetes. <<

[14] El pescador Glauco observó que unos peces, al contacto de cierta hierba, resucitaban; la probó y se sintió empujado a arrojarse al mar, convirtiéndose así en uno de sus dioses. Dante se siente metamorfoseado, divinizado, al iniciar su ascensión a los cielos. <<

[15] El poeta es atraído hacia las esferas. De esta forma indica Dante que su ascensión ha comenzado. <<

[16] Beatriz, como todos los bienaventurados, puede leer el pensamiento del poeta. <<

[17] Según este terceto, el Paraíso celeste es la morada natural del hombre. <<

[18] Los *cuerpos leves* son las supuestas esferas del aire y del fuego que, según la cosmología de la época, rodean la Tierra. <<

[19] Las *altas criaturas* son las inteligencias angélicas. <<

[20] Todas y cada una de las partes de la creación sienten amor por Dios. <<

[21] El *arco* lanza como si fuesen flechas. <<

[22] El *cielo quieto* es el que cubre al Primer Móvil, que es inmóvil, de Aristóteles; dentro de él se halla el último cielo, que es el de movimiento más rápido. <<

[23] Dante parece referirse a la criatura racional (v. 130) que, en virtud de su libre albedrío, puede inclinarse al mal, aunque haya sido hecha para el bien. <<

[24] Minerva, diosa de la sabiduría, sopla las velas de la nave poética de Dante, Apolo, dios de la poesía, va con él. Las Osas servían de punto de orientación a los navegantes. Las *nuevas Musas* podrían ser las musas cristianas. <<

[25] El *pan angélico* es la sabiduría (Salmos 77:25). <<

[26] Se refiere al mito de los Argonautas, uno de cuyos episodios es la doma por Jasón (véase *Infierno*, XVIII, 87) de dos monstruosos toros. *Coico* se decía del habitante de la Cólquide, aquí designada por dicho gentilicio. <<

[27] La *primera estrella* es la Luna. Los astros son designados por Dante sin precisión terminológica, y sólo a efectos poéticos, a lo largo de la cantiga. <<

[28] En los últimos tercetos, el poeta parece referirse a que el hecho de que un cuerpo (el de la Luna) contenga el suyo sin alterarse (pues Dante no se halla sobre la Luna, sino en su interior) es inexplicable, pero real, como la unión hipostática, que permite que la naturaleza divina se una a la humana, sin que se modifique ninguna de ellas, en la persona de Cristo. <<

[29] Para la conseja sobre Caín, véase *Infierno*, XX, 127. En este terceto se inicia uno de los pasajes más discutidos de la *Comedia*, que incluso ha parecido inoportuno a varios comentaristas: el de cuál sea la causa de las manchas de la Luna, concebida como cuerpo incorruptible y de materia diferente, como la de los demás astros, a la de la Tierra. Sin embargo, creemos que el pasaje no puede ser más oportuno, independientemente de su más o menos lograda poeticidad. Dante, en efecto, quiere aclarar al lector —ya en el umbral de la cantiga— que la ciencia humana no puede llegar, mediante sus observaciones y especulaciones, a conocer la naturaleza de los cielos (vv. 56-57) si no es iluminada por la revelación. Beatriz, en su misión de guía, confía en la razón dirigida del poeta, pero no en sus sentidos, inútiles para el conocimiento de los cielos, que pertenecen a un reino superior y distinto del terrenal. De ahí la oportunidad de esta larga y un tanto difícil discusión, apenas iniciada la cantiga. <<

[30] Para entender estos dos tercetos hay que situarse en el punto de vista de la sabiduría medieval. El razonamiento viene a ser éste: las zonas oscuras de la Luna deben explicarse de la misma manera que la diferencia de luminosidad de las estrellas fijas. Si ésta dependiese de su mayor o menor densidad, se deduciría que en ellas hay una misma virtud (luz) que muestra aspectos distintos dependiendo de la estrella en que incide, pero esto es absurdo según la concepción astrológica de la época, de acuerdo con la cual cada estrella posee una virtud (y una luz) diferente, con la que influye en el acontecer universal, y especialmente terrestre. Dichas virtudes se traducen en diferentes principios formales, es decir en capacidades diversas para plasmar la materia terrestre. Ésta es la teoría de Santo Tomás de Aquino, que quedaría desvirtuada al admitirse un solo principio formal (una luz única) que se manifestase más o menos según la rareza o densidad relativa de cada estrella. <<

[31] El *otro rayo* es el del Sol, fuente de luz de todos los astros, según los medievales. <<

[32] Beatriz se adelanta a la objeción de Dante según la cual, si no procede la diferencia de luz de las distintas zonas de la superficie lunar de su densidad y su rareza, bien podría proceder de su irregularidad, de que no fuese una esfera «perfecta». Dicha superficie, en efecto, podría tener concavidades desde las que la luz se reflejase con menos fuerza. <<

[33] Es decir, aunque el tercer espejo está más lejos que los otros dos del foco luminoso, refleja la luz desprendida por éste con la misma intensidad que los más cercanos. Y eso ocurriría en la superficie de la Luna, aunque fuese irregular. <<

[34] Dentro del Empíreo (*cielo de la paz divina*) hay un cuerpo (el Primer Móvil) en cuya virtud se funda el ser de cuanto este cielo abarca, es decir, de todo lo existente en el universo. <<

[35] El siguiente es el cielo de las estrellas fijas, que distribuye en la naturaleza la virtud informativa procedente del Empíreo. <<

[36] Lo mismo sucede con los otros cielos, los de los planetas. <<

[37] Todos los cielos adquieren sus virtudes del Empíreo y actúan con ellas en la Tierra. <<

[38] El cielo de las estrellas fijas toma de la inteligencia (ángel) que lo mueve sus virtudes, con las que marca o sella a las cosas inferiores. <<

[39] Del razonamiento desarrollado en los versos anteriores se deduce que la virtud de la inteligencia angélica que mueve el cielo de las estrellas fijas se desdobla y reparte en cada una de ellas de manera y en cantidad diferente, mezclándose con su materia y produciendo brillos distintos. Se comprende que algo semejante ocurre con las diferentes partes de la Luna, tan cercana a la tierra y tan influyente en ella. En este sentido, nos parece decisiva la comparación de que en el cuerpo humano, que es uno solo, el alma, sin perder su unidad esencial, se reparte de manera distinta en cada uno de sus miembros. Es decir, que lo que sucede con la pluralidad (estrellas) sucede también con la singularidad (cuerpo humano y Luna). <<

[40] La visión es poco clara al principio. La blancura de la perla sobre la blancura de la frente es comparable a la luminosidad de los espíritus que Dante ve junto a la luminosidad de la Luna. <<

[41] Se refiere a Narciso (véase *Infierno*, XXX, 128). <<

[42] En este cielo de la Luna se hallan las almas de quienes no cumplieron sus votos religiosos pero han sido, sin embargo, salvados. <<

[43] Dios es la suma caridad y desea que los bienaventurados (*su corte*) sean semejantes a El siendo caritativos. <<

[44] Piccarda Donati, hermana de Forese (véase *Purgatorio*, XXIII, 48 y XXIV, 10) y de Corso (véase *Purgatorio*, XXIV, 87). <<

[45] La esfera de la Luna es la que gira más lentamente, según la astronomía medieval. <<

[46] El *primer foco*, o primer fuego de amor, es Dios. <<

[47] Es decir, si quisiéramos elevarnos de condición dentro del orden celestial. <<

[48] Este *querer* es la voluntad de Dios. <<

[49] Esta mujeres Santa Clara de Asís, fundadora de la orden de las clarisas, cuya «norma» (regla monacal) viste con el hábito y el velo a las profesas. <<

[50] Se trata de la emperatriz Constanza (1154-1198), hija de Ruggero II de Sicilia y Apulia, que fue exclaustrada para casarla, en 1185, con Enrique VI de Suebia *(Suave*.) El *tercer viento* fue Federico II. Véase *Infierno*, X, 119; XIII, 59, y *Purgatorio*, III, 112-113. <<

[51] Daniel adivinó el sueño de Nabucodonosor y así aplacó su ira, que le había impulsado a condenar injustamente a muerte a todos los sabios de Babilonia (Daniel 2:1-46). Del mismo modo, Beatriz, que leía en Dios, siempre presente en la mente de los beatos, las dudas no formuladas por el poeta, pues si Daniel adivinó fue por inspiración divina. <<

[52] Según Platón *(Timeo*, 41 ss.), las almas se encuentran en las estrellas antes de encarnarse y vuelven a ellas después de la muerte del cuerpo. El encontrar almas en la Luna recuerda a Dante esta teoría, citada ya por San Agustín y Santo Tomás, y le hace dudar. <<

[53] Como veremos más adelante (XXX-XXXIII, *passim*,) todas las almas de los bienaventurados se hallan reunidas en el Empíreo. <<

[54] El arcángel San Rafael. <<

[55] Es decir, aunque pudiera parecer que las palabras de Platón en el *Timeo* deben tomarse en sentido literal y no figurado. <<

[56] El alma sería la forma sustancial del cuerpo. <<

[57] En este terceto se admite, sin embargo, que Platón pudo dar un sentido figurado a sus palabras, por lo que deben ser tenidas en cuenta, y no tomadas a risa. <<

[58] Dado que Dante admite, con limitaciones (véase *Purgatorio*, XVI, 78), la influencia de los astros en el espíritu humano, los buenos o los malos influjos revierten a ellos en forma de honor o baldón. Y éste podría ser el sentido figurado del que no hay que reírse. <<

[59] La llama, de acuerdo con su naturaleza, tiende a enderezarse cuando el aire deja de abatirla. <<

[60] Ejemplos de perseverancia fueron el dado por San Lorenzo, que al ser asado vivo, en el año 258, confesó su fe hasta el último momento e incluso sonrió estando ya en la grada o parrilla, y el de Mucio Escévola, que trató de matar a Porsena, que asediaba Roma, y, habiendo fallado, castigó a su mano inhábil manteniéndola en el fuego. <<

[61] Alcmeón, hijo de Anfiarao (véase *Infierno*, XX, 34), mató por orden de éste a su madre, Erifile. <<

[62] Esa *verdad*, única que sacia, es la ciencia divina. <<

[63] Si la autoridad eclesiástica otorga en ocasiones la dispensa de los votos, podría pensarse que la argumentación de Beatriz no es sólida, sino confusa. Los tercetos siguientes están encaminados a aclarar por completo la cuestión. <<

[64] A los hebreos les fue impuesta por la ley la obligación de las promesas a Dios; y tal obligación debía ser mantenida, si bien se admitía en algunos casos el rescate y la permuta de la materia de la promesa, como aparece en Levítico 28:1-33. <<

[65] Nadie puede cambiar la materia de sus votos por otra sin el asentimiento eclesiástico; es decir, sin que giren las llaves amarilla y blanca de la autoridad eclesiástica. Para el significado de estas llaves, véase *Purgatorio*, IX, 118. <<

[66] Jefté, juez de Israel, ofreció, a cambio de una victoria sobre los ammonitas, sacrificar al que primero saliese de su casa a su encuentro y, habiendo salido a recibirle su hija única, la sacrificó, aun a su pesar, para no dejar incumplido el voto (Jueces 11:30-40). <<

[67] Agamenón, jefe de los griegos en la guerra de Troya, inmoló a su hija Ifigenia a los dioses en virtud de un voto hecho para conseguir vientos favorables, y por consejo del adivino Calcanto. Para una referencia indirecta al hecho, véase *Infierno*, XX, 110. <<

[68] El lugar hacia el que mira Beatriz ha sido muy discutido por los comentaristas: para unos se trata del Oriente, para otros del Empíreo; nos inclinamos, por nuestra parte, a la interpretación según la cual mira hacia la línea ecuatorial celeste, en la que se encontraba el Sol (véase I, 41). <<

[69] Véase III, 33. <<

[70] Con esta perífrasis se indica que el astro en que están es Mercurio, cuya órbita, por ser muy vecina a la del Sol, hace que sus rayos lo oculten. <<

[71] El Sol se oculta a nuestra vista por exceso de luz cuando rompe las nubes que lo ocultaban, si lo estábamos mirando a través de ellas. <<

[72] Es decir, cuando Constantino, llevando el águila imperial hacia Constantinopla, al establecer allí la nueva capital del Imperio, la hizo caminar de occidente a oriente y, en consecuencia, contra el curso del cielo. Este curso —de oriente a occidente— ya había sido andado por Eneas con dicha águila, al ir de Troya (oriente) a Italia (occidente), donde se casó con Lavinia. Así inicia el alma del emperador Justiniano (vv. 10 ss.) una serie de tercetos en la que resume la historia del Imperio romano, personificado por su enseña. <<

[73] El águila imperial, llevada por Justiniano, permaneció en Constantinopla, vecina a la Tróade, región de la que partió Eneas, durante más de doscientos años. <<

[74] El *sacro plumaje* es el del águila imperial, predestinada a formar un Imperio que, al ser evangelizado, se convertiría en la cristiandad; de ahí el adjetivo *sacro*, que implica el reconocimiento de una predestinación. <<

[75] Justiniano fue elegido emperador el año 527 y quiso restaurar el Imperio romano. Llevó la guerra a las penínsulas Itálica e Ibérica y al África del Norte y ocupó temporalmente algunos de sus territorios. Su principal obra fue la recopilación y sistematización del derecho romano en una serie de libros cuya huella es visible en muchos ordenamientos jurídicos contemporáneos. <<

[76] Profesaba la fe eutiquiana o monofisita, según la cual en Cristo no había más naturaleza que la divina, con lo que negaba la unión hipostática. <<

[77] San Agapito, papa (533-536), fundó, asistido por su amigo Casiodoro (470-562), una biblioteca dedicada a los estudios bíblicos y teológicos. Agapito fue a Bizancio, enviado por el rey godo de Rávena para tratar de impedir que Justiniano atacase Italia, pero no lo logró. Debió de ser durante esta visita cuando llevó al emperador a la ortodoxia. El Papa llegó al borde de la ruptura con Justiniano cuando éste quiso nombrar patriarca de Constantinopla a un hereje. Murió en esta ciudad y sus restos fueron trasladados a Roma. <<

[78] Entre dos proposiciones que se contradicen una es verdadera y otra falsa. <<

[79] Belisario, uno de los más célebres generales de la Antigüedad, venció a los persas en la batalla de Dará (532), conquistó Cartago y el norte de África, entonces en poder de los vándalos, y tomó a los godos Catania, Palermo, Siracusa, Nápoles y Roma. Caído en desgracia del emperador Justiniano, una leyenda apócrifa lo presenta ciego y mendicante, cuando lo cierto es que recuperó el favor del emperador durante sus últimos años. Murió en 565. <<

[80] Es decir, tanto los güelfos como los gibelinos. <<

[81] Palante, hijo de Evandro, murió combatiendo contra Turno en favor de Eneas para dar a éste, portador del águila, el dominio político y territorial. <<

[82] Se refiere al reino de Alba Longa, fundado por Ascanio, hijo de Eneas. Los *tres y tres* son los horacios y los curiados, romanos los primeros y albanos los segundos, que sostuvieron un duelo legal para decidir si el poder había de residir en Roma o en Alba Longa. <<

[83] Alude al conocido episodio del rapto de las Sabinas y a la caída de Tarquino el Soberbio a consecuencia de la ofensa inferida a Lucrecia, acontecimientos que delimitan el período monárquico de Roma. <<

[84] Se refiere a los combates contra Breno y los galos y contra Pirro, rey del Epiro y aliado de los tarentinos. <<

[85] Tito Manlio Torcuato, vencedor de los galos y los latinos; Quincio Cincinato, ejemplo de dictador justo; Publio Decio Mure, que murió, como su padre, combatiendo por Roma; los Fabios, familia de la que perecieron por Roma trescientos de sus miembros, y a la que perteneció Quinto Fabio Máximo, que destacó en la Segunda Guerra Púnica. <<

[86] Aníbal entró en Italia por los Alpes, en cuyas rocas nace el Po. <<

[87] Publio Cornelio Escipión, el Africano, combatió contra Aníbal en el Ticino, Gneo Pompeyo Magno, que obtuvo el triunfo a los veinticinco años, combatiendo a Cayo Mario. Dante nació junto a Fiesole, vieja ciudad etrusca, situada en una colina que domina parte de la gran ciudad toscana. Habiéndose rebelado Fiesole, los romanos la destruyeron. <<

[88] Estos cuatro ríos delimitan idealmente el escenario de las guerras gálicas. <<

[89] Alusión a la guerra civil, iniciada con el paso del Rubicón. <<

[90] César combatió y derrotó en Hispania a Petreyo, Afranio y Varrón, legados de Pompeyo, fue a Durazzo, en la Iliria, donde se había refugiado éste, para perseguirle y, por fin, le venció en Farsalia, en la Tesalia, el año 48 a. C. Pompeyo huyó a la corte de Ptolomeo, en Egipto, junto al río Nilo. <<

[91] La ciudad de Antandro y el río Simois, en la Tróade, están cerca de la supuesta tumba del héroe troyano Héctor. César destronó después a Ptolomeo, rey de Egipto, y puso en su lugar a Cleopatra. <<

[92] Juba, rey de Mauritania, aliado de Pompeyo, fue derrotado por las legiones romanas. Desde Mauritania, César volvió a Hispania (*vuestro Occidente*), donde se habían refugiado los restos del ejército de Pompeyo, y los derrotó en la batalla de Munda (45 a. C.). <<

[93] El *siguiente* es Cayo Julio César Octaviano Augusto, que venció a Bruto y Casio el año 42 a. C. (véase *Infierno*, XXXIV, 67). En Módena, Augusto venció a Marco Antonio, y en Perusa, a Lucio Antonio. <<

[94] Cleopatra, derrotada con Marco Antonio (31 a. C.) por Augusto, se suicidó, como es bien sabido, haciéndose morder por una serpiente. <<

[95] La *roja cuenca* es el Mar Rojo, hasta el que llegaron las legiones romanas al conquistar Egipto. La paz octaviana, que siguió a los sucesos aludidos anteriormente, tuvo cerrado durante un largo período el templo del dios bifronte Jano, que sólo permanecía abierto mientras Roma estaba en guerra. <<

[96] El *tercer César* es Tiberio, bajo cuyo reinado fue muerto Cristo en expiación del pecado original. Se considera aquí que dicho pecado fue providencialmente vengado por el águila (Roma) debido a la intervención decisiva de Poncio Pilatos. Desde un punto de vista teológico muy particular, Dante piensa que este acto de justicia (la venganza del pecado mediante la muerte del Justo) fue encomendado al Imperio romano, lo que le legitima y engrandece ante la cristiandad. <<

[97] El emperador Tito destruyó Jerusalén el año 70 d. C. y vengó así la injusta muerte de Jesús. <<

[98] Carlomagno venció al rey longobardo Desiderio, que había atacado los territorios de la Iglesia. <<

[99] Véase nota al verso 33. <<

[100] El signo común es el águila romana, a la que se oponen los güelfos, apoyándose en el rey de Francia, cuyas insignias llevan lises doradas o amarillas. <<

[101] El *Carlos nuevo* es Carlos II de Anjou, pero debe temer a quienes derrotaron a príncipes más poderosos que él. <<

[102] Romeo (Romieu) (c. 1170-1250) fue primer ministro de Ramón Berenguer IV, conde de Provenza. Tras la muerte de éste (1245), gobernó como tutor de Beatriz, su última hija (véase *Purgatorio*, VII, 129 y XX, 61), hasta que ésta se casó con Carlos 1 de Anjou. La figura de Romeo es presentada por Dante a la luz de una leyenda, probablemente basada en una novela provenzal. <<

[103] «Salve, oh santo Dios de los ejércitos, que desde lo alto iluminas con tu claridad a los felices fuegos de estos reinos.» <<

[104] *Aduar*, neologismo que conservamos aquí, verbo derivado del numeral cardinal *dos*. <<

[105] No ya el nombre entero de Beatriz, sino una sola de sus sílabas, provoca una actitud reverente en el poeta. <<

[106] Véase VI, 82-93. <<

[107] El *no nacido* (de mujer) es Adán. <<

[108] El *livor* o lividez es signo exterior de pasión de ánimo, inconcebible en Dios. <<

[109] *Tota*: ‘toda’. Latinismo que conservamos en nuestra traducción por fidelidad estilística. <<

[110] Cómputo temporal hecho en sentido inverso, en lugar de «desde el primer día hasta la última noche», es decir, desde el principio hasta el fin de los tiempos. Seguramente, Dante quiere significar, con esta figura literaria, que para Dios los tiempos están presentes todos, por lo que Beatriz, que se inspira en Él, desdeña el orden del devenir. <<

[111] Las almas de las plantas y los animales son creadas por los influjos astrales y, en consecuencia, mortales. <<

[112] Como los cuerpos de Adán y Eva fueron, según la Biblia, creados directamente por Dios, son inmortales y, en consecuencia, hay que creer en el dogma de la resurrección de la carne. <<

[113] Ciprina es una de las invocaciones de Venus o Afrodita. El *tercio epiciclo* es el correspondiente al tercer cielo, es decir, al del planeta Venus. El *loco amor* es el amor carnal. <<

[114] Dione es otra advocación de Venus. Según Virgilio, Cupido tomó el aspecto de Ascanio, hijo de Eneas, para que Dido lo tomase en su regazo. Una vez que lo hubo hecho, le infundió a traición el amor a Eneas *(Eneida*, I, 658-688). <<

[115] *Vientos* significa aquí «vapores ígneos», es decir, «rayos», cuando son visibles; o bien «torbellinos», cuando invisibles. <<

[116] Este verso pertenece a la canción de Dante comentada en el tratado segundo del *Convivio*. En dicha canción, el poeta identifica a estas inteligencias que mueven el cielo de Venus con los tronos, y no con los serafines, según se desprende del verso 27. <<

[117] El alma que habla es la de Carlos Martel (1271-1295), primogénito de Carlos II de Anjou. Estuvo en Florencia en 1294 y allí debió de conocer y estimar a Dante, que tendría entonces unos veintinueve años. <<

[118] Esperaban que fuese su señor la Provenza y la Italia meridional, nombradas aquí por perífrasis. <<

[119] Carlos Martel fue coronado rey de Hungría en Aquisgrán el año 1292, sin que estuviese presente en la ceremonia. <<

[120] Trinacria, es decir, Sicilia, que se empaña desde el sur (cabo Pachino, hoy Passero) hasta el norte (cabo Peloro, hoy Faro), en el golfo que es más violentamente azotado por el siroco o euro, y no porque el monstruo mitológico Tifeo, enemigo de Zeus, lance contra él los vapores maléficos de su respiración, sino por el azufre que lanza el Etna. <<

[121] Es decir, nietos de Carlos I de Anjou, su abuelo, y de su suegro, Rodolfo de Habsburgo. <<

[122] «¡Mueran los franceses!» fue el grito lanzado en las famosas Vísperas Sicilianas, a consecuencia de las cuales los angevinos perdieron la isla. <<

[123] Parece que alude a los soldados catalanes que Roberto de Anjou tenía a su servicio. <<

[124] Era generoso y se volvió avaro. <<

[125] En Dios, en el que todas las cosas se inician para terminar, asimismo, en Él. <<

[126] Los *cuerpos grandes* son los astros, o bien las esferas. <<

[127] El *arco* es la virtud divina, y todo cuanto de ella sale (es disparado como una flecha) va hacia un fin preestablecido. <<

[128] Referencia a la doctrina aristotélica sobre la necesidad de la división del trabajo en una sociedad bien organizada (*Política*, I, 2). <<

[129] Cuatro ejemplos de distintas actividades: Melquisedec, sacerdote, Jerjes, guerrero; Solón, legislador, y Dédalo, que perdió a su hijo Icaro (véase *Infierno*, XVII, 109), inventor. <<

[130] Jacob y Esaú, de diferentes vocaciones, no obstante ser gemelos (Génesis 25:22). Quirino, es decir, Rómulo, del que se decía ser hijo de Marte. <<

[131] No es posible determinar si el poeta se refiere a la madre o a la mujer de Carlos Martel, ambas llamadas Clemencia. <<

[132] Habla el alma de Cunizza da Romano, y comienza por decir que nació en Italia, pues hay que admitir con los comentaristas más modernos que su perífrasis no se refiere sólo a la llanura venetopaduana. Rialto, designación, mediante sinécdoque, de Venecia; el río Brenta nace en la Marca de Treviso, entre el territorio de Venecia y los Alpes del Trentino, por el que corren el río mencionado y el Piava o Piave. En el monte Romano estaba el castillo de los Ezzelinos, el tercero de los cuales tiranizó, según la leyenda, a la Marca mencionada. Cunizza era hija de Ezzelino II da Romano y nació hacia el año 1198. En 1222 se casó con Rizzardo di San Bonifazio, señor de Verona, pero fue raptada por el trovador Sordello (véase *Purgatorio*, VI, 74) y vivió con él algunos años. Después, huyó de la casa paterna con un caballero trevisano llamado Bonio, con el que se dedicó a una vida pródiga y disoluta. Se casó después con el conde Nemeris di Breganze, y más tarde con un noble veronés. Pasó sus últimos años en la Toscana, donde se dedicó a obras de caridad y murió algo después de 1279, ya octogenaria. <<

[133] La *joya* a que se refiere es el alma del trovador Folquet de Marselha, que, tras su vida mortal, dejó la segunda vida de su fama. <<

[134] Clara referencia a la gente de la Marca de Treviso, limitada al este por el Tagliamento y al oeste por el Adige. <<

[135] Los comentaristas antiguos están de acuerdo, en su mayoría, en que se alude a la derrota que los paduanos sufrirían catorce años después (la acción de la *Comedia* se desarrolla en el 1300) a manos de Cangrande della Scala y sus aliados, los gibelinos de Vicenza. <<

[136] En Treviso, donde se produce la confluencia del Sile y el Cagnano, era señor Rizzardo da Camino, hijo de Gherardo (véase *Purgatorio*, XVI, 124), pero lo fue sólo durante un año, al cabo del cual fue muerto a traición. <<

[137] Era obispo de Feltre Alessandro Novello, quien entregó al vicario de Ferrara a los ferrareses que se habían refugiado en su diócesis. *Encerraren Malta*: ir a la cárcel, o a galeras. <<

[138] *Enela*: presente de indicativo del verbo neológico *enelar*, «introducirse en él» (en este caso, en Dios), acuñado por Dante, y que conservamos como todos los neologismos de la obra. <<

[139] Entiéndase «con las seis alas». Se trata de los serafines, a los que Dante imagina, tal como se ven en algunas pinturas medievales, ciñéndose el cuerpo con las alas, de las que hacen su ropaje (*cogulla*). Isaías 6:2-3 los representa, en efecto, con media docena de alas cada uno. <<

[140] *Entuase*, de *entuar*, verbo neológico cuyo sentido es «penetrar en tu interior, en tu pensamiento», *enmías*, de *enmiar*, otro neologismo acuñado, como el anterior, por Dante, con el significado de «penetrar en mi mente, en mi pensamiento». <<

[141] Habla el alma del trovador Folquet de Marselha, que fue hijo de un mercader genovés, avecindado en dicha ciudad, y escribió en su juventud una poesía ardientemente sensual. Amó, entre otras, a Adelaida, mujer de su señor, Barral deis Baus, y frecuentó varias cortes occitanas. Se hizo monje cisterciense en 1201, y en 1205 fue electo obispo de Marsella, en cuya diócesis se destacó como uno de los más feroces perseguidores de los albigenses. <<

[142] El Mediterráneo es la mayor de las depresiones de la Tierra y forma el más grande de los mares interiores. Se extiende tanto que su extremidad oriental (Jerusalén) es meridiano del mismo círculo que en su otra extremidad (estrecho de Gibraltar) es horizonte. Sus playas son discordantes, seguramente porque la europea es cristiana mientras la de África es musulmana. <<

[143] Entre el río Ebro y el Magra, que marca el límite entre los territorios genovés y toscano. <<

[144] Quiere decir que Bujía y Marsella se hallan casi en el mismo meridiano, puesto que en ambas ciudades el Sol sale y se pone casi al mismo tiempo. Las aguas del puerto de Marsella fueron teñidas por la sangre de sus habitantes cuando Bruto expugnó dicha ciudad por orden de César (véase *Purgatorio*, XVIII, 102). <<

[145] Dido, hija de Belo, se enamoró de Eneas, faltando así a la fidelidad jurada a su difunto marido, Siqueo, y a la memoria de Creúsa, la difunta mujer de Eneas (véase *Infierno*, V, 62). <<

[146] Fílide, hija del rey de Tracia, Sitón, llamada aquí Rodopea por haber vivido cerca del monte Ródope, se mató al creerse olvidada por Demofonte. Alcides (Hércules o Heracles) murió por su amor a Iole, hija del rey de Tesalia, Eurito (véase *Infierno*, XII, 67). <<

[147] Raab fue la prostituta de Jericó que dio alojamiento a los espías de Josué (Josué 2:1-24; 6:15-25). Se la considera antepasada de Cristo. <<

[148] Florencia es considerada como planta, o retoño, de Lucifer. La *maldita flor* es el florín, moneda de aquella ciudad, que ha pervertido al avaro Papa. <<

[149] En lugar de las Escrituras, los doctores estudian leyes, según sus muchas anotaciones en los márgenes de las Decretales. <<

[150] La parte donde se encuentran los dos movimientos de rotación opuestos, según el sistema astronómico medieval, es decir, el ecuatorial diario de todos los cuerpos celestes, que va de este a oeste, y el zodiacal anual, que va de oeste a este. <<

[151] El zodiaco es inclinado respecto al ecuador celeste. Los planetas, cuyos movimientos dependen del zodiaco, influyen en la formación de los seres y por eso los llama el *mundo*, para recibir sus influencias, que son particularmente eficaces cuando van unidas a las del Sol, que pasa por cada uno de los signos zodiacales en el transcurso del año. <<

[152] Si el zodiaco no fuese inclinado respecto al ecuador, habría un verano perpetuo en las regiones ecuatoriales, una primavera continua en las zonas templadas, y un invierno sin variación alguna en las polares. No habría, pues, estaciones, y se alterarían las horas y la vida de la naturaleza. Para Dante, esto supondría una disminución de la vida en la Tierra. <<

[153] El ministro mayor de la naturaleza es el Sol, que estaba en conjunción con el equinoccio de primavera y con la constelación de Aries. <<

[154] El poeta ha entrado en el Sol sin darse cuenta, tal es la rapidez y levedad de su vuelo. <<

[155] *Ahijar y espirar*, en el sentido de que el Padre genera al Hijo y de éste procede el Espíritu Santo. <<

[156] La hija de Latona, es decir Diana o Artemisa, al absorber a la diosa Selene, es la Luna, astro que a veces forma un halo a su alrededor, al retener los rayos luminosos (el *hilo*) de la zona en que se encuentra. <<

[157] Cuando se ha subido la escala celestial hasta llegar al conocimiento y revelación de Dios, ya no se ama otra cosa y se hace necesario subirla después de la muerte, en busca, otra vez, de Dios. Es casi la expresión de la predestinación de Dante. <<

[158] Los exegetas medievales figuraban las primeras enseñanzas religiosas por la leche (alimento suave, aunque sabroso) y las más elevadas por el vino (alimento para adultos; en este caso, en la fe). <<

[159] Véase XII, 31-111. <<

[160] San Alberto Magno (1193-1280), dominico, teólogo y filósofo nacido en Lavingen (Suevia), y muerto en Colonia. Fue electo provincial de la orden en 1254 y obispo de Regensburgo en 1260. Explicó filosofía en varias ciudades alemanas y en París, donde no se pudo disponer de aulas capaces para su enorme auditorio. Fue maestro de Santo Tomás de Aquino (1226-1274), natural del reino de Nápoles y miembro de una ilustre familia. Dominico, maestro de teología y filosofía en París, fue el más influyente y genial de los filósofos escolásticos, al asimilar las enseñanzas de Aristóteles y aplicarlas a los razonamientos teológicos. Dante muestra conocer muy bien su *Summa theologica* y otros de sus escritos. <<

[161] Graciano fue un célebre canonista del siglo XII, nacido en Chiusi (Toscana). Escribió uno de los mayores monumentos culturales de la Edad Media: el *Decretum* o *Concordia discordantium canorium* (c. 1140), siendo los cánones concordados los de los apóstoles, los de los papas, los de los concilios, las decretales pontificias y los libros pontificales. <<

[162] Pedro Lombardo (m. 1164) era de Novara. Escribió la obra teológica *Sententiarum libri IV,* en cuyo prólogo dice que ofrece a Dios su modesto trabajo como la pobre viuda de Lucas 21:1-3 le ofreció lo poco que tenía. <<

[163] El rey bíblico Salomón. El poeta alude al pasaje de 1 Reyes 3:13, en el que Dios dice a este rey: «He aquí que te concedo un corazón sabio e inteligente, como no ha habido antes de ti ni después de ti surgirá igual» (trad. cit.). Véase XIII, 34-111. <<

[164] Dionisio Areopagita, convertido al cristianismo por San Pablo (Hechos 17:34), al que se atribuyeron erróneamente varias obras, la más célebre de las cuales es el De *caelesti hierarchia*, sobre la naturaleza y oficio de los ángeles (véase, XXVIII, *passim*.) <<

[165] Podría tratarse de San Ambrosio (340-397), obispo de Milán, que tanto influyó en la conversión de San Agustín del maniqueísmo al cristianismo, o bien del historiador hispano Paulo Orosio, que, con su *Historiarum libri VII adversus paganos*, desbrozó el camino a la *Civitas Dei* agustiniana. El libro de Orosio fue, por lo demás, escrito a instancias de su maestro, el propio Agustín. También se ha pensado en Tertuliano (ss. II-III), en Lactancio (ss. III-IV) y en San Paulino de Nola (ss. IV-V). Sapegno piensa que la hipótesis más atendible es quizá la de Busnelli, según la cual se trataría de Mario Victorino, traductor de los diálogos de Platón, que tanto influyeron en el pensamiento de San Agustín. Efectivamente, la *luz chica* no puede convenir a ninguna de las grandes figuras antes citadas, como no fuese, pensamos nosotros, a Tertuliano, fundador de una herejía, pero que pudo, no obstante, salvarse, de lo que no faltan casos en la *Comedia*. Su luz sería disminuida por sus devaneos heréticos, en el caso de que se tratase realmente de Quinto Septimio Florente. <<

[166] Boecio (c. 480-526), uno de los pensadores más influyentes durante toda la Edad Media, autor, entre otras obras, del *De consolatione philosophiae*, escrito en la cárcel, a la que fue arrojado por Teodorico, que había sido su protector, y finalmente mandó ejecutarle por supuesta traición. Algunos estudiosos modernos relacionan la figura alegórica de la Filosofía, representada por Boecio como una hermosa y sabia mujer, con la gestación, en la mente de Dante, de la figura poética de Beatriz, hipótesis, a nuestro entender, muy atendible. <<

[167] San Isidoro de Sevilla (c. 570-636), uno de los luminares de la alta Edad Media, autor de las *Etymologiae* y de influyentes obras históricas. Beda el Venerable (674-735) era normando y escribió una de las obras más importantes de la Edad Media, parte de la cual es su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*. Ricardo de San Víctor (escocés, muerto en Francia en 1173) fue uno de los principales místicos medievales. <<

[168] Sigiero de Brabante, célebre filósofo averroísta del siglo XIII, llegó a ser rector del Estudio de París, cargo en el que cesó en 1275 a consecuencia de sus polémicas, que le llevaron a pedir opinión a la curia papal. Estando en Orvieto a disposición de la misma, murió hacia 1284, asesinado por un clérigo fanático puesto a su servicio. El descubrimiento de sus interesantísimos escritos, que nos lo muestran como uno de los mayores filósofos medievales, se debe principalmente al estímulo producido modernamente por la alusión dantesca que anotamos. Su obra se revela partidaria de los métodos que han conducido a la ciencia y al pensamiento modernos. <<

[169] La *esposa de Dios* es la comunidad religiosa de un convento, que se levanta a cantar maitines. <<

[170] Esta *lumbrera* es el alma de Santo Tomás de Aquino. <<

[171] Véase X, 96 y 114. <<

[172] Comienza aquí el panegírico de San Francisco de Asís (1182-1226). <<

[173] Designación perifrástica de la ciudad de Asís, en la que nació el santo. El río Tupín o Tupino y el Chiascio, que desciende del monte Inzino, en el que fue eremita San Ubaldo Baldassini, obispo de Cubbio de 1129 a 1160. Los peruginos, a cuyo mal gobierno se alude aquí, dominaban por entonces las ciudades de Nocera y Gualdo. <<

[174] «Y frente al padre», «y en presencia del padre». <<

[175] El *primer marido* fue Cristo. <<

[176] Amiclates fue un pescador de las cercanías de Durazo que, confiado en su pobreza, dejaba abiertas las puertas de su cabaña mientras se desarrollaban a su alrededor las correrías e incidencias de la guerra civil. Cuando Julio César, que estaba esperando un navio, buscó abrigo en dicha cabaña, Amiclates no se impresionó, aun sabiendo quién era el visitante (Lucano, *Farsalia*, v, 519-531). <<

[177] Bernardo de Quintavalle, el primero de los seguidores de San Francisco. <<

[178] Egidio de Asís, muerto en 1252, y el cura Silvestre, también de Asís, que se convirtió a la vida evangélica tras un sueño maravilloso. Murió en 1240. <<

[179] El papa Inocencio III (1198-1216) dio en esta ocasión una simple aprobación verbal a la orden franciscana. <<

[180] El papa Honorio III (1216-1227) aprobó la orden definitivamente (1223). <<

[181] En el roquedal de Verna, cerca de Bibbiena, donde recibió los estigmas de la Pasión. <<

[182] Es decir, Santo Domingo de Guzmán (véase XII, 31-111). <<

[183] Véase X, 96. <<

[184] El arco iris, cuando es doble. Iris, esclava o mensajera de Juno, señora del Olimpo. <<

[185] La *errante* es la ninfa Eco, que, desesperada de ser amada por Narciso, vagó hasta quedar reducida a los huesos, que se convirtieron en piedras, y a la voz, que permaneció errante para siempre (Ovidio, *Metamorfosis*, I, 270-271). <<

[186] Según Génesis 9:9-15, Noé pactó con Yaveh que no habría un nuevo diluvio, y el Señor hizo aparecer el arco iris como signo del pacto. <<

[187] Comienza el panegírico de Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), hecho por San Buenaventura. <<

[188] En España, donde el céfiro primaveral hace crecer las primeras flores, no muy lejos del entonces considerado extremo occidental del mundo, se encuentra Caleruega (Calahorra), bajo la protección del blasón de Castilla, en el que un mismo león aparece sobre la torre (*manda*) y bajo ella (*se pliega*). <<

[189] *Sus herederos* son, naturalmente, los dominicos. Se dice que su madrina soñó que el futuro santo llevaba en la frente una estrella que iluminaba al mundo. <<

[190] En latín *felix* significa «feliz». Juan, en hebreo, significa aquel con quien Dios ha sido benévolo. <<

[191] Domingo no se afanó en sus estudios por consideraciones mundanas, sino por amor de Dios; por eso no se dedicó a los cánones ni a la medicina, dos profesiones muy lucrativas en la época. El *Ostiense* es Enrique de Susa, célebre decretalista, hecho cardenal y obispo de Ostia en 1261 y muerto en 1271. Tadeo es probablemente el célebre médico florentino de apellido Alderotto, muerto en 1295. <<

[192] A la Santa Sede (*silla*) no le pidió beneficios eclesiásticos, dispensas, diezmos ni rentas, «que son de los pobres de Dios» (*quae sunt pauperum Dei*), sino permiso para combatir a los albigenses (que yerran en materia de fe), en defensa de la doctrina ortodoxa, que es la simiente de la que han germinado los veinticuatro bienaventurados (*plantas rutilantes*) que rodean al poeta. <<

[193] Véase XI, 28-123. <<

[194] La *órbita* es la huella de la rueda que, metafóricamente, es Santo Domingo, siendo la otra San Francisco. <<

[195] «No serán los secuaces del franciscano disidente Matteo d'Acquasparta (llamados conventuales) ni los capitaneados por Libertino da Cásale (los espirituales) quienes vendrán a leer e interpretar rectamente la regla de nuestra orden, pues unos la interpretan con manga ancha y los otros de manera demasiado estricta.» <<

[196] Buenaventura de Bañorregio (1221-1274), toscano y perteneciente a la orden franciscana, llamado el Doctor Seráfico, partidario de la comunidad de bienes y enemigo de la propiedad privada, se distinguió por sus interpretaciones alegóricas de la Biblia. <<

[197] Agustín de Asís, uno de los primeros seguidores de San Francisco. Murió al mismo tiempo que éste. Iluminado de Rieti predicó en oriente y falleció muy viejo en 1280. <<

[198] Hugo de San Víctor (c. 1097-1141), filósofo y teólogo flamenco, fue canónigo regular de la abadía de San Víctor de París. Se le llamó «el otro Agustín». Influyó mucho en el pensamiento místico. <<

[199] Pedro Coméstor («Comedor») murió, de avanzada edad, en 1179. Era francés, de Troyes, y decano de su catedral. Fue también canciller del Estudio de París y terminó su vida en el convento de San Víctor. Pedro Hispano (1226-1277) era lisboeta, fue célebre médico y teólogo y ocupó la silla pontificia con el nombre de Juan XXI (1276-1277). Los libros del único Papa portugués fueron muy consultados, especialmente los doce de las *Summulae logicales*. <<

[200] El profeta hebreo Natán, que reprochó a David su amor por la mujer de Urías (2 Reyes 20:1 ss.). <<

[201] San Juan Crisóstomo (m. 407), metropolitano de Constantinopla y uno de los más importantes padres de la Iglesia griega. Anselmo d'Aosta (m. 1109), arzobispo de Canterbury, fue célebre teólogo. <<

[202] Donato (s. IV) fue el gramático por excelencia (la gramática era el primer arte) y maestro de San Jerónimo. <<

[203] Rabano Mauro (776-856), arzobispo de Maguncia, uno de los escritores de teología y filosofía más prolíficos y enciclopédicos de la alta Edad Media. <<

[204] Gioacchino da Fiore (m. 1202), monje calabrés célebre por su nuevo y complicado método de exégesis bíblica y por sus profecías. Sus tesis fueron en gran parte condenadas por la Iglesia, lo que no impidió su gran difusión, que llegó hasta Dante, en quien se nota su influencia, tanto formal como ideológica. <<

[205] *Envidiar*, en el sentido de emular (a Santo Tomás, que había hecho el panegírico de San Francisco, haciendo el de Santo Domingo). <<

[206] El *carro* es la Osa Mayor. <<

[207] La constelación de la Osa Menor tiene forma de cuerno, cuya boca está formada por dos estrellas y a cuyo extremo se halla la polar, próxima al punto alrededor del cual gira el cielo. <<

[208] Para Minos, véase *Infierno*, V, 4; para su hija (Ariadna), véase *Infierno*, XII, 17. Esta última fue convertida en la constelación llamada Corona de Ariadna (*Metamorfosis*, XIII, 177-181). <<

[209] El río Chiana, en la región toscana, tiene un curso muy lento. <<

[210] Peana, sinónimo latino del dios griego Dioniso. En honor de él se cantaba el peán. <<

[211] El *pecho* es el de Adán; *la más bella mejilla* es la de Eva. <<

[212] *El pecho traspasado por la lanza* es, por antonomasia, el de Cristo. <<

[213] Véase X, 109-114. <<

[214] La idea que engendra el amor de Dios. <<

[215] *Entría* (*intrea*), del verbo neológico *entrear* (*intreare*), cuyo significado viene a ser forma la Trinidad, entra en el Tres sagrado. <<

[216] *Las coronas de la grandeza animal* son Adán y Cristo, en cuanto Hombre. Animal, porque tiene alma. <<

[217] Según 1 Reyes 3:5-12, el Señor se apareció a Salomón en un sueño diciéndole que le hiciese una petición, y éste le pidió la sabiduría para gobernar. <<

[218] «No pidió Salomón saber cuántos eran los motores de las esferas celestes ni resolver la cuestión filosófica de si de una premisa necesaria y otra contingente se puede deducir una conclusión necesaria (lo que sería absurdo).» <<

[219] Ni si «se debe admitir un primer movimiento». <<

[220] Parménides de Elea, filósofo griego que floreció alrededor del año 500 a. C. Meliso de Samos, discípulo del anterior. Brisón (o Bryson) de Heraclea, que intentó resolver la cuadratura del círculo. Ninguno de ellos alcanzó la verdad, por falta de método y de iluminación divina. <<

[221] Arrio de Alejandría (270-336), fundador del arrianismo, una de las más vitales herejías de la Antigüedad, empezó a predicar hacia el 312 su doctrina, que negaba la divinidad y la consustancialidad del Verbo. Fue condenado por varios concilios, entre ellos el primero de Nicea (325). Sabelio, hereje africano del siglo III, que negaba el dogma de la Santísima Trinidad, fue condenado por el Concilio de Alejandría (261). <<

[222] Doña Berta y don Martino, es decir, los ignorantes presuntuosos, el vulgo. Berta y Martino eran nombres frecuentísimos en la Florencia de los tiempos de Dante. <<

[223] El poeta y Beatriz acaban de entrar en Marte. <<

[224] Ese *habla* es la oración mental. <<

[225] *Litare*, latinismo con el significado de «sacrificio», «holocausto», «acto de adoración». <<

[226] *Galaxia*; la Vía Láctea, cuyos orígenes y naturaleza dieron lugar a varias interpretaciones que el propio Dante expone en *Convivio*, II, 14, 5-8, siguiendo a Alberto Magno (véase X, 99). <<

[227] Cuando dos diámetros, vertical el uno al otro, dividen un círculo en cuadrantes, aquéllos forman el signo de la cruz. <<

[228] *Cuerno*; «brazo de la cruz». <<

[229] Los *vivos sellos* son los ojos de Beatriz. <<

[230] La *lira* es el coro de bienaventurados; las *cuerdas*, los propios beatos. <<

[231] «Mas cuando vio que hacia él venía andando sobre la hierba / Eneas, alegre ambas palmas le tendió [Anquises]» *(Eneida*, VI, 684-685; la traducción es nuestra). La *mayor Musa* es Virgilio, es decir, el mayor poeta. <<

[232] «Oh sangre mía, oh superinfusa gracia de Dios, ¿a quién como a ti fue dos veces abierta la puerta del cielo?» <<

[233] Es decir, sus palabras iban más allá de los signos que el hombre mortal puede interpretar. <<

[234] Este libro es la mente de Dios, o Dios mismo, en la que el presente, el pasado y el futuro están siempre presentes y en la que leen los beatos (*passim*); en este libro nada se altera: ni lo *blanco* (la página) ni lo *bruno* (la escritura). <<

[235] La *igualdad primera* es Dios porque no cambia y todas sus cualidades y atributos son igualmente perfectos. <<

[236] Véase VIII, 122-148. Dante recuerda lo que, en los versos citados, le dijo el alma de Carlos Martel. <<

[237] «Aquel de quien procede tu nombre está hace más de cien años en el Purgatorio, entre los soberbios, y fue hijo mío y bisabuelo tuyo, y debes tratar de abreviar sus penas con tus oraciones y buenas obras.» Se trata de Alighiero, del que hablan un par de documentos de principios del siglo XII. <<

[238] El lujo y la ostentación de Florencia no habían llegado al extremo de que el miradero del Uccellatoio superase, como ahora (1300), los edificios romanos que se ven en Monte Mario. <<

[239] Bellincion Berti, de la casa de los Ravignani, fue padre de Gualdrada (véase *Infierno*, XVI, 38).
<<

[240] Los Nerli y los Vecchi pertenecían a viejas familias güelfas. <<

[241] Cianghela dei Tosinghi, tenida por impúdica y deshonesta. Lapo Salterello, florentino con mala reputación. Cornelia y Cincinato eran, en cambio, tenidos por ejemplos de personas rectas y de buenas costumbres. <<

[242] Quiere decir que la Virgen fue invocada a gritos por su madre en el momento de darle a luz. <<

[243] Cacciaguida era, como hemos visto, el tatarabuelo de Dante. Sólo sabemos de él lo que el poeta dice en este canto y en el siguiente. <<

[244] Tampoco sabemos nada de estos hermanos de Cacciaguida. Parece que su mujer era de Ferrara. <<

[245] Puede tratarse de Conrado III (1138-1152), que tomó parte en la segunda cruzada (1147-1 149). Como este emperador no estuvo nunca en Florencia, ni en Italia, se ha pensado que Dante le confundió con Conrado II (1024-1039), que sí estuvo en Florencia, y que la tradición familiar que hace a Cacciaguida morir en una cruzada puede basarse en que éste murió en Calabria luchando, bajo sus órdenes, con los sarracenos que allí hacían razias, en una guerra a la que se dio el valor de cruzada. <<

[246] Según Lucano (*Farsalia*, II, 383), los romanos empezaron a tratar de *vos* a César después de su victoria sobre Pompeyo, pero los romanos del siglo de Dante lo trataban de *tú*. <<

[247] La dama de Malehaut, en el *Lanzarote del Lago* (véase *Infierno*, v, 127) estaba también enamorada de este último caballero. Cuando la reina Ginebra dijo unas indiscretas palabras que revelaban el recíproco amor de ella y Lanzarote, tosió para advertir a la enamorada que alguien se acercaba. <<

[248] El redil de San Juan es Florencia, de la que el santo bautista es patrono. <<

[249] Desde el día de la Anunciación hasta el del nacimiento de Cacciaguida, el planeta Marte volvió a estar en conjunción con la constelación de Leo quinientas ochenta veces, lo que hace cada seiscientos setenta y ocho días. Por lo tanto, Cacciaguida nació en 1106. <<

[250] Un *sesto* era uno de los barrios de Florencia. Aquel en el que vivían los antepasados de Dante era el primero que se encontraban los que iban corriendo el palio a caballo, el día de San Juan, es decir, el de la puerta de San Pedro. <<

[251] Entre el Puente Viejo, donde estaban los restos de una estatua de Marte (véase *Infierno*, XIII, 145) y el Baptisterio, consagrado a San Juan Bautista, «el mio bel San Giovanni» (véase *Infierno*, XIX, 17) de Dante, límites de la ciudad en tiempos de Cacciaguida. <<

[252] Estaba mezclada con las gentes que habían ido a ella desde el condado: del Valdarno (Feghine, hoy Figline) y la Valdelsa (Certaldo), y del valle del Bisenzio (Campi). <<

[253] Galluzzo, pueblo muy cercano a Florencia, en el camino de Siena; Trespiano, pueblo, también en las inmediaciones de la ciudad, en el camino de Bolonia. <<

[254] Baldo da Aguglione y Fazio di Signa, el primero, jurista y magistrado florentino que, en 1311, fue autor de la Reforma que concedía la amnistía a la mayor parte de los exiliados, pero excluía de ella a algunos, entre los que se encontraba Dante; el segundo fue también hombre de leyes y, evidentemente, enemigo del poeta. <<

[255] Puede tratarse de una alusión a la familia Velluti que, de no haberse establecido en Florencia, se hallaría en las inmediaciones del castillo de Simifonte, donde sus antepasados vivieron sin brillo. <<

[256] Montemurlo, castillo en el camino de Pistoya, sería todavía de los condes Guidi, que tuvieron que abandonarlo y cederlo a Florencia porque no podían defenderlo. <<

[257] Los Cerchi formaban una poderosa familia y eran jefes del partido güelfo (véase *Infierno*, VI, 66). Los Buondelmonti dieron origen, con sus rivalidades con otras familias, a las primeras luchas civiles de Florencia (véase *Infierno*, XXVIII, 106). <<

[258] Estas familias ya se habían extinguido en los tiempos de Dante. <<

[259] Todas estas familias se hallaban en bajísimo estado en tiempos de Dante. <<

[260] La puerta de San Pedro (Piero), que está cargada de las felonías de los Cerchi, que viven en sus inmediaciones, era antes dominada por los Ravignani, familia poderosa y respetable, antecesora del conde Guido (véase *Infierno*, XVI, 38). Bellincion Berti (véase XV, 114) fue padre de Gualdrada. <<

[261] Galigaio era ya caballero. <<

[262] Alude al escudo de la familia de los Pigli, en el que lucía dicha columna. <<

[263] Los azorados por el *estaio* son los Chiaramontesi, que se avergüenzan de que uno de los suyos hubiese cometido fraude en el arriendo de sal al venderla midiéndola con un *estaio* (en italiano *staio*) tarado. <<

[264] Las esferas de oro figuraban en el escudo de la familia gibelina de los Lamberti, expulsada entonces de Florencia. <<

[265] Se trata de los Adimari: a Libertino Donato no le plugo que su suegro, Bellincione Berti, le emparentase con ellos al casar a otra de sus hijas con un Adimari. <<

[266] Cosa increíble para Dante, pues la familia de los Pera ya se había extinguido en sus tiempos. <<

[267] La insignia es la del marqués de Toscana (que llevaban varias familias notables), el cual era recordado en la fiesta de Santo Tomás, por celebrarse dicho día las exequias del aniversario de su muerte, acaecida en 1001. Uno de los que llevaban su escudo, Giano della Bella, lo desnaturalizó al inclinarse, siendo un aristócrata, por el partido popular. <<

[268] La casa de los Amidei, de una de cuyas mujeres fue novio Buondelmonte dei Buondelmonti, pero a la que abandonó para casarse con una Donati. Los Amidei le asesinaron y dieron, con ello, lugar a una serie de luchas intestinas. <<

[269] «Si te hubieras ahogado en el río Erna cuando te dirigías a Florencia.» <<

[270] *Véase Infierno*, XIII, 145. <<

[271] El escudo de Florencia tenía un lirio blanco sobre fondo rojo, pero los güelfos lo cambiaron por un lirio rojo sobre campo blanco, cuando se apoderaron de la ciudad en 1251, con motivo de las luchas de partidos. <<

[272] Epafo negó que Faetón fuese hijo del Sol, lo que hizo que el joven fuese a preguntarle la verdad a su madre, la ninfa Clímene, quien le aseguró que sí lo era. Faetón, entonces, pidió a Helios que, como prueba de su amor paterno, le dejase conducir su carro. Los caballos se desbocaron y Zeus tuvo que matar a Faetón con uno de sus rayos para salvar al mundo de ser abrasado (véase *Infierno*, XVII, 106). Este ejemplo hace que los padres escatimen con sus hijos: no les concedan cuanto les piden. <<

[273] El *tetrágono* es figura cuadrada, que siempre cae de plano; así, por similitud, el varón virtuoso es como un tetrágono. <<

[274] Alude a la manera confusa como eran enunciados los vaticinios paganos. <<

[275] Fedra, madrastra de Hipólito, se enamoró de él, pero el joven no accedió a sus deseos y ella le calumnió, por lo que se vio obligado a huir de Atenas. <<

[276] Alusión a la mala política y a las enemistades y rencores de los exiliados florentinos entre sí, de los que terminó por separarse Dante. <<

[277] De Bartolomeo della Scala, señor de Verona, en cuya corte, que apoyaba las aspiraciones imperiales, estuvo alojado el poeta. <<

[278] Se refiere a Cangrande della Scala (al que Dante escribió la célebre carta dedicatoria del *Paraíso*,) hermano de Bartolomeo, que fue señor de Verona de 1312 a 1329. <<

[279] Antes que el papa Clemente V, gascón, engañe al emperador Enrique VII, fingiendo ser su amigo y traicionándole después. Es decir, antes de 1312. <<

[280] En este quinto cielo (el correspondiente a Marte), que vive de su cima (Dios) y no de sus raíces como los árboles terrenos, lo que no le impide dar hojas y fruto. <<

[281] Guillermo de Orange, celebrado por un ciclo de la épica medieval francesa, Renoardo, pagano convertido y bautizado por el anterior, era un gigante de carácter épico-burlesco, Godofredo de Buillón, jefe de la primera cruzada, Roberto Guiscardo (véase *Infierno*, XXVIII, 14) fue duque de Apulia y Calabria y murió en 1085. <<

[282] Beatriz y el poeta acaban de entrar en Júpiter. <<

[283] Jovial, porque el astro está consagrado a Jove (Júpiter). <<

[284] La huella de nuestro hablar es la escritura. Seguidamente las almas luminosas de Júpiter compondrán una serie de letras y, luego, sobre la última de ellas, una figura de águila. <<

[285] Pegasea, por Musa, llamada así porque la fuente Helicona propia de las Musas, nació de una pisada del caballo alado Pegaso. <<

[286] «*Diligite iustitiam qui iudicatis terram*» («Amad la justicia los que juzgáis la tierra»). Es el principio del Libro de la Sabiduría de Salomón. <<

[287] El *nido* es el planeta Júpiter. <<

[288] La M parecía un lirio heráldico. <<

[289] La guerra se hacía antes con las armas materiales, pero hoy se hace con las espirituales, mediante la excomunión. <<

[290] El Papa borra a los excomulgados del libro de la Iglesia. <<

[291] El Papa puede decir que ama a San Juan Bautista porque su efigie figura en la moneda de Florencia, mientras desprecia a los apóstoles Pedro y Pablo. <<

[292] No sigue los ejemplos de la historia de los hombres justos. <<

[293] El poeta sabe que los beatos leen directamente en su mente y por eso, en lugar de exponer su pregunta, los invita a hacer dicha lectura. <<

[294] Alude a Dios mismo, presentado como creador, casi arquitecto del universo. <<

[295] «De manera que ese infinito exceso hiciese el mundo incomprensible a los hombres por su excesiva semejanza a Dios, incomprensible para la mente humana.» <<

[296] El águila resuelve las dudas que ha leído en la mente del poeta. <<

[297] Este signo es el águila heráldica romana (véase VI, 1-99). <<

[298] A partir de este verso, tres tercetos empiezan por L, tres por *V* y otros tres por *E*, formando así, acrósticamente, la palabra *lue*, en italiano «peste», porque los malos príncipes de que hablan los nueve tercetos son, para Dante, la peste de la cristiandad (véase otro acróstico en *Purgatorio*, XII, 25-63). <<

[299] Alberto I de Austria, que invadió injustamente el reino de Praga en 1304. <<

[300] Felipe el Hermoso de Francia, que mandará falsificar moneda y morirá al ser desmontado por un jabalí, y golpeado por el pelo del animal. <<

[301] El rey de Inglaterra, Eduardo II, y el de Escocia, Robert Bruce. <<

[302] Fernando IV de Castilla (1295-1312) y Wenceslao IV de Bohemia (véase *Purgatorio*, VII, 102).
<<

[303] Este *Cojo* es Carlos II de Anjou, rey de Nápoles y de Jerusalén, cuyas obras buenas se pueden contar con el número I y las malas con el número M (mil). <<

[304] La isla del fuego es Sicilia, guardada por Federico II de Aragón, en la que murió el padre de Eneas *(Eneida*, III, 707 ss.). <<

[305] Jaime de Mallorca, tío de Federico II, y del hermano de éste, Jaime II de Aragón. <<

[306] El rey Don Dionís de Portugal (1279-1325), Akón VII de Noruega y Esteban II, señor de Suebia, Bosnia, Croacia y Dalmacia (Rascia). Este último acentuó con malos fines el parecido entre su moneda y la veneciana. <<

[307] El poeta invita a Hungría y Navarra a defenderse de la casa real de Francia. <<

[308] Como seguridad anticipada (*ana*) de lo que ha de acontecer, ahí está el ejemplo de las dos principales ciudades de Chipre, Nicosia y Famagusta, que se duelen de su rey Enrique II, tratado aquí de bestia feroz, que también era de estirpe francesa. Para la antipatía de Dante por la casa real francesa, véase *Purgatorio*, XX, 43-96. <<

[309] Porque, cuando el Sol aparece, las estrellas parecen no estar encendidas, no se ven: sólo lo estuvieron antes de salir el Sol. <<

[310] Este *signo* es el planeta Júpiter. <<

[311] Esta *parte* es el ojo. Se decía que las águilas pueden mirar directamente al Sol sin deslumbrarse. <<

[312] Se trata del rey bíblico David (véase *Purgatorio*, X, 69). <<

[313] Se trata del emperador Trajano (véase *Purgatorio*, X, 75). Una leyenda medieval dice que Trajano estaba en los Infiernos, pero el papa Gregorio Magno se apiadó de que un varón tan justo no gozase de Dios y consiguió, mediante sus oraciones, que fuese resucitado, lo que aprovechó para bautizarlo y enviarlo al cielo después de su segunda muerte corporal. <<

[314] Ezequías, rey de Judá, que al conocer que iba a morir, pidió a Dios más vida para arrepentirse y le fueron concedidos quince años (Isaías 18:1-22). <<

[315] Constantino, que al trasladar la sede del Imperio romano a Constantinopla *se volvió griego*. Su supuesta donación testamentaria del Imperio al Papa, en la que Dante creía, es para el poeta el origen de los males que azotan a la cristiandad. <<

[316] Guillermo II el Bueno de Sicilia y Apulia (1166-1189) es llorado después de muerto por sus vasallos; en cambio, éstos lloran en la actualidad (1300) el mal gobierno de Carlos II de Anjou y de Federico II de Aragón. <<

[317] Rifeo es un troyano que murió en la defensa de su ciudad y al que Virgilio llamó «justísimo» (*Eneida*, II, *passim*) <<

[318] «El reino de los cielos.» <<

[319] *Uno* (Rifeo) antes y *otro* (Trajano) después de la Pasión de Cristo, cuyos pies fueron clavados en la cruz. <<

[320] Las *tres damas* son fe, esperanza y caridad (véase *Purgatorio*, XXIX, 129). <<

[321] Semele, inducida por la celosa Juno, pidió a su amante, Júpiter, que se le mostrase en forma de dios, y al ver su majestad quedó convertida en cenizas. Véase *Infierno*, XXX, 12. <<

[322] Beatriz y el poeta acaban de entrar en Saturno (el *séptimo esplendor*,) que ahora está en conjunción con la constelación zodiacal de Leo, de cuyas virtudes, mezcladas con las propias, hace participar al mundo. <<

[323] El cristal que cerca al mundo (gira alrededor de él) es el planeta que lleva el nombre amado de Saturno, bajo cuyo reinado la tierra fue feliz. <<

[324] *Envientro*: voz neológica dantesca, con el significado de «entro en el interior, en la entraña». <<

[325] El monte Catria se encuentra entre Gubio y Pérgola, en la Italia central. El *yermo* a que se alude es el monasterio camaldulense de Santa Cruz de Fuente Avellana. <<

[326] Pietro Damiano, es decir, San Pedro Damián, nacido en Rávena a principios del siglo XI. Fue maestro en su ciudad natal y en Faenza y a los treinta años profesó como monje en Fuente Avellana. En 1057 fue nombrado cardenal, pero volvió pronto al convento para seguir su vida ascética. Murió en Faenza en 1072. Condenó los estudios profanos, siendo la antítesis del humanista, no obstante lo cual Dante le elogia debido a la pureza e intensidad de su vida contemplativa. A veces firmaba «Pedro Pecador». <<

[327] *Cejas*: San Pedro. El *vaso preferido* del Espíritu Santo es San Pablo. <<

[328] Se trata del monte Cairo, en la Campania, sobre el que se halla el pueblo de Cassino. Había en él un lugar dedicado al culto de Apolo. <<

[329] Quien habla es el alma de San Benito de Nursia (480-543), que desde muy joven vivió en una gruta del monte Subiaco y empezó a predicar a los pastores. La envidia de un sacerdote cristiano le hizo dirigirse a Cassino donde fundó la casa matriz de su orden. <<

[330] Macario de Alejandría, padre del monacato oriental, muerto en 404. O bien Macario el Egipcio, eremita, muerto en 391. <<

[331] El Empíreo se halla sobre el polo celeste, sometido al giro de las esferas, como el planeta Saturno, en el que el santo y el poeta conversan. <<

[332] No bastan los buenos propósitos iniciados, sino que hay que llevarlos a término para que den fruto (*bellota*). <<

[333] Si Dios hizo volver el curso del Jordán (Josué 3:14-47) y abrió las aguas del Mar Rojo (Éxodo 14:21-29), lo que hizo por causas importantes, no será más admirable que recurra a uno o varios de sus milagros para poner en orden al mundo. <<

[334] Beatriz y el poeta acaban de entrar en la constelación de Géminis, que se halla al lado de la de Tauro, en el cielo de las estrellas fijas u octava esfera. <<

[335] Dante nació bajo el signo de Géminis el año 1265. <<

[336] *Te enelles*: neologismo dantesco: «te internes en ella», en la salud postrera. <<

[337] *Este globo* es, naturalmente, la Tierra. <<

[338] La hija de Latona es la Luna (véase, II, 59-60). <<

[339] El hijo de Hiperión es Helios, el Sol; Maya, Mercurio, designado por el nombre de su madre, Dione, Venus. <<

[340] Jove (Júpiter) se halla entre su padre (Saturno) y su hijo (Marte). Es menos frío que el primero y menos caliente que el segundo, por lo que es, respecto a ellos, templado. <<

[341] Los siete planetas. El poeta vio la distancia entre las moradas o casas de los planetas, estudiadas por los astrólogos. <<

[342] Esta *erilla* («era pequeña, lugar insignificante») es la Tierra. <<

[343] Trivia, la Luna; las Ninfas son las estrellas. Diana, diosa de la Luna, iba por los bosques con un cortejo de Ninfas. <<

[344] Aquí está Dios, designado por alusiones a la Santísima Trinidad: el *poder* (el Padre), el *saber* (el Espíritu Santo) que abrió caminos entre el cielo y la Tierra mediante la encarnación del Verbo. <<

[345] Este *libro* es el de la memoria. <<

[346] Esta *rosa* es la Virgen María. <<

[347] Los lirios son los apóstoles. <<

[348] Los comentaristas medievales creen que esta *centella* es el arcángel Gabriel. Creemos que se trata, literalmente, de una corona o guirnalda de ángeles, puesto que, en XXXII, 101-105, el poeta, al ver a dicho arcángel en torno a María, pregunta quién es como si no lo hubiese visto antes. <<

[349] Idealmente la escena sucede en la Tierra: la Virgen es objeto de las alabanzas angélicas como representación de lo que ocurrió durante su vida mortal. El procedimiento no es insólito en la *Comedia*; recordemos la escena de la tentación (en la que también faltan algunos personajes), representada a manera de misterio medieval en *Purgatorio*, VIII, 97-108. <<

[350] *Regina coeli*, principio de la antífona de Pascua. <<

[351] Este último verso designa a San Pedro. <<

[352] La *luz* a que Beatriz se dirige es el alma de San Pedro. <<

[353] Al examinador y a la profesión de fe que va a pedirle que haga. <<

[354] *Primipilo*: centurión de la primera escuadra de triarios en el ejército romano. <<

[355] *Sustancia* o fundamento de las cosas que debemos esperar. <<

[356] Es decir, en el Nuevo y el Antiguo Testamento. <<

[357] Los milagros y el cumplimiento de las profecías, que no son obras dependientes de la naturaleza. <<

[358] *Ramos*; «ramas que derivan de otras». San Pedro va de pregunta en pregunta, como el que sube a un árbol de rama en rama. <<

[359] El Evangelio de San Juan (20:3-9) dice cómo San Pedro entró en el sepulcro de Cristo antes que el mismo evangelista, que era mucho más joven. <<

[360] El *redil* es Florencia. <<

[361] Santiago el Mayor, a cuyo sepulcro eran muy frecuentes las peregrinaciones. <<

[362] «frente a mí». <<

[363] En la Epístola de Santiago (atribuida al Menor) hay algunos versículos que se refieren a la misericordia y generosidad de Dios. <<

[364] «Tú la simbolizas tantas cuantas fueron las veces que Cristo os demostró su ternura a los tres discípulos predilectos: a ti, a Pedro y a Juan, haciéndoos asistir a momentos tan importantes como la resurrección de la hija de Jairo (Lucas 8:40-65), la Transfiguración (Mateo 17:1 -9) y la Oración del Huerto (Mateo 14:32-34).» <<

[365] Estos *montes* son San Pedro y Santiago el Mayor. <<

[366] Como está escrito en la mente de Dios. <<

[367] «Viene del mundo (Egipto) a la Jerusalén celestial antes de haber dejado de pertenecer a la Iglesia militante, es decir, antes de haber muerto.» La interpretación de Egipto como «el mundo pervertido» es un tópico de la exégesis bíblica medieval, al que Dante se refiere en su carta a Cangrande. <<

[368] Alude al autor de los Salmos, David. <<

[369] La cita es una traducción dantesca del Salmo 9:2. *Teodia*; «canto de alabanza a Dios». <<

[370] «Hasta el martirio, y al salir a predicar.» <<

[371] Isaías 61:7 dice: «Por cuanto su vergüenza fue doble, e ignominia heredaron, como porción suya, por eso poseerán el doble en su país, tendrán alegría eterna» (trad. cit.). Dante traduce (de la Vulgata) *duplicia possidebunt* por «vestidos con doble vestidura», lo que, más que una traducción, es una exégesis. Una de las vestes es el alma, la otra, el cuerpo. Así, los mencionados versículos se interpretan como una afirmación o profecía de la resurrección de la carne. <<

[372] San Juan, hermano de Santiago, dice en Apocalipsis 7:9: «Tras esto, vi, y he aquí una gran muchedumbre, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos de ropas blancas, y palmas en las manos» (trad. cit.). Las *estolas blancas* serían los cuerpos gloriosos. <<

[373] *Sperent in te*; principio del Salmo 9, ya citado (véase nota al verso 74). <<

[374] La constelación de Cáncer ocupa la región diametralmente opuesta a la de Capricornio, así que cuando una constelación surge, la otra tramonta, y viceversa. El Sol está en Capricornio del 21 de diciembre al 21 de enero. En este tiempo, si en Cáncer hubiese un astro tan luminoso como el que Dante ve ahora, al ponerse el Sol, aquél surgiría, y tramontaría cuando el Sol surge de nuevo. Lo que duraría un mes, y por consiguiente habría una luz continua durante un mes: *un solo día*. <<

[375] La nueva luz es San Juan Evangelista, que se apoyó en el pecho del Señor (Juan 1 3:23 y 21:20) y fue elegido para cuidarse de la Virgen como si fuese su hijo (Juan 19:26-27). <<

[376] Según una tradición, que desmiente aquí Dante, San Juan había ascendido a los cielos en cuerpo y alma. El poeta trata, por eso, de ver su cuerpo a través de la luz cegadora que lo rodea, por lo que, como más adelante veremos (vv. 136-139), queda temporalmente ciego. <<

[377] «… esperando que el número de los bienaventurados (en el que me cuento) llegue a ser el previsto por Dios, con lo que se acabará el mundo y se producirá la resurrección de la carne.» <<

[378] En cuerpo y alma, sólo Jesús y la Virgen están en los cielos. <<

[379] El *trino espirar*, es decir, las voces de los tres apóstoles. <<

[380] El fulgor que rodea el alma de San Juan Evangelista. <<

[381] «Con su mirada, Beatriz puede devolverte la vista del mismo modo que Ananías se la devolvió a San Pablo Apóstol cuando lo bautizó» (Hechos 9:10-23). <<

[382] Según Benvenuto de Imola, es Aristóteles quien mostró a Dante las verdades de que habla el terceto anterior. Su *Etica*, en efecto, y su *Física y* su *Metafísica* hablan en varias ocasiones de Dios como causa eficiente de la que derivan todos los seres, motivo por el que todos ellos tienden a Él. Pero también se ha pensado en Platón y en el Pseudo-Dionisio, entre otros. <<

[383] Este *veraz autor* es Dios, cuando habla a Moisés en Éxodo 33:19: «Yo mismo haré pasar ante ti toda mi bondad» (trad. cit.). <<

[384] También se la muestra San Juan, con quien ahora habla, en Apocalipsis 1:8, cuando dice: «Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, el que es, y que era, y que viene, el omnipotente» (trad. cit.). Pero también podrían aducirse otros textos del apóstol. <<

[385] La cuerda de otro arco (véase v. 24). <<

[386] «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos…» (Isaías 6:3 hace cantar así a los ángeles). <<

[387] Estas *túnicas* son las membranas del ojo, atravesadas por la luz repentina. <<

[388] Durante la corta ceguera de Dante, una cuarta luz se ha unido a los tres apóstoles, y el poeta la ve al recobrar la vista. <<

[389] El terceto designa perifrásticamente a Adán. <<

[390] «Allí donde Beatriz rogó a Virgilio que fuese tu primer guía (es decir, en los Campos Elíseos) estuve cuatro mil trescientos dos años (volúmenes solares) ansiando este concilio (venir a reunirme con estos bienaventurados).» <<

[391] «Y vi al Sol recorrer los signos del zodiaco (los *luminares* de su camino) durante los novecientos treinta años de mi vida terrenal.» <<

[392] «La lengua que yo hablaba ya se había extinguido cuando los hombres trataron (bajo el mando de Nemrod; véase *Infierno*, XXXI, 77-78) de edificar la torre de Babel. No es, pues, de mi lengua de donde partió la confusión.» <<

[393] I es la letra romana que designa al número 1, de ahí la elección del poeta, para significar al Dios Uno, y no por las supuestas razones de eufonía y otras igualmente baladíes que aducen algunos comentaristas. *El*, no Eli, sino un nombre totalmente diferente del anterior, como prueba de la variación de las lenguas. Téngase en cuenta que en toscano no tiene la significación pronominal del castellano él. <<

[394] «En el monte del Purgatorio, en cuya sima está el Paraíso Terrenal, viví desde la hora prima (las seis de la mañana) hasta la hora que sigue (que secunda) a la sexta, cuando el sol muda de cuadrante», o sea, hasta algo pasado el mediodía: poco más de seis horas. <<

[395] Las *cuatro hachas* son San Pedro, Santiago el Mayor, San Juan Evangelista y Adán. La más vivaz es San Pedro. <<

[396] La luz que envuelve a San Pedro se pone roja (y ya veremos que de santa ira), lo que le ocurriría a Júpiter si tomase *el plumaje* (el color) de Marte; en cuyo caso, Marte se pondría blanco, al tomar el color de Júpiter. <<

[397] Quien usurpa el puesto de San Pedro (su sucesión) es el papa, en aquellos momentos (1300) Bonifacio VIII, el gran enemigo de Dante. <<

[398] Debió de ser semejante el eclipse que se produjo en la Pasión del Señor (Marcos 15:33). <<

[399] San Anacleto papa (¿76-78?) fue el tercero de los romanos pontífices; San Lino (¿67-76?), el primer sucesor de San Pedro. No se poseen documentos relativos a estos papas, pero la tradición los quería mártires. <<

[400] Sixto I (¿105-125?), Urbano I (222-230), Calixto I (217-222) y Pío I (140-155,) todos ellos papas de los tiempos de las persecuciones y tenidos por mártires. <<

[401] Es decir, los primeros papas no quisieron que las insignias papales se empleasen en empresas bélicas, y menos aún, dirigidas contra otros cristianos. <<

[402] El sello de los papas mostraba la efigie de San Pedro. <<

[403] El Gascón es el papa Clemente V (1305-1314) y el Cahorsino, Juan XXII (1316-1334). La invectiva tiene carácter profético. <<

[404] Escipión venció a los cartagineses para que el Imperio romano —así piensa Dante— se fundara después y se convirtiese en la cristiandad. <<

[405] El Sol está en Capricornio del 21 de diciembre al 21 de enero, es decir en invierno, época de nieves. <<

[406] Nieva al revés, de abajo arriba, desde el cielo de las estrellas fijas al Empíreo. Pero los términos espaciales cuentan poco o nada en la proximidad de Dios. <<

[407] «Desde que había mirado la primera vez hacia la Tierra (XXII, 127-154), me di cuenta de haber recorrido todo el arco celeste correspondiente, en la Tierra, al espacio que va del medio a la extremidad occidental (el fin) del primer clima.» Los antiguos geógrafos dividían la Tierra habitada en siete climas, empezando del ecuador hacia el norte; el primero tenía en el centro Jerusalén, y se extendía desde el Ganges hasta Cádiz por ciento ochenta grados. Dante, cuando se había vuelto a mirar la primera vez, se encontraba en la constelación de Géminis sobre el meridiano de Jerusalén; ahora, habiendo recorrido un arco de noventa grados, se encuentra perpendicularmente sobre el meridiano de Cádiz sobre el océano Atlántico (el *loco derrotero de Ulises*, las aguas que Ulises intentó en vano salvar; véase *Infierno*, XXVI, 125), pero en la parte oriental sólo casi en el litoral de la Fenicia (donde Júpiter, convertido en toro, raptó a la bella hija del rey Agenor [Fénix], Europa, que se había subido a sus lomos). <<

[408] La *trilla* (era minúscula) es la Tierra, de la que habría visto más hacia oriente si no fuese porque el Sol, a los pies del poeta, se hallaba en Aries mientras que él estaba, como sabemos, en Géminis. Ello hacía que el Sol no iluminase más allá de Jerusalén. <<

[409] Los hijos de Leda son Castor y Pólux, convertidos en la constelación de Géminis. De ella, es decir, del cielo de las estrellas fijas, acaban de pasar Beatriz y el poeta al del Primer Móvil. <<

[410] Terceto discutidísimo. *El que mañana trae y noche deja* es el Sol. Aunque Eos, la Aurora, sea su hermana, parece que Dante la llama en este pasaje su hija, pues procede de él (si bien le precede). En este dudoso caso, la Aurora, blanca al principio, puede ensombrecerse con las nubes (*negro color*). <<

[411] En el calendario juliano, la duración del año estaba calculada en 365 días y 6 horas redondeadas, con una diferencia de 13 minutos respecto al año real (365 días, 6 horas y 47 minutos) equivalente a alrededor de una centésima de día. Ahora bien, si se suman esas centésimas hasta formar los meses que faltan de enero a la primavera, han de pasar muchos siglos… pero antes se habrá hecho justicia. <<

[412] «Y el fruto (Pomona) vendrá después de la flor (Flora).» <<

[413] El halo que rodeaba al punto luminoso que representa a Dios giraba más rápidamente que el Primer Motor. Véase cómo Dios se va revelando progresivamente al poeta: primero, el rostro de Cristo aparece en el cielo de Marte (XIV, 103-108); luego, en el presente pasaje, se revela en su aspecto especulativo; más adelante, en el canto XXXIII, seguirá esta progresión hasta revelarse en su esencia indescriptible. <<

[414] *El nuncio de Juno*, es decir, el arco iris. <<

[415] *Enverar*; neologismo dantesco, «internarse, entrar en la verdad, identificarse con ella». <<

[416] Dante ha comprendido que el punto es Dios y ha visto que los círculos luminosos más cercanos a El (los más *divinizados* porque estando más cerca de El participan más de su divinidad) son los que giran más rápidamente; y se maravilla de que no suceda lo mismo con las esferas celestes, puesto que la más cercana al centro del sistema, la de la Luna, es la que gira más despacio, mientras la más lejana, el Primer Móvil, es la más rápida, y hace a Beatriz partícipe de su asombro. *Divinizadas*, por «rápidas», puesto que como acabamos de ver, los círculos más rápidos son los más cercanos a Dios. <<

[417] El *ejemplo* es el mundo sensible (las esferas); el *ejemplar*, el mundo inteligible (los coros angélicos, que forman los círculos que giran en torno a Dios). Algunos comentaristas invierten los términos, pero la idea sigue siendo la misma. <<

[418] Cuanto mayores son las esferas, mayor virtud informativa son capaces de contener, dado que su estructura es perfecta en cada parte e igualmente receptiva a dicha virtud. <<

[419] Así, el cielo del Primer Móvil, que es el más alejado del centro del universo, se corresponde (porque es el mayor) con el círculo luminoso que más ama y que más sabe por estar más cerca de Dios. Dicho círculo es el formado por los serafines. <<

[420] «Así te darás cuenta de que el círculo menor se corresponde con el cielo mayor, y así sucesivamente, hasta llegar al círculo mayor, que se corresponde con el cielo menor.» <<

[421] *La parroquia del cielo*; las estrellas. <<

[422] *Enmilar*, neologismo dantesco: «crecer muchos millares». El terceto es una alusión a la progresión geométrica, relacionada con cierta leyenda, que se produce al poner un grano de trigo en la primera casilla del ajedrez, dos en la segunda, cuatro en la tercera, dieciséis en la cuarta, doscientos cincuenta y seis en la quinta, su cuadrado en la siguiente, y así sucesivamente, hasta llegar a la última, lo que daría un número enorme, astronómico, de granos. Quiere expresar el incontable número de los ángeles. <<

[423] Al principio de la primavera, la constelación de Aries surge y tramonta con el Sol, por encontrarse éste en tal signo zodiacal; aquélla (la constelación) es por ello diurna y sin embargo invisible; Aries se vuelve visible de noche en el otoño (del 21 de septiembre al 21 de octubre), cuando el Sol ocupa el signo, diametralmente opuesto, de Libra. <<

[424] *Desinvernar*, neologismo dantesco: del latín *exhibernare*, para significar el canto de los pájaros a la salida del invierno. Estos pájaros (los ángeles) no cantan a temporadas, no reanudan sus cantos, porque no cesan en ellos. <<

[425] *Enterna*, otro neologismo: «entra en el tres», es decir, en la Santísima Trinidad. <<

[426] Dios tira de todos (los atrae) y unos y otros círculos de ángeles se atraen entre sí. <<

[427] Dionisio Areopagita, supuesto autor de un libro sobre la naturaleza angélica, que hizo autoridad en la Edad Media (véase X, 117). <<

[428] San Gregorio Magno propone otro orden, pero al llegar al cielo se da cuenta de su error (*de sí mismo rióse*). <<

[429] Si Dionisio supo la verdad, fue porque se la reveló San Pablo, que había estado en el cielo (véase *Infierno*, II, 28). <<

[430] Desde el momento en que el Sol y la Luna (hijos de Latona), hallándose respectivamente bajo las constelaciones zodiacales de Aries (el Carnero) y Libra, en puntos diametralmente opuestos del cielo, el uno para ponerse y el otro para salir (lo que de hecho sucede a veces), de modo que sólo se ve la mitad de cada uno de estos astros sobre el horizonte (que es el cinto que han ceñido a sus ecuadores), hasta el momento en que, al entrar más de la mitad de cada uno en cada uno de los hemisferios opuestos, dejan de ceñir el horizonte a su cintura (ecuador), lo que ocurre en un momento, pues los astros están en movimiento perpetuo y sólo durante un instante pueden coincidir sus diámetros en la línea del horizonte. <<

[431] Es en Dios donde apuntan todo lugar y todo tiempo, porque están comprendidos en su esencia. Beatriz ha leído en Dios los deseos del poeta. <<

[432] El Amor (Dios) se abrió en nuevos amores (los ángeles). Para algunos comentaristas, con verosimilitud, todas las criaturas, al menos en principio. <<

[433] El *tricorde arco* es la Santísima Trinidad. <<

[434] El efecto de la creación fue instantáneo, al modo de la propagación de la luz, que en la época se creía también instantánea: no fue exordiado, es decir, no hubo preparación que se pueda medir con el tiempo, como acto en transcurso, y dividido en partes como el discurso. <<

[435] Las *sustancias* (inteligencias, ángeles) fueron creadas al mismo tiempo que sus funciones y el orden que imprimieron al universo. <<

[436] La pura potencia fue situada en lo más bajo del universo (el mundo sublunar); en medio, entre la Tierra y el Empíreo, se colocaron los cielos (*potencia y acto*), en los que la materia y la forma están unidas por un lazo que no puede desatarse. <<

[437] La perfección de los motores del universo, que son los ángeles, sólo se logra cuando pasan de ser en potencia a ser en acto, es decir, cuando producen el orden universal; y no puede admitirse que fuesen creados imperfectos, pues fueron creados por Dios sin intermediarios. Según Dante, su función empezó, pues, con su existencia, para lo que era necesario que las esferas celestes se creasen a la vez que los ángeles. <<

[438] Inmediatamente, una parte de los ángeles se rebeló contra Dios y, al caer a los Infiernos, perturbó a los elementos terrestres (véase *Infierno*, XXXIV, 123 y 126). <<

[439] Lucifer se encuentra en el centro de la Tierra, que lo es a su vez del universo, sufriendo el peso de todas las cosas, o sus pesos (véase *Infierno*, XXXIV, 111). <<

[440] Algunos autores medievales importantes sostuvieron que los ángeles, como los hombres, tienen memoria, inteligencia y voluntad. <<

[441] Pero los ángeles, desde que fueron exaltados a la contemplación directa de Dios, jamás cesaron de contemplarle y en Él ven todas las cosas pasadas, presentes y futuras, por lo que no tienen necesidad de memoria, que sería una imperfección superflua; además, su contemplación no es interrumpida por nada. <<

[442] Se quiere explicar por el movimiento de los astros, mediante un eclipse, el oscurecimiento del mundo al morir el Redentor, pero ello no es cierto, pues si se hubiera tratado de un eclipse se habría oscurecido solamente una parte del mundo, mientras, por el contrario, se oscurecieron todas a la vez. <<

[443] Lapo y Bindo, nombres muy frecuentes en Toscana. <<

[444] El capucho del predicador se hincha debido a su vanidad. <<

[445] Daniel, refiriéndose al número de los ángeles, dice que son *millia millium*, es decir, un número muy grande, indeterminado. <<

[446] Los ángeles (*luminares*) se emparejan con Dios por medio de la gracia que de Él reciben. <<

[447] Los *espejos* son los ángeles y Dios reparte su luz en todos ellos, permaneciendo ésta una, como en el principio. <<

[448] El mediodía (*la hora sexta*) arde, respecto a nosotros, a la distancia de cerca de seis mil millas —es decir, falta una hora para que salga el Sol, porque para Dante la circunferencia terrestre es de veinticuatro mil millas, de manera que seis mil millas corresponden a seis horas y unos minutos de Sol—, y este mundo proyecta su cono de sombra en dirección opuesta al Sol por despuntar en un plano casi horizontal, cuando la parte más alta de los cielos, o sea el cielo estrellado, continúa emblanqueciéndose, y alguna estrella vieja deja de verse, al aclararse el cielo, en la Tierra, que es el «fondo», el centro del universo: y cuando viene la luminosísima aurora (*la doncella clara del Sol*), pronto desaparecen poco a poco las estrellas, incluso las más resplandecientes. <<

[449] Beatriz y el poeta acaban de pasar del Primer Móvil al Empíreo. <<

[450] *Una y otra milicia*: los ángeles y los bienaventurados. <<

[451] Sigue la revelación progresiva (véase XXVIII, 27). Primero, la gloria aparece como un río, pero más adelante se metamorfosea en flor. El agua que corre como un río es la gracia divina; por las *dos ribas* (orillas), se entiende los dos coros de bienaventurados (los que se salvaron bajo la antigua ley y los que deben su beatitud a la nueva); pues el agua de la gracia riega a ambos Testamentos; las flores son los bienaventurados, las chispas volantes, los ángeles, el oro, los bienaventurados, las piedras preciosas, los ángeles. <<

[452] El poeta debe beber de las aguas del río de la gracia para que la revelación se perfeccione. <<

[453] Prosiguiendo la revelación, Dios se muestra en una luz más grande que el Sol. Pero el poeta todavía no la ha contemplado en profundidad. <<

[454] El rayo que forma esta luz se refleja en el Primer Móvil, que toma de él toda la potencia con que se mueve el universo y se mantiene su orden perfecto y admirable. <<

[455] Por fin, el poeta ve que los bienaventurados se hallan en una especie de anfiteatro circular hecho de luz divina, que muestra la apariencia de una rosa blanca, y a ella es comparable. Todas las flores (los bienaventurados) forman ahora una total y única flor. <<

[456] En la eternidad del Paraíso no cuenta el tiempo ni el espacio. <<

[457] *Lo amarillo*, es decir, el centro de la flor, que suele ser de este color en las naturales. Pero este amarillo (oro, luz solar) es ahora el esplendor de Dios que desciende sobre el conjunto unitario de los bienaventurados completando así, unido a la disposición de éstos, el aspecto floral del todo. <<

[458] En esta rosa hay un lugar (*trono*) preparado para Enrique VII, que trató de unificar Italia para someterla a la autoridad del Imperio, pero no la halló en buena disposición para tal empresa, lo que hizo fracasar las grandes esperanzas que Dante había puesto en este soberano. Enrique VII de Luxemburgo fue verosímilmente amigo de Dante, y sus años de estancia en Italia fueron los más llenos de esperanza para el poeta exiliado. Enrique fue elegido emperador en 1308, se dirigió a Italia en 1310 para reinstaurar la autoridad imperial, pero, tras su gestión llena de indecisiones, murió inesperadamente en 1313. Como se supone que la acción de la *Comedia* se desarrolla en 1300, el pasaje, como tantos otros, es profético. <<

[459] Quiere decir que cuando Enrique intente su empresa será el papa Clemente V, quien, de manera abierta o encubierta, se opondrá a sus propósitos, pero Dios no le sufrirá mucho tiempo (murió en 1314) y será arrojado a donde está Simón Mago (que también se creyó prudente, inteligente, al querer comerciar con las cosas santas), es decir, será arrojado a los Infiernos, donde irá a ocupar el lugar que le cederá Bonifacio VIII (quien todavía no lo ocupa, según *Infierno*, XIX, 53). *El de Anañi* es el mismo Bonifacio. <<

[460] Los bárbaros que llegan de las regiones nórdicas caracterizadas por Hélice (la Osa Mayor), que gira a la vez que Arcadio, su hijo (la Osa Menor), en torno al polo. <<

[461] «… cuando Letrán (entonces sede de los papas) se situaba sobre las consideraciones materiales era eminente (más alto) respecto a ellas.» <<

[462] *Tercer giro*, por tercera grada o fila circular. <<

[463] La faz de Beatriz no llegaba a los ojos del poeta mezclada con una atmósfera que allí no había, y podía verla con toda claridad a pesar de la gran distancia. <<

[464] Véase *Infierno*, II, 51-117. <<

[465] San Bernardo de Claraval nació en la Borgoña en 1091, entró en el convento del Císter en 1113, fue abad de Claraval en la Champaña y consejero de papas y príncipes. Fue también el promotor de la segunda cruzada (1146). Dante conocía muy bien sus tratados ascéticos y místicos, en los que alababa especialmente a la Virgen. Murió en 1153. <<

[466] En San Pedro había un supuesto pañuelo de la Verónica, en que estaría impreso el rostro del Señor, que los peregrinos iban a visitar. <<

[467] «Y como en Oriente, por donde se está esperando que salga el Sol (designado aquí por el timón de su carro, que Faetón no supo manejar; véase *Infierno*, XVII, 106), se inflama el horizonte, mientras la luz se atenúa y otra parte del punto por el que aparecerá, que es el más luminoso…» <<

[468] Esta *beldad* es la Virgen. <<

[469] La llaga del pecado original, que María ayudó a curar y cicatrizar dando a luz a Cristo, fue abierta por Eva, que ahora se sienta a sus pies. <<

[470] Ruth, mujer de Booz y bisabuela de David, quien empieza el Salmo 50 con las palabras citadas.
<<

[471] Separando las hojas de la rosa en dos secciones. <<

[472] En esta parte están los que se salvaron antes de la Encarnación de Cristo. <<

[473] En esa otra parte, donde todavía hay huecos sin llenar por los bienaventurados, están los que se han salvado después de la venida de Cristo. <<

[474] San Juan Bautista, que murió dos años antes que Cristo y le esperó en los Infiernos hasta que éste murió y bajó a ellos. <<

[475] Se trata de las almas de los inocentes. <<

[476] No todos los inocentes gozan de igual grado de beatitud, pues, misteriosamente, Dios dota a cada persona de más o menos gracia, de diferente carácter más o menos grato a Él, como demuestra el caso de Esaú y Jacob, dos gemelos, el primero aborrecido por Dios, el otro su predilecto. Sobre su ira en el claustro materno, se lee en Génesis 25:22 que «los hijos luchaban dentro de ella». <<

[477] Es decir, sólo por causa del primer destellar de la gracia de Dios. <<

[478] Los *recientes siglos* no son los más cercanos a la acción del poema, sino los que inauguraron los tiempos, los primeros siglos. <<

[479] Se trata del arcángel San Gabriel. <<

[480] Adán. <<

[481] San Pedro. <<

[482] San Juan Evangelista, autor del Apocalipsis. <<

[483] Moisés, que alimentó con maná caído del cielo al pueblo de Israel durante la travesía del desierto. <<

[484] Véase *Infierno*, II, 97 y *Purgatorio*, IX, 55. <<

[485] No olvidemos que, según la tradición cristiana, San Pablo fue raptado a los cielos. Pues bien, hablando de este rapto, San Agustín escribió su célebre «*quasi dormiens vigilaret*», que aquí parece aplicarse Dante a sí mismo, no en el sentido de que la materia de su poema sea producto de un sueño, sino para describir su rapto místico (o intelectual). <<

[486] La Sibila de Cumas escribía sus sentencias o predicciones en hojas, y había que recogerlas pronto, porque el viento que entraba en su caverna se las llevaba sin tardar (véase *Eneida*, III, 443-450). <<

[487] Es decir, «si mis ojos se hubiesen apartado de ella, a causa de su intensidad, hubiera quedado ciego y sin ver nada». <<

[488] En este bellísimo terceto se afirma que Dios es la unidad en todo el universo, su origen, su orden, su razón de ser y su fin último. <<

[489] El poeta está en plena visión (Dios se le está revelando hasta donde él puede comprenderlo) y cree contemplar la idea del universo que está en el pecho de Dios, del cual, como de único nudo, todas las cosas atadas proceden. <<

[490] «Un instante solo es razón para mí de más profundo, total olvido que lo hayan sido veinticinco siglos para la empresa de los Argonautas, cuando la sombra de la primera nave que surcaba las aguas marinas suscitó el estupor de Neptuno.» <<

[491] Dios es uno y simplicísimo y es también inmutable, pero conforme la vista del poeta va perfeccionándose a causa de la propia luz divina que mira, va viendo cada vez más, como si se produjera un cambio. La revelación última también es progresiva. <<

[492] La Santísima Trinidad se manifiesta al poeta como tres círculos de tres colores y una misma dimensión. <<

[493] Aquel círculo (el segundo), que lucía como reflejado por el primero (vv. 118-119), le pareció al poeta, cuando sus ojos lo hubieron recorrido, que mostraba en su interior, y de su mismo color, la efigie humana. Se trata, por lo tanto, del Hijo. Este fenómeno se debe al misterio de la Encarnación, en la que Dios y el hombre se unen indisolublemente, puesto que el Hijo es Dios y Hombre verdadero. <<

[494] Como le es imposible al geómetra resolver el problema de la cuadratura del círculo, así, y con mayor razón, le es imposible a Dante comprender cómo puede ser que la figura humana se halle inscrita en el círculo que representa a la segunda persona de la Santísima Trinidad. <<

[495] Sin embargo, un fulgor procedente de Dios, es decir, un nuevo derramamiento de gracia, hace que el poeta comprenda o más bien que sacie su sed de amor. <<

[496] Dios es el Amor que todo lo mueve, y el poeta, al que ahora se ha revelado por concesión de su gracia, siente que su voluntad está tan acorde con el amor divino como el propio movimiento de las esferas. La cantiga, como las dos anteriores, termina con la palabra *estrellas*, quizá, pensamos, porque es lo más alto que, en circunstancias normales, puede verse durante la vida mortal. <<